

El Vizconde de
Bragelonne.
Tomo II. Parte I

Alejandro Dumas

EL NUEVO GENERAL DE LOS JESUITAS

En tanto que La Vallière y el rey confundían en su primera declaración todas las penas pasadas, toda la dicha presente y todas las esperanzas futuras, Fouquet, de vuelta a la habitación que se le había señalado en Palacio, conversaba con Aramis sobre todo aquello que precisamente el rey olvidaba.

-Decidme ahora -preguntó Fouquet-, a qué altura estamos en el asunto de Belle-Isle, y si tenéis noticias de allá.

- Señor superintendente -contestó Aramis-, todo va por ese lado conforme a nuestro deseo; los gastos han sido pagados y nada se ha traslucido de nuestros designios.

-Pero, ¿y la guarnición que el rey quería poner allí?

-Esta mañana he sabido que llegó hace quince días.

-¿Y cómo se la ha tratado?

-¡Oh! Muy bien.

-¿Y qué se ha hecho de la antigua guarnición?

-Fue trasladada a Sarzeal, y desde allí la han enviado inmediatamente a Quimper.

-¿Y la nueva guarnición?

-Es nuestra ya.

-¿Estáis seguro de lo que decís, señor de Vannes?

-Absolutamente; y ahora veréis cómo ha pasado la cosa.

-Ya sabéis que de todos los puntos de guarnición, Belle-Isle es el peor.

-No lo ignoro, y ya está esto tenido en cuenta; ni allí hay espacio, ni comunicaciones, ni mujeres, ni juego; y es una lástima -repuso Aramis, con una de esas sonrisas que sólo á él eran peculiares- ver el ansia con que los jóvenes buscan hoy las diversiones y se inclinan hacia aquel que las paga.

-Pues procuraremos que se diviertan en Belle-Isle.

-Es que si se divierten por cuenta del rey, amarán al rey; en cambio, si se aburren por cuenta de Su Majestad y se divierten por cuenta del señor Fouquet, amarán al señor Fouquet.

-¿Y habéis avisado a mi intendente para inmediatamente que llegasen...?

-No; se les ha dejado aburrirse a su sabor durante ocho días; pero al cabo de este tiempo han reclamado, diciendo que los antecesores suyos divertíanse más que ellos. Contestóseles entonces que los antiguos oficiales habían sabido atraerse la amistad del señor Fouquet, y que éste, teniéndolos por amigos, procuró desde entonces que no se aburrieran en sus tierras. Esto les hizo reflexionar. Pero, acto continuo, añadió el intendente que, sin prejuzgar las órdenes del señor Fouquet, conocía lo suficiente a su amo para saber que se interesaba por cualquier gentilhomme que estuviese al servicio del rey, y que, a pesar de no conocer todavía a los nuevos oficiales, haría por ellos tanto como hiciera por los anteriores.

-Perfectamente. Supongo que a las promesas habrán seguido los efectos; ya sabéis que no permito que se prometa nunca en mi nombre sin cumplir.

-En seguida púsose a disposición de los oficiales nuestros dos corsarios y vuestros caballos, y se les dio la llave de la casa principal, de suerte que forman partidas de caza, y deliciosos paseos con cuantas mujeres hay en Belle-Isle. Más las que han podido reclutar en las inmediaciones y no han temido marearse.

-Y hay buena colección en Sarzeau y Vannes, ¿no es cierto?

-¡Oh! En toda la costa -respondió tranquilamente Aramis.

-¿Y para los soldados?

-Para éstos, vino, excelentes víveres y buena paga.

-Muy bien; de modo...

-Que podemos contar con la actual guarnición, más, si es posible, que con la anterior.

-Bien.

-De lo cual se deduce que, si Dios quiere que nos renueven la guarnición cada dos meses, al cabo de tres años habrá pasado por Belle-Isle, todo el ejército, y en vez de tener un regimiento a nuestra disposición, tendremos cincuenta mil hombres.

-Bien suponía yo -dijo Fouquet- que no había en el mundo un amigo más precioso e inestimable que vos, señor de Herblay; pero con todas estas cosas -repuso, riendo- nos hemos olvidado de nuestro amigo Du-Vallon. ¿Qué es de él? Declaro que en esos tres días que he pasado en Saint-Mandé todo lo he olvidado.

-¡Oh! Pues yo..., no -replicó Aramis-. Porthos se encuentra en Saint-Mandé untado en todas sus articulaciones, atestado de alimentos y con vinos a todo pasto; he dispuesto que le franqueen él paseo del pequeño parque, paseo que os habéis reservado para vos solo, y usa de él. Ya comienza a poder andar, y ejercita sus fuerzas doblando olmos jóvenes, o haciendo

saltar añejas encinas, como otro Milón de Crotona. Ahora bien, como no hay . leones en el parque, es probable que le encontremos entero. Es todo un intrépido nuestro Porthos.

-Sí; pero, entretanto, va a aburrirse.

-¡Oh! No lo creáis.

-Hará preguntas.

-No, porque no ve a nadie.

-De todos modos, ¿espera alguna cosa?

-Le he dado una esperanza que realizaremos algún día, y con eso vive satisfecho.

-¿Qué esperanza?

-La de ser presentado al rey.

-¡Oh! ¿Y con qué carácter?

-Con el de ingeniero de Belle-Isle.

-Tenéis razón.

-¿Es cosa que puede hacerse?

-Sí, ciertamente. ¿Y no creéis conveniente que vuelva a Belle-Isle cuanto antes?

-Lo creo indispensable, y pienso enviarle lo más pronto posible. Porthos tiene mucha apariencia, y sólo conocemos su flaco Artag-

nan, Athos y yo. Porthos nunca se vende, pues está dotado de gran dignidad; en presencia de los oficiales hará el efecto de un paladín del tiempo de de las Cruzadas. Es bien seguro que emborrachará al Estado Mayor sin emborracharse él, y será para todos objeto digno de admiración y simpatía, aparte de que, si tuviésemos que ejecutar alguna orden, Porthos es una consigna viviente, y tendremos qué pasar por lo que él diga.

-Pues enviadle.

-Ese es también mi proyecto, pero dentro de algunos días, pues habéis de saber una cosa.

-¿Qué?

-Que temo a Artagnan. Ya habréis advertido que no se encuentra en Fontainebleau, y Artagnan no es hombre que esté ausente u ocioso impunemente. Ya que he terminado mis asuntos, procuraré averiguar en qué se ocupa Artagnan.

-¿Decís que habéis terminado vuestros asuntos?

-Sí.

-En tal caso sois feliz, y por mi parte quisiera decir lo propio.

-Creo que no tenzáis que temer.

-¡Hum!

-El rey os recibe perfectamente, ¿no es verdad?

-Sí.

-¿Y Colbert os deja en paz? Casi, casi.

-Así, pues -dijo Aramis-, podemos pensar en lo que os manifestaba ayer respecto de la pequeña.

-¿Qué pequeña?

-¿Ya la habéis olvidado?

-Sí.

-Respecto de La Vallière.

-¡Ah! Tenéis razón.

-¿Os repugna conquistar a esa joven?

-Por un solo motivo.

-¿Por qué?

-Porque ocupa otra mi corazón, y nada siento absolutamente hacia esa joven.

-¡Oh, oh! -exclamó Aramis-. ¿Decís que tenéis ocupado el corazón?

-Sí.

-¡Pardiez! ¡Hay que tener cuidado con eso!

-¿Por qué?

-Porque sería cosa terrible tener ocupado el corazón cuando tanto necesitáis de la cabeza.

-Es verdad. Pero ya visteis que apenas me habéis llamado he acudido. Mas, volviendo a la pequeña. ¿Qué provecho veis en que le haga la corte?

-Dicen que el rey ha concebido un capricho por esa pequeña, por lo menos según se cree.

-Y vos, que todo lo sabéis, ¿tenéis noticias de algo más?

-Sé que el rey ha cambiado casi repentinamente; que anteayer el rey era todo fuego

por Madame; que hace algunos días se quejó Monsieur de ese fuego a la reina madre; y que ha habido disgustos matrimoniales y reprimendas maternas.

-¿Cómo habéis sabido todo eso?

-Lo cierto es que lo sé.

-¿Y qué?

-A consecuencia de tales disgustos y reprimendas, el rey no ha dirigido la palabra ni ha hecho el menor caso de Su Alteza Real.

-¿Y qué más?

-Después, se ha dirigido a la señorita de La Vallière. La señorita de La Vallière es camarista de Madame. ¿Sabéis lo que, en amor, se llama una pantalla?

-Lo sé.

-Pues bien: la señorita de La Vallière es la pantalla de Madame. Aprovechaos de esa posición; bien que, para vos, esa circunstancia la creo innecesaria. No obstante, el amor propio herido hará la conquista más fácil; la pequeña sabrá el secreto del rey y de Madame. Ya sabéis

el partido que un hombre inteligente puede sacar de un secreto.

-Pero, ¿cómo he de abrirme paso hasta ella?

-¿Eso me preguntáis? -repuso Aramis.

-Sí, pues no tengo tiempo de ocuparme en tal cosa.

-Ella es pobre, humilde, y bastará con que le creéis una posición. Entonces, ya subyugue al rey como amante, ya llegue a ser sólo su confidente, siempre habréis ganado un nuevo adepto.

-Esta bien. ¿Y qué hemos de hacer en cuanto a esa pequeña?

-Cuando deseáis a una mujer, ¿qué hacéis, señor superintendente?

-Le escribo, hago mil protestas de amor y mis ofrecimientos correspondientes, y firmo: Fouquet.

-¿Y ninguna ha resistido hasta ahora?

-Sólo una -contestó Fouquet-; pero hace cuatro días que ha cedido como las otras.

-¿Queréis tomaros la molestia de escribir? -preguntó Aramis a Fouquet, presentándole una pluma. Fouquet la cogió.

-Dictad -le dijo-; tengo de tal modo ocupada la imaginación en otra parte, que no acertaría a trazar dos líneas.

-Vaya, pues -dijo Aramis-; escribid.
Y dictó lo que sigue:

"Señorita: Os he visto, y no os sorprenderá que os haya encontrado hermosa.

"Pero, faltándoos una posición digna de vos, no podéis hacer otra cosa que vegetar en la Corte.

"El amor de un hombre de bien, en el caso de que tengáis alguna ambición, podría servir de ayuda a vuestro talento y a vuestras gracias.

"Pongo mi amor a vuestros pies; pero, como un amor, por humilde y prudente que sea, puede comprometer al objeto de su culto, no conviene que una persona de vuestro mérito se arriesgue a quedar comprometida sin resultado para su porvenir.

"Si os dignáis corresponder a mi cariño, os probaré mi amor su reconocimiento haciéndoos libre para siempre."

Después de escribir Fouquet lo que antecede, miró a Aramis.

-Firmad -dijo éste.

-¿Es cosa necesaria?

-Vuestra firma al pie de esa carta vale un millón; sin duda lo habéis olvidado, mi amado superintendente.

Fouquet firmó.

-¿Y por quién vais a remitir esa carta? -dijo Aramis.

-Por un criado excelente.

-¿Estáis seguro de él?

-Es mi correveidile ordinario.

-Perfectamente.

-Por lo demás, ¿no es pesado el juego que llevamos por este lado?

-¿En qué sentido?

-Si es verdad lo que decís de las complacencias de la pequeña por el rey y por Madame, le dará el rey cuanto dinero desee.

-¿Conque el rey tiene dinero? -preguntó Aramis.

-¡Cáscaras! Preciso es que así sea, cuando no pide.

-¡Oh! ¡Ya pedirá, estad seguro!

-Hay más aún, y es que yo creía que me hubiera hablado de esas fiestas de Vaux.

-¿Y qué?

-Nada ha dicho de eso.

-Ya hablará.

-Muy cruel creéis al rey, amigo Herblay.

-Al rey, no.

-Es joven, y, por lo tanto, bueno.

-Es joven, y, por lo tanto, débil o apasionado; y el señor Colbert tiene en sus villanas manos su debilidad o sus vicios.

-Ya véis cómo le teméis.

-No lo niego.

-Pues estoy perdido. ¿Por qué?

-Porque mi fuerza con el rey consistía sólo en el dinero.

-¿Y qué?

-Y estoy arruinado.

-No.

-¿Cómo que no? ¿Estáis acaso mejor enterado que yo de mis asuntos?

-Quizá.

-¿Y si pide que se celebren las fiestas?

-Las daréis.

-Pero, ¿y dinero?

-¿Os ha faltado acaso alguna vez?

-¡Ah! ¡Si supierais a qué precio me he procurado el último!

-El próximo nada os costará.

-¿Y quién me lo dará?

-Yo.

-¿Vos, seis millones?

-Diez, si fuese necesario.

-En verdad, amigo Herblay -dijo Fouquet-, vuestra confianza me asusta más aún que la cólera del rey.

-¡Bah!

-Pero, ¿quién sois?

-Creo que ya me conocéis.

-Tenéis razón; ¿y qué queréis?

-Quiero en el trono de Francia un soberano que dé su entera confianza al señor Fouquet, y que el señor Fouquet me sea fiel.

-¡Oh! -murmuró Fouquet estrechándole la mano-. En cuanto a seros fiel, podéis contar siempre con ello; mas, creedme, señor de Herblay, os hacéis ilusiones.

-¿En qué?

-Jamás me dará el rey su entera confianza.

-No he afirmado que el rey os dé su entera confianza.

-Pues eso es lo que habéis dicho.

-No he dicho el rey; te dicho un soberano.

-¿Y no es igual?

-No, por cierto, que hay mucha diferencia.

-No os comprendo.

-Ahora me comprenderéis; supongamos que ese soberano fuera otra persona que Luis XIV.

-¿Otra persona?

-Sí, que todo lo deba a vos.

-Imposible.

-Hasta su trono.

-¡Oh! ¡Estáis loco! No hay más hombre que Luis XIV que pueda ocupar el trono de Francia. No veo ni uno solo.

-Pues yo, sí.

-A menos que sea Monsieur -repuso Fouquet, mirando a Aramis con ansiedad...

- Pero Monsieur...

-No es Monsieur ...

-¿Y cómo queréis que un príncipe que no sea de la sangre, que no tenga derecho alguno...?

-El rey que yo me doy, es decir, el que os daréis vos mismo, será cuanto tenga que ser, no os preocupéis.

-Cuidado, señor de Herblay, qué me hacéis estremecer. Aramis sonrió.

-Así como así, ese estremecimiento os cuesta muy poco -dijo.

-Repito que me asustáis.

Aramis volvió a sonreír.

-¿Y os reís con esa calma? -dijo Fouquet.

-Y cuando llegue el día reiréis vos como yo; pero, por ahora, debo ser sólo yo el que ría.

-No comprendo.

-Cuando llegue el día, ya me explicaré, no tengáis miedo. Ni vos sois san Pedro ni yo Jesús, y, sin embargo, os diré: "Hombre de poca fe, ¿por qué dudas?"

-¡Diantre! Dudo..., dudo porque no veo.

-Es que entonces estáis ciego, y os trataré, no ya como a San Pedro, sino como a San Pablo, y os diré: "Llegará día en que se abrirán tus ojos."

-¡Oh! -murmuró Fouquet-. ¡Cuánto desearía creer!

-¿Y no creéis aún vos, a quien tantas veces he hecho atravesar el abismo en que os hubieseis sepultado sin remedio si hubierais caminado solo; vos, que de procurador general habéis ascendido al cargo de intendente, del puesto de intendente al de primer ministro, y que de primer ministro pasaréis a ser mayor-domo mayor de Palacio? Pero, no -añadió con su habitual sonrisa-; no, no, vos no podéis ver, y, por consiguiente, tampoco podéis creer eso.

Y Aramis se levantó para ausentarse.

-Una palabra no más -dijo Fouquet-; nunca habéis hablado así; nunca os habéis mostrado tan confiado, o mejor dicho, tan temerario.

-Porque para hablar alto es preciso tener la voz libre.

-¿De modo que vos la tenéis?

-Sí.

-Será de poco tiempo a esta parte.

-Desde ayer.

-¡Oh! Señor de Herblay, ¡pensad bien lo que hacéis, pues lleváis la seguridad hasta la audacia!

-Porque uno puede ser audaz cuando es poderoso.

-¿Y lo sois?

-Os he ofrecido diez millones, y os los ofrezco de nuevo.

Fouquet levantóse turbado.

-Veamos -dijo-; hace poco hablabais de derribar reyes y reemplazarlos por otros reyes. ¡Dios me perdone, pero, si no estoy loco, eso es lo que habéis dicho no hace mucho!

-No estáis loco, y es realmente lo que he dicho no hace mucho.

-¿Y por qué lo habéis dicho?

-Porque a uno le es dado hablar de tronos derribados y de reyes creados, cuando es superior a los reyes y a los tronos ... de este mundo.

-¡Entonces, sois omnipotente! -exclamó Fouquet.

-Ya os lo he dicho y os lo repito - contestó Aramis con ojos encendidos y labio trémulo.

Fouquet se arrojó sobre su sillón y dejó caer su cabeza entre las manos.

Aramis lo contempló por un instante como hubiera hecho el ángel de los destinos humanos con cualquier sencillo mortal.

-Adiós -le dijo-, estad tranquilo, y enviad vuestra carta a La Vallière. Mañana sin falta nos volveremos a ver, ¿no es verdad?

-Sí, mañana -dijo Fouquet moviendo la cabeza como hombre que vuelve en sí; pero, ¿dónde nos veremos?

-En el paseo del rey, si os place.

-Muy bien.

Y los dos se separaron.

II

LA TEMPESTAD

El día siguiente amaneció sombrío y nebuloso, y como todos conocían el paseo dispuesto en el real programa, las primeras miradas de todos al abrir los ojos se dirigieron al cielo.

Sobre los árboles flotaba un vapor denso, ardiente, que apenas tenía fuerza para levantarse a treinta pies del suelo, bajo los rayos del sol que sólo podía distinguirse a través del velo de una pesada y espesa nube.

Aquel día no había rocío. Los céspedes estaban secos, las flores mustias. Los pájaros cantaban con más reserva que de costumbre entre el ramaje inmóvil, como si estuviera muerto. No se oían aquellos murmullos extraños, confusos, llenos de vida, que parecen nacer y existir por influjo del sol, ni aquella respiración de la Naturaleza, que habla sin cesar en medio de todos los demás ruidos: nunca había sido tan grande el silencio.

Aquella melancolía del cielo hirió los ojos del rey cuando se asomó a la ventana al levantarse.

Mas como hallábanse dadas las órdenes para el paseo, como estaban hechos todos los preparativos, y como, lo que era aún más perentorio e importante, contaba Luis con aquel paseo para responder a las promesas de su imaginación, y hasta podemos decir a las necesidades de su corazón, decidió el rey, sin vacilaciones, que el estado del cielo nada tenía que ver con todo aquello, que el paseo estaba resuelto, y que hiciera el tiempo que quisiese, se llevaría a cabo.

Por lo demás, hay en algunos reinados terrenales, privilegiados del cielo, horas en que se creería que la voluntad de los soberanos de la tierra tiene su influencia sobre la voluntad divina. Augusto tenía a Virgilio para decirle: *Nocte placet tota redeunt spectacula mane*. Luis XIV tenía a Boileau, que había de decirle otra cosa, y a Dios, que debía mostrarse casi tan

complaciente con él como lo había sido Júpiter con Augusto. .

Luis oyó misa según costumbre; pero, hay que decirlo, algo distraído de la presencia del Creador por el recuerdo de la criatura. Durante el oficio divino púsose a calcular más de una vez el número de minutos, y después el de segundos que le separaba del bienhadado momento en que Madame se pondría en camino con sus camaristas.

Por lo demás, excusado es manifestar que todos en Palacio ignoraban la entrevista que se había verificado el día anterior entre La Vallière y el rey. Tal vez Montalais, con su habitual charlatanería, la hubiera revelado; pero Montalais se hallaba en esta ocasión contenida por Malicorne, quien le había cerrado los labios con -la cadena del interés común.

Respecto a Luis XIV, se contemplaba tan dichoso, que había perdonado casi enteramente a Madame su jugarreta de la víspera; y, en efecto, más motivo tenía para alegrarse que para

entristecerse de ello. Sin aquella intriga, no hubiese recibido la carta de La Vallière; sin aquella carta, no hubiese habido audiencia; y sin aquella audiencia, habría permanecido el rey en la indecisión. Había demasiada dicha en su corazón para dar entrada al rencor, al menos por aquel momento.

Así fue, que, en lugar de fruncir el ceño al ver a su cuñada, se propuso mostrarle más afabilidad y benevolencia que de costumbre.

Era, sin embargo, con una condición: que estuviese lista muy pronto.

Tales eran las cosas en que pensaba Luis durante la misa, y que, digámoslo, le hacían olvidar durante el santo ejercicio aquellas en que hubiera debido pensar por su carácter de soberano cristianísimo y de hijo primogénito de la Iglesia.

Sin embargo, es Dios tan bondadoso con los errores juveniles, y todo lo que es amor, aun cuando no sea de los más legítimos, halla tan fácilmente perdón a sus miradas paternales,

que al salir de la misa miró Luis al cielo, y pudo ver por entre los claros de una nube un rincón de ese manto azul que huella el Señor con su planta.

Volvió a Palacio, y, como el paseo no debía verificarse hasta las doce, y no eran todavía más que las diez, se puso a trabajar tenazmente con Colbert y Lyonne.

Mas, como en algunos intervalos de descanso fuese Luis de la mesa a la ventana, en atención a que esa ventana daba al pabellón de Madame, pudo divisar en el patio al señor Fouquet, de quien hacían sus cortesanos más caso que nunca desde que vieran la predilección que el rey habíale mostrado el día antes, y que venía por su parte con aire bondadoso y placentero a hacer la corte al rey.

Instintivamente, al ver a Fouquet, el rey se volvió hacia Colbert. Colbert parecía estar contento y mostraba su semblante risueño y hasta gozoso. Dejóse ver ese gozo desde el momento en que, habiendo entrado uno de sus

secretarios, le entregó una cartera que puso Colbert, sin abrirla, en el vasto bolsillo de sus calzas.

Pero como siempre había algo de siniestro en el fondo de la satisfacción de Colbert, optó Luis, entre las dos sonrisas, por la de Fouquet.

Hizo seña al superintendente de que subiese, y, volviéndose después hacia Lyonne y Colbert.

-Terminad -dijo- esos trabajos y ponedlos sobre mi mesa, que luego los examinaré despacio.

Y salió.

A la señal del rey, Fouquet se apresuró a subir. En cuanto a Aramis, que acompañaba al superintendente, se había replegado gravemente entre el grupo de cortesanos vulgares, confundiéndose en él sin ser visto por el rey.

El rey y Fouquet encontráronse en lo alto de la escalera.

-Señor -dijo Fouquet al observar la graciosa acogida que le preparaba Luis-, señor, hace algunos días que Vuestra Majestad me colma de bondades. No es un rey joven, sino un joven dios el que reina en Francia, el dios de los deleites, de la felicidad y del amor.

El rey se ruborizó. A pesar de lo lisonjero del cumplimiento, no por eso dejaba de envolver alguna reticencia.

El rey condujo a Fouquet a una salita que separaba su despacho del dormitorio.

-¿Sabéis por qué os llamo? -dijo el rey sentándose al lado de la ventana, de modo que no pudiese perder nada de lo que pasase en los jardines, adonde daba la segunda entrada del pabellón de Madame.

-No, Majestad; pero estoy persuadido de que será para algo bueno, según me lo indica la graciosa sonrisa de Vuestra Majestad.

-¡Ah! ¿Prejuzgáis?

-No, Majestad; miro y veo.

-Entonces, os habéis equivocado.

-¿Yo, Majestad?

-Porque os llamo, por el contrario, a fin de daros una queja.

-¿A mí, Majestad?

-Sí, y de las más serias.

-En verdad, Vuestra Majestad me hace temblar... y no obstante, espero lleno de confianza en su justicia y en su bondad.

-Tengo entendido, señor Fouquet, que prepararéis una gran fiesta en Vaux.

Fouquet sonrió como hace el enfermo al primer ataque de una calentura olvidada que le vuelve.

-¿Y no me invitáis? -prosiguió el rey.

-Majestad -respondió Fouquet , no me acordaba ya de semejante fiesta, hasta que anoche, uno de mis amigos (y Fouquet acentuó noblemente esta expresión) quiso hacerme pensar en ella.

-Pero anoche os vi, y nada me dijisteis, señor Fouquet.

-¿Cómo podía suponer que Vuestra Majestad quisiese descender de las altas regiones en que vive, hasta dignarse honrar mi morada con su real presencia?

-Eso es una excusa, señor Fouquet; nunca me habéis hablado de vuestra fiesta.

-No he hablado desde luego al rey de esta fiesta, primero porque nada había resuelto aún acerca de ella, y luego porque temía una negativa.

-¿Y qué os hacía temer esa negativa, señor Fouquet? Mirad, estoy decidido a apuraros hasta lo último.

-Majestad, el ardiente deseo que tenía de ver al rey aceptar mi invitación.

-Pues bien, señor Fouquet, nada más que entendernos, ya lo veo. Vos tenéis deseos de invitarme a vuestra fiesta, y yo de ir a ella; conque invitadme e iré.

-¡Cómo! ¿Se dignaría aceptar Vuestra Majestad? -exclamó el superintendente.

-Creo que hago más que aceptar -dijo el rey riendo-, puesto que me convidó a mí mismo.

-¡Vuestra Majestad me colma de honor y alegría! -exclamó Fouquet-. Y me veo en el caso de tener que repetir lo que el señor de la Vieuville decía a vuestro abuelo Enrique IV: Domine, non sum dignus.

-Mi contestación a eso es que, si dais alguna fiesta, invitado o no, asistiré a ella.

-¡Oh! ¡Gracias, gracias, rey mío! -dijo Fouquet, levantando la cabeza en vista de aquel favor, que a su juicio era su ruina-. Pero, ¿cómo ha llegado a conocimiento de Vuestra Majestad?

-Por el rumor público, señor Fouquet, que refiere maravillas de vos y milagros de vuestra casa. ¿No os enorgullece, caballero, que el rey esté celoso de vos?

-Eso, Majestad, me hará el hombre más dichoso del mundo, puesto que el día en que el

rey esté envidioso de Vaux tendré algo digno que ofrecer a mi rey.

-Pues bien, señor Fouquet, preparad vuestra fiesta, y abrid las puertas de vuestra morada.

-Y vos, Majestad -dijo Fouquet-, determinad el día.

-De hoy en un mes.

-¿Vuestra Majestad no tiene otra cosa que desear?

-Nada, señor superintendente, sino veros a mi lado cuanto os sea posible de aquí a entonces.

-Tengo el honor de acompañar a Vuestra Majestad en su paseo.

-Perfectamente; salgo, en efecto, señor Fouquet, y he aquí las damas que van a la cita.

El rey, al decir estas palabras, con todo el ardor no sólo de un joven, sino de un enamorado, retiróse de la ventana para tomar los guantes y el bastón, que le presentaba su ayuda de cámara.

Oíanse fuera las pisadas de los caballos y el rodar de los carruajes sobre la arena del patio.

El rey descendió. Todo el mundo se detuvo al aparecer en el pórtico. El rey se dirigió derecho a la joven reina. - En cuanto a la reina madre, siempre padeciendo con la enfermedad de que estaba atacada, no había querido salir.

María Teresa subió a la carroza con Madame, y preguntó al rey hacia qué lado deseaba se dirigiese el paseo.

El rey, que acababa de ver a La Vallière, pálida aún por los acontecimientos de la víspera, subir en una carretela con tres de sus compañeras, respondió a la reina que no tenía preferencia por ninguno y que iría satisfecho donde se dirigiesen.

La reina mandó entonces que los batidores se dirigiesen hacia Apremont.

Los batidores marcharon inmediatamente.

El rey montó a caballo. Durante algunos minutos siguió al carruaje de la reina y de Madame, manteniéndose al lado de la portezuela.

El tiempo se había aclarado, a pesar de que una especie de velo polvoroso, semejante a una gasa sucia, se extendía sobre la superficie del cielo; el sol hacía relucir los átomos micáceos en el periplo de sus rayos.

El calor era asfixiante.

Pero, como el rey no parecía fijar su atención en el estado del cielo, nadie pareció inquietarse, y el paseo, según la orden dada por la reina, partió hacia Apremont.

El tropel de cortesanos iba alegre y ruidoso; veíase que cada cual tendía a olvidar y a hacer olvidar a los demás las agrias discusiones de la víspera.

Madame, especialmente, estaba lindísima.

En efecto, Madame veía al rey a su estribo, y como suponía que no estaría allí por la

reina, esperaba que habría vuelto a caer en sus redes.

Pero, al cabo de un cuarto de legua, o poco menos, el rey, tras una grandiosa sonrisa, saludó y volvió grupas, dejando desfilar la carroza de la reina, después la de las primeras camaristas, luego todas las demás sucesivamente, que, viéndole detenerse, querían detenerse a su vez. Pero el rey, haciéndoles seña con la mano, les decía que continuasen su camino.

Cuando pasó la carroza de La Vallière, el rey se le aproximó. Saludó a las damas, y se disponía a seguir la carroza de las camaristas de la reina como había seguida a las de Madame, cuando la hilera de carrozas se paró de pronto.

Sin duda, la reina, inquieta por el alejamiento del rey, acababa de dar orden de consumir aquella evolución.

Téngase presente que la dirección del paseo le había sido concedida. El rey le

hizo preguntar cuál era su deseo al parar los carruajes.

-El de marchar a pie -contestó ella.

Sin duda esperaba que el rey, que seguía a caballo la carroza de las camaristas, no se atrevería a seguirlas a pie.

Encontrábanse en medio del bosque.

El paseo, en efecto, se anunciaba hermoso, hermoso sobre todo para poetas o amantes.

Tres bellas alamedas largas, umbrosas y accidentadas, partían de la pequeña encrucijada en que acababan de hacer alto.

Aquellas alamedas, verdes de musgo, festoneadas de follaje, teniendo cada una un pequeño horizonte de un pie de cielo columbrado bajo el entrelazamiento de los árboles, presentaban bellísima vista.

En el fondo de aquellas alamedas pasaban y volvían a pasar, con patentes señales de temor, los cervatillos perdidos o asustados que, después de haberse parado un instante en mitad del camino y haber levantado la cabeza,

huían como flechas, entrando nuevamente y de un solo salto en lo espeso de los bosques, donde desaparecían, mientras que, de vez en cuando, se distinguía un conejo filósofo, sentado sobre sus patas traseras, rascándose el hocico con las delanteras e interrogando al aire para reconocer si todas aquellas gentes que se aproximaban y venían a turbar sus meditaciones, sus comidas y sus amores, no iban seguidas por algún perro de piernas torcidas, o llevaban alguna escopeta al hombro.

Toda la cabalgata habíase apeado de las carrozas al ver bajar a la reina.

María Teresa tomó el brazo de una de sus camaristas, y, después de una oblicua mirada dirigida al rey, quien no pareció advertir que fuese en manera alguna objeto de la atención de la reina, se introdujo en el bosque por la primera senda que se abrió ante ella.

Dos batidores iban delante de Su Majestad con bastones, de que se servían para levantar

tar las ramas o apartar las zarzas que podían embarazar el camino.

Al poner pie en tierra, Madame vio a su lado al señor de Guiche, que se inclinó ante ella y se puso a sus órdenes.

El príncipe, encantado con su baño de la víspera, había declarado que optaba por el río, y, dando licencia a Guiche, había permanecido en palacio con el caballero de Lorena y Manicamp.

No sentía ya ni sombra de celos.

Habíanlo buscado inútilmente entre la comitiva; pero, como Monsieur era un príncipe muy personal, y que pocas veces concurría a los placeres generales, su ausencia había sido un motivo de satisfacción más bien que de pesar.

Cada cual había imitado el ejemplo dado por la reina y por Madame, acomodándose a su manera según la casualidad o según su gusto.

El rey, como hemos dicho, había permanecido cerca de La Vallière, y, apeándose en

el momento en que abrían la portezuela de la carroza, le había ofrecido la mano.

Inmediatamente Montalais y Tonnay-Charente habíanse alejado, la primera por cálculo, la segunda por discreción.

Únicamente que había esta diferencia entre las dos: la una se alejaba con el deseo de ser agradable al rey, y la otra con el de serle desagradable.

Durante la última media hora, el tiempo también había tomado sus disposiciones: todo aquel velo, como movido por un viento caluroso, se había reunido en Occidente; después, rechazado por una corriente contraria, avanzaba lenta, pausadamente.

Sentíase acercar la tempestad; pero, como el rey no la veía, nadie se creía con el derecho de verla.

Continuó, por tanto, el paseo; algunos espíritus inquietos levantaban, sin embargo, alguna que otra vez sus ojos hacia el cielo.

Otros, más tímidos aún, se paseaban sin apartarse de los carruajes, donde pensaban ir a buscar un abrigo, caso de tempestad.

Pero la mayor parte de la comitiva, viendo al rey entrar resueltamente en el bosque con La Vallière, le siguió.

Lo cual, advertido por el rey, tomó la mano de La Vallière y la condujo a una avenida lateral, donde nadie se atrevió a seguirlos.

III LA LLUVIA

En aquel instante, y en la misma dirección que acababan de tomar el rey y La Vallière, iban también dos hombres, sin cuidarse poco ni mucho del estado de la atmósfera, sólo que en vez de seguir la calle de árboles, caminaban bajo los árboles.

Llevaban inclinada la cabeza, como personas que piensan en graves negocios. Ninguno

de ellos había visto a Guiche ni a Madame, ni al rey y a La Vallière.

De pronto pasó por el aire algo así como una llamarada, seguido de un rugido sordo y lejano.

-¡Ah! -exclamó uno de ellos levantando la cabeza-. Ya tenemos encima la tempestad. ¿Volvemos a las carrozas, mi querido Herblay?

Aramis levantó los ojos y examinó la atmósfera.

-¡Oh! -dijo-. No hay prisa todavía.

Luego, prosiguiendo la conversación en el punto en que sin duda la había dejado:

-¿Conque decís -añadió- que la carta que escribimos anoche debe de estar a estas horas en manos de la persona a quien iba dirigida?

-Digo que la tiene ya de seguro.

-¿Por quién la habéis remitido?

-Por mi correveidile, como ya tuve el honor de decir.

-¿Y ha traído contestación?

-No le he vuelto a ver: indudablemente la pequeña estaría de servicio en el cuarto de Madame, o vistiéndose en el suyo, y le habrá hecho aguardar. En esto llegó la hora de partir y salimos, por lo cual no he podido saber lo que habrá ocurrido.

-¿Habéis visto al rey antes de marchar?

-Sí.

-¿Y qué tal se ha mostrado.?

-Bondadosísimo.... o infame, según haya sido veraz o hipócrita.

-¿Y las fiestas?

-Se verificarán dentro de un mes.

-¿Y se ha convidado él mismo?

-Con una tenacidad en que he reconocido a Colbert.

-Perfectamente.

-¿No os ha desvanecido la noche vuestras ilusiones?

-¿Acerca de qué?

-Acerca del auxilio que podéis proporcionarme en esta ocasión.

-No; he pasado la noche escribiendo, y ya están las órdenes dadas para ello.

-Tened presente que la fiesta costará algunos millones.

-Yo contribuiré con seis... Agenciaos dos o tres, por vuestra parte, para todo evento.

-Sois un hombre admirable, querido Herblay.

-Pero -preguntó Fouquet con un resto de inquietud-, ¿cómo es que manejando millones de esa manera no disteis de vuestro bolsillo a Baisemeaux los cincuenta mil francos?

-Porque entonces me hallaba tan pobre como Job.

-¿Y ahora?

-Ahora soy más rico que el rey -dijo Aramis.

-Estoy contento -dijo Fouquet-, pues me precio de conocer a los hombres y sé que sois incapaz de faltar a vuestra palabra. No quiero arrancaron vuestro secreto, y así no hablemos más de ello.

En aquel momento oyóse un sordo fragor que estalló de repente en un fuerte trueno.

-¡Oh, oh! -murmuró Fouquet-. ¿Qué os decía yo?

-Volvamos a las carrozas -dijo Aramis.

-No tendremos tiempo -dijo Fouquet-, pues comienza a llover con fuerza.

En efecto, como si el cielo se hubiera abierto, un diluvio de gruesas gotas hizo resonar casi al mismo tiempo la cima de los árboles.

-¡Oh! -dijo Aramis-. Aún tenemos tiempo de llegar a los carruajes antes de que las hojas se impregnen de agua.

-Mejor sería -observó Fouquet- retirarnos a una gruta.

-¿Hay alguna por aquí? -preguntó Aramis.

-Conozco una a pocos pasos de aquí -dijo Fouquet con una sonrisa.

Luego, como quien procura orientarse:

-Sí -añadió-, porque aquí es.

-¡Qué dichoso sois en tener tan buena memoria! -dijo Aramis sonriéndose a su vez-; ¿pero no teméis que si vuestro cochero no nos ve regresar, crea que hayamos vuelto por otro camino y siga los carruajes de la corte?

-¡Oh! -dijo Fouquet-. No hay tal peligro; cuando dejo apostados mi cochero y mi carruaje en un sitio cualquiera, sólo una orden expresa del rey es capaz de hacerlos mover de allí; y, además, creo que no somos los únicos que nos hayamos alejado tanto, pues si no me engaño oigo pasos y ruido de voces.

Y al pronunciar estas palabras, se volvió Fouquet, separando con su bastón un espeso ramaje que le ocultaba el camino.

Aramis miró por la abertura al mismo tiempo que Fouquet.

-¡Una mujer! -exclamó Aramis.

-¡Un hombre! dijo Fouquet.

-¡La Vallière!

-¡El rey!

-¡Oh, oh! ¿Será que el rey conoce también vuestra caverna? No me extrañaría, porque me parece que está en buenas relaciones con las ninfas de Fontainebleau.

-No importa -replicó Fouquet-; de todos modos, vamos a la gruta; si no la conoce, veremos lo que hace; y si la conoce, como tiene dos aberturas, en tanto que entra el rey por una, saldremos nosotros por la otra.

-¿Está lejos? -preguntó Aramis-. Pues gotean ya las hojas.

-Vedla aquí.

Fouquet separó algunas ramas, y dejó al descubierto una excavación de roca, oculta completamente con brezos, hiedra y espesa bellotera. Fouquet mostró el camino. Aramis le siguió.

En el momento de entrar en la gruta, Aramis se volvió.

-¡Oh! -exclamó éste-. Pues entran en el bosque y se dirigen hacia este lado.

-Cedámosle entonces el puesto -dijo Fouquet sonriéndose-; pero no creo que el rey conozca esta gruta.

-En efecto -repuso Aramis-; veo que lo que andan buscando es un árbol más espeso.

No se equivocaba Aramís, pues el rey miraba a lo alto y no en torno suyo.

Luis llevaba del brazo a La Vallière y le tenía cogida la mano con la suya.

La Vallière comenzaba a insinuarse en la hierba húmeda.

Luis miró con mayor atención en derredor de sí, y, viendo una enorme encina de espeso ramaje, llevó a La Vallière bajo aquel árbol.

La pobre muchacha miraba a su alrededor, y parecía que deseaba y temía al mismo tiempo que la siguiesen.

El rey la hizo recostar en el tronco del árbol, cuya circunferencia, protegida por las ramas, estaba tan seca como si en aquel momento no cayese la lluvia a torrentes; él mismo

púsose delante de ella con la cabeza descubierta.

Al cabo de un instante, algunas gotas que filtraron por entre las ramas del árbol le cayeron al rey en la frente, sin que hiciera éste el menor caso.

-¡Oh, Majestad!-murmuró La Vallière, llevando su mano al sombrero del rey.

Mas Luis se inclinó y se negó obstinadamente a cubrirse la cabeza.

-Esta es la ocasión de ofrecer nuestro sitio -dijo Fouquet a Aramis.

-Esta es la ocasión de escuchar y no perder una palabra de lo que se digan -respondió Aramis al oído do Fouquet.

En efecto, callaron ambos y pudieron percibir la voz del rey.

-¡Ay, Dios mío! Señorita -dijo el rey-, adivino vuestra inquietud; creed que siento de corazón haberos aislado del resto de la comitiva, y, lo que es peor, para traeros a un sitio

donde estáis expuesta a la lluvia. Ya os han caído algunas gotas. ¿Sentís frío?

-No, Majestad.

-Sin embargo, veo que tembláis.

-Majestad, es que temo que se interprete torcidamente mi ausencia en momentos en que estarán ya todos reunidos.

-Os propondría que volviésemos a tomar los carruajes, señorita; pero, mirad y escuchad; decidme si es posible marchar con un aguacero como éste.

En efecto, el trueno retumbaba y la lluvia caía a torrentes.

-Además -prosiguió el rey-, no hay interpretación posible en perjuicio vuestro. ¿No estáis con el rey de Francia, es decir, con el primer caballero del reino?

-Ciertamente, Majestad -respondió La Vallière-, y me hacéis en ello un honor grandísimo; por eso no es por mí por quien temo las interpretaciones.

-¿Pues por quién?

-Por vos, Majestad.

-¿Por mí, señorita? -dijo el rey sonriéndose-. No os comprendo.

-¿Ha olvidado ya Vuestra Majestad lo que pasó anoche en el cuarto de Su Alteza Real?

-¡Oh! Os suplico que olvidemos eso, o más bien permitidme que sólo lo recuerde para agradeceros una vez más vuestra carta y...

-Majestad -dijo La Vallière-, el agua penetra hasta aquí, y seguís con la cabeza descubierta.

-Os suplico que sólo nos ocupemos de vos, señorita.

-¡Oh! Yo -dijo sonriendo La Vallière- soy una provinciana habituada a correr por las praderas del Loira y por los jardines de Blois, haga el tiempo que quiera. En cuanto a mis vestidos -añadió, mirando su pobre traje de muselina-, bien ve Vuestra Majestad que no pierdo gran cosa.

-En efecto, señorita; más de una vez he notado que casi todo lo debéis a vos misma y nada a vuestro traje. No sois coqueta, y eso es para mí una gran cualidad.

-Majestad, no me hagáis mejor de lo que soy, y decid sólo que no puedo ser coqueta.

-¿Por qué?

-Pues -dijo sonriendo La Vallière- porque no soy rica.

-¡Entonces confesáis que os gustan las cosas hermosas! -exclamó vivamente el rey.

-Majestad, sólo encuentro hermoso lo que está al alcance de mis facultades, y todo cuanto es superior a mí...

-¿Os es indiferente?

-No, lo juzgo extraño, como cosa que me está prohibida.

-Y yo, señorita -dijo el rey-, advierto que no estáis en la Corte bajo el pie en que debéis estar. Sin duda no me han hablado lo suficiente acerca de los servicios de vuestra familia, y creo

que mi tío ha descuidado de un modo poco conveniente la fortuna de vuestra casa.

-¡Oh! ¡No, Majestad! Su Alteza Real, el señor duque -de Orléans, ha sido siempre muy bondadoso con mi padrastro, el señor de Saint-Remy. Los servicios han sido humildes, y podemos afirmar que hemos sido recompensados según sus obras. No todos tienen la fortuna de hallar ocasiones en que poder servir a su rey con brillo. De lo que estoy cierta es de que, si se hubiesen presentado esas ocasiones, habría tenido mi familia el corazón tan grande como su deseo; pero no hemos tenido esa suerte.

-Pues bien, señorita, a los soberanos toca enmendar el destino, y me encargo con el mayor placer de reparar inmediatamente, con respecto a vos, los agravios de la fortuna.

-¡No, Majestad, no! -exclamó con viveza La Vallière-. Os ruego que dejéis las cosas en el estado en que se hallan.

-¡Cómo, señorita! ¿Rehusáis lo que debo, lo que quiero hacer por vos?

-Todos mis deseos están cumplidos, señor, con haberseme concedido formar parte de la servidumbre de Madame.

-Mas, si rehusáis para vos, aceptad al menos para los vuestros.

-Majestad, vuestras generosas intenciones me deslumbran y me asustan, pues al hacer por mi casa lo que vuestra bondad os impulsa a hacer, Vuestra Majestad nos creará envidiosos, y a ella enemigos. Dejadme, señor, en mi medianía; dejad a todos los sentimientos que yo pueda abrigar ¡a grata delicadeza del desinterés.

-¡Admirable es vuestro lenguaje, señorita! -exclamó el rey.

-Tiene razón -murmuró Aramis al oído de Fouquet-, pues es cosa a la que no debe estar habituado.

-Pero -replicó Fouquet-, ¿y si da igual contestación a mi billete?

-¡Bien! -dijo Aramis-. No prejuzguemos y esperemos el fin.

-Y luego, querido Herblay -añadió el superintendente dando poca fe a los sentimientos que había manifestado La Vallière-, no pocas veces es un cálculo muy hábil el echarla de desinteresado con los reyes.

-Eso es justamente lo que me decía yo a mí mismo -repuso Aramis -. Escuchemos.

El rey se acercó a La Vallière, y, como el agua filtrase cada vez más a través del ramaje de la encina, sostuvo su sombrero suspenso por encima de la cabeza de la joven.

La joven levantó sus encantadores ojos azules hacia el sombrero que la resguardaba del agua, y meneó la cabeza exhalando un suspiro.

-¡Oh Dios mío! -dijo el rey-. ¿Qué triste pensamiento puede llegar a vuestro corazón, cuando le formo un escudo con el mío?

-Majestad, voy a decíroslo. Ya había tocado esta cuestión, no fácil de discutir por una joven de mi edad; pero Vuestra Majestad me ha impuesto silencio. Vuestra Majestad no se pertenece; Vuestra Majestad es casado; todo

sentimiento que alejase a Vuestra Majestad de la reina, impulsándole a ocuparse de mí, sería para la reina origen de profundo pesar.

El rey quiso interrumpir a la joven, pero ella continuó en ademán de súplica.

-La reina ama a Vuestra Majestad con un afecto fácil de comprender, y sigue con ansiedad cada uno de los pasos de Vuestra Majestad que le separan de ella. Habiendo tenido la dicha de encontrar un marido semejante, pide al Cielo con lágrimas que le conserve la posesión de él, y está celosa del menor movimiento de vuestro corazón.

El rey quiso de nuevo hablar, pero La Vallière volvió a interrumpirle.

-¿No será una acción muy culpable -le dijo- que viendo Vuestra Majestad una ternura tan intensa y tan noble, diese a la reina motivo de celos? ¡Oh! ¡Perdonadme esta palabra, Majestad! ¡Dios mío! Bien sé que es imposible, o mejor dicho, que debería ser imposible que la reina mas grande del mundo llegara a tener

celos de una pobre muchacha como yo. Pero esa reina es mujer, y su corazón, lo mismo que el de otra cualquiera, puede dar entrada a sospechas que los perversos no descuidarían de envenenar. ¡En nombre del Cielo, señor, no nos ocupéis de mí, pues no lo merezco!

-¡Ay, señorita! -exclamó el rey-. ¡Sin duda no observáis que al hablar de esa manera cambiáis mi estimación en admiración!

-Majestad, tomáis mis palabras por lo que no son; me veis mejor de lo que soy; me hacéis más grande de lo que Dios me ha hecho. Gracias por mí, Majestad; porque si no estuviera cierta de que el rey es el hombre más generoso de su reino, creería que quiere burlarse de mí.

-¡Oh! ¡Seguramente no creéis semejante cosa! -exclamó Luis.

-Majestad, me vería precisada a creerlo si el rey continuara empleando el mismo lenguaje.

-Soy entonces un príncipe bien desgraciado -dijo el rey con una tristeza en que no había la menor afectación-; el príncipe más desgraciado de la cristiandad, puesto que no puedo conseguir que mis palabras merezcan crédito a la persona que más aprecio en este mundo, y que me destroza el corazón negándose a creer en mi amor.

-¡Oh, Majestad! -dijo La Vallière, apartando dulcemente al rey, que se había acercado a ella cada vez más-. Me parece que la tempestad va cediendo, y cesa de llover.

Pero, en el momento en que la pobre niña, por huir de su corazón, indudablemente muy de acuerdo con el del rey, pronunciaba aquellas palabras, se encargaba la tempestad de desmentirla. Un relámpago azulado iluminó el bosque de un modo fantástico, y un trueno semejante a una descarga de artillería estalló sobre la cabeza de los dos jóvenes, como si la elevación de la encina que los resguardaba hubiese provocado el trueno.

La joven no pudo contener un grito de espanto.

El rey la aproximó con una mano a su corazón, y extendió la otra por encima de su cabeza como para protegerla del rayo.

Hubo un instante de silencio, en que aquel grupo, encantador como todo lo que es joven, permaneció inmóvil, mientras que Fouquet y Aramis lo contemplaban, no menos inmóviles que La Vallière y el rey.

-¡Oh! ¡Majestad! ¡Majestad! -exclamó La Vallière-. ¿Oís?

Y dejó caer la cabeza sobre su hombro.

-Sí -dijo el rey-; ya veis como no cesa la tempestad.

-Majestad, eso es un aviso. El rey sonrió.

-Majestad, es la voz de Dios que amenaza.

-Pues bien -repuso el rey-, acepto realmente ese trueno como un aviso, y hasta como una amenaza, si de aquí a cinco minutos se renueva con la misma fuerza y con igual violen-

cia; mas si así no sucede, permitidme creer que la tempestad es la tempestad, y no otra cosa.

Y al mismo tiempo levantó el rey la cabeza como para examinar el cielo.

Pero, como si el cielo fuese cómplice de Luis, durante los cinco minutos de silencio que siguieron a la explosión que tanto había atemorizado a los dos amantes, no se dejó oír el menor ruido, y, cuando se repitió el trueno fue ya alejándose de una manera visible, como si en aquellos cinco minutos la 'tempestad, puesta en fuga, hubiera recorrido diez leguas, azotada por las alas del viento.

-Y ahora, Luisa -dijo el rey por lo bajo-, ¿me amenazaréis aún con la cólera celeste? Ya que habéis querido hacer del rayo un presentimiento, ¿dudaréis todavía que al menos no es un presentimiento de desgracia?

La Vallière levantó la cabeza: en aquel intervalo el agua había filtrado la bóveda de ramaje y le corría al rey por el rostro.

-¡Oh! ¡Majestad! ¡Majestad! -dijo La Vallière con acento de temor irresistible, que conmovió al rey hasta el extremo-. ¡Y por mí permanece el rey descubierto de ese modo y expuesto a la lluvia! . . . ¿Pues quién soy yo?

-Bien lo veis -dijo Luis-; sois la divinidad que hace huir la tempestad; la diosa que vuelve a traernos el buen tiempo.

En efecto, un rayo de sol pasaba a la sazón a través del bosque, haciendo caer como otros tantos diamantes las gotas de agua, que rodaban sobre las hojas o caían verticalmente por los intersticios del ramaje.

-Majestad -dijo la joven casi vencida, pero haciendo un último esfuerzo-; reflexionad en los sinsabores que vais a tener que sufrir por mi causa. En este momento. ¡Dios santo!, os andarán buscando por todas partes. La reina debe de estar alarmada, y Madame... ¡oh, Madame! -exclamó la joven con un sentimiento que se asemejaba al espanto.

Este nombre produjo algún efecto en el rey, el cual se estremeció y soltó a La Vallière, a quien había tenido abrazada hasta entonces.

Después se adelantó hacia el paseo para mirar, y volvió casi con ceño adonde estaba La Vallière.

-¿Madame habéis dicho? -dijo el rey.

-Sí, Madame... Madame, que está celosa también -repuso La Vallière con acento profundo.

Y sus ojos, tan tímidos, tan castamente fugitivos, atreviéronse por un momento a interrogar los ojos del rey.

-Pero -replicó Luis haciendo un esfuerzo sobre sí mismo- me parece que Madame no tiene por qué estar celosa de mí; Madame no tiene derecho alguno . . .

-¡Ay! -exclamó La Vallière.

-¡Señorita! -dijo el rey con acento casi de reconvención-. ¿Seríais vos también de las que piensan que la hermana tiene derecho a estar celosa del hermano?

-No me corresponde penetrar los secretos de Vuestra Majestad.

-¡Oh! También lo creéis como los demás -exclamó el rey.

-Creo que Madame está celosa, sí, señor -respondió firmemente La Vallière.

-¡Dios mío! -exclamó el rey con inquietud-. ¿Lo habéis echado de ver acaso en su modo de portarse con vos? ¿Os ha hecho algo que podáis atribuir a semejantes celos?

-¡De ningún modo, Majestad! ¡Soy yo tan poca cosa!

-¡Oh! Es que si así fuese... -exclamó Luis con singular energía.

-Majestad -interrumpió La Vallière-, ya no llueve, y creo que alguien se acerca.

Y, olvidando toda etiqueta, se apoyó en el brazo del rey.

-Bien, señorita -replicó Luis-; dejemos que vengan. ¿Quién osaría llevar a mal que haya hecho compañía a la señorita de La Vallière?

-¡Por favor, Majestad! Van a extrañar que os hayáis mojado de ese modo, que os hayáis sacrificado por mí.

-No he hecho más que cumplir con mi deber de caballero -contestó el rey-; y ¡ay de aquel que no cumpla con el suyo y critique la conducta de su rey!

En efecto, en aquel momento veíanse asomar por el paseo algunas cabezas, solícitas, curiosas, como si buscaran algo, y que, habiendo divisado al rey y a la joven, parecieron haber hallado lo que buscaban.

Eran los enviados de la reina y de Madame, los cuales se quitaron el sombrero en señal de haber visto a Su Majestad.

Pero Luis, a pesar de la confusión de La Vallière, no dejó por eso su actitud respetuosa y tierna.

En seguida, después que todos los cortesanos estuvieron reunidos en la avenida, cuando todo el mundo pudo ver la muestra de deferencia que había dado a la joven permane-

ciendo de pie y con la cabeza descubierta delante de ella durante la tempestad, le ofreció el brazo, la llevó hacia el grupo que esperaba, respondió con la cabeza a los saludos que cada cual le hacía, y, sin dejar el sombrero de la mano, la condujo hasta su carroza.

Y, como la lluvia continuara todavía, último adiós de la tempestad que se alejaba, las demás damas, que por respeto no habían subido a su carruaje antes que -el rey, recibían sin capa ni capotillo aquella lluvia de la que el rey resguardaba con su sombrero, en lo que era posible, a la más humilde de entre ellas.

La reina y Madame debieron ver, como las otras, aquella exagerada cortesanía del rey; Madame perdió la continencia hasta el punto de dar con el codo a la joven reina, diciéndole:

-¡Pero mirad, mirad!

La reina cerró los ojos como si hubiese sentido un vértigo; se llevó la mano al rostro, y subió a la carroza.

Madame subió detrás de ella. El rey montó a caballo, y, sin inclinarse con preferencia a ninguna portezuela, volvió a Fontainebleau, con las riendas sobre el cuello de su caballo, pensativo y todo absorto.

Cuando la multitud estuvo alejada, cuando oyeron que iba extinguiéndose el ruido de caballos y carruajes, cuando se hubieron asegurado de que nadie podía verlos, Aramis y Fouquet salieron de su gruta.

Luego, en silencio, pasaron a la avenida.

Aramis echó una mirada, no sólo en toda la extensión, que tenía detrás y delante de sí, sino en la espesura del bosque.

-Señor Fouquet -dijo, cuando se hubo asegurado de que todo estaba solitario-, es preciso a toda costa hacernos con la carta que habéis escrito a La Vallière.

-Será cosa fácil -repuso Fouquet- si mi sirviente no la ha entregado.

-Es preciso; en cualquier caso, que sea cosa posible, ¿entendéis?

-Sí; el rey ama a esa joven; ¿no es cierto?

-Mucho; y lo peor es que ella ama al rey con pasión.

-Lo cual quiere decir que mudamos de táctica, ¿no es verdad?

-Sin duda alguna; no tenéis tiempo que perder. Es preciso que veáis a La Vallière, y que, sin pensar más en haceros amante suyo, lo que es imposible, os declaréis su más celoso amigo y su más humilde servidor.

-Así lo haré -contestó Fouquet-, y sin repugnancia; esa muchacha me parece plena de corazón.

-O de astucia -lijo Aramis-; pero, en ese caso, razón de más. Y añadió, tras una breve pausa: -O mucho me engaño, o esa jovencita será la gran pasión del rey. Subamos al carruaje, y a galope tendido a Palacio.

Dos horas después de haber partido el carruaje del superintendente por orden de Aramis, conduciendo a ambos hacia Fontainebleau con la rapidez de las nubes que corrían en el cielo bajo el último soplo de la tempestad, estaba La Vallière en su cuarto con un sencillo peinador de muselina, terminando su almuerzo junto a una mesita de mármol.

De pronto se abrió la puerta y entró un ayuda de cámara a avisar que el señor Fouquet pedía permiso para ofrecerle sus respetos.

La Vallière se hizo repetir dos veces el recado; la pobre niña no conocía al señor Fouquet más que de nombre, y no acertaba a adivinar qué podía tener ella de común con un superintendente de Hacienda.

No obstante, como éste podía venir de parte del rey, y, en vista de la conversación que hemos referido, la cosa era muy posible, echó una ojeada al espejo, prolongó algo más todavía los largos bucles de sus

cabellos, y ordenó que se le hiciese entrar.

No obstante, La Vallière no podía menos de experimentar cierta turbación. La visita del superintendente no era un suceso vulgar en la vida de una dama de la corte. Fouquet, tan célebre por su generosidad, su galantería y su delicadeza con las mujeres, había recibido más invitaciones que pedido audiencias.

En no pocas casas la presencia del superintendente había significado fortuna. En no pocos corazones había significado amor.

Fouquet entró respetuosamente en el cuarto de La Vallière, presentándose con aquella gracia que era el carácter distintivo de los hombres eminentes del siglo, y que hoy no se comprende ni aun en los retratos de la época, donde el pintor trató de hacerlos vivir.

La Vallière correspondió al respetuoso saludo de Fouquet con una reverencia de colegiala, y le indicó una silla.

-No me sentaré, señorita -dijo-, hasta tanto que me hayáis perdonado.

-¿Yo? -preguntó La Vallière.

-Sí, vos.

-¿Y qué os he de perdonar, Dios mío?

Fouquet fijó una mirada penetrante en la joven, y no creyó ver en su rostro más que ingenua extrañeza.

-Veo, señorita -dijo-, que tenéis tanta generosidad como talento, y leo en vuestros ojos el perdón que solicitaba. Pero no me basta el perdón de los labios, os lo prevengo, porque necesito sobre todo el perdón del corazón y del alma.

-A fe mía, señor -dijo La Vallière-, os juro que no os comprendo.

-Esa es aún mayor delicadeza -replicó Fouquet-, y veo que no queréis que tenga que avergonzarme en vuestra presencia.

-¡Avergonzaros en mi presencia! Pero, por favor, caballero, ¿de qué os tenéis que avergonzar?

-¿Sería tal mi suerte -exclamó Fouquet- que mi modo de proceder no os haya ofendido?

La Vallière se encogió de hombros.

-Veo, caballero -replicó-, que estáis hablando en enigmas, y soy, a lo que parece, demasiado ignorante para comprenderos.

-Sea -dijo Fouquet-; no insistiré más. Decidme únicamente que puedo contar con vuestro perdón, y quedaré tranquilo.

-Señor -dijo La Vallière con cierto asomo de impaciencia-, no puedo daros más que una respuesta, y espero que os deje satisfecho. Si supiese la ofensa que decís haberme hecho, os la perdonaría; con mucha más razón lo haré no conociéndola...

Fouquet mordióse los labios, como lo habría hecho Aramis.

-Entonces -dijo-, puedo esperar que, a pesar de lo ocurrido, quedaremos en buena inteligencia, y me haréis el favor de creer en mi respetuosa amistad.

La Vallière creyó que principiaba ya a comprender.

"¡Oh! dijo para sí-. No hubiera creído al señor Fouquet tan solícito en buscar la fuente de un favor tan reciente."

Y luego; en alta voz:

-¿Vuestra amistad, señor? -dijo-. Creo que en el ofrecimiento que me hacéis de vuestra amistad sea para mí todo el honor.

-Conozco, señorita -repuso Fouquet-, que la amistad del amo puede parecer más brillante y deseable que la del servidor; pero os garantizo que esta última será por lo menos tan fiel y desinteresada como la que más.

La Vallière se inclinó; había, en efecto, mucha convicción y rendimiento en la voz del superintendente.

Así fue que le alargó la mano.

-Os creo -dijo.

Fouquet tomó la mano que le alargaba la joven.

-Entonces -añadió-, ¿no tendréis inconveniente en devolverme esa desdichada carta?

-¿Cuál? -preguntó La Vallière. Fouquet volvió a examinarla, como había hecho antes, con toda la penetración de su mirada.

Igual ingenuidad de fisonomía, igual candor de semblante.

-Ea, señorita -dijo después de aquella negativa-, me veo obligado a confesar que vuestro proceder es el más delicado del mundo, y no me tendría por hombre honrado si temiera algo de una joven tan generosa como vos.

-En verdad, señor Fouquet -respondió La Vallière, con profundo sentimiento me veo precisada a repetiros que no acierto a comprender vuestras palabras.

-Pero, en fin, señorita, ¿no habéis recibido ninguna carta mía?

-Ninguna, os lo aseguro -respondió con firmeza La Vallière.

-Bien, eso me basta; y ahora, señorita, permitidme que os renueve la seguridad de todo mi aprecio y respeto.

E, inclinándose, se retiró para ir a reunirse con Aramis, que le aguardaba en su casa, dejando a La Vallière con la duda de si se habría vuelto loco el superintendente.

-¿Qué tal? -preguntó Aramis, que esperaba a Fouquet con impaciencia-. ¿Habéis quedado satisfecho de da favorita?

-Encantado -respondió Fouquet-: es mujer de talento y de corazón.

-¿No se ha encontrado resentida?

-Lejos de eso, ni aun ha dado a entender que comprendiese.

-¿Que comprendiese qué?

-Que yo le hubiese escrito.

-Con todo, por fuerza habrá debido comprenderos para devolveros la epístola, porque supongo que os la habrá devuelto.

-¡Ni pensarlo!

-Por lo menos os habréis asegurado de que la ha quemado.

-Mi querido señor de Herblay, hace una hora ya que estoy hablando a medias palabras, y por divertido que sea ese juego, comienza a cansarme. Oídmelo bien: la pequeña ha fingido no comprender lo que decía, y ha negado que haya recibido carta alguna; por consiguiente, es claro que no ha podido ni devolvérmela ni quemarla.

-¡Oh, oh! -dijo Aramis con inquietud-. ¿Qué me decís?

-Digo que ha jurado formalmente no haber recibido carta alguna.

-Pues no lo comprendo... ¿Y no habéis insistido?

-He insistido hasta la impertinencia.

-¿Y ha negado siempre?

-Siempre.

-¿Y no se ha desmentido ni una sola vez?

-No.

-¿Entonces, querido, le habéis dejado nuestra carta en sus manos?

-No ha habido otro remedio.

-Pues es una gran falta.

-¿Y qué diantres habrías hecho en mi lugar?

-Verdaderamente, no se le podía obligar, pero es cosa que me inquieta: semejante carta no puede quedar en sus manos.

-¡Oh! Esa joven es generosa.

-Si lo fuese os habría devuelto la carta.

-Os aseguro que es generosa; he leído en sus ojos, y me precio de tener algún conocimiento en eso.

-Entonces, la creéis de buena fe.

-Con todo mi corazón.

-Pues yo entiendo que estamos en un error.

-¿Cómo en un error?

-Creo que, efectivamente, como ella os ha dicho, no ha recibido ninguna carta.

-¡Cómo! ¿Ninguna carta?

-Lo que digo.

-Supondrías...

-Supongo que, por algún motivo que ignoramos, vuestro hombre no ha entregado la carta.

Fouquet dio un golpe en el timbre.

Un sirviente se presentó.

-Que venga Tobías -dijo.

Un momento después entraba un hombre de mirar inquieto, labios delgados, brazos cortos y cargado de espaldas.

Aramis clavó en él su mirada penetrante.

-¿Me permitís que le interrogué yo mismo? -preguntó Aramis.

-Hacedlo -dijo Fouquet.

Aramis hizo un ademán para dirigir la palabra al lacayo, pero se detuvo.

-No -dijo-, porque vería que dábamos demasiada importancia a sus respuestas; interrogadle vos; entretanto haré yo como que escribo.

Aramis se sentó en efecto a una mesa, con la espalda vuelta al lacayo, cuyos gestos y miradas examinaba en un espejo paralelo.

-Ven aquí, Tobías -dijo Fouquet.

El lacayo acercóse con paso bastante seguro.

-¿Cómo has desempeñado mi comisión?

-le preguntó Fouquet.

-Como siempre, monseñor -replicó Tobías.

-Vamos a ver.

-Penetré en el aposento de la señorita de La Vallière, que estaba en misa, y puse el billete encima de su tocador. ¿No es eso lo que me encargasteis?

-Sí; ¿y no ha habido más?

-Nada más, monseñor.

-¿No había nadie allí?

-Absolutamente nadie.

-¿Te ocultaste como te encargué?

-Sí.

-¿Volvió ella?

-Diez minutos después.

-¿Y nadie pudo coger la carta?

-Nadie, porque nadie entró.

-De fuera, bien, pero, ¿y del interior?

-Desde el lugar en que estaba escondido podía ver hasta el fondo de la cámara.

-Escucha -dijo Fouquet, mirando fijamente al lacayo-. Si esa carta ha ido casualmente a otro destino, confiésalo; porque, sí se ha cometido algún error, lo pagarás con tu cabeza.

Tobías se estremeció, pero se recobró al punto.

-Monseñor -dijo-, he puesto la carta en el sitio que he dicho, y no pido más que media hora para probaron que la carta se halla en poder de la señorita de La Vallière, o para traer la carta misma.

Aramis observaba con gran atención al lacayo.

Fouquet no desconfiaba de él, pues aquel hombre le había servido bien por espacio de veinte años.

-Anda -dijo-; está bien; mas tráeme la prueba de lo que dices. El lacayo salió.

-Veamos, ¿qué pensáis? -preguntó Fouquet a Aramis.

-Pienso que es preciso, por un medio u otro, averiguar la verdad. La carta habrá llegado o no a poder de La Vallière; en el primer caso, es necesario que La Vallière os la devuelva, o que os dé la satisfacción de quemarla en vuestra presencia; en el segundo, es necesario recobrar la carta, aunque tengamos que gastar para ello un millón. ¿No es ése vuestro parecer?

-Sí; pero, a decir verdad, querido obispo, creo que exageráis la situación.

-¡Qué ciego sois! -murmuró Aramis.

-La Vallière, a quien tomamos por una política consumada, no es más que una coqueta que aguarda que yo le haga la corte, porque he principiado a hacérsela, y que habiéndose asegurado ya del amor del rey, querrá tenerme sujeto con la carta. Nada encuentro en eso de particular.

Aramis movió la cabeza.

-¿No es ésa vuestra opinión? -preguntó Fouquet.

-Esa mujer no es coqueta -dijo Aramis.

-Permitidme deciros...

-¡Oh! Conozco a las mujeres coquetas -dijo Aramis.

-¡Amigo mío, amigo mío!

-¿Queréis decir que ha transcurrido mucho tiempo desde que hice mis estudios? No importa; las mujeres no varían.

-Sí; pero los hombres cambian, y hoy día sois más suspicaz que en otro tiempo.

Luego, echándose a reír:

-Vamos a ver -dijo-; si La Vallière quiere darme una tercera parte de su amor, y al rey las otras dos terceras partes, ¿no encontraréis aceptable la condición?

Aramis se levantó con impaciencia.

-La Vallière -dijo- ni ha amado ni amará a nadie más que al rey.

-Pero, en último resultado -dijo Fouquet-, ¿qué haríais vos?

-Preguntadme mejor qué hubiera hecho.

-Bien, ¿y qué habríais hecho.

-En primer lugar, no hubiese dejado salir a ese hombre.

-¿A Tobías?

-¡Sí, a Tobías, que es un traidor!

-¡Oh!

-¡Estoy seguro! No le hubiera dejado salir sin que me hubiese dicho la verdad.

-Aún es tiempo.

-¿De veras?

-Llamémosle, e interrogadle vos mismo.

-¡Corriente!

-Pero os aseguro que será inútil. Lo tengo hace veinte años, y jamás ha incurrido en torpeza alguna, lo cual -añadió riendo Fouquet- no hubiera tenido nada de extraño.

-Llamadle, sin embargo. Creo haber visto esta mañana esa cara muy en conversación con uno de los hombres del señor Colbert.

-¿Dónde?

-Delante de las caballerizas.

-¡Bah! Todos mis sirvientes están a matar con los de ese pedante.

- Digo que le he visto, y su rostro, que me debía ser desconocido cuando entró hace poco, me ha chocado de un modo desagradable.

-¿Por qué no despegasteis los labios mientras permaneció aquí?

-Porque en este momento es cuando veo claro en mis recuerdos.

-¡Oh! -dijo Fouquet-. Empezáis a asustarme.

Y dio un golpe en el timbre.

-Quiera el Cielo que no sea tarde -dijo Aramis.

Fouquet llamó otra vez. El ayuda de cámara ordinario se presentó.

-Pronto, que venga Tobías -ordenó Fouquet.

El ayuda de cámara volvió a cerrar la puerta.

-Supongo que me dais carta blanca, ¿no?

-Entera.

-¿Puedo usar todos los medios para averiguar la verdad?

-Sí.

-¿Hasta la intimidación?

-Os constituyo procurador general en mi lugar.

Esperaros diez minutos, pero inútilmente.

Fouquet, impaciente, llamó de nuevo en el timbre.

-¡Tobías! -gritó.

-Monseñor -dijo el criado-, le están buscando.

-No debe estar lejos, pues no le he encargado ningún mensaje.

-Voy a ver, monseñor.

Y el ayuda de cámara cerró la puerta.

Entretanto se paseaba Aramis impaciente, pero en silencio, por el gabinete.

Pasaron diez minutos más. Fouquet volvió a llamar de manera capaz de despertar a toda una necrópolis.

El criado volvió bastante trémulo para hacer sospechar alguna mala noticia.

-Monseñor debe de padecer alguna equivocación -dijo antes de que Fouquet le preguntase-; por fuerza ha dado monseñor alguna comisión a Tobías, pues ha ido a las caballerizas, y ha ensillado por sí mismo el mejor corredor de monseñor.

-¿Y qué?

-Ha partido.

-¡Se. fue! -exclamó Fouquet-. ¡Que corran tras él y me lo traigan!

-¡Bah, bah! -dijo Aramis cogiéndole de la mano-. Un poco de calma, ya que el mal está hecho.

-¿Cómo que está hecho el mal?

- Yo estaba cierto de ello. Ahora procuraremos evitar la alarma; calculemos el resultado del golpe, y veamos de remediarlo, si es posible.

-De todos modos-replicó Fouquet-, no creo el mal tan grave.

-¿Os parece así? -dijo Aramis.

-Sin duda. Es muy natural que un hombre escriba un billete amoroso a una mujer.

-Un hombre, sí; un súbdito, no; especialmente cuando esa mujer es la que ama el rey.

-Es que, amigo mío, el rey no amaba a La Vallière hace ocho días; no la amaba ayer, y la carta es de ayer. Era difícil que adivinara yo el amor del rey cuando no existía ese amor.

-Está bien -replicó Aramis-, pero, por desgracia, la carta no estaba fechada. Eso es lo que me atormenta, sobre todo. ¡Ah! Si llevara fecha de ayer, no tendría el menor asomo de inquietud por vos. Fouquet se encogió de hombros.

-¿Estoy por ventura en tutela -repuso-, hasta el punto de que el rey sea rey de mi cerebro y de mi carne?

-Tenéis razón -dijo Aramis-; no demos a las cosas más importancia de la que conviene; además... si nos vemos amenazados, medios tenemos de defensa.

-¡Amenazados! -exclamó Fouquet-. Supongo que no contaréis esa picadura de hormiga en el número de las amenazas que puedan comprometer mi fortuna y mi vida, ¿no es eso?

-Cuidado, señor Fouquet, que la picadura de una hormiga puede matar a un gigante, si la hormiga es venenosa.

-Pero esa omnipotencia de que habláis, ¿desapareció ya?

-No; soy omnipotente, pero no inmortal.

-Veamos; lo que más urge por ahora es encontrar a Tobías. ¿No opináis lo mismo?

-¡Oh! Fin cuanto a eso, no le hallaréis -dijo Aramis-; y si lo consideráis necesario, dadlo por perdido.

-Mas en alguna parte estará -dijo Fouquet.

-Tenéis razón; dejadme obrar -respondió Aramis.

V

LAS CUATRO PROBABILIDADES DE MADAME

Ana de Austria había suplicado a la reina que fuese a verla. Enferma hacía algún tiempo, y cayendo desde lo alto de su hermosura y de su juventud con aquella rapidez de descenso que marca la decadencia de las mujeres que han luchado mucho, la reina Ana veía unirse al padecimiento físico el dolor de no figurar ya sino como recuerdo vivo en medio de los jóvenes ingenios y potentados de su corte. Las advertencias de su médico y las de su espejo la desconsolaban mucho menos que los avisos inexorables de la sociedad de los corte-

sanos, que, semejantes a las ratas de los barcos, abandonan la cala donde va a penetrar el agua a causa de las averías del tiempo.

Ana de Austria no se hallaba satisfecha con las horas que le consagraba su primogénito.

El rey, buen hijo, pero con más afectación que cariño, dedicaba en un principio a su madre una hora por la mañana y otra por la noche; pero, desde que se encargó de los asuntos del Estado, las visitas de la mañana y de la noche se redujeron sólo a media hora, y poco a poco quedó suprimida la de la mañana.

Veíanse en misa, y hasta la visita nocturna era a veces reemplazada por una entrevista, bien en el aposento del rey en tertulia, o bien en el de Madame, adonde corría gustosa la reina por miramiento a sus dos hijos.

De ahí nació el inmenso ascendiente de Madame sobre la Corte, que hacía de su sala la verdadera tertulia real.

Ana de Austria lo comprendió. Viéndose enferma y condenada por sus padecimientos

a hacer una vida retirada, se desconsoló al prever que la mayor parte de sus días y sus noches transcurrirían solitarios, inútiles, desesperados.

Recordaba con terror el aislamiento en que la tenía en otro tiempo el cardenal Richelieu; noches fatales e insoportables, en las cuales le quedaba, no obstante, todavía el consuelo de la juventud y de la belleza, que van siempre acompañadas de la esperanza.

Entonces formó el proyecto de trasladar la Corte a su habitación y de atraer a Madame con su brillante escolta a la morada, triste ya y sombría, donde la que era viuda y madre de un rey de Francia se veía reducida a consolar de su viudez anticipada a la esposa, siempre llorosa, de un rey de Francia.

Ana reflexionó.

Mucho había intrigado durante su vida. En los buenos tiempos, cuando su juvenil cabeza concebía proyectos siempre felices, tenía a su lado, para estimular su ambición y su amor, una amiga más ardiente y ambiciosa que ella

misma, una amiga que la había amado, cosa rara en la Corte, y que, por mezquinas consideraciones, habían alejado de ella.

Mas después de tantos años, si se exceptúan a las señoras de Motteville y la Molena, nodriza española, confidente suya por el doble carácter de compatriota y de mujer, ¿quién podía lisonjearse de haber dado un excelente consejo a la reina?

¿Quién, asimismo, entre aquellas cabezas juveniles, podría recordarle el pasado, por el cual vivía solamente?

Ana de Austria acordóse de la señorita de Chevreuse, desterrada primero, más bien por su voluntad que por la voluntad del rey, y muerta después en el destierro siendo mujer de un obscuro hidalgo.

Se preguntó lo que en tal caso le habría aconsejado la señora de Chevreuse en otro tiempo, cuando estaban metidas en sus intrigas comunes; y, después de una seria meditación, le pareció que aquella mujer astuta, llena de

experiencia y sagacidad, le respondía con su tono irónico:

-Toda esa juventud es pobre y ambiciosa. Necesita oro y rentas para alimentar sus placeres: sujetadla por medio del interés.

Ana de Austria adoptó ese plan. Su bolsa estaba bien provista; disponía de una suma considerable que Mazarino había reunido para ella y

colocado en sitio seguro. Poseía, además, las más hermosas pedrerías de Francia, especialmente unas perlas de tal magnitud, que hacían suspirar al rey cada vez que las veía, porque las perlas de su corona no eran más que granos de mijo al lado de las otras.

Ana de Austria no tenía ya belleza ni encantos de que poder disponer. Se hizo rica y presentó como cebo a los que viniesen a hacerle la corte, ya buenos escudos que poder ganar en el juego, ya buenos regalos hábilmente hechos los días de buen humor, así como algunas concesiones de rentas que solicitase del rey, y que

se había decidido a hacer para sostener su crédito.

Desde luego ensayó este medio con Madame, cuya posesión era la que más tenía en estima de todas.

Madame, no obstante la intrépida confianza de su carácter y de su juventud, se dejó llevar por completo, y, enriquecida paulatinamente con donativos y cesiones, fue tomando gusto a aquellas herencias anticipadas.

Ana de Austria empleó igual medio con Monsieur y con el rey mismo, y estableció loterías en su habitación.

El día de que hablamos se trataba de una reunión en el cuarto de la reina madre, y esta princesa rifaba dos brazaletes de hermosísimos brillantes y de un trabajo delicado.

Los medallones eran unos camafeos antiguos del mayor valor. Considerados como renta, no representaban los diamantes una cantidad considerable, pero la originalidad y rareza de aquel trabajo eran tales, que se deseaba

en la Corte, no sólo poseer, sino ver aquellos brazaletes en los brazos de la reina, y los días en que los llevaba puestos considerábase como un favor el ser admitido a admirarlos besándole las manos.

Hasta los cortesanos habían dado rienda suelta a su imaginación para establecer el aforismo de que los brazaletes no habrían tenido precio si no les hubiera cabido la desgracia de hallarse en contacto con unos brazos como los de la reina.

Este cumplimiento había tenido el honor de ser traducido a todos los idiomas de Europa, y circulaban sobre el particular más de mil dísticos latinos y franceses.

El día en que Ana de Austria se decidió por la rifa, era un día decisivo: hacía dos días que el rey no iba al cuarto de su madre.

Madame estaba de mal humor desde la célebre escena de las dríadas y de las náyades.

El rey no estaba enojado, pero una distracción poderosísima le tenía completamente

apartado del torbellino y de las diversiones de la Corte.

Ana de Austria llamó la atención de la concurrencia anunciando su proyectada rifa para la noche siguiente.

Al efecto, quiso ver a la reina joven, a quien, como hemos dicho, había pedido una entrevista por la mañana.

-Hija mía -le dijo-, tengo que anunciaros una buena nueva. El rey me ha dicho de vos las cosas más afectuosas. El rey es joven y fácil de distraer; pero, en tanto que permanezcáis a mi lado, no se atreverá a separarse de vos, a quien por otra parte profesa el más vivo cariño. Esta noche hay rifa en mi habitación. ¿Vendréis?

-Me han dicho -repuso la reina con cierto asomo de tímida reconvención- que Vuestra Majestad iba a rifar sus valiosos brazaletes, cuyo mérito es tal, que no hubiéramos debido consentir que saliesen del guardajoyas de la Corona, aun cuando no fuese más que porque os han pertenecido.

-Hija mía -dijo entonces Ana de Austria conociendo todo el pensamiento de su nuera y procurando consolarla de no haberle hecho aquel regalo-, era preciso atraer para siempre a mi tertulia a Madame.

-¿A Madame? -murmuró ruborizándose la reina.

-Sí, por cierto: ¿no os parece mejor tener en vuestro cuarto a una rival para vigilarla y dominarla, que saber que el rey está siempre en su cuarto dispuesto a galantearla y a dejarse galantear? Esa rifa es el cebo de que me valgo para ello. ¿Me lo censuráis todavía?

-¡Oh, no! -murmuró María Teresa dando una mano con otra, con ese impulso propio de la alegría española.

-¿Ni sentiréis ya tampoco, querida mía, que no os haya dado esos brazaletes, como era mi intención?

-¡Oh! ¡No, no, querida madre! ...

-Pues bien, hija mía, tratad de poner os guapa, y que sea brillante nuestra tertulia:

cuanta más alegría manifestéis, pareceréis más encantadora y eclipsaréis a todas las damas en esplendor y dignidad.

María Teresa se retiró entusiasmada.

Una hora más tarde recibía Ana de Austria a Madame, y, llenándola de caricias:

-¡Buenas noticias! -le dijo-. Al rey le ha agradado sobremanera la idea de mi rifa.

-Pues a mí no tanto, señora -repuso Madame-; ver unos brazaletes tan hermosos como éstos en otros brazos que los vuestros o los míos, es cosa a que no me puedo acostumbrar.

-¡Vaya! -dijo Ana de Austria ocultando bajo una sonrisa un agudo dolor que le acometió en aquel momento-. No toméis las cosas tan a pechos, ni vayáis a mirarlas por el lado peor.

-Señora, la suerte es loca, y según me ha dicho, habéis puesto doscientos billetes.

-Así es; pero no ignoráis que sólo ha de haber un ganancioso.

-Indudablemente. Pero, ¿quién será?...
¿Podéis decírmelo? -preguntó desesperada
Madame.

-Ahora me recordáis que he tenido un
sueño esta noche... ¡Oh! ¡Mis sueños son buenos!... ¡Duermo tan poco!

-¿Qué sueño?... ¿Estáis mala?

-No -dijo la reina ahogando con una
constancia admirable el tormento de otra punzada en el seno-. He soñado que le tocaban los
brazales al rey.

-¿Al rey?

-Vais a preguntarme qué es lo que el rey
puede hacer con los brazales, ¿no es cierto?

-Así es.

-Y pensáis que sería una fortuna que el
rey obtuviese los brazales..., porque entonces
se vería obligado a regalarlos a alguien.

-A vos, por ejemplo.

-En cuyo caso los regalaré yo a mi vez,
porque no iréis a suponer -dijo riendo la reina-
que ponga esos brazales en rifa por gusto de

ganar, y sí sólo por regalarlos sin causar envidias. Pero si la suerte no quisiera sacarme del apuro, entonces corregiré a la suerte, y ya tengo pensado a quién he de ofrecer los brazaletes.

Estas palabras fueron pronunciadas con una sonrisa tan expresiva, que Madame debió corresponder a ella con un beso en señal de gracias.

-Pero -repuso Ana de Austria-, ¿no sabéis tan bien como yo que si el rey obtuviese los brazaletes no me los devolvería?

-Entonces se los daría a la reina. No, por la misma razón que tiene para no devolvérmelos a mí, pues si hubiese querido dárselos a la reina, no tenía necesidad de valerme de él para hacerlo.

Madame lanzó una mirada oblicua a los brazaletes, que resplandecían en su estuche sobre una consola inmediata.

-¡Qué hermosos son! Pero olvidamos -añadió- que el sueño de Vuestra Majestad no es más que un sueño.

-Mucho extrañaría -replicó Ana de Austria- que mi sueño me engañase, porque rara vez me ha sucedido.

-Entonces, podéis ser profeta.

-Ya os he dicho, hija mía, que casi nunca sueño; ¡pero es una coincidencia tan rara la de ese sueño con mis ideas! ¡Se ajusta tan perfectamente a mis combinaciones!

-¿Qué combinaciones?

-Por ejemplo, la de que los brazaletes fuesen para vos.

-Entonces no le tocarán al rey.

-¡Oh! -dijo Ana de Austria-. No hay tanta distancia del corazón de Su Majestad al vuestro ... a vos, que sois su hermana amada ... No hay tanta distancia, repito, que pueda decirse que el sueño sea engañoso. Examinad y pensad bien las probabilidades que tenéis a vuestro favor.

-Veamos.

-En primer lugar, la del sueño. Si el rey gana, de seguro son para vos los brazaletes.

-Admito esa probabilidad.

-Si la suerte os es propicia, entonces no hay que dudar que son vuestros ...

-Naturalmente; también es admisible.

-Luego si la suerte se decide por Monsieur. . .

-¡Oh! -exclamó Madame prorrumpiendo en una carcajada-. Se los daría al caballero de Lorena.

Ana de Austria se echó a reír como su nuera, es decir, de tan buena gana, que le repitió el dolor y se puso lívida en medio de aquel acceso de hilaridad.

-¿Qué tenéis? -dijo asustada Madame.

-Nada, nada; el dolor de costado... He reído mucho... Estábamos en la cuarta probabilidad.

-¡Oh! Lo que es ésa no la veo.

-¡Oh! Lo que es ésa no la veo.

-Perdonad, que no estoy excluida de entrar en suerte, y, si me tocan los brazaletes, estáis segura de mí.

-¡Gracias, gracias! -exclamó Madame.

-Espero que os consideréis como favorecida, y que ahora empiece a tomar mi sueño a vuestros ojos aspecto de realidad.

-Me dais realmente esperanza y confianza -dijo Madame-, y los brazaletes ganados de este modo serán mucho más valiosos para mí.

-¿Conque hasta la noche? -¡Hasta la noche!

Y ambas princesas se separaron. Ana de Austria, después que se marchó su nuera, dijo entre sí, examinando los brazaletes:

-Preciosos son, efectivamente, puesto que por ellos me conciliaré esta noche un corazón, al paso que habré adivinado un secreto.

Y, volviendo luego hasta su desierta alcoba:

-¿Es de este modo como te habrías manejado tú, pobre Chevreuse? -dijo lanzando al aire su voz-. Sí, ¿no es verdad?

Y, con el eco de aquella invocación, se reanimó en ella, como un perfume de otro tiempo, toda su juventud, toda su loca imaginación, toda su felicidad.

VI EL SORTEO

A las ocho de la noche hallábanse todos reunidos con la reina madre. Ana de Austria, en traje de ceremonia y engalanada con los restos de su hermosura y todos los recursos que la coquetería puede poner en manos hábiles, disimulaba, o procuraba más bien disimular, a la turba de jóvenes cortesanos que la rodeaban y admiraban todavía, merced a las combinaciones que dejamos expuestas en el capítulo anterior, los estragos ya visibles de aquella enfermedad que debía llevarla al sepulcro algunos años después.

Madame, casi tan coqueta como Ana de Austria, y la reina, sencilla y natural como

siempre, estaban sentadas a sus lados y se disputaban sus agasajos.

Las camaristas, reunidas en cuerpo de ejército para resistir con más fuerza, y, de consiguiente, con mejor éxito, a los maliciosos dichos que los cortesanos les dirigían, pres tábanse, como un batallón en cuadro, el mutuo auxilio de un buen ataque y de una buena defensa.

Montalais, hábil en semejante guerra de tiradores, protegía toda la línea con el fuego incesante que dirigía contra el enemigo.

Saint-Aignan, desesperado del rigor, insolente a fuerza de ser obstinado, de la señorita de Tonnay-Charente, procuraba volverle la espalda; pero, vencido por el irresistible resplandor de los dos grandes ojos de la hermosura, volvía a cada paso a consagrar su derrota con nuevas sumisiones, a las que no dejaba de contestar la señorita de Tonnay-Charente con nuevas impertinencias.

Saint-Aignan no sabía a qué santo encomendarse.

La Vallière tenía, no una corte, sino un principio de cortesanos. Saint-Aignan, con la esperanza de hacerse por medio de su manobra las miradas de Atenaida, fue a saludar a la joven con un respeto que a ciertos espíritus miopes les había hecho creer en la voluntad de contrapesar a Atenaida con Luisa.

Pero éstos eran solamente los que no habían visto ni oído referir la escena de la lluvia. Sólo que, como la mayoría estaba ya informada, y bien informada, su favor declarado había atraído hacia ella a los más hábiles como a los más imbéciles de la Corte.

Los primeros, porque decían, unos como Montaigne: "¡Qué sabemos!"; y otros, como Rabelais: "Puede se?".

El mayor número siguió a aquéllos, como en las cacerías cinco o seis podencos hábiles siguen solos la pista de la presa, en tanto que el

resto de la trailla no sigue más que la pista de los podencos.

Las reinas y Madame examinaban los trajes de sus camaristas, así como los de otras damas, dignándose olvidar por un instante que eran reinas, para acordarse de que eran mujeres.

Lo cual equivale a decir que destrozaban sin piedad a las pobres víctimas.

Las miradas de ambas princesas recayeron simultáneamente sobre La Vallière, la cual, según hemos dicho, se hallaba a la sazón rodeada de mucha gente.

Madame no tuvo piedad.

-Verdaderamente -dijo inclinándose hacia la reina madre-, si la suerte fuese justa, debería favorecer a la pobre La Vallière.

-Eso no es posible -repuso la reina madre, sonriendo.

-¿Por qué?

-No hay más que doscientos billetes, y no todos han podido ser puestos en lista.

-¿Conque no entra en suerte?

-No.

-¡Qué lástima! Pues hubiese podido ganarlos y venderlos. -¡Venderlos! -exclamó la reina. -Sí; con eso hubiera podido formarse una dote, y no se vería obligada a casarse sin llevar nada, como le sucederá probablemente.

-¡Oh! ¡Bah! ¡Pobre niña! -dijo la reina madre-. Pues qué, ¿no tiene vestidos?

Y pronunció estas palabras como mujer que nunca ha podido saber lo que era media-nía.

-¡Caramba! Dios me perdone, pero me parece que trae el mismo vestido que llevaba esta mañana en el paseo, y que habrá podido conservar, gracias al cuidado que se tomó el rey de ponerla a cubierto de la lluvia.

En el mismo instante en que pronunciaba Madame estas palabras, entraba el rey.

Las dos princesas no hubieran advertido quizá esta llegada, tan ocupadas como se halla-

ban en murmurar, si Madame no viera de pronto turbarse a La Vallière, de pie frente a la galería, y decir algunas palabras a los cortesanos que la rodeaban, los cuales se apartaron al punto. Este movimiento hizo que Madame mirase hacia la puerta, mientras el capitán de los guardias anunciaba al rey.

A aquel anuncio, La Vallière, que hasta entonces había tenido los ojos fijos en la galería, los bajó de pronto.

El rey entró.

Presentóse con una magnificencia llena de gusto, y conversaba con Monsieur y el duque de Roquelaure, los cuales iban, el primero a la derecha, y el segundo a la izquierda del rey.

El rey se adelantó primero hacia las reinas, a quienes saludó con gracioso respeto. Cogió la mano de su madre, la besó, dirigió algunos cumplidos a Madame sobre la elegancia de su traje, y principió a dar la vuelta a la asamblea.

La Vallière fue saludada lo mismo que las demás.

Luego volvió Su Majestad adonde estaban su madre y su mujer. Cuando los cortesanos notaron que el rey no había dirigido más que una frase trivial a aquella joven tan solicitada por la mañana, sacaron al momento una conclusión de aquella frialdad.

La conclusión fue que el rey había atenido un capricho, pero que el capricho había pasado ya.

Sin embargo, una cosa era de advertir, y es, que junto a La Vallière, y en el número de los cortesanos, se hallaba el señor Fouquet, cuya respetuosa urbanidad servía de escudo a la joven en medio de las distintas emociones que la agitaban visiblemente.

Disponíase el señor Fouquet a hablar más íntimamente con la señorita de La Vallière, cuando se aproximó el señor Colbert, y después de hacer una reverencia a Fouquet con todas las reglas de la más respetuosa cortesanía, pareció

resuelto a instalarse al lado de La Vallière para trabar conversación con ella.

Fouquet dejó al punto el puesto. Montalais y Malicorne devoraban con los ojos toda aquella maniobra y enviábanse mutuamente sus observaciones.

Guiche, colocado en el hueco de una ventana, no veía más que a Madame. Mas como ésta, por su parte, fijaba con frecuencia su mirada en La Vallière; los ojos de Guiche, guiados por los de Madame, se encaminaban también alguna que otra vez hacia la joven.

La Vallière sentía como por instinto que le abrumaba cada vez más el peso de todas aquellas miradas, cargadas unas de interés y otras de envidia; pero no tenía para compensar su padecimiento ni una palabra de interés de parte de sus compañeras, ni una mirada amorosa del rey.

De manera que nadie podría decir lo que padecía la pobre muchacha.

La reina madre hizo acercar entonces el velador donde estaban los billetes de la rifa, en número de doscientos, y rogó a madame de Motteville que leyese la lista de los elegidos.

Excusado es decir que esa lista estaba formada con sujeción a las reglas de la etiqueta: primero figuraba el rey, luego la reina madre, la reina, Monsieur, Madame, y por este orden los demás.

Latían los corazones al escuchar aquella lectura. Bien habría trescientos convidados en la habitación de la reina. Cada cual se preguntaba si su nombre figuraría en el número de los privilegiados.

El rey escuchaba con tanta atención como los demás. Pronunciado el último nombre, vio que La Vallière no estaba incluida en la lista.

Por lo demás, todos pudieron advertir aquella omisión.

El rey se puso encendido, como siempre que sufría alguna contrariedad.

La Vallière, apacible y resignada, no manifestó la menor emoción. Durante toda la lectura no había el rey apartado de ella los ojos; la joven mostrábase en extremo complacida bajo aquella feliz influencia que sentía extenderse en rededor suyo, sin que su alegría y su pureza le permitieran abrigar en su alma y en su ánimo otro pensamiento que no fuese amor.

El rey pagaba con la duración de su mirada aquella profunda abnegación, mostrando de este modo a su amante que comprendía toda la extensión y delicadeza de ella.

Cerrada la lista, todos los semblantes de las mujeres omitidas u olvidadas no pudieron menos de manifestar su descontento.

Malicorne quedó olvidado también en el número de los hombres, y su gesto dijo claramente a Montalais, a quien le había cabido igual olvido:

-¿Será cosa de que nos compongamos con la fortuna, de modo que no nos deje olvidados?

-¡Oh! ¡Sí tal! -respondió la sonrisa inteligente de la señorita Aura.

Distribuyéronse los billetes entre todos los incluidos, por su orden de numeración.

El rey recibió primero el suyo, luego la reina madre, la reina, Monsieur, Madame, y así los otros.

Entonces abrió Ana de Austria un saquito de piel de España que contenía doscientos números grabados en otras tantas bolas de nácar, y lo presentó abierto a la más joven de sus camaristas, a fin de que sacase una bola.

La ansiedad general, en medio de todos aquellos preparativos hechos lentamente, era más bien de codicia que de curiosidad.

Saint-Aignan se inclinó al oído de la señorita de Tonnay-Charente:

-Ya que cada uno de nosotros tiene su número, unamos nuestra suerte, señorita -le dijo-: Si gano, son para vos los brazaletes; si ganáis, me contentaré con una sola mirada de vuestros encantadores ojos.

-No -repuso Atenaida-; si ganáis, serán vuestros los brazaletes. A cada cual lo suyo.

-Sois inexorable -exclamó Saint-Aignan-, y os contestaré con esta redondilla; Iris bella que a mis penas Os manifestáis esquivas . . .

-¡Silencio! -dijo Atenaida-. Que vais a impedirme oír el número premiado.

-¡Número uno! -gritó la joven que había sacado la bola de nácar del saquito de piel de España.

-¡El rey! -exclamó la reina madre.

-¡El rey ha ganado! -repitió la reina, gozosa.

-¡Oh! ¡El rey! ¡Vuestro sueño! -exclamó Madame, gozosa también, acercándose al oído de Ana de Austria.

El rey fue el único que no dio señal alguna de satisfacción. Únicamente dio gracias a la fortuna de lo que había hecho en su favor dirigiendo un ligero saludo a la joven que había sido elegida como mandataria de fugaz diosa. Luego, recibiendo de manos de Ana de Austria,

en medio de los murmullos codiciosos de toda la asamblea, el estuche que contenía los brazaletes:

-¿Son realmente preciosos estos brazaletes? -preguntó.

-Examinadlos -repuso Ana de Austria- y juzgad por vos mismo.

El rey los miró atentamente.

-Sí -dijo-. ¡Admirable es, en efecto, este medallón! ¡Qué bien acabado!

- Sí que lo está -añadió Madame.

La reina María Teresa conoció fácilmente, y a la primera ojeada, que el rey no le ofrecería los brazaletes, pero, como tampoco parecía pensar siquiera en ofrecerlos a Madame, se dio por satisfecha, o poco menos.

El rey tomó asiento.

Los cortesanos que gozaban de mayor familiaridad vinieron entonces sucesivamente a admirar de cerca la alhaja, que muy luego, con la venia del rey, fue pasando de mano en mano.

Seguidamente, todos, entendidos o no, lanzaron exclamaciones de sorpresa y abrumarán al rey a felicitaciones.

Había motivo, en efecto, para que todo el mundo admirase, unos los diamantes, otros el grabado.

Las damas mostraban patentemente su impaciencia por ver aquel tesoro monopolizado por los caballeros.

-Señores, señores -dijo el rey, a quien nada pasaba inadvertido-; nadie diría sino que lleváis brazaletes como los sabinos; dejad que los vean las damas, que me parece son en este punto más inteligentes que vosotros.

Semejantes palabras le parecieron a Madame el principio de una decisión que se esperaba.

Leía , además, esa bienhadada creencia en los ojos de la reina madre.

El cortesano que los tenía en el instante de lanzar el rey aquella observación en medio de la agitación general, se apresuró a poner los

brazaletes en manos de la reina María Teresa, la cual, sabiendo que no le estaban destinados, los miró muy por encima y los pasó a manos de Madame.

Esta, y, más -particularmente todavía, Monsieur, fijó en los brazaletes una detenida mirada de codicia.

Luego pasó la alhaja a las damas inmediatas, pronunciando una sola palabra, pero con acento que equivalía a una larga frase:

-¡Magníficos!

Las damas que recibieron los brazaletes de manos de Madame emplearon el tiempo que les pareció conveniente en examinarlos, y en seguida los hicieron circular por su derecha.

Mientras tanto conversaba el rey tranquilamente con Guiche y Fouquet. Dejaba hablar, más bien que escuchaba.

Acostumbrados a 'ciertos giros de frases, su oído, como el de todos los hombres que ejercen sobre otros una superioridad incontable, no recogía de los discursos pronunciados

en torno suyo más que la palabra indispensable que merece una contestación.

En cuanto a su atención, estaba en otra parte. Vagaba con sus ojos. La señorita de Ton-nay-Charente era la última de las damas inscristas para los billetes, y, como si hubiera tomado jerarquía según su inscripción, no tenía después de ella más que a Montalais y a La Valliére.

Al llegar los brazaletes a estas últimas, nadie pareció hacer alto en ello.

La humildad de las manos en que momentáneamente estaban aquellas joyas, les quitaba toda su importancia.

Lo cual no impidió, sin embargo, que a Montalais le brincase el corazón de alegría, de envidia y de codicia a la vista de aquellas hermosas piedras, más todavía que por aquel exquisito trabajo.

Era indudable que si a Montalais le hubiesen dado a elegir entre el valor pecuniario

y la belleza artística, habría preferido sin titubear los diamantes a los camafeos.

De suerte que le costó gran trabajo hacerlos pasar a manos de su compañera La Vallière.

La Vallière fijó en las alhajas una mirada casi indiferente.

-¡Oh! ¡Qué preciosos son estos brazaletes y qué magníficos! -exclamó Montalais-. ¿Y no te extasías en ellos, Luisa? ¿Has dejado de ser mujer?

-No -respondió la joven con un tono de encantadora melancolía-. ¿A qué desear lo que no puede pertenecernos?

El rey, con la cabeza inclinada hacia adelante, escuchaba lo que la joven iba a decir.

Apenas la vibración de aquella voz llegó a herir su oído, se levantó lleno de satisfacción, y, atravesando todo el círculo para ir adonde estaba La Vallière:

-Os equivocáis, señorita -dijo-; sois mujer, y toda mujer tiene derecho a las alhajas de mujer.

-¡Oh! -exclamó La Vallière-. ¿Vuestra Majestad no quiere creer en mi modestia?

-Creo, señorita, que tenéis todas las virtudes, tanto la franqueza como las demás; por consiguiente, os conjuro que digáis francamente lo que pensáis de estos brazaletes.

-Que son tan hermosos, Majestad, que sólo pueden ser ofrecidos a una reina.

-Celebro mucho que sea ésa vuestra opinión, señorita; los brazaletes son vuestros, y el rey os ruega que los aceptéis.

Y como La Vallière, con un movimiento parecido al espanto, alargase vivamente el estuche al rey, el rey rechazó dulcemente con su mano la mano trémula de La Vallière.

Un silencio de sorpresa, más fúnebre aún que un silencio sepulcral, reinaba en toda la asamblea Y, sin embargo, por el lado donde

estaban las reinas, nadie había oído lo que el rey dijera, ni comprendido lo que había hecho.

Una caritativa amiga se encargó de esparcir la noticia. Fue la señorita de Tonnay-Charente, a quien Madame había hecho seña que se aproximase.

-¡Dios mío! -exclamó Tonnay-Charente-. ¡Qué afortunada es esa La Vallière! ¡El rey le ha regalado los brazaletes!

Madame se mordió los labios con tal coraje, que la sangre brotó en la superficie de la piel.

La reina joven miraba sucesivamente a La Vallière y a Madame, y se echó a reír.

Ana de Austria apoyó su barba en su hermosa y blanca mano, y permaneció largo rato absorta por una sospecha que le roía el ánimo, y por un dolor terrible que le roía el corazón.

Guiche, viendo palidecer a Madame, adivinando la causa de aquella palidez, aban-

donó precipitadamente la asamblea y desapareció.

Malicorne pudo deslizarse entonces hasta donde se hallaba Montalais, y, a favor del tumulto general de las conversaciones:

-Aura -le dijo-, tienes cerca de ti nuestra fortuna y nuestro porvenir.

-Sí -contestó aquélla.

Y abrazó tiernamente a La Vallière, a quien en su interior estaba tentada de estrangular.

VII

MALAGA

Durante todo aquel largo y violento debate entre- las ambiciones de la Corte y los amores del corazón, uno de nuestros personajes, el que menos desatendido debía ser tal vez, se hallaba olvidado completamente y reducido a una posición poco lisonjera.

En efecto, Artagnan, Artagnan, porque es preciso llamarle por su nombre para que se

recuerde que ha existido. Artagnan no tenía nada que hacer en aquel mundo brillante y frívolo. Después de haber seguido al rey a Fontainebleau, y de haber visto todas las diversiones pastoriles y todos los disfraces cómico-heroicos de su soberano, el mosquetero había llegado a persuadirse de que aquello no bastaba a tenerle satisfecho.

Acometido a cada paso por personas que le decían:

-¿Cómo os parece que me cae este traje, señor de Artagnan?

Les respondía con su voz placentera y socarrona:

-Os hallo tan bien vestido como el mono más hermoso de la feria de San Lorenzo.

Era éste uno de aquellos cumplimientos que acostumbraba a hacer Artagnan cuando no quería hacer otro: de consiguiente, no había más remedio que contentarse con él de grado o por fuerza.

Y cuando le preguntaban:

-Señor Artagnan, ¿cómo os vestís esta noche?

Respondía:

-Lo que haré será desnudarme. Lo cual hacía reír hasta a las damas.

Pero después que el mosquetero pasó dos días de aquel modo, y conoció que ningún asunto serio se ventilaba, y que el rey había olvidado o parecía haber olvidado completamente a París, Saint-Mandé y Belle-Isle; que el señor Colbert soñaba con morteretes y fuegos artificiales; Que las damas tenían un mes, por lo menos, para dar y recibir miradas; Artagnan solicitó al rey una licencia para asuntos de familia. En el momento en que Artagnan hacía aquella petición, el rey se acostaba, cansado de tanto bailar.

-¿Conque queréis dejarme, señor de Artagnan? -preguntó con aire de sorpresa.

Luis XIV no llegaba a comprender nunca que se separase nadie de su lado cuando

podía tener el insigne honor de permanecer cerca de su persona.

-Señor -dijo Artagnan-, os dejo porque no os sirvo de nada. Si al menos pudiera tener yo el balancín mientras vos bailáis, entonces sería otra cosa.

-¿No sabéis, mi apreciado señor de Artagnan -replicó gravemente el rey-, que se baila sin balancín?

-¡Ah! -repuso el mosquetero sin dejar su imperceptible ironía-. No lo sabía, en efecto.

-¿No me habéis visto bailar? -preguntó el rey.

-Sí, más creo que las dificultades irían en aumento. Me he engañado; razón de más para retirarme. Señor, lo siento; pero Vuestra Majestad no necesita de mí, y demás, si me necesitase, ya sabría dónde hallarme.

Está bien -dijo el rey. Y le concedió la licencia.

o buscaremos, pues, a Artagnan en Fontainebleau, porque sería cosa inútil; pero, con la

venia de nuestros lectores, lo hallaremos en la calle de los Lombardos, en "El Pilón de Oro", en casa de nuestro distinguido amigo Planchet.

Son las ocho de la noche, hace calor, y sólo se ve abierta una ventana en un cuarto entresuelo.

Un olor de especias, unido al olor menos exótico del fango de la calle, subía a las narices del mosquetero.

Artagnan, recostado en un sillón de respaldo plano, con las piernas no estiradas, sino colocadas sobre un escabel, formaba el ángulo más obtuso que puede suponerse.

Sus ojos, tan astutos y movibles ordinariamente, estaban fijos y casi velados, y habían tomado por punto de mira invariable el trocito de cielo azul que se ve detrás de los desgarrones de las chimeneas, porción justa y precisa de azul que se necesitaría para remendar uno de los sacos de lentejas o de judías que formaban el principal mueblaje de la tienda del piso bajo.

Así tendido, así abismado en sus observaciones ultrafenestras, no era ya el hombre de guerra ni el oficial de Palacio, sino un peche-ro bostezando entre la comida y la cena, y entre la cena y la hora de acostarse; uno de esos cerebros osificados, que no tienen sitio para la menor idea, merced a la tenacidad con que la materia acecha en los puestos de la inteligencia, y vigila el contrabando que pudiera hacerse, introduciendo en el cerebro un síntoma de pensamiento.

Hemos dicho que era de noche; las tiendas se iban iluminando, al paso que se cerraban las ventanas de los cuartos superiores; una patrulla de la ronda dejaba oír el ruido desigual de sus pasos.

Artagnan continuaba sin oír cosa alguna ni divisar más que el trocito azul de su cielo.

A dos pasos de él, enteramente en la sombra, se hallaba acostado Planchet sobre un saco de maíz, con el vientre sobre el saco y los

brazos bajo la barba, mirando a Artagnan pensar, soñar o dormir con los ojos abiertos.

La observación duraba ya largo tiempo.

Planchet principió por hacer:

-¡Hum! ¡Hum!

Artagnan no se movió.

Planchet conoció entonces que era necesario apelar a un medio más eficaz, y, después de maduras reflexiones, lo que halló más ingenioso en las circunstancias del momento fue dejarse rodar desde el saco al suelo, murmurando contra él mismo la palabra:

-¡Imbécil!

Pero, a pesar del ruido ocasionado por la caída de Planchet, Artagnan, que en el transcurso de su vida había oído ruidos mucho más extraños, no hizo el menor caso de aquél.

Por lo demás, una enorme carreta, cargada de piedras, desembocaba por la calle de Saint-Médéric y embebía en el ruido de sus ruedas el ruido de la caída de Planchet.

Sin embargo, éste creyó ver sonreírse imperceptiblemente a Artagnan como en señal de aprobación tácita a la palabra imbécil.

Por lo que, haciéndole cobrar algún ánimo, se aventuró á decir:

-¿Dormís acaso, señor de Artagnan?

-No, Planchet; ni siquiera duermo - respondió el mosquetero.

-Mucho siento -dijo Planchet- haber oído la palabra siquiera.

-¿Y por qué? ¿No es palabra inteligible?

-Sí tal, señor de Artagnan.

-¿Pues qué?

-Es que esa palabra me aflige.

-Desarróllame tu aflicción, Planchet - dijo Artagnan.

-Si no dormís siquiera, según vuestra expresión, tanto vale a no tener el consuelo de dormir. O mejor, es como si dijerais en otros términos: "Planchet, me aburro hasta no poder más."

-Planchet, ya sabes que no me aburro jamás.

-Excepto hoy, ayer y anteayer.

-¡Bah!

-Señor de Artagnan, hace ocho días que habéis venido de Fontainebleau; hace ocho días que no tenéis nada que ordenar, ni podéis hacer maniobrar a vuestra compañía. Os falta el ruido de los mosquetes, de los tambores y de todo el aparato real; y yo, que también he llevado mosquete, sé perfectamente lo que es eso.

-Planchet -respondió Artagnan-; te aseguro que no me aburro lo más mínimo.

-Entonces, ¿qué hacéis ahí echado como un muerto?

-Amigo Planchet, en el sitio de La Rochela, cuando yo permanecía allí, cuando tú estabas, cuando estábamos nosotros, en fin, había un árabe que tenía adquirida cierta celebridad por la destreza con que apuntaba las culebrinas. Era un mozo de talento, aunque de color extraño, de color de aceituna. Pues bien,

ese árabe, luego que había comido o trabajado, se tumbaba como yo lo estoy en este momento, y fumaba ciertas hojas mágicas en un gran tubo con boquilla de ámbar, y si acertaba a pasar algún jefe y le echaba en cara que estuviese durmiendo siempre, le respondía tranquilamente: "Más vale estar sentado que de pie, acostado que sentado, muerto que acostado."

-Ese árabe era tan lúgubre por su valor como por sus sentencias -dijo Planchet-; me acuerdo de él muy bien, y también de que cortaba cabezas de protestantes con mucha satisfacción.

-Precisamente; y por cierto que las embalsamaba cuando valían la pena.

-Sí, y cuando se hallaba en esa operación, con todas sus hierbas y todas sus grandes plantas, tenía las trazas de un cesterero haciendo azafates.

-Sí, Planchet; así era en efecto.

-¡Oh! También yo tengo memoria.

-Lo creo; más, ¿qué me dices de su razonamiento?

-Señor, lo encuentro exacto en parte, pero estúpido en otra.

-Explícate, Planchet, explícate. -Pues bien, señor, en efecto, más vale estar sentado que de pie; eso es incontestable, sobre todo cuando se halla uno fatigado, en ciertas circunstancias... (y Planchet sonrió con aire picaresco). Más vale estar acostado que sentado; pero, en cuanto a la última proposición de que más vale estar muerto que acostado, declaro que la encuentro absurda; que mi preferencia absoluta está por la cama, ' y que, si no sois vos de mi opinión, es porque, como he tenido el honor de deciros hace poco, os aburrís soberanamente.

-Planchet, ¿conoces al señor de La Fontaine?

-¿El farmacéutico de la esquina de la calle Saint-Médéric?

-No, el fabulista.

-¡Ah! Maese Cuervo. -Exactamente; pues bien, yo soy su liebre.

-¿Tiene también una liebre?

-Y toda especie de animales.

-¿Y qué hace su liebre?

-Piensa.

-¡Ah!

-Planchet ,yo soy como la liebre del señor de La Fontaine, y pienso.

-¿Conque piensa ? -preguntó inquieto Planchet.

-Sí, Planchet; tu habitación es bastante triste para inclinar a uno a la meditación; me p que no podrás menos de convenir en ello.

Sin embargo, tenéis vistas a la calle.

-¡Pardiez! Hay que ver lo recreativo que es, ¿eh?

-No por eso es menos cierto, señor, que si habitáis la parte de atrás os aburriríais igualmente... No, quiero decir que pensaríais más todavía.

-No lo sé, a fe mía. Planchet.

-Si a lo menos -repuso el abacero- fuesen vuestros pensamientos de la especie del que os condujo a la restauración de Carlos II.

Y Planchet hizo asomar a sus labios una sonrisita que no carecía de significación.

-¡Hola, hola! ¿Eres ambicioso, Planchet?

-¿No hay por ahí algún otro rey a quien restaurar, señor de Artagnan, u otro Monk a quien meter en algún cajón?

-No, mi querido Planchet, todos los reyes están en sus tronos... quizá no tan bien como yo en esta silla, pero al fin mantiénense en ellos.

Y Artagnan exhaló un suspiro.

-Señor de Artagnan -dijo Planchet-, me estáis dando pena.

-Tienes excelente corazón, Planchet.

-¡Una sospecha me asalta, Dios me perdone!

-¿Cuál?

-Que os vais poniendo flaco, señor de Artagnan.

-¡Oh! -murmuró Artagnan dándose una puñada en el tórax, que resonó como una coraza hueca-; no puede ser, Planchet.

-Es que -dijo Planchet con efusión- si enflaquecieseis en mi casa...

-¿Qué?

-Sería capaz de cometer un atentado.

-¿Cómo?

-Sí.

-Veamos: ¿qué harías?

-Buscar al que es causa de vuestra pena.

-¿Conque tengo una pena?

-Sí, una tenéis.

-No, Planchet.

-Os digo que sí. Tenéis una pena, y eso es lo que os pone flaco.

-¿Estás cierto de que voy enflaqueciendo?

-A ojos vistas... ¡Málaga! Si continuáis enflaqueciendo, cojo mi tizona y me voy a cortar la cabeza al señor de Herblay.

-¡Cómo! -dijo Artagnan dando un brinco en su silla-. ¿Qué estás diciendo, Planchet, ni qué tiene que ver con vuestra abacería el nombre del señor de Herblay?

-¡Bien, bien! Enojaos cuanto queráis, ofendedme, si os agrada; pero ¡pardiez! que sé muy bien lo que me sé.

Durante esta segunda salida de Planchet, se había colocado Artagnan de modo que no se le escapase una sola de las miradas de aquél; es decir, que se hallaba sentado, con las manos apoyadas sobre las rodillas y el cuello estirado en la dirección del digno abacero.

-Veamos -dijo-, explícate, y dime cómo has podido proferir semejante blasfemia. El señor de Herblay, tu antiguo jefe, amigo mío, un eclesiástico, un mosquetero transformado en obispo... ¿Te atreverías a levantar tu acero contra él, Planchet?

-Sería capaz de levantarlo contra mi padre, cuando os veo en ese estado.

-¡El señor de Herblay, un gentilhombre!

-Poco me importa que sea un gentil-hombre o no. Lo que sé es que os hace estar triste, y de estar triste se pone uno flaco. ¡Málag! No quiero que el señor de Artagnan salga de mi casa más flaco que entró.

-¿Y por qué me hace estar triste? Explícate.

-Hace tres noches que tenéis pesadillas.

-¿Yo?

-Sí, y en ellas no hacéis más que repetir: "¡Aramis, solapado Aramis!"

-¿Eso he dicho? -preguntó Artagnan.

-Sí por cierto, a fe de Planchet.

-Bien, ¿y qué? Ya sabes el proverbio que dice: "Quimeras son los sueños".

-No, porque en estos tres días, siempre que habéis salido no habéis dejado de preguntarme al volver: "¿Has visto al señor de Herblay?" O bien: "¿Has recibido alguna carta del señor de Herblay para mí?"

-Pero creo que nada tenga de particular que me interese por ese querido amigo -dijo Artagnan.

-Sí, por cierto, mas no hasta el punto de enflaquecer.

-Planchet, ya engordaré, te doy mi palabra de honor.

-Bien, señor; la acepto, pues sé que cuando dais vuestra palabra, eso es sagrado...

-No soñaré más con Aramis.

-¡Muy bien!

-No te preguntaré tampoco si hay carta del señor de Herblay.

-¡Perfectamente!

-Pero vas a explicarme una cosa.

-Hablad, señor.

-Ya sabes que soy naturalmente observador.

-Lo sé muy bien...

-Y hace poco has pronunciado un juramento singular...

-Sí.

-Que no te había oído jamás.

-¿Malagá, queréis decir?

-Precisamente.

-Es el juramento que empleo desde que soy abacero.

-Lo encuentro muy natural; ése es el nombre de unas pasas.

-Es mi juramento de ferocidad; cuando llego a decir ¡malagá!, ya no soy un hombre.

-Pero es el caso que no te conocía ese juramento.

-Así es, señor; me lo han dado. Y, al pronunciar Planchet estas palabras, guiñó el ojo con cierto aire de truhanería que llamó la atención de Artagnan.

-¡Je, je! -dijo.

-¡Je, je! -repitió Planchet.

-¡Hola, hola, señor Planchet!

Qué diantre, señor! -dijo Planchet-. Yo no soy como vos, ni me paso la vida en pensar.

-No haces bien.

-Quiero decir, en aburrirme, señor: ya que la vida es corta, ¿por qué no aprovecharla?

-Por lo que veo, eres filósofo epicúreo, Planchet.

-¿Y por qué no? La mano está buena, y escribe y pesa azúcar y especias; el pie está seguro, se baila y se pasea; el estómago tiene dientes, se devora y se digiere; el corazón no está aún muy encallecido... Pues bien, señor...

-¿Qué? Veamos.

-¡Ahí está!. . . -dijo el abacero restregándose las manos. Artagnan cruzó una pierna sobre otra.

-Planchet, amigo mío -dijo-, ¿sabes que me dejas estupefacto de sorpresa?

-¿Por qué?

-Porque te revelas a mí bajo un aspecto del todo nuevo. Lisonjeado Planchet en alto grado, continuó restregándose las manos hasta arrancarse la epidermis.

-¡Ah! ¡ah! -dijo-. ¿Creéis que porque sea un bestia, soy un imbécil?

-Bien, Planchet; eso ya es un razonamiento.

-Seguid bien mi idea, señor. Yo he dicho para mí -prosiguió Planchet-: sin placer, no hay felicidad sobre 1ª tierra.

-¡Qué verdad es eso que has dicho, Planchet! -interrumpió Artagnan.

-Pues procurémonos, si no placer, por lo menos consuelos.

-¿Y consigues consolarte?

-Sí, por cierto.

-¿Y a ver cómo?

-Armándose de un broquel para ir a combatir el fastidio. Arreglo mi tiempo de paciencia, y la víspera, precisamente, del día en que veo que voy a aburrirme, me divierto.

-¿Y no es más difícil que eso?

-No.

-¿Y has hallado eso tú solo?

-Yo solo.

-¡Pues es prodigioso!

-¿Qué os parece?

-Afirmo que tu filosofía no tiene igual en el mundo.

-Entonces seguid mi ejemplo.

-No deja de ser tentador.

-Haced lo que yo.

-No desearía otra cosa; pero no todas las almas tienen un mismo temple, y quizá si tuviese que divertirme como tú, me aburriría terriblemente.

-¡Bah! Probad.

-Vamos a ver, ¿qué haces tú?

-¿Habéis notado que suelo ausentarme de vez en cuando?

-Sí.

-¿Y de cierta manera?

-Periódicamente.

-Así es; ¿conque lo habéis notado?

-Amigo Planchet, ya conocerás que cuando dos se están viendo todos los días, si uno de ellos se ausenta, le falta al otro. ¿No te faltó yo a ti, cuando estoy en campaña?

-¡Inmensamente! Soy como cuerpo sin alma.

-Esto supuesto, continuemos.

-¿Y a qué épocas suelo ausentarme?

-Los días 15 y 30 de cada mes.

-¿Y estoy fuera?

-Unas veces dos días, otras tres, otras cuatro... según.

-¿Y qué suponéis que voy a hacer?

-Compras.

-Y al volver me encontráis con el semblante...

-Muy satisfecho.

-Ya veis que vos mismo decís que vengo siempre satisfecho. ¿Y a qué habéis atribuido esa satisfacción?

-A que marchaba bien tu comercio; a que las compras de arroz, de ciruelas, de cogucho, de peras en conserva y de melaza, te salían a pedir de boca. Tú has tenido siempre un carácter muy pintoresco, y así es que jamás he extrañado verte optar por ese ramo, que es uno

de los comercios más variados y más dulce al carácter, en cuanto a que casi todas las cosas que en él se manejan son naturales y aromáticas.

-Perfectamente, señor; pero ¡qué equivocado estáis!

-¡Yo equivocado! ¿En qué?

-En creer que-voy cada quince días a compras o a ventas. ¡Oh señor! ¿Cómo diablos habéis podido figuraros semejante cosa? ¡Jo, jo, jo!

Y Planchet comenzó a reír en términos de inspirar a Artagnan las dudas más injuriosas acerca de su propia inteligencia.

-Declaro -dijo el mosquetero que no llegan a tanto mis alcances.

-Así es, señor.

-¿Cómo que así es?

-Necesario es que así sea, cuando vos lo decís; pero advertid que eso no os hace perder nada en mi concepto.

-¡Vamos, no es poca fortuna! No, sois hombre de ingenio, y, cuando se trata de guerra, de táctica y de golpes de mano, ¡diantre!, los reyes valen muy poco a vuestro lado; mas en punto a descanso del alma, a regalos del cuerpo, a dulzuras de la vida, no me habléis de los hombres de genio, señor, porque son sus propios verdugos.

-Querido Planchet -dijo Artagnan con viva curiosidad-; llegas a interesarme en el más alto grado.

-A que os aburrís ahora menos que antes, ¿no es verdad?

-No me aburría; no obstante, desde que has empezado a hablarme, estoy más divertido.

-Vamos, vamos, ¡excelente principio! Respondo de llegar a curaros.

-No deseo otra cosa.

-¿Queréis que haga la prueba?

-Al instante.

-Está bien. ¿Tenéis aquí caballos?

-Sí; diez, veinte, treinta.

-No hay necesidad de tantos: con dos, basta.

-Están a tu disposición, Planchet.

-¡Bueno! Vendréis conmigo.

-¿Cuándo?

-Mañana.

-¿Adónde?

-Esto es preguntar ya demasiado.

-Sin embargo, no podrás menos de convenir en que es importante que sepa a dónde voy.

-¿Os agrada el campo?

-Medianamente, Planchet.

-Entonces, ¿preferís la ciudad?

-Según y cómo.

-Pues bien, os llevo a un sitio mitad ciudad, mitad campo.

-Sea enhorabuena.

-A un punto en que estoy seguro que os divertiréis.

-Muy bien.

-¡Y cosa extraña! A un punto de donde habéis venido por aburriros en él.

-¿Yo?

-Terriblemente.

-¿De modo que es a Fontainebleau adonde vas?

-A Fontainebleau, sí, señor.

-¿Tú a Fontainebleau?

-Yo en persona.

-¿Y qué vas a hacer allí, Dios santo?

Planchet contestó a Artagnan con un guiño de malicia.

-¿Tienes allí tierras, pícaro?

-¡Oh! Una miseria, una bicoca.

-¿Y para eso vamos?

-Es que es cosa buena, palabra de honor.

-¿Conque voy a la casa de campo de Planchet? -dijo Artagnan.

-Cuando gustéis.

-¿No hemos dicho mañana?

-Pues bien, mañana; así como así, mañana estamos a 14, víspera del día en que temo aburrirme; así, pues, convenido.

-Convenido.

-¿Me prestáis uno de vuestros caballos?

-El mejor.

-No; prefiero el más dócil, porque ya sabéis que nunca he sido buen jinete, y en la abacería he acabado de perder la costumbre. Luego...

-¿Qué?

-Luego -repuso con otro guiño-, no quiero fatigarme.

-¿Y por qué? -se aventuró a preguntar Artagnan.

-Porque entonces no me divertiría -contestó Planchet.

Y en seguida se levantó del saco de maíz, estirándose y haciendo crujir todos sus huesos, unos tras otros, con cierta armonía.

-¡Planchet, Planchet! -exclamó Artagnan-. Declaro que no hay sobre la tierra sibarita

que se te pueda comparar. ¡Ay, Planchet! Ya se conoce que no hemos comido juntos todavía un tonel de sal.

-¿Por qué, señor?

-Porque no te conozco aún -dijo Artagnan-; y vuelvo de hecho a creer definitivamente lo que pensé de ti el día en que en Boulogne estrangulaste, o poco menos, a Lubin, el criado del señor Wardes; quiero decir que eres hombre de recursos.

Planchet prorrumpió en una risa llena de fatuidad, dio las buenas noches al mosquetero y bajó a su trastienda, que le servía de dormitorio.

Artagnan recobró su primera posición en la silla, y su frente, desarrugada por un momento, tomó una expresión más meditabunda que nunca.

Había olvidado ya las locuras y los sueños de Planchet.

"Sí -se dijo reanudando el hilo de sus ideas, interrumpidas por el grato coloquio que

hemos puesto en conocimiento de nuestros lectores-, sí, todo está en esto:

"1° Saber lo que Baisemeaux quería de Aramis;

'2° Saber por qué Aramis no me comunica noticias tuyas;

"3° Saber dónde está Porthos. "En estos tres puntos está el misterio.

Ahora bien; puesto que nuestros amigos nada nos dicen, valgámonos de nuestra pobre inteligencia. Uno hace lo que puede, ¡pardiez!, o ¡malagá!, como dice Planchet."

VIII

LA CARTA DEL SEÑOR BAISEMEAUX

Artagnan, fiel a su plan, iba al día siguiente a visitar al señor Baisemeaux.

Era día de limpieza en la Bastilla; los cañones estaban bruñidos, relucientes, las escaleras raídas; los llaveros parecían ocupados en pulir hasta sus mismas, llaves.

Respecto a los soldados de la guarnición, se paseaban en los patios, bajo pretexto de que se hallaban asaz limpios.

El comandante Baisemeaux recibió a Artagnan muy políticamente; pero estuvo con él tan reservado, que toda la sutileza de Artagnan no pudo sacarle una sola palabra.

Cuanto más se contenía, más crecía la desconfianza de Artagnan. Este creyó observar que el comandante obraba así en virtud de una recomendación reciente. Baisemeaux no fue en el Palais Royal, con Artagnan, el hombre frío e impenetrable que éste hallara en el Baisemeaux de la Bastilla. Cuando Artagnan quiso hacerle hablar sobre la necesidad urgentísima de dinero que había conducido a Baisemeaux en busca de Aramis, y lo hizo expansivo aquella noche, Baisemeaux pretextó que había de dar órdenes en la prisión, y dejó a Artagnan fastidiarse tanto esperándole, que nuestro mosquetero, seguro de no obtener una palabra más,

partió de la Bastilla sin que Baisemeaux hubiera regresado de su inspección.

Pero tenía una sospecha, y Artagnan, una vez despertadas sus sospechas, no podía dormir.

Era con relación a los hombres lo que el gato respecto a los cuadrúpedos; el emblema de la inquietud y de la impaciencia a un mismo tiempo.

Un gato inquieto no está en un mismo sitio más tiempo que el copó de seda que se mece al soplo del viento. Un gato que acecha muere en su puesto de observación, y ni el hambre ni la sed pueden sacarlo de su meditación.

Artagnan, que se abrasaba de impaciencia, sacudió de pronto aquel sentimiento como un manto asaz pesado. Díjose a sí mismo que lo que le ocultaban era cabalmente lo que más le importaba saber.

En consecuencia, reflexionó que Baisemeaux no dejaría de avisar a Aramis, si Aramis

le había hecho alguna recomendación. Así sucedió.

Apenas Baisemeaux había tenido tiempo para regresar del torreón cuando ya Artagnan se había colocado de emboscada cerca de la calle del Petit-Musc, de manera que pudiese ver a cuantos salieran de la Bastilla.

Después de una hora de plantón en el Rastrillo de Oro, bajo el colgadizo que le daba algo de sombra, Artagnan vio salir a un soldado de la guardia.

Era éste el mejor indicio que pudiera desearse. Todo guardián o llavero tiene sus días de salida y sus horas de servicio en la Bastilla, puesto que todos están obligados a no tener ni mujer ni habitación en la fortaleza, y pueden salir por consiguiente sin excitar la curiosidad.

Pero un soldado acuartelado está encerrado veinticuatro horas cuando está de guardia, y Artagnan sabía esto mejor que nadie.

Aquel soldado no podía dejar el servicio sino por orden expresa y urgente.

El soldado, hemos dicho, partió de la Bastilla, y lentamente, como un dichoso mortal a quien, en vez de una facción ante un aburrido cuerpo de guardia, o en un baluarte no menos fastidioso, le llega la buena ganga de una libertad unida a un paseo, a cuenta de un servicio que son dos placeres. Dirigióse hacia el arrabal San Antonio, aspirando el aire, el sol, y mirando a las mujeres.

Artagnan lo siguió de lejos, pues aún no había fijado sus ideas sobre lo que había de hacer.

"Es preciso, ante todas las cosas -pensó-, que vea la cara de esa buena pieza. Un hombre visto es un hombre juzgado."

Artagnan dobló el paso, y, lo que no era difícil, alcanzó al soldado.

No sólo vio su rostro, que era bastante inteligente y resuelto, sino también su nariz, que era un poco colorada.

"Al tunante le gusta el aguardiente" -se dijo.

Al mismo tiempo que veía la nariz encarnada, veía en el cinturón del soldado un papel blanco.

"Bueno, carta tenemos -añadió para sí Artagnan-. Ahora bien, un hombre que se siente satisfecho de ser elegido por el Señor Baise-mieux para estafeta, no vende el mensaje."

En tanto que Artagnan se mordía los puños, el soldado avanzaba siempre por el arrabal de San Antonio.

"De fijo va a Saint-Mandé -se dijo-, y no sabré lo que esa carta contiene."

Era para perder la cabeza.

"Si estuviese de uniforme -se dijo Artagnan-, haría arrestar a ese pillastre y a su carta con él. El primer cuerpo de guardia me ayudaría a ello. Pero al demonio si doy mi nombre para asunto de esta clase. Hacerlo beber... desconfiará, y después tal vez me emborrache... ¡Cáscaras! Ya no tengo talento, y para nada

sirvo... Atacar a ese desgraciado, matarlo para obtener su carta... eso estaría bien si se tratase de una misiva de la reina o de un lord, o de una carta del cardenal a la reina. ¡Pero, Dios mío, qué miseria las intrigas de los señores Aramis y Fouquet con Colbert! La vida de un hombre para eso... ¡Ah! Ni diez escudos siquiera."

Filosofando así, y mordiéndose las uñas y el bigote, distinguió a un pequeño grupo de arqueros y un comisario.

Aquellas gentes llevaban a un hombre de buena presencia, que luchaba por escapar.

Los arqueros habíanle desgarrado sus vestidos y casi lo arrastraban. Pedía lo condujesen con miramientos, pues se tenía por hidalgo y soldado.

Vio a nuestro soldado marchar por su camino y gritó:

- ¡Soldado, a mí!

El soldado partió con el mismo paso hacia aquel que lo interpelaba, y la multitud los siguió.

Una idea le ocurrió entonces a Artagnan. Era la primera, y ya se verá luego que no era mala.

Mientras el hidalgo refería al soldado que acababa de ser cogido en cierta casa como ladrón, cuando sólo era amante, y el soldado le compadecía y le daba consuelos y consejos con esa seriedad que el soldado francés trata el espíritu de cuerpo, Artagnan se deslizó detrás del soldado, apretado por la multitud, y le sacó limpia y prontamente el papel de su cinturón.

Como en aquel momento el hidalgo desgarrado tiraba hacia sí al soldado; como el comisario tiraba del hidalgo, Artagnan pudo realizar su captura sin el menor obstáculo.

Colocóse a diez pasos detrás de la columna de una portada, y leyó el sobre: "Al señor Du-Vallón, en casa del señor Fouquet, en Saint-Mandé." -¡Bueno! -dijo.

Y la abrió sin desgarrarla; después sacó el papel, doblado en cuatro dobleces, y el cual sólo contenía estas palabras:

"Querido señor Du-Vallón: Dignaos decir al señor de Herblay que ha venido a la Bastilla y que me ha interrogado.

"Vuestro afectísimo. "BAISEMEAUX."

-¡Muy bien! -exclamó Artagnan-. He aquí una cosa clara. Porthos está allí. Seguro de lo que quería saber: "¡Diablo! -pensó el mosquetero-. Ved ahí a un pobre soldado, a quien ese endemoniado de Baisemeaux va a hacer pagar cara mi superchería... Si regresa sin la carta... ¿qué le harán? En verdad, yo no la necesito, pues sabido lo que contiene, nada me importa."

Artagnan conoció que el comisario y los arqueros habían convencido al soldado, y se llevaban su prisionero.

Éste permanecía rodeado de la multitud, prosiguiendo sus quejas. Artagnan llegó en medio de todos, dejó caer la carta sin que nadie lo viese, alejándose luego con rapidez.

El soldado continuaba su camino hacia Saint-Mandé, pensando mucho en aquel caballero que había implorado su protección.

De pronto pensó un poco en su carta, y, mirando en su cinturón, vio que no estaba en él. Su grito de espanto produjo placer a Artagnan.

Aquel pobre soldado miró en torno suyo con angustia, y al fin, detrás de él, a veinte pasos, vio el dichoso sobre. Cayó sobre él como el milano sobre su presa.

El sobre estaba un poco empolvado, un poco arrugado; pero al fin había encontrado su carta.

Artagnan advirtió que el sello roto preocupaba mucho al soldado; pero al fin el buen hombre acabó por consolarse, y volvió a colocar la carta en su cinturón.

-Parte -dijo Artagnan-; ya me queda tiempo suficiente y no importa que te adelantes. Parece que Aramis no está en París, puesto que Baisemeaux escribe a Porthos. El querido

Porthos, ¡qué alegría volverlo a ver... y hablar con él!

Y, regulando su paso por el del soldado, se prometió llegar un cuarto de hora después de él a casa del señor Fouquet.

IX DONDE EL LECTOR VERA CON PLACER QUE PORTHOS CONSERVA TODA SU FUERZA

Artagnan, según acostumbraba, había calculado que cada hora vale sesenta minutos, y cada minuto sesenta segundos.

Por este cálculo exacto, llegó a la puerta del superintendente en el momento mismo en que el soldado salía con el cinturón despejado.

Un conserje asomóse a la puerta. Artagnan hubiera querido entrar sin nombrarse, pero no había otro medio, y se nombró.

A pesar de esta concesión, que debía alzar toda dificultad, al menos en el sentir de Artagnan, el conserje vaciló; pero al título, por segunda vez repetido, de capitán de los guardias del rey, sin dejar completamente paso, el conserje dejó de oponerse.

Artagnan comprendió que se había dado una consigna formidable. Y se decidió a mentir, lo cual no le costaba mucho, cuando veía sobre la mentira el bien del Estado, o pura y simplemente su interés personal.

Añadió, por tanto, a las declaraciones ya hechas, que el soldado que acababa de llevar una carta al señor Du-Vallon no era otro que su mensajero, y que la tal carta tenía por objeto comunicarle su llegada.

Desde entonces nadie se opuso a la entrada de Artagnan, y Artagnan entró.

Un sirviente quiso acompañarle, pero él respondió que era inútil, pues sabía perfectamente dónde estaba el señor Du-Vallon.

Nada había que contestar a un hombre tan completamente instruido. Escalinatas, salones, jardines, todo lo revisó el mosquetero. Un cuarto de hora anduvo por aquella casa más que regia, que contaba tantas maravillas como muebles y tantos servidores como columnas y puertas.

"Indudablemente -dijo par a sí-, esta casa no tiene más límites que los de la tierra. ¿Si habrá tenido Porthos el capricho de volver a Pierrefondos, sin salir de casa del señor Fouquet?"

Por fin, llegó a una parte remota del palacio, ceñida con un muro de piedras, sobre el cual, de distancia en distancia, se alzaban estatuas en posiciones tímidas o misteriosas. Eran vestales con peplos a grandes pliegues, ágiles custodias con sus largos velos de mármol que abrigaban el palacio con sus furtivas miradas. Un Hermes, con el dedo sobre la boca, un Iris de alas desplegadas, una Noche toda rociada de adormideras dominaban los jardines, y

los edificios que se entreveían detrás de los árboles; todas aquellas estatuas se perfilaban en blanco sobre los cipreses que lanzaban sus negras copas hacia el cielo. Estos encantos parecieron al mosquetero el esfuerzo supremo de la inteligencia humana. Encontrábase en una disposición de ánimo propia para poetizar, y la idea de que Porthos habitaba en semejante edén, le dio de Porthos una idea más alta; tan cierto es que los ánimos más elevados no están libres de la influencia de lo que les rodea.

Artagnan encontró la puerta, y en la puerta una especie de resorte que descubrió y oprimió. La puerta se abrió.

Entró, cerró la puerta y penetró en un pabellón construido en rotonda, y en el cual no se oía otro ruido que el dé las cascadas y el canto de los pájaros.

A la puerta del pabellón encontró un lacayo.

-¿Es aquí -preguntó Artagnan sin vacilar- donde habita el señor barón Du-Vallon, no es verdad?

-Sí, señor -contestó el lacayo.

-Pues avisadle que el .señor caballero de Artagnan, capitán de los mosqueteros del rey, le espera.

Artagnan fue conducido a un salón, y no esperó mucho tiempo: un paso muy conocido estremeció el pavimento de la sala inmediata, una puerta se abrió, o más bien se derribó, y Porthos echóse en brazos de su amigo con una cordedad que no le sentaba mal.

-¿Vos aquí? -exclamó.

-¿Y vos? -contestó Artagnan-. ¡Ah, socarrón!

-Sí -dijo Porthos, sonriente y cortado;- me encontráis en casa del señor Fouquet, y eso os sorprende un poco, ¿no es verdad?

-No; ¿por qué no habéis de ser de los íntimos del señor Fouquet? El señor Fouquet tiene un gran número de ellos, y, especialmente, entre los hombres de talento.

Porthos tuvo la modestia de no considerar el cumplido por él.

-Y luego -añadió-, ya me habéis visto en Bulle-Isle.

-Motivo de más para que me incline a creer que sois de los amigos del señor Fouquet.

-El hecho es que lo conozco -dijo Porthos con cierto embarazo.

-¡Muy culpable sois para conmigo! -exclamó Artagnan.

-¿Cómo es eso? -contestó Porthos.

-¡Cómo! ¡Lleváis a cabo una obra tan admirable como las fortificaciones de Bulle-Isle, y nada me decís!

Porthos se sonrojó.

-Hay más -continuó Artagnan-, me veis allá, y no adivináis que el rey, deseoso de saber quién es el hombre de mérito que realiza una obra, de la cual le han hecho las relaciones más magníficas, me envía para averiguar quién es ese hombre.

-¡Cómo! El rey os ha enviado para saber...

-¡Diantre! No hablemos de eso.

-¡Cuerno de buey! -dijo Porthos-.
Hablemos de ello, por el contrario. ¿Conque el
rey sabía que se fortificaba a Bulle-Isle?

-¡Bueno! ¿Es que el rey no lo sabe todo?

-¿Pero no sabía quién la fortificaba?

-No; pero lo sospechaba desde que le
dijeron que dirigía los trabajos un ilustre hom-
bre de guerra.

-¡Pardiez! -dijo Porthos-. Si yo hubiera
sabido eso . . .

-No os hubiérais escapado de Vannes,
¿eh?

-No. ¿Qué dijisteis cuando no me encon-
trasteis?

-Amigo, reflexioné.

-¡Ah, sí! Vos reflexionáis. . . ¿Y a qué os
condujo el reflexionar?

-A adivinar toda la verdad.

-¡Ah! ¿Habéis adivinado?

-¿Qué habéis adivinado? Veamos -dijo
Porthos arrellanándose en un sillón y adoptan-
do aspecto de esfinge.

-Adiviné, en primer lugar, que fortificábais a Belle-Isle.

-Eso no era muy difícil, pues me habéis visto manos a la obra.

-Pero adiviné otra cosa, y es que fortificábais a Belle-Isle por mandato del señor Fouquet.

-Es verdad.

-No es eso todo; cuando me pongo a adivinar, no me detengo en el camino.

-¡Este querido Artagnan!

-He adivinado que el señor Fouquet quería guardar el más profundo secreto sobre las fortificaciones.

-Esa era su intención, en efecto, según creo -dijo Porthos.

-Sí. ¿Y sabéis por qué deseaba guardar el secreto?

-¡Toma! Para que la cosa no fuera sabida -dijo Porthos.

-Eso en primer lugar; mas ese deseo estaba sometido a las ideas de una galantería...

-En efecto -dijo Porthos-; he oído decir que el señor Fouquet era muy galante.

-A la idea de una galantería que quería hacer al rey.

-¡Oh, oh!

-¿Os sorprende eso?

-Mucho.

-¿No lo sabíais?

-No.

-Pues yo sí lo sé.

-¿Sois por ventura brujo?

-Nada de eso.

-¿Cómo lo sabéis entonces?

-¡Ah! Por un medio sencillísimo; se lo he oído decir al mismo señor Fouquet al rey.

-¿Decirle qué?

-Que había hecho fortificar a Belle-Isle, y que se la regalaba.

-¡Ah! ¿Eso habéis oído que le decía al rey?

-Con todas sus letras. Y hasta añadió: Belle-Isle ha sido fortificada por un ingeniero

amigo mío, hombre de mucho mérito, a quien pediré la venia de presentar al rey.

-¿Su nombre? -preguntó el rey-. El barón Du-Vallon -respondió Fouquet-. Perfectamente -contestó el rey-; me lo presentaréis."

-¿Eso respondió el rey?

-A fe de Artagnan!

-¡Oh! -murmuró Porthos-. Pero, ¿por qué no se me ha presentado entonces?

-¿No se os ha hablado de esa presentación?

-Sí tal; pero siempre la estoy esperando.

-Estad tranquilo, ya llegará.

-¡Hum! ¡Hum! -gruñó Porthos.

Artagnan fingió no oír, y cambió de conversación.

-Pero creo que habitáis un lugar muy solitario, querido amigo -le dijo.

-Siempre he amado el aislamiento, porque soy melancólico -respondió Porthos con un suspiro.

-Pues es raro -dijo Artagnan-, no había caído en éso.

-Eso me sucede desde que estoy entregado a los estudios -repuso Porthos..

-Pero los trabajos del espíritu no habrán dañado al cuerpo, ¿eh?

-¡Oh! De ningún modo.

-¿Conque las fuerzas siguen bien?

-Demasiado bien, amigo.

-Es que he oído decir que en los primeros días de vuestra llegada.

-No podía moverme, ¿no es así?

-¿Y por qué causa no podíais moveros? -preguntó Artagnan con una sonrisa.

Porthos comprendió que había dicho una tontería, y quiso componerla.

-Sí, he venido de Belle-Isle en malos caballos, y eso me cansó mucho.

-No me sorprende, pues yo, que venía detrás de vos, me he encontrado en el camino siete u ocho reventados.

-Ya veis que peso mucho -dijo Porthos.

-¿De modo que estabais molido.

-La grasa me ha derretido, y ese derretimiento me ha puesto enfermo.

-¡Ah, pobre Porthos! Y Aramis, ¿cómo se ha portado en esta ocasión?

-Muy bien... Me hizo sangrar por el propio médico del señor Fouquet. Pero figuraos que al cabo de ocho días ya no respiraba.

-¿Pues cómo?

-El cuarto era demasiado chico, y yo absorbía demasiado aire.

-¿De veras?

-Así me lo han dicho, al menos... Y entonces me trasladaron a otro aposento.

-¿Dónde ya respiráis?

-Más... libremente, sí; pero nada de ejercicio. El médico pretende que no debía moverme, pero yo me encuentro más fuerte que nunca. Esto ocasionó un grave accidente.

-¿Qué accidente?

-Imaginaos, amigo, que yo me rebelé contra los preceptos de ese médico imbécil, le

conviniere o no, y en consecuencia pedí al criado que me servía que me trajera vestidos.

-¿Pues qué, estabais desnudo?

-Por el contrario, tenía una bata hermosa. El lacayo obedeció; me puse mi vestido, que se me había quedado demasiado ancho; pero, ¡cosa rara!, mis pies también se habían puesto muy anchos, y las botas les venían muy estrechas.

-¿Continuaban los pies hinchados?

-Lo habéis adivinado.

-¿Y es ese el accidente de que queráis hablarme?

-Sí tal; yo hice la misma reflexión que vos, y dije: ya que mis pies han entrado diez veces en las botas, no hay razón para que no entren la undécima.

-Permitidme os diga, amigo Porthos, que esta vez faltáis a la lógica.

do frente a un tabique, y empecé a meterme la bota derecha, tirando con las manos, empujando con el talón, y haciendo esfuerzos tre-

mendos,' de pronto se quedaron entre mis manos los tirantes de la bota, y mi pie salió como una catapulta.

-¡Catapulta! ¡Qué fuerte estáis en fortificaciones, amigo Porthos! -exclamó sorprendido Artagnan.

-Mi pie salió, pues, como una catapulta, que dio contra el tabique y lo derribó. Amigo, creí que, como Sansón, había derribado el templo. Los cuadros, las porcelanas, los vasos de flores, las barras del cortinaje, y no sé qué más, se cayeron; fue cosa estupenda.

-¡De veras!

-Sin contar con que al otro lado del tabique había un armario lleno de porcelanas.

-¿Que echásteis por tierra? -Que arrojé al otro extremo de la otra habitación.

Porthos se echó a reír.

-¡En verdad, como decís, es inaudito!

Y Artagnan se puso a reír como Porthos.

Porthos, inmediatamente, se puso a reír más fuerte que Artagnan.

-Rompí -dijo Porthos con voz entrecortada por aquella hilaridad creciente- más de tres mil francos de porcelanas. ¡Jo, jo, jo!

-¡Bueno! -dijo Artagnan.

-Destrocé más de cuatro mil francos de espejos. ¡Jo, jo, jo!

-¡Excelente!

-Sin contar una araña que me cayó justamente sobre la cabeza, y que se rompió en mil pedazos. ¡Jo, jo, jo!

-¿Sobre la cabeza? -dijo Artagnan sin poderse tener de risa.

-¡De lleno!

-¡Pero os hubierais roto la cabeza!

-No, porque ya os he dicho, al contrario, que la araña fue la que se rompió, como cristal que era.

-¡Ah! ¿La araña era de cristal.

-De cristal de Venecia; una curiosidad sin igual; una pieza que pesaba doscientas libras.

-¿Y que os cayó sobre la cabeza?

-¡Sobre... la ... cabeza! Figuraos un globo de cristal dorado, con incrustaciones que ardían dentro, y unos mecheros que despedían llamas cuando estaba encendida.

-Se entiende, pero no lo estaría.

-Felizmente; si no, me hubiese incendiado.

-Y sólo os ha aplastado, ¿eh?

-No.

-¿Cómo que no?

-Porque la araña me cayó sobre el cráneo. Aquí tenemos, según parece, una corteza excesivamente sólida.

-¿Quién os ha dicho eso?

-El médico. Una especie de cúpula que soportaría a Nuestra Señora de París.

-¡Bah!

-Sí, parece que tenemos hecho el cráneo de ese modo.

-Hablad por vos, querido amigo, que los cráneos de los demás no están hechos de ese modo.

-Es posible -dijo Porthos con fatuidad-.
Pues cuando cayó la araña sobre esta cúpula
que tenemos en lo alto de la cabeza, hubo una
detonación igual a la de una pieza de artillería;
el globo se rompió y yo caí todo inundado...

-¡De sangre! ¡Infeliz Porthos! -No, de
perfumes, que olían a cremas y que me aturdie-
ron un poco; habréis experimentado eso alguna
vez, ¿no es verdad, Artagnan? -Sí, con el mu-
guete; de suerte, mi pobre amigo, que fuisteis
derribado por el choque y aturdido por el olor.

-Pero lo más particular, y que el médico
me ha asegurado no haber visto cosa semejan-
te...

-¿Que sacásteis algún chichón? -
preguntó Artagnan.

-Saqué cinco.

-¿Y por qué cinco?

-Porque la araña tenía en su extremidad
inferior cinco adornos muy puntiagudos..

-¡Ay!

-Esos cinco ornamentos penetraron en mis cabellos, que, según veis, tengo muy espesos.

-Felizmente!

-Y se imprimieron en mi piel. Pero, advertid la singularidad, estas cosas no suceden a nadie más que a mí. En lugar de hacerme agujeros me hicieron chichones, lo cual no ha podido jamás explicarme el médico de una manera satisfactoria.

-Pues breen, yo os lo explicaré. -Me haréis un servicio -dijo Porthos guiñando los ojos, que era en él el signo de atención llevado a su más alto grado.

-Desde que hacéis funcionar vuestro cerebro en profundos estudios y cálculos importantes, la cabeza ha medrado; de modo que tenéis ahora la cabeza demasiado llena de ciencia.

-¿Eso creéis?

-Estoy cierto de ello. De aquí resultó que, en vez de dejar penetrar nada extraño en el

interior de la cabeza, ésta se aprovechó de todas las aberturas para dejar salir una poca de aquélla.

-¡Ah! -murmuró Porthos, a quien parecía más clara esta explicación que la del médico.

-Las cinco protuberancias causadas por los cinco ornamentos, fueron ciertamente cúmulos científicos, llevados exteriormente por la fuerza de las cosas.

-En efecto -dijo Porthos-; y la prueba es que eso me hacía más daño por fuera que por dentro; de modo que, cuando me ponía el sombrero de una puñada, con esa graciosa energía que nosotros los hidalgos de espada poseemos, si no iba muy mesurado el puñetazo, sentía dolores terribles.

-Os creo, Porthos.

-Por eso -continuó el gigante-, el señor Fouquet se decidió, viendo la poca solidez de la casa, a darme otro aposento, y roe condujeron aquí.

-Este es el parque reservado, ¿no?

-Sí.

-¿El de las citas? ¿El que se ha hecho tan famoso en las historias misteriosas del superintendente?

-Yo no sé; no tengo aquí ni citas ni historias misteriosas; pero me han autorizado para que ejercite mis músculos, y me aprovecho del permiso desarraigando árboles.

-¿Para qué?

Para ocupar las manos y para coger nidos de pájaros; esto lo encuentro más fácil que trepar por ellos.

-Estáis pastoral como Tirsis, amigo Porthos.

-Sí; me gustan mucho más los huevos pequeños que los gordos. No tenéis una idea de lo delicado que es una tortilla de cuatrocientos o quinientos huevos de verderol, de pinzón, de estornino, de mirlo y de todo.

-¡Pero quinientos huevos monstruoso!

-¡Ca! Todo cabe en un salero. Artagnan contempló cinco minutos a Porthos, como si lo viese por primera vez.

Y Porthos quedó muy satisfecho de la mirada de su amigo.

Así permanecieron algunos momentos; Artagnan mirando a Porthos, y Porthos lleno de satisfacción.

Artagnan intentaba evidentemente dar un nuevo, giro a la conversación.

-¿Os divertís mucho aquí? -le preguntó por fin, sin duda después de haber encontrado lo que buscaba.

-No siempre.

-Lo concibo; y cuando os aburris demasiado, ¿qué haréis?

-Como no estoy aquí por mucho tiempo, Aramis aguarda que desaparezca mi último chichón para presentarme al rey, que no puede sufrir los chichones, según él me ha dicho.

-¿Pero Aramis continúa en París?

-No.

-¿Pues dónde se halla?

-En Fontainebleau.

-¿Solo?

-Con el señor Fouquet.

-¡Muy bien! Pero, ¿sabéis una cosa?

-No. Decídmela y la sabré.

-Que creo que Aramis os olvida.

-¿Creéis?

-¿Ignoráis que en Fontainebleau se ríe, se danza, se beben los vinos de Mazarino y que todas las noches hay baile?

-¡Diablo! ¡Diablo!

-Os aseguro, pues, que nuestro querido Aramis os olvida.

-Pudiera muy bien ser, y lo he pensado a veces.

-¡A menos que no os haga traición, el solapado!

-¡Oh!

-Ya sabéis que Aramis es un astuto zorro.

-Sí, mas traicionarme...

-Mirad; en primer lugar os tiene secuestrado.

- ¡Cómo que me tiene secuestrado! ¿Estoy secuestrado yo?

-¡ Pardiez!

-¡Quisiera que me lo probaseis!

-Nada, más fácil. ¿Salís alguna vez?

-Jamás.

-¿Montáis a caballo?

-Nunca.

-¿Permiten que vuestros amigos se aproximen a vos?

-No.

-Pues bien, amigo mío, no salir nunca, no montar nunca a caballo, y no poder ver a sus amigos, es lo que se llama estar un hombre secuestrado.

-¿Y con qué fin me había de tener secuestrado Aramis? -preguntó Porthos.

-Vamos a ver, Porthos -dijo Artagnan;- sed sincero.

-Lo seré.

-Aramis ha sido el que ha formado el plano de las fortificaciones de Belle-Isle, ¿no es cierto? Porthos se sonrojó.

-Sí -dijo-; pero no ha hecho más.

-Precisamente, y a mi juicio no es gran trabajo.

-Eso creo yo también.

-Bien; me alegro de que seamos del mismo parecer.

-Ni ha ido siquiera una vez a Belle-Isle -dijo Porthos.

-Ya lo veis.

-Yo era el que iba a Vannes, como lo habréis podido ver.

-Decid como lo he visto. Pues bien, ahí está el negocio, querido Porthos. Aramis, que no ha hecho más que los planos, quería hacerse pasar como el ingeniero, mientras que a vos, que habéis edificado piedra por piedra la muralla, la ciudadela y los baluartes, quería relegaros a la clase de simple constructor.

-De constructor, es decir, ¿de albañil?

-De albañil, eso es.

-¿De amasador de mortero?

-Precisamente.

-¿De peón?

-Justo.

-¡Vaya, vaya, con mi querido Aramis!

¿Os creéis, sin duda, todavía de veinticinco años?

-Y no es eso todo, sino que a vos os considera de cincuenta. -Hubiera querido verle hincando el pico.

-Sí.

-Un hombre que padece de gota.

-Sí.

-Y de mal de piedra.

-También.

-A quien faltan tres dientes.

-Cuatro.

-¡Mientras que yo, mirad!

Y separando Porthos sus labios, enseñó dos hileras de dientes algo menos blancos que

la nieve, pero tan limpios, duros y sanos como el marfil.

-No podéis figuraros, Porthos --dijo Ar-tagnan- lo mucho que le place al rey una her-mosa dentadura. La vuestra me decide, y quie-ro presentaros al rey.

-¿Vos?

-¿Por qué no? ¿Creéis que no tengo en la Corte tanto poder como pueda tercer Aramis?

-¡Oh, no!

-¿Supondréis que tenga la menor pre-tensión de atribuirme las fortificaciones de Be-lle-Isle?

-No, por cierto.

-De modo que ya veis que sólo puede llevarme a ello vuestro interés.

-No me queda la menor duda.

-Pues bien, yo soy amigo íntimo del rey, y la prueba es, que cuando hay que comunicar-le alguna cosa desagradable, siempre me en-cargo yo de hacerlo.

-Pero, amigo mío, si vos me presentáis...

-¿Qué?

-Se incomodará Aramis.

-¿Contra mía?

-No, contra mí.

-¡Bah! Lo mismo da que os presente yo, que os presente él, ya que de todos modos debéis ser presentado.

-Es que me tenían que hacer vestidos.

-¡Si los tenéis espléndidos!

-¡Oh! Los que tenía encargados eran mucho más hermosos.

-Mirad que al rey le gusta la sencillez.

-Entonces seré sencillo. Pero, ¿qué dirá el señor Fouquet cuando sepa que he marchado?

-¿Estáis acaso prisionero bajo palabra?

-No, por cierto. Mas le tengo prometido no alejarme sin avisarle antes.

-Bueno; ahora iremos a eso. ¿Tenéis algo que hacer aquí?

-¿Yo? Nada... Al menos nada importante.

-A menos que le sirváis a Aramis como intermediario para algo grave.

-A fe que no.

-Ya comprenderéis que lo digo por interés vuestro. Quiero suponer, por ejemplo, que estuviéseis encargado de enviar a Aramis mensajes, cartas.

-¡Ah!, Cartas, sí. Le envió ciertas cartas.

-¿Adónde?

-A Fontainebleau.

-¿Y tenéis esas cartas?

-Pero...

-Dejadme hablar. ¿Tenéis esas cartas?

-Ahora precisamente acabo de recibir una.

-¿Interesante?

-Lo supongo.

-¿No las leéis?

-No soy curioso.

Y Porthos sacó del bolsillo la carta del soldado que Porthos no había leído, pero sí Artagnan.

-¿Sabéis lo que debéis hacer? -preguntó Artagnan.

-¡Pardiez! Lo que hago siempre: remitirla.

-No.

-Pues qué ... ¿guardarla?

-Tampoco. ¿No os han asegurado que esa carta era interesante?

-Y mucho.

-Pues bien: lo que habréis de hacer es llevarla vos mismo a Fontainebleau Aramis?.

-Sí.

-Tenéis razón.

-Y puesto que el rey está allí... - Aprovecharemos la oportunidad...

-Para presentaros al rey.

-¡Cuerno de buey! Artagnan, sois el único para hallar expedientes.

-Por tanto, en vez de mandar, a nuestro amigo mensajeros más o menos fieles, le llevamos la carta nosotros mismos.

-Pues no se me había ocurrido siquiera, a pesar de que la cosa no puede ser más sencilla.

-Por eso urge mucho, querido Porthos, que marchemos al momento.

-En efecto -dijo Porthos-, cuanto antes salgamos, menos retraso sufrirá el despacho de Aramis.

-Porthos, discurrís con mucha solidez, y en vos la lógica favorece a la imaginación.

-¿Os parece? -dijo Porthos.

-Es resultado de los estudios sólidos -contestó Artagnan-. Conque vamos.

-Pero, ¿y la promesa que he hecho al señor Fouquet? -preguntó Porthos.

-¿Qué promesa?

-La de no salir de Saint-Mandé sin avisarle.

-¡Vaya, amigo Porthos -dijo Artagnan- qué niño sois!

-¿Por qué?

-¿No vais a Fontainebleau?

-Iré.

-¿No veréis allí al señor Fouquet?

-Sí.

-¿Probablemente en la cámara del rey?

-¡En la cámara del rey! -repitió majestuosamente Porthos.

-Pues os acercáis a él y le decís: "Señor Fouquet, tengo la honra de avisaros que acabo de ausentarme de Saint-Mandé."

-Y -dijo Porthos con igual majestad-viéndome el señor Fouquet en Fontainebleau en la cámara del rey, no podrá decir que miento.

-Justamente abría la boca para deciros eso mismo, amigo Porthos; pero en todo me adelantáis. ¡Qué naturaleza tan privilegiada la vuestra! La edad no ha hecho mella en vos.

-No mucho.

-De modo que no hay más que hablar.

-Así es.

-¿No tenéis ya más escrúpulos?

-Creo que no.

-Entonces partamos.

-Voy a hacer que ensillen mis caballos.

-Tengo cinco.

-¿Qué habéis hecho traer de Pierre-fonds?

-Que me ha regalado el señor Fouquet.

-Querido Porthos, no hay necesidad de cinco caballos para dos personas; además, que tengo ya tres en París, y serían entre todos ocho, número que considero excesivo.

-No lo sería si tuviese aquí a mis criados; pero, ¡ay! no los tengo.

-¿Echáis de menos a vuestros criados?

-A Mosquetón; Mosquetón me hace falta.

-¡Qué corazón tan excelente! -exclamó Artagnan-. Pero, creedme, dejad aquí vuestros caballos, como habéis dejado allá a Mosquetón.

-¿Por qué?

-Porque tal vez más adelante...

-¿Qué?

-Podrá resultar que el señor Fouquet no os haya dado nada. -No comprendo -dijo Porthos.

-Ni hay necesidad.

-Sin embargo...

-Más adelante os lo explicaré, Porthos.

-Apuesto que es cuestión política.

-Y de la más sutil.

Porthos bajó la cabeza al oír la palabra: política; luego, tras un instante de reflexión, añadió:

-Os confieso, Artagnan, que no soy político.

-¡Bien lo sé, diantre!

-¡Oh! Nadie sabe eso. Vos mismo me lo habéis dicho, vos, el valiente de los valientes.

-¿Qué he dicho yo, Porthos?

-Que cada uno tiene sus días.

-Eso me habéis dicho, y yo lo he experimentado. Hay días en que se encuentra menos placer en recibir estocadas que en otros.

-Esa es mi idea.

-Y la mía, aunque no crea en los golpes que matan.

-¡Diantre! Pues a algunos habéis muerto.

-Sí, pero a mí nunca me han matado.

-No es mala la razón.

-De consiguiente, no creo que haya de morir nunca por la hoja de una espada o la bala de un mosquete.

-Entonces, ¿no tenéis miedo a nada?...

¡Ah! ¿Al agua acaso?

-No tal, que nado como una nutria.

-¿A las cuartanas?

-Nunca las he tenido ni creo haya de tenerlas jamás; pero os manifestaré una cosa...

Y Porthos bajó la voz.

-¿Cuál? -preguntó Artagnan, acomodándose al diapasón de Porthos.

-Que tengo un miedo horrible a la política -dijo Porthos.

-¡Ah! ¡Bah! -exclamó Artagnan.

-¡Poco a poco! -dijo Porthos con voz estentórea-. Yo he visto a Su Eminencia el carde-

nal Richelieu y a Su Eminencia el cardenal Mazarino; el uno seguía una política roja, y el otro una política negra. Yo nunca he estado más contento de la una que de la otra: la primera hizo cortar la cabeza al señor de Marcillac, al señor de Thou, al señor de Cinq-Mars, al señor de Chalais, al señor de Boutteville y al señor de Montmorency; la segunda ha hecho ahorcar a una multitud de frondistas, a cuyo partido pertenecíamos también nosotros, amigo.

-No hay tal -dijo Artagnan.

-¡Oh, sí! Porque si yo tiraba de la espada por el cardenal, daba tajos por el rey.

-¡Querido Porthos!

-Voy a terminar. Mi miedo a la política es tal, que si hay política en esto, prefiero volverme a Pierrefonds.

-Tendríais razón para ello, si tal hubiera; pero conmigo, querido Porthos, no hay nada de política. La cosa es clara; habéis trabajado en fortificar a Belle-Isle; el rey tuvo deseos de conocer el nombre del hábil ingeniero que ha

hecho esos trabajos; vos sois tímido, como todos los hombres de mérito; quizá Aramis trate de dejaros en la obscuridad. Pero yo os tomo por mi cuenta, os hago salir a luz, os presento, y el rey os recompensa. Esta es toda mi política.

-¡Esa es también la mía, pardiez! -dijo Porthos tendiendo la mano a Artagnan.

Pero Artagnan conocía la mano de Porthos; sabía que aprisionada una mano común entre los cinco dedos del barón, jamás salía de ellos sin contusiones. Tendió, pues, a su amigo, no la mano, sino el puño. Porthos ni siquiera lo advirtió. Después de lo cual, salieron ambos de Saint-Mandé.

Los guardianes cuchichearon entre sí ciertas palabras, que Artagnan comprendió, pero que se guardó muy bien de hacer comprender a Porthos.

"Nuestro amigo -dijo para si no era más ni menos que un prisionero de Aramis. Veremos lo que resulta de la liberación de este conspirador."

X

EL RATÓN Y EL QUESO

Artagnan y Porthos regresaron a pie, como había ido Artagnan. Cuando Artagnan, que fue el primero que penetró en la tienda "El Pilon de Oro" anunció a Planchet que el señor Du-Vallon sería uno de los viajeros privilegiados, y Porthos, al pasar a su vez, hizo crujir con la pluma de su sombrero los mecheros de madera colgados del cobertizo, algo parecido a un presentimiento doloroso turbó la alegría que Planchet prometíase para el día siguiente.

Pero era un corazón de oro nuestro abacero, resto precioso de una época que es y ha sido siempre para los que envejecen la de su juventud, y para los jóvenes la vejez de sus antepasados.

Planchet, no obstante aquella conmoción interna, pronto reprimida, recibió a Porthos con un respeto mezclado de tierna cordialidad.

Porthos, algo estirado' al principio, a causa de la distancia social que existía en aquella época entre un barón y un abacero, concluyó al fin por humanizarse al ver en Planchet tan buena voluntad y tanto agasajo.

Principalmente, no pudo menos de mostrarse sensible a la libertad que se le dio, o más bien se le ofreció, de sumergir sus anchas manos en las cajas de frutos secos y confites, en los sacos de almendras y avellanas, y en los cajones llenos de dulces.

De modo que a pesar de las invitaciones que le hizo Planchet para que subiese al entre-suelo, eligió por habitación favorita, durante la noche que iba a pasar en casa de Planchet, la tienda, donde sus dedos hallaban siempre lo que su nariz había olfateado.

Los hermosos higos de Provenza, las avellanas del Forest, y las ciruelas de Turena, fueron para Porthos objeto de una distracción que saboreó por espacio de cinco horas sin interrupción.

Entre sus dientes y muelas triturábanse los huesos, cuyos residuos sembraban luego el suelo y crujían bajo la suela de los que iban y venían; Porthos desgranaba entre sus labios, de una vez, los sabrosos racimos de moscatel secos, de violáceos colores, de los que hacía pasar media libra de su boca al estómago.

En un rincón del almacén, los mancebos, llenos de espanto, se miraban mutuamente sin atreverse a hablar.

No sabían que tal Porthos existiese, pues jamás le habían visto. La raza de aquellos titanes que habían llevado las últimas corazas de Hugo Capeto, de Felipe Augusto y de Francisco I, principiaba a desaparecer. Así era que se preguntaban si sería aquél el duende de los cuentos de encantamientos que iban a sepultar

en su insondable estómago todo el almacén de Planchet, sin mover de su sitio los barriles y cajones.

Porthos, mascando, triturando, chupando y tragando, decía de vez en cuando al abacero:

-Tenéis un lindo comercio, querido Planchet.

-Pronto dejará de tenerlo, si esto sigue así -dijo el primer mancebo, a quien Planchet había prometido que le sucedería en la tienda.

Y, en su desesperación, acercóse a Porthos, que ocupaba todo el sitio que conducía desde la trastienda a la tienda, esperando que aquél se levantase y que ese movimiento le trajese de sus ideas devoradoras.

-¿Qué queréis, querido mío? -preguntó Porthos con aire afable.

-Quería pasar, señor, si no os sirve de molestia.

-De ningún modo, amigo -dijo Porthos.

Y, cogiendo al mismo tiempo al mancebo por la cintura, lo levantó en el aire y lo transportó al otro lado.

Por supuesto, que todo esto lo hizo sonriendo, con el mismo aire de afabilidad.

Al asustado mancebo faltáronle las piernas en el momento en que Porthos le dejaba en tierra, de modo que cayó de espaldas sobre los corchos.

Sin embargo, viendo la dulzura de aquel gigante, se aventuró a decir:

-¡Ay, señor, pensad lo que hacéis!

-¿Por qué decís eso, querido? -preguntó Porthos.

-Porque vais a quemaros el estómago.

-¿Cómo es eso, mi buen amigo?

-Todos esos alimentos son ardientes, señor.

-¿Cuáles?

Las pasas, las avellanas, las almendras ...

-Sí; mas si las pasas, las avellanas y las almendras son ardientes...

-No hay la menor duda, señor.

Y, alargando su mano hacia un barril de miel abierto, donde estaba la espátula con que se servía a los compradores, tragó una buena media libra.

-Querido -dijo Porthos-, ¿queréis traerme agua?

-¿En un cubo, señor? -preguntó sencillamente el mancebo.

-No; en una garrafa; con una garrafa tendré suficiente -respondió Porthos con la mayor naturalidad.

Y, llevándose la garrafa a la boca, como hace un músico con su trompa, la vació de un solo trago.

Planchet estremecíase entre todos los sentimientos que corresponden a las fibras de la propiedad y del amor propio.

Sin embargo, como digno dispensador de la hospitalidad antigua, simulaba conversar con la mayor atención con Artagnan, y no hacía más que repetir:

-¡Ay, señor, qué placer!... ¡Ay, señor, qué honra para mi casa!

-¿A qué hora cenaremos, Planchet? - preguntó Porthos-. Tengo apetito.

El primer mancebo juntó sus manos.

Los otros dos escurriéronse bajo el mostrador, temiendo que Porthos oliese la carne fresca.

-Aquí tomaremos un bocado nada más - dijo Artagnan-, y cenaremos luego en la casa de campo de Planchet.

-¡Ah! ¿De modo que vamos a vuestra casa de campo, Planchet? -dijo Porthos-. Tanto mejor.

-Me hacéis grande honor, señor barón.

Las palabras señor barón produjeron grande efecto en los mancebos, los cuales vieron un hombre de la clase más distinguida en un apetito de aquella naturaleza.

Por otra parte, aquel título les tranquilizó. Nunca habían oído decir que a un duende se le llamase señor barón.

-Tomaré algunos bizcochos para el camino -dijo Porthos con indiferencia.

Y diciendo esto vació un cajón de bizcochos en el bolsillo de su ropilla.

-¡Salvóse mi tienda! -murmuró Planchet.

-Sí, como el queso --dijo el primer mancebo.

-¿Qué queso?

-Aquel queso de Holanda en que entró un ratón y del que sólo hallamos la corteza.

Planchet echó una mirada por la tienda, y al ver lo que había escapado de los dientes de Porthos, parecióle exagerada la comparación.

El primer mancebo conoció lo que querían decir los ojos de su amo.

-¡Cuidado con la vuelta! -le dijo.

-¿Tenéis frutos en vuestro cuarto? -preguntó Porthos subiendo al entresuelo, donde acababan de anunciar que estaba servido el refrigerio. - ¡Ay! -exclamó el abacero, dirigiendo a Artagnan una mirada suplicante, que éste comprendió a medias.

Terminado el refrigerio pusiéronse en camino.

Era ya tarde cuando los tres viajeros, que salieron de París a eso de las seis, llegaron a Fontainebleau.

El viaje fue muy divertido, Porthos se complació con la compañía de Planchet, porque éste le manifestaba mucho respeto, y le hablaba con interés de sus prados, de sus bosques y de sus conejares.

Porthos tenía los gustos y el orgullo del propietario.

Artagnan, así que divisó a sus dos compañeros tan engolfados en la conversación, tomó la ladera del camino, y, echando la brida sobre el cuello de su caballo, se aisló del mundo entero, como también de Porthos y de Planchet.

La luna penetraba dulcemente a través del ramaje azulado del bosque. Las emanaciones de la llanura subían, embalsamadas, a las narices de los caballos, que resoplaban con grandes saltos de alegría.

Porthos y Planchet se pusieron a hablar aparte.

Planchet manifestó a Porthos que, en la edad madura de su vida, había descuidado la agricultura por el comercio; pero que su infancia había transcurrido en Picardía, entre las hermosas alfalfas que le subían hasta las rodillas y bajo los verdes manzanos de frutos sonrosados; así es que había jurado, tan pronto como su fortuna estuviera hecha, volver a la naturaleza y terminar sus días como los había empezado, lo más próximo a la tierra, adonde van a parar todos los hombres.

-¡Hola, hola! -dijo Porthos-. Entonces, querido Planchet, vuestro retiro está próximo

-¿Por qué?

-Porque me parece que estáis en camino de hacer una regular fortuna.

-Sí -contestó Planchet-, se hace lo que se puede.

-Vamos a ver, ¿cuánto es lo que ambicionáis, y con qué cantidad contáis poder retiraros?

-Señor -dijo Planchet sin responder a la pregunta, sin embargo de lo interesante que era-, señor, una cosa me causa mucha pena.

-¿Qué? -preguntó Porthos mirando a sus espaldas, como para buscar esa otra cosa que apenaba a Planchet y librarle de ella.

-En otro tiempo me llamabais simplemente Planchet, y me habríais dicho: "¿Cuánto ambionas, Planchet, y con qué cantidad cuentas poder retirarte?"

-Seguramente, así es; en otro tiempo eso te habría dicho -replicó el buen Porthos con cierta perplejidad llena de delicadeza-, pero en aquel tiempo...

-En aquel tiempo era el lacayo del señor de Artagnan, ¿no es eso lo que queríais decir?

-Sí.

-Pues bien, si no soy ahora lacayo suyo, soy todavía su servidor; y, además, desde aquella época ...

-¿Qué?

-Desde aquella época he tenido la honra de ser su socio.

-¡Oh, oh -exclamó Porthos-. ¡Cómo! ¿Artagnan ha tomado parte en el comercio de comestibles?

-No, no -dijo Artagnan, a quien aquellas palabras sacaron de sus meditaciones y pusieronle al corriente de la conversación con la habilidad y penetración que distinguía cada operación de su entendimiento y de su cuerpo-. No ha sido Artagnan el que entró en el comercio de comestibles, sino Planchet, que se ha dedicado a la política. ¡Eso es!

-Sí -contestó Planchet con orgullo y satisfacción a la vez-; hemos hecho juntos un pequeño negocio que nos ha producido a mí cien mil libras, y al señor de Artagnan doscientas mil.

-¡Oh, oh! -exclamó Porthos con admiración.

-De suerte, señor barón -contestó el abacero-, que os suplico de nuevo me llaméis Planchet como antiguamente, y continuéis tuteándome. No podéis suponeros el placer que eso me causará.

-Si así es, lo haré como deseas, querido Planchet -replicó Porthos. Y, como al decir esto se hallara cerca de Planchet, levantó la mano para darle un golpecito en el hombro, en señal de cordial amistad.

Mas un movimiento providencial del caballo dejó frustrado el ademán del jinete, de suerte que su mano cayó sobre la grupa del caballo de Planchet.

El animal dobló los riñones. Artagnan empezó a reír, y dijo en voz alta:

-Cuidado, Planchet, que si Porthos te llega a querer mucha, te acariciará; y si te acaricia, te aplasta el día menos pensado: ya ves que Porthos no ha perdido nada de su fuerza.

-¡Oh! -dijo Planchet- Mosquetón no ha muerto, y sin embargo, el señor barón lo aprecia mucho.

-Así es -dijo Porthos con un suspiro que hizo encabritar simultáneamente a los tres caballos-; y aun decía esta mañana a Artagnan lo mucho que le echaba de menos; pero dime, Planchet...

-¡Gracias, señor barón, gracias! -¡Bien, Planchet, bien! ¿Cuántas arpentas tienes de parque?

-¿De parque?

-Sí; luego contaremos los prados, y después los bosques.

-¿Dónde, señor?

-En tu palacio.

-Pero, señor barón, si no tengo palacio, ni parque, ni prados, ni bosque.

-Entonces, ¿qué es lo que tienes, y por qué llamas a eso casa de campo?

-No he dicho casa de campo, señor barón -objetó Planchet algo humillado-, sino simple apeadero.

-¡Ah, ah! --dijo Porthos-. Ya entiendo; te reservas.

-No, señor barón, digo la verdad pura: no tengo más que dos cuartos para amigos.

-Entonces, ¿por dónde pasean tus amigos?

-Por los bosque del rey, que son encantadores.

-El caso es que esos bosques son muy hermosos, casi tanto como los míos del Berry.

Planchet abrió desmesuradamente los ojos.

-¿Tenéis bosques semejantes a los de Fontainebleau, señor barón? -murmuró asombrado.

-Sí, tengo dos; pero el del Berry es el predilecto.

-¿Por qué? -preguntó graciosamente Planchet.

-En primer lugar, porque no conozco sus límites; y, después, porque está poblado de cazadores furtivos.

-¿Y cómo puede hacerlos tan grato el bosque esa profusión de cazadores furtivos?

-Porque ellos cazan mis piezas, y yo los cazo a ellos, y esto es para mí, en tiempo de paz, una imagen en pequeño de la guerra.

A este punto llegaba la conversación, cuando Planchet, levantando la cabeza, divisó las primeras casas de Fontainebleau, que se diseñaban vigorosamente en el cielo, en tanto que por encima de la masa compacta e informe se elevaban las techumbres agudas del palacio, cuyas pizarras relucían a la luna como las escamas de un pez enorme.

-Señores -dijo Planchet-: tengo el honor de anunciar que hemos llegado a Fontainebleau.

XI

LA CASA DE CAMPO DE PLANCHET

Levantaron la cabeza los jinetes, y vieron que el honrado Planchet decía exactamente la verdad.

Diez minutos más tarde se hallaban en la calle de Lyon, al otro lado de la posada "El Hermoso Pavo Real".

Una inmensa cerca de espesos saúcos, espinos y lúpulos formaba un vallado impenetrable y negro, detrás del cual se elevaba una casa blanca, con la techumbre de grandes tejas.

Dos ventanas de aquella casa daban a la calle. Las dos eran sombrías.

Entre ambas, una portecita, resguardada por un cobertizo sostenido sobre pilastras, daba entrada a ella.

El umbral de esta puerta estaba bastante elevado.

Planchet echó pie a tierra como para llamar a dicha puerta; pero, cambiando desde

luego de parecer, cogió a su caballo de la brida y anduvo unos treinta pasos más.

Sus dos compañeros siguiéronle. Llegó hasta una puerta cochera, situada treinta pasos más allá, y, levantando un picaporte de madera, única cerradura de aquella puerta, empujó una de sus hojas. Entonces penetró el primero, llevando el caballo por la brida, en un pequeño corral, rodeado de estiércol, cuyo olor revelaba la proximidad de un establo.

-Bien huele -dijo ruidosamente Porthos, echando al mismo tiempo pie a tierra-; no parece sino que estoy en mis vaquerías de Pierrefonds.

-No tengo más que una vaca -se apresuró a decir modestamente Planchet.

-Pues yo tengo treinta -dijo Porthos-, y a decir verdad, no sé el número de las vacas que tengo.

Después que entraron los dos jinetes, Planchet cerró la puerta. Entretanto, Artagnan, que se había apeado con su ligereza acostum-

brada respiraba aquella saludable atmósfera, y alegre como un parisiense que sale al campo, cogía, ora un ramo de madreselvas, ora un agavanzo.

Porthos echó mano a unos guisantes que subían a lo largo de los palos, y se comía, o más bien engullía, vainas y fruto a la vez.

Planchet corrió a despertar a cierto campesino, viejo y cascado, que dormía bajo un cobertizo sobre una cama de musgo, cubierto con una chamarreta.

El campesino, que conoció a Planchet, le llamó nuestro amo, con gran placer del abacero.

-Llevad los caballos al pesebre, buen viejo, y dadles buena pitanza -dijo Planchet.

-¡Oh! Hermosos animales -exclamó el campesino-, procuraré que se harten.

-Poco a poco, poco a poco, amigo -dijo Artagnan-; no tanto ya: avena, y la paja correspondiente, nada más.

-Y agua de salvado para mi caballo -
repuso Porthos-, porque se me figura que suda
mucho.

-¡Oh! Nada temáis, señores -contestó
Planchet-: el tío Celestino es un antiguo gen-
darne del Ivry, y sabe lo que es cuidar caballos.
Pasemos a la casa.

Y llevó a sus amigos por una alameda
muy poblada que atravesaba una huerta, luego
un campo de alfalfa, que, por ultimo, terminaba
en un jardinito, tras del cual se elevaba la casa,
cuya fachada principal se había visto ya desde
la calle.

A medida que se iban acercando, podía
distinguirse por dos ventanas abiertas del piso
bajo el interior, el penetral de Planchet.

Aquella habitación, suavemente ilumi-
nada por una lámpara situada sobre la mesa, se
destacaba en el fondo del jardín como una ri-
sueña imagen de la paz, de la comodidad y de
la dicha.

Donde quiera que caía la lentejuela de luz desprendida del centro luminoso sobre una antigua fayenza, sobre un mueble resplandeciente de limpieza, sobre un arma colgada en la tapicería, la pura claridad encontraba un puro reflejo, y la gota de fuego iba a reposar sobre el objeto grato a la vista.

Aquella lámpara, que iluminaba el cuarto, mientras que por el cerco de las ventanas caían las ramas de jazmín y de aristoloquia, daba luz a un mantel adamascado, blanco 1 como la nieve.

Había dos cubiertos sobre aquel mantel. Un vino clarete mecía sus rubíes en el cristal labrado de la larga botella, y una vasija de fayenza azul, con tapadera de plata, contenía una espumosa sidra.

Al lado de la mesa, y en un sillón de mucho respaldo, dormía una mujer de treinta años, cuyo rostro rebosaba salud y frescura.

Sobre las rodillas de aquella fresca criatura, un gatazo manso, apelotonando su cuerpo

sobre sus patas dobladas, hacía oír ese ronquido característico que, con los ojos medio cerrados, significa en los hábitos felinos: "Soy enteramente feliz."

Los dos amigos detuviéronse delante de aquella ventana, mudos de sorpresa.

Al ver Planchet su admiración experimentó una dulce alegría. -¡Ah, pícaro Planchet! -exclamó Artagnan-. Ahora comprendo tus ausencias.

-¡Oh, oh! Vaya un lienzo blanco -dijo a su vez Porthos con voz de trueno.

Al ruido de aquella voz, el gato escapó, el ama se despertó asustada, y Planchet, tomando un aire afable, introdujo a los dos compañeros en la habitación donde estaba puesta la mesa.

-Permitidme, amiga mía, que os presente al señor caballero de Artagnan, mi protector.

Artagnan cogió la mano de la dama como hombre cortesano, y con los mismos modales con que habría tomado la de Madame.

-El señor barón Du-Vallon de Bracieux de Pierrefonds -añadió Planchet.

Porthos hizo un saludo que hubiera dejado satisfecha a la misma Ana de Austria, so pena de ser tenida por muy exigente.

Entonces le tocó su vez a Planchet, el cual abrazó con gran franqueza a la dama, no sin haber hecho antes un ademán que parecía pedir su permiso a Artagnan y Porthos, permiso que le fue concedido en el acto.

Artagnan hizo su cumplido a Planchet.

-He aquí un hombre que sabe vivir.

-Señor -contestó Planchet riendo-, la vida es un capital que el hombre debe tratar de colocar lo más ingeniosamente que pueda ...

-Y del que obtienes grandes intereses - dijo Porthos riendo como un trueno.

Planchet se volvió hacia el ama de la casa.

-Amiga mía -le dijo-, aquí tenéis a los dos hombres que han dirigido una parte de mi existencia, y que os he nombrado tantas veces.

-Con otros dos más -dijo la dama con acento flamenco de los más pronunciados

-¿Sois holandesa? -preguntó Artagnan.

Porthos retorcióse el bigote, lo cual notó Artagnan, que todo lo observaba.

-Soy de Amberes -respondió la dama.

-Y se llama la señora Gechter -dijo Planchet.

-Pero supongo que no la llamaré de ese modo -dijo Artagnan.

-¿Por qué? -preguntó Planchet.

-Porque sería envejecerla cada vez que la llamaseis.

-No: la llamo Trüchen. -Bonito nombre -dijo Porthos.

-Trüchen -replicó Planchet me ha venido de Flandes con su virtud y dos mil florines, huyendo de un marido que le pegaba. Como natural de Picardía, me han gustado siempre las mujeres de Artois. Del Artois a Flandes no hay más que un paso. La desgraciada vino a llorar a casa de su padrino, mi predecesor de la

calle de los Lombardos, y colocó en mi casa sus dos mil florines, que en el día le rentan diez mil.

-¡Bravo, Planchet!

-Es libre, es rica; tiene una vaca; manda a una sirvienta y al tío Celestino; me hace todas mis camisas y todas mis medias de invierno; sólo me ve de quince en quince días, y se considera dichosa

-y lo soy efectivamente -dijo Trüchen con abandono.

Porthos se retorció el otro hemisferio del bigote.

-¡Diantre, diantre! -dijo para sí Artagnan-. Será que Porthos tenga intenciones.

Entretanto, Trüchen, comprendiendo lo que había de hacer, dio prisa a la cocinera, añadió dos cubiertos, y puso sobre la mesa manjares delicados, capaces de convertir una cena en comida y una comida en festín.

Manteca. fresca, cecina, anchoas y atún, todo lo mejor de la tienda de Planchet.

Pollos, legumbres, ensalada, pescados de estanque y de río, caza del monte, en fin, todos los recursos de la provincia.

Además, Planchet volvía de la bodega cargado con diez botellas, cuyo vidrio desaparecía bajo una densa capa de polvo ceniciento.

Aquello alegró el corazón de Porthos.

-Tengo hambre -dijo.

Y se sentó junto a la señora Trüchen con una mirada asesina. Artagnan se sentó al otro lado. Planchet, discreta y alegremente, se colocó enfrente.

-No os extrañéis -dijo- si durante la comida abandona Trüchen la mesa frecuentemente, pues tiene que disponer vuestros dormitorios. En efecto, el ama hacía numerosos viajes y se oían crujir en el piso superior las armaduras de las camas y chillar las rodezuelas sobre el pavimento.

Entretanto, los tres hombres comían y bebían, especialmente Porthos.

Era maravilloso el verlos. Cuando Trüchen volvió con el queso, las diez botellas no eran más que diez sombras.

Artagnan conservó toda su dignidad.

Porthos, al contrario, perdió parte de la suya.

Hubo brindis y canciones. Artagnan propuso otra nueva excursión a la bodega, y como Planchet no caminaba con la regularidad debida, el capitán de mosqueteros se ofreció a acompañarle. Marcharon, pues, tarareando canciones capaces de asustar al mismo demonio.

Trüchen se quedó en la mesa al lado de Porthos.

Mientras los dos golosos elegían detrás de loe haces de leña, dejóse oír ese ruido seco y sonoro que producen al hacer el vacío los labios sobre una mejilla.

"Porthos se habrá creído estar en La Rochela", pensó Artagnan. Ambos subieron cargados de botellas.

Planchet no veía ya de tanto cantar.

Artagnan, que todo lo observaba, notó que la mejilla izquierda de Trüchen estaba mucho más colorada que la derecha.

Porthos sonreía a la izquierda de Trüchen, y se retorció con sus dos manos las puntas de su bigote.

Trüchen sonreía también al magnífico señor.

El vino espumoso de Anjou hizo de aquellos tres hombres, primero tres demonios, y luego tres leños.

Artagnan no tuvo fuerzas más que para coger una luz y alumbrar, a Planchet.

Planchet arrastró a Porthos, a quien empujaba Trüchen, muy contenta también.

Artagnan fue el que halló los dormitorios y descubrió las camas. Porthos se sumió en la suya, después de haberle desnudado su amigo el mosquetero.

Artagnan se arrojó sobre la que le habían dispuesto, diciendo:

-¡Diantre! Y eso que había jurado no tocar a ese vino dorado que trasciende a piedra de chispa. ¡Si los mosqueteros viesen a su capitán en semejante estado!

Y corriendo las cortinas del lecho:

-Por fortuna no me verán - añadió.

Planchet fue trasladado en brazos de Trüchen, la cual le desnudó, y cerró cortinas y puertas.

-Es divertido el campo -observó Porthos estirando sus piernas que pasaron a través de la armadura de la cama, lo cual produjo un ruido enorme. Verdad es que nadie paró atención en ello, pues tanto era lo que se habían divertido en la casa de campo de Planchet.

A las dos de la madrugada todo el mundo roncaba.

XII LO QUE SE VEÍA DESDE LA CASA DE PLANCHET

El siguiente día sorprendió a los tres héroes durmiendo a pierna suelta.

Trüchen había cerrado los postigos de las ventanas para que el sol no les diera en los ojos al salir por levante.

De modo que reinaba noche obscura bajo las cortinas de Porthos, y bajo el baldaquino de Planchet, cuando Artagnan, despertado el primero por un rayo indiscreto que penetraba por un intersticio de la ventana, saltó de la cama como para llegar el primero al asalto.

Tomó en efecto por asalto el cuarto de Porthos, que estaba inmediato al suyo.

Porthos dormía lo mismo que zumba un trueno, y mostraba orgullosamente en la obscuridad su enorme cuerpo, del que colgaba fuera de la cama hasta el suelo su nervudo brazo.

Artagnan despertó a Porthos, quien se restregó los ojos con bastante soltura.

Mientras tanto se vestía Planchet, y salía a recibir a la puerta de su cuarto a los dos huéspedes, vacilantes todavía de resultas de la cena última. Aunque aun era muy temprano, toda la casa estaba ya en pie. La cocinera degollaba sin piedad en el corral, y el viejo Celestino cogía cerezas en el jardín.

Porthos, satisfecho en extremo, tendió una mano a Planchet, y Artagnan pidió permiso para abrazar a la señora Trüchen.

Esta, que no conservaba odio a los vencidos, se aproximó a Porthos, al cual le fue otorgado igual favor.

Porthos abrazó a la señora Trüchen con un fuerte suspiro. Entonces Planchet cogió a los dos amigos de la mano.

-Voy a enseñaros la casa -dijo-. Anoche entramos aquí como en un horno, y no hemos visto nada; pero de día todo cambia de aspecto, y espero que no quedaréis descontentos.

-Principiemos por las vistas -dijo Artagnan-: las vistas me gustan más que nada; yo he

vivido siempre en casas regias, y he observado que los príncipes no saben elegir mal sus puntos de vista.

-Yo -observó Porthos- he sido siempre aficionado a. las vistas; así es que en mi posesión de Pierrefonds he hecho abrir cuatro alamedas que dan vista a una perspectiva muy pintoresca.

-Ahora veréis mi perspectiva -repuso Planchet.

Y condujo a sus huéspedes a una ventana.

-¡Ah, sí! Es la calle de Lyon -dijo Artagnan.

-Sí; por este lado hay dos ventanas, desde las que nada se ve de particular si no es esa posada de enfrente, siempre bulliciosa y alborotada; es una vecindad muy incómoda. Antes tenía cuatro ventanas a ese lado, pero he quitado dos.

-Adelante -dijo Artagnan.

Pasaron a un corredor que conducía a los dormitorios, y Planchet abrió los postigos.

-¡Calla! -dijo Porthos-. ¿Qué es aquello que se ve allá abajo?

-El bosque -dijo Planchet-. Ese es el horizonte; una densa faja amarilla en primavera, verde en verano, rojiza en otoño y blanca en invierno.

-Muy bien; pero es una cortina que impide ver más lejos.

-Sí -dijo Planchet-; pero desde aquí se ve...

-¡Ah! Ese gran campo... -dijo Porthos-. ¡Calla! ¿Qué es lo que diviso en él?... Cruces, piedras.

-¡Vamos! ¡Pero si es el cementerio! -exclamó Artagnan. -Justamente -dijo Planchet-; y os aseguro que es muy curioso. No pasa día en que no entierren ahí a alguien. Fontainebleau tiene bastante gente. Unas veces son jóvenes vestidas de blanco, con pendones, otras regidores o vecinos pudientes, con los chantres

y la fábrica de la parroquia; a veces también oficiales de la casa del rey.

-No me place eso mucho -dijo Porthos.

-No es muy divertido que digamos -añadió Artagnan.

-Os aseguro que eso inspira ideas santas -repuso Planchet.

-¡Ah! No digo que no.

-Pero -continuó Planchet-, algún día hemos de morir, y hay en no sé dónde una máxima que he retenido, y es la siguiente: "No hay pensamiento más saludable que el pensamiento de la muerte."

-No afirmo lo contrario -dijo Porthos.

-Pero -replicó Artagnan- también es un pensamiento saludable el del verdor de los campos, de las flores, de los ríos, de los horizontes azules, de las vastas llanuras sin fin...

-Si los tuviese no les haría ascos -contestó Planchet-; pero no teniendo más que ese pequeño cementerio, florido también, cubierto de musgo, sombrío y tranquilo, me con-

tento con él, y pienso en la gente de la ciudad que vive, pongo por caso, en la calle de los Lombardos, y oye rodar dos mil carruajes al día, y andar por el lodo a ciento cincuenta mil personas.

-¡Pero vivas -exclamó Porthos-, vivas!

-Eso es precisamente -dijo Planchet con timidez- lo que me distrae de los muertos.

-Este diablo de Planchet -repuso Artagnan- ha nacido para poeta tanto como para abacero.

-Señor -dijo Planchet-, yo era una de esas buenas pastas de hombre que Dios ha hecho para animarse durante cierto tiempo, y considerar bueno todo lo que acompaña su permanencia sobre la tierra.

Artagnan se sentó junto a la ventana, y, habiéndole parecido sólida la filosofía de Planchet, se puso a reflexionar.

-¡Cáscaras! -exclamó Porthos-. Si no me engaño, ya tenemos espectáculo, pues me parece que oigo cantar.

-Sí que cantan -dijo Artagnan.

-¡Oh! ¡Es un entierro de última clase! -murmuró Planchet desdeñosamente-. No vienen más que el cura oficiante, el pertiguero y el niño de coro. Ya veis, señores, que el difunto o la difunta no debían ser príncipes.

-No, nadie sigue su féretro. -Sí -dijo Porthos-, veo a un hombre.

-Sí, es verdad; un hombre embozado en una capa -añadió Artagnan.

-No vale la pena mirarlo -observó Planchet.

-Eso me interesa -dijo vivamente Artagnan acodándose sobre la ventana.

-Vamos; veo que al fin caéis en la tentación -dijo gozoso Planchet-; os sucede lo que a mí: los primeros días me ponía triste de tanto persignarme, y los cánticos me penetraban como clavos en el cerebro; pero ahora me mezclo al son de ellos, y se me figura que no he visto nunca pájaros más hermosos que los del cementerio.

-Pues yo -dijo Porthos- no me divierto aquí y prefiero bajar. Planchet dio un brinco, y ofreció su mano a Porthos para conducirlo al jardín.

-¿Y qué, os vais a quedar ahí? -preguntó Porthos volviéndose hacia Artagnan.

-Sí, querido, sí; luego iré a reunirme a vos.

-¡Je, je! ¡El señor de Artagnan no hace mal! ¿Están ya enterrando?

-Todavía no.

-En efecto; el sepulturero aguarda a que estén atadas las cuerdas alrededor del ataúd. ¡Mirad!. . . Por aquel lado del cementerio entra una mujer.

-Sí, sí, querido Planchet -dijo con viveza Artagnan-; pero déjame, déjame, que empiezo a engolfarme en meditaciones saludables, y no quiero que me interrumpen.

Planchet se marchó, y Artagnan devoraba con los ojos, detrás del postigo, medio cerrado, lo que pasaba enfrente.

Los dos sepultureros habían sacado los correones de las angarillas, y dejaban deslizar su carga en la fosa.

A pocos pasos, el hombre de la capa, único espectador de aquella escena lúgubre, se arrimaba a un gran ciprés y ocultaba enteramente su rostro a los sepultureros y al cura. El cuerpo del difunto quedó enterrado en cinco minutos.

Rellenada ya la sepultura, se volvió el cura con la comitiva; el sepulturero le dirigió algunas palabras y luego echó a andar tras ellos.

El hombre de la capa los saludó al pasar, y puso una moneda en la mano al sepulturero.

-¡Pardiez! -exclamó Artagnan-. ¡Ese hombre es Aramis!

Aramis, en efecto, quedó solo, al menos por aquel lado, pues apenas volvió la cabeza cuando oyéronse cerca de él en el camino los pasos de una mujer y el crujir de un vestido.

Volvióse al momento, y, quitándose el sombrero con mucho respeto cortesano, condujo a la dama bajo un grupo de castaños y de tilos que daban sombra a una tumba fastuosa.

-¡Tate! -dijo Artagnan-. ¡El obispo de Vannes dando citas! Vamos, es el mismo abate Aramis, galanteando en Noisy-le-Sec... Sí -añadió el mosquetero-; mas, en un cementerio, la cita es sagrada.

Y se echó a reír.

La conversación duró una media hora.

Artagnan no podía ver el semblante de la dama, porque ésta le daba la espalda; pero conocía en la postura de los dos interlocutores, en la simetría de sus ademanes y en la manera acompasada, mañosa, con que se dirigían miradas, como de ataque o defensa, que no hablaban de amor.

Al fin de la conversación la dama se levantó, y fue ella la que hizo una profunda reverencia a Aramis.

-¡Oh, oh! -dijo Artagnan-. ¡Esto acaba como una cita amorosa!

El caballero se arrodilla al principio, y luego la vencida y la que suplica es la dama... ¿Quién será esa señorita?... Daría una uña por verla.

Pero no pudo ser. Aramis se fue el primero, la dama se cubrió con sus chales y partió en seguida.

Artagnan no guardó a más, y corrió a la ventana de la calle de Lyon.

Aramis acababa de entrar en la posada.

La dama se dirigía en sentido contrario. Iba a reunirse a un carruaje de dos caballos de mano y una carroza que se veían en la linde del bosque.

La dama caminaba despacio, con la cabeza baja, absorta en profunda meditación.

-¡Pardiez, pardiez! Es preciso que sepa quién es esa mujer -dijo el mosquetero.

Y, sin más deliberaciones, empezó a andar tras ella.

Por el camino se iba preguntando cómo se compondría para hacerle alzar el velo.

-Ella no es joven -dijo-, es mujer del gran mundo. Lléveme el demonio, o ese continente no me es desconocido.

Conforme corría, el ruido de sus botas y el traqueteo de sus espuelas sobre el suelo de la calle iba haciendo un sonsonete extraño; esto le proporcionó una feliz coyuntura, con la cual no contaba.

Aquel ruido alarmó a la dama; creyendo que la seguían o perseguían, como así era, volvió la cabeza.

Artagnan dio un brinco, como si hubiese recibido en las pantorrillas una carga de perdigones; después, dando un rodeo para volver atrás:

-¡Madame de Chevreuse! -murmuró.

Artagnan no se quiso quedar sin saberlo todo.

Pidió al tío Celestino que se informara por el sepulturero quién era

el muerto que habían enterrado aquella misma mañana.

-Un pobre franciscano mendicante - replicó éste-, que no tenía ni un perro que le amase en este mundo y le acompañase a su última morada.

-Si así fuese -pensó Artagnan-, no habría asistido Aramis a su entierro... El señor obispo de Vannes no es un perro en cuanto al cariño; para el olfato no digo.

XIII

CÓMO PORTHOS, TRÜCHEN Y PLANCHET SE SEPARARON AMIGOS, GRACIAS A ARTAGNAN

Hiciéronse muchos aprestos .para el almuerzo en casa de Planchet. Porthos rompió una escalera de mano y dos cerezos, despojó los frambuesos, y no le fue posible coger fresas, a causa, según decía, de su cinturón.

Trüchen, que se había familiarizado ya con el gigante, le dijo:

-No es por el cinturón; es por el fiendre.

Y Porthos, radiante de alegría, abrazó a Trüchen, quien le cogió una almorzada de fresas y se las hizo comer en sus manos. Artagnan, que llegó en esto, riñó a Porthos por su pereza y compadeció por lo bajo a Planchet.

Porthos desayunó bien; y cuando hubo concluido:

-¡Qué bien lo pasaría aquí! -dijo mirando a Trüchen.

Trüchen sonrió.

Planchet hizo lo propio, no sin cierta desazón.

Entonces Artagnan dijo a Porthos:

-Es necesario, amigo mío, que las delicias de Capua no os hagan olvidar el objeto primordial de nuestro viaje a Fontainebleau.

-¿Mi presentación al rey?

-Justamente. Voy a dar una vuelta por la población para preparar lo conveniente. No salgáis de aquí, os lo ruego.

-¡Oh, no! -exclamó Porthos. Planchet miró a Artagnan con temor.

-¿Estaréis ausente mucho tiempo? -dijo.

-No, amigo mío, pues esta misma noche quedarás desembarazado de dos huéspedes algo molestos.

-¡Bah! Señor de Artagnan, ¿como podéis decir?

-No, mira, tu corazón es bondadoso; pero tu casa es pequeña. Hay quien no tiene dos arpentas de tierra y puede alojar a un rey y hacerlo muy feliz; pero tú no has nacido gran señor, Planchet.

-Ni el señor Porthos tampoco -murmuró Planchet.

-Mas lo ha llegado a ser, querido; en primer lugar, es dueño hace veinte años de cien mil libras de renta, y dueño también, hace cincuenta, de dos puños y un espinazo que no han

reconocido rivales en este encantador reino de Francia. Porthos es un gran señor al lado tuyo, hijo mío. . . y no te digo más creo que ya me entenderás.

-No, no, señor; explicadme...

-Mira tu jardín devastado, tu despensa vacía, tu cama rota, tu bodega exhausta; mira... a la señora Trüchen...

-¡Ah, Dios mío! -exclamó Planchet.

-Porthos es señor de treinta pueblos, con trescientas vasallas muy desenvueltas, y Porthos es un buen mozo.

-¡Ah, Dios mío! -repitió Planchet.

-La señora Trüchen es una excelente persona -prosiguió Artagnan-; guárdala para ti, ¿entiendes? . . .

Y le dio un golpecito en el hombro.

En aquel momento, el abacero vio a Trüchen y a Porthos guarecidos bajo un emparado.

Trüchen, con una gracia enteramente flamenca, ponía pendientes a Porthos con pares

de cervezas, y Porthos reía amorosamente como Sansón delante de Dalila.

Planchet apretó la mano de Artagnan, y corrió hacia el emparrado. Hagamos a Porthos la justicia de decir que no se movió... Indudablemente creía que no obraba mal. Trüchen tampoco se alteró, lo cual incomodó a Planchet; pero tenía éste bastante mundo para poner buen semblante ante un contratiempo.

Planchet cogió el brazo de Porthos, y le propuso ir a ver los caballos.

Porthos dijo que estaba fatigado. Planchet propuso al barón Du Vallon probar un noyó hecho por su mano, y que no tenía igual.

El barón aceptó.

De este modo pudo Planchet tener ocupado todo el día a su enemigo, sacrificando la despensa a su amor propio.

Artagnan volvió dos horas después.

-Todo está preparado -dijo-; he visto a Su Majestad un momento cuando salía a cazar, y esta noche nos espera.

-¡El rey me espera! -murmuró Porthos engreído.

Y, preciso es decirlo, pues el corazón del hombre es una ola en extremo movible: desde aquel instante dejó Porthos de mirar a la señora Trüchen con aquella gracia impresionante que había ablandado el corazón de la flamenca.

Planchet estimuló lo que pudo aquellas disposiciones ambiciosas. Refirió, o más bien recorrió, todos los esplendores del último reinado, las batallas, los sitios, las ceremonias. Habló del lujo de los ingleses Y de los beneficios reportados por los tres intrépidos camaradas, de quienes Artagnan, el más humilde en un principio, había llegado a ser el jefe.

Entusiasmó a Porthos mostrándole su juventud desvanecida; elogió la castidad de aquel gran señor y su religioso respeto a la amistad; estuvo, en una palabra, elocuente y diestro, hasta el punto de tener embobado a

Porthos, hacer temblar a Trüchen, y hacer meditar a Artagnan.

A las seis, el mosquetero mandó preparar los caballos, e hizo que Porthos se vistiese.

Dio gracias a Planchet por su buena hospitalidad, lo deslizó algunas palabras vagas acerca de proporcionarle algún empleo en la Corte, lo cual hizo subir desde luego el concepto de Planchet en el ánimo de Trüchen, donde el pobre abacero, tan bueno, tan generoso, tan leal, había perdido mucho terreno con la aparición y el paralelo de dos grandes señores.

Porque las mujeres son así: ambicionan lo que no tienen, y desdeñan lo que ambicionaban cuando ya lo tienen.

Después que Artagnan hizo aquel servicio a Planchet, dijo en voz baja a Porthos:

Tenéis en vuestro dedo, amigo mío, una sortija muy bella.

-Trescientos doblones -dijo. Porthos.

-La señora Trüchen conservará mucho mejor vuestro recuerdo si le dejáis esa sortija - replicó Artagnan. Porthos dudaba.

-Creéis que no es bastante bueno, ¿no es verdad? -dijo el mosquetero- Os comprendo, un gran señor como vos jamás va a hospedarse a casa de un antiguo criado sin pagar liberalmente la hospitalidad; pero, creedme, Planchet tiene un corazón tan bueno, que no notará siquiera que tenéis cien mil libras de renta.

-Si os parece -dijo Porthos engreído con aquellas palabras-, daré a la señora Trüchen mi alquería de Bracieux; es también una bonita sortija para el dedo... de doce arpentas.

-Es demasiado, mí buen Porthos, demasiado por ahora... Dejadlo para más adelante.

Le quitó el diamante del dedo, y, aproximándose a Trüchen:

-Señora -dijo-, el señor barón no sabe cómo suplicaron que aceptéis por amor suyo esta sortijilla. El señor Du Vallon es uno de los hombres más generosos y discretos que conoz-

co. Quería regalaros una alquería que posee en Bracieux; pero le he disuadido de ello.

-¡Oh! -murmuró Trüchen, devorando con los ojos el diamante.

-¡Señor barón! -exclamó enternecido Planchet.

-¡Mi buen amigo! -balbuceó Porthos encantado de haber sido tan bien interpretado por Artagnan.

Todas aquellas exclamaciones, al cruzarse, dieron un desenlace patético al día que hubiese podido terminar de una manera grotesca.

Pero Artagnan estaba allí, y donde quiera que Artagnan mandaba, terminaban las cosas siempre a medida de su deseo.

Llegaron los abrazos de despedida. Trüchen, colocada en su lugar por la munificencia del barón, sólo ofreció una frente tímida al gran señor, con quien tanta familiaridad había gastado el día antes.

El mismo Planchet sintióse penetrado de humildad.

El barón Porthos, suelta ya la vena de su generosidad, habría vaciado de buena gana sus bolsillos en manos de la cocinera y de Celestino.

Pero Artagnan le contuvo.

-Ahora me corresponde a mí -le dijo.

Y dio un doblón a la mujer y dos al hombre.

Aquello era oír bendiciones, capaces de alegrar el corazón de Harpagón, y de hacerlo pródigo.

Artagnan se hizo acompañar por Planchet hasta Palacio, e introdujo a Porthos en su cuarto de capitán, donde entró sin ser visto de las personas a quienes temía encontrar.

XIV

LA PRESENTACIÓN DE PORTHOS

Aquella misma noche, a las siete. concedía el rey audiencia a un embajador de las Provincias Unidas en el gran salón.

La audiencia duró un cuarto de hora.

En seguida recibió el rey a los nuevos presentados y a algunas damas, que pasaron las primeras.

En un ángulo del salón, detrás de una columna, conversaban Porthos y Artagnan, esperando que les llegase la vez.

-¿Sabéis lo que sucede? -dijo el mosquetero a su amigo.

-Pues bien, miradle.

Porthos se puso de puntillas, y r vio el señor Fouquet en traje de ceremonia, que conducía a Aramis a la presencia del rey.

-¡Aramis! -dijo Porthos. -Presentado al rey por el señor Fouquet.

-¡Ah! -exclamó Porthos. -Por haber fortificado a Belle-Isle -continuó Artagnan.

-¿Y yo?

-Vos, como he tenido el honor de deciros, sois el buen Porthos, la bondad misma; por eso querían que' permanecieseis por algún tiempo en Saint-Mandé.

-¡Ah! -repitió Porthos. -Pero, afortunadamente, estoy yo aquí -dijo Artagnan-, y me llegará el turno en seguida.

En aquel momento dirigíase Fouquet al rey.

-Señor -dijo-: tengo que pedir un favor a Vuestra Majestad. El señor de Herblay no es ambicioso, pero sabe que puede ser útil. Vuestra Majestad necesita tener un agente en Roma, y un agente poderoso; creo que podemos obtener un capelo para el señor de Herblay. El rey hizo un movimiento.

-No suelo molestar a Vuestra Majestad con pretensiones -dijo Fouquet.

-Ya veremos -contestó el rey, que empleaba siempre esa frase en los casos dudosos.

A esa frase nada había que replicar.

Fouquet y Aramis se miraron. El rey continuó:

-El señor de Herblay puede servirnos también en Francia: algún arzobispado, pongo por caso.

-Señor -objetó Fouquet con la gracia que le era peculiar-: Vuestra Majestad honra mucho al señor de Herblay: el arzobispado puede servir de complemento al capelo; no excluye lo uno a lo otro.

El rey admiró aquella presencia de ánimo y sonrió.

-No hubiese respondido mejor Artagnan -dijo.

Apenas pronunció este nombre, acudió presuroso Artagnan.

-¿Vuestra Majestad me llama? -preguntó.

Aramis y Fouquet dieron un paso para retirarse.

-Permitid, señor -dijo vivamente Artagnan, haciendo acercarse a Porthos-, que presen-

te a Vuestra Majestad al señor barón Du-Vallon, uno de los más valientes hidalgos de Francia.

Aramis, al ver a Porthos, palideció, y Fouquet crispó los dedos bajo sus puños de encaje.

Artagnan dirigió a ambos una sonrisa, en tanto que Porthos se inclinaba visiblemente conmovido ante la majestad real.

-¡Porthos aquí! -murmuró Fouquet al oído de Aramis.

-¡Silencio! Es una traición -dijo éste.

-Señor -dijo Artagnan-, hace seis años que debería haber presentado al señor Du-Vallon a Vuestra Majestad; pero algunos hombres se asemejan a las estrellas: nunca van sin el séquito de sus amigos. Los pléyades no se desunen y por eso he elegido para presentaros al señor Du-Vallon el momento en que pudierais ver al lado suyo al señor de Herblay.

Aramis estuvo a pique de perder los estribos, y miró a Artagnan con aire arrogante,

como aceptando el desafío que éste parecía proponerle.

-¡Ah! ¿Estos señores son buenos amigos? -dijo el rey.

-Excelentes, señor, y el uno responde del otro. Preguntad al señor de Vannes cómo ha sido fortificada Belle-Isle.

Fouquet alejóse un paso.

-Belle-Isle -dijo fríamente Aramis-, ha sido fortificada por el señor.

Y señaló a Porthos, que saludó por segunda vez.

Luis admiraba y desconfiaba.

-Sí -dijo Artagnan-; pero preguntad al señor barón quién le ha ayudado en sus trabajos.

-Aramis -dijo Porthos francamente.

Y señaló al obispo.

-¿Qué diablos significa todo esto? -pensó el prelado-, y ¿qué desenlace tendrá esta comedia?

-¡Cómo! -dijo el rey-. ¿El señor cardinal... quiero decir, el señor obispo ... se llama Aramis?

-Nombre de guerra -dijo Artagnan.

-Nombre de amistad -repitió Aramis.

-¡Modestia a un lado! -exclamó Artagnan-. Bajo ese traje de eclesiástico, señor, se oculta el militar más brillante, el caballero más intrépido y el teólogo más profundo de vuestro reino.

Luis levantó la cabeza.

-¡Y un ingeniero! -dijo admirando la fisonomía verdaderamente admirable entonces de Aramis.

-Ingeniero por incidencia, señor -dijo éste.

-Mi camarada en los mosqueteros, señor -dijo con calor Artagnan-, el hombre cuyos consejos han servido de mucho a los ministros de vuestro padre. . . El señor de Herblay, en fin, que con el señor Du-Vallon, yo, y el conde de la Fére, conocido ya de Vuestra Majestad, forma-

ba esa compañía de mosqueteros que tanto dio que hablar en tiempo del difunto rey y durante la minoridad.

-Y que ha fortificado Belle-Isle -dijo el rey con profundo acento. Aramis se adelantó.

-Para servir al hijo -dijo-, como serví al padre.

Artagnan observó bien a Aramis mientras pronunciaba estas palabras: pero Aramis mostró en ellas un respeto tan verdadero, una lealtad tan profunda, y una convicción tan incontestable, que el mismo Artagnan, que dudaba de todo, cayó en el lazo.

"No miente el que habla con ese acento", se dijo.

Luis quedó satisfecho.

-En ese caso -dijo a Fouquet, que esperaba con ansiedad el resultado de aquella prueba-, está concedido el capelo. Señor de Herblay, os doy mi palabra para la primera promoción. Dad las gracias al señor Fouquet.

Estas palabras fueron escuchadas por el señor Colbert, a quien desgarraron el corazón.

Colbert salió apresuradamente de la sala.

-Vos, señor Du-Vallon -dijo el rey-, pedid. Tengo gran placer en recompensar a los servidores de mi padre.

-Señor... -dijo Porthos.

Y no pudo añadir una palabra más.

-Señor -exclamó Artagnan- este digno gentilhombre está turbado por la majestad de vuestra persona, no obstante haber sostenido con orgullo la mirada y el fuego de mil enemigos. Pero yo sé lo que piensa, y yo, más habituado a mirar al sol... voy a decirlos su pensamiento: nada necesita, ni desea otra cosa que la dicha de poder contemplar a Vuestra Majestad por un cuarto de hora.

-Esta noche cenaréis conmigo -dijo el rey saludando a Porthos con una graciosa sonrisa.

Porthos se puso como el carmín , de satisfacción y orgullo.

El rey le despidió, y Artagnan le empujó hacia la sala después de haberle abrazado.

-Sentaos a mi lado en la mesa -le dijo Porthos al oído.

-Sí, amigo mío.

-Aramis me mira con malos ojos, ¿no es cierto?

-Antes bien, nunca os ha querido más. Tened presente que le he hecho obtener el capelo de cardenal.

-Es verdad -dijo Porthos-.. Decid, ¿le gusta al rey que se coma mucho en su mesa?

-Es halagarle -dijo Artagnan-, pues posee un apetito real.

-¡Qué fortuna! -dijo Porthos.

XV

ACLARACIONES

Aramis había efectuado una hábil maniobra para encontrarse con Artagnan y Porthos. Acercóse a este último detrás de la columna, y, apretándole la mano:

-¿Os habéis fugado de mi prisión? -le dijo.

-No le riñáis -dijo Artagnan-, pues he sido yo, querido Aramis, quien le ha hecho salir.

-¡Ah, amigo mío! -replicó Aramis mirando a Porthos-. ¿Es que habéis perdido la paciencia esperándome?

Artagnan acudió en ayuda de Porthos, que no sabía qué decir.

-Vosotros, los eclesiásticos -dijo a Aramis-, sois grandes políticos. Nosotros, los militares, vamos al bulto. He aquí el hecho. Fui a ver al buen Baisemeaux.

Aramis aguzó el oído.

-¡Ah! -exclamó Porthos-. Ahora me hacéis recordar que tengo una carta de Baisemeaux para vos, Aramis.

Y Porthos entregó al obispo la carta que ya conocemos.

Aramis pidió permiso para leerla, y la leyó, sin que Artagnan pareciese contrariado en lo más mínimo por aquella circunstancia, que había previsto absolutamente.

Por su parte, Aramis mostró tal serenidad, que Artagnan le admiró más que nunca. Leída la carta, guardóse la Aramis en el bolsillo con la mayor indiferencia.

-Decíais, querido capitán... -dijo.

-Decía -prosiguió el mosquetero-, que fui a visitar a Baisemeaux para asuntos del servicio.

-¿Para asuntos del servicio? - dijo Aramis.

-Sí -contestó Artagnan-á y, naturalmente, hablamos de vos y de nuestros amigos. Por cierto que Baisemeaux me recibió con bastante frialdad. Me despedí. Cuando volvía, acercóseme un soldado, y, reconociéndome sin duda, a pesar de ir vestido de paisano, me dijo: "Capi-

tán, ¿queréis tener la amabilidad de leer el nombre escrito en este sobre?" Y leí: "Al señor Du Vallon, en Saint-Mandé, casa del señor Fouquet. "¡Pardiez! -dije para mí-. Porthos no ha vuelto, como creía, a Pierrefondos o a Belle-Isle. Porthos está en Saint Mandé en casa del señor Fouquet. El señor Fouquet no está en Saint Mandé. Luego Porthos está solo o con Aramis; vamos a ver a Porthos." Y fui a verle.

-¡Muy bien! -dijo Aramis pensativo.

-Pues no me habíais contado eso -repuso Porthos.

-No tuvo tiempo para ello, amigo mío.

-¿Y trajisteis a Porthos a Fontainebleau?

-A casa de Planchet.

-¿Reside Planchet en Fontainebleau? -preguntó Aramis.

-¡Sí, cerca del cementerio! -exclamó Porthos con aturdimiento.

-¿Cómo cerca del cementerio? -preguntó Aramis receloso.

"¡Bueno! -pensó el mosquetero-. Aprovechémonos de la sorpresa, puesto que no parece floja."

-Sí, cerca del cementerio -contestó Porthos-. Planchet es un excelente mozo, que hace excelentes confituras, pero tiene ventanas que dan al cementerio... ¡Es cosa que entristece! Así, esta mañana... -¿Esta mañana? -interrumpió Aramis cada vez más alarmado. Artagnan volvió la espalda, y se puso a tamborilear en un vidrio un aire de marcha.

-Esta mañana -continuó Porthos- vimos enterrar un cristiano.

-¡Ah, ah!

-¡Es cosa que entristece! No viviría yo en una casa donde se están viendo continuamente muertos... Por el contrario, a Artagnan parece que le place mucho eso.

-¡Ah! ¿También vio Artagnan?

-No vio, sino que devoró con los ojos.

Aramis estremeci6se y se volvi6 para mirar al mosquetero; pero 6ste se hallaba ya muy en conversaci6n con Saint-Aignan.

Aramis prosigui6 interrogando a Portos, y despu6s de exprimir todo el jugo de aquel lim6n gigantesco, arroj6 la c6scara.

Acerc6se a su amigo Artagnan, y le toc6 en el hombro.

-Amigo -le dijo luego que se march6 Saint-Aignan, pues hab6an anunciado que iba a servirse la cena del rey.

-Querido amigo -replic6 Artagnan.

-Nosotros no cenamos con el rey.

-S6 tal; yo, a lo menos.

-¿Pod6is concederme diez minutos de conversaci6n?

-Veinte. Es el tiempo que falta todav6a para que Su Majestad se siente a la mesa.

-¿D6nde quer6is que hablemos?

-Aqu6, sobre estos bancos: habi6ndose ausentado el rey, podemos sentarnos, y el sal6n est6 desierto.

-Sentémonos, pues.

Sentáronse. Aramis cogió una de las manos de Artagnan.

-Confesadme, querido amigo -dijo-, que habéis aconsejado a Porthos a que desconfíe algo de mí. Lo confieso, pero no en el sentido en que lo tomáis. He visto que Porthos estaba aburrido en extremo, y he deseado, presentándole al rey, hacer por él y por vos lo que nunca habiérais hecho vos mismo.

-¿Qué?

-Vuestro elogio.

-¡Y lo habéis hecho noblemente; gracias!

-Y os he acercado el capelo, que parecía aún bastante lejano.

-¡Ah! ¡Lo confieso! -dijo Aramis con particular, sonrisa-. En verdad sois el único para hacer la fortuna de vuestros amigos.

-Ya veis que lo que he hecho la he hecho solamente por el bien de Porthos.

-¡Oh! Yo me había encargado de hacer su suerte, pero vos tenéis el brazo más largo que nosotros.

Esta vez tocó a Artagnan sonreír.

-Vamos a ver -dijo Aramis-; debemos hablarnos con confianza. ¡Me queréis todavía, mi querido Artagnan?

-Lo mismo que antes -respondió Artagnan, sin comprometerse ¡gran cosa con esta respuesta!

-Entonces, gracias, y franqueza por franqueza -dijo Aramis-, ¿fuísteis a Belle-Isle por el rey?

-¡Diantre!

-¿Queríais privarnos del placer de ofrecer Belle-Isle completamente fortificada al rey?

-Pero, amigo mío, para privaros de ese placer hubiera sido preciso que estuviese enterado de vuestra intención.

-¿Fuísteis a Belle-Isle sin saber nada?

-De vos, sí. ¿Cómo diantres queréis que me figurase encontrar a Aramis convertido en

ingeniero, hasta el punto de fortificar como Polibio o Arquímedes?

-Verdad es; no obstante, confesad que allá me adivinasteis.

-¡Oh! Sí.

-¿Y a Porthos también?

-Amigo querido, yo no adiviné que Aramis fuese ingeniero. Tampoco pude adivinar que Porthos lo fuese. Hay un proverbio latino que dice: "El poeta nace, el orador se hace". Pero jamás se ha dicho: "Se nace Porthos, y se hace ingeniero."

-Siempre lucís vuestro ingenio -dijo con frialdad Aramis-. Prosigo.

-Proseguid.

-Cuando os hicisteis dueño de nuestro secreto, os apresurasteis a ponerlo en conocimiento del rey.

-Y corrí tanto más aprisa, mi buen amigo, cuanto mayor vi que era vuestra precipitación. Cuando un hombre, que como Porthos, pesa doscientas cincuenta y ocho libras, corre la

posta; cuando un prelado gotoso (dispensad, vos sois el que me lo ha dicho) cuando un prelado, repito, traga, por decirlo así, el camino, nada tiene de extraño que pensara que esos dos amigos, que no quisieron avisarme, me ocultaban cosas de gran importancia, y a fe mía corrí con tanta celeridad como me lo permitían mis pocas carnes y el no tener gota.

-¿Pero no reflexionásteis que pudisteis hacernos a Porthos y a mí un flaco servicio?

-Sí que lo reflexioné; mas tanto Porthos como vos me obligásteis a hacer un papel bien triste en Belle-Isle.

-Perdonadme -dijo Aramis.

-Excusadme -dijo Artagnan.

-¿De modo -prosiguió Aramis-, que en la actualidad lo sabéis todo?

-No, a fe mía.

-¿Sabéis que tuve que avisar al señor Fouquet a fin de que se anticipase a vos cerca del rey?

-Eso es lo que encuentro obscuro.

-No hay tal. ¿No sabéis que el señor Fouquet tiene enemigos?

-¡Oh, sí!

-Y especialmente tiene uno ...

-¿Peligroso?

-¡Mortal! Pues bien, para combatir la influencia de ese enemigo, quiso el señor Fouquet dar pruebas al rey de grande adhesión y de grandes sacrificios, y le preparó una sorpresa a Su Majestad con el ofrecimiento de Belle-Isle. Llegando vos a París el primero, la sorpresa quedaba frustrada... Podía parecer que cedíamos al temor.

-Comprendo.

-Ahí tenéis todo el misterio -dijo el obispo, satisfecho de haber convencido al mosquetero.

-Sólo que lo más sencillo -dijo éste- hubiera sido llamarme aparte en Belle-Isle y decirme: "Querido amigo: estamos fortificando a Belle-Isle-en-Mer para ofrecérsela al rey. Hacednos el favor de decirnos por cuenta de

quién venís. ¿Sois amigo del señor Fouquet o del señor Colbert?" Quizá no hubiera contestado nada; pero hubiérais añadido: "¿Sois amigo mío?" Y yo os hubiese dicho: "Sí." Aramis bajó la cabeza.

-De esa manera -continuó Artagnan- me habríais atado las manos, y hubiera dicho al rey. "Señor, vuestro superintendente fortifica Belle-Isle, y muy bien; pero aquí tenemos este mensaje de que me ha encargado el gobernador de Belle-Isle para Vuestra Majestad." O bien: "Aquí tenéis una visita del señor Fouquet relacionada con sus intenciones." Así no habría hecho yo un papel tonto, vosotros habríais gozado de vuestra sorpresa, y no tendríamos necesidad ahora de mirarnos de reojo al hablamos.

-Mientras que en la actualidad -repuso Aramis-, habéis procedido como amigo del señor Colbert. ¿Sois, en efecto, amigo suyo?

-¡No, a fe mía! -exclamó el capitán-. El señor Colbert es un pedante, y le odio como odiaba a Mazarino, pero sin temerle.

-Pues bien, yo -dijo Aramis- quiero al señor Fouquet, y soy completamente suyo. Ya conocéis mi posición... No tengo bienes... El señor Fouquet me ha procurado beneficios, un obispado: el señor Fouquet me ha obligado como hombre muy cumplido, y me acuerdo todavía bastante del mundo para saber apreciar un buen proceder. De consiguiente, el señor Fouquet me ha ganado el corazón, y me he consagrado a su servicio.

-Y habéis hecho muy bien: tenéis en él un buen amo.

Aramis mordióse los labios.

-Creo que el mejor de cuantos pueden tenerse.

Aquí hizo una pausa.

Artagnan se guardó mucho de interrumpirle.

-Ya os habrá dicho Porthos cómo se ha visto mezclado en todo esto.

-No -dijo Artagnan-; si bien es cierto que soy curioso, nunca pregunto a un amigo cuando conozco que éste quiere ocultarme su verdadero secreto.

-Pues voy a decíroslo.

-No os molestéis, si esa confianza me compromete a algo.

-¡Oh! Nada temáis. Porthos es el hombre a quien más he querido, porque es sencillo y bueno; Porthos es un alma recta. Desde que soy obispo busco los caracteres sencillos, que me hacen amar la verdad, aborrecer la intriga.

Artagnan se atusó el bigote. -Hice buscar a Porthos; estaba ocioso, y su presencia me recordaba mis bellos días de otra época, sin desviarme por eso del bien. Llamé a Porthos a Vannes. El señor Fouquet, que me quiere, sabiendo lo mucho que yo amaba a Porthos, le prometió la orden para la primera promoción. Ahí tenéis todo el secreto.

-No abusaré de él.

-Lo sé, pues nadie sabe mejor que vos lo que es el verdadero honor.

-Me precio de ello, Aramis.

-Ahora...

Y el obispo miró a su amigo hasta el fondo del alma.

-Ahora, hablemos de nosotros y por nosotros. ¿Queréis ser amigo del señor Fouquet? No me interrumpáis antes de saber lo que eso significa.

-Escucho.

-¿Queréis ser mariscal de Francia, par, duque, y poseer un ducado de un millón?

-Pero, amigo mío -replicó Artagnan-, para obtener todo eso, ¿qué es necesario hacer?

-Ser el hombre del señor Fouquet.

-Es que yo soy el hombre del rey, querido amigo.

-Pero presumo que no exclusivamente.

-¡Oh! Artagnan no es más que uno.

-Es natural que tengáis una ambición correspondiente a vuestro gran corazón.

-Sí que la tengo.

-Entonces. . .

-Sí, deseo ser mariscal de Francia; pero el rey me hará mariscal, duque, par; el rey me dará todo eso.

Aramis fijó en Artagnan su mirada penetrante.

-¿Pues no es el rey el amo? -añadió Artagnan.

-Nadie lo duda; pero Luis XIII era también el amo.

-¡Oh querido! Es que entre Richelieu y Luis XIII no había un Artagnan -dijo tranquilamente el mosquetero.

-Mirad que alrededor del rey hay innumerables piedras en que tropezar.

-No para el rey.

-Sin duda; pero...

-Mirad, Aramis, observo que todo el mundo piensa en sí propio, y nunca en ese

principillo; pues yo quiero sostenerme, sosteniéndole a él.

-¿Y la ingratitud?

-¡Los débiles son quienes la temen!

-¿Estáis bien seguro de vos?

-Creo que sí.

-Pero el rey puede no necesitaros.

-Creo que me necesita más que nunca. Y si no, en el caso de tener que prender a un nuevo Condé, ¿quién le prendería? Esta ... ésta sola en Francia.

Y Artagnan golpeó su espada.

-Tenéis razón -dijo Aramis, palideciendo.

Y se levantó y apretó la mano a Artagnan.

-Están dando el último aviso para la cena -dijo el capitán de mosqueteros-; permitidme...

Aramis rodeó con su brazo el cuello del mosquetero, y le dijo: -Un amigo como vos es la

más hermosa joya de la corona real. En seguida se separaron.

"Bien decía yo -dijo para sí Artagnan- que aquí había algo." "Hay que apresurarse a dar fuego a la pólvora -dijo Aramis-, pues Artagnan ha descubierto la mecha."

XVI

MADAME Y GUICHE

Hemos visto que el conde de Guiche se había marchado del salón el día en que Luis XIV ofreció con tanta galantería a La Vallière los maravillosos brazaletes ganados en la lotería.

El conde permaneció paseando por algún tiempo fuera de Palacio, devorado su corazón por mil sospechas e inquietudes. Después se le vio acechar en la terraza, frente a los tresbolillos, la salida de Madame.

Pasó una media hora larga. Sólo enteramente, no podía tener pensamientos más halagüeños.

Sacó su librito de memorias del bolsillo, y, después de muchas dudas, se decidió a escribir estas palabras:

"Señora: Os suplico que me concedáis un minuto de conversación. No os alarméis por esta petición, que nada ajena es al profundo respeto con que, etc., etc."

Firmaba esta rara súplica, doblada en forma de billete amoroso, cuando vio salir del palacio varias mujeres, luego algunos hombres, y en una palabra, casi toda la tertulia de la reina.

Vio a la misma La Vallière, y también a Montalais, hablando con Malicorne.

Distinguió hasta el último de los convidados que poco antes poblaban el gabinete de la reina madre.

Madame no había pasado; pero por fuerza tenía que atravesar aquel patio para volver a su cuarto, y

Guiche espiaba el patio desde la terraza.

Por último, vio salir a Madame con dos pajes que llevaban los hachones.

Caminaba de prisa, y cuando llegó a su puerta gritó:

-Pajes, que vayan a informarse dónde está el señor conde de Guiche. Tiene que darme cuenta de una comisión. Si está desocupado, decidle que haga el favor de venir a verme.

Guiche permaneció mudo y ocultó en la sombra; pero apenas entró Madame, se lanzó de la terraza, bajando aprisa los escalones, y tomó el aire más indiferente para hacerse encontrar por los pajes, que corrían ya hacia su cuarto.

"¡Ah! ¡Madame me manda buscar!", se dijo, todo emocionado. Y guardóse el billete, qué había llegado a ser inútil.

-Conde -dijo uno de los pajes divisándole-, fortuna ha sido encontraros.

-¿Qué hay señores?

-Una orden de Madame.

-¿Una orden de Madame? -dijo Guiche con aire de sorpresa.

-Sí, conde, Su Alteza Real desea veros; según nos ha dicho, tenéis que darle cuenta de una comisión. ¿Estáis libre?

-Estoy a las órdenes de Su Alteza Real.

-Pues tened a bien seguirnos. Cuando Guiche subió a la habitación de la princesa, encontró a ésta pálida y agitada.

Montalais permanecía a la puerta, algo quieta por lo que pasaría con el anillo de Madame.

Guiche se presentó.

-¡Ah! ¿Sois vos señor de Guiche? -preguntó Madame-. Tened a bien entrar... Señorita de Montalais, a terminado vuestro servicio.

Montalais, más alarmada aún, saludó y salió.

Los dos interlocutores quedaron solos.

El conde tenía toda la ventaja de su parte, pues Madame era la que le había dado la cita. ¿Mas cómo podía el conde aprovecharse de aquella ventaja? ¡Era tan fantástica Madame! ¡Tenía un carácter tan veleidoso Su Alteza Real!

Bien lo manifestó, porque, abordando al punto la conversación:

-Conde -le dijo-, ¿no tenéis nada que decirme?

Supuso Guiche que Madame había adivinado su pensamiento, y, como los que aman son crédulos y ciegos, como poetas o profetas, creyó que ella sabía los deseos que tenía de verla y la causa de esos deseos.

-Sí, señora -dijo-, y encuentro eso muy extraño.

-¡El asunto de los brazaletes! -exclamó Madame con viveza-. ¿No es eso?

-Sí, señora.

-¿Creéis que el rey esté enamorado?
Decid.

Guiche miróla con detención; ella bajó los ojos ante aquella mirada que penetraba hasta el corazón.

-Creo -dijo- que el rey puede haber tenido el designio de atormentar a alguien; de no ser así, no se habría mostrado tan solícito como le vimos, ni se habría arriesgado a comprometer, por capricho, a una joven hasta ahora inaccesible.

-¡Bien! ¿Esa descarada? -dijo altivamente la princesa.

-Puedo asegurar a Vuestra Alteza Real -dijo Guiche con respetuosa firmeza- que la señorita de La Vallière es amada por un joven dignísimo porque es un cumplido caballero.

-¡Oh! ¿Habláis de Bragelonne?

-Mi amigo, sí, señora.

-Y bien, aun cuándo sea amigo vuestro, ¿qué le importa al rey?

-El rey sabe que Bragelonne está comprometido con la señorita de La Vallière; y, como Raúl ha servido al rey valerosamente, no es de presumir que el rey vaya a causar una desgracia irreparable.

Madame prorrumpió en carcajadas que hirieron a Guiche dolorosamente.

-Os repito, señora, que no considero al rey enamorado de La Vallière, y la prueba de que no lo creo, es que quería preguntaros a quién puede desear Su Majestad herir el amor propio en esta circunstancia. Vos, que conocéis la Corte, me ayudaréis a encontrar esa persona, con tanto mas vivo motivo, cuanto que, según todos dicen, Vuestra Alteza Real está en gran intimidad con el rey.

Madame se mordió los labios, y, a falta de buenas razones, cambió de conversación.

-Probadme -dijo, fijando en él una de esas miradas en las que el alma parece pasar toda entera-, probadme que deseábais hablar-me a mí, que os he llamado.

Guiche sacó de su librito de memorias lo que había escrito, y se lo enseñó.

-Simpatía -dijo Madame.

-Sí -repuso el conde con insuperable ternura-, sí, simpatía; pero yo os he explicado cómo y por qué os buscaba; vos, señora, aún no me habéis dicho para qué me habéis hecho llamar.

-Es verdad.

Y pareció vacilar.

-Esos brazaletes me harán perder la cabeza -añadió de repente.

-¿Esperábais vos que el rey os los ofreciese? -replicó Guiche.

-¿Por qué no?

-Pero antes que a vos, señora, antes que a su cuñada, ¿no tenía el rey a la reina?

-Y antes que a La Vallière -exclamó la princesa, resentida-, ¿no me tenía a mí, no tenía a toda la Corte?

-Os aseguro, señora -dijo respetuosamente el conde-, que si os oyesen

hablar de esa manera, si viesen vuestros ojos enrojecidos, y, Dios me perdone, esa lágrima, que asoma por vuestras pestañas... ¡oh, sí todo el mundo diría que Vuestra Alteza Real está celosa!

-¡Celosa! -murmuró la princesa con altivez-. ¿Celosa yo de La Vallière?

Madame esperaba sojuzgar a Guiche con aquel ademán altivo y aquel tono orgulloso.

-Celosa de La Vallière, sí, señora -repitió el conde con energía.

-Creo, señor -balbució la princesa-, que os permitís insultarme.

-Yo no lo creo, señora -dijo el conde algo agitado, pero resuelto a domar aquella fogosa cólera.

-¡Salid! -gritó la condesa en el colmo de la exasperación, pues tanta era la rabia que le causaban la sangre fría y el respeto mudo de Guiche.

El conde retrocedió un paso, hizo un saludo con lentitud, se irguió, blanco como los encajes de sus puños, y con voz ligeramente alterada:

-No valía la pena -dijo- de que me apresurase para sufrir esta injusta desgracia.

Y le volvió la espalda sin precipitación.

No había aún dado cinco pasos, cuando corrió a él Madame como un tigre, y cogiéndole de una manga le hizo volver.

-El respeto que me afectáis -repuso trémula de rabia-, es más insultante que el insulto. ¡Vamos, insultadme, pero, al menos, hablad!

-Y vos, señora -dijo afablemente el conde desenvainando su espada-, atravesadme el corazón, pero no me hagáis morir a fuego lento.

Madame conoció en la mirada que Guiche fijó sobre ella, mirada llena de amor, de resolución y hasta de desesperación, que un hombre tan tranquilo en apariencia se atravesaría el pecho con la espada, si ella añadía una palabra.

Arrancó el acero de las manos, y, apretándole el brazo con un delirio que podía pasar por ternura.

-Conde -dijo-, excusadme. Veis lo que sufro, y no tenéis misericordia de mí.

Las lágrimas, última crisis de aquel acceso, ahogaron su voz. Guiche, viéndola llorar, tomóla en sus brazos y la llevó hasta el sillón, oprimido todavía su corazón.

-¿Por qué -murmuró a sus pies-, por qué no me contáis vuestras penas? ¿Amáis a alguien? ¡Decídmelo! Yo moriré, pero será después de haberos aliviado, consolado y hasta servido.

-¡Oh! ¿Tanto me amáis? -replicó ella vencida.

-Os amo hasta ese extremo; sí señora.

Ella le abandonó sus manos. -Amo, efectivamente -murmuró la princesa en voz tan baja que nadie hubiera podido oírla. Guiche la oyó.

-¿Al rey? -dijo.

La princesa movió la cabeza, y su sonrisa fue como esos claros que forman las nubes, por entre los cuales, después de la tempestad, cree uno ver abrirse el paraíso.

-Pero -repuso-, hay otras pasiones en un corazón bien nacido. El amor, es la poesía; pero la vida de ese corazón, es el orgullo. Conde, yo he nacido sobre el trono, y tengo el orgullo y dignidad propios de mi jerarquía. ¿Por qué el rey trata de acercar al su lado a personas indignas de él?

-¡Todavía, señora! -exclamó el conde-. ¿No reparáis que estáis maltratan o a esa infeliz muchacha que va a se esposa de mi amigo?

-¿Y sois tan simple para creer eso?

-Si no creyera -dijo Guiche muy pálido-, haría avisar inmediatamente a Bragelonne; sí, si creyese que esa pobre La Vallière había olvidado los juramentos que ha hecho a Raúl... Pero, no, sería una infamia vender el secreto de una mujer; sería un gran crimen turbar la tranquilidad de un amigo.

-¿Creéis, según eso -repuso la princesa, con un salvaje estallido de risa-, que la ignorancia sea una dicha?

-Lo creo -replicó él.

-¡Pues probadlo, probadlo! -dijo Madame con viveza.

-Nada mas fácil; señora, la Corte toda ha dicho que el rey os amaba, y que amabais al rey.

-¿Y qué? -dijo la princesa respirando penosamente.

-Suponed que Raúl, mi amigo, hubiese venido a decirme: "¡Sí, el rey ama a Madame; sí, el rey ha logrado ganarse el corazón de Madame!..." ¡Tal vez habría matado a Raúl!

-Hubiera sido preciso -dijo la princesa con esa obstinación de las mujeres que se consideran inexpugnables-, que el señor de Bragelonne hubiera tenido pruebas para hablaros así.

-De todos modos -respondió Guiche suspirando-, ello es que, no habiendo sido ad-

vertido, nada he profundizado, y hoy mi ignorancia me ha salvado la vida.

-Veo que lléváis hasta tal extremo el egoísmo y la frialdad -dijo Madame-, que dejaréis a ese desgraciado joven continuar amando a La Vallière.

-Hasta el día en que sepa que La Vallière es culpable, sí, señora.

-¡Pero, ¿y los brazaletes?

-¡Ay, señora! Ya que vos esperabais recibirlos del rey, ¿qué hubiera yo podido decir?

El argumento era poderoso; la princesa se sintió vencida, hasta el punto de no volver a recobrase más.

Pero, como tenía el alma llena de nobleza y un entendimiento claro, comprendió toda la delicadeza de Guiche.

Leyó evidentemente en su corazón que sospechaba que el rey amaba a La Vallière, y no quiso valerse de ese expediente vulgar, que consiste en arruinar a un rival en el ánimo de

una mujer, dando a ésta la certeza de que ese rival corteja a otra mujer.

Adivinó que sospechaba de La Vallière, y que, para darle tiempo a convertirse, a fin de que no se perdiese para siempre, se reservaba alguna gestión directa o algunas observaciones más claras.

Leyó, en fin, tanta grandeza real, tanta generosidad en el corazón de su amante, que sintió abrasarse el suyo al contacto de una llama tan pura.

Guiche, conservándose, aun a riesgo de desagradar, hombre de lealtad, se elevaba a clase de héroes, y la reducía al estado de mujer celosa y mezquina.

Y le amó tan intensamente, que no pudo menos de darle un testimonio de ello.

-He ahí una porción de palabras perdidas -dijo tomándole una mano-: sospechas, inquietudes, desconfianzas, dolores... creo que todos esos nombres hemos pronunciado.

-¡Ay! Sí, señora.

-Borradlas de vuestro corazón, como yo lo hago del mío. Conde, que La Vallière ame o no al rey, que el rey ame o no a La Vallière, hagamos desde este momento una distinción en nuestros dos papeles... ¿Por qué abríis tanto los ojos? Apuesto a que no me comprendéis.

-Sois tan viva, señora, que temo siempre desagradaros.

-¡No tembléis así bello asustado! -dijo ella con encantadora jovialidad- Sí, señor, tengo que desempeñar dos papeles ... Soy la hermana del rey, y la cuñada de su esposa. Con este título, ¿no es lógico que me mezcle en las intrigas del matrimonio?... ¿Qué decís?

-Lo menos posible, señora.

-Convengo en ello, mas ésta es una cuestión de dignidad; además, soy la esposa de Monsieur.

Guiche suspiró.

-Lo cual -repuso la princesa con ternura- debe induciros a hablarme siempre con el más soberano respeto.

-¡Oh! -murmuró el conde, cayendo a sus pies, que besó como si fueran los de una divinidad.

-En verdad -murmuró la princesa-, creo que tengo todavía otro papel... Ya lo olvidaba.

-¿Cuál, cuál?

-Soy mujer -dijo más bajo todavía-.

Amo.

El conde se incorporó. Ella le abrió los brazos; sus labios se tocaron.

Oyéronse pasos detrás de la tapicería. Montalais llamó.

-¿Qué hay, señorita? -preguntó Madame.

-Buscan al señor de Guiche -respondió Montalais, la cual tuvo tiempo de observar todo el desorden de los actores de aquellos cuatro papeles, pues Guiche había constantemente desempeñado el suyo con la mayor heroicidad.

MONTALAIS Y MALICORNE

Montalais tenía razón. El señor de Guiche, llamado por todas partes, estaba muy expues , por la multiplicidad misma de os asuntos, a no contestar en ninguna.

Así sucedió que Madame, tal es la fuerza de las situaciones débiles, no obstante su orgullo ofendido, a pesar de su cólera interior, nada pudo decir, al menos por aquel instante, a Montalais, que acababa de infringir con tan osadía la consigna casi real que la había alejado.

Guiche perdió también la cabeza, o mejor dicho, la había perdido ya antes de la llegada de Montalais: porque, no bien oyó la voz de la joven, sin despedirse de Madame, como exigía la más elemental cortesía, aun entre iguales, huyó, con el corazón encendido y la cabeza loca, dejando a la princesa con una mano levantada y haciendo un ademán de despedida.

Y era que Guiche podía decir, como dijo Querubín cien años después, que llevaba en los labios dicha para una eternidad.

Montalais halló, pues, a los dos amantes en gran desorden; desorden en el que huía y desorden en la que quedaba.

La joven murmuró entonces, echando en torno suyo una mirada investigadora:

-Creo que por ahora sé cuanto podía desear saber la mujer más curiosa.

Madame se quedó tan turbada con aquella mirada inquiridora, que, como si hubiera oído el aparte de Montalais, no dijo una palabra a su camarista, y, bajando la cabeza, pasó a su alcoba.

Viendo lo cual Montalais, se puso a escuchar.

Entonces oyó que Madame corría los cerrojos de su habitación. Comprendió por ese ruido que tenía la noche por suya, y, haciendo en dirección a la puerta que acababa de cerrarse un ademán bastante irreverente que quería de-

cir: "¡Buenas noches, princesa!" bajó a reunirse otra vez con Malicorne, que se hallaba a la sazón muy ocupado en seguir con la vista un correo polvoriento que salía del aposento del conde de Guiche.

Montalais conoció que Malicorne tenía entre manos alguna obra de importancia, y le dejó tender la vista y alargar el cuello. Después que Malicorne volvió a tomar su posición natural, le dio un golpecito en el hombro.

-¡Hola! -preguntó Montalais-. ¿Qué hay de nuevo?

-El señor de Guiche ama a Madame -dijo Malicorne.

-¡Noticias frescas! Yo sé algo más nuevo.

-¿Y qué sabéis?

-Que Madame ama al señor de Guiche.

-Lo uno es consecuencia de lo otro.

-No siempre, mi buen señor.

-¿Decís eso por mí?

-Las personas presentes quedan siempre exceptuadas.

-Gracias -contestó Malicorne-. ¿Y por la otra parte?

-El rey quiso esta noche, después de la lotería, ver a la señorita de La Vallière.

-¿Y la ha visto?

-No.

-¿Cómo que no?

-La puerta estaba cerrada.

-De modo que...

-De modo que el rey se volvió todo corrido, como ladrón que ha olvidado sus instrumentos.

-Bien.

-¿Y por la otra parte? -dijo Montalais.

-El correo que acaba de llegar para el señor de Guiche es enviado por el señor Bragelonne.

-¡Bueno! -dijo Montalais dando una palmada.

-¿Por qué bueno?

-Porque tenemos ocupación. Si ahora nos aburrimos, grande será nuestra desgracia.

-Importa dividírnos el trabajo -dijo Malicorne-, a fin de evitar confusión.

-Nada más sencillo -replicó Montalais-. Tres intrigas un poco animadas, manejadas con cierta cautela, dan una con otra, echándolo por lo corto, tres billetes por día.

-¡Oh! -exclamó Malicorne encogiéndose de hombros-. No tenéis en cuenta, amigo, que tres billetes al día es propio de gente vulgar. Un mosquetero de servicio, una muchacha en el convento, cambian su billete cotidiano por encima de la escala o por el agujero hecho en la pared. En un billete se encierra toda la poesía de esos pobres corazoncitos. Pero, entre nosotros... ¡Oh! ¡Qué poco conocéis la ternura real, amiga mía!

-Vamos, concluid -dijo impacientemente Montalais-. Mirad que puede venir alguien.

-¡Concluir! No estoy más que en la narración. Me quedan aún tres puntos que tocar.

-¡Me haréis morir con vuestra cachaza de flamenco! -murmuró Montalais.

-Y vos me haréis perder la cabeza con vuestras vivacidades de italiana. Os decía, pues, que nuestros enamorados se escribirán volúmenes. ¿Pero adónde vais a parar?

-A esto: que ninguna de nuestras damas puede conservar las cartas que reciba.

-Está claro.

-Que el señor de Guiche no se atreverá tampoco a guardar las suyas.

-Es probable.

-Pues bien, yo guardaré todo eso.

-Ved ahí lo que es imposible -dijo Malicorne.

-¿Y por qué?

-Porque no estáis en casa propia; porque vuestra habitación es común a La Vallière y a vos; porque se hacen con frecuencia visitas y registros en el cuarto de una camarista, y porque temo mucho a la reina, celosa como una española, a la reina madre celosa como dos españolas, y, finalmente, a Madame celosa como diez españolas.

-Me parece que olvidáis a alguien.

-¿A quién?

-A Monsieur.

-Solamente hablaba de las mujeres. Clasifiquemos, pues, a Monsieur con el número 1.

-Nº 2, Guiche.

-Nº 3, el vizconde de Bragelonne.

-Nº 4, el rey.

-¿El rey?

-Ciertamente, el rey, que será no sólo mas celoso, sino más poderoso que todos. ¡Ay, querida!

-¿Qué más?

-¡En qué avispero os habéis metido!

-No mucho todavía, si queréis seguir-me...

-Sí que lo quiero. No obstante...

-No obstante...

-Puesto que aún es tiempo, creo que lo más prudente sería retroceder.

-Y yo, antes bien, creo que lo más prudente será ponernos de golpe frente de todas esas intrigas.

-No creo que podáis manejarlas.

-Con vos sería capaz de manejar diez. Ese es mi elemento, pues he nacido para vivir en la Corte, como la salamandra en el fuego.

-Vuestra comparación no me calma, querida amiga. He oído decir a sabios muy sabios, en primer lugar que no hay tales salamandras, y que si las hubiese, quedarían perfectamente asadas al salir del fuego.

-Vuestros sabios podrán ser muy sabios en materia de salamandras, pero vuestros sabios no os dirán lo que yo voy a decir ahora mismo, y es que Aura de Montalais está llamada a ser, antes de un mes, el primer diplomático de la corte francesa.

-Bien, o a condición de que yo sea el segundo.

-Esta dicho: alianza ofensiva y defensiva, entiéndase.

-Lo que os aconsejo es que desconfiéis de las cartas.

-Os las entregaré conforme me las vayan dando.

-¿Qué diremos al rey de Madame?

-Que Madame sigue amando al rey.

-¿Qué diremos a Madame del rey?

-Que haría mal en no contemplarle.

-¿Qué diremos a La Vallière de Madame?

-Todo cuanto queramos, pues es nuestra.

-¿Nuestra?

-Doblemente.

-¿Cómo es eso?

-Por el vizconde de Bragelonne, primero.

-Explicaos.

-Supongo no habréis olvidado que el señor de Bragelonne ha escrito muchas cartas a la señorita de La Vallière.

-Yo no olvido nada.

-Esas cartas era yo quien las recibía y quien las guardaba.

-¿Y por consiguiente las tendréis?

-Las tengo.

-¿Dónde? ¿Aquí?

-¡Oh, no! Las tengo en Blois, en el cuartito que ya sabéis.

-Cuartito querido, cuartito amoroso, antecámara del palacio que os haré habitar un día. Pero, perdón; ¿decís que todas esas cartas están en ese cuartito?

-Sí.

-¿No las guardábais en un cofre.

-Sí, por cierto; en el mismo cofre en que guardaba las que vos me remitíais, y donde depositaba las mías cuando vuestros asuntos os impedían acudir a la cita.

-¡Ah! Perfectamente -dijo Malicorne.

-¿Qué significa esa satisfacción?

-Significa que nos ahorramos ir a Blois por las cartas. Las tengo aquí.

-¿Habéis traído el cofre?

-Lo apreciaba mucho viniendo de vos.

-Pues tened cuidado; el cofre guarda originales que tendrán gran precio más adelante.

-Lo sé muy bien, ¡diantre!, y por eso mismo me río, y con toda mi alma.

-Ahora, una última palabra.

-¿Por qué una última?

-¿Necesitamos auxiliares?

-Ninguno.

-Criados, criadas...

-¡Malo, detestable! Vos misma daréis y recibiréis las cartas. ¡Oh! Nada de orgullo: sin lo cual, no haciendo sus negocios por sí mismo, el señor Malicorne y la señorita Aura se verán reducidos a verlos hacer por otros.

-Tenéis razón; pero, ¿qué pasa en el aposento del señor de Guiche?

-Nada; el conde abre su ventana.

-Marchémonos.

Y los dos desaparecieron; la conjuración estaba anudada.

La ventana que acababa de abrirse era, en efecto, la del conde de Guiche.

Pero, como podrían pensar tal vez los que no están en antecedentes, no era sólo por ver la sombra de, Madame a través de las cortinas por lo que el conde asomábase a la ventana; su preocupación no era del todo amorosa.

Según hemos dicho, acababa de recibir un correo, el cual le había sido enviado por Bragelonne. Bragelonne había escrito a Guiche.

Este había leído y releído la carta; carta que le había hecho gran impresión.

-¡Extraño! ¡Muy extraño! -murmuraba-. ¡Por qué medios tan poderosos lleva el destino a los hombres a sus fines!

Y, apartándose de la ventana para aproximarse a la luz, leyó por tercera vez aquella carta, cuyas líneas abrasaban a la vez su mente y sus ojos.

"Calais.

"Mi estimado conde: He encontrado en Calais al señor de Wardes, que salió herido gravemente en un lance con el señor de Buckingham. "No ignoráis que Wardes es hombre valiente, pero rencoroso y de mala índole.

"Me ha hablado de vos, hacia quien dice siente gran inclinación, y de Madame, que encuentra hermosa y amable.

"Ha adivinado vuestro amor por la persona que sabéis.

"También me ha hablado de una persona a quien amo, y me ha manifestado el más vivo interés, compadeciéndome mucho, pero todo ello con rodeos, que me asustaron en un principio, y que concluí luego por tomar como resultado de sus hábitos de misterio.

"El hecho es éste:

"Parece que ha recibido noticias de la Corte. Ya comprenderéis que no ha podido ser sino por conducto del caballero de Lorena.

"Se habla, dicen esas noticias, de un cambio efectuado en los sentimientos del rey.

"Ya sabéis a lo que eso hace relación.

"Además, decían las noticias, se habla de una camarista que da pábulo a la maledicencia.

"Estas frases vagas no me han permitido dormir. He deplorado mucho que mi carácter, recto y débil, a pesar de cierta obstinación, me haya dejado sin réplica a esas insinuaciones.

En una palabra, el señor de Wardes marcha a París y no he querido retrasar su partida con explicaciones. Además, confieso que me parecía duro atormentar a un hombre cuyas heridas apenas están cerradas.

"Viaja, pues, a jornadas cortas. y va para asistir, según dice, al curioso espectáculo que no puede menos de ofrecer la Corte dentro de poco tiempo.

"Añadió a estas palabras algunas felicitaciones, y luego ciertas condolencias. Ni unas ni otros he podido comprender. Hallábame aturdido por mis pensamientos y por mi desconfianza hacia ese hombre: desconfianza que,

como sabéis mejor que nadie, jamás he podido vencer.

"Pero, luego que se marchó, mi espíritu se calmó algún tanto.

"Es imposible que un carácter como el de Wardes no haya infiltrado algo de su malignidad en las relaciones que hemos tenido juntos.

"Es imposible, por consiguiente, que en todas las palabras misteriosas que me ha dicho el señor de Wardes, no haya un sentido misterioso que pueda aplicarme a mí mismo o a quien sabéis.

"Precisado a marchar con toda la prontitud para obedecer al rey, no he pensado en ir tras de alardes para obtener la explicación de sus reticencias; pero os envió un correo con esta carta que os expondrá todas mis dudas. Vos, a quien considero como otro yo, haréis lo que os parezca mejor.

El señor de Wardes llegará dentro de poco; procurad saber lo que ha deseado decir, si es que no lo sabéis ya.

"Por lo demás, el señor de alardes ha sostenido que el señor de Buckingham había salido de París muy satisfecho de Madame; asunto es éste que me habría hecho tirar inmediatamente de 1 espada, a no ser por la obligación en que me considero de antepone ante todo el servicio del rey.

"Quemad esta carta, que os entregará Olivain.

"Quien dice Olivain, dice la seguridad.

"Tened a bien, apreciado conde, hacer presente mis afectuosos recuerdos a la señorita de La Vallière, cuyas manos beso respetuosamente.

"Recibid un abrazo de vuestro afectísimo

"VIZCONDE DE
BRAGELONNE.

"P. D. Si ocurriera alguna cosa grave, pues todo debe preverse, querido amigo, envíadme un correo con esta sola palabra: Venid, y me hallaré en París treinta y seis horas después de haber recibido vuestra carta."

Guiche suspiró, dobló la carta por tercera vez, y, en vez de quemarla como le encargaba Raúl, se la puso en el bolsillo.

Necesitaba leerla y releerla todavía.

-¡Qué confusión y qué confianza a la vez! -murmuró el conde-. Toda el alma de Raúl está en esta carta. ¡Olvida en ella al conde de la Fére, y habla de su respeto hacia Luisa! ¡Me da a mí un aviso y me suplica por él! ... ¡Ah! -prosiguió Guiche con un gesto amenazador-. ¿Os mezcláis en mis asuntos, señor de Wardes? Pues bien, yo me ocuparé de los vuestros. En cuanto a ti, pobre Raúl, tu corazón me deja un depósito sobre el cual yo velaré, pierde cuidado.

Hecha esta promesa, pasó Guiche recado a Malicorne para que fuese a verle sin tardanza, si era posible.

Malicorne acudió con una actividad que era el primer resultado de su conversación con Montalais.

Cuanto más preguntó Guiche, que creíase a cubierto, Malicorne, que trabajaba a la sombra, más comprendió a su interlocutor.

De aquí resultó que, después de un cuarto de hora de conversación, durante la cual creyó Guiche haber descubierto toda la verdad acerca de La Vallière y del rey, no supo nada más que lo que había visto por sus propios ojos, mientras que Malicorne supo o adivinó que Raúl desconfiaba desde lejos, y que Guiche iba a velar sobre el tesoro de las Hespérides.

Malicorne aceptó el papel de dragón.

Guiche creyó haber hecho cuanto había que hacer en favor de su amigo, y no se ocupó más que de sí propio.

Anunciáse en la noche siguiente la vuelta de Wardes, y su primera aparición en el aposento del rey.

Después de su visita debía el convaleciente ir a la habitación de Monsieur.

Guiche fue a ver a Monsieur una hora antes.

XVIII

RECIBIMIENTO DE WARDES EN LA CORTE

Monsieur acogió a Wardes con aquel favor particular que la necesidad de esparcir el ánimo aconseja a todo carácter ligero hacia cualquier novedad que se presenta. Wardes, a quien hacía más de un mes no se le veía en la Corte, era fruta nueva. Agasajarle, era cometer una infidelidad con los antiguos, y una infidelidad tiene siempre su encanto; además, aquello era hacerle una reparación. Monsieur le trató, pues, del modo más favorable.

El caballero de Lorena, que temía mucho a aquel rival, pero que respetaba aquella segunda naturaleza en todo semejante a la suya, más el valor, prodigó a Wardes atenciones aún más exageradas que las que le había mostrado Monsieur.

Guiche estaba allí, como hemos dicho, pero se mantenía algo apartado, aguardando con impaciencia que terminasen todos aquellos abrazos.

Wardes, sin dejar de conversar con los demás, y hasta con Monsieur mismo, no había perdido de vista a Guiche; su instinto le decía que estaba allí por él.

Así fue, que se dirigió a Guiche inmediatamente que terminó con los demás.

Los dos cambiaron entre sí los cumplidos más corteses; después de lo cual, Wardes volvió a acercarse de nuevo a Monsieur y a otros gentileshombres.

En medio de todas aquellas felicitaciones de bienvenida, anunciaron a Madame.

Madame había sabido la llegada de Wardes y estaba enterada de los pormenores de su viaje, y de su duelo con Buckingham. Por eso no le disgustó estar presente a las primeras palabras que pronunciara el que sabía era enemigo suyo.

Acompañábanla dos o tres camaristas.

Wardes hizo a Madame los más corteses saludos, y anunció, de buenas a primeras para empezar las hostilidades, que estaba pronto a dar noticias del señor de Buckingham a sus íntimos.

Era aquélla una respuesta directa a la frialdad con que Madame le había recibido.

El ataque era vivo; Madame sintió el golpe sin aparentar haberla recibido, y dirigió rápidamente sus ojos a Monsieur y a Guiche.

Monsieur enrojeció, Guiche palideció.

Madame fue la única que no cambió de fisonomía; pero, comprendiendo los muchos disgustos que podía ocasionarle aquel enemigo con las dos personas que le oían, se inclinó sonriendo hacia el viajero.

El viajero hablaba de otra cosa. Madame era valiente hasta la imprudencia: toda retirada hacía avanzar más. Después de la primera opresión del corazón, volvió a la carga.

-¿Habéis padecido mucho con vuestras heridas, señor de Wardes? -preguntó-. Porque hemos sabido que habíais tenido la mala suerte de salir herido.

Aquella vez tocó a Wardes resentirse; y se mordió los labios.

-No, señora -contestó-; casi nada.

-Sin embargo, con este horrible calor...

-El aire de mar es fresco, señora, y además tenía un consuelo.

-¡Oh! ¡Tanto mejor! ... ¿Cuál?

-El de saber que mi adversario sufría más que yo.

-¡Ah! ¿Salió herido más gravemente que vos?... Ignoraba eso -dijo la princesa con una completa insensibilidad.

-¡Oh señora! Estáis equivocada, o mejor, aparentáis dejaros engañar por mis palabras. No digo que su cuerpo haya sufrido más que yo; pero su corazón estaba ya profundamente lastimado.

Guiche vio adonde se dirigía la lucha, y se aventuró a hacer a Madame una seña, suplicándole que abandonara la partida.

Pero ella, sin contestar a Guiche, sin aparentar verlo, y siempre sonriente:

-Pues qué -dijo-, ¿fue herido el señor de Buckingham en el corazón, no creía que una herida en el corazón tuviese cura.

-¡Ay, señora! -contestó graciosamente Wardes-. ¡Las mujeres están siempre en esa persuasión y eso es lo que les da sobre nosotros la superioridad de la confianza!

-Amiga mía, comprendéis mal -repuso el príncipe con impaciencia-. El señor de War-

des quiere decir que el duque de Buckingham fue herido en el corazón por otra cosa que no era una espada.

-¡Ah! ¡en, bien! -exclamó Madame-. ¡Ah! Es un chiste del señor Wardes.', Muy bien. Quisiera saber, no obstante, si le haría gracia al señor de Buckingham. En verdad, es una lástima que no esté presente, señor de Wardes.

Un relámpago pasó por los ojos del joven.

-¡Oh! -dijo apretando los dientes-. También yo lo quisiera. Guiche ni pestañeaba.

Madame parecía esperar que viniese en su auxilio.

Monsieur vacilaba.

El caballero de Lorena adelantóse, y tomó la palabra.

-Señora -dijo-, Wardes sabe muy bien que para Buckingham no es cosa nueva ser herido en el corazón, y lo que ha dicho se ha visto ya otras veces.

-En vez de un aliado, dos enemigos -murmuró Madame-. ¡Y dos enemigos coligados, encarnizados!

Y mudó de conversación. Cambiar de conversación es, ya se sabe, un derecho de los príncipes, que la etiqueta manda respetar. El resto de la conversación fue, pues, moderado; los principales actores habían terminado sus papeles. Madame se retiró temprano, y Monsieur, que quería interrogarla, le ofreció la mano.

El caballero temía mucho que se estableciese la buena inteligencia entre los dos esposos para dejarlos tranquilamente juntos.

Encaminóse, pues, hacia la habitación de Monsieur para sorprenderle a su vuelta, y destruir con tres palabras todas las buenas impresiones que Madame hubiese podido sembrar en su corazón.

Guiche dio un paso hacia Wardes, a quien rodeaba una porción de gentes.

Mostróle así el deseo que tenía de hablar con él. Wardes le hizo, con los ojos y la cabeza, una seña de haber comprendido.

Aquella seña, para las personas extrañas, nada hostil significaba. Entonces Guiche pudo volverse y esperar.

No esperó mucho tiempo. Desembarazado Wardes de sus interlocutores, se aproximó a Guiche, y ambos, después de un nuevo saludo, echaron a andar juntos.

-Habéis tenido un feliz regreso, mi querido Wardes -dijo el conde.

-Excelente, como veis.

-¿Y tenéis siempre el genio tan alegre?

-Ahora mas que nunca.

-Es una gran felicidad.

-¿Qué queréis? ¡Todo cuanto en este mundo nos rodea es tan ridículo y tan grotesco!

-¡Tenéis razón.

-¡Ah! ¿Opináis como yo?

-¡Cómo no! ¿Y traéis noticias de allá?

-No; más bien vengo a buscarlas aquí.

-Perdonad; sé que habéis visto gente en Boulogne, a un amigo nuestro, y no hace mucho tiempo.

-¡Gente! ... ¿A un amigo nuestro?

-Tenéis mala memoria.

-¡Ah! Es verdad. ¿Bragelonne?

-Justamente.

-¿Que iba con una misión cerca del rey Carlos?

-Eso es. ¿Y no le habéis dicho ni os ha dicho nada?

-No recuerdo bien lo que le he dicho, os lo aseguro; pero sí sé lo que no le he dicho.

Wardes era la sagacidad misma, y conocía en la actitud de Guiche, actitud llena de frialdad y dignidad, que la conversación tomaba mal giro. Resolvió, por tanto, dejarse llevar de la conversación y estar sobre sí.

-¿Y qué es, si no lo lleváis a mal, eso que no le habéis dicho? -preguntó Guiche.

-¿Qué queréis que sea? Lo concerniente a La Vallière.

-La Vallière... ¿Qué es ello? ¿Y qué extraña cosa es ésa que habéis sabido allá, mientras que Bragelonne, que estaba aquí, no la ha sabido?

-¿Me hacéis seriamente la pregunta?

-No puede ser más seriamente.

-¡Cómo! ¿Vos, cortesano, que vivís en las habitaciones de Madame, que sois comensal de la casa, amigo de Monsieur y favorito de nuestra linda princesa?

Guiche se encendió en cólera.

-¿De qué princesa habláis? - preguntó.

-No conozco más que una, querido. Hablo de Madame. ¿Tendríais por casualidad, alguna otra princesa en el corazón? Veamos.

Guiche iba a precipitarse; pero vio la finta.

Era inminente una lucha entre ambos jóvenes. Wardes quería la contienda sólo en nombre de Madame, mientras que Guiche sólo la aceptaba en nombre de La Vallière. Desde aquel momento empezó, pues, un juego de fin-

tas, que debía durar hasta que uno de los dos fuese tocado.

Guiche recobró toda su sangre fría.

-Para nada hay que mezclar a Madame en todo esto, amigo Wardes -dijo Guiche-; de lo que se trata es de lo que decíais poco ha.

-¿Y qué decía?

-Que habíais ocultado a Bragelonne ciertas cosas.

-Que sabéis vos tan bien como yo -replicó Wardes.

-No, a fe mía.

-¡Vaya!

-Si me las decís las sabré; pero no de otro modo, os lo juro.

-¡Cómo! ¡Llego de fuera, de sesenta leguas de distancia; no os habéis movido de aquí, habéis visto con vuestros propios ojos, conocéis lo que, según el rumor público, me ha llevado allá, ¿y os oigo decir seriamente que nada sabéis? ¡Oh conde, no tenéis caridad!

-Será como gustéis, Wardes; pero, os lo repito, no sé nada.

-Os hacéis el discreto, y eso es prudente.

-¿De suerte que no me decís nada, así como tampoco lo habéis dicho a Bragelonne?

-Hacéis oídos de mercader. Estoy seguro de que Madame no sería tan dueña de sí misma como vos.

"¡Ah, gran hipócrita! -murmuró Guiche-. Ya has vuelto a tu terreno."

-Pues bien -continuó Wardes-, ya que es tan difícil entendernos acerca de La Vallière y Bragelonne, hablemos de vuestros asuntos personales.

-¡Si yo no tengo asuntos personales! -exclamó Guiche-. Supongo que no habréis dicho de mí a Bragelonne nada que no podáis repetírmelo a sí.

-No; pero tened entendido, Guiche, que cuanto más ignorante soy en algunas cosas, más obstinado soy en otras. Si se tratara, por ejemplo, de hablaros de las relaciones del señor

de Buckingham en París, cómo he hecho el viaje con el duque, podría deciros cosas muy interesantes. ¿Queréis que os las diga?

Guiche se pasó la mano por la frente, bañada en sudor.

-No dijo-, cien veces no, porque no tengo curiosidad de saber lo que no me toca. El señor de Buckingham no es para mí más que un simple conocido, mientras que Raúl es un amigo íntimo. No tengo, por tanto, la menor curiosidad de saber lo que haya sucedido al señor de Buckingham, y tengo el mayor interés en conocer lo que le ha sucedido a Raúl.

-¿En París?

- En París o en Boulogne. Ya veis que estoy aquí, y si sobreviene algún acontecimiento puedo hacer frente a él, mientras que Raúl está ausente y no tiene más que a mí que pueda representarle; de consiguiente, los asuntos de Raúl son antes que los míos.

-Pero Raúl volverá.

-Sí, una vez terminada su misión. Entretanto, ya comprenderéis que no puedo dejar correr rumores desfavorables a él, sin que yo los examine.

-Con tanto más motivo, cuanto que estará en Londres bastante tiempo -dijo Wardes con socarronería.

-¿Lo creéis así? -preguntó Guiche ingenuamente.

-¡Diantre! ¿Creéis que lo hayan enviado a Londres para no hacer más que ir y volver?... No: lo han enviado a Londres para que se quede allí.

-¡Ah, conde! -exclamó Guiche apretando con fuerza la mano a Wardes- Esa es una sospecha en extremo injuriosa para Bragelonne, y que justifica perfectamente lo que me ha escrito desde Boulogne.

Wardes quedó helado; la afición a las chanzonetas le había llevado demasiado lejos, y con su imprudencia dio la ventaja a su antagonista.

-¿Y qué es lo que ha escrito? -preguntó.

-Que le habíais deslizado algunas insinuaciones pérfidas contra La Vallière, y que os burlábais al parecer de su gran confianza en esa joven.

-Sí, todo eso hice -dijo Wardes-, y al hacerlo, estaba dispuesto a que el vizconde de Bragelonne me replicase lo que dice un hombre a otro cuando éste le ha disgustado. Así, por ejemplo, si se tratara de buscar contienda con vos, os diría que Madame, después de haber distinguido al señor de Buckingham, pasa en la actualidad por haber despedido al gallardo duque sólo en beneficio vuestro.

-¡Oh! Eso no me lastimaría en lo mas mínimo, querido Wardes -dijo Guiche sonriendo, a pesar del escalofrío que corrió por sus venas como una inyección de fuego...-. ¡Diantre! Semejante favor sería miel.

-De acuerdo; pero si quisiera absolutamente romper con vos, buscaría un mentís, y os hablaría de cierto bosquecillo en donde os en-

contrásteis con aquella princesa, de ciertas genuflexiones, de ciertos besamanos. . . Y vos, que sois hombre discreto, vivo y pundonoroso. . .

-Pues bien, no, os lo juro -replicó Guiche interrumpiéndole con una sonrisa en los labios, aunque se creía próximo a morir-, tampoco eso me haría saltar, ni os daría mentís ninguno. ¿Qué queréis, amigo conde? Yo soy así; en las cosas que me atañen soy de hielo. ¡Ah! Otra cosa es cuando se trata de un amigo ausente, de un amigo que, al marcharse, me ha confiado sus intereses. ¡Oh! ¡Para éste, ya lo veis, War-des, soy todo fuego!

-Os comprendo, señor de Guiche; pero por más que digáis, no puede en este instante haber cuestión entre nosotros, ni por Brage-lonne, ni por esa muchacha sin importancia a quien llaman La Vallière.

En aquel momento atravesaban por el salón algunos cortesanos, quienes, habiendo oído ya las palabras que acababan de pronunciarse, podían oír también las que iban a seguir.

Wardes lo conoció, y prosiguió en voz alta:

-¡Oh! Si la Vallière fuese una coqueta como Madame, cuyos arrumacos, supongo que en extremo inocentes, han hecho enviar primero al señor de Buckingham a Inglaterra, y después desterrado a vos mismo. . . porque ello es que os dejásteis coger por sus arrumacos, ¿no es verdad, señor?

Los cortesanos acercáronse, yendo a su frente Saint-Aignan, y detrás Manicamp.

-¿Y qué queréis, amigo? -dijo Guiche riendo-. Todos saben que soy un fatuo. Tomé por lo serio una chanza, y eso me ocasionó el destierro. Pero conocí mi error, puse mi vanidad a los pies de quien correspondía, y conseguí que me llamaran, reconociendo mi falta y haciendo propósito de enmienda. Y ya lo veis, hasta tal punto me he enmendado, que me río ahora de lo que hace cuatro días me destrozaba el corazón. Pero Raúl' ama y es amado, y no se ríe de los rumores que pueden turbar su felici-

dad, de los rumores de que os habéis hecho intérprete, no obstante saber, como yo, como estos caballeros, y como todo el mundo sabe, que esos rumores no eran más que una calumnia.

-¡Una calumnia! -murmuró Wardes furioso de verse cogido en el lazo por la sangre fría de Guiche.

-Sí, una calumnia. ¡Pardiez! Aquí está su carta, en que me dice que habéis hablado mal de la señorita de La Vallière, y me pregunta si lo que habéis dicho de esa joven es verdad. ¿Queréis que haga jueces a estos señores, Wardes?

Y Guiche, con la mayor sangre fría, leyó en voz alta el párrafo de la carta relativo a La Vallière.

-Y ahora -prosiguió Guiche-, estoy bien convencido de que habéis querido turbar el reposo de mi amigo Bragelonne, y de que vuestros dichos eran maliciosos.

Wardes miró en torno suyo a fin de ver si encontraría apoyo en alguna parte; pero la sola idea de que había insultado, ya fuese directa o indirectamente, a la que era el ídolo del día, hizo a todos mover la cabeza, y Guiche sólo vio hombres dispuestos a darle la razón.

-Señores -dijo Guiche conociendo por instinto el sentimiento general-, nuestra discusión con el señor de Wardes versa sobre un punto tan delicado, que importa sobremanera que nadie oiga más de lo que vosotros habéis oído. Os suplico, pues, que guardéis las puertas y nos dejéis terminar nuestra conversación, como conviene a hidalgos, uno de los cuales ha dado al otro un mentís.

-¡Señores, señores! -exclamaron todos.

-¿Creéis que haya hecho mal en defender a la señorita de La Vallière? -dijo Guiche-. En ese caso, me condeno y retiro las palabras hirientes que haya podido decir contra el señor de Wardes.

-¡Ca! -dijo Saint-Aignan-. ¡No! . . . La señorita de La Vallière es un ángel.

-La virtud, la pureza en persona. -Ya veis, señor de Wardes -dijo Guiche-, que no soy el único que toma la defensa de esa pobre niña. Señores, por- segunda vez, os suplico que nos dejéis. Ya veis que nadie puede estar más sereno de lo que estamos.

Los cortesanos no deseaban otra cosa que alejarse, y unos se dirigieron a una puerta y otros a otra. Ambos jóvenes quedaron solos.

-¡Bien representado! -dijo Wardes al conde.

-¿No es cierto? -replicó éste.

-¿Qué queréis? Me he embrutecido en provincia, querido, mientras que vos me confundís con el dominio que habéis adquirido sobre vos mismo, conde; siempre se gana algo en las relaciones con las mujeres, y os doy por ello la más sincera enhorabuena.

-La acepto.

-Y se la daré también a Madame.

-¡Oh! Ahora, mi querido señor de Wardes, hablemos tan alto como queráis.

-No me provoquéis.

-¡Oh, sí! ¡Quiero provocaros! Ya sois conocido como un mal hombre; si hacéis eso, pasaréis por un cobarde, y Monsieur os hará ahorcar esta noche de la falleba de su ventana. Hablad, mi querido Wardes, hablad.

-Estoy derrotado.

-Sí, mas no tanto como conviene.

-Veo que no os disgustaría molerme bien los huesos.

-Ni mucho menos.

-¡Diantre! Es que por ahora, mi querido conde, me viene mal; no es cosa que pueda convenirme una partida, después de la que he jugado en Boulogne; he perdido allá mucha sangre, y al menor esfuerzo volverían a abrirse mis heridas- ¡Pronto daríais cuenta de mí!

-Es verdad -dijo Guiche-, y sin embargo, hace poco habéis hecho alarde de vuestro buen aspecto y de vuestro buen brazo.

-Sí, los brazos se mantienen bien, pero tengo débiles las piernas, y luego, no he vuelto a tomar en la mano el florete desde aquel maldito duelo, cuando vos, por el contrario, estoy cierto de que os ejercitaréis en la esgrima todos los días para poner buen término a vuestra añagaza.

-Por mi -honor, señor -contestó Guiche-, hace medio año que no me ejercito.

-No, conde; bien meditado todo, no me batiré, a lo menos con vos. Esperaré a Bragelonne, puesto que decís que Bragelonne es quien me tiene ganas.

-¡Ah! ¡No; no esperaréis a Bragelonne! - exclamó Guiche fuera de sí-. Porque, según habéis dicho vos mismo, Bragelonne puede tardar en volver, y entretanto vuestro carácter perverso llevará a cabo su obra.

-Sin embargo, tendré una excusa. ¡Cuidado!

-Os doy ocho días para acabar de restableceros.

-Eso ya es otra cosa- En ocho días, ya veremos.

-Sí, ya comprendo. En ocho días hay tiempo para huir del enemigo. Pues no, ni uno solo.

-Estáis loco, señor -dijo Wardes, dando un paso como para retirarse.

-¡Y vos sois miserable, si no os batís de buen grado!

-¿Y qué?

-Os denunciaré al rey por haber rehusado batiros, después de haber insultado a La Vallière.

-¡Ah! --exclamó Wardes-. Sois peligrosamente pérfido, señor hombre honrado.

-Nada más peligroso que la perfidia del que marcha siempre lealmente.

-Devolvedme entonces mis piernas, o hacéos sangrar para equilibrar todas las probabilidades.

-No; aún podemos hacer otra cosa mejor.

-¿Qué?

-Montaremos los dos a caballo, y cambiaremos tres pistoletazos. Sois gran tirador, pues os he visto matar golondrinas a galope y con bala. No digáis que no, porque yo lo he visto.

-Creo que tenéis razón -dijo que tenéis razón -dijo Wardes-, y es posible que os mate del mismo modo.

-Ciertamente, me haríais un favor.

-Pondré lo que esté de mi parte.

-¿Queda convenido?

-Convenido.

-Vuestra mano.

-Aquí está... pero, con una condición.

-¿Cuál?

-Que me juréis no decir ni hacer decir nada al rey.

-Os lo juro.

-Voy a buscar mi caballo.

-Y yo el mío.

-¿Adónde iremos?

-A la llanura; conozco un sitio excelente.

-¿Iremos juntos?

-¿Por qué no?

Y dirigiéndose ambos hacia las caballerizas, pasaron por debajo de las ventanas de Madame, suavemente iluminadas. Detrás de las cortinas de encaje deslizábase una sombra.

-He ahí una mujer -dijo Wardes sonriendo- que no sospecha que vamos a matarnos por ella.

XIX

EL COMBATE

Wardes eligió su caballo y Guiche el suyo.

Después los ensillaron por sí mismos con sillas de pistoleras. Wardes no llevaba pistolas, pero Guiche tenía dos pares. Fue a buscarlas a su aposento, las cargó y dio a elegir a Wardes.

Éste eligió unas pistolas de que se había servido más de veinte veces, las mismas con

que Guiche le había visto matar golondrinas al vuelo.

-No os admiraré -dijo-, que tome todas mis precauciones. Conocéis muy bien vuestras armas, y, de consiguiente, no hago más que equilibrar las probabilidades.

-La observación era inútil -contestó Guiche-, pues estáis en vuestro derecho.

-Ahora -dijo Wardes-, os ruego que me ayudéis a montar, pues experimento todavía alguna dificultad.

-Será mejor entonces que vayamos al sitio a pie.

-No; puesto ya a caballo me siento enteramente fuerte.

-Como queráis.

Y Guiche ayudó a Wardes a montar.

-Me ocurre -continuó el joven-, que con el ardor que tenemos para exterminarnos, no hemos reparado en otra cosa.

-¿En qué?

-En que es de noche, y será preciso matarnos a oscuras.

-Bien, el resultado será el mismo.

-Con todo, es preciso tener en cuenta otra circunstancia, y es que las personas de honor jamás se baten sin testigos.

-¡Oh! -exclamó Guiche-. Veo que deseáis tanto como yo hacer las cosas en regla.

-No deseo que puedan decir que me habéis asesinado, así como en el caso de que yo os mate tampoco quiero verme acusado de un crimen.

-¿Se ha dicho acaso semejante cosa de vuestro duelo con el señor de Buckingham? -replicó Guiche-. Y, sin embargo, se efectuó bajo las mismas condiciones en que el nuestro va a verificarse.

-Es que era de día aun y estábamos con agua a las rodillas; por otra parte, había en la ribera una porción de gente que nos estaba mirando.

Guiche reflexionó por un instante, y se afirmó más y más en la idea que se le había ya ocurrido de que Wardes quería tener testigos para hacer recaer la conversación sobre Madame, y dar un nuevo giro al combate.

Nada replicó, pues, y como Wardes le interrogase por última vez, con una mirada, le contestó con un movimiento de cabeza que significaba que lo mejor era atenerse a lo hecho.

En su consecuencia, pusieron en camino ambos adversarios, y salieron del palacio por aquella puerta que ya conocemos por haber visto muy cerca de ella a Montalais y Malicorne.

La noche, como para combatir el calor del día, había acumulado todas sus nubes, que empujaban lenta y silenciosamente de Poniente a Oriente. Aquella cúpula, sin relámpagos y sin truenos aparentes, pesaba con todo su peso sobre la tierra y empezaba a horadarse a impulsos del viento, como un inmenso lienzo desprendido de un artesonado.

La lluvia, que caía en gotas gruesas sobre la tierra, aglomeraba el polvo en glóbulos que corrían en todas direcciones.

Al mismo tiempo, de los vallados que aspiraban la tempestad, de las flores sedientas, de los árboles desmelenados, exhalábanse mil aromas que traían al ánimo los recuerdos dulces, las ideas de juventud, de vida eterna, de felicidad y de amor.

-Muy grato aroma despide la tierra -observó Wardes-; es una coquetería de su parte para atraernos hacia sí.

-Muchas ideas me han ocurrido -dijo Guiche-; y ahora que decís eso, quiero someterlas a vuestro juicio.

-¿A qué son relativas esas ideas?

-A nuestro combate.

-En efecto, me parece que ya es tiempo de que nos ocupemos en eso.

-¿Será un combate ordinario, conforme las reglas de costumbre?

-Sepamos cuál es vuestra costumbre.

-Echaremos pie a tierra en una buena llanura, ataremos los caballos al primer objeto que encontremos a mano, nos reuniremos primero sin armas, y luego nos alejaremos cada cual ciento cincuenta pasos para volver a encontrarnos frente a frente.

-Perfectamente; así maté al pobre Follivent, hace tres meses, en Saint-Denis.

-Perdonad; olvidáis una circunstancia.

-¿Cuál?

-En vuestro duelo con Follivent, marchasteis a pie uno contra otro, con la espada en los dientes y las pistolas en la mano.

-Así es. Esta vez, en cambio, como no puedo andar, según habéis confesado vos mismo, volveremos a montar a caballo, nos vendremos a buscar a cierta distancia, y el que primero quiera disparar, dispara.

-Esto es lo mejor que podemos hacer; pero es de noche, y hay que contar con más tiros perdidos que los que pudiese haber por el día.

-Bien, pues podremos disparar cada cual tres tiros: los dos que tienen ya las pistolas, y otro para el cual volveremos a cargar.

-Muy bien. ¿Dónde tendrá lugar nuestro combate?

-¿Tenéis preferencia por algún sitio?

-No.

-¿Divisáis aquel bosquecillo que se extiende delante de nosotros?

-¿El bosque de Rochin? Muy bien.

-¿Le conocéis?

-Sí.

-¿Entonces sabréis que tiene un claro en su centro?

-Perfectamente.

-Pues vamos a ese claro.

-Vamos allá.

-Es una especie de palenque natural, con toda clase de caminos, salidas, senderos, fosos y revueltas, y creo que el sitio no puede ser mejor.

-Me parece bien, si os place. Pero creo que hemos llegado.

-Sí. Ved que terreno tan hermoso. La poca claridad que se desprende de las estrellas, como dice Comeille, encuéntrase en este sitio, cuyos límites naturales son el bosque que lo rodea por todas partes.

-Sí que es muy excelente.

-Pues terminemos las condiciones.

-He aquí las mías; si se os ocurre algo en contra, me lo diréis.

-Escucho.

-Caballo muerto, obliga a su jinete a combatir a pies.

-Es muy justo, puesto que no tenemos caballos de reserva.

-Pero no obliga al adversario a apearse de su caballo.

-El adversario quedará en libertad de obrar como bien le parezca.

-Reunidos ya una vez los adversarios, no tendrán obligación de volverse a separar y

podrán, por tanto, dispararse mutuamente a boca de jarro.

-Aceptado.

-Nada más tres cargas, ¿estamos?

-Me parecen suficientes. Aquí tenéis pólvora y balas para vuestras pistolas; apartad tres cargas, y tomad tres balas; yo haré otro tanto, y luego derramaremos la pólvora que quede y arrojaremos las balas restantes.

-Y juraremos por Cristo -repuso Wardes-, que no tenemos sobre nosotros más pólvora ni más balas.

-Por mi parte, lo juro.

Y Guiche extendió su mano hacía el cielo. Wardes le imitó.

-Y ahora, querido conde -dijo-, permíteme manifestaros que no se me engaña tan fácilmente. Sois o seréis el amante de Madame. He penetrado el secreto, y como teméis que se difunda, queréis matarme para aseguraros el silencio; es cosa muy natural y en vuestro lugar hubiera hecho lo propio.

Guiche bajó la cabeza.

-Ahora, decidme -continuó Wardes triunfante-: ¿os parece bien echarme encima todavía ese desagradable asunto de Bragelonne? Cuidado, amigo, que acosando al jabalí se le irrita, y acorralando a la zorra se le da la ferocidad del jaguar. De lo cual resulta, que estando reducido al extremo por vos, me defenderé hasta morir.

-Estáis en vuestro derecho.

-Sí; pero tened entendido que no dejaré de hacer todo el mal que pueda, y así es que para principiar ya adivinaréis que no habré cometido la torpeza de encadenar mi secreto, o mejor dicho, el vuestro, en mi corazón. Hay un amigo, y un amigo despejado, a quien ya conocéis, que es partícipe de mi secreto, y de consiguiente ya comprenderéis que si me vencéis, mi muerte no servirá de gran cosa. mientras que si yo os mato.. . ¡Qué diantre! Todo puede suceder.

Guiche se estremeció.

-Si yo os mato -prosiguió Wardes-, le habréis suscitado a Madame dos enemigos, que trabajarán cuanto puedan por perderla.

-¡Oh, caballero! -exclamó furioso Guiche-. No contéis de esa manera con mi muerte. De esos dos adversarios, espero matar al uno dentro de breves momentos, y al otro a la primera ocasión.

Wardes sólo contestó con una carcajada tan diabólica que habría asustado a un hombre supersticioso.

Pero Guiche no se dejaba intimidar fácilmente.

-Creo -dijo-, que todo esté arreglado, señor de Wardes; por tanto, tomad campo, si no preferís que sea yo quien lo tome.

-No -replicó Wardes-; tengo una satisfacción en ahorraros esa molestia.

Y, poniendo su caballo a galope, atravesó el claro en toda su extensión, y fue a situarse en el punto de la circunferencia de la encruci-

jada que daba frente a aquel donde Guiche se había parado.

Guiche permaneció inmóvil.

A la distancia de cien pasos, poco más o menos, no podían ya divisarse los dos adversarios, ocultos en la densa sombra de los olmos y de los castaños.

Transcurrió un minuto en medio del silencio más completo.

Al cabo de ese minuto, oyó cada cuál, desde la sombra donde estaba oculto, el doble ruido que hicieron las pistolas al montarlas.

Guiche, según la táctica acostumbrada, puso su caballo al galope, en la persuasión de tener una doble garantía de seguridad en la ondulación del movimiento y en la velocidad de la carrera.

Dirigió esa carrera en línea recta, al punto que a su parecer debía ocupar su adversario.

Creía encontrar a Wardes a la mitad del camino, pero se engañó. Continuó entonces su

carrera, presumiendo que Wardes le aguardaba inmóvil.

Pero, apenas había recorrido las dos terceras partes del claro, cuando advirtió que éste se iluminaba de repente, y una bala le llevó silbando la pluma que flotaba sobre su sombrero.

Casi al mismo tiempo, y como si el resplandor del primer tiro hubiese servido para alumbrar al segundo, resonó otro tiro, y una segunda bala atravesó la cabeza del caballo de Guiche, algo más abajo de la oreja.

El animal cayó.

Aquellos dos tiros, que venían en dirección contraria a aquella en que suponía Guiche estaría Wardes, le causaron gran sorpresa; pero, como era hombre de mucha sangre fría, calculó su caída, aunque no tan exactamente que no quedara cogido bajo el caballo el extremo de su bota.

Afortunadamente, el animal hizo en su agonía un movimiento que permitió a Guiche poder sacar la pierna.

Guiche se incorporó, se palpó y vio que no estaba herido.

Así que sintió desfallecer al animal, puso sus dos pistolas en las pistoleras, por miedo de que la caída hiciera disparar alguna de ellas, o quizá ambas, lo cual le habría desarmado inútilmente.

Luego que se vio en pie, sacó las pistolas de las pistoleras, y adelantóse hacia el sitio donde, a la luz de los fogonazos, había visto aparecer a Wardes.

Guiche desde el primer tiro hízose cargo de la maniobra de aquél, que no podía ser más sencilla.

Wardes, en lugar de correr contra Guiche o de permanecer aguardándole en su puesto, había seguido unos quince pasos el círculo de sombra que le ocultaba a la vista de su enemigo, y, en el momento en que éste le presenta-

ba el costado de su carrera, le había disparado desde su sitio, apuntando a su placer, para lo cual le sirvió más bien que le estorbó—el galope del caballo.

Ya se vio que, a pesar de la obscuridad, la primera bala había pasado a una pulgada escasa de la cabeza de Guiche.

Wardes estaba tan seguro de su puntería, que creyó ver caer a Guiche. Así fue que quedó en extremo sorprendido cuando vio al jinete seguir en la silla.

Apresuróse a disparar el segundo tiro, desvió un poco la puntería, y mató al caballo.

Era un accidente afortunado el que Guiche permaneciese enredado debajo del animal. De modo que Wardes, antes de que aquél pudiera desenredarse, cargaba su pistola y tenía a Guiche a merced suya.

Pero, por el contrario, Guiche estaba en pie, y quedábanle aún tres tiros que disparar.

Guiche comprendió la posición... Tratábase de ganar a Wardes en celeridad. Y echó a

correr para acercarse a él antes de que concluyese de cargar la pistola.

Wardes le veía llegar como una tempestad. La bala venía bastante justa, y se resistía a la baqueta. Cargar mal era exponerse a perder el último tiro; cargar bien era exponerse a perder tiempo, o mejor dicho a perder la vida.

Entonces obligó al caballo a ponerse de manos.

Guiche practicó un giro sobre sí mismo, y en el instante en que volvió a caer el caballo, disparó el tiro, que le llevó el sombrero a Wardes.

Wardes comprendió que tenía un instante por suyo, y aprovechóse de él para acabar de cargar su pistola.

Viendo Guiche que su adversario no había caído, arrojó la primera pistola que le era ya inútil, y se dirigió hacia Wardes apuntando con la segunda.

Pero al tercer paso que dio le apuntó Wardes y disparó.

Un rugido de rabia respondió a aquella detonación; el brazo del conde se crispó y se abatió. Cayó la pistola.

Wardes vio al conde bajarse, coger la pistola con la mano izquierda y dar otro paso hacia él.

El momento era supremo. -Soy perdido -murmuró Wardes-; no está herido de muerte. Pero en el momento en que Guiche levantaba la pistola apuntando a Wardes, la cabeza, los hombros y las corvas del conde perdieron su fuerza a la vez. Guiche exhaló un suspiro doloroso, y fue a caer a los pies del caballo de Wardes. -Vamos, vamos -murmuró éste-, eso es distinto.

Y cogiendo las riendas, metió espuelas al caballo.

El caballo saltó por sobre el cuerpo inerte, y condujo rápidamente a Wardes a Palacio.

Cuando llegó Wardes se puso a reflexionar lo que había de hacer. En su impaciencia por abandonar el campo de batalla no se

había ocupado de averiguar si Guiche estaba muerto.

Dos hipótesis presentábanse al ánimo agitado de Wardes.

O Guiche estaba muerto, o no estaba más que herido.

Si lo primero, ¿era conveniente dejar su cadáver expuesto a los lobos? Sería una crueldad inútil, puesto que si Guiche estaba muerto, no hablaría.

Si estaba herido, ¿a qué conducía el dejarle sin auxilio, sino a que le tuviesen a él por un salvaje incapaz de generosidad?

Esta última consideración triunfó. Wardes preguntó por Manicamp, y supo que éste, después de haber preguntado por Guiche y no sabiendo dónde ir a buscarle, se fue a acostar.

Wardes fue a despertarle, y le informó del lance, que Manicamp escuchó sin decir palabra, pero con una expresión de energía creciente, de que su rostro no parecía capaz.

Luego que Wardes concluyó de hablar, pronunció Manicamp esta palabra

-Vamos.

Por el camino fue enardeciéndose la imaginación de Manicamp; y, conforme Wardes le refería el suceso, su rostro se obscurecía más y más.

-De modo -dijo luego que concluyó Wardes-, ¿que le suponéis muerto?

-¡Ay, sí!

-¿Y vos os habéis batido sin testigos?

-Así lo quiso él

-¡Es particular!

-¿Cómo que es particular?

-Sí, el carácter del señor de Guiche no es de esa especie.

-¿Supongo que no dudaréis de mi palabra?

-¡Eh, eh!

-¿Dudáis?

-Algo... Pero dudaré mucho más, os lo prevengo, si veo muerto al pobre joven.

-¡Señor Manicamp!

-¡Señor de Wardes!

-¡Me parece que me insultáis!

-Tomadlo como queráis. Nunca me han gustado las personas que vienen a decir: "¡He matado al señor de tal en un rincón; ha sido una gran desgracia; pero le he matado noblemente!" ¡Es la noche muy oscura para que se crea este adverbio, señor de Wardes!

-Silencio; ya estamos en el sitio.

En efecto, principiábase ya a divisar el claro, y en el espacio vacío la masa inmóvil de un caballo muerto.

A la derecha del caballo, y sobre la hierba, yacía boca abajo el pobre conde, bañado en su sangre.

Permanecía en el mismo sitio, y no parecía que hubiera hecho el menor movimiento.

Manicamp se hincó de rodillas, levantó al conde, y le encontró frío y bañado en sangre.

Le volvió a dejar en el suelo. Extendiendo luego el cuerpo y el brazo, anduvo tentando, hasta que tropezó con la pistola de Guiche.

-¡Pardiez! -dijo entonces levantándose, pálido como un espectro, y con la pistola en la mano-. ¡Pardiez, no os engañábais! ¡Esta muerto!

-¿Muerto? -repitió Wardes.

-Sí; y su pistola está cargada -repuso Manicamp examinando con los dedos la cazoleta.

-¿Pues no os he dicho que le apunté cuando se dirigía hacia mí, y disparé en el momento en que él me estaba apuntando?

-¿Estáis bien seguro de haberos batido con él, caballero Wardes? Yo, lo confieso, sospecho que le habéis asesinado. ¡Oh, no gritéis! ¡Habéis disparado vuestros tres tiros, y su pistola está cargada! ¡Habéis muerto su caballo, y él, Guiche, uno de los más excelentes tiradores de Francia, no os ha tocado ni a vos ni a vuestro caballo! Francamente, señor de Wardes, habéis

hecho muy mal en traerme aquí; toda esa sangre se me ha subido a la cabeza, estoy algo ebrio, y creo, por mi honor, que voy a saltaros la tapa de los sesos. : ¡Señor de Wardes, encomendad a Dios vuestra alma!

-No creo que penséis en cometer tal atentado, señor de Manicamp.

-Al contrario, pienso en ello muy de veras.

-¿Seríais capaz de asesinarme? -Sin remordimiento, por ahora al menos.

-¿Sois hidalgo?

-He sido paje, y por tanto he tenido que hacer mis pruebas.

-Dejadme entonces defender la vida.

-Para que hagáis conmigo lo que habéis hecho con el pobre Guiche.

Y, levantando Manicamp la pistola, la detuvo con el brazo extendido y el ceño fruncido a la altura del pecho de Wardes.

Wardes no intentó ni ponerse en fuga, pues estaba enteramente aterrado.

Entonces, en medio de aquel espantoso silencio de un instante, que a Wardes le pareció un siglo, se oyó un suspiro.

-¡Oh! -exclamó el señor de Wardes-. ¡Vive, vive! ¡Señor de Guiche, que quieren asesinarme!

Manicamp retrocedió, y el conde se incorporó con gran trabajo sobre una mano entre ambos jóvenes. Manicamp arrojó la pistola a diez pasos, y cogió a su amigo lanzando un grito de alegría.

Wardes enjugóse la frente, bañada en sudor frío.

-Ya era tiempo -murmuró.

-¿Qué tenéis? -preguntó Manicamp a Guiche-. ¿Dónde estáis herido?

Guiche mostró su mano mutilada y su pecho ensangrentado.

-Conde -exclamó el señor de Wardes-; me acusan de que os he asesinado: ¡por Dios, decir que he combatido lealmente.

-Así es -dijo con angustia el herido-; el señor de Wardes ha combatido noblemente, y el que dijera lo contrario tendría en mí un enemigo.

-¡Eh, señor! -dijo Manicamp-. Ayúdame primero a transportar a este pobre mozo, y después os daré cuantas satisfacciones queráis, o si os corre demasiada prisa, hagamos otra cosa mejor; curemos aquí al conde con vuestro pañuelo y el mío, y ya que aún quedan dos balas por tirar, disparémoslas.

-Gracias -dijo Wardes-. En una hora he visto por dos veces la muerte muy de cerca; es demasiado fea la muerte, y prefiero vuestras excusas.

Ambos jóvenes quisieron transportarlo; pero dijo que se sentía bastante fuerte para caminar por su pie. La bala le había roto el dedo anular y el pequeño, y se había deslizado después sobre una costilla, pero sin interesar el pecho. De consiguiente, lo que había aniquilado

a Guiche era más bien el dolor que la gravedad de la herida.

Manicamp pasóle su brazo por debajo de un hombre, y Wardes el suyo por debajo del otro, y lo condujeron así a Fontainebleau, a casa del médico que había asistido en su lecho de muerte al franciscano predecesor de Aramis.

XX

LA CENA DEL REY

El rey, entretanto, se había sentado a la mesa, y la reunión poco numerosa de los convidados había tomado asiento a sus dos lados, después del ademán acostumbrado para que se sentasen.

En aquella época, si bien no estaba ordenada todavía la etiqueta como lo estuvo después, la Corte de Francia había roto ya con las tradiciones de naturalidad y afabilidad patriarcal que se observaban aún en tiempo de Enri-

que IV, y que el carácter receloso de Luis XIII había ido desterrando paulatinamente, para reemplazarlos con maneras fastuosas de grandeza, de que sentía en el alma no poderse revestir.

El rey comía, por tanto, en una mesita separada, que dominaba como la de un presidente las mesas inmediatas; hemos dicho mesita, y nos apresuramos a añadir que esa mesa era la mayor de todas.

Además, era la mesa en que se amontonaba mayor número de manjares distintos, pescados, caza, carnes, frutas, legumbres y conservas.

El rey, joven y vigoroso, gran cazador, aficionado a toda clase de ejercicios violentos, tenía además ese calor natural de la sangre común a todos los Borbones, que hace perfectamente las digestiones y renueva el apetito.

Luis XIV era un temible convidado, complacía en criticar a sus cocineros; pero

cuando les hacía honor, ese honor era gigantesco.

El rey principiaba por muchas clases de sopa, sea reunidas en una especie de potaje, sea separadas; y solía entremezclar, o más bien separar cada una de estas sopas con un vaso de vino añejo. Comía de prisa y con avidez.

Porthos, que desde un principio había aguardado por respeto a que Artagnan le hiciese una seña con el codo, viendo que el rey engullía con tan buen apetito, se volvió hacia el mosquetero, y, a media voz:

-Me parece que podemos comenzar dijo-; Su Majestad anima: mirad.

-El rey come -dijo Artagnan-, pero habla al mismo tiempo; componeos de suerte que, si por casualidad os dirige la palabra, no os pille con la boca llena, porque sería desgraciado.

-Entonces, el mejor medio es no comer -contestó Porthos-; sin embargo, os confieso que tengo hambre, y todo esto despide un olor tan rico, que halaga a la vez mi olfato y mi apetito.

-No vayáis a estaros sin comer -repuso Artagnan-, pues se incomodaría Su Majestad. El rey acostumbra a decir que el que come bien es señal de que trabaja bien, y no le place que anden con repulgos a su mesa.

-Pues si uno come, ¿cómo ha de evitar tener la boca llena? -dijo Porthos.

-Tratáse simplemente -replicó el capitán de mosqueteros-, de engullir cuando el rey os haga el honor de dirigiros la palabra.

-Muy bien.

Y, desde aquel momento, Porthos se puso a comer con un entusiasmo cortés.

El rey, de vez en cuando, dirigía una mirada al grupo, y, como inteligente, apreciaba las disposiciones de su convidado.

-¡Señor Du-Vallon! -dijo. Porthos se hallaba a la sazón ocupado con un salmonejo de liebre, de la cual engullía media rabadilla. Su nombre, dicho de aquel modo, le cogió de improviso, y con un vigoroso esfuerzo de gazonate, se tragó cuanto tenía en la boca.

-¡Majestad! -dijo Porthos con voz apagada, pero bastante inteligible.

-Que pasen al señor Du-Vallon estos solomillos de cordero. ¿Os gustan los bocados tiernos, señor Du-Vallon?

-Señor, a mí me gusta todo -contestó Porthos.

Y Artagnan le dijo al oído: -Todo lo que me envía Vuestra Majestad.

Porthos repitió:

-Todo lo que me envíe Vuestra Majestad.

El rey hizo con la cabeza una señal de satisfacción.

-Cuando se come bien, es señal de que se trabaja bien -repuso el rey, asombrado de tener frente a sí un gastrónomo de la fuerza de Porthos.

Porthos recibió la fuente de cordero, y se echó una parte en su plato.

-¿Qué tal? -preguntó el rey.

-¡Exquisito! -dijo Porthos tranquilamente.

-¿Hay carneros tan finos en vuestra provincia, señor Du-Vallon? -prosiguió el rey.

-Majestad -dijo Porthos-, creo que en mi provincia, como en todas partes, lo mejor que hay es del rey; pero debo decir que no como el cordero de la manera que lo come Vuestra Majestad.

-¡Ah, ah! ¿Pues cómo lo coméis?

-Ordinariamente me hago aderezar un cordero entero.

-¡Entero!

-Sí, Majestad.

-¿Y de qué modo?

-Del siguiente: mi cocinero, que es un bergante alemán, Majestad; mi cocinero rellena el cordero en cuestión de pequeñas salchichas, que hace venir de Estrasburgo, de albondiguillas, que se hace traer de Troyes, y de cogujadas, que hace venir de Pithiviers; después, no sé por qué medio, deshuesa el cordero,

como podría hacerlo con un ave, dejándole el pellejo, que forma alrededor del animal una costra tostada. Cuando se le corta en grandes lonja como pudiera hacerse con un gran salchichón, suelta un jugo de color de rosa, que es a la vez agradable a la vista y exquisito al paladar.

Y Porthos hizo chascar su lengua. El rey abrió enormemente sus ojos, haciéndose plato con unos faisanes en adobo que le presentaron.

-Es bocado que querría comer, señor Du-Vallon -dijo-. ¿Conque el cordero entero?

-Entero, sí, Majestad.

-Estos faisanes al señor Du-Vallon; veo que es un buen aficionado. La orden fue cumplida. Volviendo en seguida al cordero:

-¿Y no tiene demasiada grasa? -dijo.

-No, Majestad; las grasas caen al mismo tiempo que el jugo, y sobrenadan; entonces, mi trinchante las recoge con una cuchara de plata que he mandado hacer a propósito.

-¿Y residís ... ? -preguntó el rey.

-En Pierrefonds, Majestad.

-¿En Pierrefonds? ¿Hacia dónde está, señor Du-Vallon? ¿Del lado de Belle-Isle?

-¡Ah! No, Majestad; Pierrefonds está en el Soissons.

-Creía que me hablabais de esos cordeiros a causa de los prados salados.

-No, Majestad; tengo prados que no son salados, mas no por eso son peores.

El rey acometió a los entremeses, pero sin perder de vista a Porthos, que continuaba engullendo -a más y mejor.

-Tenéis buen apetito, señor Du-Vallon -repuso-, y hacéis un excelente convidado.

-¡Oh! A fe mía, si Vuestra Majestad vi-niese alguna vez a Pierrefonds, nos comeríamos muy bien un carnero mano a mano, pues tam-poco os falta el apetito.

Artagnan le arrimó a Porthos un buen pisotón por debajo de la mesa. Porthos se puso encarnado.

-En la edad feliz de Vuestra Majestad -dijo Porthos para reparar su torpeza-, era yo mosquetero, y nadie podía conseguir hartarme. Vuestra Majestad tiene un excelente apetito, como tenía el honor de decir hace poco, pero elige con demasiada delicadeza para que se le pueda llamar un comilón.

El rey pareció encantado de la cortesanía de su antagonista.

-¿Cataréis estas cremas? -preguntó a Porthos.

-Vuestra Majestad me trata demasiado bien para que no le diga francamente lo que siento.

-Decid, señor Du-Vallon.

-Pues bien, Majestad, en materia de repostería, estoy por los pasteles, y aun esos los quiero que estén bien compactos; todas esas golosinas me hinchan el estómago, y llenan un

lugar que considero demasiado preciso para ocuparlo tan mal.

-¡Ah, señores! -dijo el rey señalando a Porthos-. Ahí tenéis al verdadero modelo de gastronomía. Así comían nuestros antepasados, que sabían lo que era comer, mientras que nosotros no hacemos más que pellizcar.

Y, diciendo esto, tomó un plato de pechugas de ave mezcladas con jamón.

Porthos, por su parte, embistió a una tartera de perdigones y codornices.

El copero llenó el vaso de Su Majestad.

-Echa de mi vino al señor Du-Vallon -dijo el rey.

Era aquél uno de los grandes honores de la mesa real.

Artagnan dio con la rodilla a su amigo.

-Si podéis comer la mitad sólo de esa cabeza de jabalí que veo desde aquí -dijo a Porthos-, os presagio que seréis duque y par dentro de un año.

-Probaré hacerlo -contestó Porthos con la mayor calma.

No tardó en tocarle el turno a la cabeza de jabalí, pues el rey experimentaba placer en alentar a su magnífico convidado, y no enviaba manjar a Porthos que no hubiese probado antes él mismo: así, pues, probó la cabeza de jabalí. Porthos mostróse buen jugador; en vez de comerse la mitad de la cabeza, como había dicho Artagnan se comió las tres cuartas partes.

-Es imposible -dijo el rey en voz baja-, que un caballero que come tan bien todos los días y con tan buenos dientes, no sea el hombre más honrado de mi reino.

-¿Oís? -preguntó Artagnan a su amigo al oído.

-Sí, creo que gozo de algún favor -dijo Porthos balanceándose en su silla.

-¡Oh! ¡Tenéis el viento en popa! ¡Sí, sí!

El rey y Porthos continuaron comiendo de aquella suerte con gran satisfacción de los convidados, algunos de los cuales habían inten-

tado seguirles por emulación, pero tuvieron que renunciar a ello a lo mejor.

El rey se iba poniendo encarnado, y la reacción de la sangre al rostro manifestaba ya el principio de la plenitud.

Entonces era cuando Luis XIV, en vez de cobrar alegría, como sucede a todos los bebedores, fruncía el ceño y poníase taciturno.

Porthos, por el contrario, se volvía alegre y expansivo.

El pie de Artagnan hubo de recordarle más de una vez aquella particularidad.

Sirviéronse los postres.

El rey no pensaba ya en Porthos. Dirigía sus ojos hacia la puerta de entrada, y se le oyó preguntar más de una vez por qué tardaba tanto en venir el señor de Saint-Aignan. Al fin, en el instante en que Su Majestad terminaba un tarro de dulce de ciruela, con gran suspiro, se presentó el señor de Saint-Aignan. De pronto brillaron los ojos de Su Majestad, que se habían ido apagando poco a poco.

El conde dirigióse a la mesa del rey, y al acercarse se levantó Luis XIV.

Todo el mundo se puso en pie, hasta el mismo Porthos, que daba fin a un almendrado capaz de pegar una contra otra las dos quijadas de un cocodrilo.

La cena había terminado.

XXI

DESPUÉS DE CENAR

El rey tomó del brazo a Saint Aignan, y pasó a la cámara inmediata.

-¡Cuánto has tardado, conde! -dijo el rey.

-Traigo la contestación, Majestad - respondió el conde.

-¿Pues tanto tiempo ha sido preciso para contestar a lo que le escribí?

-Vuestra Majestad tuvo a bien escribirle unos versos; la señorita de La Vallière ha que-

rido pagar al rey en la misma moneda, esto es, en oro!

-¡Versos, Saint-Aignan!. .. -exclamó el rey-. Dame, dame.

Y Luis rompió el sobre de una cartita que contenía efectivamente unos versos, que la historia nos ha conservado, y que son mejores en intención que de estructura.

Tales como eran, sin embargo. entusiasmaron al rey, el cual manifestó su alegría con transportes nada equívocos; pero el silencio general advirtió a Luis, tan escrupuloso en punto al bien parecer, que su contento podría dar lugar a interpretaciones.

Volvióse entonces y se puso el billete en el bolsillo. Dando en seguida un paso que le acercó al umbral de la puerta que comunicaba con la sala donde permanecían los convidados:

-Señor Du-Vallon -dijo-, os he visto con el mayor placer y os volveré a ver con el mismo.

Porthos se inclinó, como hubiera hecho el coloso de Rodas, y salió a reculones.

-Señor de Artagnan -prosiguió el rey-, esperaréis mis órdenes en la galería; os agradezco que me hayáis dado a conocer al señor Du-Vallón... Señores, mañana vuelvo a París por la salida de los embajadores de España y Holanda. De modo que hasta mañana.

La sala quedó al punto vacía.

El rey cogió del brazo a Saint Aignan, y le hizo volver a leer los versos de la señorita de La Vallière.

-¿Qué te parecen? -le preguntó.

-¡Encantadores, Majestad!

-Me encantan, en efecto, y si fuesen conocidos...

-¡Oh! Sentirían envidia los poetas; pero no los conocerán.

-¿Le diste los míos?

-¡Oh! ¡Majestad, parecía devorarlos con los ojos!

-Temo que fueran flojos.

-No ha dicho eso la señorita de La Vallière.

-¿Crees que hayan sido de su gusto?

-Estoy cierto de ello, Majestad.

-Entonces, tendré que contestar.

-¡Cómo, Majestad!

-¿Ahora?... ¿Después de comer?... Vuestra Majestad se fatigará demasiado.

-Creo que tienes razón; es nocivo el estudio después de cenar.

-Y sobre todo el trabajo del poeta; luego, en este momento se hallan muy ocupados los ánimos en la habitación de la señorita de La Vallière, como en la de todas esas damas.

-¿Con qué motivo?

-A causa del accidente de ese desgraciado Guiche.

-¡Ah, Dios mío! ¿Le ha sucedido alguna desgracia?

-Sí, Majestad; le han llevado una mano, tiene atravesado el pecho, y está agonizando.

-¡Dios mío! ¿Y quién te ha dicho eso?

-Manicamp lo ha traído hace poco a casa de un médico de Fontainebleau, y se ha esparcido la noticia.

-¡De modo que lo han tenido que traer!
¡Pobre Guiche! ¿Y cómo le ha sucedido eso?

-Ahí está, Majestad. ¿Cómo le ha sucedido?

-Dices eso con un aire singular, Saint-Aignan. Dame detalles. ¿Qué dice él?

-Guiche no dice nada, Majestad, sino los otros.

-¿Qué otros?

-Los que le han traído, Majestad.

-¿Y quiénes son?

-Lo ignoro, Majestad, pero el señor de Manicamp lo sabe. El señor de Manicamp es amigo suyo.

-Como todo el mundo -dijo el rey.

-¡Oh, no! -replicó Saint-Aignan-. Estáis en un error, Majestad, porque no todo el mundo es amigo del señor de Guiche.

-¿Cómo lo sabes?

-¿Quiere Vuestra Majestad que me explique?

-Lo quiero.

-Pues bien, Majestad, creo haber oído hablar de una contienda entre dos gentiles-hombres.

-¿Cuándo?

-Esta misma noche, antes de cenar Vuestra Majestad.

-Eso no prueba nada. He hecho publicar ordenanzas tan severas contra el duelo, que creo nadie se ; habrá atrevido a contravenirlas.

-¡Por eso, Dios me libre de acusar a nadie! -exclamó Saint-Aignan-. Pero como Vuestra Majestad me ha ordenado hablar, he hablado.

-Dime, pues, cómo ha sido herido el conde de Guiche.

-Majestad, dicen que estando al acecho.

-¿Esta noche?

-Esta noche.

-Cercenada una mano y el pecho atravesado. . . ¿Quién estaba al acecho con el señor de Guiche?

-No sé, Majestad... Mas, el señor de Manicamp lo sabe, o debe saberlo.

-Algo me ocultas, Saint-Aignan.

-Nada, Majestad, nada.

-Entonces, explícame cómo ha sucedido el accidente. ¿Ha reventado algún mosquete?

-Muy bien pudiera ser. Aunque, reflexionándolo bien, no, Majestad, porque se ha encontrado al lado de Guiche su pistola todavía cargada.

-¡Su pistola! Pues me parece que no se va al acecho con pistola.

-También dicen que han matado el caballo de Guiche, y que está todavía su cadáver en el claro del bosque.

-Pues qué, ¿va Guiche al acecho a caballo? Saint-Aignan, no comprendo nada de lo que me dices. ¿Dónde ha sucedido eso?

-En el bosque Rochin, en la rotonda.

-Bien. Llama al señor de Artagnan.

Obedeció Saint-Aignan, y entró el mosquetero.

-Señor de Artagnan -dijo el rey-. Saldréis ahora mismo por la portecilla de la escalera particular.

-Sí, Majestad.

-Montaréis a caballo.

-Sí, Majestad.

-E iréis a la rotonda del bosque Rochin. ¿Conocéis el sitio?

-Me he batido allí dos veces, Majestad.

-¡Cómo! -exclamó el rey aturdido con aquella respuesta.

-Majestad, en tiempo de los edictos del señor cardenal de Richelieu -repuso Artagnan con su calma ordinaria.

-Eso es diferente, señor. Iréis, pues, allá, y examinaréis detenidamente el sitio. Allí ha sido herido un hombre, y encontraréis un caballo muerto. Vendréis a decirme lo que pensáis de ese suceso.

-Bien, Majestad.

-Excuso decirlo que quiero saber vuestra opinión particular, y no la de los otros.

-La tendréis dentro de una hora, Majestad.

-Os prohíbo terminantemente hablar con nadie.

-¿Excepto con el que me haya de proveer de una linterna -dijo Artagnan.

-Se entiende -contestó el rey, riendo de aquella libertad, que sólo toleraba a su capitán de mosqueteros.

Artagnan salió por la escalerilla. -Ahora, que llamen a mi médico -añadió Luis.

Diez minutos después llegaba desalado el médico del rey.

-Señor -le dijo el rey-, vais a trasladaros con el señor de Saint-Aignan adonde éste os conduzca, y me daréis cuenta del estado del herido que veréis en la casa adonde vais.

El médico obedeció sin replicar, como se principiaba ya en aquella época a obedecer a Luis XIV, y salió delante de Saint-Aignan.

-Vos, Saint-Aignan, enviadme a Manicamp antes de que el médico haya podido hablarle.

Saint-Aignan salió a su vez.

XXII

CÓMO DESEMPEÑÓ ARTAGNAN LA MISIÓN QUE EL REY LE CONFIARA

En tanto que el rey tomaba estas últimas disposiciones para averiguar la verdad, Artagnan, sin perder un instante, corría a las caballerizas, descolgaba la linterna, ensillaba por sí mismo el caballo, y encaminábase al sitio indicado por Su Majestad.

En cumplimiento de su promesa, no había visto ni encontrado a nadie y, como hemos dicho, había llegado su escrúpulo hasta

hacer, sin ayuda de los mozos de cuadra y de los palafreneros, lo que tenía que hacer.

Nuestro hombre era de aquellos que en los momentos difíciles se jactan de redoblar su propio valor.

En cinco minutos de galope llegó al bosque, ató el caballo al primer árbol que encontró, - y penetró a pie hasta el claro.

Principió entonces a recorrer a pie, y la linterna en mano, toda la superficie de la ronda; fue, vino, midió, examinó, y, después de media hora de exploración, volvió a tomar en silencio su caballo, y regresó reflexionando y al paso a Fontainebleau.

Luis esperaba en su gabinete. Hallábase solo, y trazaba sobre un papel varios renglones, que Artagnan vio al primer golpe que eran desiguales y tenían muchos tachones.

Dedujo, por lo tanto, que debían ser versos.

Levantó Luis la cabeza y vio a Artagnan.

-¡Hola, señor! -le dijo-. ¿Me traéis noticias?

-Sí, Majestad.

-¿Qué habéis visto?

-Os diré lo probable, Majestad -contestó Artagnan.

-Es que lo que os pedí era lo cierto.

-Procuraré aproximarme a ello cuanto pueda: el tiempo era a propósito para investigaciones de la clase de las que acabo de hacer; esta noche ha llovido, y los caminos se hallan húmedos.

-Al hecho, señor de Artagnan.

-Vuestra Majestad me dijo que había un caballo muerto en la encrucijada del bosque Rochin, y de consiguiente, principié por examinar los caminos. Digo los caminos, porque son cuatro los que conducen a la encrucijada. El que seguí era el único que presentaba huellas recientes, y vi que habían pasado por él dos caballos, uno al lado del otro, porque las ocho patas estaban claramente marcadas en el lodo. Uno

de los jinetes llevaba más prisa que el otro, pues las pisadas de su caballo llevan a las del otro una distancia de medio cuerpo de caballo.

-Entonces, ¿estáis seguro de que son dos los que han ido? -dijo el rey.

-Sí, Majestad; los caballos son dos excelentes animales, de paso igual, acostumbrados a la maniobra, porque han vuelto en perfecta oblicua la palizada de la rotonda.

-¿Y qué más, señor?

-Allí han debido estar los jinetes un momento para arreglar sin duda las condiciones del combate; los caballos se impacientaban. Uno de los jinetes hablaba, el otro escuchaba, contentándose sólo con responder. Su caballo piafaba, lo cual prueba que absorbió el jinete en escuchar, le tuvo suelta la brida.

-¿Conque hubo combate?

-Indudablemente.

-Continuad, que sois buen observador.

-Uno de los jinetes quedóse en su sitio, el que escuchaba; el otro atravesó el claro y fue

a colocarse primero enfrente de su adversario. Entonces, el que se quedó en el puesto atravesó a galope la rotonda hasta dos tercios de su longitud, creyendo marchar contra su enemigo; pero éste había seguido la circunferencia del bosque.

-Los nombres los ignoráis, ¿no es así?

-Enteramente, Majestad. Únicamente puedo afirmar que el que siguió la circunferencia del espeso bosque montaba un caballo negro.

-¿Cómo sabéis eso?

-Porque se han quedado algunas crines de su cola entre los espinos que guarnecen las orillas del foso.

-Continuad.

-En cuanto al otro caballo, poco trabajo me costó tomar sus señas, puesto que quedó muerto en el campo de batalla.

-¿Y cómo han muerto ese caballo?

-De un balazo que le atraviesa la cabeza.

-¿Y era esa bala de pistola o de escopeta?

-De pistola, Majestad. Por lo demás, la herida del caballo me ha hecho saber la táctica del que lo mató. Este había seguido la circunferencia del bosque, a fin de tener a su adversario de costado. Además, he seguido sus pisadas sobre la hierba.

-¿Las pisadas del caballo negro?

-El mismo, Majestad. -Seguid, señor de Artagnan.

-Ya que conoce Vuestra Majestad la posición de los dos adversarios, dejaré al jinete que se mantuvo estacionario para ocuparme del que partió al galope.

-Corriente.

-El caballo del jinete que daba la carga quedó muerto en el acto. -¿Y cómo lo sabéis?

-El jinete no tuvo tiempo de echar pie a tierra, y cayó con él. He visto la huella de su pierna, que hubo de sacar con bastante esfuerzo

de debajo del caballo. La espuela, oprimida con el peso del animal, hizo un surco en la tierra.

-Bien. ¿Y qué hizo al incorporarse?

-Ir derecho a su adversario.

-¿Qué continuaba colocado en la linde del bosque?

-Sí, Majestad. Luego que llegó a distancia conveniente... paróse sólidamente ... Sus dos talones están marcados uno junto al otro... Disparó, y erró el tiro.

-¿Y cómo sabéis que fue herido?

-Porque hallé el sombrero agujereado por una bala.

-¡ Ah, una prueba! -exclamó el rey.

-Insuficiente. Majestad -repuso con frialdad Artagnan-: es un sombrero sin letras y sin armas: una pluma encarnada, como la de un sombrero cualquiera, y ni aun el galón tiene nada de particular.

-¿Y el hombre del sombrero agujereado disparó un segundo tiro?

-¡Oh Majestad! Ya había disparado sus dos tiros.

-¿Cómo lo sabéis?

-He encontrado los tacos de la pistola.

-Y la bala que no mató al animal, ¿adónde fue a parar?

-Cortó la pluma del sombrero de la persona a quien iba dirigida, y fue a dar en un pequeño álamo blanco al otro lado del claro.

-Entonces, el hombre del animal negro quedó desarmado, mientras que a su adversario le quedaba un tiro todavía.

-Majestad, en tanto que el jinete desmontado se levantaba, el otro volvió a cargar su arma, sólo que debía hallarse muy turbado al hacer esta operación, pues le temblaba la mano.

-¿Cómo sabéis eso?

-La mitad de la carga cayó al suelo, y el que cargaba tiró la baqueta para no perder tiempo en volverla a poner en su sitio.

-¡Señor de Artagnan, es maravilloso cuanto me estáis diciendo!

-No es más que efecto de la observación; cualquier explorador habría hecho lo propio.

-Se ve la escena sólo con oídos. -La he reconstruido en mi espíritu con muy cortas variaciones.

-Ahora, volvamos al jinete desmontado. ¿Decíais que marchaba contra su enemigo, mientras que éste volvía a cargar su pistola?

-Sí, pero en el momento mismo que estaba apuntando, disparó el otro.

-¡Oh! -murmuró el rey-. ¿Y el tiro?

-El tiro hizo un estrago terrible, señor: el caballero desmontado cayó boca abajo, después de haber dado tres pasos mal seguros.

-¿En qué parte fue herido?

-En dos partes: primero en la mano derecha, y luego, del mismo tiro, en el pecho.

-¿Pero cómo podéis adivinar eso? -preguntó asombrado el rey.

-¡Oh! Muy sencillamente: la culata de la pistola estaba ensangrentada, y se veía en ella la señal de la bala con los fragmentos de una

sortija rota. Por tanto, al herido le han de haber cercenado, según toda probabilidad, el dedo anular y el pequeño.

-En cuanto a la mano lo comprendo: pero, ¿y el pecho?

-Majestad, había dos manchas de sangre a distancia de dos pies y medio una de otra. En una de las manchas estaba arrancada la hierba por la mano crispada, y en la otra sólo se hallaba la hierba aplastada por el peso del cuerpo.

-¡Pobre Guiche! -exclamó el rey.

-¡Ah! ¿Era el señor de Guiche? -dijo tranquilamente el mosquetero-. Ya me lo había sospechado yo, mas no me atrevía a decírselo a Vuestra Majestad.

-¿Y por qué lo habéis sospechado?

-Porque reconocí las armas de los Grammont en las pistoleras del animal muerto.

-¿Y creéis que la herida haya sido de gravedad?

-De mucha, puesto que cayó casi en el mismo sitio; no obstante, ha podido retirarse andando sostenido por dos amigos.

-¿Según eso le habéis hallado al volver?

-No; pero he observado las pisadas de tres hombres; el hombre de la derecha y el de la izquierda caminaban fácilmente; pero el de en medio tenía el paso pesado, y además iba dejando un rastro de sangre.

-Ya que habéis visto el combate en términos de no haberseos escapado ninguna circunstancia, decidme dos palabras del adversario de Guiche.

-¡Ah! Majestad, no le conozco.

-¿Vos que habéis mostrado tan maravillosa perspicacia?

-Sí, Majestad -dijo Artagnan-; todo lo he visto, pero no digo todo lo que veo, y puesto que el pobre diablo ha conseguido escapar, permítame Vuestra Majestad decirle que no seré yo quien lo denuncie.

-Sin embargo, caballero, el que se bate en duelo es un culpable. -No para mí, Majestad -dijo fríamente Artagnan.

-¡Señor! -gritó el rey-. ¿Sabéis lo que estáis diciendo?

-Perfectamente, Majestad. ¡Pero qué quiere Vuestra Majestad! Para mí, un hombre que se bate bien es un valiente. Esa es mi opinión. Vos podéis tener otra; es natural, pues, sois el amo.

-Señor de Artagnan, he ordenado, sin embargo...

Artagnan interrumpió al rey con un ademán respetuoso.

-Me habéis ordenado ir a tomar informes sobre un combate, señor; y os los he traído. Si me mandáis que prenda al adversario del señor de Guiche, obedeceré; mas no me mandéis que le denuncie, porque entonces me veré en la precisión de no obedeceros.

-Pues bien, prendedle. -Nombrádmelo, Majestad. Luis hirió el suelo con el pie.

Luego, después de un momento de reflexión:

-Tenéis diez... veinte... cien veces razón - dijo.

-Tal creo, Majestad; y me alegro en el alma que sea esa también vuestra opinión.

-Una palabra tan sólo... ¿Quién ha prestado auxilio a Guiche?

-Lo ignoro.

-Me habéis hablado de dos hombres; de consiguiente, habría testigos.

-No ha habido testigo ninguno... Hay más aún, pues así que cayó el señor de Guiche, su adversario huyó sin darle siquiera auxilio.

-¡Miserable!

-¡Toma! Ese es el efecto de vuestras ordenanzas. El hombre que se ha batido bien y logra escapar de una muerte, hará cuanto sea posible por librarse de otra. Está muy presente el ejemplo del señor de Boutteville... ¡Caray!

-Y entonces se convierte en cobarde.

-No; se convierte en prudente.

-¿Y decís que huyó?

-Sí; y tan aprisa como le pudo llevar su caballo.

-¿Hacia dónde?

-Hacia el Palacio.

-¿Y luego?

-Luego, como he tenido el honor de decir a Vuestra Majestad, llegaron dos hombres a pie, los cuales lleváronse al señor de Guiche.

-¿Qué prueba tenéis de que esos hombres hayan llegado después del combate?

-¡Ah! Una prueba manifiesta; en el momento del combate acababa de cesar la lluvia, y el terreno, que no había tenido tiempo de absorberla, estaba bastante húmedo. Las huellas de los pies son profundas; pero terminado el combate, durante el tiempo que permaneció desmayado el señor de Guiche, la tierra se endureció, y las huellas habían de ser menos profundas.

Luis dio una palmada en señal de admiración.

-Señor de Artagnan -dijo-, sois en verdad el hombre más hábil de mi reino.

-Eso mismo pensaba el señor de Richelieu, y lo decía también el señor Mazarino, Majestad.

-Ahora, nos falta ver si vuestra sagacidad se ha engañado.

-¡Oh Majestad! El hombre se engaña: errare humanum est! -dijo filosóficamente el mosquetero.

-Entonces, no pertenecéis a la humanidad, señor de Artagnan, porque creo que jamás os engañáis.

-¿Vuestra Majestad decía que lo veríamos?

-Sí.

-¿Y cómo?

-He mandado llamar al señor de Manicamp, y no tardará en llegar.

-¿Y sabe el señor de Manicamp el secreto?

-Guiche no tiene secretos para el señor de Manicamp.

Artagnan movió la cabeza.

-Repito que nadie asistió al combate, y a menos que el señor de Manicamp sea alguno de los hombres que le trajeron...

-Silencio -ordenó el rey-, que ahí viene: quedaos ahí, y prestad oído.

-Muy bien, Majestad -dijo el mosquetero.

Casi al mismo tiempo vieron a Manicamp y a Saint-Aignan en el umbral de la puerta.

XXIII

AL ACECHO

El rey hizo una señal al mosquetero y otra a Saint-Aignan.

La señal era imperiosa y significativa: "¡Cuidado con hablar"! Artagnan se retiró, co-

mo soldado, a un rincón del despacho. Saint-Aignan, como favorito, se apoyó en el respaldo del sillón del rey.

Manicamp, con la pierna derecha algo adelante, la sonrisa en los labios, las manos blancas y finas, avanzó para hacer su reverencia al rey.

El rey devolvió el saludo con la cabeza.

-Buenas noches, señor de Manicamp -le dijo.

-¿Vuestra Majestad me ha hecho el honor de llamarme? -dijo Manicamp.

-Os he llamado para que me refiráis todas las circunstancias del desgraciado accidente ocurrido a Guiche.

-¡Oh Majestad, qué doloroso!

-¿Estábais allí?

-Cuando ocurrió, no.

-¿Pero llegasteis al lugar del accidente algunos minutos después de ocurrido éste?

-Eso es, Majestad; una media hora después.

-¿Y dónde sucedió?

-Me parece, Majestad, que el sitio se llama la rotonda del bosque Rochin.

-Si, el punto de cita para los cazadores.

-Ese mismo, Majestad.

-Pues bien, contadme lo que sepáis sobre ese accidente, señor de Manicamp.

-Es que quizá esté ya enterado de él Vuestra Majestad, y temería molestarle con repeticiones.

-No lo temáis.

Manicamp echó una ojeada en torno suyo; no vio más que a Artagnan arrimado a la entabladura, sereno, benévolo, pacífico, y a Saint-Aignan, con quien había venido, y que seguía apoyado en el sillón del rey con rostro igualmente afable.

Así, pues, se decidió a hablar.

-Vuestra Majestad sabe -dijo- que en las cacerías son muy comunes los accidentes.

-¿En las cacerías?

-Sí, en las cacerías; quiero decir, cuando se caza al acecho.

-¡Ah! ¿Ha sido estando de acecho cuando ocurrió el accidente?

-Sí, Majestad -contestó Manicamp-. ¿Lo ignoraba acaso Vuestra Majestad?

-Poco menos -dijo el rey con presteza, pues le repugnaba siempre mentir-. Y ¿decís que el accidente ocurrió estando al acecho?

-¡Ay! Sí, desgraciadamente, Majestad.

El rey hizo una pausa.

-¿Al acecho de qué animal? -preguntó.

-Del jabalí, Majestad.

-¿Y qué ocurrencia tuvo Guiche de irse solo al acecho de jabalíes? Ese es un ejercicio de campesinos, y bueno, a lo más, para el que no tiene perros ni picadores para cazar, cosa que no le sucede al mariscal Grammont.

Manicamp encogióse de hombros.

-La juventud es temeraria -dijo sentenciosamente.

-En fin... proseguí -dijo el rey.

-Ello fue -continuó Manicamp, no atreviéndose a aventurarse y poniendo una palabra tras otra, como hace con sus pies un salinero en un pantano-; ello fue que el desgraciado Guiche se marchó solo al acecho.

-¿Conque solo? ¡Vaya el osado cazador! ¿Pues no sabe el señor de Guiche que el jabalí acude siempre?

-Eso es cabalmente lo que aconteció, Majestad.

-¿Sabía que estaba allí el animal?

-Sí. Majestad; unos labradores lo habían visto en sus tierras.

-¿Y qué clase de animal era? -Un jabato.

-Debían haberme advertido que Guiche tenía ideas de suicidio; porque en fin, le he visto cazar, y es un montero muy experto. Cuando tira al animal acorralado y conteniendo a los perros, toma sus precauciones y dispara con carabina; y ahora se va solo a la caza del jabalí con simples pistolas.

Manicamp se estremeció.

-Y pistolas de lujo, excelentes para batirse en duelo con un hombre, y no con un jabalí, ¡qué diantre!

-Majestad, hay cosas que no se explican.

-Tenéis razón; y la que me estáis refiriendo es una de ellas. Continuad.

Durante aquel relato, Saint-Aignan, que habría querido hacer tal vez seña a Manicamp, para que no se metiese en honduras estaba acechado por la mirada obstinada del rey.

De consiguiente, no había posibilidad de comunicación entre él y Manicamp.

En cuanto a Artagnan, la estatua del Silencio, en Atenas, era más ruidosa y más expresiva que él.

Manicamp continuó, pues, por la escabrosa senda en que se había metido hasta hundirse en el pantano.

-Majestad -dijo-, la cosa habrá sucedido probablemente de la manera siguiente: Guiche esperaba al jabalí.

-¿A caballo o a pie? -preguntó el rey.

-A caballo. Tiró al animal, y erró el tiro.

-¡Torpe!

-El jabalí arremetió contra él.

-Y quedó el caballo muerto.

-¡Ah! ¿Sabía eso Vuestra Majestad?

-Me han dicho que se han encontrado un caballo muerto en la encrucijada del bosque Rochin, y he presumido que fuese el de Guiche.

-Era efectivamente el suyo, Majestad.

-¿Y qué le sucedió a Guiche?

-Luego que cayó al suelo, fue acometido por el jabalí, y herido en la mano y en el pecho.

-Horrible accidente fue; pero hay que convenir en que la culpa la tuvo Guiche.

¿Quién va al acecho de semejante animal con pistolas? ¿Había olvidado la fábula de Adonis?

Manicamp se rascó la oreja.

-Es verdad -dijo-; fue una gran imprudencia.

-¿Acertáis a explicarnos eso, señor de Manicamp?

-Majestad, lo que está escrito, escrito está.

-¡Ah!

- ¿Sois fatalista?

Manicamp se sentía desasosegado.

-No os habéis portado bien, señor de Manicamp -prosiguió el rey.

-¿Yo, Majestad?

-Sí. ¿Cómo es que siendo tan amigo de Guiche, y sabiendo que está sujeto a tales locuras, no habéis procurado contenerle?

Manicamp no sabía a qué atenerse; el tono del rey no era precisamente el de un hombre crédulo.

Por otra parte, aquel tono no tenía ni la severidad del drama ni la insistencia del interrogatorio.

Había en él más sarcasmo que amenaza.

-¿Y decís -continuó el rey-, que el caballo que se ha encontrado muerto es el de Guiche?

-Sí, Majestad.

-¿Y eso os ha sorprendido?

-No, Majestad. Ya recordaréis que en la última cacería fue muerto de igual modo el caballo del señor de Saint-Maure.

-Sí, pero tenía abierto el vientre.

-Ciertamente, Majestad.

-¡Si el caballo de Guiche tuviese abierto el vientre, como el del señor de Saint-Maure, eso no me extrañaría, pardiez!

Manicamp abrió unos ojos tamaños.

-Pero lo que me choca -continuó el rey-, es que el caballo del señor de Guiche tenga rota la cabeza en lugar de tener el vientre abierto.

Manicamp se turbó.

-¿Me equivoco acaso? -replicó el rey-. ¿No ha sido herido en la sien el caballo de Guiche? Confesad, señor de Manicamp, que el golpe ha sido singular.

-Majestad, no ignoráis que el caballo es un animal muy inteligente, y habrá tratado de defenderse.

-Pero un caballo se defiende con las patas traseras, no con la cabeza.

-Entonces, el animal, asustado, habrá perdido el tino, y el jabalí, ya podéis figuraros, señor, el jabalí...

-Sí, comprendo en cuanto al caballo, pero, ¿y el jinete?

-Majestad, es cosa muy sencilla; el jabalí pasaría del caballo al jinete, y como he tenido el honor de decir, le cogería la mano a Guiche en el momento en que iba a dispararle el segundo pistoletazo; luego, con brusco ataque, le debió agujerear el pecho.

-La cosa no puede ser más verosímil, en verdad, señor de Manicamp; hacéis mal en desconfiar de vuestra elocuencia, porque contáis maravillosamente.

-Es mucha vuestra bondad -dijo Manicamp haciendo un saludo de los más cohibidos.

-Pero quiero desde hoy mismo prohibir a mis gentileshombres que vayan al acecho. ¡Caray! ¡Tanto valdría permitirles el duelo! Ma-

nicamp temblaba, e hizo un movimiento para retirarse.

-¿Está satisfecho Vuestra Majestad? - preguntó.

-Encantado; pero no os retiréis todavía, señor de Manicamp -dijo Luis-, porque os necesito.

"Vamos, vamos -pensó Artagnan-, tampoco es éste de mi temple."

Y exhaló un suspiro que podía significar:

-¡Oh! Los hombres de mi temple, ¿dónde se han ido?"

En aquel momento levantó un ujier la cortina, y anunció al médico del rey.

-¡Ah! -exclamó Luis-. Aquí tenemos justamente al señor Valot, que viene de visitar al señor de Guiche. Vamos a tener noticias del herido.

Manicamp sintióse más turbado que nunca.

-Al menos de este modo -añadió el rey- tendremos la conciencia tranquila.

Y miró a Artagnan, quien no pestañeó.

XXIV

EL MÉDICO

El señor Valot entró.

La posición de los personajes era la misma: el rey sentado, Saint-Aignan apoyado en su sillón, Artagnan arrimado a la pared, Manicamp de pie.

-Ea, señor Valot -dijo el rey-, ¿habéis hecho lo que os dije?

-Puntualmente, Majestad.

-¿Fuisteis a casa de vuestro compañero de Fontainebleau?

-Sí, Majestad.

-¿Y habéis encontrado allí al señor de Guiche?

-Sí, Majestad.

-¿En qué estado? Hablad francamente.

-En un estado muy lastimoso, Majestad.

-Con todo, no creo que el jabalí lo haya devorado.

-¿Devorado a quién?

-A Guiche.

-¿Qué jabalí?

-El jabalí que le hirió.

-¡Cómo! ¿Ha sido herido el señor de Guiche por un jabalí?

-Así dicen al menos.

-Algún cazador furtivo...

-¿Qué es eso de cazador furtivo?

-Algún marido celoso, algún amante maltratado, que le habrá disparado un tiro por vengarse.

-¿Pero qué decís, señor Valot? ¿No han sido acaso producidas las heridas del señor de Guiche por los dientes de un jabalí?

-Las heridas del señor de Guiche han sido ocasionadas por una bala de pistola que le ha arrancado el dedo pequeño y el anular de la mano derecha, después de lo cual pasó a los músculos intercostales del pecho.

-¡Una bala!... ¿Estáis seguro de que el señor de Guiche ha sido herido por una bala? -preguntó el rey aparentando sorpresa.

-A fe mía -dijo Valot-, estoy tan seguro de ello, que aquí la tenéis, Majestad.

Y entregó al rey una bala algo aplastada. El rey la miró sin tocarla.

-¿Conque el pobre mozo tenía eso en el pecho? -preguntó.

-No precisamente en el pecho. La bala no llegó a penetrar, sino que debió aplastarse, como podéis ver, o contra el seguro de la pistola o contra el lado derecho del esternón.

-¡Dios santo! -exclamó el rey seriamente-. Pues nada de eso me habíais dicho, señor de Manicamp.

-Majestad ...

-¿Para qué esa invención de jabalí, de acecho, de cacería por la noche? Hablad.

-¡Ah, Majestad! ...

-Creo que tenéis razón -dijo el rey volviéndose hacia su capitán de mosqueteros-, y que ha habido combate.

El rey poseía, como nadie, la facultad concedida a los poderosos de comprometer y dividir a los inferiores.

Manicamp lanzó al mosquetero una mirada de reconvención. Comprendió Artagnan aquella mirada, y no quiso quedar confundido bajo el peso de la acusación. Dio un paso.

-Vuestra Majestad me mandó que fuese a explorar la encrucijada del bosque Rochin -dijo-, y que le dijese, según mi juicio, lo que allí habrá sucedido. He puesto mis observaciones en conocimiento de Vuestra Majestad, pero sin denunciar a nadie. Vuestra Majestad ha sido el que nombró primero al señor de Guiche.

-¡Bien, bien señor! -dijo el rey con altivez-. Habéis cumplido con vuestro deber y estoy satisfecho de vos; esto debe bastaros. Pero vos, señor de Manicamp, no habéis cumplido con el vuestro, porque me habéis mentado.

-¡Mentido, Majestad! La palabra es dura.

-Buscad otra.

-Majestad; no me cansaré e buscarla. He tenido ya la mal suerte de desagradar a Vuestra Majestad, y lo mejor que puedo hacer es aceptar humildemente las reconvenciones que tenga a bien dirigirme.

-Tenéis razón, señor; quien me oculta la verdad, me desagrada siempre.

-A veces, Majestad, no lo sabe uno todo.

-No mintáis más, o doblo la pena.

Manicamp se inclinó, palideciendo.

Artagnan dio un paso más todavía, resuelto a intervenir si la cólera, cada vez mayor,, del rey llegaba a ciertos límites.

-Señor -prosiguió el rey-, ya veis que es inútil negar la cosa por más tiempo. El señor de Guiche se ha batido.

-No diré que no; mas Vuestra Majestad hubiera podido mostrarse generoso no forzando a un caballero a decir una mentira.

-¡Forzado! ¿Quién os forzaba?

-El señor de Guiche es amigo mío, y Vuestra Majestad ha prohibido el duelo con pena de muerte.

Una mentira podía salvar a mi amigo, y he mentido.

-¡Bien! -murmuró Artagnan-. ¡Me gusta ese mozo, pardiez!

-Señor -repuso el rey-; en vez de mentir habríais hecho mejor en impedir que se batiese.

-¡Oh! Vuestra Majestad, que es el caballero más cumplido de Francia, sabe muy bien que nosotros, los que llevamos espada, no hemos mirado jamás como deshonorado al señor de Boutteville por haber muerto en la Gréve. Lo que deshonra es huir del enemigo, no encontrarse con el verdugo.

-Pues bien -dijo Luis XIV-; aun quiero abriros camino para repararlo todo.

-Si es de esos que convienen a un hidalgo, me apresuraré a seguirlo, señor.

-¿El nombre del enemigo del señor de Guiche?

-¡Oh, oh! -murmuró Artagnan-. ¿Estamos todavía en tiempo de Luis XIII?

-¡Majestad!... -murmuró Manicamp con acento de reconvención.

-¿No queréis nombrarle, a lo que parece? -dijo el rey.

-No le conozco, Majestad.

-¡Bravo! -dijo Artagnan.

-Señor de Manicamp, entregad vuestra espada al capitán. Manicamp inclinóse con la mayor gracia; se quitó sonriendo la espada, y la presentó al mosquetero.

Pero Saint-Aignan se interpuso entre Artagnan y él.

-Con el permiso de Vuestra Majestad -dijo.

-Hablad -dijo el rey, alegrándose quizá en el fondo de: su corazón de que se interpusiera alguien entre él y la cólera de que se había dejado llevar.

-Manicamp, sois un intrépido, y el rey apreciará vuestro comportamiento; pero querer servir

demasiado a los amigos es perjudicarles. Manicamp, indudablemente sabéis el nombre que pide el rey.

-Es verdad, lo sé.

-Entonces, lo diréis.

-Si hubiera debido decirlo, ya lo habría hecho.

-Entonces, lo diré yo, que no estoy interesado, como vos, en esa probidad.

-Sois libre en hacerlo; pero me parece, no obstante...

-¡Oh! Basta de magnanimidad; no quiero que vayáis a la Bastilla de ese modo. Hablad, o hablo yo.

Manicamp era hombre de talento, y comprendió que había hecho lo bastante para hacer formar de él una buena opinión. Lo que restaba hacer era perseverar en captarse otra vez la buena voluntad del rey.

-Hablad, señor -dijo a Saint-Aignan-. He hecho por mi parte cuanto me dictaba mi conciencia, y preciso es que me hablase bien alto -

añadió dirigiéndose al rey-, cuando he contrariado las órdenes de Su Majestad; espero, sin embargo, que Su Majestad me perdonará cuando sepa que tenía que guardar el honor de una dama.

-¿De una dama? -preguntó el rey, inquieto.

-Sí, Majestad.

-¿Fue una dama la causa del combate?

Manicamp se inclinó.

El rey se levantó y acercóse a Manicamp.

-Si la persona es digna de consideración -dijo-, no me quejaré de que hayáis procedido de ese modo, al contrario.

-Majestad, todo cuanto tiene relación con la casa del rey o la de su hermano es digno de consideración a mis ojos.

-¿A la casa de mi hermano? -repitió Luis XIV como titubeando-. ¿Ha sido causa del combate alguna dama de la casa de mi hermano?

-O de Madame.

-¡Ah! ¿De Madame?

-Sí, Majestad.

-De suerte que esa dama... -Es una de las camaristas de la casa de Su Alteza Real la señora duquesa de Orleáns.

-¿Por quien aseguráis que se ha batido el señor de Guiche?

-Sí; y lo que es ahora no miento. Luis hizo un movimiento lleno de turbación.

-Señores -dijo volviéndose a los espectadores de aquella escena-, tened a bien retiraros por un momento; necesito conferenciar a solas con el señor de Manicamp. Sé que tiene muchas cosas que manifestarme en justificación suya, y que no se atreve a hacerlo delante de testigos. .. Volveos a poner vuestra espada, señor de Manicamp.

Manicamp colocó su acero en el cinturón.

-No le falta presencia de ánimo a ese perillán -murmuró el mosquetero, cogiendo el brazo de Saint-Aignan y retirándose con él.

-Él saldrá del aprieto -dijo este último al oído de Artagnan.

-Y honrosamente, conde.

Manicamp dirigió a Saint-Aignan y al capitán una mirada de reconocimiento, que pasó inadvertida para el rey.

-Vamos -dijo Artagnan al atravesar el umbral de la puerta-; mala opinión tenía formada de la nueva generación, pero veo que me engañaba, porque estos jóvenes todavía valen algo.

Valot precedía al favorito y al capitán.

El rey y Manicamp quedaron solos en el gabinete.

ARTAGNAN RECONOCE QUE SE EQUIVOCÓ Y QUE ERA MANICAMP QUIEN TENÍA RAZÓN

El rey aseguróse, acercándose hasta la puerta, de que nadie escuchaba, y volvió a situarse precipitadamente delante de su interlocutor.

-Ea -dijo-, señor de Manicamp, ahora que estamos solos, explicaos.

-Con la mayor franqueza, Majestad -contestó el joven.

-Y ante todo -añadió el rey-, sabed que lo que más me interesa es el honor de las damas.

-Por eso, precisamente, rehuía herir vuestra delicadeza, Majestad.

-Bien; ahora lo comprendo todo. Conque afirmás que se trataba de una doncella de mi cuñada, y que la persona en cuestión, el adversario de Guiche, el hombre, en fin, que os resistías a nombrar...

-Pero que el señor de Saint-Aignan os dirá, Majestad.

-Sí, ese hombre, digo, ¿ha ofendido a alguien de la casa de Madame?

-A la señorita de La Vallière, sí, Majestad.

-¡Ah! -exclamó el rey, como si hubiese esperado aquello, y como si la noticia le hubiese, no obstante, atravesado el corazón-. ¡Ah! ¿Conque era la señorita de La Vallière a quien se ultrajaba?

-No aseguro precisamente que se la ultrajase, Majestad.

-Pero, al fin...

-Afirmo que se hablaba de ella en términos poco convenientes. -¡Hablaban en términos poco convenientes de la señorita de La Vallière! ¿Y os obstináis en no decirme quién era el insolente? -Majestad, creía que eso era ya cosa convenida, y que habíais desistido de hacer de mí un delator. -Es verdad -dijo el rey

moderándose-; por otra parte, no tardaré en saber el nombre del que he de castigar.

Manicamp comprendió que la cuestión había cambiado.

En cuanto al rey, vio que se había dejado arrastrar demasiado lejos.

Así es que continuó:

-Y lo castigaré, no porque se trate de la señorita de La Vallière, aunque le profeso particular aprecio, sino porque el objeto de la contienda ha sido una mujer. Quiero que en mi Corte se respete a las damas y no haya disputas.

Manicamp se inclinó.

-Vamos a ver, señor de Manicamp - continuó el rey-, ¿qué se decía de la señorita de La Vallière?

-¿No lo adivina Vuestra Majestad?

-¿Yo?

-Vuestra Majestad conoce bien la clase de chanzas que pueden permitirse los jóvenes.

-Se diría tal vez que amaba a alguien -aventuró el rey.

-Es probable.

-Pues la señorita de La Vallière tiene derecho a amar a quien bien le parezca.

-Eso es justamente lo que sostenía Guiche.

-¿Y por eso se ha batido?

-Por esa sola causa, Majestad.

El rey se ruborizó.

-¿Y no sabéis más? -dijo.

-¿Sobre qué punto?

-Sobre el punto mas culminante que me estáis refiriendo.

-¿Y qué desea Vuestra Majestad que yo sepa?

-El nombre, por ejemplo, de la persona a quien ama La Vallière, y a quien el enemigo de Guiche le disputaba el derecho de amar.

-Majestad, nada sé, nada he oído, ni he sorprendido nada; pero tengo a Guiche por hombre de gran corazón, y, si se ha sustituido

momentáneamente al protector de La Vallière, eso es porque el protector está demasiado alto para tomar él mismo su defensa.

Estas palabras eran más que transparentes; así fue que hicieron ruborizar al rey, pero, esta vez, de satisfacción.

Luis dio un golpecito en el hombro a Manicamp.

-Vamos, señor de Manicamp -le dijo-, veo que no sólo sois un mozo espiritual, sino también un cumplido hidalgo, y vuestro amigo Guiche es un paladín completamente de mi gusto; así se lo diréis, ¿no es verdad?

-Así mismo, señor. ¿Vuestra Majestad me perdona?

-Completamente.

-¿Estoy ya en libertad?

El rey sonrió y tendió la mano a Manicamp.

Manicamp cogió aquella ruano y la besó.

-Y luego -añadió el rey-, sabéis contar perfectamente las cosas.

-¿Yo, Majestad?

-Me habéis hecho una relación animadísima del accidente ocurrido a Guiche. Me imagino estar viendo al jabalí, que sale del bosque, al caballo, herido de muerte, a la fiera arremetiendo al jinete después de matar al caballo. No contáis, señor, pintáis.

-Creo que Vuestra Majestad se digna mofarse de mí -dijo Manicamp.

-Al contrario -replicó Luis con la mayor serenidad-; estoy tan lejos de reírme, que quiero que contéis a todo el mundo esa aventura.

-¿La aventura del acecho?

-Sí, tal como me la habéis referido, sin cambiar una palabra. ¿Estáis?

-Perfectamente, Majestad.

-¿La contaréis?

-Sin perder un minuto.

-Pues bien, ahora, llamad vos mismo al señor de Artagnan: Supongo que no le tendréis ya miedo.

-¡Ah, Majestad! Nada temo desde que estoy seguro de las bondades de mi rey.

-Pues llamad -dijo Luis. Manicamp abrió la puerta.

-Señores -dijo-, el rey os llama.

Artagnan, Saint-Aignan y Valot entraron.

-Señores -dijo el rey-, os he hecho llamar para manifestaros que la explicación del señor de Manicamp me ha dejado enteramente satisfecho.

Artagnan lanzó a Valot, por un lado, y a Saint-Aignan, por otro, una mirada que significaba: "¿Qué os decía yo?"

El rey se llevó a Manicamp hasta la puerta, y le dijo en voz baja:

-Que el señor de Guiche se cuide, y sobre todo que se cure pronto; quiero darle las

gracias en nombre de todas las damas; pero cuidado que no vuelva a las andadas.

-¡Oh Majestad! Aun cuando tuviera que morir mil veces, volverá siempre que se trate del honor de Vuestra Majestad.

La frase no podía ser más directa. Pero, como ya hemos dicho, Luis XIV gustaba del incienso, y, con tal que se le diese, no era muy exigente en punto a la calidad.

-Está bien -dijo despidiendo a Manicamp-. Veré yo mismo a Guiche y le haré entrar en razón. Manicamp salió de espaldas.

Entonces, el rey, volviéndose hacia los tres espectadores de aquella escena:

-¡Señor de Artagnan! -dijo.

-Majestad.

-¿Cómo se explica que hayáis visto tan turbio, vos, que tenéis tan buenos ojos?

-¿Yo he visto mal, Majestad?

-Sí, por cierto.

-Así será, puesto que Vuestra Majestad lo dice. Pero, ¿en qué he visto turbio?

-En todo lo relativo al suceso del bosque Rochin.

-¡Ah, ah!

-Habéis visto el rastro de los caballos, las pisadas de dos personas, los indicios de un combate, y nada de eso ha existido. Todo ha sido una pura ilusión.

-¡Ah, ah! -volvió a murmurar Artagnan.

-Lo mismo que el manoteo del caballo, y esas señales de lucha. La lucha ha sido de Guiche contra un jabalí, y nada más. Eso, sí, parece que la lucha ha sido larga y terrible.

-¡Ah, ah! -repitió Artagnan.

-¡Y cuando pienso que he dado crédito por un momento a semejante error! ... ¡Pero, ya se ve, habláis con tal aplomo!

-En efecto, Majestad; preciso es que estuviese ofuscado -dijo Artagnan con una gracia que agradó sobremanera al rey.

-¿Conque convenís en ello?

-¡Diantre, Majestad, ya lo creo!

-¿De suerte que ahora veis claramente la cosa?

-La veo de modo muy distinto que la veía hace media hora.

-¿Y a qué atribuís esa diferencia, en opinión vuestra?

-¡Oh! A una cosa muy sencilla; hace media hora volvía del bosque Rochin, donde no tenía más luz que la que despedía un pobre farol de cuadra...

-¿Y ahora?

-Ahora tengo todas las luces de vuestro gabinete, y, además, los ojos del rey que iluminan como dos soles.

El rey se echó a reír, y Saint-Aignan a carcajear.

-Lo mismo que el señor Valot -continuó Artagnan recogiendo la palabra de labios del rey-, que se ha figurado, no sólo que el señor de Guiche había sido herido con bala, sino haber extraído la bala del pecho.

-A fe mía -dijo Valot-, -confieso...

-¿No es verdad que lo habéis creído? -
repuso Artagnan.

-No sólo lo he creído -contestó Valot-,
sino que no tendría inconveniente en jurarlo
ahora mismo.

-Pues bien, mi querido doctor, todo eso
lo habéis soñado.

-¿Lo he soñado?

-¡La herida del señor de Guiche, un sue-
ño! ¡La bala, sueño también! ... Así, pues,
creedme, no se hable más de ello.

-Bien dicho -dijo el rey-; tomad el conse-
jo que os da Artagnan. No habléis a nadie de
vuestro sueño, señor Valot; por mi honor que
no os pesará. Buenas noches, señores. ¡Oh! ¡Qué
triste es ir al acecho de jabalíes!

-¡Qué triste cosa -repitió Artagnan en
voz alta- es ir al acecho de jabalíes!

Y fue repitiendo esa frase por todos los
cuartos que atravesaba, hasta que salió del pa-
lacio, llevándose consigo al señor Valot.

-Ahora que permanecemos solos -dijo el rey a Saint-Aignan-, ¿cómo se llama el adversario de Guiche?

Saint-Aignan miró al rey. -¡Oh! No ten-gáis reparo -añadió el rey-; ya sabéis que debo perdonar.

-Wardes -dijo Saint-Aignan.

-Bien.

Y, al momento, entrando con pre-cipitación en su cuarto:

-Perdonar no es olvidar -dijo Luis XIV.

XXVI

CONVENIENCIA DE TENER DOS CUER-DAS PARA UN ARCO

Salía Manicamp de la habitación del rey muy gozoso de haber salido tan bien de su apuro, cuando al llegar al pie de la escalera y al pasar por delante de una puerta, advirtió que le tiraban de una manga.

Volvióse y reconoció a Montalais, que le aguardaba y que con voz misteriosa y el cuerpo inclinado hacia adelante, le dijo:

-Señor, haced el favor de venir pronto.

-¿Y adónde, señorita? -preguntó Manicamp.

-Un verdadero caballero no me habría hecho tal pregunta, sino que me habría seguido sin necesidad de explicación alguna.

-Pues bien, señorita -repuso Manicamp-, estoy resuelto a conducirme como un verdadero caballero.

-Ya es tarde, y habéis perdido todo el mérito. Vamos al aposento de Madame; venid.

-¡Ah, ah! -dijo Manicamp-. Vamos al aposento de Madame.

Y siguió a Montalais, que corría delante, ligera como Galatea.

"Lo que es ahora -decíase Manicamp conforme seguía a Montalais-, no creo que sean del caso las historias de caza. Veremos, no obs-

tante; y si fuese necesario... ¡Oh! Si fuese preciso, ya hallaremos otra cosa."

Montalais no aflojaba el paso. "¡Qué cosa tan molesta es tener necesidad al mismo tiempo de la imaginación y de las piernas!", pensó Manicamp.

Llegaron al fin.

Madame había terminado su tocado de noche; estaba en elegante traje de casa, pero ya se comprenderá que aquel tocado lo había hecho antes de sufrir las emociones que a la sazón la agitaban.

La princesa esperaba con visible impaciencia.

Así fue que Montalais y Manicamp la encontraron de pie junto a la puerta.

Al ruido de sus pasos salió Madame al encuentro.

-¡Ah! -exclamó-. ¡Al fin!

-Aquí está el señor de Manicamp -dijo Montalais. Manicamp inclinóse respetuosamente.

Madame hizo seña a Montalais de que se retirase. La joven obedeció.

La princesa la siguió con la vista en silencio hasta que cerró tras ella la puerta, y, volviéndose luego a Manicamp:

-¿Qué es eso que me han dicho, señor de Manicamp? ¿Hay algún herido en palacio?

-Sí, señora, desgraciadamente... El señor de Guiche.

-Sí, el señor de Guiche -repitió la princesa-; lo había oído decir, pero no afirmar. ¿De modo que ha sido realmente al señor de Guiche a quien le ha sucedido esa desgracia?

-Al mismo en persona, señora.

-¿Sabéis, señor de Manicamp -dijo vivamente la princesa-, que los duelos le son antipáticos al rey?

-Sí que lo sé, señora; pero no creo que tengan nada que ver los duelos con una fiera.

-¡Oh! Creo que no me haréis el agravio de creer que dé crédito a esa absurda fábula, esparcida con no sé qué objeto, de haber sido

herido el señor de Guiche por un jabalí. No, no, caballero; la verdad se sabe, y en este momento el señor de Guiche, sobre el disgusto de verse herido, corre el riesgo de perder la libertad.

-¡Ay, señora! -exclamó Manicamp-. Bien lo sé; ¡pero qué se le ha de hacer!

-¿Habéis visto a Su Majestad?

-Sí, señora.

-¿Y qué le habéis dicho?

-Le he dicho que el señor de Guiche fue al acecho; que salió un jabalí del bosque Rochin; que el señor de Guiche le disparó un tiro, y que, finalmente, el animal, furioso, se volvió contra él, le mató el caballo y le hirió a él mismo gravemente.

-¿Y el rey ha creído todo eso?

-Enteramente.

-¡Me dejáis muy sorprendida, señor de Manicamp!

Y madame comenzó a pasearse a lo largo de la habitación, echando de vez en cuando una mirada investigadora a Manicamp, el cual

estaba impasible y sin moverse en el sitio que había elegido al entrar. Al fin se detuvo.

-No obstante -dijo-, aquí todos están unánimes en dar otra causa a esa herida.

-¿Qué causa, señora? ... Si no es indiscreto hacer esta pregunta a Vuestra Alteza.

-¿Eso preguntáis, siendo vos el amigo íntimo y el confidente del señor de Guiche?

-¡Oh señora! Amigo íntimo, sí; confidente, no. Guiche es uno de esos hombres que pueden tener secretos, y todavía podré añadir que los tienen, pero que no los dicen. Guiche es discreto, señora.

-Pues bien, esos secretos que el señor de Guiche guarda para sí, seré yo la que tenga el placer de descubriroslos -dijo la princesa con despecho-, porque, en verdad, podría el rey interrogaros por segunda vez, y si le hacíais el mismo relato, podría no quedar muy satisfecho.

-Creo que Vuestra Alteza está en un error. Puedo juraros que Su Majestad ha quedado muy satisfecho de mí.

-Entonces, permitid que os diga, señor de Manicamp, que eso no demuestra más que una cosa, y es que Su Majestad es muy fácil de contentar.

-Creo que Vuestra Alteza hace mal en abrigar esa opinión. Todo el mundo sabe que el rey no se paga sino de muy buenas razones.

-¿Y suponéis que os agradezca vuestra oficiosa mentira cuando sepa mañana que el señor de Guiche ha tenido por su amigo, el señor de Bragelonne, una querrela que ha terminado en duelo?

-¡Una querrela por el señor de Bragelonne? -exclamó Manicamp con el aire más ingenuo del mundo-. ¿Qué me dice Vuestra Alteza?

-¿Qué tiene eso de extraño? El señor de Guiche es susceptible, irritable, y se acalora fácilmente.

-Pues yo, señora. tengo al señor de Guiche por hombre de mucha calma, y no le creo susceptible ni irritable sino cuando tiene motivos muy justos.

-¿Y no creéis que la amistad sea un motivo justo? -dijo la princesa.

-¡Oh! Sin duda, señora, y sobre todo para un corazón como el suyo.

-Pues bien, el señor de Bragelonne es amigo del señor de Guiche; creo que eso no lo negaréis.

-¡Oh! ¡No por cierto!

-Pues bien, el señor de Guiche ha tomado la defensa del señor de Bragelonne, y como éste se hallaba ausente y no podía batirse, se ha batido por él.

Manicamp dejó entrever cierta sonrisa, e hizo dos o tres movimientos de cabeza y de hombros, que significaban: "¡Bueno! Si así lo queréis. . .".

-¡Pero, en fin -dijo impaciente la princesa-, hablad!

-¿Yo?

-Sí; conozco que no sois de mi parecer y tenéis algo que decirme.

-Sólo tengo que decir una cosa, señora.

-¡Decidla!

-Que no comprendo una palabra de lo que me hacéis el honor de referir.

-¡Cómo! ¿No comprendéis una palabra de la contienda entre el señor de Guiche y el señor de Wardes? -exclamó la princesa, casi irritada.

Manicamp calló.

-Contienda -prosiguió Madame- nacida de una frase más o menos fundada, acerca de la virtud de cierta dama.

-¡Ah! ¿De cierta dama? Eso es distinto -dijo Manicamp.

-Ya principiáis a entender, ¿no es cierto?

-Vuestra Alteza me perdonará, mas no me atrevo...

-¿No os atrevéis? -dijo exasperada Madame-. Pues bien, yo me atreveré.

-¡Señora, señora! -exclamó Manicamp como si le asustara aquella amenaza-. Poned atención a lo que vais a decir.

-¡Ah! Parece que si yo fuese hombre os batiríais conmigo, a pesar de los edictos de Su Majestad, como el señor de Guiche se ha batido con el señor de Wardes por la virtud de la señorita de La Vallière.

-¡De la señorita de La Vallière! -dijo Manicamp con súbito sobresalto, como si estuviera muy distante de esperar que fuese pronunciado aquel nombre.

-¡Oh! ¿Qué tenéis señor de Manicamp, para sobresaltaros así? -dijo Madame con ironía-. ¿Cometeréis la impertinencia de dudar de esa virtud?

-¡Pero si no juega aquí para nada la virtud de la señorita de La Vallière, señora!

-¡Cómo! ¿Después que dos hombres se han batido a muerte por una mujer, venís afirmando que esa mujer no tiene nada que ver en eso, y que no se trata de ella? En verdad, señor de Manicamp, no os creía tan buen cortesano.

-Perdón, perdón, señora -contestó el joven-, pero creo que no acertamos a compren-

ernos. Vos me hacéis el honor de hablarme en un idioma, y yo, a lo que parece, hablo en otro.

-¿De veras?

-Perdón; pero he creído comprender que Vuestra Alteza había dicho que los señores de Guiche y de Wardes habíanse batido por la señorita de La Vallière.

-Eso he dicho.

-Por la señorita de La Vallière, ¿no es cierto? -repitió Manicamp.

-¡Eh! No he dicho que el señor de Guiche se ocupase personalmente de la señorita de La Vallière, sino en nombre de otro.

-¡En nombre de otro!

-¡Ea, no vengáis haciéndoos el desentendido! Todo el mundo sabe aquí que el señor de Bragelonne está para casarse con la señorita de La Vallière, y que, al marcharse a cumplir la comisión que Su Majestad le ha confiado en Londres, ha encargado a su amigo el señor de Guiche velar por, esa joven. -¡Ah! Nada digo,

ya que Vuestra Alteza está perfectamente enterada.

-De todo; os lo prevengo. Manicamp se echó a reír, salida que estuvo a punto de exasperar a la princesa, quien, como es sabido, no tenía carácter muy sufrido.

-Señora -replicó el discreto Manicamp, saludando a la princesa-, echemos tierra a este asunto, que jamás llegará a ponerse en claro.

-¡Oh! En cuanto a eso, nada hay que hacer, pues los datos son completísimos. El rey sabrá que el señor de Guiche ha salido a la defensa de esa aventurerilla que quiere echársela de gran señora; sabrá que habiendo nombrado el señor de Bragelonne por guardián ordinario del jardín de las Hespérides a su amigo el señor de Guiche, éste ha dado la dentellada correspondiente al señor de Wardes, que osó poner la mano en la manzana de oro. Ahora bien, no dejaréis de saber, señor de Manicamp, vos, que estáis tan bien informado, que el rey codicia por su parte ese famoso tesoro, y que tal vez no

Llevará a bien que el señor de Guiche se haya constituido en defensor suyo. ¿Estáis ya bien enterado, o necesitáis alguna otra aclaración? Decid, preguntad.

-No, señora; no deseo saber nada.

-Tened, no obstante, entendido, porque es necesario que lo sepáis, que la indignación del rey tendrá resultados terribles: en los príncipes de un carácter como el del rey, la cólera amorosa es un huracán.

-Que vos apaciguáis, señora.

-¡Yo! -exclamó la princesa con ademán de violenta ironía-. ¿Y a título de qué?

-Porque os repugnan las injusticias, señora.

-¿Y sería una injusticia, a vuestros ojos, el impedir al rey que manejase sus asuntos de amor?

-Sin embargo, espero que intercederéis en favor del señor de Guiche.

-¡Oh! Sin duda estáis loco, caballero - dijo la princesa en tono altanero.

-Al contrario, señora, estoy en mi cabal juicio, y lo repito, defenderéis al señor de Guiche ante el rey.

-¿Yo? -Sí.

-¿Y a santo de qué?

-Porque la causa del señor de Guiche es la vuestra, señora -dijo en voz baja y con ardor Manicamp, cuyos ojos se inflamaron a la sazón.

-¿Qué queréis decir?

-Digo, señora, que me extraña mucho que, en el nombre de La Vallière, mezclado en esa defensa que ha tomado el señor de Guiche por el señor de Bragelonne ausente, no haya adivinado Vuestra Alteza un pretexto.

-¿Un pretexto?

-Sí.

-Pero un pretexto, ¿de qué? - repitió balbuciente la princesa, a quien las miradas de Manicamp habían hecho ver claro.

-Ahora, señora -añadió el joven-, creo haber dicho lo bastante para determinar a Vuestra Alteza a no acriminar ante el rey a ese

pobre Guiche, sobre quien van a recaer todas las enemistades fomentadas por cierto partido muy contrario al vuestro.

-¿Queréis decir que todos los que no quieren a la señorita de La Vallière, y tal vez algunos de los que la quieren, mirarán con malos ojos al conde?

-¡Oh señora! ¿Es posible que llevéis a tal punto vuestra obstinación, que no atendáis a las palabras de un amigo leal? ¿Tendré que exponerme a incurrir en vuestro desagrado? ¿Tendré que nombraros, a pesar mío, la persona que ha sido la causa verdadera de la contienda?

-¡La persona! -repitió Madame sonrojándose.

-¿Será preciso -continuó Manicamp- que os muestre al pobre Guiche irritado, furioso, exasperado por todos esos rumores que corren acerca de esa persona? ¿Será preciso, si os obstináis en no reconocerla, y si el respeto continúa impidiéndome nombrarla, que os traiga a la

memoria las escenas de Monsieur con el señor de Buckingham, las insinuaciones propaladas a consecuencia del destierro del duque? ¿Será preciso que os pinte los esfuerzos del conde por agradar, contemplar y proteger a esa persona por quien solamente vive, por quien únicamente respira? Pues bien, lo haré; y cuando os haya recordado todo eso, tal vez comprendáis que el conde, apurada su paciencia, provocado hace mucho tiempo por Wardes; a la primera palabra poco conveniente que éste haya soltado respecto de esa persona se haya acalorado y respirado venganza.

La princesa ocultó su rostro entre las manos.

-¡Señor, señor! -exclamó-. ¿Qué estáis diciendo y a quién lo decís?

-Entonces, señora -prosiguió Manicamp como si no hubiese oído las exclamaciones de la princesa-, nada os extrañará ya, ni el ardor del conde en buscar esa contienda, ni su maravillosa destreza en conducirla a un terreno extraño a

vuestros intereses. No cabe mayor habilidad ni sangre fría; y, si la persona por quien el conde de Guiche se ha batido y ha derramado su sangre, debe, verdaderamente, algún reconocimiento al pobre herido, no es seguramente por la sangre que ha perdido ni por los dolores que ha sufrido, sino por su miramiento a una honra que aprecia más que la suya propia.

-¡Oh! -exclamó Madame como si hubiese estado sola-. ¡Oh! ¡Sería sin duda mi causa! Manicamp pudo respirar; había ganado bravamente aquel reposo, y respiró.

Madame quedó, por su parte, sumida en dolorosos pensamientos. Adivinábase su agitación en los movimientos acelerados de su seno, en la languidez de sus ojos, y en las frecuentes presiones de la mano contra su corazón.

Pero, en ella, no era la coquetería una pasión inerte, sino antes bien, un fuego que buscaba alimento y sabía hallarlo.

-Entonces -dijo-, el conde habrá dejado obligadas a dos personas a la vez, porque el señor de Bragelonne debe también al señor de Guiche profundo reconocimiento, tanto mayor, cuanto que siempre y en todas partes pasará por haber sido el generoso campeón de la señorita de La Vallière.

Manicamp conoció que aún quedaba un resto de duda en el corazón de la princesa, y su ánimo acaloróse con la resistencia.

-¡Vaya un servicio -dijo- que ha prestado a la señorita de La Vallière y al señor de Bragelonne! El duelo ha producido un escándalo que deshonra en gran parte a esa joven; un escándalo que la malquista necesariamente con el vizconde. De ello resulta que el pistoletazo del de Wardes ha causado tres efectos en lugar de uno; matar el honor de una mujer, la felicidad de un hombre, y quizá también herir de muerte a uno de los mejores hidalgos de Francia. ¡Ah, señora! Vuestra lógica es muy severa: condena siempre, y nunca absuelve.

Las últimas palabras de Manicamp batiéron en brecha la última duda que había quedado, no en el corazón, sino en el ánimo de Madame. No era ya ni una princesa con sus escrúpulos, ni una mujer con sus recelos suspicaces, sino un corazón que acababa de sentir el frío profundo de una herida.

-¡Herido de muerte! -exclamó con voz angustiada-. ¡Ah, señor de Manicamp! ¿No habéis dicho herido de muerte?

Manicamp sólo contestó con un profundo suspiro.

-¿Conque el conde está gravemente herido? -añadió la princesa.

-¡Ay, señora! Le han destrozado una mano y tiene una bala en el pecho.

-¡Dios mío, Dios mío! -exclamó la princesa, con la excitación de la fiebre-. ¡Es terrible, señor de Manicamp! ¡Una mano destrozada y una bala en el pecho! ¡Dios mío! ¿Y ha sido ese miserable, ese asesino de Wardes quien ha hecho eso?... ¡Oh, no hay justicia en el cielo!

Manicamp parecía entregado a una violenta emoción. Verdad es que había desplegado gran energía en la última parte de su alegato.

En cuanto a Madame, no se hallaba en estado de guardar miramientos; cuando la pasión desarrollaba en ella ira o simpatía, nada había que pudiese contener su impulso. Y acercóse a Manicamp, que se había dejado caer sobre un sillón, como si el dolor fuese una excusa bastante poderosa para infringir las leyes de la etiqueta.

-Señor -le dijo, tomándole una mano-, sed franco.

Manicamp levantó la cabeza.

-¿Está el señor de Guiche en peligro de muerte? -añadió Madame.

-Con doble motivo, señora -dijo Manicamp-: primero, a causa de la hemorragia que se ha declarado por haberle roto la bala una arteria en la mano, y después, a causa de la herida del pecho, que, a juicio del médico, es fácil que haya interesado algún órgano esencial.

-Según eso, ¿puede morir?

-¡Oh! Sí, señora; y sin el con suelo de saber que habéis conocido su abnegación.

-Pues decídselo.

-¿Yo?

-Sí, ¿no sois su amigo?

-¿Yo? ¡Oh, no, señora! Yo no diré al señor de Guiche, si el desgraciado está todavía en disposición de oírme, sino lo que he visto por mis propios ojos, vuestra crueldad para con él.

-¡Señor! ¡Oh! ¡No cometeréis esa barbarie!

-Sí tal, señora; diré esa verdad, porque al fin la naturaleza puede mucho en un hombre de sus años. Los médicos son hábiles, y si, por casualidad, el pobre conde sobreviviese a su herida, no querría que quedase expuesto a morir de la herida del corazón, después de haber sanado de la del cuerpo.

Al pronunciar estas palabras se levantó Manicamp y, con una profunda reverencia, hizo como que iba a retirarse.

-A lo menos, señor -dijo Madame deteniéndole con aire de ruego-, no os iréis sin decirme el estado en que se halla el herido, y quién es el médico que lo asiste.

-Está muy mal, señora; esto en cuanto a su estado. Respecto a su médico, es el de Su Majestad, el señor Valot, auxiliado de otro médico, a cuya casa fue transportado el señor de Guiche.

-¿Pues que, no se halla en Palacio? -preguntó Madame.

-¡Ay, señora! El pobre joven se encontraba en tan mal estado, que no ha podido ser conducido hasta aquí.

-Dadme las señas, caballero -dijo vivamente la princesa-, y enviaré a saber de él.

-Calle de la Paja, señora; una casa de ladrillos con postigos blancos. En la puerta está escrito el nombre del doctor.

-¿Vais ahora a ver al herido, señor de Manicamp?

-Sí, señora.

-Entonces desearía que me hiciérais un favor.

-Estoy a las órdenes de Vuestra Alteza.

-Haced lo que pensábais; id a ver a Guiche; haced que se marchen los que tenga al lado suyo, y después alejaos vos también.

-Señora...

-No perdamos el tiempo en explicaciones inútiles. Este es el hecho, y no queráis ver en él otra cosa que la que hay, ni saber más de lo que yo os digo. Voy a enviar una de mis damas, quizá dos, a causa de lo avanzado de la hora, y no quisiera que os viesen, o mejor dicho, quisiera que no las vieseis a ellas; son escrúpulos que debéis comprender mejor que nadie, vos, que siempre lo adivináis todo.

-Señora, perfectamente; aún puedo hacer algo mejor, y es ir delante de vuestras mensajeras, lo cual será a la vez un modo de indicarles con seguridad el camino, y de ampararlas en caso de que la casualidad hiciese que,

contra toda probabilidad, tuvieran necesidad de protección.

-Y luego, por ese medio, podrán entrar sin dificultad alguna, ¿no es verdad?

-Seguramente, señora; porque, pasando yo el primero, quitaré cualquier dificultad, en caso de que la hubiese.

-Pues bien, señor de Manicamp, esperad al pie de la escalera.

-Allá voy, señora.

-Aguardad.

Manicamp se detuvo.

-Cuando oigáis las pisadas de las dos mujeres que van a bajar, echaréis a andar, y seguiréis sin volveros el camino que conduce a casa del pobre conde.

-Pero, ¿y si la casualidad hiciera que bajasen otras dos personas y yo me equivocase?

-La señal serán tres palmadas.

-Corriente.

-Id, pues.

Manicamp se volvió, saludó y salió con el corazón lleno de alegría. No ignoraba, con efecto, que la presencia de Madame era el mejor bálsamo que podía aplicarse a las llagas del herido.

No había transcurrido un cuarto de hora todavía cuando llegó a sus oídos el ruido de una puerta que abrían y cerraban con precaución. Luego oyó unas pisadas ligeras en la escalera, y por fin las tres palmadas, que era la señal convenida.

Echó a andar al punto, y, fiel a su palabra, se dirigió sin volver la cabeza por las calles de Fontainebleau hacia la morada del doctor.

XXVII

EL SEÑOR MALICORNE, ARCHIVERO DEL REINO DE FRANCIA

Dos mujeres, envueltas en mantos y con la cara velada por una media careta de terciopelo.

pelo negro, seguían tímidamente los pasos de Manicamp.

En el piso principal, detrás de las cortinas de damasco encarnado, brillaba la suave luz de una lámpara puesta sobre un aparador.

Al otro extremo del mismo cuarto, en un lecho de columnas salomónicas, cerrado por cortinas iguales a las que amortiguaban el fuego de la lámpara, descansaba Guiche con la cabeza reclinada sobre dos almohadas, y los ojos anegados en espesa niebla. Largos cabellos negros, ensortijados, esparcidos por la almohada, adornaban con su desorden las sienes pálidas del joven.

Notábase en seguida que la fiebre era la huésped principal de aquella habitación.

Guiche soñaba. Su espíritu seguía, a través de las tinieblas, uno de esos ensueños del delirio que el cielo envía por el camino de la muerte a los que van a caer en el universo de la eternidad.

En el suelo veíanse dos o tres manchas de sangre líquida aún. Manicamp subió los escalones con precipitación; pero al llegar al umbral se detuvo, empujó suavemente la puerta, introdujo la cabeza en la habitación, y, viendo que todo estaba tranquilo, se acercó de puntillas al gran sillón de cuero, muestra mobiliaria del reinado de Enrique IV. Se acercó a la enfermera, que, como es natural, estaba dormida, la despertó, y le rogó que pasase al cuarto inmediato.

Después, de pie junto a la cama, se puso a reflexionar si convendría despertar a Guiche para hacerle saber la buena nueva que le traía.

Pero, como detrás de la cortina de la puerta, oyera el sedoso crujir de unos vestidos y la respiración angustiosa de sus dos compañeras de camino, y como viera ya levantarse impaciente la cortina de aquella puerta, se escurrió a lo largo de la cama, y siguió a la enfermera a la habitación contigua.

Entonces, en el momento mismo en que desaparecía, levantóse la colgadura y entraron las mujeres en la habitación que Manicamp acababa de dejar.

La que entró primero hizo a su compañera un ademán imperioso que la clavó en un escabel al lado de la puerta.

En seguida se adelantó resueltamente hacia el lecho, descorrió las cortinas y recogió sus pliegues flotantes detrás de la cabecera.

Entonces vio el rostro pálido del conde y su mano envuelta en un lienzo blanquísimo, que se deslizaba sobre la colcha de sombrío ramaje que cubría una parte del lecho. Viendo una gota de sangre que iba ensanchándose sobre aquel lienzo, se estremeció.

El blanco pecho del joven estaba descubierto, como si el fresco de la noche debiese facilitar su respiración. Una venda sujetaba el apósito a la herida, alrededor de la cual se extendía un círculo azulado de sangre extravasada.

Un suspiro profundo brotó de la boca de la joven. Apoyóse sobre la columna del lecho, y contempló por los agujeros de su careta aquel doloroso espectáculo.

Un hálito ronco y angustioso pasaba como el hipo de la muerte por los dientes apretados del desgraciado conde.

La dama enmascarada cogió la mano izquierda del herido.

Aquella mano quemaba como el carbón ardiendo.

Pero, en el momento de posarse encima de la mano helada de la dama, la acción de aquel frío fue tal, que Guiche abrió los ojos y se esforzó por volver a la vida animando su mirada.

Lo primero que vio fue el fantasma inmóvil delante de la columna de su cama.

A aquella vista dilatáronse sus pupilas, pero sin que la inteligencia encendiese en él todavía su pura llama.

La dama hizo una seña a su compañera, que se había quedado al lado de la puerta. Sin

duda, tenía ésta aprendida su lección, pues con voz clara y sin titubear en lo más mínimo, pronunció estas palabras:

-Señor conde, Su Alteza Real Madame desea enterarse de cómo van vuestras heridas, y manifestaros por mi boca lo mucho que siente veros padecer.

A1 oír Guiche la palabra Madame hizo un movimiento. Aún no había advertido a la persona a quien pertenecía aquella voz.

Volvióse, pues, hacia el punto de donde salía dicha voz, y, como la mano helada no le había abandonado todavía, empezó a contemplar aquel fantasma inmóvil.

-¿Sois vos la que me habláis, señora - preguntó con voz débil-,
o hay con vos alguna otra persona en el cuarto?
-respondió el fantasma con voz casi ininteligible, bajando la cabeza.

-¡Gracias! -murmuró el herido haciendo un esfuerzo-. Decid a Madame que no siento ya

morir, puesto que ha tenido la bondad de acordarse de mí.

Al oír la palabra morir, pronunciada por un agonizante, la dama enmascarada no pudo contener las lágrimas, que corrieron bajo su antifaz y aparecieron sobre las mejillas donde la careta dejaba de ocultarlas.

Si Guiche se hubiera hallado en el uso de sus sentidos, habríalas visto rodar como brillantes perlas y caer sobre su cama.

La dama, olvidando que llevaba antifaz, se llevó la mano a los ojos para enjugarlos, y, tropezando su mano con el terciopelo suave y frío, se lo arrancó con enojo y lo tiró al suelo.

A aquella aparición inesperada, que parecía salir de una nube, Guiche lanzó un grito y tendió los brazos.

Mas toda palabra expiró en sus labios, como toda fuerza en sus venas.

Su mano derecha, que había seguido el impulso de la voluntad sin calcular su grado de energía, volvió a caer sobre la cama, y al punto aquel

blanco lienzo, enrojecióse con una mancha más extensa.

Y durante aquel tiempo, los ojos del joven se abrían y se cerraban, como si hubiesen comenzado a luchar con el ángel inflexible de la muerte.

Luego, tras de algunos movimientos sin voluntad, su cabeza quedó inmóvil sobre la almohada. De pálida que estaba, se había vuelto lívida.

La dama tuvo miedo; pero aquella vez, contra lo que ordinariamente acontece, el miedo fue para ella un atractivo.

Se inclinó hacia el joven, devorando con su aliento aquel rostro frío y descolorido, que casi llegó a tocar, y depositó un rápido beso en la mano izquierda de Guiche, quien, sacudido como por una descarga eléctrica, se despertó por segunda vez, abrió sus ojos sin pensamiento, y volvió a caer en profundo desvanecimiento.

-Vámonos -dijo la dama a su compañera-, pues si estamos aquí más tiempo, me temo que voy a cometer alguna locura.

-¡Señora, señora! Vuestra Alteza olvida el antifaz -dijo la vigilante compañera.

-Recogedlo -le dijo su ama deslizándose veloz por la escalera. Y como la puerta de la calle había quedado entreabierta, los dos ligeros pájaros pasaron por aquella abertura y en una carrera se pusieron en palacio.

Una de las damas subió hasta las habitaciones de Madame, donde desapareció.

La otra entró en el departamento de las camaristas, o sea, en el entresuelo.

Cuando llegó a su habitación se sentó delante de una mesa, y, sin tomarse tiempo para respirar, se puso a escribir el siguiente billete:

"Esta noche ha ido Madame a visitar al señor de Guiche.

"Por este lado todo va maravillosamente.

"Cuidad de que suceda lo mismo por el vuestro, y, sobre todo, quemad este papel."

Luego dobló la carta en forma prolongada, y saliendo de su cuarto con precaución atravesó un corredor que conducía al departamento de los gentileshombres de Monsieur.

Allí detúvose delante de una puerta, por bajo de la cual deslizó el papel, después de dar dos golpecitos con la mano. En seguida se marchó.

Cuando volvió a su habitación hizo desaparecer todo rastro de su salida y del billete escrito.

En medio de las investigaciones a que se entregaba con el objeto que dejamos indicado, vio en la mesa el antifaz de Madame, que se había traído según las órdenes de su ama, pero que se le olvidó entregar.

-¡Oh! -dijo-. No volví

-¡Oh, - demos de hacer mañana lo que olvidé hacer hoy.

Cogió el antifaz por la mejilla de terciopelo, y, sintiendo húmedo su dedo, fue a ver lo que era.

El dedo no sólo estaba húmedo, sino rojo.

El antifaz había caído en una de las manchas de sangre que, como hemos dicho, había esparcidas por el suelo, y del exterior negro que por casualidad había tocado la sangre pasó a lo interior, manchando la batista blanca.

-¡Oh, oh! -exclamó Montalais, pues nuestros lectores la habrán reconocido sin duda en todos esos manejos que hemos descrito-. ¡Oh, oh! No le devolveré el antifaz, pues éste es ya un objeto demasiado precioso.

Y levantándose luego, se acercó a un cofrecillo de arce que contenía diferentes objetos de tocador.

-No, aquí no -dijo-; semejante depósito, no es de los que se abandonan a la ventura.

Luego, tras un momento de silencio, y con la sonrisa que le era peculiar:

-Bella máscara teñida con la sangre de ese valiente caballero -añadió Montalais-, irás a reunirte en el almacén de las maravillas con las cartas de La Vallière, con las de Raúl, con toda esa amorosa colección que formará la historia de Francia y la historia de la Corona. Irás á poder del señor Malicorne -añadió riendo la loquilla, mientras principiaba a desnudarse-, de ese digno Malicorne -continuó, soplando la bujía-, que cree no ser mas que mayordomo de sala de Monseñor, y a quien le hago yo archivero e historiógrafo de la casa de Borbón y de las mejores casas del reino. ¡Que se queje todavía ese avinagrado de Malicorne!
Y corriendo sus cortinas, durmióse.

XXVIII

EL VIAJE

Al día siguiente, el señalado para la marcha, el rey, a las once sonadas, descendió, con las reinas y Madame, por la escalera principal para ir a tomar su carroza tirada por seis caballos piafantes al pie de la escalera.

Toda la Corte aguardaba en la Fer-à-Cheval en traje de viaje, y aquella multitud de caballos ensillados, de carrozas enganchadas, de hombres y mujeres rodeados de sus oficiales, de sus criados y de sus pajes, ofrecía un brillante espectáculo.

El rey subió a su carroza con las dos reinas.

Madame hizo lo propio con Monsieur.

Las camaristas siguieron el ejemplo, y tomaron asiento, dos a dos, en los carruajes que les estaban destinados.

La carroza del rey iba delante; después seguía la de Madame, y detrás las otras, según la etiqueta.

El tiempo estaba caluroso; un ligero soplo de viento, que por la mañana hubiérase

podido creer bastante fuerte para refrescar la atmósfera, fue abrasado muy pronto por el sol, oculto tras de las nubes, y sólo se infiltraba ya a través de aquel cálido vapor que emanaba del suelo, como un viento abrasador que levantaba un polvo fino y azotaba el rostro de los viajeros, ansiosos por llegar.

Madame fue la primera que se quejó del calor.

Monsieur le contestó recostándose en la carroza como quien está a punto de desmayarse, y se inundó de esencias y aguas de olor, exhalando suspiros profundos.

Entonces Madame le dijo, con su mejor talante:

-En verdad, señor, creía que hubieseis sido bastante galante, atendiendo al calor que hace, para dejarme mi carroza a mí sola y hacer el viaje a caballo.

-¡A caballo! -gritó el príncipe con acento de espanto, que manifestó cuan lejos se hallaba de acceder a tan extraño proyecto-. ¡A caballo!

¿Pues no comprendéis, señora, que todo mi cutis se desprendería a pedazos al contacto de ese viento de fuego?

Madame se echó a reír.

-Podéis llevar mi quitasol -dijo.

-¿Y la molestia de llevarlo? -contestó Monsieur con la mayor sangre fría-. Además que no tengo caballo.

-¡Cómo! ¿No tenéis caballo? -replicó la princesa, la cual, ya que no lograba quedar aislada, quiso, por lo menos, llevar adelante su terquedad-. ¿No tenéis caballo? Estáis en un error, pues desde aquí estoy viendo vuestro bayo favorito.

-¿Mi caballo bayo? -exclamó el príncipe procurando hacer hacia la portezuela un movimiento que le causó tanta incomodidad, que sólo pudo hacerlo a medias, apresurándose a recobrar su anterior inmovilidad.

-Sí -dijo Madame-, vuestro caballo conducido de la mano por el señor de Malicorne.

-¡Pobre animal! -repuso el príncipe-.
¡Cuánto calor sentirá!

Y, al decir estas palabras, cerró los ojos, como un moribundo que expira.

Madame, por su parte, se recostó perezosamente en el otro rincón del carruaje, y cerró también los ojos, no para dormir, sino para pensar a su gusto.

Entretanto, el rey, sentado en la delantera del carruaje, cuyo testero había cedido a las dos reinas, experimentaba esa viva contrariedad de los amantes inquietos, que desean continuamente la vista del objeto amado, sin saciar nunca esa sed ardiente, y se alejan después medio contentos, sin echar de ver que lo que han hecho ha sido avivar más su sed.

El rey, que, como hemos dicho, iba delante, no podía ver desde su asiento las carrozas de las camaristas, que iban las últimas.

Tenía, además, que contestar a las íntimas interpretaciones de la joven reina, quien, feliz con poseer a su caro marido, como decía,

olvidando la etiqueta real, le prodigaba los cuidados y atenciones más cariñosos, por miedo de que vinieran a llevárselo, o le ocurriese la idea de dejarla.

Ana de Austria, que no se ocupaba ya a la sazón de otra cosa que de los dolores sordos que de vez en cuando sentía en su seno, mostraba buen semblante; y, aunque adivinaba la impaciencia del rey, se complacía en prolongar su suplicio con mil salidas inesperadas en los momentos en que Su Majestad, entregado a sí mismo, principiaba a acariciar sus secretos amores.

Las solícitas atenciones de la reina y la terquedad de Ana de Austria, concluyeron por hacérsele insoportables al rey, que no sabía dominar los impulsos de su corazón.

De modo que primero se quejó del calor, abriéndose de este modo el camino para formular otras quejas.

Hizolo, no obstante con gran habilidad para que María Teresa no adivinase su intención.

Tomando al pie de la letra lo, que decía el rey, se puso a abanicar a Luis con sus plumas de avestruz.

Pero, pasado el calor, se quejó el rey de calambres en las piernas, y, como a la sazón parase la carroza para cambiar de tiro:

-¡Queréis que baje con vos? -preguntó la reina-. También tengo yo las piernas entumecidas. Iremos un rato a pie, y después que nos alcancen las carrozas, volveremos a ocupar nuestros asientos.

El rey frunció el ceño; ruda prueba es la que hace sufrir a un esposo infiel la mujer celosa, que, a pesar de sus celos, se muestra con bastante fortaleza para no dar a pretexto a la cólera.

Sin embargo, el rey no podía negarse a ello; así fue que baló, ofreció el brazo a la reina,

y caminó largo trecho con ella, mientras que cambiaban los caballos.

Conforme iba andando, dirigía miradas envidiosas a los cortesanos que tenían la fortuna de hacer el viaje a caballo.

La reina no tardó en conocer que el paseo a pie disgustaba tanto al rey como el viaje en carruaje. Por tanto, le invitó a volver a él otra vez.

El rey la condujo hasta el estribo, pero no subió con ella; se hizo tres pasos atrás, y trató de reconocer en la fila de carruajes el que tanto le interesaba.

A la portezuela del sexto, aparecía la blanca figura de La Vallière.

Como el rey, inmóvil en su sitio, permaneciera absorto en sus pensamientos, sin echar de ver que todo estaba dispuesto y no se esperaba más que a él, oyó a tres pasos de distancia una voz que le interpelaba con gran respeto. Era el señor de Malicorne, en traje com-

pleto de escudero, llevando bajo su brazo izquierdo las bridas de dos caballos.

-¿Ha pedido Vuestra Majestad un caballo? -preguntó.

-¡Un caballo! ¿Lleváis acaso algún caballo mío? -preguntó el rey, procurando reconocer a aquel gentilhombre, cuyo semblante no le era todavía familiar.

-Señor -respondió Malicorne-, tengo por lo menos un caballo a disposición de Vuestra Majestad.

Y Malicorne señaló el caballo bayo de Monsieur, de que había hablado Madame. El animal estaba perfectamente enjaezado.

-Ese caballo no es mío, señor -dijo el rey.

-Es de las caballerizas de Su Alteza Real; pero su Alteza, Real no monta jamás a caballo cuando hace tanto calor.

El rey no respondió nada, pero se acercó vivamente a aquel caballo que removía la tierra con sus pies.

Malicorne hizo un movimiento, para tenerle el estribo; pero, cuando quiso recordar, ya estaba montado.

Vuelto a la alegría por aquella buena suerte, el rey corrió todo sonriente a la carroza de las reinas que le esperaban, y a pesar del aire desconcertado de María Teresa:

-Como veis -dijo-, he hallado este caballo y deseo aprovechar la ocasión. En la carroza el calor me asfixiaba. Así, pues, hasta luego, señoras.

E, inclinándose graciosamente sobre el bien formado cuello del corcel, desapareció al momento.

Ana de Austria se asomó para seguirle con la vista. No anduvo mucho el rey, pues al llegar a la sexta carroza hizo acortar el paso a su caballo, y quitóse el sombrero.

Saludaba a La Vallière, la cual al verle lanzó un grito de sorpresa, ruborizándose al mismo tiempo de satisfacción.

Montalais, que ocupaba el otro rincón de la carroza, hizo al rey un profundo saludo.

Luego, como mujer de talento, fingió que el paisaje le llamaba la atención y se retiró al rincón de la izquierda.

La conversación del rey y de La Vallière empezó, como todas las conversaciones de amantes, con miradas expresivas y con palabras al principio vacías de sentido.

El rey manifestó que tenía tanto calor en la carroza, que el haberse encontrado con aquel caballo le parecía un beneficio celestial.

Y el bienhechor -añadió- debe de ser hombre de mucha inteligencia, porque me ha adivinado. Sólo me resta saber quién es el gentilhombre que ha servido con tanta habilidad a su rey, libertándole del profundo fastidio que le abrumaba.

Durante el coloquio, Montalais, que desde las primeras palabras había puesto gran atención, se fue acercando de manera que al

concluir el rey su última frase se encontraba su mirada con la suya.

De ahí resultó que, como el rey miraba tanto a ella como a La Vallière al preguntar, pudo creer Montalais que era ella la preguntada, y que, por consiguiente, podía responder.

Así fue que contestó:

-Señor, el caballo que monta Vuestra Majestad es uno de los caballos de Monsieur que llevaba de la mano uno de los gentiles hombres de Su Alteza Real.

-¿Y cómo se llama ese gentilhomme, señorita?

-Señor de Malicorne.

El nombre causó su efecto ordinario.

-¿Malicorne? -repetía el rey sonriendo.

-Sí, señor -replicó Aura-. Mirad, es ese caballero que galopa a mi izquierda.

Y señalaba, en efecto, a nuestro Malicorne, el cual, con aire hipócrita, galopaba al lado de la portezuela izquierda, y aunque comprendió que se hablaba de él en aquel momen-

to, no se movió de su silla, como si fuese sordo y mudo.

-Sí, ése es el caballero -dijo el rey-; recuerdo su fisonomía, y me acordaré de su nombre.

Y el rey miró tiernamente a La Vallière. Aura nada tenía ya que hacer. Había dejado caer el nombre de Malicorne; el terreno era bueno; ahora no había más que dejar que el nombre brotara, y que el suceso causara sus frutos.

En consecuencia, volvió a acomodarse en su rincón, con el derecho de hacer al señor de Malicorne todas las señas cariñosas que se le antojase, va que el señor de Malicorne había tenido la dicha de agradar al rey. Como es de suponer, Montalais no las escaseó. Y Malicorne, con su fino oído y su mirada astuta, recogió las palabras:

-Todo va bien.

Estas palabras fueron acompañadas de una pantomima muy semejante a un beso.

-¡Ay, señorita! -dijo al fin el rey-. Pronto cesará la libertad del campo; vuestro servicio a Madame será más riguroso, y no nos volveremos a ver.

-Vuestra Majestad ama demasiado a Madame -contestó Luisa-, para que no vaya a verla con frecuencia, y cuando Vuestra Majestad atraviese la cámara ...

-¡Ah! -dijo el rey con voz tierna, que bajaba por grados-. Divisarse no es verse, y, sin embargo, parece que eso es bastante para vos.

Luisa no respondió; pero ahogó un suspiro que quiso salirse del pecho.

-Gran dominio tenéis sobre vos -dijo el rey.

La Vallière sonrió con melancolía.

-Emplead esa energía en amar -continuó él-, y bendeciré a Dios por habéroslo dado. La Vallière guardó silencio, pero dirigió al rey una mirada llena de amor.

Entonces Luis, como si se sintiera abrasado por aquella ardiente mirada, se pasó In

mano por la frente, y oprimiendo su corcel con las rodillas, le hizo adelantar algunos pasos.

Ella, recostada hacia atrás, con los ojos medio cerrados, cobijaba con su mirada a aquel gallardo jinete, cuyas plumas ondeaban al viento. Agradábanle en extremo sus brazos arqueados con gracia; su pierna, fina y nerviosa, apretando los flancos del caballo, y aquel delicado corte del perfil, delineado por hermosos cabellos ensortijados, que se levantaban a veces para descubrir una oreja rosada y encantadora.

En una palabra, la pobre niña amaba, y se embriagaba con su amor. Un instante después, el rey volvió al lado de ella.

-¡Ay! -exclamó-. ¿No veis que vuestro silencio me atraviesa el corazón? ¡Oh señorita! ¡Qué inflexible debéis ser cuando os resolvéis a un rompimiento! Y luego os creo mudable... En fin, en fin, temo este amor profundo que me habéis hecho concebir.

-¡Oh señor! Os equivocáis -dijo La Vallière-; cuando yo ame, será para toda la vida.

-¡Cuando améis! -exclamó el rey con dolor-. ¿De modo que no amáis?

La Vallière se tapó la cara con las manos.

-¿Lo veis? -dijo el rey-. ¿Veis cómo tengo razón en acusaros? ¿Veis cómo sois mudable, caprichosa y quizá coqueta? ¿Lo veis? ¡Oh! ¡Dios mío, Dios mío!

-¡Oh, no! -dijo La Vallière-. Tranquilizaos, señor. ¡No, no! -Pues prometedme que seréis siempre la misma para mí.

-¡Oh! Siempre, señor.

-Que no tendréis conmigo esas crueldades que destrozan el corazón, ni esas mudanzas que me darían la muerte.

-¡Oh! ¡No, no!

-Pues bien, oíd: me gustan las promesas, me gusta poner bajo la garantía del juramento, es decir, bajo la salvaguardia de Dios, todo lo que interesa a mi corazón y a mi amor.

Prometedme, o mejor, juradme que si, en esta vida que vamos a principiar, vida toda de sacrificios, de misterios, de dolores, vida toda de contratiempos y de sinsabores; juradme que si nos hemos engañado, si no nos hemos comprendido, si nos hemos hecho algún agravio, que en amor es un crimen, juradme, Luisa...

La joven tembló hasta el fondo del alma; era aquella la vez primera que oía pronunciar así su nombre a su regio amante.

Luis, quitándose su guante, extendió la mano hasta la carroza.

-Juradme -continuó-, que en todas nuestras desavenencias, si estamos lejos uno de otro, jamás dejaremos pasar una noche de por medio sin que una visita, o por lo menos algún mensaje del uno lleve al otro el consuelo y la tranquilidad.

La Vallière cogió con sus dos manos frías la mano abrasadora de su amante, y la oprimió dulcemente, hasta que un movimiento del caballo, asustado por la rotación y la

proximidad de la rueda, arrancóla aquella felicidad.

La joven había jurado.

-Volved, señor -dijo-, volved al lado de las reinas; presiento allá una tormenta que amenaza a mi corazón.

Luis obedeció, y, saludando a la señorita de Montalais, marchó a galope a fin de alcanzar la carroza de las reinas.

Al pasar vio a Monsieur que dormía.

Madame no dormía, no. A su paso, dijo al rey:

-¡Qué buen caballo, señor! ¿No es el de Monsieur?

En cuanto a la reina joven, no dijo más que estas palabras:

-¿Estáis mejor, mi amado señor?

XXIX

EL TRIUNFEMINATO

Luego que llegó el rey a París, se fue al Consejo y estuvo trabajando parte del día. La joven reina permaneció en su cuarto con la reina madre, y prorrumpió en amargo llanto después que se despidió del rey.

-¡Ay, madre mía -dijo-, el rey no me ama ya! ¿Qué será de mí, Dios mío?

-Un marido siempre ama a una mujer como vos -respondió Ana de Austria.

-Puede llegar el momento, madre mía, en que ame a otra que no sea yo.

-¿Y a qué llamáis amar?

-¡Oh! ¡A pensar siempre en alguien, y buscar continuamente a esa persona!

-¿Habéis advertido, acaso -dijo Ana de Austria-, que el rey haga eso?

-No, señora -dijo la reina titubeando.

-¡Pues ya lo veis, María!

-Y, no obstante, madre mía, confesad que el rey me abandona.

-El rey, hija mía, pertenece a todo su reino.

-Ésa es la razón por la que no me pertenece ya a mí, y por la que me veré, como se han visto tantas otras reinas, abandonada y olvidada, en tanto que el amor, la gloria y los honores serán para otros. ¡Ay, madre mía, es tan gallardo el rey, y habrá tantas que le amen y se lo digan!

-Extraño es que las mujeres amen a un hombre en el rey. Pero si eso sucediese, lo cual dudo mucho, desead más bien, María, que esas mujeres amen realmente a vuestro marido. En primer lugar, el amor profundo de la querida es un elemento de disolución rápida para el amor del amante; y después, la querida, a fuerza de amar, pierde todo su dominio sobre el amante, de quien no desea el poder ni las riquezas, sino el amor. ¡Desead, por tanto, que el rey no ame, y que su querida ame mucho!

-¡Ay, madre mía, qué poder tan grande el de un amor profundo!

-¿Y afirmáis que estáis abandonada?

-¡Es cierto, es cierto, desvarío! Hay, sin embargo, un suplicio al cual no podría resistir.

-¿Cuál?

-El de una feliz elección, el de que se formasen otras relaciones junto a las nuestras, el de que el rey encontrase una familia en otra mujer. ¡Oh! Si viese que el rey llegaba a tener hijos...; me moriría.

-¡María, María! -replicó la reina madre con una sonrisa, cogiendo la mano de la joven reina-. Tened presente lo que os voy a decir, y recordadlo siempre para vuestro consuelo: el rey no puede tener delfín sin vos, y vos podéis tenerlo sin él.

A estas palabras, que acompañó con una expresiva carcajada, apartóse de su nuera para salir a recibir a Madame, cuya visita había anunciado un paje.

Madame apenas se había tomado el tiempo preciso para cambiarse. Llegaba con una de esas fisonomías agitadas que revelan un

plan, cuya ejecución se trae entre manos y cuyo resultado pone en cuidado.

-Venía a saber -dijo- si Vuestras Majestades estaban fatigadas del viajecito.

-No -dijo la reina madre.

-Algo -dijo María Teresa.

-Yo, señoras, por lo que más he sufrido ha sido por ir violenta.

-¡Violenta! ¿Y por qué? -dijo Ana de Austria.

-Por la fatiga que ha debido experimentar el rey con tanto como ha corrido a caballo.

-¡Bah! Eso le sienta bien.

-Y yo misma se lo aconsejé - dijo María Teresa palideciendo. Madame no contestó nada; únicamente se delineó en sus labios una sonrisa, que sólo era peculiar a ella, y que no pasó al resto de su fisonomía. Luego, mudando de conversación:

-Volvemos a hallar a París -dijo- muy semejante al París que dejamos: siempre intrigas, enredos, coqueterías.

-¡Intrigas! ¿Qué intrigas? -preguntó la reina madre.

-Se habla mucho del señor Fouquet y de la señora de Plessis-Belllière.

-¿Que se ha inscrito en el número diez mil? -repuso la reina madre-. Pero, ¿y los enredos, cuáles son?

-Tenemos, al parecer, algunas disensiones con Holanda.

-¿Con qué motivos?

-Monsieur me ha referido esa historia de las medallas.

-¡Ah! -exclamó la joven reina-. ¿Esas medallas acuñadas en Holanda. . . en que se ve pasar una nube por el sol del rey?... Hacéis mal en llamar a eso enredos; es cosa que no merece la pena de ocuparse de ello; es una injuria.

-Y que el rey despreciará -respondió la reina madre-. ¿Pero qué hablábais de coquetearías? Aludíais quizá a la señora de Olonne?

-No, no; hay que buscar más cerca de nosotras.

-En nuestra casa -murmuró en español la reina madre al oído de su nuera, sin mover los labios.

Madame nada oyó, y prosiguió:

-¿Sabéis la infausta noticia?

-¡Oh, sí! La herida del señor de Guiche.

-¿Y la atribuíis, como todo el mundo, a un accidente de caza?

-Ciertamente -dijeron las dos reinas excitado ya su interés. Madame se acercó.

-Un duelo -dijo por lo bajo.

-¡Ah! -exclamó gravemente Ana de Austria, a quien le sonaba mal la palabra duelo, proscrita en Francia desde que reinaba en ella.

-Un deplorable duelo, que ha estado a punto de privar a Monsieur de dos de sus mejores amigos, y al rey de dos buenos servidores.

-¿Y por qué ha sido ese duelo? -dijo la reina animada por un secreto instinto.

-Coqueterías -repitió victoriosamente Madame-. Esos señores pusieron a disertar sobre la virtud de cierta dama: al uno le parecía

que Palas era poca cosa al lado de ella; el otro sostenía que esa dama imitaba a Venus festejando a Marte; y a fe mía que los dos caballeros han peleado como Héctor y Aquiles.

-¿Venus cortejando a Marte? -dijo para sí la joven reina, sin atreverse a profundizar la alegoría.

-¿Quién es esa dama? -inquirió claramente Ana de Austria-. Me parece que habéis dicho que es una camarista.

-¿He dicho eso? -preguntó Madame.

-Sí. Y hasta creo que os la he oído nombrar.

-¿Sabéis que una mujer de esa especie es funesta en una casa real?

-¿Es la señorita de La Vallière? -preguntó la reina madre.

-Dios mío, sí, esa feílla.

-Yo creía que estaba prometida a un gentilhomme que no es ni el señor de Guiche ni el señor de Wardes.

-Es posible, señora.

La reina joven cogió un cañamazo que se puso a deshilar con afectada tranquilidad que desmentía el temblor de sus dedos.

-¿Qué decís de Venus y de Marte? - continuó la reina madre-. ¿Hay quizá algún Marte de por medio?

-De eso se alaba ella.

-¿Afirmáis que se precia de ello?

-Esa ha sido da causa del combate.

-Y el señor de Guiche, ¿ha sostenido da causa de Marte?

-Sí, por cierto, como buen servidor.

-¡Como buen servidor! -murmuró da joven reina olvidando toda reserva para dejar traslucir sus celos-. ¿Servidor de quién?

-No pudiendo Marte -contestó Madame- ser defendido sino a expensas de esa Venus, el señor de Guiche ha sostenido da inocencia completa de Marte, afirmando que Venus era da que se preciaba de ello.

-Y el señor de Wardes -dijo Ana de Austria-, ¿propagaba da voz de que Venus tenía razón?

"¡Ah, Wardes! -pensó Madame-, cara os va a costar da herida que habéis hecho al más noble de dos hombres."

Y empezó a acusar a Wardes con todo el encarnizamiento que pudo, pagando así da deuda del herido y da suya, con da certeza de que labraba para do sucesivo da ruina de su enemigo. Tanto dijo, que si Manicamp hubiera estado allí, habría sentido haber servido tan bien a su amigo, puesto que de ahí iba a provenir la ruina de aquel desgraciado enemigo.

-En todo eso -dijo Ana de Austria-, no veo más que un mal, y es La Vallière.

La reina joven volvió a continuar su labor con frialdad absoluta. Madame escuchó.

-¿No es ésa vuestra opinión? -de preguntó Ana de Austria-. ¿No será ella da causa de esa disputa y del combate?

Madame contestó con un gesto que no era afirmativo ni negativo. -No comprendo entonces muy bien do que habéis dicho relativo ad peligro de da coquetería -replicó Ana de Austria.

-Es certísimo -se apresuró a decir Madame- que si da joven no hubiese sido coqueta, Marte no habría reparado en ella.

La palabra Marte hizo que se tiñeran de fugitivo rubor das mejillas de da joven reina; pero no por eso dejó de continuar su obra comenzada.

-No quiero que en mi Corte se arme así a los hombres unos contra otros -dijo con da mayor calma Ana de Austria-. Esas costumbres pudieron tal vez ser útiles en tiempos en que da nobleza, dividida-, no tenía otro lazo común que el de da galantería. Entonces, das mujeres, que eran das únicas que reinaban, tenían el privilegio de estimular el valor de dos caballeros con frecuentes pruebas. Mas hoy, a Dios gracias, no hay más que un solo amo en Fran-

cia. A ese amo se de debe el concurso de toda fuerza y de todo pensamiento. Nunca toleraré que a mi hijo se de arrebate uno solo de sus servidores.

Volviéndose entonces a da joven reina.

-¿Qué haremos con esa La Vallière? - preguntó.

-¿La Vallière? -dijo da reina aparentando sorpresa-. No conozco ese nombre.

Y aquella respuesta fue acompañada con una de esas sonrisas frías que sólo se ven en das bocas reales.

Madame era toda una gran princesa, grande por el talento, el nacimiento y el orgullo; no obstante, se sintió abrumada por el peso de aquella réplica, y tuvo que esperar algunos instantes para reponerse.

-Es una de mis camaristas -repuso haciendo un saludo.

-Entonces -objetó María Teresa en el mismo tono-, es asunto vuestro, hermana mía. . . , no nuestro.

-Perdón -prosiguió Ana de Austria-, es asunto mío; y comprendo perfectamente -añadió, dirigiendo a Madame una mirada de inteligencia- por qué me ha dicho Madame lo que me acaba de decir.

-Cuanto procede de vos -dijo la princesa-, sale de la boca de la Providencia.

-Al enviar a esa joven a su país -dijo María Teresa con dulzura-, se podrá señalar una pensión.

-Sobre mis fondos -exclamó vivamente Madame.

-No, no, señora -interrumpió Ana de Austria-; nada de ruido. Al rey no le es grato que se dé margen a que hablen mal de las damas. Es preciso que todo esto quede en la familia.

-Señora, espero que tengáis la amabilidad de enviarme aquí a esa joven.

-Vos, hija mía, hacedme el favor de volver por un momento a vuestro cuarto.

Las súplicas de la reina madre eran órdenes. María Teresa se levantó para irse a su cuarto, y Madame para llamar a La Vallière por medio de un paje.

XXX

PRIMERA DISCORDIA

La Vallière entró en la cámara de la reina madre, sin sospechar siquiera que se hubiese tramado en contra suya una conspiración peligrosa.

Suponía que se trataba de cosas del servicio, y nunca se había conducido mal con ella la reina madre en este punto. Por otra parte, no dependiendo inmediatamente de la autoridad de Ana de Austria, sólo podía tener con ésta relaciones oficiosas, a las que le hacían prestarse de buen grado su natural complacencia y la posición de la augusta princesa.

Adelantóse, pues, hacia la reina madre, con aquella sonrisa placentera y dulce que constituía su principal belleza.

Como no se acercara lo bastante, Ana de Austria le hizo seña de que se adelantara hasta su asiento. Entonces entró Madame, y con aire tranquilo sentóse junto a su madre política, tomando la labor principiada por María Teresa.

La Vallière advirtió aquellos preámbulos en vez de la orden que esperaba le diesen, y examinó con curiosidad, si no con inquietud, el rostro de las dos princesas.

Ana reflexionaba.

Madame conservaba una indiferencia afectada, que habría alarmado a personas menos tímidas.

-Señorita -dijo de súbito la reina madre sin tratar de moderar su acento español, cosa que nunca dejaba de hacer, a menos que estuviese encolerizada-, acercaos y hablemos de vos, puesto que todo el mundo habla.

-¿De mí? -exclamó La Vallière palideciendo.

-Haceos la desentendida: ¿ignoráis el duelo del señor Guiche con el señor de War-des?

-¡Dios mío, señora! Ayer llegó esa noticia a mis oídos -dijo La Vallière juntando sus manos.

-¿Y no lo habíais presentado antes?

-¿De dónde lo había yo de presentir, señora?

-Porque jamás se baten dos hombres sin motivo, y debíais conocer el de la animosidad de esos dos adversarios.

-Lo ignoro por completo, señora.

-Es ya un sistema de defensa muy gastado el de la negativa tenaz, y vos, señorita, que tenéis talento, debéis huir de las trivialidades. Conque a otra cosa.

-¡Dios mío, señora! Vuestra Majestad me asusta con ese aire glacial. ¿Habré tenido la

desgracia de incurrir en el desagrado de Vuestra Majestad?

Madame echóse a reír. La Vallière la miró con aire estupefacto. Ana replicó:

-¡En mi desagrado! ... ¡Incurrir en mi desagrado! No os imaginéis eso, señorita de La Vallière; necesito pensar en las personas para mostrarles mi desagrado. Solamente pienso en vos porque habéis dado que hablar demasiado, y no me gusta que se hable de las doncellas de mi Corte.

-Vuestra Majestad me hace el honor de decírmelo -repuso asustada La Vallière-; pero no comprendo en qué pueden hablar de mí.

-Yo os lo diré. El señor de Guiche ha salido a vuestra defensa.

-¿A mi defensa?

-Sí, por cierto. Eso es de caballero, y las bellas aventureras gustan de que los caballeros enristren la lanza por su causa. Yo, detesto los combates, y por consiguiente aborrezco las aventuras, y... ya podéis comprender lo demás.

La Vallière dobló sus rodillas a los pies dé la reina, la cual le volvió la espalda. Entonces extendió los brazos a Madame, y ésta se le echó a reír.

Un sentimiento de orgullo la levantó.

-Señoras -dijo-, he preguntado cuál es mi crimen; Vuestra Majestad debe decírmelo, y veo que Vuestra Majestad me condena antes de admitirme una justificación.

-¿Oís, señora, qué bellas frases y qué hermosos sentimientos? ... Necesariamente esta joven es una infanta, una de las aspirantes del gran Ciro... un pozo de ternura y de fórmulas heroicas. Bien se ve, querida mía, que alimentáis vuestra imaginación en el comercio de las testas coronadas..

La Vallière se sintió herida en el corazón, y poniéndose más blanca que una azuena, perdió todas sus fuerzas.

-Quería deciros -prosiguió desdenosamente Ana de Austria- que si continuáis alimentando sentimientos de esa clase, nos

humillaréis de tal suerte, que nosotras las mujeres llegaremos a avergonzarnos de figurar a vuestro lado. Sed más sencilla, señorita... Ahora que recuerdo; ¡me han asegurado que estáis prometida!

La Vallière comprimió su corazón desgarrado por un nuevo dolor.

-Contestad cuando os hablan.

-Sí, señora.

-A un gentilhombre.

-Sí, señora.

-¿Qué se llama?

-El señor vizconde de Bragelonne.

-¿Sabéis que es una dicha muy grande para vos, señorita, y que hallándoos sin bienes de fortuna, sin posición... sin grandes atractivos personales, deberíais bendecir a Dios que os procura un porvenir como ése?

La señorita de La Vallière no replicó.

-¿Dónde está el vizconde de Bragelonne? -continuó la reina.

-En Inglaterra -dijo Madame-, adonde no tardará en llegar la noticia de los triunfos de esta señorita.

-¡Oh cielos! -murmuró consternada La Vallière.

-Pues bien, señorita -dijo Ana de Austria-, se hará volver a ese joven, y se os destinará a algún punto con él. Si sois de otra opinión, pues las jóvenes suelen tener ideas extrañas, poned vuestra confianza en mí, que yo os guiaré por buen camino; ya lo he hecho con jóvenes que no valían más.

La Vallière ya no oía. La inflexible reina continuó:

-Os enviaré sola a alguna parte donde podáis reflexionar con madurez. La reflexión domina el ardor de la sangre y devora todas las ilusiones de la juventud. Supongo que me habréis comprendido.

-¡Señora, señora!

-Ni una palabra.

-Señora, soy inocente de todo cuanto Vuestra Majestad pueda suponer. ¡Señora, ved mi desesperación! ¡Amo y respeto tanto a Vuestra Majestad!

-Más valdría que no me respetaseis -dijo la reina con glacial ironía-. Más valdría que no fueseis inocente. ¿Creéis que me contentaría con lo dicho si hubiéseis incurrido en falta?

-Pero, señora, ¿no veis que me matáis?

-Basta de comedia, o me encargo yo del desenlace. Volved a vuestro cuarto, y que os aproveche mi lección.

-¡Señora -dijo La Vallière a la duquesa de Orleáns, asiéndola las manos-, mediad por mí, vos que sois tan buena!

-¡Yo! -replicó Madame con un gozo insultante-. ¿Yo buena?... ¡Ah, señorita, no creo que lo sintáis así!

Y separó bruscamente la mano de la joven.

Ésta, en vez de doblegarse, como podían esperarlo ambas princesas de su palidez y de

sus lágrimas, recobró de pronto su calma y dignidad, y, haciendo una profunda reverencia, salió.

-Y bien -dijo Ana de Austria a Madame-, ¿creéis que vuelva a las andadas?

-Desconfío de los caracteres dulces y sufridos -replicó Madame-. Nada hay con más valor que un corazón paciente, nada hay más seguro de sí que un carácter dulce.

-Yo os aseguro que lo pensará más de una vez antes de mirar al dios Marte.

-Como no sea que se sirva de su escudo -contestó Madame.

Una altiva mirada de la reina madre sirvió de respuesta a aquella objeción, que no carecía de finura, y las dos damas, seguras casi de su victoria, fueron a buscar a María Teresa, que las aguardaba disimulando su impaciencia.

Eran a la sazón las seis y media de la tarde y el rey acababa de tomar la merienda. Aprovechó el tiempo, y terminado el refrigerio y despachados los asuntos, cogió del brazo a

Saint-Aignan, y le mandó que le condujese al cuarto de La Vallière.

El cortesano dejó escapar una exclamación.

-¿Qué hay? -dijo el rey-. Es costumbre que se ha de tomar, y para tomar una costumbre, preciso es comenzar alguna vez.

-Pero, señor, el departamento de las doncellas es una linterna: todo el mundo ve quién entra y quién sale. Creo que un pretexto... Este, por ejemplo...

-¿Cuál?

-Si vuestra Majestad quisiera esperar a que Madame volviese a su cuarto...

-¡Nada de pretextos! ¡Nada de esperas! Ya estoy harto de contratiempos y de misterios; no veo en qué puede deshonorarse el rey de Francia por tener relaciones con una joven de talento... Homni soit qui mal y pense!

-Señor, señor, Vuestra Majestad me perdonará un exceso de celo...

-¡Habla!

-¿Y la reina?

-¡Tienes razón! Quiero que la reina sea respetada siempre. Por esta noche iré de todos modos a ver a la señorita de La Vallière, y en lo sucesivo tomaré todos los pretextos que quieras. Mañana ya buscaremos; hoy no hay tiempo.

Saint-Aignan no replicó; bajó la escalera delante del rey y atravesó los patios con una vergüenza que no compensaba el insigne honor de servir de apoyo al rey.

Y eso nacía de que Saint-Aignan, que deseaba conservarse en buen lugar con Madame y las dos reinas, quería al mismo tiempo no disgustar a la señorita de La Vallière; y para hacer tantas cosas, era muy difícil que no tropezase con alguna dificultad.

Ahora bien, las ventanas de la joven reina, las de la reina madre y las de Madame caían al patio de las doncellas. Ser visto acompañando al rey, era romper con tres grandes

princesas, con tres mujeres de valimiento inamovible, por el débil atractivo de un efímero valimiento de querida.

Aquel infeliz de Saint-Aignan, que se sentía con tanto valor para proteger a La Vallière, bajo los tresbolillos o en el parque de Fontainebleau, no se sentía ya tan atrevido a la luz primaria; hallaba a aquella joven mil defectos que ardía en deseos de participar al rey.

Pero su suplicio terminó. Atravesaron los patios, y ni una cortina se levantó, ni se abrió ventana alguna. El rey iba de prisa, primero a causa de la impaciencia, y luego a causa de las largas piernas de Saint-Aignan, que iba delante.

Al llegar a la puerta, quiso Saint-Aignan eclipsarse, pero el rey le detuvo.

Era aquélla una delicadeza que el cortesano habría perdonado de buen grado.

Pero no tuvo más remedio que seguir a Luis al cuarto de La Vallière.

Al entrar el monarca, la joven acababa de enjugarse los ojos, y lo hizo con tal precipitación, que él rey lo advirtió. Inquirió como amante interesado, la apremió.

-Nada tengo, señor -dijo ella.

-Al fin y al cabo, llorábais.

-¡Oh, no, señor!

-Mirad, Saint-Aignan, ¿me equivoco?

Saint-Aignan debió contestar, pero se veía muy apurado.

-Tenéis los ojos encarnados, señorita -dijo el rey.

-El polvo del camino, señor. -No, no; no tenéis ese aire de satisfacción que os hace tan bella y seductora. No me miráis.

-¡Señor!

-¡Qué digo! Rehuís mis miradas.

La joven se volvió, en efecto.

-En nombre del Cielo, ¿qué pasa? -preguntó Luis, cuya sangre hervía.

-Nada, señor, y estoy pronta a demostrar a Vuestra Majestad que mi espíritu está tan libre como podáis desear.

-¡Vuestro espíritu libre, cuando mi presencia os turba de una manera tan visible! ¿Os han lastimado o injuriado?

-No, no, señor.

-¡Oh! ¡Es que sería preciso que yo lo supiese! -exclamó el joven príncipe con ojos que despedían llamas.

-Señor, nadie, me ha injuriado. -Vamos, pues, recobrad esa apacible alegría o esa encantadora melancolía que tanto me agradaba en vos esta mañana... ¡Vamos! -Bien, señor; bien.

El monarca hirió el suelo con el pie, y dijo:

-¡Es inexplicable un cambio semejante!

Y miró a Saint-Aignan, el cual advertía también la triste languidez de La Vallière y la impaciencia del rey.

Por más ruegos que hizo Luis, por más que trató de combatir aquella fatal disposición

de ánimo, la joven estaba anonadada, y el aspecto mismo de la muerte no la habría hecho salir de su entorpecimiento.

El rey vio en aquella negativa un misterio que le contrariaba, y se puso a mirar alrededor suyo con aire receloso.

Justamente había en el cuarto de La Vallière un retrato en miniatura de Athos.

El rey vio aquel retrato, que se asemejaba mucho a Bragelonne por haber sido hecho cuando el conde era joven, y fijó en él miradas amenazadoras.

La Vallière, en el estado de opresión en que se hallaba, y muy distante por otra parte de pensar en aquella pintura, no pudo adivinar la preocupación del rey.

Y, no obstante, éste luchaba con un recuerdo terrible que, más de una vez, se había presentado a su memoria y siempre se había esforzado por apartar.

Recordaba la intimidad de ambos jóvenes desde su infancia. Recordaba los esponsales que iban a ser su consecuencia.

Y recordaba que Athos había venido a pedirle la mano de La Vallière para Raúl.

Figuróse que a su regreso a París, La Vallière había sabido noticias de Londres, y que esas noticias habían contrapesado la influencia que él pudiese haber adquirido sobre ella.

Casi en el mismo instante sintióse picado en las sienes por el tábano cruel de los celos, y volvió a preguntar con amargura.

La Vallière no podía contestar; hubiera tenido que decirlo todo, y acusar a la reina y a Madame.

Aquello era sostener una lucha abierta contra dos princesas poderosas.

Parecíale que no haciendo nada para ocultar al rey lo que pasaba en su interior, debía el rey leer en su corazón a través de su silencio, y que si amaba en verdad, debía comprenderlo y adivinarlo todo.

¿Qué otra cosa es la simpatía sino la llama divina que ilumina el corazón y dispensa a los verdaderos amantes de la palabra?

La Vallière calló, por tanto, contentándose con suspirar, llorar y ocultar su cabeza entre las manos.

Aquellos suspiros y lágrimas, que en un principio habían emocionado y luego asustado a Luis XIV, le irritaban ahora. No podía tolerar la oposición, tanto la de los suspiros y lágrimas como otra cualquiera, y prorrumpió en palabras agrias, apremiantes, incisivas.

Era aquél un nuevo dolor que aumentaba los demás dolores de la joven; pero trató de sacar, de lo que consideraba como una injusticia de parte de su amante, fuerza para resistir, no sólo a los dolores antiguos, sino también al nuevo.

El rey empezó a acusar directamente.

La Vallière no intentó siquiera defenderse; soportó todas las acusaciones sin contestar de otro modo que con un movimiento de

cabeza, sin pronunciar más palabras que esta exclamación que el pesar arranca a los corazones hondamente afligidos:

-¡Dios mío, Dios mío!

Pero, en vez de calmar la irritación del monarca, este grito de dolor no hacía mas que aumentarla,, pues veía en él la apelación a un poder superior al suyo, a un ser que podía defender a La Vallière contra él.

Además, se veía secundado por Saint-Aignan. Éste, según hemos dicho, veía aproximarse la tempestad; no conocía el grado de amor que Luis XIV podía experimentar; preveía que la pobre La Vallière tendría que sucumbir necesariamente a los tiros de las tres princesas, y no era bastante caballero para no temer quedar envuelto en su ruina.

Saint-Aignan, por lo tanto, sólo respondía a las interpelaciones del rey con palabras dichas a media voz, y con ademanes marcados que tenían por objeto envenenar las cosas y causar un rompimiento, cuyo resultado debía

libertarle del compromiso de atravesar los patios de un modo tan público para acompañar a su digno compañero al cuarto de La Vallière.

Entretanto, el rey se iba exaltando más y más; dio tres pasos para salir, y volvió otra vez.

La joven no había levantado aún su cabeza, aunque el ruido de los pisos le debió advertir que su amante se alejaba.

El rey se detuvo un instante delante de ella con los brazos cruzados.

-Por última vez, señorita -dijo-, ¿queréis hablar? ¿Queréis explicar de algún modo ese cambio, esa veleidad, ese capricho?

-¿Y qué queréis que os diga, Dios mío? -murmuró La Vallière-. Bien veis, señor, que en este momento me encuentro anonadada, y no puedo hacer uso ni de la voluntad, ni del pensamiento, ni de la palabra.

-¿Tan difícil es decir la verdad? En menos palabras de las que habéis pronunciado, hubiérais podido haberla dicho.

-Pero, la verdad, ¿sobre qué?

-Sobre todo.

Subió, en efecto, la verdad desde el corazón a los labios de La Vallière. Sus brazos hicieron un movimiento para abrirse; pero su boca, permaneció muda, y aquéllos volvieron a caer inertes. La pobre joven no había sido aún bastante desgraciada para aventurar semejante revelación.

-No sé nada -tartamudeó.

-¡Oh! Esto es ya más que coquetería más que capricho -prorrumpió el rey-: ¡es traición!

Y aquella vez, sin que nada le contuviese sin que los impulsos de su corazón lograsen hacerle volver atrás, lanzóse fuera del cuarto con gesto desesperado.

Saint-Aignan, que no deseaba otra cosa que marcharse, se apresuró a seguirle.

El rey no paró hasta la escalera, y agarrándose a la barandilla.

-¿Ves? -dijo-. He sido indignamente engañado.

-¿En qué, señor? -preguntó el favorito.

-Guiche se ha batido Por el vizconde de Bragelonne. Y ese Bragelonne...

-¿Qué? .

-¡Es a quien ella ama! Sin duda alguna, Saint-Aignan, moriría de vergüenza si dentro de tres días me quedase un átomo de ese amor en el corazón.

Y Luis XIV echó a andar otra, vez precipitadamente hacia su cámara.

-¡Ah! Ya se lo tenía yo dicho a Vuestra Majestad -murmure Saint-Aignan, siguiendo a Luis y acechando tímidamente todas las ventanas.

Por desgracia, no sucedió lo mismo a la salida que la entrada. Levantóse una cortina; detrás estaba Madame.

Madame había visto salir al rey del departamento de las camaristas. Levantóse en cuanto pasó Luis, salió apresuradamente de su habitación, y subió de dos en dos los escalones que conducían a la cámara de donde acababa de salir el rey.

XXXI

DESESPERACIÓN

Luego que se marchó el rey, se había levantado La Vallière con los brazos extendidos como para seguirle o detenerle ;mas, cuando se cerraron las puertas y el ruido de sus pasos se perdió en la distancia, no tuvo más que la fuerza precisa para dejarse caer a los pies de un crucifijo.

Allí permaneció consternada y abismada en su dolor, sin poderse dar cuenta más que de su dolor mismo; dolor que sólo comprendía instintivamente y por la sensación.

En medio de aquel tumulto de sus pensamientos oyó La Vallière abrir la puerta, y tembló. Se volvió, creyendo que era el rey que volvía.

Engañóse la joven, porque era Madame, irritada, furiosa, amenazadora. Pero, ¿qué le

importaba Madame ni su cólera? Y volvió a dejar caer la cabeza sobre el reclinatorio.

-Señorita -dijo la princesa de teniéndose delante de La Vallière-, cosa muy buena es arrodillarse, orar y aparentar sentimientos religiosos; pero, por sumisa que seáis con el rey del cielo, conviene además que prestéis alguna obediencia a los príncipes de la tierra.

La Vallière levantó penosamente la cabeza en señal de respeto.

-Creo -prosiguió Madame que hace muy poco se os encargó una cosa.

La mirada fija, extraviada a la vez, de La Vallière, reveló su ignorancia y su olvido.

-La reina os recomendó -continuó Madame- que os comportaseis de modo que nadie tuviese que decir de vos.

La mirada de La Vallière hízose interrogadora.

-Pues bien, alguien acaba de salir de aquí; alguien cuya presencia es una acusación.

La Vallière calló.

-No quiero -continuó Madame- que mi casa, que es la de la primera princesa de la sangre, dé mal ejemplo a la Corte, y vos seríais la causa de ese mal ejemplo. Os anuncio, pues, señorita, fuera de la presencia de todo testigo, pues no trato de humillaros, que sois libre de marchar desde este momento, y que podéis volveros al lado de vuestra madre, a Blois.

La Vallière no podía caer más bajo; no podía sufrir más de lo que había sufrido.

No cambió de postura, y sus manos estuvieron juntas sobre sus rodillas como las de la divina Magdalena.

-¿Me habéis oído? -dijo Madame.

Un simple calofrío que recorrió todo el cuerpo de La Vallière contestó por ella.

Y, como la víctima no daba otra señal de existencia, Madame salió. Entonces, La Vallière sintió que, a la suspensión de los latidos de su corazón y a la paralización de su sangre, sucedieron paulatinamente pulsaciones más rápidas en las muñecas, en el cuello y en las sienes.

Aquellas pulsaciones, aumentándose progresivamente, cambiáronse muy pronto en una fiebre vertiginosa, que le hizo ver en su delirio las sombras de sus amigos en lucha con sus enemigos.

Oía confundirse al mismo tiempo en sus oídos ensordecidos palabras amenazadoras y palabras de amor; no recordaba que fuese ella misma; sentíase como levantada fuera de su primera existencia, en alas de una temible tempestad, y, en el horizonte del camino adonde la empujaba el vértigo, veía levantarse la piedra del sepulcro, mostrándole el interior formidable de la noche eterna.

Pero aquella dolorosa invasión de ensueños concluyó por fin por calmarse, para hacer lugar a la resignación habitual de su carácter. Un rayo de esperanza penetró en su corazón, como un rayo de luz en el calabozo de un desgraciado preso.

Trasladóse con el pensamiento al camino de Fontainebleau; vio al rey a caballo a la

portezuela de su carroza, diciéndole que la amaba, pidiéndole su amor, haciéndole jurar y jurando que nunca pasaría una noche de por medio, en cualquier desavenencia, sin que una visita, una carta o una seña viniese a substituir el reposo de la noche a la agitación del día. Era el rey quien había propuesto aquello, el que lo había jurado. Era, pues, imposible que el rey faltase a la promesa que él mismo había exigido, a no ser que el rey fuese un déspota que exigiese el amor como exigía la obediencia, o fuese un indiferente que el primer obstáculo le basta para detenerle en el camino.

El monarca, aquel dulce protector, que con una palabra, con una sola palabra, podía hacer cesar todas sus penas, iba a asociarse a sus perseguidores.

¡Oh! Su cólera podía durar. Ahora que estaba solo, debía sufrir todo lo que sufría ella misma. Pero él no estaba encadenado como ella; podía obrar, moverse, venir; ella, ella no podía hacer más que esperar.

Y ella esperaba con toda su alma, porque creía imposible que el rey no viniera.

Eran apenas las diez y media de la noche. Vendría, o escribiría, o enviaría a decir algunas palabras de consuelo por medio de Saint-Aignan.

Si venía, ¡oh!, cómo se apresuraría a salirle al encuentro! ¡Cómo desecharía aquella delicadeza que encontraba a la sazón mal entendida! ¡Cómo se apresuraría a decirle: "No es que yo no os ame; ellas son las que quieren que no os ame"!

Y entonces, preciso es decirlo, a medida que más reflexionaba, consideraba a Luis menos culpable. En efecto, ignorándolo todo, ¿qué debía pensar de su obstinación en guardar silencio? Siendo, como todo el mundo, sabía, impaciente e irritable por naturaleza, hasta era de extrañar que hubiese conservado tanto tiempo su sangre fría. ¡Oh! Indudablemente, no se habría conducido ella de aquella manera:

todo lo habría comprendido y adivinado. Pero ella era una infeliz muchacha, y no un gran rey.

¡Oh! ¡Si llegase a venir! ... ¡Cómo le perdonaría todo lo que le había hecho sufrir! ¡Cuánto más le amaría por haber sufrido!

Y con la cabeza extendida hacia la puerta, los labios entreabiertos, aguardaba, ¡Dios le perdone su profana idea!, el beso que los labios del rey destilaban tan suavemente la mañana en que pronunciara la palabra amor.

Si Luis no iba, escribiría por lo menos. esta era la segunda probabilidad, probabilidad menos grata y menos feliz que la anterior, pero que probaría igual su amor, aunque amor más tímido. ¡Oh! ¡Cómo devoraría ella su carta! ¡Cómo se apresuraría a contestarle! ¡Cómo, después que marchara el mensajero, besaría, releería y estrecharía contra su corazón el bienhadado papel que debía devolverle la tranquilidad, la dicha!

Por último, si el rey no iba; si el rey no escribía, era imposible que no enviara por lo

menos a Saint-Aignan, o que el mismo Saint-Aignan no fuese. A una tercera persona podría decírsele todo, porque no estaría allí la majestad real que le helara la palabra en los labios, y entonces no quedaría la menor duda en el corazón del rey.

Todo en La Vallière, corazón y mirada, espíritu y materia, se consagró a esperar.

Decíase a sí misma que todavía le quedaba una hora de esperanza; que hasta media noche, podía el rey venir, escribir o enviar a alguien; y que transcurrida la medianoche sería cuando tendría que renunciar a toda esperanza.

En cuanto oía algún ruido en el palacio, la pobre joven se creía la causa de él; cuantas personas pasaban por el patio, creía que eran mensajeros enviados por el rey.

Dieron las once, luego las once 3 cuarto; después las once y media. Corrían lentamente los minutos en aquella ansiedad, y, no obstante, todavía huían con demasiada precipitación.

Sonaron los tres cuartos.

¡Las doce, las doce! La última, la suprema esperanza llegaba. Con la última campanada, se extinguió la última luz; con la última luz, la última esperanza.

Así, pues, el rey mismo la había engañado; era el primero en faltar al juramento hecho en el mismo día. ¡Doce horas entre el juramento y el perjurio! No era haber guardado mucho tiempo la ilusión.

Por tanto, el rey, no sólo no amaba, sino que despreciaba a la que todos miraban ya con malos ojos, y la despreciaba hasta abandonarla a la vergüenza de la expulsión, que equivalía a una sentencia ignominiosa y, sin embargo, era él, él, el rey, quien era la causa primera de tal ignominia.

Una amarga sonrisa, único síntoma de cólera que durante aquella larga lucha pasó por el semblante angelical de la víctima, entreabrió sus labios.

En efecto, ¿qué le quedaba en la tierra después del rey? Nada. Sólo Dios en el cielo.

Y pensó en Dios.

-¡Dios mío! -exclamó-. Dictadme lo que tengo que hacer. De vos es de quien espero todo, y de quien debo esperarlo.

Y miró a su crucifijo, cuyos pies besó con amor.

-Tú eres un amo -continuó- que nunca olvidas ni abandonas a los que no te abandonan ni olvidan; tú eres el único a quien debo sacrificarme.

Entonces, si alguno hubiera podido mirar lo que pasaba en aquella habitación, habría podido notar que la pobre desesperada tomaba una postrera resolución, fijaba un plan supremo en su ánimo, subía, en fin, la grande escala de Jacob, que conduce a las almas de la tierra al cielo.

Entonces, también, y como sus rodillas no tuviesen fuerzas para sostenerla, dejóse caer poco a poco sobre la tarima del reclinatorio, pegando su frente al madero de la cruz, y, con la mirada fija y la respiración angustiosa, esperó a

que apareciesen en los vidrios los primeros albores de la mañana.

Las dos de la madrugada sorprendieronle en aquel delirio, o más bien en aquel éxtasis. No se pertenecía ya.

Así que vio descender sobre los tejados del palacio' el tinte violado de la mañana y delinear vagamente los contornos del crucifijo de marfil, que tenía abrazado, se levantó con cierta energía, besó los pies del divino mártir, y bajó la escalera de su cámara, envolviéndose la cabeza con un velo.

Llegó al postigo en el momento en que la ronda de mosqueteros abría la puerta para recibir la primera guardia de los suizos.

Entonces, deslizándose detrás de los hombres de la guardia, salió a la calle, antes de que el jefe de la patrulla pensara siquiera en averiguar quién era aquella mujer que tan de mañana abandonaba el palacio.

La Vallière salió detrás de la patrulla.

La patrulla dirigióse a la derecha por la calle de San Honorato, y La Vallière tornó maquinalmente a la izquierda.

Había hecho ya su resolución; quería ir a las Carmelitas de Chaillot, cuya superiora tenía una fama de austeridad que hacía temblar a las mundanas de la Corte.

La Vallière no había visto a París, ni había salido nunca a pie, de suerte que no hubiera sabido su camino. aun cuando hubiese estado en una disposición más tranquila de ánimo. Esto explica cómo subió la calle de San Honorato, en lugar de bajarla.

Lo que deseaba era alejarse del palacio real, y se alejaba.

Había oído decir que Chaillot daba al Sena, y se dirigía hacia el Sena.

Siguió la calle del Gallo, y, no pudiendo atravesar el Louvre, pasó junto a la iglesia de Saint-Germain Auxerrois, costeando el sitio en que Perrault edificó después su columnata.

Muy pronto llegó a los malecones.

Su andar era rápido y agitado. Apenas sentía aquella debilidad que, obligándola a cojear algo, le recordaba de vez en cuando la torcedura de pie que tuvo en sus primeros años.

A cualquier hora del día su porte habría llamado la atención de las personas menos perspicaces y atraído las miradas de los transeúntes menos curiosos; mas, a las dos y media de la mañana, las calles de París se hallan desiertas, o poco menos, y no se encuentran en ellas más que a los artesanos laboriosos que van a ganarse el pan cotidiano o a los ociosos que vuelven a sus casas después de una noche de agitación y de orgía.

Para los primeros principiaba el día, y para los segundos terminaba. La Vallière sintió miedo de todos aquellos rostros, en los que su

ignorancia de los tipos parisienses no le permitía distinguir el tipo de la probidad del que refleja el cinismo. La miseria le infundía espanto, y todos los que encontraba parecíanle gente miserable.

Su vestido, que era el de la víspera, mostraba cierta elegancia, aun en medio de su descuido, pues era el mismo con que se presentara a la reina madre. Además, bajo su velo, que llevaba levantado para ver por dónde iba, su palidez y su hermosos ojos hablaban un lenguaje desconocido a aquella gente del pueblo, y la desgraciada fugitiva, excitaba, sin saberlo, la brutalidad de unos y la compasión de otros.

La Vallière caminó de aquel modo, desalada y presurosa, hasta lo alto de la plaza de la Gréve.

Alguna que otra vez se paraba, apoyaba su mano contra el corazón, se recostaba contra algún edificio para tomar aliento, y continuaba su camino con más rapidez que antes.

Cuando llegó a la plaza de la Gréve, se halló frente a un grupo de tres hombres, despechugados y medio ebrios, que salían de un barco amarrado al puerto.

Aquel barco se hallaba cargado de vino, y se conocía que aquellos hombres habían hecho honor al cargamento.

Venían cantando sus hazañas báquicas en tres tonos distintos, cuando, al llegar al final del pretil que da al muelle, se hallaron frente a la joven.

La Vallière se detuvo.

Ellos, por su parte, al ver aquella joven en traje de Corte, hicieron alto, y, de común acuerdo, se agarraron de las manos, y rodearon a La Vallière, cantando:

*Paloma que vuelas sola,
Vente a nuestro alegre nido.*

La Vallière comprendió entonces que aquellos hombres se dirigían a ella y trataban de cerrarle el paso. Hizo varios esfuerzos para huir, pero fueron inútiles.

Flaqueáronle las piernas, sintió que iba a caer, y exhaló un grito de terror.

Pero, en el mismo instante, se abrió el círculo que la rodeaba a impulsos de una fuerte sacudida.

Uno de los provocadores cayó derrumbado a la izquierda; el otro rodó por la derecha hasta la orilla del agua; el tercero se bamboleó sobre sus pies.

Enfrente de la niña apareció un oficial de mosqueteros, con el ceño fruncido, la amenaza en la boca y la mano levantada para continuar la amenaza.

Los borrachos esquivaron el bulto a la vista del uniforme y, sobre todo, ante la prueba de fuerza que acababa de dar el que lo llevaba.

-¡Pardiez! -murmuró el oficial-. La señorita de La Vallière. La Vallière -aturdida con lo

que acababa de pasar, y sorprendida de oír su nombre, levantó la cabeza y reconoció a Artagnan.

-Sí, señor -dijo-, yo soy, yo.

Y, al mismo tiempo, se apoyó en el brazo del mosquetero.

-Vos me protegeréis, ¿no es así, señor de Artagnan? -añadió con voz suplicante.

-¡Sí que os protegeré! ¿Pero adónde vais a estas horas?

-Voy a Chaillot.

-¿Y vais a Chaillot por la Rapeé? Precisamente lleváis camino contrario.

-Entonces, señor, tened la amabilidad de indicarme el camino, y acompañadme algún trecho.

-Con mucho gusto.

-Pero, ¿cómo es que os he hallado aquí? ¿Por qué favor del Cielo os habéis hallado a punto de poder acudir a mi defensa? Paréceme que estoy soñando, o que he perdido el conocimiento.

-Me encuentro aquí, señorita, porque soy dueño de una casa de la plaza de la Gréve, en "La Imagen de Nuestra Señora", y habiendo ido ayer a cobrar los alquileres, he pasado en ella la noche. Me retire tan temprano, porque deseo estar a buena hora en Palacio para inspeccionar los puestos.

Gracias -dijo La Vallière. "Eso es lo que yo hacía -pensó Artagnan-; pero ella, ¿qué hacía, y por qué va a estas horas a Chaillot?"

Y le ofreció su brazo.

La Vallière , lo tomó, y echó a andar apresuradamente.

No obstante, aquella precipitación ocultaba una gran debilidad. Artagnan lo conoció, y propuso a La Vallière que descansase un rato; pero la joven se negó a ello.

-¿Es qué ignoráis dónde está Chaillot? -preguntó Artagnan.

-Sí, lo ignoro.

-Está muy lejos. -¡No importa! -Media una legua por lo menos.

-Andaré esa legua.

Artagnan no replicó; en el solo acento de la voz conocía las resoluciones irrevocables. Y llevó, más bien que acompañó, a La Vallière. Al fin se distinguieron las alturas.

-¿A qué casa vais, señorita? -preguntó Artagnan.

-A las Carmelitas, señor.

-¡A las Carmelitas! -repitió asombrado Artagnan.

-Sí; y ya que Dios os ha enviado a mí para que me sostengáis en mi camino, os doy las más expresivas gracias y me despido de vos.

-¿Vais a las Carmelitas y os despedís? ¡Es que vais a haceros religiosa! -preguntó Artagnan.

-Sí, señor. -.i i jjiVos!!!

En este vos, a que hemos puesto tres admiraciones para darle toda la expresión posible, encerrábase todo un poema, pues traía a la memoria de La Vallière sus antiguos recuerdos de Blois y sus nuevos recuerdos de Fontai-

nebleau. Era como si le dijese: "Vos, que podíais ser feliz con Raúl; vos, que podíais alcanzar tanto valimiento con el rey, ¿vais a entrar en un convento?"

-Sí, señor -repitió la joven-: quiero hacerme sierva del Señor y renunciar al mundo.

-¿Pero no os engañáis acerca de vuestra vocación? ¿No os engañáis sobre la voluntad de Dios?

-No, puesto que el mismo Dios ha querido que os encuentre, y a no ser por vos habría sucumbido seguramente a la fatiga. Cuando Dios os ha enviado en mi camino, es prueba de que quiere que lleve a cabo mi propósito.

-¡Oh! -exclamó Artagnan en tono de duda-. Algo sutil me parece eso.

-De todos modos -contestó la joven-, ya sabéis adónde voy y cuál es mi resolución. Ahora sólo me resta pedir os un favor -añadió La Vallière.

-Hablad, señorita.

-El rey ignora mi fuga del Palais Royal.

Artagnan hizo un movimiento.

-El rey -continuó La Vallière ignora lo que voy a hacer.

-¿Lo ignora el rey? -exclamó Artagnan-. Pero, señorita, mirad lo que hacéis; sin duda, no habéis meditado las consecuencias de vuestro paso. Nadie debe hacer cosa que el rey ignore, particularmente las personas de la Corte.

-Yo no soy ya de la Corte, señor.

Artagnan miró a la joven con sorpresa que iba en aumento.

-¡Oh! No os alarméis, señor -prosiguió la joven-; todo está calculado, y, aun cuando no lo estuviese, sería ya demasiado tarde para volver atrás en mi resolución; el hecho está ya consumado.

-Pues bien, señorita, ¿qué queréis?

-Caballero,- por la compasión que se debe a la verdadera desgracia, por la generosidad de vuestra noble alma, y por vuestra fe de caballero, os ruego que me juréis una cosa.

-¡Que os jure una cosa! ¿Y el qué?

-Juradme, señor de Artagnan, que no diréis al rey que me habéis visto, ni que estoy en las Carmelitas. Artagnan meneó la cabeza.

-No juraré eso -dijo. -¿Y por qué?

-Porque conozco al rey, os conozco a vos, me conozco a mí mismo, y conozco a todo el género humano. No, yo no juraré eso.

-Entonces -exclamó La Vallière con una energía de que no se hubiera creído capaz-, en vez de las bendiciones que os habría prodigado hasta el fin de mis días, caiga sobre vos la maldición del Cielo, puesto que me hacéis la más miserable de todas las criaturas.

Hemos dicho ya que Artagnan conocía los acentos que salían de lo íntimo del corazón, y no pudo resistir al que la desesperación había arrancado a La Vallière. Advirtió sus facciones descompuestas, vio el temblor de sus labios, vio vacilar aquel cuerpo débil y delicado a impulsos del sacudimiento, y comprendió que la resistencia la mataría.

-Sea como gustéis -dijo-. Estad tranquila, señorita, que nada diré al rey.

-¡Oh! ¡Gracias, gracias! -exclamó La Vallière-. ¡Sois el más generoso de los hombres.

Y, en su transporte de alegría, cogió las manos de Artagnan y las estrechó entre las suyas.

Éste se sintió enternecido. "¡Diantre! -se dijo-. He aquí una que principia por donde otras acaban: es impresionante." Entonces La Vallière, que en el paroxismo de su dolor habíase dejado caer sobre una piedra, volvió a levantarse y se dirigió hacia el convento de las Carmelitas, que se destacaba con mayor fuerza a medida que iba entrando el día. Artagnan la seguía de lejos.

La puerta del parlatorio estaba entreabierta; la joven se deslizó como pálida sombra, y, dando las gracias con un ademán al mosquetero desapareció.

Cuando Artagnan se vio solo, púsose a reflexionar profundamente sobre lo que acababa de suceder.

"Esto es, a fe mía -pensó-, lo que se llama una posición falsa... Conservar un secreto semejante, es guardar en el bolsillo un carbón encendido y confiar que no quemará la tela. No guardar el secreto, cuando uno ha jurado guardarlo, es de hombre sin honor. Generalmente, las buenas ideas las tengo cuando corro; pero esta vez, o mucho me engaño, o es preciso que corra mucho para encontrar la solución de este asunto. .. ¿Adónde correr? A fe mía y a fin de cuentas, hacia el lado de París! Este es el bueno. . . Lo que importa es correr de prisa... Pero, para correr de prisa, valen más cuatro piernas que dos. Desgraciadamente, por el momento no tengo más que dos... ¡Un caballo! Como oí decir en el teatro de Londres: ¡Mi reino por un caballo!... Y ahora que pienso, no es cosa tan difícil... En la barrera de la Conferencia hay un puesto

de mosqueteros, y, en vez de un caballo, podré tener diez, si quiero."

En virtud de esta resolución, que tomó Artagnan con su rapidez acostumbrada, bajó al punto las alturas, llegó al puesto de mosqueteros, tomó el mejor caballo que había, y se puso en palacio en diez minutos.

Daban las cinco en el reloj del Palais Royal.

Artagnan preguntó por el rey. Luis habíase acostado a la hora de costumbre, después de haber despachado con monsieur Colbert, y aún dormía, según toda probabilidad.

"Vamos -pensó-, no me ha engañado la joven; el rey ignora todo, porque si supiese la mitad tan sólo de lo que ha pasado, el Palais Royal estaría a estas horas revuelto."

CÓMO PASE LUIS EL TIEMPO DESDE LAS DIEZ Y MEDIA DE LA NOCHE HASTA LAS DOCE

Al salir el rey del departamento de las camaristas, encontró en su cámara a Colbert, que le esperaba para recibir sus órdenes con motivo de la ceremonia que debía verificarse al día siguiente.

Tratábase, como hemos dicho ya, de la recepción de los embajadores holandés y español.

Luis XIV tenía grandes motivos de queja contra Holanda. Los Estados se habían conducido mal en muchas ocasiones en sus relaciones con Francia y, sin cuidarse de un rompimiento, abandonaban de nuevo la alianza con el rey cristianísimo para lanzarse en toda clase de intrigas con España.

A su advenimiento al trono, es decir, cuando falleció Mazarino, Luis XIV encontró planteada ya aquella cuestión política.

No era su solución fácil para un joven; pero como entonces toda la nación era el rey, todo cuanto resolvía la cabeza estaba dispuesto el cuerpo a ejecutarlo.

Alguna dosis de cólera, la reacción de una sangre juvenil y vivaz en el cerebro, era lo suficiente para cambiar la antigua línea de política y crear otro sistema.

El papel de los diplomáticos de la época limitábase a arreglar entre sí los golpes de Estado de que sus monarcas podían tener necesidad.

Luis no se hallaba en una disposición de ánimo propia para dictarle una política sabia.

Conmovido aún, de resultas de la escena que acababa de tener con La Vallière, empezó a dar paseos por su despacho, deseando encontrar una ocasión a fin de desahogarse, después de haberse contenido por tanto tiempo.

En cuanto Colbert vio entrar al rey, juzgó al primer vistazo la situación, y comprendió

las intenciones del monarca. Por consiguiente, procuró bordearle.

Cuando Luis le preguntó lo que debía decir al día siguiente, empezó Colbert por mostrarse admirado de que el señor Fouquet no le hubiese puesto al corriente del asunto.

-El señor Fouquet -dijo- sabe todo ese asunto de Holanda, puesto que recibe directamente la correspondencia.

Acostumbrado el rey a oír al señor Colbert plagiar al señor Fouquet, dejó pasar aquella indirecta sin contestar y se contentó en oír.

Colbert vio el efecto producido y se apresuró a volverse atrás, diciendo que el señor Fouquet no era tan culpable como pudiera parecer a primera vista, porque tenía a la sazón grandes preocupaciones.

El rey levantó la cabeza.

-¿Qué preocupaciones son ésas? -dijo.

-Majestad, los hombres al fin son hombres y el señor Fouquet tiene sus defectos no obstante sus grandes cualidades.

-¡Ah! ¿quién no tiene defectos, señor Colbert?

-Vuestra Majestad tiene muchos de esos -contestó osadamente Colbert, que sabía injerir una gran lisonja en una ligera censura, como la flecha que hiende el aire, no obstante su peso, a favor de las débiles plumas que la sostienen.

-¿Qué defecto tiene el señor Fouquet? -dijo el rey sonriendo.

-Siempre el mismo, Majestad; aseguran que está enamorado.

-¡Enamorado! ¿Y de quién? -No lo sé a punto fijo, Majestad; me mezclo poco en las galanterías.

-Algo sabréis, cuando habláis. -He oído pronunciar...

-¿Qué?

-Un nombre.

-¿Cuál?

-No lo recuerdo bien.

-Vamos a ver.

-Me parece que es el de una de las camaristas de Madame.

El rey se sobresaltó.

-Algo más sabréis de lo que habéis dicho, señor Colbert -repuso.

-Majestad, os aseguro que no.

-De todos modos, conocidas son las camaristas de Madame, y si se os dicen sus nombres tal vez encontraréis el de la que no recordáis en este momento.

-No, Majestad. -Probad-

-Sería inútil. Majestad. Cuando se trata de nombres de damas comprometidas, mi memoria es un cofre de hierro cuya llave he perdido.

Por el ánimo y la frente de Luis cruzó una nube; pero, queriendo mostrarse dueño de sí mismo, dijo sacudiendo la cabeza:

-Hablemos del asunto de Holanda.

-Primeramente, ¿a qué hora quiere Vuestra Majestad recibir a los embajadores?

-Por la mañana temprano.

-¿A las once?

-Demasiado tarde... A las nueve.

-Muy temprano es.

-Para los amigos, eso no tiene importancia; se hace con ellos todo lo que se quiere; mas para los enemigos, tanto mejor si se incomodan. Confieso que no veré con disgusto acabar de una vez con todos esos pájaros de pantano, que me molestan con sus gritos.

-Se hará como Vuestra Majestad desea...

A las nueve, pues... Daré las órdenes para ello.
¿Será audiencia solemne?

-No. Quiero explicarme con ellos y no envenenar las cosas, como acontece siempre en presencia de mucha gente; pero, al mismo tiempo, quiero hablarles claro, para no tener que volver a empezar.

-Vuestra Majestad designará a las personas que han de asistir a la recepción.

-Ya haré la lista ... Hablemos de esos embajadores, ¿qué quieren?

-Aliándose con España, nada ganan; aliándose con Francia, pierden mucho.

-Explicaos.

-Aliándose con España, se encuentran cercados y protegidos por las posesiones de su aliada, y no pueden hincar en ellas el diente a pesar de sus deseos. De Amberes a Rotterdam sólo hay un paso por el Escalda y el Mosa ... Si quieren morder el pastelito español, vos, Majestad, yerno del rey de España, podéis ponerlos en dos días en Bruselas con la caballería. Se trata, pues, de romper lo bastante con Vuestra Majestad y hacerlos recelar de España para que no os mezcléis en sus asuntos.

-Más sencillo es entonces -respondió el rey- hacer conmigo una alianza poderosa, en la que yo ganaría algo, al paso que ellos lo ganarían todo.

-No; pues si llegasen, por casualidad, a teneros por limítrofe, Vuestra Majestad no es vecino cómodo; joven, ardiente y belicoso, el

rey de Francia puede dar fuertes golpes a Holanda, sobre todo si se acerca a ella.

-Comprendo perfectamente, señor Colbert, pues os habéis explicado muy bien; pero vamos a la conclusión.

-Jamás falta la sabiduría en las decisiones de Vuestra Majestad.

-¿Qué me dirán esos embajadores?

-Dirán a Vuestra Majestad que desean cordialmente su alianza, y será una mentira; dirán a los españoles que las tres potencias deben unirse contra la prosperidad de Inglaterra, y será también mentira; porque la aliada natural de Vuestra Majestad es en la actualidad Inglaterra, que tiene buques, y Vuestra Majestad no los tiene. Inglaterra es la que puede tener a raya el poder de los holandeses en la India, y es, en fin, un país monárquico, donde Vuestra Majestad tiene relaciones de consanguinidad.

-Bien, ¿pero qué responderíais?

-Respondería, Majestad, con gran moderación, que Holanda no está en las mejores dis-

posiciones hacia el rey de Francia; que los síntomas del espíritu público en los holandeses son alarmantes para Vuestra Majestad; que se han acuñado ciertas medallas con emblemas ofensivos.

-¿Para mí? -exclamó exaltado el joven rey.

-¡Oh! No, Majestad, no; ofensivos no es la palabra propia; quise decir extremadamente lisonjeros para los bátavos.

-¡Oh! Si es así, poco me importa el orgullo de los bátavos -dijo suspirando el monarca.

-Vuestra Majestad tiene muchísima razón; pero, con todo, nunca es malo en política, y el rey lo sabe mejor que yo, ser injusto para obtener una concesión. Si Vuestra Majestad se queja con susceptibilidad de los bátavos, les impondrá mucho más.

-¿Y qué eso de las medallas? -preguntó-. Porque si hablo de ello, necesario es que sepa lo que tengo que decir.

-¡A fe mía, Majestad, no lo sé bien!. . .
Algún emblema presuntuoso... ése es todo el
sentido: las palabras nada hacen al asunto.

-Bueno; pronunciaré, la palabra medalla, y ya me comprenderán si quieren.

-¡Oh! Sí que lo comprenderán. También
podrá Vuestra Majestad deslizar algunas palabras sobre ciertos libelos que corren.

-¡Nunca! Los libelos denigran más a los
que los escriben que a aquellos contra quienes
van dirigidos. Os doy las gracias, señor Colbert,
y podéis ya retiraros.

-¡Majestad!

-¡Adiós! No olvidéis la hora y estad allí.

-Espero la lista de Vuestra Majestad.

-Es cierto.

El rey se puso a reflexionar; pero en lo
que menos pensaba era en aquella lista. El reloj
daba las once y media.

En el rostro del monarca notábase la
lucha terrible del orgullo y del amor.

La conversación política había calmado mucho la irritación del rey, y el semblante pálido y descompuesto de La Vallière hablaba a su imaginación un lenguaje muy distinto del de las medallas holandesas o el de los libelos báta-vos.

Estuvo algunos minutos vacilando entre si debía o no volver a la habitación de La Vallière; pero, habiendo insistido Colbert respetuosamente para que le diese la lista, se Artagnan se hacía informar por las mañanas de lo que no había podido ver o saber el día anterior, pues al fin no era ubicuo; de suerte se avergonzó el rey de pensar en el amor cuando los negocios reclamaban su atención.

Por tanto, se puso a dictar:

La reina madre; la reina; Madame; señorita de Motteville; señorita de Châtillon; señorita de Navailles. Y respecto a hombres:

Monsieur; el 'príncipe de Condé; señor de Grammont; señor de Manicamp; señor de Saint-Aignan; y los oficiales de servicio.

-¿Los ministros? -dijo Colbert.

-Eso por de contado, y los secretarios.

-Majestad, voy a disponerlo todo: mañana se comunicarán las órdenes a domicilio.

-Decid hoy -replicó melancólicamente Luis.

Daban las doce.

Aquella era la hora en que la pobre La Vallière se moría de tristeza y de dolor.

Entraron a la sazón los encargados de servir al rey para el acto de recogerse. La reina esperaba hacía una hora.

Luis pasó al cuarto de su esposa, exhalando un suspiro; pero al propio tiempo que suspiraba, se felicitaba por su valor. Complaciase de ser tan íntegro en amor como en política.

XXXIV

LOS EMBAJADORES

Artagnan sabía todo lo que acabamos de relatar, debido a tener entre sus amigos a todas las personas útiles de la casa, servidores oficiosos, orgullosos de ser saludados por el capitán de mosqueteros, porque el capitán era una potencia; y luego, aparte de la ambición, se complacían en ser tenidos en algo por un hombre tan valiente como Artagnan.

De que, de lo que él había visto de por sí por el día y de lo que le referían los demás, formaba una especie de arsenal, adonde acudía en caso necesario para sacar el arma que le parecía más a propósito.

De esta suerte los dos ojos de Artagnan le prestaban igual servicio que los ciento de Argos.

Secretos políticos, secretos de callejuela, palabras escapadas a los cortesanos al salir de la antecámara, todo lo sabía Artagnan y lo encerraba en el impenetrable sepulcro de su memoria, junto a los secretos reales, tan caramamente comprados y tan fielmente guardados.

Supo, pues, la entrevista con Colbert, la cita dada a los embajadores, el incidente a que darían lugar ciertas medallas, y, arreglando a su modo la conferencia con aquellas pocas palabras que habían llegado a sus oídos; se fue a ocupar su puesto en las habitaciones para estar allí cuando Luis se despertara.

El rey se despertó muy temprano. lo cual probaba que también él había dormido mal. A eso de las siete entreabrió suavemente la puerta.

Artagnan estaba ya en su puesto. Luis tenía mal color y parecía fatigado. Cuando apareció, no había acabado de vestirse.

-Que llamen al señor de Saint-Aignan - ordenó.

Saint-Aignan aguardaba sin duda que le llamasen, porque cuando se presentaron en su aposento ya estaba vestido.

Saint-Aignan apresuróse a obedecer, y pasó a la cámara del rey. Un momento después

salieron el rey y Saint-Aignan; el rey iba delante.

Artagnan permanecía asomado a la ventana que caía a los patios, de modo que no tuvo necesidad de incomodarse para seguir con la vista

al rey. No parecía sino que había adivinado de antemano adónde iba. El rey iba al departamento de las camaristas.

Aquello no le sorprendió a Artagnan. Aunque La Vallière no le había dicho nada, sospechó que el rey tendría que reparar algún agravio.

Saint-Aignan le seguía como el día anterior, algo menos inquieto, en la confianza de que a las siete de la mañana no habría más personas despiertas entre los augustos moradores del palacio que el rey y él.

Artagnan permanecía en la ventana, tranquilo e indiferente. Nadie habría sospechado que viese nada, ni que supiese quiénes eran

aquellos dos corredores de aventuras que atravesaban los patios envueltos en sus capas.

Y, sin embargo, Artagnan, aunque aparentaba no mirarlos, no los perdía de vista, y al paso que silbaba aquella famosa marcha de los mosqueteros, que recordaba sólo en las grandes ocasiones, adivinaba y presagiaba toda la tempestad de gritos y de enojos que iba a suscitarse a la vuelta.

En efecto, cuando entró el rey en la habitación de La Vallière, encontrarla vacía, y vio el lecho intacto, el rey comenzó a asustarse y llamó a Montalais.

Montalais acudió al momento, pero su sorpresa fue igual a la del rey.

Lo único que pudo decir a Su Majestad fue que le había parecido oír llorar a La Vallière parte de la noche; mas, sabiendo que Su Majestad había venido, no se había atrevido a informarse.

-Pero, ¿adónde suponéis que haya ido? -preguntó el rey.

-Majestad -respondió Montalais-, Luisa tiene un carácter muy sentimental, y a menudo la he visto levantarse con el día y marcharse al jardín; quizá esté allí.

Parecióle al rey aquello probable, y bajó inmediatamente en busca de la fugitiva.

Artagnan le vio aparecer, pálido y hablando vivamente con su acompañante.

Se dirigía hacia los jardines. Saint-Aignan seguía sofocado. Artagnan no se movió de la ventana, y continuó silbando su marcha, aparentando que nada veía y viéndolo todo.

-Vamos, vamos -murmuró luego que desapareció el rey-, la pasión de Su Majestad es más fuerte de lo que yo creía; creo que hace por ésta lo que nunca hizo por la señorita Mancini.

Luis volvió a aparecer un cuarto de hora después; todo lo había registrado y estaba casi sin aliento.

Excusamos decir que el rey nada había hallado.

Saint-Aignan le seguía, abanicándose con el sombrero y solicitando, con voz alterada, informes de los primeros servidores que llegaban y de todos a los que se encontraban.

Manicamp fue uno de ellos. Manicamp llegaba de Fontainebleau a pequeñas jornadas; pues en lo que otros habrían invertido seis horas, empleaba él veinticuatro.

-¿Habréis visto a la señorita de La Vallière? -le preguntó Saint - Aignan.

A lo que Manicamp, distraído y pensativo siempre, contestó. creyendo que le hablaban de Guiche:

-Gracias; el conde sigue aleo mejor.

Y continuó su camino hasta la antecámara, donde encontró a Artagnan, al cual pidió explicaciones acerca del aire azorado que había creído notar en el rey.

Artagnan le dijo que se había equivocado, y que el rey estaba. por el contrario, de muy buen humor.

En el entretanto dieron las ocho. Era ésta la hora en que el rey acostumbraba a desayunar, pues estaba prevenido en el código de la etiqueta que el rey siempre tendría hambre a las ocho.

Hízose servir en una mesita que había en su dormitorio, y despachó el desayuno a toda prisa.

Saint-Aignan, de quien no quiso separarse, le tuvo la servilleta. Luego dio audiencia a algunos militares.

Mientras duraban las audiencias, envió a Saint-Aignan en descubierta. Después, con la misma preocupación y ansiedad, y acechando siempre el regreso de Saint-Aignan, oyó dar las nueve.

A las nueve en punto pasó a su despacho principal.

Los embajadores entraban a la primer campanada de las nueve. Al dar la última campanada, las reinas y Madame aparecieron.

Los embajadores eran tres por Holanda y dos por España.

El rey les dirigió una mirada y saludó.

En aquel instante entraba también Saint-Aignan.

Aquella entrada era mucho más importante para el rey que la de los embajadores, cualesquiera que fuese el número de éstos y el país de donde viniesen.

Así fue que, ante todas las cosas, el rey hizo a Saint-Aignan un signo interrogativo, al que contestó éste con una negativa absoluta.

El rey estuvo a punto de perder todo su valor; pero, como las reinas, los grandes y los embajadores tenían fijos en él sus ojos, hizo un esfuerzo sobre sí mismo e invitó a los últimos a hablar.

Entonces, uno de los diputados españoles pronunció un largo discurso, en que ponderaba las ventajas de la alianza española.

El rey le interrumpió, diciendo:

-Señor, creo que lo que es bueno para Francia, debe ser bueno para apaña.

Esta frase, y especialmente el modo perentorio en que fue dicha, hizo palidecer al embajador y enrojecer a las reinas, que, siendo ambas españolas, se sintieron lastimadas con aquella respuesta en su orgullo de parentesco y nacionalidad.

El delegado holandés tomó a su vez la palabra, y se quejó de la prevención que el rey mostraba con el Gobierno de su país.

El rey le interrumpió:

-Señor, es extraño que vengáis a quejaros, cuando soy yo quien puede tener motivos de queja; y, sin embargo, veis que no me quejo.

-¡Quejaros, Majestad! -murmuró el holandés-. ¿Y de qué agravio?

El rey sonrió con amargura.

-¿Podéis echarme en cara, señor, que tenga prevenciones contra un Gobierno que autoriza y protege a los que me insultan públicamente.

-¡Majestad!

Holanda -prosiguió el rey irritándose más con sus propios pesares que con la cuestión política es una tierra de asilo para todo el que me quiere mal, y especialmente para el que me ofende.

-¡Oh Majestad! ...

-¿Queréis pruebas, no es verdad?... Pues bien, las tendréis desde luego. ¿De dónde salen esos libelos insultantes que me representan como un monarca sin gloria y sin autoridad? Vuestras prensas los vomitan. Si tuviera aquí a mis secretarios, os citaríá los títulos de las obras con los nombres de los impresores.

-Majestad -contestó el embajador-, un libelo no puede ser obra de una nación. ¿Es justo que un gran rey, como Vuestra Majestad, haga responsable a un gran pueblo del crimen de unos cuantos malvados hambrientos?

-Bueno, concedo esto, señor. Pero cuando la casa de moneda de Amsterdam acuña

medallas ofensivas para mí, ¿es también crimen de unos cuantos malvados hambrientos?

-¿Medallas? -murmuró el embajador.

-Medallas -repitió el rey mirando a Colbert.

-Sería preciso -se aventuró a decir el holandés- que Vuestra Majestad estuviera bien seguro...

El rey no apartaba los ojos de Colbert, pero éste aparentaba no comprender, y callaba, no obstante las provocaciones del rey.

Entonces acercóse Artagnan, y sacando del bolsillo una moneda, que puso en manos del rey:

-Aquí está -dijo- la moneda que busca Vuestra Majestad.

El rey la cogió.

Y entonces pudo ver, con aquella mirada que desde que era verdaderamente el amo no había hecho más que abarcar desde lo alto, una imagen insolente, que representaba a Holanda parando el sol, como Josué, con esta divisa: In conspectu meo, stetit sol.

-¡En mi presencia detúvose el sol! - exclamó furioso el rey-. ¡Oh! Espero que ahora no lo negaréis.

-Y el sol -dijo Artagnan- es éste.

Y señaló, en todos los lienzos del despacho, al sol, emblema multiplicado y resplandeciente, que ostentaba por todas partes su soberbia divisa: Nec pluribus impar.

La cólera de Luis, alimentada por los impulsos de su dolor particular, no' necesitaba de aquel alimento para devorarlo todo. Notábase en sus ojos el ardor de una queja pronta a estallar.

Una mirada de Colbert contuvo la tempestad.

El embajador aventuró algunas excusas. Dijo que la vanidad de los pueblos no era cosa que debiera tomarse en cuenta; que Holanda estaba orgullosa de haber sostenido con tan escasos recursos su reputación de gran nación, aun contra reyes poderosos, y que si sus com-

patriotas se habían ensoberbecido con un poco de humo, rogaba al rey que los disculpase.

El rey parecía buscar consejo. Miró a Colbert, el cual permaneció impasible.

Luego dirigió su mirada a Artagnan.

Éste encogióse de hombros. Este movimiento fue una esclusa levantada, por la cual se desencadenó la cólera del rey, contenida hacía mucho tiempo.

Como nadie sabía adónde le impulsaba al rey aquella cólera, todos permanecieron en triste silencio.

El segundo embajador se aprovechó de él para alegar también sus excusas.

En tanto que hablaba, y el rey, absorbiéndose otra vez poco a poco en sus pensamientos personales, escuchaba aquella voz turbada como una persona distraída escucha el ruido de una cascada, Artagnan, que tenía a su izquierda a Saint-Aignan, se acercó a éste y con voz calculada para que llegase a oídos del rey:

-¿Sabéis la noticia del día, conde? -le dijo.

-¿Qué noticia? -dijo Saint-Aignan.

-La de La Vallière.

El rey se estremeció, y dio involuntariamente un paso hacia ambos interlocutores.

-¿Pues qué ha sucedido a La Vallière? -preguntó Saint-Aignan con tono que fácilmente puede comprenderse.

-¡Ah, pobre muchacha! -dijo Artagnan-. Ha entrado en religión.

-¿En religión? -exclamó Saint-Aignan.

-¿En religión? -exclamó el rey en medio del discurso del embajador.

Luego, bajo el imperio de la etiqueta, se repuso; pero continuó escuchando.

-¿En qué convento? -preguntó Saint-Aignan.

-En las Carmelitas de Chaillot.

-¡En las Carmelitas de Chaillot! ¿Y por dónde diantres sabéis eso?

-Por ella misma.

-¿La habéis visto?

-Yo mismo la he conducido a las Carmelitas.

El rey no perdió una sola palabra; la sangre le bullía en las venas y principiaba a ruborizarse.

-¿Pero por qué esa fuga? -dijo Saint-Aignan.

-Porque la pobre muchacha fue ayer expulsada de la Corte -dijo Artagnan.

Apenas soltó esta palabra, hizo el rey un gesto de autoridad.

-¡Basta, señor -dijo al embajador-, basta!

Y luego, acercándose a Saint-Aignan:

-¿Quién ha dicho -exclamó que La Vallière ha entrado en religión?

-El señor de Artagnan -dijo el favorito.

-¿Y es verdadero lo que decís? -preguntó el rey volviéndose al mosquetero.

-Tan verdadero como la verdad.

El rey apretó los puños y palideció.

-Todavía añadísteis otra cosa, señor de Artagnan -dijo.

-Señor, no sé más.

-Añadísteis que la señorita de La Vallière había sido expulsada de la Corte.

-Sí, Majestad.

-Y eso, ¿es también verdadero?

-Informaos, Majestad.

-¿Y por quién?

-¡Oh! -exclamó Artagnan como quien se recusa.

El rey dio un brinco, dejando a un lado embajadores, ministros y cortesanos.

La reina madre se levantó. Todo lo había oído, y lo que no oyó, lo había adivinado.

Madame, desfallecida de cólera y de miedo, trató de levantarse también como la reina madre; pero volvió a caer otra vez en su sillón, al cual, por un movimiento instintivo, hizo rodar hacia atrás.

-Señores -dijo el rey-, la audiencia ha terminado; haré saber mi respuesta, o mejor, mi voluntad, a España y Holanda.

Y con gesto imperioso, despidió a los embajadores.

-Cuidado, hijo mío -dijo la reina madre con indignación-, cuidado, que se me figura que no sois dueño de vos.

-¡Oh señora! -rugió el joven león con gesto amenazador-, si no soy dueño de mí, os aseguro que lo seré de los que me ultrajen. Venid conmigo, señor de Artagnan, venid conmigo.

Y salió del despacho, dejando a todos aterrados.

El rey bajó la escalera y se dispuso a atravesar el patio.

-Majestad -dijo Artagnan-, equivocáis el camino.

-No, que voy a las caballerizas.

-Es inútil; tengo caballos dispuestos para Vuestra Majestad.

El rey contestó a su servidor con una mirada; pero aquella mirada prometía más de lo que se hubiera atrevido a esperar la ambición de tres Artagnanes.

XXXV CHAILLOT

Manicamp y Malicorne, a pesar de no haber sido llamados, siguieron al rey y a Artagnan.

Eran dos hombres muy inteligentes; no había sino que Malicorne llegaba a veces demasiado pronto por ambición, y Manicamp demasiado tarde por pereza.

Esta vez llegaron a punto.

Había preparados cinco caballos. El rey y Artagnan tomaron dos; Manicamp y Malicorne otros dos, y un paje de las caballerizas montó el quinto.

La cabalgata marchó al galope. Artagnan había sabido elegir muy bien los caballos, verdaderos caballos de amantes angustiados, caballos que más bien que correr volaban. Diez minutos después de su marcha llegaba a Chaillet la cabalgata en forma de un torbellino de polvo. El rey arrojóse del caballo, pero por grande que fue la velocidad con que practicó aquella maniobra, ya estaba Artagnan teniendo las bridas de su corcel.

Luis hizo al mosquetero un ademán de agradecimiento, y arrojó las bridas en los brazos del paje.

Luego se lanzó al vestíbulo, y, empujando con violencia la puerta, entró en el parlatorio.

Manicamp, Malicorne y el paje se quedaron a la parte de afuera. Artagnan siguió a su amo.

Al penetrar en el parlatorio, lo primero con que tropezaron los ojos del rey fue con Lui-

sa, no arrodillada, sino acostada al pie de un gran crucifijo de piedra.

La joven permanecía echada sobre la losa húmeda, y era apenas visible en la sombra de aquella sala, que sólo recibía luz por una ventana enrejada y cubierta de enredaderas.

Se hallaba sola, inanimada, fría como la piedra sobre la cual reposaba su cuerpo.

Al verla el rey en aquella actitud, la creyó muerta, y exhaló un grito terrible que hizo acudir a Artagnan.

El rey había pasado ya un brazo alrededor de su cuerpo. Artagnan ayudó al rey a levantar a la infeliz joven, sobre la cual parecía extender sus alas el genio de la muerte.

El rey la cogió entonces por entero en sus brazos, y calentó a besos sus manos y sus mejillas heladas.

Artagnan agarró la cuerda de la campana.

Al momento acudieron las hermanas carmelitas.

Las santas hijas prorrumpieron en gritos de escándalo al ver aquellos hombres que tenían en sus brazos a una mujer.

La superiora acudió también. Esta persona, de más mundo que las damas mismas de la Corte, no obstante su austeridad, reconoció al primer golpe de vista al rey en el respeto que le manifestaban los asistentes y en el aire con que imponía a toda la comunidad.

Así fue que al ver al rey se retiró otra vez a su habitación, como medio de no comprometer su dignidad; pero envió por medio de las religiosas toda especie de cordiales, aguas de la reina de Hungría, de melisa, etc., etc., ordenando al mismo tiempo que cerrasen las puertas.

Tiempo era ya de hacerlo, pues el dolor del rey se iba haciendo cada vez más ruidoso y desesperado.

El rey parecía decidido a enviar a llamar a su médico, cuando La Vallière principió a dar señales de vida.

Al volver en sí, lo primero que vio fue a Luis a sus pies. Sin duda, no debió reconocerle, puesto que no hizo mas que exhalar un doloroso suspiro.

El rey mirábala con la mayor ansiedad.

Al fin sus ojos errantes se fijaron en el rey.

Reconociólo la joven, e hizo un tenue esfuerzo para arrancarse de sus brazos.

-Pues qué -murmuró ella-, ¿no está todavía consumado el sacrificio?

-¡Oh! ¡No, no! -murmuró el rey-. Ni se consumará; yo os lo juro.

La joven se levantó, a pesar de lo débil y quebrantada que estaba.

-¡Ay! Es necesario -dijo-; no me detengáis.

-¿Y había yo de dejar sacrificaros? -exclamó Luis-. ¡Jamás! ¡Jamás!

-¡Bien! -murmuró Artagnan-. Vayámonos fuera. Puesto que principian a hablarse, están de mas oídos extraños.

Artagnan salió, y quedaron solos los dos amantes.

-Majestad -prosiguió La Vallière-, ni una palabra más; no destruyáis mi único porvenir, que es mi salvación, y todo el vuestro, que es vuestra gloria, por un capricho.

-¿Un capricho? -exclamó el rey.

-¡Oh! Ahora -dijo la joven- leo claro en vuestro corazón, Majestad.

-¿Vos, Luisa?

-¡Sí, yo!

-Hablad.

-Un arrebató incomprendible, irreflexivo, puede pareceros momentáneamente una excusa suficiente; pero tenéis deberes que son incompatibles con vuestro amor hacia una pobre muchacha. ¡Olvidadme!

-¡Olvidaros yo!

-Ya lo habéis hecho.

-¡Antes morir!

-Majestad, no es posible que améis a la que habéis consentido en matar esta noche tan cruelmente como lo habéis hecho.

-¿Qué decís, Luisa? Explicaos.

-¿Qué me pedísteis ayer mañana? Que os amara. ¿Qué me prometísteis en cambio? Que no dejaríais pasar una noche de por medio sin ofrecerme una reconciliación cuando os hubieseis enojado contra mí.

-¡Oh! ¡Perdonadme, perdonadme, Luisa! Los celos me tenían loco.

-Majestad, los celos son un mal pensamiento que renacen, como la cizaña, después que se la corta. Tendríais celos otra vez, y acabaríais de matarme. Tened la misericordia de dejarme morir.

-Otra palabra como esa, señorita, y me veréis morir a vuestros pies.

-¡No, Majestad! Conozco bien lo que valgo. Creedme, y no queráis perderos por una desventurada, a quien todo el mundo despre-

cia. -¡Oh! ¡Nombradme a los que acusáis de ese modo, nombrádmelos!

-No tengo queja ninguna contra nadie, Majestad;. sólo me acuso a mí misma. ¡Adiós! Os comprometéis hablando así.

-¡Cuidado, Luisa; al hablarme de ese modo, me reducís a la desesperación! ¡Cuidado!

-¡Oh! ¡Majestad! ¡Majestad! ¡Dejadme con Dios, os lo suplico!

-¡Os arrancaré hasta de Dios mismo!

-¡Pues antes -exclamó la pobre niña-, arrancadme de esos enemigos feroces que atentan contra mi vida y mi honor! Si tenéis bastante fuerza para amar, tened también bastante energía para defenderme. Pero no, la que decís que amáis se ve injuriada, mofada, expulsada.

Y la inofensiva niña, obligada por el dolor a acusar, se retorció los brazos sollozando.

-¡Os han expulsado!- -exclamó el rey-. Esta es la segunda vez que oigo esa palabra.

-Ignominiosamente, Majestad; y ya lo veis, no tengo más amparo que Dios, más consuelo que la oración, más auxilio que el de un claustro.

-Tendréis mi palacio y mi corte. ¡Ah! No temáis nada; los que ayer, o mejor, las que ayer os expulsaron, temblarán mañana en vuestra presencia. ¿Qué digo mañana? Hoy mismo he amenazado, y nada me es más fácil que lanzar el rayo que todavía retengo en mi mano. ¡Luisa, Luisa! ¡Seréis cruelmente vengada! Lágrimas de sangre pagarán vuestras lágrimas. Nombradme a vuestros enemigos.

-¡Jamás, jamás!

-Entonces, ¿cómo queréis que castigue?

-Majestad, a los que habrías de castigar, harían retroceder vuestra mano.

-¡Oh! ¡No me conocéis! -exclamó Luis exasperado-. Antes que retroceder, abrasaría a mi reino y maldeciría a mi familia. Sí, sería capaz de arrancarme hasta mi mismo brazo, si fuese bastante cobarde para no pulverizar a

cuantos se hayan hecho enemigos de la más dulce de las criaturas.

Y al decir Luis estas palabras, descargó un fuerte golpe sobre el tabique de roble, que produjo un sonido lúgubre.

La Vallière se asustó. La cólera de aquel joven tan poderoso tenía algo de imponente y siniestro, porque, como la de la tempestad, podía ser mortal.

Ella, cuyo dolor creía no tener igual, quedó vencida por aquel dolor que se abría paso por la amenaza y la violencia.

-Majestad -dijo-, por última vez, alejaos; os lo suplico; la calma de este retiro me ha fortalecido ya; me siento más tranquila bajo el amparo de Dios. Dios es un protector ante quien desaparecen todas las miserias humanas. Majestad, por última vez, dejadme con Dios.

-Entonces -exclamó Luis-, decid francamente que no me habéis amado nunca, decid que mi humildad, decid que mi arrepentimiento halagan vuestro orgullo, pero que no os afli-

ge mi dolor; decid que el rey de Francia no es ya para vos un amante, cuya ternura pueda hacer vuestra felicidad, sino un déspota cuyo capricho ha roto en vuestro espíritu hasta la última fibra de la sensibilidad. No digáis que buscáis a Dios, decid que huís del rey. No, Dios no es cómplice de las resoluciones inflexibles; Dios admite la penitencia y el remordimiento, y absuelve, porque quiere que se ame.

Luisa se retorció de sufrimiento oyendo aquellas palabras, que hacían correr la llama hasta lo más profundo de sus venas.

-¿Pero no me habéis oído? - exclamó.

-¿Qué?

-¿No habéis oído que he sido expulsada, despreciada e injuriada?

-Pues yo haré que seáis la más respetada, la más adorada, la más envidiada de mi corte.

-Probadme que no habéis dejado de amarme.

-¿Cómo?

-Alejándoos de mí.

-Yo os lo probaré no abandonándoos ya.

-¿Pero creéis, Majestad, que pueda yo permitir eso? ¿Creéis que pueda consentir en ver lastimada por mi causa a vuestra madre, a vuestra esposa y a vuestra hermana?

-¡Ah! ¡Por fin las habéis nombrado! ¿Conque han sido ellas las causantes del mal? ¡Pues por Dios que nos oye, serán castigadas!

-¡Ahí tenéis por qué el porvenir me espanta, por qué lo rehúso todo, por qué no quiero que me venguéis! ¡Oh Dios mío! ¡No más lágrimas, no más dolores, no más quejas de ese género! ¡Harto he padecido y llorado ya!

-¿Y mis lágrimas, y mis dolores y mis quejas, las tenéis en nada?

-¡No me habléis así, Majestad, en nombre del Cielo! ¡En nombre del Cielo, no me habléis así! Necesito de todo mi valor para llevar a cabo el sacrificio.

-¡Luisa, Luisa! ¡Te lo suplico encarecidamente! ¡Manda, ordena, véngate o perdona; pero no me abandones!

-¡Ay! ¡Es preciso separarnos, Majestad!

-Es decir, ¿no me amas?

-¡Oh! ¡Dios lo sabe!

-¡Mentira! ¡Mentira!

-¡Oh! Si no os amara, Majestad, dejaría que hicieseis vuestra voluntad, me dejaría vengar y aceptaría, en cambio del insulto que me han hecho, ese grato triunfo del orgullo que me proponéis ... Y, ya lo veis, hasta rechazo la dulce compensación de vuestro amor, de vuestro amor que es mi vida, no obstante, ya que he querido morir creyendo que no me amábais.

-Pues bien, sí, sí, ahora reconozco que sois la más santa, la más venerable de las mujeres. Nadie es más digna que vos, no ya de mi amor y respeto, sino del amor y respeto de todos; por eso nadie será amada como vos, Luisa, nadie ejercerá sobre mí el imperio que tenéis. Sí, os lo juro, rompería en este momento el

mundo entero como vidrio, si el mundo me incomodase. ¿Me mandáis que me calme, que perdone? Sea, me calmaré. ¿Queréis reinar por la dulzura y la clemencia? Seré clemente y dulce. Dictadme mi conducta y obedeceré.

-¡Dios Santo! ¡Y quién soy yo, pobre de mí, para dictar una sílaba a un rey como vos?

-¡Sois mi vida y mi alma! ¿No es el alma la que gobierna el cuerpo?

-Según eso, ¿me amáis, mi querido señor?

-De rodillas, con las manos juntas, con todas las fuerzas de que Dios me ha dotado. ¡Os amo bastante para entregaros mi vida sonriendo si pronunciáis una palabra!

-¿Me amáis?

-¡Oh, sí!

-Entonces, nada me queda que desear en el mundo. ¡Vuestra mano, Majestad, y despedámonos! Ya he disfrutado en esta vida toda la dicha que me había tocado en suerte.

-¡Oh, no! ¡Di que tu vida comienza! ¡Tu felicidad no es ayer, es hoy, es mañana, es siempre! ¡Para ti el porvenir! ¡Para ti todo lo que sea mío! ¡No más ideas de separación, no más separaciones sombrías! El amor es nuestro dios, la necesidad de nuestras almas. Tú vivirás para mí, como viviré yo para ti.

Y, prosternándose ante ella, besó sus rodillas con inexpresables transportes de alegría y de reconocimiento.

-¡Oh! ¡Majestad! ¡Majestad! Todo esto es un sueño.

-¿Por qué un sueño?

-Porque no puedo regresar a la Corte. Desterrada, ¿cómo os he de volver a ver? ¿No vale más entrar en el claustro para enterrar en él, en el bálsamo de vuestro amor, los postreros impulsos de vuestro corazón y vuestra última confesión?

-¡Desterrada, vos! -exclamó Luis XIV-. ¿Y quién se atreve a desterrar cuando yo llamo?

-¡Oh Majestad! Algo que es superior a los monarcas: el mundo y la opinión; reflexionad que no podéis amar a una mujer expulsada, a la que vuestra madre ha mancillado con una sospecha, a la que vuestra hermana ha infligido un castigo. Esa mujer es indigna de vos.

-¿Indigna una mujer que me pertenece?

-Sí, y por eso, precisamente, señor; desde el momento que ella os pertenece, vuestra querida es indigna.

-¡Ah! Tenéis razón, Luisa; sois la misma delicadeza. Pues bien, no seréis desterrada.

-¡Oh! Bien se ve que no habéis oído hablar a Madame.

-Hablaré a mi madre. -¡Tampoco habéis visto a vuestra madre!

-¿También ella? ¡Pobre Luisa!... ¿Conque todo el mundo estaba contra vos?

-Sí, sí, pobre Luisa, que cedía ya a la tempestad, cuando vos habéis venido, cuando vos habéis acabado de destrozarla.

-¡Oh, perdón!

-No lograréis aplacar a ninguna de las dos, creedme; el mal no tiene remedio, porque jamás os permitiré emplear la violencia ni la autoridad.

-Pues bien, Luisa, para demostraros cuánto os amo, quiero hacer una cosa: iré a ver a Madame.

-¿Vos?

-Le haré revocar la sentencia; la obligaré.

-¡Obligar! ¡Oh! ¡No, no!

-Es verdad; la aplacaré. Luisa meneó la cabeza. -Suplicaré, si es necesario -dijo Luis-. ¿Creeréis entonces en mi amor?

-¡Oh! Jamás os humilléis por mí, Majestad; dejadme antes morir...

El rey reflexionaba, sus facciones tomaron una expresión sombría. -Amaré tanto como habéis amado -dijo-; sufriré tanto como habéis sufrido; ésa será mi expiación a vuestros ojos. Ea, señorita, dejemos mezquinas consideracio-

nes; seamos grandes como nuestro dolor, seamos fuertes como nuestro amor.

Y, al decir estas palabras, la cogió en sus brazos y le formó un cinturón con sus dos manos.

-¡Mi único bien, mi vida, seguidme! - exclamó.

La joven hizo un último esfuerzo, en el que concentró, no toda su voluntad, porque su voluntad estaba ya vencida, sino todas sus fuerzas.

-¡No! -contestó débilmente-. ¡No, no! ¡Me moriría de vergüenza!

-¡No, porque entraréis como reina! Nadie sabe vuestra salida... Sólo Artagnan...

-¿También él me ha vendido?

-¿Cómo es eso?

-Había jurado...

-Había jurado no decir nada al rey -dijo Artagnan asomando su fina cabeza por la puerta entornada-, y he cumplido mi palabra. Se lo dije al señor de Saint-Aignan, y no ha sido cul-

pa mía que el rey lo oyese. ¿No es cierto, Majestad?

-Así es; perdonadle -dijo el rey. La joven sonrió, y tendió al mosquetero su delicada y blanca mano.

-Señor de Artagnan -dijo el rey, gozoso en extremo-, buscad una carroza para la señorita.

-Majestad -contestó el capitán-, la carroza espera.

-¡Oh! ¡Sois modelo de servidos! -exclamó el rey.

-Tiempo ha costado advertirlo -dijo Artagnan, complacido, no obstante, con la lisonja.

La Vallière estaba vencida, y, aunque todavía opuso alguna ligera resistencia, se dejó llevar medio desfallecida por su regio amante.

Pero, al llegar a la puerta del parlatorio, en el momento de dejarlo, se arrancó de los brazos del rey, y, aproximándose al crucifijo de piedra, lo besó diciendo:

-¡Dios mío! Me habéis llamado, y me separo de vos; pero vuestra bondad es infinita. Sólo os ruego que cuando vuelva olvidéis que me he alejado; porque cuando vuelva a vos, será para no separarme ya nunca.

El rey exhaló un sollozo. Artagnan enjugó una lágrima. Luis arrastró a la joven, la llevó hasta la carroza, y puso a Artagnan a su lado.

Y él mismo, montando a caballo, se dirigió al Palais Royal, donde, así que llegó, hizo avisar a Madame que le concediese un momento de audiencia.

XXXVI

EN EL APOSENTO DE MADAME

En el modo como el rey había despedido a los embajadores adivinaron los menos perspicaces una guerra.

Los mismos embajadores, poco enterados de la crónica íntima, habían interpretado contra ellos el célebre dicho: "Si no soy dueño de mí, lo seré de los que me ultrajan".

Afortunadamente para los destinos de Francia y Holanda, Colbert los siguió para darles algunas explicaciones; pero las reinas y Madame, muy inteligentes en todo lo que concernía a sus casas, así que oyeron aquella frase llena de amenazas, se retiraron con tanto temor como despecho.

Por su parte, Madame conocía que la cólera del rey recaería principalmente sobre ella, y como era mujer de valor, altiva con exceso, en lugar de buscar apoyo en la reina madre, se retiró a su habitación, si no del todo tranquila, al menos sin intención de evitar el combate. De tiempo en tiempo enviaba Ana de Austria mensajeros para saber si el rey había regresado.

El silencio que guardaba el palacio sobre aquel asunto y la desaparición de Luisa, eran

presagio de multitud de desgracias para el que conocía el carácter irritable de Luis.

Pero Madame, haciendo frente a todos aquellos rumores, se encerró en su habitación, llamó a Montalais, y con toda la serenidad de que fue capaz, hizo hablar a la joven sobre el suceso del día. En el instante en que la elocuente Montalais concluía con toda especie de precauciones oratorias, y recordaba a Madame la tolerancia a beneficio de reciprocidad, se presentó el señor Malicorne, pidiendo a la princesa una audiencia.

El digno amigo de Montalais tenía impresas en su semblante las señales de la más viva emoción. Imposible equivocarse acerca de ello: la entrevista pedida por el rey debía ser uno de los capítulos más interesantes de aquella historia del corazón de los reyes y de los hombres.

Madame turbóse con la noticia de la visita de su cuñado, la cual no esperaba tan

pronto, y menos sobre todo, una gestión directa de Luis.

Ahora bien, las mujeres, que hacen tan bien la guerra indirectamente, son siempre menos hábiles y menos fuertes cuando se trata de aceptar una batalla de frente.

Hemos dicho ya que Madame no era persona capaz de retroceder, pues, antes bien, tenía el defecto o la cualidad contraria.

Hacía gala de valor, y así fue que el recado de Su Majestad, que le transmitía Malicorne, le causó el efecto de la trompeta que da la señal de las hostilidades. Madame recogió el guante con altivez.

Cinco minutos después, el rey subía la escalera.

Estaba colorado de haber corrido a caballo. Su traje, polvoriento y en desorden, contrastaba con el atavío elegante y ajustado de Madame, la cual se ponía pálida bajo su colorete.

El rey no gastó preámbulo alguno, y se sentó. Montalais desapareció.

Madame se sentó enfrente del rey.

-Hermana mía -dijo el rey-, ¿sabéis que la señorita de La Vallière se ha fugado esta mañana, y ha ido a sepultar su dolor y su desesperación en un claustro?

Al decir estas palabras, la voz del rey apareció singularmente conmovida.

-Vuestra Majestad es quien me da la noticia -replicó Madame.

-Suponía que la hubieseis sabido esta mañana en la recepción de los embajadores -dijo el rey.

-En vuestra emoción, Majestad, adiviné que pasaba algo extraordinario, mas sin saber qué.

El rey, que era franco, e iba al objeto:

-Hermana mía -dijo-, ¿por qué habéis despedido a la señorita de La Vallière?

-Porque me disgustaba su servicio -replicó secamente Madame. Luis se puso de color de púrpura, y en sus ojos brilló un fuego

que todo el valor de Madame pudo apenas sostener.

Contúvose, no obstante, y añadió:

Necesario es, hermana mía, que una mujer tan buena como vos haya tenido un motivo poderosísimo para expulsar y deshonar, no sólo a una joven, sino a toda su familia. No ignoráis que la ciudad tiene fijos sus ojos en la conducta de las damas de la Corte. Despedir a una camarista, es atribuirle un crimen, o por lo menos una falta. ¿Cuál es, por tanto, el crimen o la falta de la señorita de La Vallière?

-Puesto que os constituís en protector de la señorita de La Vallière -replicó fríamente Madame-, voy a dar explicaciones que me creo con derecho de no dar a nadie.

-¿Ni aun al rey? -murmuró Luis revisándose de una expresión de cólera.

-Me habéis llamado hermana vuestra -dijo Madame- y estoy en mi aposento.

-¡No importa! -repuso el joven monarca avergonzado de su arrebató-. Ni vos, señora, ni

nadie, puede decir en mi reino que tenga derecho para no explicarse en mi presencia.

-Puesto que así lo tomáis -dijo Madame con sombrío enojo-, no me queda sino inclinarme ante Vuestra Majestad y sellar mis labios.

-No, nada de equívocos.

-La protección que Vuestra Majestad dispensa a la señorita de La Vallière me impone respeto.

-Nada de equívocos, digo; bien sabéis que, siendo yo el jefe de la nobleza de Francia, debo cuenta a todos del honor de las familias. Expulsáis a la señorita de La Vallière, o a otra cualquiera...

Madame encogióse de hombros. -O a otra cualquiera, lo repito -continuó el rey-, y como al proceder así deshonráis a esa persona, os pido una explicación para confirmar o revocar esa sentencia.

-¿Revocar mi sentencia? -exclamó Madame con altivez-. ¡Pues qué! Cuando despido

de mi casa a cualquiera de mi servidumbre, ¿me obligaríais a volverle a recibir? El rey calló.

-Eso no sería ya abuso de poder, señor, sino inconveniencia.

-¡Madame!

-¡Oh! Me rebelaría, como mujer, contra un abuso que ultrajaría toda dignidad; no sería ya una princesa de vuestra sangre, una hija del rey, sino la última de las criaturas, más humilde aún que la criada despedida.

El rey brincó de furor.

-No es un corazón -exclamó- lo que late en vuestro pecho; si os portáis conmigo de ese modo, dejadme proceder con igual rigor.

A veces, en una batalla, una bala extrañada suele causar un estrago. Aquella frase que Luis pronunció sin intención, hirió a Madame y la sobrecogió por un momento: podía, un día u otro, tener represalias.

-En fin -dijo-, explicaos, Majestad.

-Os pregunto, señora, en qué ha podido agraviaros la señorita de La Vallière.

-Es la más artificiosa zurcidora de intrigas que conozco; ha hecho batirse a dos amigos y ha dado que hablar en términos tan vergonzosos, que toda la Corte arruga el ceño con sólo oír su nombre.

-¿Ella? ¿ella? -exclamó el rey. -Bajo ese aspecto tan dulce como hipócrita -continuó Madame-, oculta un alma llena de astucia y de perfidia.

-¿Ella?

-Podréis tener formado un juicio equivocado, Majestad; mas yo la conozco: es capaz de excitar a la guerra a los mejores parientes y a los más íntimos amigos. Ya veis la cizaña que ha sembrado entre nosotros.

-Protesto -dijo el rey. -Majestad, haceos cargo de una cosa: nosotros vivíamos en la mejor armonía, y esa joven, con sus intrigas y sus quejas, os ha indispuerto contra mí.

-Os juro -dijo el rey- que jamás ha salido de sus labios una palabra amarga, y que hasta en mis arrebatos no me ha permitido amenazar

a nadie. Os aseguro que no tenéis amiga más leal ni más respetuosa que esa joven.

-¿Amiga? -dijo Madame con marcada expresión de desprecio.

-Cuidado, señora -replicó el rey-; olvidáis haberme comprendido, y que, desde ese momento, cesa toda desigualdad. La señorita de La Vallière será todo lo que yo quiera que sea, y mañana, si me place, podrá sentarse sobre un trono.

-Por lo menos no habrá nacido en él, y cuanto podáis hacer será para lo futuro; pero nunca haréis cambiar lo pasado.

-Señora, os he tratado con urbanidad y cortesía; no me hagáis recordar que soy el amo.

-Majestad, ya me lo habéis dicho dos veces. He tenido el honor de deciros que ante eso me inclino.

-¿Me concedéis entonces que la señorita Luisa de La Vallière vuelva a vuestra casa?

-¿Para qué, Majestad, cuando tenéis un trono que ofrecerle? Soy yo muy poca cosa para proteger a una potencia como ésa.

-Basta ya de salidas maliciosas y desdeñosas. Concededme su perdón.

-¡Nunca!

-Me lanzáis a la guerra entre mi familia.

-También tengo yo familia donde refugiarme.

-¿Hasta ese punto os olvidáis de vos misma? ¿Creéis que si llevaseis la ofensa hasta ahí os sostendrían vuestros parientes?

-Espero, Majestad, que no me obligaréis a hacer nada contrario a mi jerarquía.

-Esperaba que os acordaríais de nuestra amistad, que me trataríais como a hermano.

Madame se detuvo un momento.

-No es desconoceros por hermano -dijo- rehusar una injusticia a Vuestra Majestad.

-¿Una, injusticia?

-¡Oh Majestad! Si supiese el mundo la conducta de La Vallière, si las reinas supiesen...

-Vamos, vamos, Enriqueta; dejad hablar a vuestro corazón; recordad que me habéis amado; recordad que el corazón humano debe ser tan misericordioso como el del amo soberano. No seáis inflexible para los demás; perdonad a Luisa.

-No puedo; me ha ofendido.

-¿Pero yo?

-Majestad, todo lo haré en el mundo por vos, menos eso. -Entonces me aconsejáis la desesperación... Arrastrándome a ese último recurso de las personas débiles, ¿me aconsejáis la ira y el escándalo?

-Os aconsejo la razón, Majestad.

-¿La razón?... Hermana mía, me falta ya la razón.

-¡Majestad, por favor! -Hermana mía, por piedad, ésta es la primera vez que suplico; hermana mía, no tengo más esperanza que en vos.

-¡Oh Majestad! ¿Lloráis?

-De cólera, sí; de humillación. ¡Haberme visto precisado a rebajarme hasta suplicar, yo, el rey! Toda mi vida detestaré este momento. Hermana mía, me habéis hecho sufrir en un segundo más padecimientos de los que había previsto en las más duras extremidades de la vida.

Y el rey, levantándose, dio libre curso a sus lágrimas, que eran en efecto lágrimas de cólera y de vergüenza.

Madame no se enterneció, pues las mujeres, aun las mejores, no conocen la piedad en el orgullo; pero tuvo miedo de que aquellas lágrimas arrastrasen consigo todo lo que había de humano en el corazón del rey.

-Mandad, Majestad -dijo-; ya que preferís mi humillación a la vuestra no obstante ser pública la mía, cuando la vuestra sólo me tiene a mí por testigo, hablad y obedeceré al rey.

-¡No, no, Enriqueta! -murmuró Luis transportado de reconocimiento-. Habéis cedido al hermano.

-No tengo ya hermano, cuando me veo precisada a obedecer.

-¿Queréis en reconocimiento todo el reino?

-¡Cómo amáis -dijo ella- cuando amáis!

Luis no replicó. No hacía más que cubrir de besos la mano de Madame.

-De suerte -dijo-, que admitiréis a esa pobre muchacha y la perdonaréis, reconociendo la dulzura y rectitud de su corazón.

-La mantendré en mi casa.

-No, hermana querida; 1e devolveréis vuestra amistad.

-Nunca la quise.

-Pues bien, por amor a mí, la trataréis con bondad, ¿no es así, Enriqueta?

-¡Bien! La trataré como a una hija vuestra.

El rey se levantó. Con aquella palabra que tan funestamente se le escapara a Madame, destruyó todo el mérito de su sacrificio. El rey no le debía ya nada.

Lastimado, mortalmente herido, replicó:

-Gracias, señora; me acordaré siempre del servicio que me habéis hecho.

Y, saludando con ceremoniosa afectación, se despidió.

Al pasar por delante de un espejo notó que tenía los ojos encarnados, y la cólera le hizo herir el suelo con el pie.

Pero era ya demasiado tarde, porque Malicorne y Artagnan, colocados a la puerta, habían visto sus ojos.

"El rey ha llorado", pensó Malicorne.

Artagnan acercóse respetuosamente al rey.

-Señor -le dijo por lo bajo-; tomad la escalerilla secreta para ir a vuestra cámara.

-¿Por qué?

-Porque el polvo del camino ha dejado huellas en vuestro rostro -contestó Artagnan-.
Id, señor, id.

Y cuando el rey hubo cedido como un niño, pensó:

"¡Pardiez! ¡Ay de aquellos que hagan llorar a la que ha hecho llorar al rey."

XXXVII

EL PAÑUELO DE LA SEÑORITA DE LA VALLIÉRE

Madame no era mala: era irritable.

El rey no era imprudente: era un enamorado.

Apenas hicieron los dos esa especie de pacto, cuyo resultado era volver a llamar a La Vallière, cuando uno y otro trataron de sacar el mejor partido posible.

El rey quería ver a La Vallière a cada momento.

Madame, que conocía el despecho del rey, desde la escena de las súplicas, no quería abandonarle a Luisa sin combatir.

Por consiguiente, sembraba las dificultades bajo los pasos del rey. En efecto, si el rey quería ver a su querida, tenía que hacer la corte a su cuñada.

De tal plan procedía toda la política de Madame.

Como ésta había elegido a una persona para secundarla, y esa persona era Montalais, el rey se veía asediado cada vez que iba al aposento de Madame. Rodeábanle por todas partes, y jamás se apartaban de él. Madame desplegaba en su conversación una gracia y un talento que todo lo eclipsaba.

Montalais iba después, y no tardó en hacerse insoportable al rey. Eso era lo que ella esperaba. Entonces, lanzó a Malicorne; éste halló ocasión de decir al rey que había una joven muy desgraciada en la Corte.

Luis preguntó quién era esa persona.

Malicorne contestó que era la señorita de Montalais.

Entonces el rey declaró que era muy justo que una persona fuese desgraciada cuando hacía desgraciados a los demás.

Malicorne explicóse diciendo que la señorita de Montalais tenía sus órdenes.

El rey abrió los ojos y advirtió que Madame, tan pronto como Su Majestad aparecía, presentábase también; que ella estaba en los corredores hasta que él se marchaba, y que iba acompañándole por miedo de que hablase en las antecámaras a alguna de las doncellas..

Una noche, fue Madame aún más lejos.

El rey estaba sentado en medio de las damas, y tenía en la mano, bajo los puños de encaje, un billete, que deseaba deslizar en manos de La Vallière.

Madame adivinó aquella intención, y la existencia del billete. Cosa muy difícil era impedir al rey dirigirse a quien mejor le pareciese.

No obstante, era preciso evitar que se dirigiese a La Vallière, la saludase y dejase caer

el billete en sus rodillas, detrás de su abanico o en su pañuelo.

Luis, que también observaba, sospechó que le tendían un lazo. Levantóse, pues, y, sin la menor afectación, trasladó su silla al lado de la señorita de Châtillon, con la cual estuvo bromeando.

Jugábase a hacer versos con pie forzado; de la señorita de Chatillon pasó el rey a la Montalais, y de ésta a la señorita de Tonay-Charente.

Entonces, por efecto de aquella diestra maniobra, se encontró sentado enfrente de La Vallière, a quien ocultaba enteramente con su cuerpo.

Madame simulaba estar ocupada rectificando un dibujo de flores sobre cañamazo.

Luis enseñó la blanca punta del billete a La Vallière, y ésta le alargó su pañuelo con una mirada que quería decir: "Ponedlo dentro".

Después, como el rey hubiese puesto su propio pañuelo en su sillón, fue bastante diestro para dejarlo caer al suelo.

De suerte que La Vallière deslizó su pañuelo en el sillón.

El rey lo cogió haciéndose el distraído, puso el billete en el pañuelo y volvió a dejar éste sobre el sillón.

Quedábale a Luisa el tiempo preciso para extender la mano y cogen el pañuelo con su precioso depósito. Pero Madame lo había visto todo. Y dijo a Chátillon:

-Chátillon, recoged de la alfombra el pañuelo del rey.

Y, habiendo obedecido la joven precipitadamente, el rey se sintió contrariado, La Vallière turbada, y se vio el otro pañuelo en el sillón.

-¡Ah, perdón! -dijo la princesa-. Vuestra Majestad tiene dos pañuelos.

Y el rey tuvo que meterse en el bolsillo el pañuelo de La Vallière con el suyo. Ganaba en ello aquel recuerdo de la amante; pero la amante perdía una quarteta cuya composición le

había costado a Luis diez horas, y que valía quizá por sí sola un largo poema.

De allí la cólera del rey y la desesperación de La Vallière.

Pero entonces ocurrió un suceso extraño.

Cuando salió el rey para volver a su habitación, Malicorne, avisado sin saber cómo, se hallaba en la antecámara.

Las antecámaras del Palais-Royal son oscuras, y de noche, merced a la poca ceremonia que se observaba en el departamento de Madame, estaban mal alumbradas.

Al rey le gustaba aquella media luz. Regla general: el amor que brilla de por sí en el alma y el corazón, no quiere la luz más que en el corazón y en el alma.

Decíamos, pues, que la antecámara era oscura; un solo paje llevaba un hachón delante de Su Majestad.

El rey caminaba a paso lento, devorando su enojo.

Malicorne pasó junto al rey, le tropezó ligeramente, y le pidió perdón, con gran humildad; pero el rey, que estaba de muy mal humor, trató con dureza a Malicorne, y éste se escurrió sin ruido.

Luis se acostó después de haber tenido aquella noche una pequeña reyerta con la reina; y al día siguiente, en el momento de pasar a su despacho, ocurrióle la idea de besar el pañuelo de La Vallière.

Y llamó al ayuda de cámara.

-Traedme -ordenó- el traje que llevaba ayer; pero cuidado con tocar nada de lo que pueda haber en él.

Ejecutóse la orden, y el rey registró los bolsillos.

No halló en ellos más que un solo pañuelo; el suyo. El de La Vallière había desaparecido.

Perdíase ya su imaginación en conjeturas y sospechas, cuando le entregaron una car-

ta de La Vallière. Estaba concebida en estos términos:

"¡Cuánta bondad la vuestra, mi querido señor, en enviarme unos versos tan hermosos! ¡Cuán ingenioso y perseverante vuestro amor! ¡Cómo no os han de amar! . . . "

"¿Qué significa esto? -pensó el rey-. Necesariamente hay aquí alguna equivocación..."

Y dijo al ayuda de cámara:

-Buscad bien en mis bolsillos un pañuelo que debe haber en ellos, y si no lo encontráis, si lo habéis tocado...

Repúsose pronto. Hacer asunto de Estado la pérdida de aquel pañuelo, sería abrir toda una crónica, y añadió:

-Tenía en ese pañuelo cierta nota importante que debía estar entre los pliegues.

-Vuestra Majestad -dijo el ayuda de cámara- sólo llevaba un pañuelo, y es éste.

-Es verdad -replicó el rey entre dientes-. ¡Oh, pobreza, cómo te envidio! Dichoso de

aquel que coge por sí mismo y saca de sus bolsillos los pañuelos y los billetes.

Y releyó la carta de La Vallière, procurando adivinar por qué casualidad había podido llegar la cuarteta a su poder, cuando advirtió una postdata.

“Os envía por vuestro mensajero esta contestación, tan poco digna de los delicados conceptos que me habéis dirigido.”

-¡Vamos! -dijo con satisfacción-. ¡Al fin voy a saber algo. . . ¿Quién trae este billete?

-El señor Malicorne -contestó el ayuda de cámara con timidez.

-Que entre.

Malicorne entró.

-¿Venís del aposento de la señorita de La Vallière? -dijo el rey con un suspiro.

-Sí, Majestad.

-¿Y habéis llevado a la señorita Luisa de La Vallière algo de mi parte?

-¿Yo, Majestad?

-Sí, vos.

-No. Majestad, no.

-La señorita de La Vallière lo dice formalmente.

-Majestad, la señorita Luisa de La Vallière se equivoca.

El rey frunció el ceño.

-¿Qué juego es éste? -dijo-. Hablad. ¿Por qué la señorita de La Vallière os llama mi mensajero? ¿Qué habéis llevado a esa dama? ¡Hablad pronto!

-Majestad, lo único que he hecho ha sido entregar a la señorita de La Vallière un pañuelo. -¡Un pañuelo! ...¿Cuál?

-En el momento en que tuve ayer la desgracia de tropezar con la persona de Vuestra Majestad, desgracia que lloraré toda mi vida, especialmente después del desagrado que me mostrasteis, quedé inmóvil de desesperación. Vuestra Majestad estaba ya demasiado lejos para poder oír mis disculpas, y entonces advertí en el suelo una cosa blanca.

-¡Ah! -exclamó el rey.

-Me agaché, y vi que era un pañuelo. Tuve la idea de que al tropezar con Vuestra Majestad habría hecho caer aquel pañuelo de su bolsillo; pero, tentándolo con el mayor respeto, advertí que tenía una cifra, y esa cifra era de la señorita de La Vallière. Pensé entonces que se le habría caído a dicha señorita al entrar, y me apresuré a devolvérselo a la salida. Eso es cuanto he entregado a la señorita de La Vallière; suplico a Vuestra Majestad que lo crea.

Malicorne se mostraba tan candoroso, tan desconsolado y tan humilde; que el rey tuvo gran placer en escucharle, y le agradeció aquella casualidad, como si hubiese prestado el mayor servicio.

-Éste es ya el segundo encuentro feliz que he tenido con vos, señor -le dijo-; podéis contar con mi amistad.

El hecho es, pura y simplemente, que Malicorne había robado el pañuelo del bolsillo del rey, tan finamente como lo hubiera podido hacer el más hábil ratero de París.

Madame ignoró siempre aquella historia. Pero Montalais se la hizo sospechar a La Vallière, y La Vallière se la contó más adelante al rey, el cual se rió mucho con ella y proclamó a Malicorne un gran político.

Luis XIV tenía razón, y sabido es que conocía a los hombres.

XXXVIII

QUE TRATA DE LOS JARDINEROS, DE LAS ESCALAS Y DE LAS CAMARISTAS

Desgraciadamente, los milagros no podían durar siempre, mientras que el mal humor de Madame no cesaba nunca.

Al cabo de ocho días, había llegado el rey al estado de no poder mirar a La Vallière sin que una mirada de sospecha cruzase la suya.

Cuando disponíase algún paseo, Madame, para evitar que se renovase la escena de

la lluvia o de la encina real, tenía siempre a mano las indisposiciones, merced a las cuales no salía y sus camaristas permanecían en casa.

En cuanto a visitas nocturnas, no había que pensar en ellas, pues era punto menos que imposible.

Y fue que en este particular, desde los primeros días, había sufrido el rey un doloroso contratiempo.

Pasó que, como en Fontainebleau, hizo que Saint-Aignan le acompañase, y quiso ir al cuarto de La Vallière. Pero no encontró más que a la señorita de Tonnay-Charente, la cual empezó a gritar con todas sus fuerzas, de cuyas resultas acudió una legión de doncellas, criadas y pajes, y Saint-Aignan, por salvar el honor de su amo, que se había escapado precipitadamente, tuvo que aguantar una severa reprimenda de parte de la reina madre y de Madame.

Además, al día siguiente recibió dos carteles de desafío de la familia de Morteramt, y fue necesario que el rey interviniese.

Aquella equivocación había provenído de que Madame había dispuesto súbitamente que sus damas mudasen de cuarto, haciendo que La Vallière y Montalais, durmiesen en la habitación misma de su ama.

No era posible, de consiguiente, hacer nada, ni aun escribir; escribir a la vista de un Argos tan implacable como Madame, era exponerse a los mayores riesgos.

Fácil es conocer el estado de irritación continua y de cólera creciente en que todos aquellos pinchazos ponían al león.

El rey se devanaba los sesos en buscar medios, y, como no se confiaba a Malicorne, ni a Artagnan, no hallaba ninguno.

Malicorne soltaba de vez en cuando algunas indirectas a fin de estimular al rey a que se franqueara enteramente.

Pero fuese vergüenza o desconfianza, el rey empezaba a picar en el anzuelo, y concluía al fin por abandonarlo.

Así, por ejemplo, una tarde en que el rey atravesaba el jardín y miraba tristemente las ventanas de Madame, tropezó Malicorne en una escala que había bajo un arriate de boj, y dijo a Manicamp, que iba a su lado en pos del rey, y que ni había tropezado ni visto nada:

-¿No habéis visto que he tropezado en una escala, y que por poco caigo?

-No -contestó Manicamp distraído como de costumbre-; pero a lo que parece no habéis llegado a caer.

-¡No importa! No por eso es menos peligroso el dejar de este modo las escalas.

-Sí que puede uno hacerse daño, sobre todo cuando va distraído.

-No lo digo por eso, sino porque es peligroso el dejar de este modo las escaleras junto a las ventanas de las camaristas.

Luis se estremeció imperceptiblemente.

-¿Cómo es eso? -preguntó Manicamp.

-Hablad más alto -díjole en voz baja Malicorne, tocándole con el codo.

-¿Cómo es eso? -repitió en voz más alta Manicamp.

Luis puso atención.

-Aquí tenéis, por ejemplo -dijo Malicorne-, una escala de diecinueve pies, exactamente la altura de la cornisa de las ventanas.

Manicamp, en vez de contestar, seguía distraído con sus pensamientos.

-Preguntadme de qué ventanas -le sopló Malicorne.

-¿De qué ventanas habláis? - preguntó en voz alta Manicamp.

-De las de Madame.

-¡Eh!

-No digo que haya subido nadie al aposento de Madame; pero en la pieza inmediata, que está separada por un sencillo tabique, duermen las señoritas de La Vallière y Montalais, que son dos hermosas muchachas.

-¿Por un sencillo tabique? -dijo Manicamp.

-Mirad la brillante claridad que sale de las habitaciones de Madame. ¿Veis aquellas dos ventanas?

-Sí.

-¿Y aquella otra ventana inmediata, iluminada con luz menos viva?

-Perfectamente.

-Pues ésta es la ventana de las camaristas. Mirad cómo, por efecto del calor que hace, abre la señorita de La Vallière su ventana. ¡Oh, cuántas cosas podría decirle un amante atrevido, si tuviera noticia de esa escala de diecinueve pies, que llega justamente hasta la cornisa!

-Pero creo haberos oído decir que no permanecía sola, sino con la señorita de Montalais.

-La señorita de Montalais no puede inspirar recelo; es una amiga de la infancia, fiel como ella sola, un verdadero pozo donde pueden echarse sin cuidado todos los secretos que se quieran hacer desaparecer.

Ni una palabra de la conversación había escapado al rey; y aun Malicorne observó que Luis había acortado el paso para darle tiempo de acabar.

Así fue, que, cuando llegó a la puerta, despidió a todos, a excepción de Malicorne.

Aquello no sorprendió a nadie, pues se sabía que el rey estaba enamorado, y se le suponía aficionado a componer versos a la claridad de la luna.

Aun cuando aquella noche no hacía luna, podía el rey, sin embargo, querer componer versos.

Marchóse todo el mundo. Entonces el rey se volvió hacia Malicorne, el cual esperaba con el mayor respeto a que Luis le dirigiese la palabra.

-¿Qué decíais hace poco de escalas, señor Malicorne? -preguntó Luis.

-¿Yo, Majestad, de escalas? ... Y Malicorne levantó los ojos al cielo, como para recoger las palabras escapadas.

-Sí, de una escalera de diecinueve pies -añadió Luis.

-¡Ah! En efecto, Majestad, ahora me acuerdo; pero hablaba con el señor de Manicamp, y habría callado si hubiese sabido que Vuestra Majestad podía oírnos.

-¿Y por qué os habrías callado? -
Porque no hubiera querido que riñesen por mi culpa al jardinero que la dejó olvidada.. . ¡pobre diablo! ...

-No tengáis cuidado por eso.. . Decidme, ¿qué escala es ésta?

-¿Quiere verla Vuestra Majestad?

-Sí.

-Nada más fácil; está allí, Majestad.

-¿Entre el boj?

-Precisamente.

-Enseñádmela.

Malicorne volvió pasos atrás, y llevó al rey hasta la escala.

-Aquí está, Majestad.

-Sacadla de ahí.

Malicorne puso la escala en la alameda.

Luis caminó longitudinalmente en dirección de la escala.

-¡Hum! -murmuró-. ¿Decís que tiene diecinueve pies?

-Sí, Majestad.

-Mucho es eso: no la creo tan Jarga.

-Así no se ve bien. Majestad. Si se pusiera la escala en pie contra un árbol o contra una pared, por ejemplo, se vería mejor, en atención a que la comparación podía servir de mucho.

-Con todo, señor Malicorne, no creo que la escala tenga diecinueve pies.

-Conozco el buen golpe de vista que tiene Vuestra Majestad; no obstante, en esta ocasión no tendría reparo en apostar.

El rey meneó la cabeza.

-Hay un medio seguro de comprobarlo -dijo Malicorne.

-¿Cuál?

-Sabido es que el piso bajo del palacio tiene dieciocho pies de altura.

-Es verdad.

-Pues bien, poniendo la escala contra la pared, se puede salir de la duda.

-Cierto.

Malicorne levantó la escala como si fuera una pluma, y la puso contra la pared, si bien eligió, o mejor dicho, la casualidad eligió, la ventana del cuarto de La Vallière para hacer su experimento.

La escala llegó justamente a la esquina de la cornisa, esto es, casi al antepecho de la ventana; de suerte que un hombre colocado en el penúltimo peldaño, un hombre de mediana estatura, como era, por ejemplo, el rey, podía comunicar con los habitantes de la cámara.

Apenas estuvo colocada la escalera, cuando el rey, dejando a un lado la especie de comedia que representaba, empezó a subir los peldaños, teniéndole Malicorne la escalera. Pero no bien había hecho la mitad de su ascensión aérea, aparecía en el jardín una patrulla de suizos, que se encaminó hacia la escalera.

El rey bajó apresuradamente, y se ocultó en un macizo.

Malicorne vio que era preciso sacrificarse. Si se ocultaba también, los suizos registrarían hasta encontrar a él o al rey, y tal vez a ambos.

Más valía que lo encontraran sólo a él.

Por consiguiente, Malicorne se escondió tan torpemente, que muy pronto dieron con él.

Una vez detenido, Malicorne fue llevado al cuerpo de guardia, y en cuanto dijo quién era, reconocieronlo.

Entretanto, de mata en mata, llegaba el rey a la puerta excusada de su cuarto muy humillado, y sobre todo enteramente desconcertado.

Y esto con tanto mayor motivo, cuanto que el ruido del arresto había hecho asomarse a la ventana a La Vallière y a Montalais, y la princesa misma había aparecido en la suya con una luz, preguntando qué era aquello.

Mientras esto sucedía, Malicorne hacía llamar a Artagnan, el cual acudió al momento.

Pero en vano trató de hacerle comprender sus razones, en vano las comprendió Artagnan, y en vano también aquellos espíritus tan sutiles procuraron dar un giro diferente a la aventura. No le quedó a Malicorne otro recurso que pasar por haber querido entrar en el cuarto de la señorita de Montalais, como Saint-Aignan tuvo que pasar por haber intentado forzar la puerta de la señorita de Tonnay-Charente.

Madame era inflexible por dos razones: si el señor Malicorne había querido entrar nocturnamente en su habitación por la ventana y por medio de una escala para ver a Montalais, era un atetado punible, que debía ser castigado. Y si, Por el contrario, Malicorne, en vez de obrar por cuenta propia, había hecho . aquello como intermediario entre La Vallière y otra persona que no quería nombrar, su crimen era mucho mayor aún, puesto que no tenía a su favor la pasión, que puede excusarlo todo.

Madame puso, pues, el grito en el cielo, e hizo despedir a Malicorne de la casa de Monsieur, sin advertir la infeliz ciega que Malicorne y Montalais la tenían entre sus garras por la visita al señor de Guiche, y por otros muchos puntos no menos delicados.

Montalais, furiosa, quería vengarse inmediatamente; pero Malicorne le hizo ver que con el apoyo del rey podían arrostrarse todas las desgracias del mundo, y que era gran-cosa el sufrir por el rey.

Malicorne tenía razón, y aunque Montalais era mujer, consiguió convencerla.

Luego, hay que decirlo, el rey se apresuró a consolar a su víctima. En primer lugar, hizo entregar a Malicorne cincuenta mil libras, como indemnización del cargo que perdiera. ,,

Luego, lo colocó en su servidumbre, aprovechando con placer aquella ocasión de vengarse de todo lo que la princesa le había hecho sufrir a él y a La Vallière.

Mas, el pobre amante, no teniendo ya a Malicorne para que le robase los pañuelos ni le midiese las escalas, no sabía qué hacer. Ninguna esperanza quedábale de acercarse a La Vallière, en tanto que ésta permaneciese en el Palais-Royal.

Ni las dignidades ni todo el oro del mundo podían facilitárselo. Por fortuna, Malicorne estaba al cuidado, y se compuso tan bien que llegó a avistarse con Montalais. Verdad es que Montalais ponía cuanto estaba de su parte por ver a Malicorne.

-¿Qué hacéis durante la noche en el cuarto de Madame? -preguntó éste a la joven.

-¿Por la noche? Dormir -replicó Montalais.

-¿De modo que dormís por la noche?

-Sí por cierto.

-Hacéis muy mal; no conviene que una joven duerma con un dolor como el que debéis tener.

-¿Y qué dolor es ése que yo tengo?

-¿No estáis desesperada por mi ausencia?

-No por cierto, puesto que habéis recibido cincuenta mil libras, y os han dado además un empleo en la servidumbre del rey.

-No importa; eso no quita para que estéis afligidísima de no poderme ver como antes, y sobre todo de que yo haya perdido la confianza de Madame. ¿No es verdad?

-¡Oh! Sí que lo es.

-Pues bien, esa aflicción no puede menos de impedirnos dormir por la noche, y entonces sollozáis y os quejáis diez veces por minuto.

-Pero, mi querido Malicorne, Madame no puede tolerar el menor ruido en sus habitaciones.

-¡Bien sé que no lo puede tolerar, cáscaras! Y por eso estoy seguro de que al ver un dolor tan profundo, no tardará en haceros desocupar el cuarto.

-Ahora comprendo.

-Me alegro mucho.

-Pero, ¿qué sucederá entonces?

-Sucederá que La Vallière, viéndose separada de vos, prorrumpirá por la noche en tales gemidos y lamentos, que su desesperación equivaldrá por sí sola a dos juntas.

-Entonces, la pondrán en otro cuarto.

-Ciertamente.

- Sí, pero, ¿en cuál?

-¿En cuál? Esa es la dificultad, señor de los Inventos.

-No por cierto: cualquiera que sea el cuarto, siempre valdrá más que el de Madame.

-Verdad es.

-Conque a ver si principiáis ya esta noche con las jeremiadas.

-Perder cuidado.

-Y que ponga también algo de su parte La Vallière.

-¡Oh! En cuanto a eso, casi siempre se está lamentando, aunque por lo bajo.

-Pues que se queje en voz alta. Y con esto se separaron.

XXXIX

QUE TRATA DE LA CARPINTERIA, CON
ALGUNAS NOCIONES ACERCA DE LA
INSTALACIÓN DE ESCALERAS

El consejo dado a Montalais fue comunicado a La Vallière, la cual reconoció que no carecía de cordura, y tras de alguna resistencia, procedente más bien de su timidez que de frialdad, se decidió a ponerlo en ejecución.

Aquel lance de dos mujeres llorando y atronando con sus gemidos lastimeros el cuarto de Madame, fue la obra maestra de Malicorne.

Como no hay nada tan cierto como la inverosimilitud, ni tan natural como lo novelesco, salió perfectamente aquella especie de cuento de Las mil y una noches.

Madame alejó primero a Montalais.

Tres días, o mejor, tres noches después de haber alejado a Montalais, alejó a La Vallière.

Señalóse a esta última un cuarto en los departamentos abuhardillados, encima de los departamentos de los gentileshombres.

Un piso, o lo que es lo mismo, un pavimento, separaba a las camaristas de los oficiales y de los gentileshombres.

Una escalera secreta, cuya inspección estaba confinada a la señora de Navailles, conducía a las habitaciones de ellas.

La señora de Navailles, que había oído hablar de las tentativas anteriores del rey, había hecho poner rejas a las ventanas de los cuartos y a las aberturas de las chimeneas.

Había, por tanto, la mayor seguridad para la honra de la señorita de La Vallière, cuyo cuarto se asemejaba más bien a una jaula que a otra cosa.

Cuando la señorita de La Vallière estaba en su cuarto, cosa que sucedía con frecuencia, en atención a que Madame había dejado de utilizar sus servicios desde que sabía que se hallaba segura- bajo la vigilancia de la señora de

Navailles, no tenía más distracción que mirar a través de las rejas de su ventana.

Una mañana que estaba mirando, como de costumbre, vio a Malicorne en una ventana paralela a la suya. Tenía en la mano un triángulo de carpintero, examinaba los edificios y hacía fórmulas algebraicas en un papel. No dejaba de asemejarse bastante bien a aquellos ingenieros que, desde el extremo de una trinchera, toman los ángulos de un baluarte, o la altura de las murallas de una fortaleza.

La Vallière reconoció a Malicorne, y le saludó.

Malicorne correspondió con otro saludo, y desapareció de la ventana. Sorprendióse. La Vallière de aquella especie de frialdad, poco común en el carácter siempre igual de Malicorne; pero recordó que aquel infeliz joven había perdido su empleo por causa suya, y no debía tenerle la mejor voluntad, puesto que, según todas las probabilidades, jamás se vería

ella en estado de devolverle lo que había perdido.

La Vallière sabía perdonar las ofensas, y con mucho más motivo compadecer la desgracia.

Sin duda habría pedido consejo a Montalais, si ésta hubiese estado allí; pero se hallaba ausente.

Era la hora en que Montalais acostumbraba despachar su correspondencia.

De repente, vio La Vallière un objeto, que, arrojado desde la ventana en que había aparecido Malicorne, atravesaba el espacio, pasaba por entre los hierros de sus rejas, e iba a caer dando vueltas por el suelo.

Acercóse con curiosidad a aquel objeto, y lo cogió. Era un devanador; sólo que en lugar de estar envuelto con seda, había arrollado en él un papelito.

La Vallière lo desdobló y leyó:

"Señorita: Deseo vivamente saber dos cosas:

"La primera, si el piso de vuestro cuarto es de madera o de ladrillo. "La segunda, a qué distancia de la ventana está vuestra cama.

"Disimulad esta importunidad, y dignaos contestarme por el mismo medio que he puesto mi carta en vuestras manos, esto es, por el devanador.

"Sólo que, en lugar de arrojarle a mi cuarto, como yo lo he hecho en el vuestro, cosa que os sería más difícil que a mí, no hagáis más que dejarlo caer.

"Confiad, principalmente, señorita, en vuestro más humilde y respetuoso servidor.

"MALICORNE.

"Si lo tenéis a bien, podéis escribir la contestación en esta misma carta."

-¡Ah! ¡Pobre muchacho! -exclamó La Vallière-. ¡Preciso es que se haya vuelto loco!

Y, al decir esto, dirigió a Malicorne, a quien se columbraba en la penumbra del cuarto, una mirada preñada de afectuosa compasión.

Malicorne comprendió, y sacudió la cabeza como para contestarle:

"No, no; no estoy loco, fíaos de mí."

La Vallière sonrió con aire de duda.

No, no -repitió Malicorne con el gesto-; mi cabeza está firme. Y mostró la cabeza.

Luego, agitando la mano como quien escribe rápidamente:

-Vamos, escribid -dijo con aire de súplica.

La Vallière, aun cuando lo creyese loco, no veía inconveniente en hacer lo que le pedía Malicorne. Por tanto, tomó un lápiz y escribió: Madera.

Después, contó diez pasos desde la ventana a su cama, y escribió debajo: Diez pasos.

Hecho aquello, miró a Malicorne, quien la saludó, y le hizo una señal de que iba a bajar.

La Vallière comprendió que era para recoger el devanador. Aproximóse a la ventana, y, de conformidad con las instrucciones Malicorne, lo dejó caer.

Aún estaba corriendo el devanador por las losas, cuando Malicorne se precipitó tras él; lo alcanzó, lo desdobló como hace un mono con una nuez, y se fue en seguida a la habitación del señor de Saint-Aignan.

Saint-Aignan había elegido, o solicitado, por mejor decir, la habitación más próxima al rey, pareciéndose a aquellas plantas que buscan los rayos del sol para desarrollarse con más fruto.

Su alojamiento se componía de dos piezas, en la parte misma del edificio ocupada por Luis XIV.

El señor de Saint-Aignan estaba orgulloso con aquella proximidad que le daba un acceso fácil a la cámara del rey, y le proporcionaba además el favor de algunos encuentros inesperados.

En el momento en que hacemos mención de él, se hallaba ocupado en hacer entapizar magníficamente aquellas dos piezas, contando con el honor de recibir algunas visitas del rey, porque Su Majestad, desde que estaba enamorado de La Vallière, había elegido a Saint-Aignan

por confidente suyo, y no podía pasarse sin él ni de noche ni de día. Malicorne hízose introducir en los aposentos del conde, y no halló dificultad para entrar, porque era bien mirado del rey, y el crédito de uno es siempre un cebo para otro.

Saint-Aignan preguntó al recién venido si traía alguna noticia. -Una y grande -respondió éste.

-¡Hola, hola! -murmuró Saint-Aignan, curioso como un favorito-. ¿Y cuál es?

-La señorita de La Vallière ha cambiado de habitación.

-¿De veras? -preguntó sorprendido Saint-Aignan.

-Sí.

-Madame la tenía en sus mismas habitaciones.

-Precisamente; mas, cansada sin duda de semejante vecindad, la ha instalado en un cuarto que se halla encima de vuestra futura habitación.

-¡Cómo! ¿Arriba? -exclamó Saint-Aignan con sorpresa, e indicando con el dedo el piso superior.

-No -dijo Malicorne-, abajo. Y le mostró la parte del edificio situada enfrente.

-¿Por qué decís, pues, que su cuarto está encima del mío?

-Porque estoy cierto de que vuestra habitación debe estar naturalmente debajo del cuarto de La Vallière.

A tales palabras dirigió Saint-Aignan al pobre Malicorne una mirada como la que La Vallière le había dirigido un cuarto de hora antes.

Esto es, creyó que estaba loco. -Señor -le dijo Malicorne-, permitidme contestar a vuestro pensamiento.

-¿Cómo a mi pensamiento?

-Me parece que no habéis comprendido muy bien lo que he querido decir.

-Lo confieso.

Pues bien, ya sabéis que debajo de las habitaciones de las camaristas de Madame se hallan alojados los gentileshombres del rey y de Monsieur.

-Sí, puesto que allí habitan Manicamp, Wardes y otros.

-Precisamente. Pues bien, señor, mirad ahora la singularidad de la coincidencia: las dos cámaras destinadas al señor de Guiche son, precisamente, las que se hallan situadas debajo de las de la señorita de Montalais y la señorita de La Vallière.

-¿Y qué hay con eso?

-Pues que esas dos cámaras están desocupadas con motivo de hallarse el señor de

Guiche en Fontainebleau curándose de sus heridas.

-Os juro, mi querido señor, que no adivino nada.

-¡Oh! Si tuviese yo la dicha de llamarme Saint-Aignan, pronto lo adivinaría.

-¿Y qué haríais?

-Cambiar al punto esta habitación por la que el señor de Guiche tiene desocupada abajo.

-¡Pues! -exclamó Saint-Aignan-. ¿Y queríais que abandonase el primer sitio de honor, la proximidad del rey, un privilegio concedido solamente a los príncipes de la sangre, a los duques y pares?... Perdonadme que os diga, señor de Malicorne, que estáis loco.

-Señor -replicó gravemente el joven-, habéis sufrido dos equivocaciones... En primer lugar, me llamo Malicorne a secas, y en segundo, os aseguro que estoy en mi cabal juicio.

Después, sacando un papel del bolsillo:

-Escuchad esto -dijo-; después os enseñaré aquello.

-Escucho.

-Ya sabéis que Madame vigila a La Vallière, como Argos a la ninfa lo.

-Lo sé.

-Ya sabéis que el rey ha intentado en vano hablar a la prisionera, y que ni vos ni yo hemos sido bastante felices para proporcionarle esa fortuna.

-Algo podéis contar de eso, mi . pobre Malicorne.

-Pues bien, ¿qué os parece que ganaría el que tuviese la maña de procurar una entrevista a los dos amantes?

-¡Oh! No limitaría el rey a poca cosa su reconocimiento.

-¡Señor de Saint-Aignan!. . .

-¿Qué?

-¿No deseáis granjearos el reconocimiento real?

-Seguramente -respondió Saint-Aignan;- mucho me halagaría un favor del amo por haber llenado mis deberes.

-Pues mirad este papel, señor conde.

-¿Qué es? ¿Un plano?

-El de las dos cámaras del señor de Guiche, que, según todas las probabilidades, serán las vuestras.

-¡Oh, no! De ningún modo.

-¿Y por qué no?

-Porque mis dos habitaciones son codiciadas por muchos gentileshombres, a quienes no pienso dejárselas, como son el señor de Roquelaure, el señor de La Ferté y el señor Dangeau.

-Entonces, adiós, señor conde, y voy a ofrecer a uno de esos señores el plano que os presentaba hace poco y las ventajas a él anejas.

-¿Y por qué no las guardáis para vos? -dijo Saint-Aignan con desconfianza.

-Porque el rey no me hará jamás el honor de venir ostensiblemente a mi cuarto, al paso que no tendrá el menor escrúpulo en ir al de cualquiera de esos señores.

-Y qué, ¿iría el rey al cuarto de uno de esos señores?

-¡Ya lo creo que iría! Y con mucha frecuencia. ¿Creéis que no iría el rey a un cuarto que está tan próximo al de la señorita de La Vallière?

-¡Vaya una proximidad!.. . Con un techo de por medio. Malicorne desplegó el papelito del devanador.

-Notad, señor conde -le dijo-, que el pavimento del cuarto de la señorita de La Vallière es un entarimado de madera.

-¿Y qué hay con eso?

-No hay más que tomar un obrero carpintero, quien, encerrado en vuestro cuarto, sin que nadie sepa adonde le han conducido, abrirá vuestro techo, y por lo tanto, el entarimado de la señorita de La Vallière.

-¡Ah, Dios mío! -exclamó Saint-Aignan como deslumbrado.

-¿Qué tal? -dijo Malicorne.

-La idea me parece muy audaz, señor.

-Pues yo os aseguro que al rey le parecerá bien trivial.

-Los enamorados jamás reflexionan en el peligro.

-¿Y qué peligro teméis, señor conde?

-Que semejante perforación haga un ruido enorme que resuene en todo el palacio.

-¡Oh señor conde! Estoy seguro de que el obrero que puedo enviaros hará la obra sin ruido. Aserrará un cuadrilátero de seis pies con una sierra guarnecido de estopa, y nadie sospechará que esté trabajando.

-¿Sabéis, señor Malicorne, que me dejáis atónito con vuestro proyecto?

-Pues escuchad todavía -prosiguió tranquilamente Malicorne-: en el cuarto cuyo techo habéis perforado... ¿estáis?...

-Sí.

-Colocaréis una escalera que permita a la señorita Luisa de La Vallière bajar a vuestro cuarto, o al rey subir al de la señorita de La Vallière.

-Pero se verá esa escalera.

-No, pues podrá ocultarse por medio de un tabique, en el que pondréis una tapicería igual a la del resto de la habitación, y en el cuarto de la señorita de La Vallière desaparecerá bajo una trampa, que será el suelo mismo, y se abrirá de bajo de la cama.

-En efecto -dijo Saint-Aignan, cuyos ojos principiaban ya a animarse.

-Ahora, señor conde, no necesito decir que el rey irá con frecuencia a un cuarto que tenga semejante escalera. Creo que al señor Dangeau le agradará mi idea, y voy a proponérsela.

-¡Ah, querido señor Malicorne! -exclamó Saint-Aignan-. Olvidáis que es a mí a quien habéis hablado primero, y que, por consiguiente, tengo derechos de prioridad.

-¿Queréis la preferencia?

-¡Vaya si la quiero! ¡Ya lo creo!

-El hecho es, señor de Saint-Aignan, que os doy en este plano un cordón para la primera promoción, y quizá, quizá algún buen ducado.

-A lo menos -contestó Saint-Aignan rebotando de gozo-, es ésta una ocasión de manifestar al rey que puede llamarme con razón su amigo, ocasión que os deberé a vos, mi estimado señor Malicorne.

-¿No me olvidaréis? -preguntó Malicorne sonriendo.

-Me gloriaré siempre de ello, señor.

-Yo, señor, no soy el amigo del rey, soy su servidor.

-Sí, y, si pensáis que esa escalera puede proporcionarme un cordón azul, también yo creo que os pueda valer un título de nobleza. Malicorne se inclinó.

-Conque ahora sólo falta hacer la mudanza -añadió Saint-Aignan.

-No creo que el rey ponga ningún obstáculo; pedidle el permiso.

-Ahora mismo voy a su habitación.

-Y yo a buscar al obrero que necesitamos.

-¿Cuándo vendrá?

-Esta noche.

-No olvidéis las precauciones.

-Os lo enviaré con los ojos vendados.

-Y yo, os enviaré una de mis carrozas.

-Sin escudo de armas.

-Y con un lacayo sin librea.

-Muy bien, señor conde.

-¿Y La Vallière?

-¿Cómo?

-¿Qué dirá La Vallière, al ver la obra?

-Os aseguro que le interesará mucho.

-Lo creo.

-Y hasta me atrevo a decir que, si el rey no tiene la audacia de subir a su cuarto, tendrá ella la curiosidad de bajar.

-Esperemos -dijo Saint-Aignan.

-Sí, esperemos, señor conde - repitió Malicorne.

-Me voy a ver al rey.

-Hacéis muy bien.

-¿A qué hora vendrá el carpintero?

-A las ocho.

-¿Y cuánto tiempo suponéis que necesite para perforar su cuadrilátero?

-Dos horas, poco más o menos; pero es necesario concederle tiempo para dar la última mano, y que todo quede bien. Una noche y parte de la mañana siguiente: hay que contar dos días con la colocación de la escalera.

-Dos días es mucho tiempo.

-¡Pardiez! Cuando se trata de abrir una puerta al paraíso, es preciso, por lo menos, que esa puerta sea decente.

-Tenéis razón; de modo que hasta luego, señor Malicorne. Para pasado mañana por la tarde tendré dispuesta la mudanza.

XL
EL PASEO A LA LUZ DE LAS ANTORCHAS

Entusiasmado Saint-Aignan con lo que acababa de oír, y encantado de lo que columbraba, se encaminó a las dos cámaras de Guiche. El favorito, que un cuarto de hora antes no hubiese dado sus dos aposentos por un millón, se hallaba dispuesto a comprar por un millón, si se le hubiesen pedido, las dos bienaventuradas cámaras que ahora ambicionaba.

Pero no encontró grandes exigencias. El señor de Guiche no sabía aún cuál sería su alojamiento, y se hallaba además en bastante mal estado para ocuparse de semejante cosa.

Saint-Aignan se quedó, pues, con las dos habitaciones de Guiche. El señor Dangeau, por su parte, obtuvo los dos aposentos de Saint-Aignan, mediante un alboroque de seis mil libras al intendente del conde, y le pareció haber hecho un gran negocio.

Las dos cámaras de Dangeau quedaron destinadas para Guiche, sin que podamos asegurar que en aquella mudanza general fueran

ésas las habitaciones que habría de ocupar Guiche definitivamente.

Respecto al señor Dangeau, su alegría era tal, que ni siquiera se le ocurrió sospechar que Saint-Aignan tuviese un interés particular en mudarse.

Una hora después de haber tomado Saint-Aignan tal resolución, se hallaba ya en posesión de su nueva morada. Diez minutos después de estar Saint-Aignan en posesión de su nueva morada, Malicorne entraba en ella escoltado de los tapiceros.

Mientras esto pasaba, Luis preguntaba por Saint-Aignan; iban al aposento de Saint-Aignan, y hallaban a Dangeau; enviaba Dangeau a los emisarios al cuarto de Guiche, y hallaban al fin a Saint-Aignan.

Pero esto no pudo evitar cierto retraso; de suerte que el rey había hecho ya dos o tres movimientos de impaciencia cuando Saint-Aignan entró desolado en la cámara de su amo.

-¿Conque tú también me abandonas? - dijo el rey en el mismo tono lastimero con que dieciocho siglos antes debió César decir el Tu-quoque.

-Majestad -contestó Saint-Aignan-; no abandono al rey; no hago más que ocuparme de mi mudanza.

-¿De qué mudanza? Yo creía que la habíais concluido hace tres días.

-Sí, Majestad; pero me encuentro mal donde estoy, y me mudo enfrente.

-¡Cuando yo decía que tú también me abandonabas! -exclamó el rey-. Esto pasa ya de la raya. Encuentro una mujer por quien se interesa mi corazón, y toda mi familia se conjura para arrancármela, y el único amigo a quien confiaba mis penas y me ayudaba a sufrirlas, se cansa de mis lamentaciones, y me abandona sin pedirme siquiera permiso.

Saint-Aignan se echó a reír. Luis adivinó que se ocultaba algún misterio en aquella falta de respeto.

-¿Qué sucede? -preguntó lleno de esperanza.

-Sucede, Majestad, que ese amigo, tan calumniado por el rey, va a tratar de devolverle la dicha que ha perdido.

-¿Vas a proporcionarme el ver a La Vallière? -murmuró Luis XIV.

-Majestad, no respondo todavía de ello, pero...

-Pero ¿qué?

-Pero confío en que sí.

-¡Oh! ¿Y cómo?... Dímelo, Saint-Aignan. Quiero conocer tu proyecto, ayudarte en él con todas mis fuerzas.

-Majestad -contestó Saint-Aignan-: ni aun yo mismo sé todavía cómo me compondré para conseguir el objeto; pero todo me hace creer que desde mañana...

-¿Dices mañana?

-Sí, Majestad.

-¡Qué felicidad, Saint-Aignan! ¿Pero para qué te mudas?

-A fin de serviros mejor. -¿Y en qué puedes servirme mejor mudando de habitación?

-¿Sabéis dónde están situadas las dos cámaras que se le destinan al conde de Guiche?

-Sí.

-Entonces, ya sabéis adonde voy.

-Bien; pero eso nada me dice.

-¡Cómo! ¿No comprendéis, Majestad, que encima de ese alojamiento hay dos cuartos?

-¿Cuáles?

-Uno el de la señorita de Montalais, y otro...

-¡Otro el de la señorita de La Vallière, Saint-Aignan!

-Así es, Majestad.

-¡Oh Saint-Aignan, es verdad, sí, es verdad! Ha sido una idea feliz, una idea de amigo, de poeta, y al acercarme a ella cuando todo el mundo se empeña en separarnos, vales para mí mas que Pilades para Orestes, más que Patroclo para Aquiles.

-Si Vuestra Majestad conociese mis proyectos en toda su extensión -dijo Saint-Aignan con una sonrisa-, dudo que continuara dándome calificaciones tan pomposas. ¡Ah, Majestad! Conozco otras mucho más triviales que algunos puritanos de la Corte no harán escrúpulo en aplicarme cuando sepan lo que pienso hacer por Vuestra Majestad.

-Saint-Aignan, mira que muero de impaciencia; Saint-Aignan, mira que me consumo; Saint-Aignan, mira que no podré esperar hasta mañana... ¡Mañana! ¡Pero si mañana es una eternidad!

-Con todo, Majestad, si lo tenéis a bien, vais a salir ahora mismo y a distraer esa impaciencia con un buen paseo.

-Contigo, bueno; hablaremos de tus proyectos; hablaremos de ella.

-No, Majestad; yo me quedo.

-¿Con quién, pues, he de salir?

-Con las damas.

-¡Ah, no, Saint-Aignan!

-Majestad, es necesario.

-¡No, no! ¡Repito que no! No quiero exponerme más a ese horrible suplicio de estar a dos pasos de ella, verla, rozar su vestido al pasar y no decirle una palabra. No, renuncio a este suplicio que tú crees una dicha y que no es más que un tormento que me abrasa los ojos, devora mis manos y me despedaza el corazón; verla en presencia de todos los extraños, y no decirle que la amo, cuando todo mi ser le manifiesta ese amor y me vende a los ojos de todos. No, me he jurado a mí mismo que no lo volvería a hacer, y cumpliré mi juramento.

-No obstante, Majestad, escuchad lo que os voy a decir. -Nada quiero, oír, Saint-Aignan.

-En ese caso, continuaré. Es urgente, señor, comprendedlo bien, es urgente, de toda urgencia, que Madame y sus camaristas se ausenten dos horas de vuestro domicilio.

-Me tienes confuso, Saint-Aignan.

-Muy duro me es mandar a mi rey; mas, en esta ocasión, mando, Majestad; es preciso una cacería o un paseo.

-¡Pero. esa cacería, ese paseo, sería un capricho, una extravagancia! Al manifestar semejantes impaciencias no hago otra cosa que descubrir a toda mi Corte un corazón que no es dueño de sí propio.

-¿No dicen ya que sueño con la conquista del mundo, pero que antes habré de principiar por hacer la de mí mismo?

-Los que dicen eso, Majestad, son unos impertinentes y unos facciosos; pero sean quienes sean, si Vuestra Majestad prefiere escucharlos, nada tengo que decir. Así, el día de mañana queda aplazado para época indeterminada.

-Saint-Aignan, saldré esta no che... Iré a dormir a Saint-Germain a la luz de las antorchas; almorzaré allí mañana, y regresaré a París a cosa de las tres. ¿Está así bien?

-Perfectamente.

-Entonces, saldré a las ocho de la noche.

-Esa es la hora que más conviene.

-¿Y no quieres decirme nada?

-Es que no puedo decirlo. La maña sirve para algo en este mundo, señor; sin embargo, la casualidad representa en ella tan gran papel, que tengo por costumbre dejarle siempre la parte más estrecha, en la seguridad de que ya hará por tomar la más ancha.

-Sea lo que quiera, a ti me entrego.

-Y hacéis bien.

Confortado con su suerte, el rey se fue a ver a Madame, a quien anunció el paseo proyectado.

Madame creyó al punto ver, en aquel paseo improvisado, una conspiración del rey para hablar con La Vallière, ya fuese en el camino, a favor de la obscuridad, ya de cualquier otro modo; pero se guardó muy bien de manifestar nada a su cuñado, y aceptó la invitación con la sonrisa en los labios.

En seguida, dio, en voz alta, órdenes para que la acompañasen sus camaristas, reser-

vándose hacer por la noche lo que pareciese más propio para contrariar los amores de Su Majestad...

Luego que se vio sola, y que el pobre amante que dio aquella orden pudo creer que La Vallière sería de la partida, en el momento quizá en que se deleitaba en su interior con esa triste felicidad de los amantes perseguidos, que consiste en realizar por medio de la vista todos los goces de la posesión vedada, en aquel instante mismo decía Madame a sus camaristas:

-Con dos señoritas tendré bastante esta noche: la señorita de Tonnay-Charente y la señorita de Montalais.

La Vallière había previsto el golpe, y, de consiguiente, no le cogió de sorpresa. La persecución la había hecho fuerte, y no dio a Madame el placer de ver en su rostro la impresión del golpe que recibía en el corazón.

Por el contrario, sonriendo con aquella inefable dulzura que daba un carácter angelical a su fisonomía, preguntó:

-Así, señora, ¿esta noche estoy libre?

-Sí.

-Me aprovecharé de ello para adelantar el bordado que llamó la atención de Vuestra Alteza Real, y que tuve el honor de ofrecerle.

Y, haciendo una respetuosa reverencia, se retiró a su cuarto. Las señoritas de Montalais y de Tonnay-Charente hicieron otro tanto.

La noticia del paseo salió con ellas de la habitación de Madame y se difundió por todo el palacio. Diez minutos después sabía Malicorne la resolución de Madame, y hacía pasar por debajo de la puerta de Montalais un billete concebido en estos términos:

"Es preciso que L. V. pase la noche con Madame."

Montalais, según lo acordado, principió por quemar el papel, y se puso después a reflexionar.

Montalais era muchacha de recursos, y no tardó en fijarse su plan. A la hora en que debía ir a reunirse con Madame, es decir, a cosa

de las cinco, atravesó el patio a todo correr, y al llegar a diez pasos de un grupo de oficiales dio un grito, cayó graciosamente sobre una rodilla, se levantó, y continuó su camino, pero cojeando.

Los gentileshombres corrieron hacia ella para sostenerla. Montalais se había torcido un pie, pero no por eso dejó de subir al cuarto de Madame, en cumplimiento de su deber.

-¿Qué os ha pasado, que venís cojeando? -le preguntó aquella-. Os había tomado por La Vallière.

Montalais refirió que, habiendo echado a correr por llegar más pronto, habíase torcido un pie.

Madame manifestó un gran sentimiento y quiso que se llamara al punto a un cirujano.

Pero Montalais, asegurando que el accidente no ofrecía la menor gravedad:

-Señora -prosiguió-, lo que siento es tener que faltar al servicio, y habría rogado a la

señorita de La Vallière que me reemplazase cerca de Vuestra Alteza...

Madame frunció el ceño.

-Pero no lo he hecho -repuso Montalais.

-¿Y por qué? -preguntó Madame.

-Porque la pobre La Vallière parecía tan satisfecha de tener toda una noche libre, que no me sentí con valor para invitarle a que me reemplazase en el servicio.

-¿Conque tan alegre está? -dijo Madame, a quien sorprendieron aquellas palabras.

-¡Oh, en extremo! Figuráos que, a pesar de su melancolía habitual, la encontré cantando. Además, Vuestra Alteza no ignora que La Vallière detesta el mundo, y que su carácter es algo agreste.

"¡Oh, oh! -pensó Madame-. Esa gran alegría no la considero natural."

-Ya ha hecho sus preparativos -continuó Montalais-, para comer en su cuarto a solas con uno de sus libros favoritos. Además, Vuestra Alteza tiene otras seis señoritas que se tendrán

por muy felices en acompañarla, así es que ni siquiera he hecho mi proposición a la señorita de La Vallière.

Madame calló.

-¿He hecho bien? -prosiguió

Montalais con una ligera opresión de corazón, viendo lo mal que le salía aquella estratagema de guerra, con cuyo éxito había contado tan completamente que no había creído preciso buscar otra-. ¿Aprueba Madame? -añadió.

Madame pensaba que, durante la noche, podría muy bien el rey salir de Saint-Germain, y que, como no hay más que cuatro leguas y media de París a dicho punto, podría ponerse en París en una hora.

-Decidme -dijo al fin-, y al veros La Vallière lastimada, ¿os ha brindado al menos con su compañía?

-Todavía no sabe mi accidente, pero aun cuando lo supiera, es bien cierto que no le pediría nada que la pudiera incomodar en sus pro-

yectos. Me parece que quiere realizar esta noche, por sí sola, la misma diversión que el difunto rey, cuando decía al señor de Saint-Mars: "Aburrámonos bien, señor de Saint-Mars; aburrámonos bien".

Madame llegó a persuadirse de que aquel ardiente deseo de soledad encubría algún misterio amoroso, y ese misterio no podía ser otro que el regreso nocturno de Luis. Sin duda, La Vallière debía estar avisada ya de este regreso, y de ahí nacía su alegría por quedarse en el Palais-Royal aquella noche.

Era todo un plan combinado de antemano.

"No me dejaré engañar", se dijo. Y tomó una decisión.

-Señorita de Montalais -dijo-, id a avisar a vuestra amiga, la señorita de La Vallière, que siento mucho turbar sus proyectos de soledad; pero que, en lugar de aburrirse sola en su cuarto, como deseaba, vendrá a aburrirse con nosotras en Saint-Germain.

-¡Pobre La Vallière! -murmuró Montalais con aire compungido, pero gozosa interiormente-. ¿No habría medio, señora, de que Vuestra Alteza...?

-Silencio -ordenó Madame-; así lo quiero. Prefiero la compañía de la señorita La Baume Le Blanc a la de todas las demás. Id a decirle que venga, y no descuidés vuestra pierna.

Montalais no se hizo repetir la orden. Volvió a su cuarto, escribió su respuesta a Malicorne, y la deslizó por debajo de la alfombra. Irá, decía esa respuesta.

Una espartana no hubiese escrito con mayor laconismo.

"De ese modo -pensaba Madame-, por el camino no la pierdo de vista; durante la noche dormiré a mi lado, y bien astuto ha de ser Su Majestad si consigue cambiar la menor palabra con la señorita de La Vallière."

La Vallière recibió la orden de marchar con la misma dulzura indiferente con que había recibido la de quedarse.

Muy viva fue, sin embargo, su alegría interior, y miró aquel cambio de resolución de la princesa como un consuelo que la enviaba la Providencia.

Su penetración, muy inferior a la de Madame, le hacía atribuirlo todo a la casualidad.

En tanto que todo el mundo, a excepción de los que estaban en desgracia, enfermos o con torceduras de pie, se dirigía a Saint-Germain, hacía Malicorne subir a su obrero en la carroza del señor de Saint-Germain, y conducíale a la cámara correspondiente a la de la señorita de La Vallière.

Aquel hombre se dedicó al trabajo, espoleado por la espléndida recompensa prometida.

Como que se habían tomado del taller de los ingenieros de la casa del rey las mejores herramientas, y, entre otras, una de esas sierras finísimas que cortan en el agua los maderos de encina, duros como el hierro, la obra adelantó

rápidamente, y muy pronto un trozo cuadrado del techo, elegido entre dos viguetas, cayó en los brazos de Saint-Aignan, de Malicorne, del obrero y de un criado de confianza, personaje venido al mundo para ver y oír todo, y no repetir nada.

En virtud de un nuevo plan indicado por Malicorne, se practicó la abertura en uno de los ángulos.

La razón era ésta.

Como en el cuarto de La Vallière no había gabinete tocador, había pedido y obtenido, aquella misma mañana, un gran biombo destinado a hacer las veces de tabique, el cual era más que suficiente para ocultar la abertura. Además, debía disimularse ésta por todos los medios que suministrara el arte de la ebanistería.

Hecha la abertura, se deslizó el obrero entre las vigas y se halló en el cuarto de La Vallière.

Luego que estuvo allí, aserró el entarimado en forma de cuadrilátero, y con las tablas mismas de él hizo una trampa, tan perfectamente adaptada a la abertura, que el ojo más experimentado no podía ver allí más que los intersticios naturales de la soldadura del suelo.

Malicorne todo lo había previsto, y así fue que a aquella tabla acomodáronse un botón y dos bisagras, comprados de antemano.

También había comprado el industrioso Malicorne, por dos libras, una de esas escaleritas de caracol; que principiaban ya a ponerse en los entresuelos.

Era más alta de lo necesario, pero el carpintero le quitó algunos escalones y la dejó a la medida exacta.

Aquella escalera, destinada a recibir un peso tan ilustre, fue fijada a la pared con dos escaipias.

En cuanto a su base, quedó sujeta sobre el suelo mismo del cuarto del conde con dos tornillos; de modo que el rey y todo su consejo

habría podido subir y bajar aquella escalera sin ningún temor.

Los martillazos que se daban caían sobre una almohadilla de estopas, y las limas que se empleaban tenían el mango envuelto en lana y la hoja mojada en aceite.

Además, el trabajo que exigía más ruido había sido hecho durante la noche y la madrugada; esto es, durante la ausencia de La Vallière y de Madame.

Cuando a eso de las dos volvió la Corte al Palais-Royal, La Vallière entró en su cuarto. Todo estaba en su sitio, y no había la menor partícula de serrín, ni la más pequeña viruta que pudiera revelar la violación de domicilio.

Solamente Saint-Aignan, que había querido auxiliar la operación, tenía destrozados sus dedos y la camisa, y había sudado mucho por servir a su rey.

La palma de la mano, especialmente, la tenía cubierta de ampollas, y esas ampollas

habían proveniendo de tener la escalera a Malicorne.

Por otra parte, había ido llevando uno a uno los cinco trozos de que se componía la escalera, formado cada cual de dos escalones. En fin, preciso es decirlo, si el rey le hubiese visto trabajar con tanto afán en aquella operación, hubiérale jurado un reconocimiento eterno.

Según había previsto Malicorne, el hombre de las medidas exactas, el obrero concluyó sus operaciones en veinticuatro horas, recibió veinticuatro lises, y se marchó lleno de júbilo. Era tanto como lo que solía ganar en seis meses.

Nadie tuvo la menor sospecha de lo que había pasado debajo del cuarto de la señorita de La Vallière.

Pero, en la noche del segundo día, en el instante en que ésta se retiraba de la tertulia de Madame y entraba en su cuarto, oyó un ligero ruido.

Detúvose sobresaltada y se puso a mirar de dónde salía. El ruido se oyó de nuevo.

-¿Quién está ahí? -preguntó con ligero acento de espanto.

-Yo contestó la voz tan conocida del rey.

-¡Vos, vos! -exclamó la joven, que se creyó por un momento bajo el imperio de un sueño-. ¿Pero en dónde estáis, Majestad!

-Aquí -respondió el rey, apartando una de las hojas del biombo y apareciendo como una sombra en el fondo del cuarto.

La Vallière lanzó un grito y se dejó caer toda trémula sobre un sillón.

XLI

LA APARICIÓN

La Vallière se recobró muy pronto de su sorpresa; a fuerza de, mostrarse respetuoso, el rey le inspiraba con su presencia más confianza de la que su aparición le había hecho perder.

Pero, viendo que lo que principalmente alarmaba a La Vallière era el modo como había penetrado en su cuarto, le explicó el sistema de la escalera oculta por el biombo procurando persuadirla sobre todo de que su aparición no tenía nada de sobrenatural.

-¡Oh Majestad! -le dijo La Vallière meneando su hermosa cabeza con una encantadora sonrisa-. Presente o ausente, vuestra imagen no se aparta nunca de mi imaginación.

-¿Eso qué quiere decir, Luisa?

-¡Oh! Lo que sabéis perfectamente, Majestad; que no hay momento en que la pobre muchacha, cuyo secreto sorprendisteis en Fontainebleau, y a quien arrancasteis del pie de la cruz, no piense en vos.

-Luisa, me colmáis de alegría y de felicidad.

La Vallière sonrió tristemente, y continuó:

-¿Pero habéis meditado, Majestad, que vuestra ingeniosa invención no puede sernos de ninguna utilidad?

-¿Y por qué, Luisa?...

-Porque este cuarto no está al abrigo de miradas extrañas. Madame puede venir por casualidad, y a cada paso entran aquí mis compañeras. Cerrar la puerta por dentro es denunciarme tan claramente como si escribiese encima: "No entréis, que se halla aquí el rey." Y, aun ahora mismo, es muy fácil que se abra la puerta y sorprendan a Vuestra Majestad a mi lado.

-Entonces -prosiguió riendo Luis-, sí que me tomarían por un verdadero fantasma; porque nadie puede decir por dónde he entrado en este cuarto, y sólo a los fantasmas les es concedido pasar a través de las paredes o de los techos.

-¡Oh, qué aventura, Majestad! ¡Meditad bien el escándalo que se armaría! Nunca se habría dicho una cosa semejante respecto de las

camaristas, pobres criaturas, a quienes la maledicencia no perdona la menor cosa.

-¿Y qué deducís de todo eso, querida Luisa?... Vamos, explicaos.

-Que es preciso... ¡ay!... perdonad, Majestad, la rudeza de la palabra...

El rey sonrió.

-Continuad -dijo.

-Que es preciso que Vuestra Majestad suprima escalera, trampa y visitas; porque el mal de que nos sorprendan, sería mayor que la felicidad de vernos aquí.

-Pues bien, querida Luisa -replicó el rey amorosamente-; en lugar de suprimir la escalera por la que he subido, hay un medio más sencillo en que no habéis pensado.

-¿Un medio?

-Sí... ¡Oh Luisa! no me amáis como yo os amo, puesto que se me ocurren a mí más recursos que a vos.

La Vallière le miró, y Luis le tendió una mano, que ella estrechó dulcemente.

-Decís -prosiguió el rey- que pueden sorprenderme viniendo aquí adonde cualquiera puede entrar.

-Sólo el oírlo me hace estremecer.

-Pues bien, nadie podrá sorprendernos si queréis bajar a la habitación que cae debajo de ésta.

-¡Majestad! ¡Majestad! ¿Qué estáis diciendo? -exclamó La Vallière asustada.

-Me habéis comprendido mal, Luisa, puesto que a la primera palabra estáis ya asustada. En primer lugar, ¿sabéis a quién pertenece la habitación de abajo?

-Al señor conde de Guiche. -No; al señor de Saint-Aignan.

-¡De veras! -exclamó La Vallière.

Y esta palabra, escapada del corazón alborozado de la joven, hizo brillar como una especie de relámpago de dulce presagio en el corazón de Luis.

-Sí, a Saint-Aignan, a nuestro amigo.

-Pero, Majestad -prosiguió La Vallière-, tan vedado me está ir al cuarto del señor de Saint-Aignan como al del conde de Guiche aventuró el ángel convertido en mujer.

-¿Por qué no podéis, Luisa?

-¡Imposible! ¡Imposible!

-Me parece, Luisa, que con la salvaguardia del rey todo se puede.

-¿Con la salvaguardia del rey? -dijo Luisa con una mirada llena de amor.

-Supongo que creeréis en mi palabra, ¿no es así?

-Creo en ella cuando estáis lejos de mí; pero, cuando estáis en mi presencia, cuando me habláis, cuando os veo, no creo ya en nada.

-¿Qué es necesario, pues. para tranquilizaros?

-Conozco que es poco respetuoso el dudar así del rey; pero vos no sois para mí el rey.

-¡Oh! A Dios gracias, eso es lo que espero, y eso es lo que busco.

-Escuchad: ¿os tranquilizará la presencia de una tercera persona? ¿La presencia del señor de Saint-Aignan?

-Sí.

-Verdaderamente, Luisa, me desgarráis el corazón con semejantes recelos.

La Vallière no replicó; pero dirigió al rey una de esas miradas que penetran hasta el fondo de los corazones, y dijo muy bajo:

-¡Ay! ¡Ay de mí! No es de vos de quien yo desconfío; no es de vos de quien recelo.

-Acepto, pues -dijo suspirando Luis-, y os prometo que el señor de Saint-Aignan, que tiene el feliz privilegio de tranquilizaros, estará presente siempre en nuestras entrevistas.

-¿De veras, Majestad?

-¡Palabra de hidalgo! Y vos, por vuestra parte...

-Aguardar, aún no está dicho todo.

-¿Aún más, Luisa?

-¡Oh! Sí, Majestad; no os canséis tan pronto, pues aún no hemos terminado.

-Vamos, acabad de traspasarme el corazón.

-Ya comprendéis, Majestad, que tales entrevistas deben tener una especie de motivo razonable a los ojos mismos del señor de Saint-Aignan.

-¡Motivo razonable! -repitió el rey con tono de dulce reconvención.

-Sin duda; reflexionadlo bien, Majestad.

-¡Oh! Sois delicada en extremo, y podéis estar cierta de que mi único deseo es igualaros en este punto... Bien, Luisa, se hará como deseáis. Nuestras entrevistas tendrán un objeto razonable, y ya he encontrado ese objeto.

-De modo, Majestad... -dijo sonriendo La Vallière.

-Que desde mañana, si queréis...

-¿Desde mañana?

-¿Queréis decir que es demasiado tarde?

-exclamó el rey estrechando entre las suyas la mano ardorosa de La Vallière.

En aquel momento oyóse ruido de pasos en el corredor.

-Majestad, Majestad -exclamó La Valliére-, alguien se acerca, alguien viene. ¿Lo oís? Majestad, Majestad, os ruego que os marchéis. El rey no hizo más que dar un salto desde su asiento para quedar oculto detrás del biombo.

Tiempo era ya de hacerlo, porque no bien el rey acababa de tirar hacia sí una de las hojas, cuando giró el botón de la puerta, y se presentó Montalais en el umbral.

Excusamos decir que entró tranquilamente y sin la menor ceremonia.

La muy ladina sabía perfectamente que llamar con precaución a aquella puerta, en vez de empujarla, era manifestar a la joven una desconfianza que le haría poco favor.

Entró, pues, y después de una rápida mirada que le permitió ver dos sillas muy juntas, invirtió tanto tiempo en volver a cerrar la puerta, que se resistía sin saberse por qué, que

el rey tuvo lugar para levantar la trampa y bajar a la habitación de Saint-Aignan.

Un ruido, imperceptible para cualquiera otro oído no tan fino como el suyo, le advirtió que el príncipe había desaparecido; logró entonces cerrar la rebelde puerta, y se acercó a La Vallière.

-Luisa -le dijo-; hablemos un momento seriamente.

Luisa, entregada a su emoción, no oyó sin cierto terror aquel seriamente, pronunciado por Montalais con marcada intención.

-¡Dios mío, querida Aura! -exclamó-. ¿Qué novedad ha ocurrido?

-Sucede, querida mía, que Madame sospecha de todo.

-¿De todo qué?

-¿Habrá necesidad de explicarnos aún, Luisa? ¿No comprendes lo que quiero decir? Vamos, ya habrás observado la irresolución que manifiesta Madame hace algunos días, y no puede menos de haberte chocado que te haya

traído a su lado y después te haya despedido, y luego te haya vuelto a admitir.

-Extraño, es, en efecto, pero ya estoy acostumbrada a estas rarezas.

-Oye, todavía: también te habrá extrañado que Madame, después de haberte excluido del paseo de ayer, te mandara luego que le acompañases.

-También me ha extrañado. -Pues bien, parece que Madame ha logrado adquirir datos suficientes, pues ha ido directamente al objeto, conociendo que nada puede oponer en Francia a ese torrente que todo lo arrolla; ya comprenderás lo que quiero decir con la palabra torrente.

La Vallière ocultó el rostro entre las manos.

-Quiero decir -continuó la inflexible Montalais-, ese torrente que ha derribado las puertas de las Carmelitas de Chaillot, y echado por tierra todos los miramientos de la Corte, así en Fontainebleau como en París.

-¡Ay! ¡Ay de mí! -murmuró La Vallière, derramando abundantes lágrimas.

-No te aflijas de ese modo, cuando sólo te hallas todavía a la mitad de tus penas.

-¡Dios santo! -exclamó la joven con ansiedad-. ¿Hay más? -Oye y lo sabrás. Viéndose Madame sin auxiliares en Francia, después de haber puesto inútilmente en juego el influjo de las dos reinas, de Monsieur y de toda la Corte, acordóse de cierta persona que parece tener sobre ti algunos derechos.

La Vallière se puso blanca como una estatua de cera.

-Esa persona -prosiguió Montalais- no se halla en París en este momento.

-¡Oh Dios mío! -murmuró Luisa.

-Y si no me equivoco, debe estar en Inglaterra.

-Sí -suspiró Luisa medio desfallecida.

-¿No está actualmente esa persona en la corte del rey Carlos II?

-Sí.

-Pues bien, esta tarde ha salido del gabinete de Madame una carta para Saint-James, con orden al correo de marchar sin hacer parada alguna hasta Hampton-Corrt, que es, al parecer, un palacio real situado a doce millas de Londres.

-¿Y qué más?

-Ahora bien, como Madame acostumbra escribir cada quince días, y el correo ordinario marchó hace tres, he creído que sólo una grave circunstancia podía haberle hecho tomar la pluma. Ya sabes que Madame es demasiado perezosa para escribir.

-¡Oh! Sí.

-Pues bien, tengo motivos para creer que el objeto de esa carta es Luisa de La Vallière.

-¡Luisa de La Vallière! -repitió la infeliz joven con la docilidad de un autómatas.

-Pude ver esa carta sobre la mesa de Madame antes de que la cerrase, y me pareció leer en ella. . .

-¿Te pareció leer?

-Quizá me haya engañado.

-¿Qué?. .. Vamos...

-El nombre de Bragelonne. La joven se levantó, dominada por la más dolorosa agitación.

-Montalais -dijo con voz interrumpida por los sollozos-, todas las gratas ilusiones de la juventud y de la inocencia han huido ya. Nada tengo que ocultar ni a ti ni a nadie, y mi vida se halla al descubierto, como un libro donde todo el mundo puede leer, desde el soberano hasta el último súbdito. Aura, mi querida Aura, ¿qué me aconsejas que haga?

Montalais se acercó a la joven.

-¿Qué quieres que te aconseje? -le dijo-. Consúltalo contigo misma.

-Pues bien, no amo al señor de Bragelonne, y no quiero decir con esto que no le ame como la hermana más tierna puede amar a un buen hermano; mas no es ese cariño el que él me pide, ni el que le he prometido.

-En fin, amo al rey -dijo Montalais-, y es disculpa bastante buena.

-Sí, amo al rey -dijo con sorda voz la joven-, y bien caro he pagado el derecho de pronunciar estas palabras. Ahora habla tú, Montalais, ¿qué puedes hacer en mi provecho, o contra mí en la posición en que me hallo?

-Habla con más claridad, Luisa.

-¿Y qué quieres que te diga?

-¿Nada tienes que decirme de particular?

-No -replicó Luisa con extrañeza.

-¿Y no me pides otra cosa más que un simple consejo?

-Nada más.

-¿Respecto al señor Raúl?

-Sí.

-Asunto delicado es ése -dijo Montalais.

-No hay tal, querida Aura. ¿Deberé casarme con él para cumplirle la promesa que le tengo hecha? ¿He de seguir dando oídos al rey?

-¿Sabes que me pones en situación muy difícil? -exclamó sonriendo Montalais-. Me preguntas si debes casarte con Raúl, de quien soy amiga, y a quien causaré un mortal disgusto si me declaro en contra suya, y después me hablas de no escuchar al rey, cuya súbdita soy, y a quien ofendería aconsejándote de cierto modo. ¡Ay, Luisa! ¡Excelente partido sabes sacar de una posición difícilísima!

-No me has comprendido, amiga -dijo La Vallière, molesta por el tono burlón de Montalais-. Cuando hablo de casarme con el señor de Bragelonne, es porque considero poder hacerlo; pero, por la misma razón, si doy oídos al rey, ¿deberé hacerle usurpador de un bien, muy mediano realmente, pero al que presta el amor cierta apariencia de valor? Lo que te pido, pues, es que me indiques un medio de salir de compromisos, ya con uno, ya con otro; o más bien, que me digas cuál de ambos compromisos podré esquivar más honrosamente...

-Querida Luisa -contestó Montalais después de un momento de silencio-, no soy ninguno de los siete sabios de Grecia, y no tengo reglas de conducta absolutamente invariables; pero, en cambio, tengo alguna experiencia, y puedo decirte que jamás pide una mujer un consejo de la clase del tuyo sino en el caso de hallarse en gran apuro. Tú has hecho una promesa solemne, y tienes honor; de consiguiente, si, después de haber contraído un compromiso semejante, estás tan perpleja, no será el consejo de una persona extraña pues todo es extraño para un corazón lleno de amor), no será, digo, mi consejo el que te saque de tal apuro. No te lo daré, con tanto más motivo, cuanto que yo en tu lugar me hallaría más indecisa después del consejo que antes. Lo que puedo hacer es repetir lo que ya te he dicho: ¿Quieres que te ayude?

-¡Sí, sí!

-Pues bien, ni una palabra más. Dime en lo que quieres que te ayude; dime en favor de

quién y contra quién te he de ayudar. De este modo sabremos lo que se ha de hacer.

-Pero tú -dijo La Vallière, estrechando la mano de su compañera-, ¿en favor de quién te declaras?

-En tu favor, si eres verdaderamente mi amiga...

-¿No eres la confidente de Madame?

-Razón de más para poderte ser provechosa; si nada supiese por este lado, mal podría auxiliarte; de consiguiente, poco provecho podrías sacar de mi conocimiento. Las amistades viven de esa especie de servicios mutuos.

-¿Y seguirás siendo amiga de Madame?

-Evidentemente; ¿lo lamentas? -No -contestó pensativa La Vallière, porque aquella cínica franqueza le parecía una ofensa a la mujer y un agravio a la amiga.

-Me alegro -dijo Montalais-, pues de lo contrario serías muy necia.

-Así, pues, ¿me auxiliarás? -Con todo mi corazón, sobre todo si tú me sirves del mismo modo.

-No parece sino que no conozcas mi corazón -dijo La Vallière, mirando a Montalais con ojos en que estaba retratada la sorpresa.

-No lo extrañes, querida Luisa; desde que estamos en la Corte hemos cambiado mucho.

-¿Por qué?

-Es muy sencillo: ¿eras tú la segunda reina de Francia, allá en Blois?

La Vallière bajó la cabeza y se echó a llorar.

Montalais la miró de un modo indefinible, y sus labios murmuraron:

-¡Pobre chica! Pero, recobrándose:

-¡Pobre rey! -dijo.

Y, besando a Luisa en la frente, volvió a su cuarto donde la aguardaba Malicorne.

EL RETRATO

En esa enfermedad que llaman amor los accesos se suceden con más frecuencia unos a otros desde que el mal principia.

Más tarde, los accesos se van haciendo menos frecuentes a medida que se acerca la curación.

Supuesto esto como axioma en general, y como comienzo de capítulo en particular, sigamos nuestro relato.

Al día siguiente, que era el fijado por el rey para la primera entrevista en el cuarto de Saint-Aignan, al abrir La Vallière el biombo halló en el suelo un billete de puño y letra del rey.

Este billete había pasado del piso inferior al superior, por la rendija del entarimado. Ninguna mano indiscreta, ninguna mirada curiosa podía penetrar adonde penetraba aquel simple papel.

Era ésa una de las ideas de Malicorne. Conociendo lo útil que Saint-Aignan iba a ser al

rey con su habitación, no había querido que el cortesano llegara a serle también indispensable como mensajero, y por su autoridad privada habíase reservado aquel puesto.

La Vallière leyó ávidamente aquel billete, que le señalaba las dos de la madrugada para el momento de la cita, y le señalaba el modo de levantar la trampa abierta en el suelo. "Mostraos linda" -añadía la postdata.

Estas últimas palabras sorprendieron a la joven, pero la calmaron al mismo tiempo.

El tiempo caminaba lentamente, pero al fin llegó la hora.

Luisa, tan puntual como la sacerdotisa Hero, levantó la trampa al sonar la última campanada de las dos, y encontró en los primeros escalones al rey, que la esperaba respetuosamente para darle la mano.

Aquella fina deferencia la enterneció visiblemente.

Al pie de la escalera encontraron ambos amantes al conde, el cual, con una sonrisa y una

reverencia del mejor gusto, dio las gracias a La Vallière por el honor que le hacía.

Después, volviéndose hacia el rey: -Majestad -dijo-, ahí está nuestro hombre.

La Vallière miró a Luis con inquietud.

-Señorita -dijo éste-, si os he suplicado que me hicieseis el honor de bajar, ha sido por interés mío particular. He hecho llamar a un pintor notable, que saca perfectamente el parecido, y desearía que le autorizaseis para retrataros. Esto no obsta para que, si lo exigís, quede el retrato en vuestro poder.

La Vallière se ruborizó.

-Ya lo veis -dijo el rey-; no seremos ya sólo tres, sino cuatro. ¡Ay! Desde el momento en que no estemos solos, vendrán cuantas personas queráis.

La Vallière apretó dulcemente la punta de los dedos a su regio amante.

-Pasemos a la pieza inmediata, si Vuestra Majestad lo tiene a bien -dijo Saint-Aignan.

Éste abrió la puerta, y dejó pasar a sus huéspedes.

El rey seguía a La Vallière y devoraba con los ojos su cuello, blanco como el nácar, sobre el cual flotaban los sedosos rizos de la joven.

La Vallière llevaba un vestido de seda, de color gris perla con visos de rosa; un adorno de azabache realzaba la blancura de su cutis; sus manos, finas y diáfanas, ostentaban un ramillete de pensamientos, rosas de Bengala y ciemátides artísticamente enlazados, sobre los cuales se elevaba, como una copa derramando perfumes, un tulipán de Harlem de tonos grises y morados, maravillosa especie que había costado cinco años de combinaciones al jardinero y cinco mil libras al rey.

Aquel ramillete lo había puesto Luis en manos de La Vallière al tiempo de saludarla.

En la pieza, cuya puerta acababa de abrir Saint-Aignan, permanecía de pie un joven,

de ojos negros y largos cabellos castaños, vestido con un sencillo traje de terciopelo.

Era el pintor, el cual tenía ya preparados el lienzo y la paleta. Inclínose delante de la señorita de La Vallière con esa grave curiosidad del artista que estudia su modelo, y saludó al rey discretamente, como si no le conociera, y, por lo, tanto, como hubiera saludado a cualquiera otro gentilhomme.

Luego, conduciendo a la señorita de La Vallière hasta el sillón preparado para ella, la invitó a sentarse.

La joven colocóse con gracia y abandono, teniendo en la mano el ramillete, y con las piernas extendidas sobre almohadones; y a fin de que sus miradas no apareciesen vagas o afectadas, le suplicó el pintor que las fijase en algún otro objeto.

Entonces Luis XIV, sonriendo, fue a sentarse sobre los almohadones, a los pies de su amante.

De modo que ella, inclinada hacia atrás, recostada en el sillón y con las flores en la mano, y él, con los ojos fijos en ella y devorándola con la mirada, formaban un grupo encantador que el pintor contempló unos minutos con satisfacción, mientras que, por su parte, Saint-Aignan lo contemplaba con envidia.

El artista bosquejó rápidamente; luego, a las primeras pinceladas, se vio resaltar del fondo gris aquel suave y poético rostro de ojos dulces y sonrojadas mejillas aprisionadas en su blonda cabellera.

Entretanto, los dos amantes hablaban poco y se miraban mucho; sus ojos a veces mostraban tal languidez, que el pintor se veía precisado a interrumpir su obra, a fin de no representar una Ericina en vez de una La Vallière.

Entonces acostumbraba intervenir Saint-Aignan, y recitaba versos o contaba historietas, cómo las que solía contar Patru, o como las que escribía con tanta habilidad Tallemant des Réaux.

O bien La Vallière mostraba hallarse fatigada, y había entonces un rato de descanso.

Unas veces una fuente de porcelana, cubierta de los más delicados frutos que se habían podido hallar, otras el vino de Jerez, destilando sus topacios en la plata cincelada, servían de accesorios a aquel cuadro, del que el pintor sólo debía reproducir la figura más efímera.

Luis se embriagaba de amor; La Vallière de felicidad; Saint-Aignan de ambición.

El artista atesoraba recuerdos para su vejez.

Pasáronse así dos horas, y cuando dieron las cuatro, se levantó el pintor e hizo una seña al rey.

El rey levantóse, se acercó al lienzo y dirigió algunas frases lisonjeras al artista.

Saint-Aignan alababa el parecido, que, según decía, estaba asegurado ya.

La Vallière dio las gracias al pintor, ruborizándose, y pasó a la pieza inmediata,

adonde la siguió el rey después de llamar a Saint-Aignan.

-Hasta mañana, ¿no es cierto? -dijo el rey a La Vallière.

-Pero, Majestad, ¿no pensáis que pueden venir a mi cuarto y no hallarme en él?

-¿Y qué?

-¿Qué será de mí entonces? -Sois muy medrosa, Luisa.

-Pero, ¿y si Madame me envía a buscar?

-¡Oh! -contestó el rey-. ¿No ha de llegar un día en que me digáis vos misma que lo arrostre todo por no separarme de vos?

-Ese día, Majestad, seré una insensata, y deberíais no creerme.

-Luisa, hasta mañana.

La Vallière dio un suspiro, y luego, sintiéndose sin fuerzas para oponerse al deseo del rey:

-¡Ya que así lo queréis, Majestad... hasta mañana! -repitió. Y a estas palabras subió lige-

ramente la escalera, y desapareció de la vista de su amante.

-¿Qué decís, Majestad? -dijo Saint-Aignan, luego que se marchó la joven.

-Digo, . Saint-Aignan, que ayer me creía el más dichoso de los hombres.

-¿Y se creería hoy, por ventura, Vuestra Majestad, el mas desgraciado? -replicó sonriendo el conde.

-No, pero este amor es una sed insaciable: cuanto más bebo, cuanto más devoro las gotas de agua que tu industria me procura, más sed tengo.

-Parte de la culpa es de Vuestra Majestad, porque se ha creado la situación tal como es.

-Tienes razón.

-Por tanto, Majestad, el mejor medio de ser dichoso en semejante caso, es creerse satisfecho y esperar.

-¡Esperar! ¿Y conoces tú la palabra esperar?

-Ea, Majestad, no os desconsoléis; ya he buscado y buscaré todavía.

El rey meneó la cabeza con aire desesperado.

-¡Qué, Majestad! ¿No estáis ya satisfecho?

-Sí, querido Saint-Aignan, pero es necesario que e halles alguna cosa más.

-Majestad, lo único que puedo hacer es comprometerme a buscar. El rey quiso ver el retrato, ya que no podía ver el original, e indicando al pintor algunas ligeras variaciones se marchó.

En seguida, Saint-Aignan despidió al artista.

Apenas habían desaparecido caballete, colores y pintor, cuando Malicorne asomó la cabeza entre las cortinas.

Saint-Aignan le recibió con los brazos abiertos, pero con cierta tristeza, no obstante. La nube que había pasado por delante del sol real, velaba a su vez al fiel satélite. Malicorne

advirtió al primer golpe de vista el crespón que cubría el rostro de Saint-Aignan.

-¡Ay, señor conde! -exclamó-. ¡No parece que estéis muy satisfecho!

-Mis motivos tengo, señor Malicorne. ¿Creeréis que el rey no está contento?

-¿No está contento con la escalera?

-¡Oh, no! Al contrario, la escalera le agrada muchísimo.

-Entonces, no habrá sido de su gusto la decoración de las cámaras.

-¡Ah! En cuanto a eso, ni siquiera ha reparado. No, lo que ha disgustado al rey...

-Yo os lo diré, señor conde: es haber asistido el cuarto a una cita amorosa. ¿Es posible que no lo hayáis comprendido, señor conde?

-¿Y cómo lo había de haber adivinado, señor Malicorne, cuando no he hecho más que seguir al pie de la letra las instrucciones del rey?

-¿Ha exigido absolutamente el rey que estuviésemos a su lado?

-Positivamente.

-¿Y quiso, además, que viniera el pintor que he encontrado abajo?

-Lo exigió, señor Malicorne, lo exigió.

-Entonces, comprendo, ¡pardiez!, que Su Majestad no haya estado contento.

-¿Cómo, después que se han obedecido puntualmente sus órdenes? -No os entiendo.

Malicorne se rascó la cabeza.

-¿A qué hora -preguntó- dijo el rey que vendría a vuestra habitación?

-A las dos.

-¿Y estuvisteis esperando al rey?

-Desde la una y media.

-¿De veras?

-¡Pardiez! ¡Bueno fuera ser inexacto con el rey!

Malicorne, no obstante el respeto que profesaba al conde, no pudo menos de encogerse de hombros.

-¿Y había citado Su Majestad también a ese pintor para las dos? -preguntó.

-No; pero yo le tenía aquí des de medianoche, por que más vale que un pintor espere dos horas que el rey un minuto.

Malicorne echóse a reír silenciosamente.

-Vamos, querido señor Malicorne -dijo Saint-Aignan-, no os riáis tanto de mí, y hablad más.

-¿Lo exigís?

-Os lo ruego.

-Pues bien, señor conde, si queréis que el rey esté algo más contento la primera vez que venga...

-Que será mañana.

-Pues bien, si deseáis que el rey esté algo más contento mañana...

-Ventre de San Gris!, como decía su abuelo. ¿Si lo quiero? ¡Ya lo creo!

-Pues mañana, en el momento de llegar el rey, procurad tener algo que hacer fuera, que

sea cosa que no pueda aplazarse, que sea indispensable.

-¡Oh, oh!

-Por veinte minutos solamente.

-¡Dejar al rey solo veinte minutos! - exclamó asustado Saint-Aignan.

-Pues hacer cuenta de que nada os he dicho -replicó Malicorne encaminándose hacia la puerta.

-No tal, no tal, querido señor Malicorne; al contrario, acabad, que ya empiezo a comprender. ¿Y el pintor, y el pintor?

-¡Oh! El pintor es necesario que se retrase media hora.

-Conque media hora, ¿eh?

-Sí.

-Mi querido señor, lo haré como decís.

-Yo creo que lo acertaréis, señor conde. ¿Me concedéis que venga a informarme mañana?

-Claro.

-Tengo el honor de ser vuestro respetuoso servidor, señor de SaintAignan.

Y Malicorne salió de espaldas. "Decididamente, ese mozo tiene más ingenio que yo", dijo para sí Saint-Aignan, arrastrado por su convicción.

XLIII

HAMPTON-COURT

La revelación que, como hemos visto en el penúltimo capítulo, hizo Montalais a La Vallière, nos conduce naturalmente a hablar del héroe principal de esta historia, infeliz caballero errante a merced del capricho del rey.

Si el lector quiere seguirnos, pasaremos con él ese estrecho más borrascoso que el Euripo, que separa a Calais de Douvres, atravesaremos la verde y poblada campiña de mil arroyuelos que rodea a Charing, Maidstone y otras

ciudades a cual más pintoresca, y llegaremos por fin a Londres.

De allí, como sabuesos que siguen una pista, después que hayamos sabido que Raúl había estado primero en White-Hall y luego en Saint-James, que había sido recibido por Monk e introducido en las mejores reuniones de la corte de Carlos II, le seguiremos a uno de los palacios de verano del rey Carlos II, junto a la ciudad de Kingston, a Hampton-Court, palacio que baña el río Támesis.

Los paisajes extiéndense a su alrededor tranquilos y ricos de vegetación; las casas de ladrillo arrojan por sus chimeneas azuladas humaredas que atraviesan las copas espesas y apiñadas de los abetos amarillos y verdes; los muchachos aparecen y desaparecen en las praderas como amapolas que se doblan al soplo del viento.

Los grandes carneros rumian cerrando los ojos a la sombra de los álamos blancos, y de trecho en trecho, el martín pescador, de flancos

de esmeralda y oro, corta como bala mágica la superficie del agua, rozando aturdidamente el hilo de su cofrade, el hombre pescador, que acecha, sentado sobre su batel, el paso de la tenca y del sábalo.

Sobre aquel paraíso, formado de negra sombra y de dulce luz, se levanta el palacio de Hampton Court, construido por Wolsey, mansión que el orgulloso cardenal había creído deseable hasta para un soberano, y que, como cortesano tímido, tuvo que dar a su amo Enrique VIII, el cual había fruncido el ceño de envidia y codicia con sólo ver el aspecto del nuevo palacio.

Hampton-Court, de murallas de ladrillo, de enormes ventanas y de hermosas verjas de hierro; Hampton-Court, con sus mil torrecillas, sus extraños campanarios, sus discretos paseos y sus fuentes interiores, semejantes a las de la Alhambra; Hampton-Court, lecho de rosas, jazmines y clemátidas. . . era alegría de la vista y del olfato, el realce más encantador de aquel

cuadro de amor que ofreció Carlos II, entre las voluptuosas pinturas del Ticiano, del Pordedone, de Van-Dyck, no obstante tener en su galería el retrato de Carlos I, rey mártir, y taladradas sus puertas y ventanas por las balas puritanas que arrojaron los soldados de Cromwell, el 24 de agosto de 1648, cuando llevaron allí preso a Carlos I.

Allí tenía su corte aquel rey ansioso siempre de placeres; aquel rey poeta por el deseo; aquel desventurado de otro tiempo, que se pagaba, con un día de voluptuosidad, cada minuto apenas pasado de agonía y de miseria.

Ni el suave césped de Hampton-Court, césped que al pisarlo parece terciopelo; ni el círculo de flores que se ciñe al pie de cada árbol, formando un lecho a los rosales de veinte pies que se abren al aire libre como gavillas artificiales; ni los grandes tilos cuyas ramas bajan hasta el suelo como sauces, y velan el amor y las ilusiones a su sombra, o más bien bajo su cabellera; nada de eso era lo que amaba

Carlos II en su hermoso palacio de Hampton - Court.

Tal vez serían entonces aquellas hermosas aguas, semejantes a las del mar Caspio; aquellas aguas inmensas, rizadas por un viento fresco, como las ondulaciones de la cabellera de Cleopatra; aquellas aguas tapizadas de berros, de nenúfares bancos, de bulbos vigorosos, que se entreabren para dejar ver como el huevo el germen de oro rutilante en el fondo de la envoltura lechosa; aquellas aguas llenas de murmullos, sobre las cuales navegan los cisnes negros y los pequeños ánades, que persiguen a la mosca verde en las espadañas, y a la rana en su madriguera de musgo.

¿Serían acaso los enormes acebos de ramaje bicolor, los risueños puentes echados sobre los canales, las ciervas que braman en los paseos interminables, y las aguzanieves que revolotean en los arriates de boj y de trébol?

Porque de todo eso hay en Hampton-Court, más las espalderas de rosas blancas que

reptan a lo largo de los altos enrejados para dejar caer sobre el suelo su odorífera nieve; como se ven en el parque los vetustos sicómoros de troncos verdegueantes que bañan sus pies en un poético y lujuriente moho.

No, lo que Carlos II amaba en Hampton-Court eran las sombras sorprendentes que después del mediodía se corrían sobre sus terrazas, cuando, como Luis XIV, había hecho pintar a las beldades en su gabinete por uno de los pincelas más hábiles de su tiempo, pinceles que sabían fijar en el lienzo un rayo escapado de tantos hermosos ojos que despedían amor.

El día en que llegamos a Hampton-Court, el cielo estaba apacible y sereno, como en un día de Francia; la temperatura era de una tibieza húmeda, y los geranios, los crecidos guisantes de olor, las jeringuillas y los heliotropos, sembrados a centenares en los jardines, exhalaban sus aromas embriagadores.

Era la una. El rey, después de volver de caza, había comido y visitado a la duquesa de

Castelmaine, su querida de nombre, cuya prueba de fidelidad le permitía ya entregarse a su gusto a mil infidelidades hasta la noche.

Toda la Corte estaba entregada a las locuras de amor. Era aquella la época en que las damas preguntaban seriamente a los caballeros su opinión sobre tal o cual pie, más o menos gracioso, según estuviera calzado con media de seda color de rosa o verde.

Era la época en que Carlos 11 decía que no había salvación para una mujer que no llevase medias de seda verde, porque la señorita Lucy Stewart las gastaba de ese color.

En tanto que el rey se entretenía en dar a conocer sus preferencias, pasemos nosotros a la arboleda de hayas que daba frente al terrado, y por la que iba una joven dama, en traje de color severo, detrás de otra vestida de color lila y azul oscuro.

Atravesaron la terraza del jardín, en medio de la cual se elevaba una hermosa fuente con sirenas de bronce, y siguieron más allá

conversando a lo largo de la tapia de ladrillo, de la que resaltaban en el parque varios gabinetes de diversas formas; pero, como aquellos gabinetes estaban en su mayor parte ocupados, las jóvenes pasaron adelante: la una ruborizada, la otra meditando.

Llegaron, por último, al término de aquella terraza que dominaba todo el Támesis, y hallando un sitio cómodo se sentaron una al lado de otra.

-¿Adónde vamos, Stewart? - preguntó la más joven de las dos a su compañera.

-Mi querida Graffon, vamos, ya lo ves, a donde tú nos llevas.

-¿Yo?

-Sí, tú; al extremo del palacio, hacia el banco donde el joven francés espera y suspira.

Miss Mary Graffon se detuvo. -No -dijo a su compañera-; no voy allá.

-¿Por qué? -Regresemos, Stewart.

-Al contrario, sigamos adelante, y expliquémonos.

-¿Sobre qué?

-Sobre eso de ir el señor vizconde de Bragelonne a todos los paseos a que tú vas, y tú a los que va él.

-Y deduces de ahí que me ama, o que yo le amo.

-¿Por qué no? Es un joven muy gallardo... Creo que nadie nos oye -añadió miss Lucy Stewart, volviéndose con una sonrisa que indicaba no ser grande su inquietud.

-No, no -dijo Mary-; el rey se halla en su gabinete oval con el señor de Buckingham.

-A propósito del señor de Buckingham, Mary...

-¿Qué?

-Me parece que se ha declarado caballero tuyo desde su regreso de Francia. ¿Cómo va tu corazón por este lado?

Mary Graffton se encogió de hombros.

-¡Bueno, bueno! Ya se lo preguntaré al gallardo Bragelonne -dijo Stewart riendo-; vámonos a buscarle cuanto antes.

-¿Para qué?

-Tengo que hablarle.

-Aún no; escucha antes una palabra. Tú, Stewart, que sabes los secretillos del rey...

-¿Crees que los sepa?

-Si tú no los sabes, ignoro quién pueda saberlos. Dime, ¿a qué ha venido el señor de Bragelonne a Inglaterra? ¿Qué hace aquí?

-Lo que todo gentilhombre enviado por su rey á otro rey.

-Bien; pero, hablando seriamente, aunque la política no sea nuestro fuerte, sabemos lo bastante para comprender que el señor de Bragelonne no ha traído misión importante.

-Oye -dijo Stewart con afectada gravedad-; voy a vender en tu obsequio un secreto de Estado. ¿Quieres que te recite la carta de recomendación dada por el rey Luis XIV al se-

ñor de Bragelonne, y dirigida a Su Majestad el rey Carlos II?

-Sí, por cierto.

-Pues dice así: "Hermano mío, os envío a un gentilhombre de mi Corte, hijo de una persona a quien apreciáis. Tratadle bien, os lo ruego, y hacédle aficionarse a Inglaterra."

-¿Eso decía?

-En los mismos términos u otros parecidos. No respondo de la forma, pero sí del fondo.

-Bien: ¿y qué has inferido de ahí, o más bien qué ha inferido el rey?

-Que el rey de Francia tenía motivos para alejar al señor de Bragelonne, y casarlo ... en otra parte que no sea Francia.

-De modo que a consecuencia de esa carta...

-El rey Carlos 11 ha recibido al señor de Bragelonne, según ya sabes, espléndida y amistosamente, dándole la mejor habitación de White-Hall, y, como tú eres la dama más preciosa

de su Corte, en atención a que has rehusado su corazón... ea, no hay por qué ruborizarse... ha querido inspirarte afición hacia el francés, y hacerle ese hermoso obsequio. Ahí tienes por lo que Su Majestad te ha hecho tornar parte en todos los paseos del señor de Bragelonne: a ti, heredera de trescientas mil libras, futura duquesa, y joven tan buena como hermosa. En una palabra, eso ha sido un complot, una especie de conspiración, a la cual tú verás si quieres poner fuego, pues yo te entrego la mecha.

Miss Mary sonrió con la expresión encantadora que le era familiar, y apretando el brazo de su compañera:

-Dale las gracias al rey -dijo. -Sí, sí; pero el señor de Buckingham está celoso; mira lo que haces -replicó Lucy Stewart.

Apenas habían sido dichas estas palabras, cuando salió el señor de Buckingham de uno de los pabellones de la terraza, y, acercándose a las dos jóvenes con una sonrisa:

-Os equivocáis, miss Lucy -replicó-, no, no estoy celoso, y en prueba de ello, miss Mary, allá abajo tenéis al que debería ser la causa de mis celos, el vizconde de Bragelonne, que está allí solo, absorto en sus meditaciones. ¡Pobre muchacho! Permitidme que le deje vuestra agradable compañía por algunos momentos, pues tengo que hablar a miss Lucy Stewart.

Entonces, inclinándose hacia miss Lucy:

-¿Me haréis -le preguntó el honor de aceptar mi brazo para ir a saludar al rey, que nos espera?

Y, al pronunciar estas palabras, Buckingham, con amable sonrisa tomó la mano de miss Lucy, y se llevó a ésta.

Mary Graffton, luego que quedó sola, inclinando la cabeza sobre el hombro con aquel gracioso abandono peculiar de las jóvenes inglesas, permaneció por un momento inmóvil, con los ojos fijos en Raúl, pero como indecisa sobre lo que había de hacer. Al fin, luego que sus mejillas, perdiendo y recobrando al-

ternativamente el color, revelaron el combate que tenía lugar en su corazón, la joven pareció tomar una resolución, y se aproximó con paso bastante firme hacia el banco en que estaba Raúl entregado a sus reflexiones.

Por ligero que fuera el ruido de los pasos de miss Mary sobre el menudo césped, llamó la atención de Raúl; volvió la cabeza, vio a la joven y se adelantó a recibir a la compañera que su buena fortuna le deparaba.

-Me envían a vuestro lado, señor -dijo Mary Craffton-. ¿Me aceptáis?

-¿Y a quién debo tan marcado favor, señorita? -preguntó Raúl.

-Al señor de Buckingham -replicó Mary afectando alegría.

-¿Al señor de Buckingham, que con tanto anhelo busca siempre vuestra preciosa compañía? Señorita, ¿debo creerlo?

-En efecto, señor, ya lo veis; todo conspira a que pasemos juntos la mejor, o más bien, la mayor parte de los días. Ayer fue el rey el

que me mandó que os hiciese sentar en la mesa a mi lado; hoy, es el señor de Buckingham quien me ruega que venga a sentarme al lado vuestro en este banco.

-¿Y se ha alejado a fin de dejarme libre la plaza? -preguntó Raúl con embarazo.

-Miradle allí, que va a desaparecer con miss Stewart por el recodo que forma la arboleda. ¿Se gastan complacencias de esta clase en Francia, señor vizconde?

-Señorita, apenas os puedo decir lo que se acostumbra en Francia, pues casi no soy francés. He vivido en muchos países, casi siempre como soldado, y además he pasado gran parte de mi vida en el campo, de suerte que soy bastante agreste.

-¿No estáis contento en Inglaterra?

-No sé -dijo Raúl distraídamente y exhalando un suspiro.

-¿Cómo que no sabéis? -Perdonad -apresuróse a decir Raúl, sacudiendo la cabeza,

como para salir de su distracción-, perdonad, no os había oído.

-¡Ay! -exclamó la joven suspirando a su vez-. ¡Mal ha hecho el duque de Buckingham en enviarme aquí!

-¿Ha hecho mal? -dijo con viveza Raúl-. Tenéis razón; mi compañía es fastidiosa, y os aburrís conmigo. Mal ha hecho el señor de Buckingham en enviaros aquí.

-Precisamente -replicó la joven con su voz grave y armoniosa-, por no aburrirme con vos, ha hecho mal el señor de Buckingham en enviarme al lado vuestro.

Raúl se sonrojó de nuevo.

-¿Pero cómo es -dijo que el señor de Buckingham os haya enviado a mi lado, y que vos hayáis venido? El señor de Buckingham os ama, y vos le amáis.

-No -respondió gravemente Mary-, no. El señor de Buckingham no me ama, puesto que ama a la duquesa de Orleáns; y, en cuanto a mí, no profeso amor al duque.

Raúl miró a la joven, sorprendido.

-¿Sois amigo del señor de Buckingham, vizconde? -continuó ésta.

-El duque me hace el honor de llamarme amigo suyo desde que nos vimos en Francia.

-¿No sois entonces más que simples conocidos?

-No; porque el señor de Buckingham es amigo íntimo de un gentilhombre a quien amo como a un hermano.

-¿Del señor conde de Guiche?

-Sí, señorita.

-¿Que ama a la señora duquesa de Orleans?

-¡Oh! ¿Qué decís?

-Y que es amado por ella -prosiguió tranquilamente la joven. Raúl bajo la cabeza. Mis Mary Graffton prosiguió con un suspiro:

-¡Qué dichosos son! ... Vamos, señor de Bragelonne, no hagáis caso de mí, pues el señor de Buckingham os ha dado un encargo bien enojoso con ofrecirme a vos para compañera de

paseo. Vuestro corazón está en otra parte, y a duras penas me concedéis un poco de atención ... Confesad, confesad... Haríais mal en negarlo, vizconde.

-Señorita, no lo niego. Miss Mary le miró.

Mostrábase Raúl tan sincero y hermoso, su mirada revelaba tan amable franqueza y tal resolución, que no pudo ocurrírsele a una mujer tan distinguida como miss Mary la idea de que el joven fuese un descortés o un necio.

Lo que vio fue que amaba a otra mujer que no era ella con toda la franqueza de su corazón.

-Os comprendo -dijo-; estáis enamorado en Francia.

Raúl se inclinó.

-¿Sabe el duque ese amor? -Nadie lo sabe -contestó Raúl.

-¿Y por qué no me lo confesáis a mí?

-Señorita... . . .

-Vamos, explicaos.

-No puedo.

-Entonces, me toca a mí abriros el camino: no queréis decirme nada porque estáis persuadido, ahora, de que no amo al duque, porque veis que quizá yo os habría amado, porque sois un gentilhomme todo corazón y delicadeza, que en lugar de tomar, aun cuando sólo fuera por distraeros un momento, una mano que se arrima a la vuestra, en lugar de sonreír a mi boca que os sonreía, habéis preferido, vos, que sois joven, decirme, a mí que soy hermosa: "¡Amo en Francia!" Pues bien, gracias, señor de Bragelonne; sois un noble gentilhomme, y por eso os amo más... en amistad. No hablemos ya de mí, por tanto, sino de vos. Olvidad que miss Graffton os ha hablado de ella; decidme por qué estáis triste, por qué lo estáis más aún de algunos días a esta parte.

Raúl conmovióse hasta lo íntimo de su corazón al oír el acento dulce y melancólico de aquella voz, y no

pudo hallar palabras para contestar. La joven acudió otra vez en su ayuda.

-Compadecedme -le dijo-. Mi madre era francesa; de consiguiente, puedo decir que soy francesa por la sangre y el alma. Pero sobre este ardor pesan incesantemente las nieblas y la tristeza de Inglaterra. A veces tengo mis sueños de oro y de mágicas felicidades; pero de repente viene la bruma y los hace desaparecer. Así me ha pasado ahora también. Perdonad, no hablemos más de esto; dadme vuestra mano, y confiad vuestros pesares a una amiga.

-¡Decís que sois francesa, francesa de alma y de sangre!

-Sí, lo repito; no sólo mi madre era francesa, sino que también, como mi padre, amigo de Carlos I, se desterró a Francia, y en tanto duró el proceso del príncipe y la vida del Protector, fui educada en París; a la restauración del rey Carlos II, mi padre volvió a Inglaterra, donde murió poco después... ¡pobre padre!

Entonces, el rey Carlos me hizo duquesa y completó mis rentas.

-¿Tenéis algún pariente en Francia? - preguntó Raúl con señalado interés.

-Tengo una hermana, siete u ocho años mayor que yo, que casó en Francia y enviudó después. Se llama madame de Bellière.

Raúl hizo un movimiento.

-¿La conocéis?

-La he oído nombrar. -También ama, y sus últimas cartas me anuncian que es dichosa: de consiguiente, es correspondida. Yo, como os decía, señor de Bragelonne, tengo la mitad de su alma, aunque no la mitad de su felicidad. Pero hablemos de vos. ¿A quién amáis en Francia?

-A una joven, dulce y blanca como un lirio.

-Pero, si ella os ama, ¿por qué estáis melancólico?

-Me han dicho que ya no me ama.

-No lo creeréis, supongo.

-El que me lo ha escrito no firma su carta.

-¡Una denuncia anónima! ¡Oh! ¡Eso es alguna traición! -dijo miss Graffton.

-Mirad -dijo Raúl enseñando a la joven un billete que había leído cien veces.

Mary Graffton cogió el billete, y leyó:

"Vizconde, hacéis muy bien en divertir os ahí con las hermosas damas del rey Carlos II; porque, en la corte del rey Luis XIV, os sitian en el palacio de vuestros amores. Permaneced, pues, para siempre en Londres, pobre vizconde, o regresad cuanto antes a París."

-No hay firma -dijo miss Mary.

-No.

-De consiguiente, no daréis fe a eso.

-No; pero ved esta otra carta.

-¿De quién?

-Del señor de Guiche.

-¡Oh! ¡Eso es otra cosa! Y esa carta, ¿qué os dice?

-Leed.

"Amigo mío, estoy herido y enfermo.

¡Volved, Raúl, volved!

"GUICHE."

-¿Y qué vais a hacer? -preguntó la joven con el corazón oprimido.

-Al recibir la carta, lo primero que hice fue pedir permiso al rey.

-¿Y la recibisteis?...

-Anteayer.

-Está fechada en Fontainebleau.

-Y es extraño, ¿no?, estando la Corte en París. Y al fin me hubiera ido. Pero, cuando hablé al rey de mi marcha, se echó a reír y me dijo: "Señor embajador, ¿a qué viene ahora esa marcha? ¿Os llama por ventura vuestro amo?" Quedéme sonrojado y desconcertado, pues, en efecto, el rey me ha enviado aquí y no he recibido orden de regresar. Mary frunció el ceño, pensativa.

-¿Y os quedáis? -preguntó.

-Es necesario, señorita.

-¿Y la que amáis?

-¿Qué?

-¿Os escribe?

-Jamás.

-¡Jamás! ¡Oh! ¿Conque no os ama?

-A lo menos no me ha escrito desde que me marché.

-¿Os escribía antes?

-A veces ... ¡Oh! Creo que no habrá podido.

-Aquí viene el duque: silencio. En efecto, por el extremo del paseo aparecía Buckingham, solo y risueño. Luego que llegó, tendió la mano a los dos interlocutores.

-¿Os habéis entendido? -dijo.

-¿Sobre qué? -preguntó Mary Graffton.

-Sobre lo que pueda hacer os a vos dichosa, querida Mary, y a Raúl menos desgraciado.

-No os comprendo, milord - contestó Raúl.

-Lo siento, miss Mary. ¿Queréis que me explique delante del señor?

Y sonrió.

-Si queréis decir -repuso la joven con orgullo- que estaba dispuesta a amar al señor de Bragelonne, es inútil, pues ya se lo he dicho.

Buckingham reflexionaba y, sin desconcertarse, como ella esperaba:

-Por lo mismo -dijo-, que sé que tenéis un delicado espíritu y sobre todo un alma leal, os he dejado con el señor de Bragelonne, cuyo corazón enfermo puede curar en manos de un médico como vos.

-Pero, milord, antes de hablarme del corazón del señor de Bragelonne, me hablasteis del vuestro. ¿Queréis que cure dos corazones al mismo tiempo?

-Es cierto, miss Mary; pero me haréis la justicia de creer que he abandonado una pretensión inútil, reconociendo que mi herida era incurable.

Mary se recogió un instante. -Milord -dijo-, el señor de Bragelonne es feliz. Ama y es

amado. Por consiguiente, no necesita de ningún médico como yo.

-El señor de Bragelonne -dijo Buckingham-, está en vísperas de contraer una grave enfermedad, y ahora más que nunca necesita que su corazón se ponga en cura.

-¡Explicaos, milord! -requirió vivamente Raúl.

-No, me explicaré poco a poco; mas si lo deseáis, puedo decir a miss Mary lo que vos no podéis oír.

-¡Milord, me tenéis en un cruel tormento; milord, algo sabéis por fuerza!

-Sé que miss Mary es el objeto más encantador que un Corazón enfermo puede apetecer.

-Milord, ya os he dicho que el vizconde de Bragelonne ama en otra parte -dijo la joven.

-Hace mal.

-¿Lo sabéis, señor duque? ¿Sabéis que hago mal?

-Sí.

-¿Pero a quién ama? -exclamó la joven.

-A una mujer indigna de él -dijo tranquilamente Buckingham, con la flema que sólo un inglés puede hallar en su cabeza y en su corazón.

Miss Mary Graffton lanzó un grito que, no menos que as palabras pronunciadas por Buckingham hizo pintarse en las mejillas de Bragelonne la palidez del sobrecogimiento y la imagen del terror.

-¡Duque -murmuró-, habéis pronunciado palabras tales, que, sin tardar ni un segundo, voy a buscar su explicación a París!

-Os quedaréis aquí -dijo Buckingham.

-¿Yo? -Sí, vos.

-¿Por qué?

-Porque no tenéis derecho a marcharos, y no se deja el servicio de un rey por el de una mujer, aunque sea tan digna de ser amada como miss Mary Graffton.

-Entonces, informadme.

-Lo haré. ¿Pero os quedaréis?

-Sí, con tal que seáis sincero conmigo.

En esto estaban, y sin duda Buckingham iba a decir no todo lo que había, sino todo lo que sabía, cuando por el extremo de la terraza apareció un lacayo del rey, y se adelantó hacia el gabinete donde estaba el rey con miss Lucy Stewart.

Aquel hombre precedía a un correo lleno de polvo, que parecía haber echado pie a tierra momentos antes.

-¡El correo de Francia! ¡El correo de Madame! -exclamó Raúl viendo la librea de la duquesa.

El hombre y el correo hicieron avisar al rey, mientras el duque y miss Graffton cambiaban una mirada de inteligencia.

XLIV

EL CORREO DE MADAME

Carlos II se había propuesto demostrar a miss Stewart que no pensaba más que en ella;

en consecuencia, le prometió un amor igual al que su abuelo Enrique IV había profesado a Gabriela. Desgraciadamente para Carlos II, eligió mal día, porque fue precisamente uno en que a miss Stewart se le puso en la cabeza dar celos al rey. De modo que en vez de enternecerse al oír aquella promesa, como esperaba Carlos II, se echó a reír.

-¡Oh, señor, señor! -exclamó sin dejar de reír-. Si tuviera la desgracia de pedir os una prueba de ese amor, ¡cuán fácilmente se vería que mentís!

-Escuchad -le dijo Carlos-; ya conocéis mis cartones de Rafael y el aprecio en que los tengo; el mundo me los envidia. Mi padre los hizo comprar por Van-Dyck. ¿Queréis que los traslade hoy mismo a vuestra casa?

-¡Oh, no! -replicó la joven-. No hagáis tal cosa, señor; mi casa es muy reducida para hospedar tales huéspedes.

-Entonces, os donaré Hampton Court para que coloquéis los cartones.

-Sed menos generoso, señor, y amad más tiempo: esto es cuanto deseo.

-Os amaré eternamente; ¿creéis que sea bastante?

-Veo que os reís, señor. ¿Quisierais que llorase?

-No; pero quisiera veros algo más melancólico.

-¡A Dios gracias, hermosa mía, lo he estado bastante tiempo! Catorce años de destierro, de pobreza y de miseria, me parece que ya es deuda satisfecha; además, la melancolía afea.

-¡Ca! Ved, si no, al joven francés.

-¡Oh! ¡El vizconde de Bragelonne!... ¿Vos también? Dios me perdone, pero creo que, unas tras otras, todas se van a volver locas... El vizconde tiene motivos para estar melancólico.

-¿Cuáles?

-¡Ah, caramba! ¿Será preciso también que os revele los secretos de Estado?

-Sí lo será, si yo quiero, ya que habéis dicho que estábais dispuesto a hacer todo lo que yo quisiera.

-Pues bien, se aburre en este país. ¿Estáis contenta?

-¿Se aburre?

-Sí; prueba de que es un necio.

-¿Cómo un necio?

-¡Claro! ¿No comprendéis? ¡Le permito amar a miss Lucy Stewart, Y él se aburre!

-¡Bueno! Eso significa que si no os ama-se miss Lucy Stewart, os consolaríais amando a miss Mary Graffton.

-No he dicho eso: en primer lugar, sabéis perfectamente que miss Mary Graffton no me ama, y para consolarse uno de un amor perdido, es preciso que halle otro. Y, además, aquí no se trata de mí, sino de ese joven. No parece sino que la que deja allá es una Elena, por supuesto, antes de que conociera a París.

-¿Pero deja alguien allá ese gentilhomme?

-Más bien le dejan.

-¡Pobre joven! Le está bien empleado.

-¿Y por qué?

-Sí: porque se va.

-¿Suponéis que se ha ido por gusto?

-¿Se ha ido obligado?

-Por orden, querida Stewart, de quien puede ordenar en París.

-¿Orden de quién?

-¿A ver si lo acertáis?

-¿Del rey?

-Exacto.

-¡Ah! Me abris los ojos.

-No digáis nada, ¿eh?

-Ya sabéis que, en cuanto a discreción, valgo como un hombre. De modo, ¿qué el rey es quien le aleja? -Sí.

-Y, durante su ausencia, le birla la dama.

-Sí, y el pobre muchacho, en vez de dar las gracias al rey, no hace más que lamentarse.

-¿Dar las gracias al rey, porque le birla a su amada? En verdad, señor, que lo que estáis

diciendo no es nada galante para las mujeres en general, y particularmente para las amantes.

-¡Comprended bien lo que os digo, par-diez! Si esa mujer que el rey le roba fuera una miss Graffton o una miss Stewart, sería de su opinión, y hasta lo encontraría poco desesperado; pero se trata de una chiquilla flaca y coja... ¡Al diablo la fidelidad!, como dicen en Francia. Rehusar una rica por otra pobre, a una que le ama por otra que le engaña, ¿se ha visto cosa igual?

-¿Creéis que Mary desee en serio agradecer al vizconde, señor?

-Sí, lo creo.

-Pues bien, el vizconde se acostumbrará a Inglaterra. Mary tiene buena cabeza, y cuando quiere, quiere bien.

-Mi querida miss Stewart, si el vizconde ha de aclimatarse en este país, no hay tiempo que perder; anteayer vino ya a pedirme permiso para partir.

-¿Y se lo habéis negado? -¡Ya lo creo! El rey, mi hermano, toma muy a pechos que ese joven esté ausente, y respecto a mí, tengo interesado en ello mi amor propio; no quiero que se diga que he presentado a ese young man el cebo más noble y más dulce de Inglaterra...

-Galante estáis, señor -contestó miss Stewart con encantador mohín.

No hablo de miss Stewart -dijo el rey-; ése es un regio cebo, y puesto que yo he picado en él, no quiero que otro pique; en fin, no es justo que ese joven desaire mis obsequios; se quedará entre nosotros, y se casará aquí, o Dios me condene.

-Y espero que, después de casado, en vez de inculpar a Vuestra Majestad, le estará agradecido; todo el mundo se apresura a complacerle, hasta el señor de Buckingham, que, a pesar de su orgullo, parece reconocerle alguna superioridad.

-Y hasta miss Stewart, que le llama caballero encantador. Escuchad, señor: bastante me

habéis elogiado a miss Graffton, conque permitidme que me desquite en algo con Bragelonne. Noto que, de algún tiempo a esta parte, manifestáis una bondad que me sorprende: pensáis en los ausentes; perdonáis injurias; sois casi perfecto...

-¿De qué proviene eso?

Carlos II se echó a reír.

-Es porque os dejáis amar -dijo.

-¡Oh! Alguna otra razón habrá.

-¡Vaya! La de que así obligo a mi hermano Luis XIV.

-Otra debe de haber aún.

-Pues bien, el verdadero motivo es que Buckingham me recomendó a ese joven, y me dijo: "Señor, principio por renunciar en favor del vizconde de Bragelonne a miss Graffton; haced vos lo propio".

-¡Oh, el duque es todo un caballero!

-¡Vaya; calentaos ahora los cascos por Buckingham! Parece que os habéis empeñado hoy en hacerme condenar.

En aquel momento llamaron a la puerta.

-¿Quién se permite incomodarnos? -dijo Carlos con impaciencia.

-En verdad, señor -dijo Stewart-, he ahí un quién se permite de la más suprema fatuidad; y, para castigaros. . .

Y fue ella misma a abrir la puerta.

-¡Ah! Es un mensajero de Francia -exclamó miss Stewart.

-¡Un mensajero de Francia! -exclamó Carlos-. ¿De mi hermana tal vez?

-Sí, señor -dijo el ujier de cámara-, y mensajero especial.

-¡Entrad, entrad! -dijo Carlos.

El correo entró.

-¿Traéis carta de la señora duquesa de Orleáns? -preguntó el rey.

-Sí, señor -respondió el correo-; y con tal urgencia, que no he empleado más que veintiséis horas en traerla a Vuestra Majestad, no obstante haber perdido tres cuartos de hora en Calais.

-Se os recompensará ese celo -dijo el rey.
Y abrió la carta.

Luego, echándose a reír a carcajadas:

-En verdad -exclamó- que no comprendo nada.

Y leyó la carta nuevamente. Miss Stewart aparentaba la mayor reserva, procurando reprimir su ardiente curiosidad.

-Francisco -dijo el rey a su lacayo-, cuida de que traten bien a ese valiente mozo, y que, mañana al despertar, encuentre a la cabecera de su cama un saquito de cincuenta luisas.

-¡Señor!

-¡Anda, amigo, anda! Razón sobrada tenía mi hermana en encargarte actividad; es cosa urgente en efecto.

Y se echó a reír con más ganas que antes.

El mensajero, el sirviente y la misma miss Stewart no sabían qué aire tomar.

-¡Vaya! -continuó el rey, echándose sobre el respaldo del sillón-. Y cuando considero que has reventado... ¿cuántos caballos?

-Dos.

-¡Dos caballos para traer esta noticia! Muy bien, amigo, muy bien. El correo salió con el criado. Carlos II se fue a abrir la ventana, y, asomándose:

-¡Duque -prorrumpió-, duque de Buckingham, mi querido Buckingham, venid!

El duque se apresuró *a obedecer; Pero, cuando llegó al umbral de la puerta y vio a miss Stewart, titubeó en entrar.

-Entra y cierra la puerta, duque.

El duque obedeció, y, viendo al rey de tan buen humor, se aproximó sonriendo.

-Vamos a ver, querido duque, ¿a qué altura te hallas con tu francés?

-Desesperado hasta no poder más.

-¿Y por qué?

-Porque la adorable miss Graffton quiere casarse con él, y el no quiere.

-¡Pero ese francés no es más que un beocio! -exclamó miss Stewart-. Que diga sí o no, y concluya de una vez.

-Supongo, señor -dijo seriamente Buckingham-, que sabéis o debéis saber que el señor de Bragelonne ama en otra parte.

-Entonces -dijo el rey acudiendo en ayuda de miss Stewart-, no hay cosa más sencilla: que diga que no.

-¡Oh, es que le he demostrado lo mal que hacía en no decir que sí!

-¿Le has dicho, pues, que su La Vallière le engaña?

-Se lo he dicho, sin andarme con rodeos.

-¿Y qué ha hecho?

-Dar un brinco como si quisiese salvar el estrecho.

-Al fin -dijo miss Stewart-, ya ha hecho algo: no es poca suerte.

-Pero pude contenerle -continuó Buckingham-, se lo entregué a miss Mary, y espero que no tendrá ya tanta prisa por partir.

-¿Pensaba irse? -exclamó el rey.

-Por un momento llegué a creer que no había fuerzas humanas que bastasen a contenerle; pero los ojos de miss Mary taladran: se quedará.

-Pues bien, estás en un error, Buckingham -dijo el rey estallando de risa-; ese desgraciado está predestinado.

-¿Predestinado a qué?

-A ser engañado, lo cual es poca cosa; pero, por lo que se ve, ya es algo.

-A distancia, y con el auxilio de miss Graffton, podrá pararse el golpe

-Pues bien, nada de eso; ni habrá distancia ni ayuda de miss Graffton. Bragelonne partirá para París dentro de una hora.

Buckingham tembló, y miss Stewart abrió ojos tamaños.

-Pero, señor -replicó el duque-, Vuestra Majestad sabe que eso es imposible.

-Lo imposible, mi querido Buckingham, es lo contrario.

-Señor, figuraos que ese joven es un león.

-Y aun cuando así sea, Villiers.

-Y su cólera es terrible.

-No digo que no, querido amigo.

-Si ve su desgracia de cerca, tanto peor para el autor de ella.

-Bien; ¿pero qué quieres que le haga?

-¡Aun cuando fuese el rey -exclamó Buckingham gravemente-, no respondería yo de él!

-¡Oh! El rey tiene mosqueteros que le guarden -dijo Carlos tranquilamente-, tengo motivos para saberlo desde que me vi precisado a hacer antesala en su casa en Blois. Está a su lado el señor de Artagnan. ¡Diantre! ¡Vaya un guardián! No temería yo veinte cóleras como las de tu Bragelonne si tuviese cuatro guardias como el señor de Artagnan.

-¡Oh! Pero Vuestra Majestad, que es tan bondadoso, lo reflexionará bien -dijo Buckingham.

-Toma -dijo Carlos II presentando la carta al duque-; lee y contesta tú mismo. ¿Qué harías en mi lugar?

Buckingham cogió lentamente la carta de Madame, y leyó estas palabras temblando de emoción:

"Por vos, por mí, por el honor y la salvación de todos, enviad inmediatamente a Francia al señor de Bragelonne.

"Vuestra afectísima hermana. "ENRIQUETA."

-¿Qué dices eso, Villiers?

-A fe mía, señor, que ignoro qué decir -respondió estupefacto el duque.

-¿Me aconsejas todavía -dijo el rey con afectación-, que desobedezca a mi hermana cuando me habla con tales instancias?

-¡Oh! No, no, señor; y sin embargo...

-Pues no has leído todavía la postdata; que está en un dobléz, y se me había escapado a mí mismo: lee.

El duque deshizo el dobléz donde estaba aquella línea.

"Mil recuerdos a los que me aman."

El duque inclinó al suelo su frente descolorida, y la carta tembló en sus manos, como si el papel se hubiese convertido en plomo.

El rey aguardó un momento, y, viendo que Buckingham permanecía mudo:

-Que siga su destino, como nosotros el nuestro -prosiguió-; cada cual tiene que sufrir su pasión en este mundo; yo he sufrido ya la mía y la de los míos, que ha sido para mí una doble cruz. ¡Vayan ahora al demonio los cuidados! Anda, Villiers, y búscame a ese gentilhombré.

El duque abrió la puerta enrejada del gabinete, y, mostrando a Raúl y Mary, que iban al lado uno de otro:

-¡Ay, señor -dijo-, qué crueldad para esa pobre miss Graffton! -Vamos, vamos, llámale -dijo Carlos II frunciendo sus negras cejas-. ¿Es que todo el mundo se encuentra aquí en estado

sentimental? ¡Vaya! ¿También miss Stewart se enjuga las lágrimas? ¡Condenado francés! ... Anda.

El duque llamó a Raúl, y, acercándose a tomar la mano de miss Graffton, la condujo delante del gabinete del rey.

-Señor de Bragelonne -dijo Carlos II-, ¿no me solicitábais anteayer permiso para volver a París?

-Sí, señor -respondió Raúl, a quien aquella salida desconcertó algún tanto.

-Me parece, querido vizconde, que os lo negué. ¿No es así?

-Sí, señor.

-¿Y os habéis incomodado por

-No, señor; Vuestra Majestad habrá tenido excelentes motivos para ello; Vuestra Majestad tiene demasiada bondad y cordura para que no haga bien todo lo que hace.

-Alegué, según creo, esta razón: que el rey de Francia no os había llamado.

-Sí, señor; eso me dijo Vuestra Majestad.

-Pues bien, he reflexionado, señor de Bragelonne, que si bien el rey no os fijó la fecha de regreso, me recomendó que procurara hacer os grata la permanencia en Inglaterra; ahora ahora bien, puesto que me habéis pedido permiso para marchar, es señal de que no estáis aquí contento.

-Señor, no he dicho eso.

-No -dijo el rey-, pero vuestra petición significaba por lo menos que estaríais con más gusto en otra parte que aquí.

En aquel instante volvió Raúl la cabeza hacia la puerta, contra el quicio de la cual estaba recostada miss Graffton acongojada.

El otro brazo lo tenía apoyado en el brazo de Buckingham.

-¿No respondéis? -continuó Carlos-. Me atenderé entonces al proverbio que dice: "Quien calla otorga". Pues bien, señor de Bragelonne; estoy en el caso de satisfacer vuestros deseos, y os autorizo para que marchéis a Francia cuando queráis.

-¡Señor! -exclamó Raúl.

-¡Ay! -exclamó Mary apretando el brazo a Buckingham. -Esta noche podéis estar en Douvres; la marea sube a las dos de la madrugada.

Raúl, estupefacto, balbucía palabras que tanto participaban del reconocimiento como de la disculpa...

-Me despido, pues, de vos, señor de Bragelonne, y os deseo toda suerte de prosperidades -dijo el rey levantándose-: hacedme el favor de conservar, como recuerdo mío, este diamante que destinaba a formar parte de un regalo de boda. Miss Graffton parecía próxima al desfallecimiento.

Raúl recibió el diamante; al recibirlo, le temblaban las rodillas. Dirigió algunas frases atentas al rey y a miss Stewart, y buscó a Buckingham para despedirse de él. El rey aprovechó aquel momento para ausentarse.

Raúl encontró al duque ocupado en animar a miss Graffton.

-Decidle que se quede, señorita - exclamaba Buckingham.

-Yo le digo que se marche -replicó miss Graffton, reanimándose-; no soy de esas mujeres que tienen más orgullo que corazón. Si le aman en Francia, que regrese a Francia, y que me bendiga a mí que le habré aconsejado que fuese a buscar su dicha; si, por el contrario, no le aman, que vuelva y le amaré siempre, porque su infortunio no le habrá rebajado ni un ápice a mis ojos. Hay en las armas de mi casa lo que Dios ha grabado en mi corazón: Habenti parus, egent cuneta. "A los ricos poco, a los pobres todo."

-Dudo, amigo querido -dijo Buckingham-, que encontréis allá el equivalente de lo que dejáis aquí.

-Creo, o espero por lo menos -dijo Raúl-, que la mujer que amo sea digna de mí; pero si es cierto que mi amor es indigno, como habéis querido darme a entender, señor duque, lo

arrancaré de mi corazón, aun cuando tuviera que arrancarme el corazón con él.

Mary Graffton fijó en él los ojos con una expresión de indefinible piedad.

Raúl sonrió melancólicamente.

-Señorita -dijo-, el diamante que el rey me ha regalado estaba destinado a vos: permitidme que os lo ofrezca; si me caso en Francia, podéis enviármelo; si no me caso, conservadlo.

Y, saludando, se alejó,

-¿Qué pensará hacer? -se había dicho Buckingham, mientras Raúl estrechaba respetuosamente la mano de miss Mary.

Miss Mary comprendió la mirada que le dirigía Buckingham.

-Si fuera una sortija de boda -dijo-, no la habría aceptado.

-Sin embargo, le habéis ofrecido que vuelva a vos.

-¡Ay, duque! -murmuró la joven suspirando-. Jamás un hombre como él tomará para consolarse una mujer como yo.

-¿Pensáis, entonces, que no volverá?

-Jamás -dijo miss Graffton con voz sofocada.

-Pues bien, yo os digo que encontrará allí su felicidad destruida, a su novia perdida ... y su honor lastimado... ¿Qué podrá quedarle que equivalga a vuestro amor? ¡Oh! ¡Decidlo, Mary, vos que tenéis el don de conoceros tan bien!

Miss Graffton puso su blanca mano sobre el brazo de Buckingham, y, en tanto que Raúl huía por la arboleda de los tilos con una rapidez febril, cantó con voz moribunda estos dos versos de Romeo y Julieta: Hay que partir y vivir o bien quedar y morir. Cuando acabó la última palabra, Raúl había ya desaparecido.

Miss Graffton retiróse a su casa, más pálida silenciosa que una sombra.

Buckingham aprovechó el correo que, había traído la carta del rey, a fin de escribir a Madame y al conde de Guiche.

El rey había . dicho bien. A las dos de la madrugada estaba alta la marea, y Raúl se embarcaba para Francia.

XLV

SAINT-AIGNAN SIGUE EL CONSEJO DE MALICORNE

El rey inspeccionaba el retrato de La Vallière con un cuidado que provenía, tanto del deseo de que saliese parecida, como del designio de hacer durar el retrato mucho tiempo.

Era curioso observarle cómo seguía el pincel o esperaba la conclusión de un trozo o el resultado de una tinta, aconsejando al pintor distintas modificaciones, a las que se prestaba éste con respetuosa docilidad.

Luego, cuando el pintor, siguiendo el consejo de Malicorne, se había retrasado algo, cuando Saint-Aignan tenía una corta ausencia, eran de ver, y nadie los veía, aquellos silencios

preñados de expresión, que confundían en un suspiro dos almas fuertes dispuestas a entenderse, y muy deseosas de calma y meditación.

Entonces pasaban los minutos como por magia. El rey, acercándose a su amante, la abrazaba con el fuego de su mirada, con el contacto de su aliento.

Un ruido que se oyera en la habitación inmediata: el pintor que llegaba; Saint-Aignan que volvía disculpándose, se ponía el rey a hablar, y La Vallière a contestarle con precipitación; y sus ojos manifestaban a Saint-Aignan que, durante su ausencia, habían vivido un siglo.

En fin, Malicorne, filósofo sin saberlo, había acertado a dar al rey el apetito en la abundancia, y el deseo en la certidumbre de la Posesión.

No pasó lo que La Vallière se temía.

Nadie supo que, por el día, salía por dos o tres horas de su cuarto; además simuló una

salud irregular. Los que iban a verla, llamaban antes de entrar. Malicorne, el hombre de las invenciones ingeniosas, había imaginado un mecanismo acústico, por cuyo medio La Vallière era avisada en la habitación de Saint-Aignan de las visitas que iban a hacerle en el cuarto que habitaba de ordinario.

Así, pues, sin salir ni tener confidentes, La Vallière volvía a su habitación, presentándose como una aparición, algo tardía si se quiere, pero que combatía victoriosamente todas las sospechas, hasta de los escépticos más extremados.

Malicorne había tenido buen cuidado de pedir noticias a Saint-Aignan, y éste se vio obligado a confesar que aquel cuarto de hora de libertad ponía al rey del mejor humor del mundo.

-Será necesario doblar la dosis -replicó Malicorne-, pero insensiblemente; aguardad a que lo deseen.

No tardó en revelarse ese deseo, pues una noche, al cuarto día, en el momento en que el pintor recogía sus pinceles sin que Saint-Aignan hubiera vuelto, entró Saint-Aignan y advirtió en el rostro de La Vallière una sombra, de contrariedad que aquélla no pudo reprimir. El rey fue menos secreto y manifestó su despecho con un movimiento de hombros muy significativo.

La Vallière se puso encarnada. "¡Bueno! -dijo para sí Saint-Aignan-, el señor Malicorne quedará satisfecho esta noche."

En efecto, Malicorne quedó encantado.

-Es cosa clara -dijo al conde que la señorita de La Vallière esperaba que tardaseis por lo menos diez minutos.

-Y el rey media, hora, querido señor Malicorne.

-Seríais un mal servidor del rey -replicó éste-, si rehusaseis esa media hora de satisfacción a Su Majestad.

-Pero, ¿y el pintor? -objetó Saint-Aignan.

-Yo me encargo de él -dijo Malicorne-; lo único que os 'pido es que me dejéis tomar consejo de los semblantes y de las circunstancias; éstas son mis operaciones de magia, y mientras que los hechiceros toman con el astrolabio la altura del sol, de la luna y de sus constelaciones, yo me contento con ver si los ojos tienen algún círculo negro, o si la boca describe el arco convexo o cóncavo.

-¡Pues observad!

-Así lo haré.

Y el astuto Malicorne pudo observar muy a sus anchas.

Porque, aquella misma noche, fue el rey a la habitación de Madame con las reinas, y traía un semblante tan triste, lanzó tan hondos suspiros, miró a La Vallière con ojos tan melancólicos, que Malicorne dijo a Montalais:

-¡Hasta mañana!

Y fue a buscar al artista a su casa de la calle de los Jardines de San Pablo, para rogarle que aplazase la sesión dos días.

Saint-Aignan no estaba en su cuarto cuando La Vallière, familiarizada ya con el piso inferior, levantó la trampa y bajó.

El rey, como de costumbre, la esperaba en la escalera con un ramillete en la mano. Al verla, la cogió en sus brazos.

La Vallière, toda emocionada, miró en torno suyo, y, no viendo más que al rey, no lo llevó a mal. Se sentaron.

Luis, recostado junto a los almohadones sobre que ella descansaba, con la cabeza inclinada sobre las rodillas de su amada, clavado allí como en un asilo de donde nadie pudiera arrancarle, la miraba fijamente, y, como si hubiera llegado el momento en que nada pudiera ya interponerse entre aquellas dos almas, se puso ella por su parte a devorarlo con la mirada.

De sus ojos tan dulces, tan puros, brotaba una llama continua, cuyos rayos iban a buscar el corazón de su regio amante para calentarlo primero y devorarlo después.

Abrasado por el contacto de las trémulas rodillas, estremecido de placer cuando la mano de Luisa se deslizaba por sus cabellos, el rey se extasiaba en aquella felicidad turbada por el temor de ver entrar al pintor o a Saint-Aignan.

Con esta previsión dolorosa, se esforzaba a veces en dominar la seducción que se infiltraba en sus venas, invocaba el sueño del corazón y de los sentidos, y rechazaba la realidad inminente para correr tras una sombra.

Mas la puerta no se abrió ni para Saint-Aignan ni para el pintor, y ni se movieron siquiera las cortinas. Un silencio impregnado de misterio y de voluptuosidad aletargó hasta a los pájaros en su dorada jaula.

EL rey, vencido, volvió la cabeza y pegó su boca enardecida a las dos manos de La Vallière. Ésta, sin saber ya lo que hacía, oprimió con sus temblorosas manos los labios de su regio amante.

Luis se dejó caer vacilante de rodillas, y, como La Vallière no moviera la cabeza, la frente del rey se halló junto a los labios de la joven, la cual, en medio de su éxtasis, rozó con un furtivo y moribundo beso los cabellos perfumados que le acariciaban las mejillas.

El rey la cogió en sus brazos, y, sin que ella opusiera resistencia, cambiaron los dos ese beso ardiente que trueca el amor en delirio.

Ni el pintor ni Saint-Aignan entraron aquel día.

Una especie de embriaguez pesada y dulce que refresca los sentidos y deja circular como un lento veneno el sueño en las venas, ese sueño impalpable, lánguido como una vida dichosa, se interpuso, como una nube, entre la vida pasada y futura de los dos amantes.

En medio de aquel sueño preñado, de ilusiones, un ruido continuo que se oía en el piso superior alarmó primero a La Vallière, pero sin despertarla del todo.

No obstante, como el ruido continuaba y se oía cada vez con más claridad, recordando la realidad a la pobre joven embriagada de ilusión, se levantó asustada, bella en su desorden, diciendo:

-¡Alguien me aguarda arriba! ¡Luis, Luis! ¿No oís?

-¿No os espero yo a vos? -dijo el rey con ternura-. ¡Que en adelante os esperen los demás!

Pero ella movió la cabeza.

-¡Felicidad oculta! -dijo asomando a sus ojos dos gruesas lágrimas-. Poder oculto... Mi orgullo debe callarse como mi corazón. El ruido volvió a oírse.

-Oigo la voz de Montalais -dijo La Vallière.

Y subió precipitadamente la escalera.

El rey subía con ella, no acertando a separarse de su lado, y cubría de besos su mano y la fimbria de su vestido.

-Sí, sí -repitió la joven asomando medio cuerpo por la trampa-, sí, es la voz de Montalais que llama; por fuerza ha ocurrido alguna novedad importante.

-Pues id, vida mía -dijo el rey-, y volved pronto.

-¡Oh! Hoy no. ¡Adiós, adiós! Y, bajándose otra vez para abrazar a su amante, entró en la habitación. Montalais la aguarda, en efecto, pálida y agitada.

-¡Pronto, pronto, que sube! ¿Quién? ¿Quién sube?

-¡Él! ¡Ya me lo temía!

-Pero, ¿quién es él? ¡Me matas!

-¡Raúl! -murmuró Montalais.

-Yo, sí, yo -contestó una voz gozosa desde las últimas gradas de la escalera.

La Vallière lanzó un grito terrible, y retrocedió, espantada.

-Aquí estoy, aquí estoy, amada Luisa -dijo Raúl acudiendo presuroso-. ¡Oh! ¡Bien sabía que me amabais siempre!

Luisa hizo un movimiento de terror y otro de maldición, y, aunque se esforzó por hablar, sólo pudo pronunciar esta palabra:

-¡No! ¡no!

Y cayó en brazos de Montalais, murmurando:

-¡No os aproximéis!

Montalais hizo una seña a Raúl, que, petrificado en el umbral, ni trató de dar un paso más en la habitación.

Después, dirigiendo su vista hacia el biombo:

-¡Imprudente! -dijo ella-. ¡La trampa no está cerrada!

Y fue hacia el ángulo de la pieza para cerrar primero el biombo; después, detrás de éste, la trampa.

Pero al mismo tiempo lanzábase por ella el rey, que había oído el grito de La Vallière y acudía a socorrerla.

Luis se arrodilló ante ella, redoblando sus preguntas a Montalais, que iba ya perdiendo la cabeza.

Pero en el instante en que el rey se hincaba de rodillas, se oyó un grito de dolor en la puerta, y ruido de pasos en el corredor. El rey quiso correr a fin de ver quién había dado aquel grito y producía el ruido de pasos.

Montalais procuró retenerle, pero no lo consiguió.

El rey, dejando a La Vallière, se acercó a la puerta; pero Raúl estaba ya lejos, de modo que el rey no vio más que una especie de sombra que volvía la esquina del corredor.

XLVI

DOS ANTIGUOS AMIGOS

En tanto que en la Corte pensaba cada cual en sus asuntos, un hombre se dirigía misteriosamente de la plaza de la Gréve, a una casa que ya conocemos por haberla visto sitiada un día de revuelta por Artagnan.

Esta casa tenía su entrada principal por la plaza de Baudoyer. De bastante capacidad, cercada de jardines y rodeada por la calle de San Juan de herrerías que la mantenían al abrigo de miradas indiscretas, se hallaba encerrada en aquel triple baluarte de piedras, de ruido y de verdor, como una momia perfumada en su triple caja.

El hombre de que hablamos andaba con paso seguro a pesar de no hallarse en su primera juventud. Al ver su capa de color oscuro y su larga espada que mantenía levantada la capa, cualquiera habría reconocido en él a un buscador de aventuras; y si examinaba aquellos bigotes retorcidos y aquel cutis fino que aparecía bajo el sombrero, calcularía con razón que esas aventuras debían ser galantes.

Apenas entró el caballero en la casa, sonaron las ocho en San Gervasio.

Y diez minutos después, una dama, seguida de un lacayo armado, fue a llamar a la

misma puerta, que una sirvienta anciana abrió al punto.

La dama se levantó el velo al entrar. No era ya una belleza, pero era todavía una mujer; no era ya joven, pero se hallaba ágil y no tenía mal ver. Bajo un prendido rico y de buen gusto, disimulaba una edad que sólo Ninón de Lenclos pudo arrostrar con la sonrisa en los labios.

Apenas entró en el zaguán, cuando el caballero, del que no hemos hecho más que bosquejar los rasgos, adelantóse a recibirla dándole la mano.

-Querida duquesa -dijo-, buenas noches.

-Felices, mi querido Aramis - replicó la duquesa.

Aramis la condujo a un salón amueblado elegantemente, cuyas ventanas elevadas se teñían con los últimos resplandores del día, que se filtraban por las cimas negras de algunos abetos.

Los dos se sentaron al lado uno de otro, sin que a ninguno le pasase por la imaginación

la idea de pedir luz, sepultándose de este modo en la sombra, como hubieran querido sepultarse mutuamente en el olvido.

-Caballero -dijo la duquesa-, desde nuestra entrevista en Fontainebleau no me habéis comunicado noticias vuestras, y confieso que vuestra presencia, el día de la muerte del franciscano, y vuestra iniciación en ciertos secretos, me han causado la mayor sorpresa que he tenido en mi vida.

-Puedo dar explicaciones respecto de mi presencia en Fontainebleau y de mi iniciación -dijo Aramis.

-Pero, antes de nada -repuso con viveza la duquesa-, hablemos algo de nosotros. Hace mucho tiempo que somos buenos amigos.

-Sí, señora, y si Dios lo permite, lo seremos, si no por mucho, tiempo, a lo menos siempre.

-Así es, caballero, y mi visita es una prueba de ello.

-Ahora, señora, no tenemos el mismo interés que en otro tiempo -dijo Aramis, sonriendo sin temor en la penumbra, porque la falta de luz hacía que no pudiera adivinarse si su sonrisa era menos agradable y menos fresca que en otros tiempos.

-Hoy, caballero, tenemos otros intereses; cada edad trae consigo los suyos; y como hoy nos entendemos hablando, como en otra época nos entendíamos sin hablar, hablemos, si os parece.

-Duquesa, a vuestras órdenes. ¡Ah, perdonad! ¿Cómo habéis encontrado mi dirección? ¿Para qué me llamáis?

-¿Para qué? Ya os lo he ficho.

La curiosidad me ha movido a ello. Deseaba saber qué teníais que ver con el franciscano, a quien yo conocía, y que murió de un modo tan particular. Ya sabéis que cuando nos encontramos en Fontainebleau, en aquel cementerio, al pie de aquella sepultura recientemente cerrada, nos emocionamos uno y otro

hasta el punto de no acertar a confiarnos cosa alguna.

-Sí, señora.

-Pues bien, apenas os dejé, me arrepentí de ello. Siempre me ha sido grato saber, en lo cual se me parece algo madame de Longueville. ¿No es cierto?

-No sé -dijo Aramis discretamente.

-Recordé, pues -prosiguió la duquesa-, que nada nos habíamos dicho en aquel cementerio, ni vos de lo que teníais que ver con aquel franciscano, cuya inhumación vigilábais, ni yo de las relaciones que con él tenía. Todo eso me ha parecido impropio de dos buenos amigos como nosotros, y he buscado ocasión de que nos veamos para darnos una prueba más de que María Michón, la pobre difunta, ha dejado sobre la tierra una sombra de buenos recuerdos.

Aramis inclinóse hacia la mano de la duquesa y estampó en ella un beso galante.

-Algún trabajo os habrá costado hallarme -dijo.

-Sí -repuso la dama, sintiendo volver a lo que deseaba indagar Aramis-; pero como sabía que sois amigo del señor Fouquet, me he informado por los allegados a éste.

-¿Amigo? -dijo el caballero-.Mucho decís, señora. No soy más que un pobre cura favorecido por tan generoso protector; un corazón lleno de reconocimiento y fidelidad. He ahí lo que soy respecto al señor Fouquet.

-¿Es verdad que os ha hecho obispo? -replicó la dama.

-Sí, duquesa.

-Este es vuestro retiro, gallardo mosquetero.

"Como el tuyo las intrigas políticas" -dijo entre sí Aramis.

Y añadió:

-¿De modo que os informasteis en el círculo de relaciones del señor Fouquet?

-Fácilmente. Estuvisteis en Fontainebleau con él, y habéis hecho un viajecito a vuestra diócesis, que es Belle-Isle-en-Mer, según creo.

-No, no, señora -dijo Aramis-. Mi diócesis es Vannes.

-Eso quise decir; sólo que me parecía que Belle-Isle-en-Mer...

-Es una posesión del señor Fouquet, nada más.

-Sí, mas me habían dicho que estaba fortificada, y recordaba que sois militar, amigo mío.

-Desde que abracé el estado eclesiástico, todo lo he olvidado - dijo picado Aramis.

-Claro... Supe, decía, que habíais vuelto de Vannes, y envié a preguntar a un amigo vuestro, al conde de La Fére.

-¡Ah! -murmuró Aramis.

-Ése es discreto, y me contestó que ignoraba vuestra dirección. "¡Siempre Athos! -pensó el obispo-. Lo bueno, siempre es bueno.

-Entonces ... Ya sabéis que no puedo presentarme aquí, porque la reina madre siempre tiene algo contra mí.

-Sí, y por eso me asombro de veros.

-He tenido muchos motivos para venir...

-Pero continuó... Tuve, pues, que esconderme; pero, por suerte, encontré al señor de Artagnan, uno de vuestros antiguos amigos, ¿no es cierto?

-De mis amigos actuales, duquesa.

-Bien; pues él me informó, enviándome al señor Baisemeaux, alcaide de la Bastilla.

Aramis estremeciéndose, y sus ojos despidieron en la sombra una llama que no pudo escapar a su perspicaz amiga.

-¡El señor Baisemeaux! -exclamó-. ¿Y por qué os envió Artagnan al señor Baisemeaux? -¡Ah! No sé.

-¿Qué quiere decir eso? -dijo el obispo, reuniendo todas las fuerzas intelectuales a fin de sostener dignamente el combate.

-El señor Baisemeaux os está obligado, según me ha dicho Artagnan.

-Es verdad.

-Pues bien, sabiéndose dónde para un deudor, es fácil saber dónde hallar al acreedor.

-También eso es verdad... Y Baisemeaux entonces os indicó...

-Saint-Mandé, donde os hice entregar una carta.

-Que tengo aquí y me es muy preciosa - dijo Aramis-, puesto que me ha proporcionado el placer de veros.

Contenta la duquesa de haber orillado sin contratiempo todas las dificultades de aquella exposición delicada, respiró.

Aramis no respiró.

-Estábamos -dijo- en vuestra visita a Baisemeaux.

-No -dijo ella riendo-, más lejos.

-Entonces, en vuestro rencor contra la reina madre.

-Más allá todavía -dijo la dama-, más allá; estábamos en las relaciones... Es sencillo -prosiguió la duquesa tomando su partido-. Ya sabéis que vivo con el señor de Laicques.

-Sí, señora. -Un casi marido. -Así dicen.

-¿En Bruselas?

-Sí.

-Ya sabéis que mis hijos me han arruinado y despojado.

-¡Oh, qué miseria, duquesa!

-¡Es horrible! He tenido que ingeniarme para vivir, y principalmente para no vegetar.

-Lo concibo.

Tenía odios que explotar, amistades que favorecer, y me encontraba sin crédito ni protectores.

-¡Vos, que habéis protegido a tantos! -dijo suavemente Aramis. Así pasa siempre, caballero. Entonces vi al rey de España, que acababa de nombrar un general de los jesuitas, como de costumbre.

-¡Ah! ¿Es eso costumbre?

-¿Lo ignorabais?

-Perdonad; estaba distraído.

-En efecto, no podíais ignorarlo, estando en una intimidad tan grande con el franciscano.

-¿Con el general de los jesuitas, queréis decir?

-Precisamente... Vi, pues, al rey de España. Quiso favorecerme, pero no podía. Sin embargo, me recomendó en Flandes, a mí y a Laicques, e hizome dar una pensión de los fondos de la Orden.

-¿De los jesuitas?

El general, quiero decir el franciscano, vino a verme. -Muy bien.

-Y como, para regularizar la situación, según los estatutos de la Orden, debía ser considerado como prestando servicios... Ya sabéis que ésa es la regla.

-Lo ignoraba.

Madame de Chevreuse detúvose para mirar a Aramis; pero reinaba una gran obscuridad.

-Pues bien, ésa es la regla -añadió-. Debía, pues, aparecer que yo prestaba alguna utilidad. Propuse viajar para la Orden, y se me inscribió entre los afiliados viajeros. Ya comprendéis que eso no era más que apariencia y una formalidad.

-Perfectamente.

-Así cobraba yo mi pensión, que era muy decente.

-¡Dios mío, duquesa, es para mí una puñalada lo que estáis diciendo! ¡Vos precisada a recibir una pensión de los jesuitas!

-No, caballero, de España. -¡Oh! Salvo el caso de conciencia, duquesa, no podréis menos de convenir en que es lo mismo.

-No, no; de ninguna manera. -De modo, que de toda aquella pingüe fortuna, queda...

-Dampierre, y nada más. -Vamos, todavía es una bicoca! -Sí, pero Dampierre hipotecado y algo arruinado, como la propietaria.

-¿Y la reina madre ve todo eso con ojos enjutos? -preguntó Ara. mis con mirada curiosa, que sólo encontró tinieblas.

-Sí, todo lo ha olvidado.

-Me parece, duquesa, que habéis intentado volver a su gracia.

-Sí; pero, por una singularidad que no tiene nombre, me encuentro con que el joven rey ha heredado la antipatía que su querido padre me profesaba. Bien podéis decir que pertenezco a la especie de mujeres a quienes se odia, no a la de aquellas a quienes se ama.

-Querida duquesa, os suplico que ven-gamos al objeto que os trae, porque se me figura que podremos servirnos recíprocamente.

-Eso mismo he pensado. Fui, por tanto, a Fontainebleau con un doble objeto. En primer lugar, me llamó allí el franciscano de que ya tenéis noticia... A propósito, ¿de dónde le cono-cíais?... Porque yo he referido mi historia, y vos no me habéis hablado de la vuestra.

-Lo conocí de una manera muy natural, duquesa. Estudié teología con él en Parma, nos hicimos íntimos, y unas veces los negocios, otras los viajes, otras las guerras, nos tenían apartados.

-Sabíais que fuese general de los jesuitas?

-Lo presumía.

-¿Y por qué extraña casualidad fuisteis, vos también, a la hostería donde se reunían los afiliados viajeros?

-¡Oh! -dijo Aramis con voz tranquila-. Pura casualidad. Iba a Fontainebleau a casa del señor

Fouquet, para obtener una audiencia de rey, cuando encontré en el camino a aquel desgraciado moribundo y le reconocí. Ya sabéis lo demás el pobre expiró en mis brazos.

-Sí, pero dejándoos en el cielo y sobre la tierra un poder tan grande, que disteis en su nombre órdenes soberanas.

-En efecto, me hizo varios encargos

-¿Y qué os dijo para mí?

-Ya os lo he dicho: que se os entregase una suma de doce mil libras. Me parece haberos dado la firma necesaria para cobrar. ¿No lo habéis hecho?

-Sí, mi amado prelado; pero me han dicho que dabais esas órdenes con tal misterio y con tan soberana majestad, que generalmente os han creído sucesor del querido difunto.

Aramis púsose encarnado de impaciencia. La duquesa continuó: -Procuré informarme cerca del rey de España, y se disiparon mis dudas sobre el particular. El general de los jesuitas es de nombramiento suyo, y debe ser español, conforme a los estatutos de la Orden. Vos no sois español, ni habéis sido nombrado por el rey de España.

Aramis sólo contestó:

-Ya a veis, duquesa, que estábais en un error, puesto que el rey de España os ha dicho eso.

-Amigo Aramis; pero hay otra cosa, en la cual he pensado.

-.¿Qué es?

-Ya sabéis que suelo pensar algo en todo.

-Sí, duquesa.

- Conocéis el español?

-Todo francés que ha entrado en la Fronda lo sabe.

Habéis residido en Flandes?

-Tres años.

-¿Y habéis estado en Madrid?

-Quince meses.

-Entonces, os halláis en estado de poder ser naturalizado español.

-¿De veras? -dijo Aramis con candor que engañó a la duquesa.

-Sin duda... Dos años de permanencia y el conocimiento de la lengua son las condiciones indispensables. Habéis estado más de cuatro años ... más del doble.

-¿Adónde vais a parar, querida dama?

-A esto: estoy en buenas relaciones con el rey de España. "Tampoco estoy yo en malas", pensó Aramis.

-¿Queréis -continuó la duquesa- que solicite del rey la sucesión del franciscano para vos?

-¡Oh duquesa!

-¿Tal vez la tengáis ya?

-¡No, a fe mía!

-Pues bien, puedo haberos ese servicio.

-¿Por qué no se lo habéis hecho al señor de Laicques, duquesa? Es hombre de talento, y le amáis.

-Cierto que sí; pero no conviene eso. En fin, responded, Laicques o no Laicques, ¿aceptáis?

-¡No, duquesa, gracias! La duquesa calló. "Nombrado está", pensó.

-Ya que de ese modo rehusáis mi oferta -replicó la señora de Chevreuse-, no creo excederme pidiéndoos algo para mí.

-Pedid, duquesa, pedid. -¡Pedir! ... Inútil sería, si no tenéis la facultad de conceder. -Por poco que pueda, no dejéis de pedir.

-Necesito algún dinero a fin de hacer reparar Dampierre.

-¡Ah! -replicó Aramis fríamente-. ¿Dinero?... Veamos, duquesa, ¿cómo cuánto?

-Una suma regular.

-¡Malo! Ya sabéis que no soy rico.

-Vos, no; pero la Orden, sí. Si fuerais general...

-Pero ya sabéis que no lo soy.

-Entonces, tenéis un amigo que debe de ser rico; el señor Fouquet.

-¿El señor Fouquet? ¡Señora, si está medio arruinado!

-Así lo he oído, pero no lo quise creer.

-¿Por qué, duquesa?

-Porque tengo del cardenal Mazarino algunas cartas, es decir, las tiene Laicques, en que se detallan cuentas muy extrañas.

-¿Qué cuentas?

-Son rentas vendidas, empréstitos hechos... no me acuerdo bien. Pero sea como quiera, de ellas resulta que el superintendente, en, virtud de cartas firmadas por Mazarino, ha sacado de las arcas del Estado unos treinta millones. El caso es grave.

Aramis clavóse las uñas en la mano.

-¡Bah! ¿Y cómo es que teniendo cartas de esa naturaleza no le habéis hablado de ella al señor Fouquet?

-¡Oh! -replicó la duquesa-. Semejantes cosas se tienen siempre reservadas, para sacarlas del armario el día que se necesiten.

-¿Y ha llegado ese día? -dijo Aramis.

-Sí, amigo.

-¿Y vais a enseñar esas cartas al señor Fouquet?

-Prefiero entenderme con vos.

-Muy necesitada debéis estar de dinero, pobre amiga, para pensar en tales cosas, pues

recuerdo la poca estima en que teníais la prosa del señor Mazarino.

-En efecto, necesito dinero.

-Además -prosiguió Aramis con la mayor frialdad-, habréis tenido que hacer un esfuerzo para echar mano de ese recurso. Es cruel.

-¡Oh! Si hubiera querido hacer mal y no bien -dijo la señora de Chevreuse-, , en vez de pedir al general de la orden o al señor Fouquet las quinientas mil libras que necesito...

-¡Quinientas mil libras! -Nada más. ¿Os parece mucho?

Es lo menos que necesito para reparar Dampierre.

-Sí, señora.

-Decía, pues, que en lugar de pedir esa cantidad, hubiera buscado a mi antigua amiga, la reina madre. Las cartas de su esposo, el señor Mazarini, habrían servido para introducirme hasta ella, y le habría pedido aquella bagatela, diciéndole: "Señora, quiero tener el

honor de recibir a Vuestra Majestad en Dampierre; permitidme que lo ponga en estado de poderlo hacer dignamente”.

Aramis no replicó una palabra.

-Vamos -preguntó la dama-, ¿en qué pensáis?

-Hago sumas -dijo Aramis.

-Y el señor Fouquet substracciones. Pero yo quiero multiplicar. ¡Qué excelentes matemáticos somos! ¡Qué bien podríamos entendemos!

-¿Me concedéis algún tiempo para reflexionar? -dijo Aramis.

-No... Para tal negociación, entre personas como nosotros, es preciso decir sí o no en el acto. "Este es un lazo -pensó el obispo-; es imposible que Ana de Austria dé oídos a semejante mujer."

-¿Qué decís? -insistió la duquesa.

-Digo, señora, que extrañaría mucho que el señor Fouquet pudiese disponer en estos momentos de quinientas mil libras.

-No hablemos más, pues, del asunto, y Dampierre se reparará como se pueda.

-¡Oh! Supongo que no llegarán vuestros apuros hasta ese punto.

-No, yo no me apuro nunca.

-Y la reina -continuó el obispo- hará en vuestro favor lo que no puede hacer el superintendente.

-Así lo creo... Mas, decidme, ¿no os parece bien que hable yo misma al señor Fouquet de esas cartas?

-En este punto, duquesa, podéis hacer lo que mejor os plazca; pero una de dos: o el señor Fouquet se reconoce culpable o no; en el primer caso, le creo bastante orgulloso para no confesarlo; en el segundo, no podrá menos de mostrarse altamente ofendido por tal amenaza.

-Discurrís siempre como un ángel.

La duquesa se levantó.

-¿De consiguiente, vais a denunciar a la reina al señor Fouquet? -dijo Aramis.

-¿Denunciar?... ¡Vaya una palabra! No creáis que yo denuncie, querido amigo; conocéis sobrado bien la política para ignorar cómo se hacen semejantes cosas; tomaré partido contra el señor Fouquet.

-Tenéis razón.

-Y, en una guerra de partido, un arma es un arma.

-Sin duda.

-Una vez reconciliada con la reina, puedo ser peligrosa.

-Y estaréis en vuestro derecho, duquesa.

-De que pienso usar, mi querido amigo.

-¿Ya sabéis que el señor Fouquet está en la mejor armonía con el rey de España, duquesa?

-¡Oh! Lo presumo.

-Y el señor Fouquet, si le hacéis una guerra de partido, como habéis dicho, os declarará otra por su parte.

-¡Cómo ha de ser!

-También estará en su derecho, ¿no?

-Indudablemente.

-Y, como está en buenas relaciones con España, hará un arma de su amistad.

-Queréis decir que tendrá también a su favor al general de los jesuitas, mi querido Aramis.

-Puede suceder, duquesa.

-Y entonces me suprimirán la pensión que percibo de ese lado. . .

-Mucho me lo temo.

-Ya veremos de consolarnos... ¡Ay, amigo mío! Después de Richelieu, de la Fronda y del destierro, ¿qué puede temer madame de Chevreuse?

-La pensión, como sabéis, es de cuarenta y ocho mil libras.

-¡Ay! Bien lo sé.

-Además, en las guerras de partido, no lo ignoráis, se persigue a los amigos del enemigo.

-¡Ah! ¿Lo decís por el pobre Laicques?

-Es casi inevitable, duquesa. -No percibe más que doce mil libras de pensión.

-Sí; pero el rey de España tiene crédito; aconsejado por el señor Fouquet, podría hacer encerrar al señor Laicques en alguna fortaleza.

-No me causa eso gran miedo, mi buen amigo, porque a favor de la reconciliación con Ana de Austria, conseguiré que Francia pida la libertad de Laicques.

-Es verdad. Entonces tendréis que temer otra cosa.

-¿Cuál? -preguntó la duquesa aparentando sorpresa y temor.

-Ya sabéis que el que llega a ingresar en la Orden, no puede salir de ella sin gran dificultad. Los secretos que se penetran son muy peligrosos, y llevan consigo gérmenes de desgracia para el indiscreto que los revela.

La duquesa reflexionó un momento.

-¡Eso es cosa más seria! -dijo-. Lo reflexionaré.

Y, no obstante la obscuridad profunda, sintió Aramis una mirada abrasadora como un hierro candente, escapar de los ojos de su amiga para ir a hundirse en su corazón.

-Recapitulemos -dijo Aramis, que estaba prevenido y deslizando la mano bajo la ropilla, en donde ocultaba un estilete.

-Eso es, recapitulemos: las buenas cuentas hacen los buenos amigos...

-La supresión de vuestra pensión...

-Cuarenta y ocho mil libras, y las de Laicques, doce mil, hacen sesenta mil libras. ¿Es eso lo que queréis decir?

-Exactamente, y busco lo que ganáis en cambio.

-Quinientas mil libras que obtendré de la reina.

-O no.

-Sé el medio de conseguirlas -dijo aturdidamente la duquesa. Estas palabras hicieron aguzar el oído a Aramis. A partir de aquella falta del adversario, estuvo su inteligencia tan

alerta, que fue ganando siempre ventaja sobre ella.

-Admito que saquéis ese dinero -repuso-; aún perderéis el dobles, puesto que podéis cobrar cien mil francos de pensión en vez de los sesenta mil, y por espacio de diez años.

-No, porque sólo tendré esa disminución de renta mientras dure el Ministerio del señor Fouquet, y no le doy de vida arriba de dos meses.

-¡Ah! -exclamó Aramis.

-Ya veis que soy sincera.

-Os doy las gracias, duquesa; pero haríais mal en suponer que después de la caída del señor Fouquet siguiera la Orden pagándoos la pensión.

-Sé los medios de obligar a ello a la Orden, como sé también los de hacer contribuir a la reina madre.

-Entonces, duquesa, no nos queda otro remedio que arriar bandera ante vuestro pode-

río. ¡Sea vuestra la victoria! ¡Para vos el triunfo!
Sed clemente, os lo ruego. ¡Sonad, clarines!

-¿Cómo es posible -replicó la duquesa sin hacer caso de la ironía- que retrocedáis ante quinientas mil miserables libras, cuando se trata de evitaros, quiero decir a vuestro amigo, perdón, a vuestro protector, los disgustos que lleva consigo una guerra de partido?

-Os lo diré, duquesa: porque después de esas quinientas mil libras, el señor Laicques reclamará su parte, que será también de otras quinientas mil libras, ¿no es así?

Así es que, después de la parte del señor Laicques y la vuestra, vendrá la de vuestros hijos, la de vuestros , pobres, la de todo el mundo, y unas cartas, por mucho que comprometan, no valen tres o cuatro millones.

¡Caray, duquesa! Los herretes de la reina de Francia valían más que esos pedazos de papel firmados por el señor Mazarino, y no costó . adquirirlos la cuarta parte de lo que pedís para vos.

-¡Ah, verdad es, verdad es! Pero el comerciante pone a su mercancía el precio que le da la gana, y el comprador queda en libertad de tomarlo o rehusarlo.

-Escuchad, duquesa: ¿queréis que os diga por qué no compro vuestras cartas?

-Decid.

-Vuestras cartas de Mazarino son falsas.

-¡De veras!

-Sí; porque sería por lo menos extraño que, enemistada con la reina por Mazarino, hubiérais mantenido con éste un trato íntimo; eso olería a pasión, a espionaje, a ... perdonad; no quiero decir la palabra.

-Hablad sin reparo.

-A complacencia.

-Todo eso es verdadero; pero no lo es menos lo que contienen las cartas.

-Os juro, duquesa, que no podréis servirlos de ellas para con la reina.

-¡Oh! Sí tal: de todo puedo servirme para con ella.

"¡Bueno! -pensó Aramis-. ¡Canta, pues, arpía! ¡Silba lo que quieras, víbora!"

Pero la duquesa había dicho ya bastante, y dio dos pasos hacia la puerta.

Aramis le reservaba una desgracia... la imprecación que deja oír el vencido tras el carro del triunfador. Llamó.

En el salón aparecieron luces. Aramis clavó una mirada irónica en aquellas mejillas pálidas y descarnadas, en aquellos ojos, cuyo fuego escapaba de los párpados desnudos, y en aquella boca, cuyos labios ocultaban con cuidado unos dientes ennegrecidos y raros.

En seguida se cuadró graciosamente, dejando ver su nerviosa y bien formada pierna, su cabeza luminosa y altiva, y sonrió para enseñar unos dientes que, a la luz, despedían aun cierto brillo. La envejecida coqueta comprendió al galante mofador, hallándose colocada casualmente delante de un gran espejo que refle-

jaba toda su decrepitud, tan cuidadosamente disimulada.

Entonces, sin saludar siquiera a Aramis, que se inclinaba con flexibilidad y donaire, como el mosquetero de otro tiempo, se marchó con paso vacilante y entorpecido por la precipitación.

Aramis se deslizó como un céfiro por el piso para acompañarla hasta la puerta.

La señora de Chevreuse hizo un ademán a su lacayo, que volvió a coger el mosquete, y abandonó aquella casa en que dos amigos tan tiernos no se habían entendido por comprenderse demasiado bien.

XLVII

DONDE SE VE QUE EL TRATO QUE NO PUEDE HACERSE CON UNA PERSONA SE HACE CON OTRA

Aramis no se había engañado; así que salió la señora de Chevreuse de la casa de la plaza de Baudoyer, se hizo conducir a la suya.

Indudablemente temía que la siguiesen, y trataba con eso de burlar a los espías, caso que los hubiese. Pero, apenas entró en su casa y se cercioró de que nadie la seguía para inquietarla, hizo abrir la puerta del jardín que daba a otra calle, y se dirigió a la Croix-des-Petits-Champs, donde vivía el señor Colbert.

Como hemos dicho, era de noche, y de las más oscuras; París, ya en calma, escondía en su indulgente sombra a la noble duquesa conduciendo su intriga política, y a la sencilla menestrala que, retrasada por un convite, tomaba, de bracero con su amante, el camino más largo para dirigirse a la morada conyugal.

La señora de Chevreuse tenía demasiada práctica en la política nocturna para que ignorase que un ministro jamás se niega, aun cuando sea en su casa, a las damas jóvenes

y bellas que temen el polvo de las oficinas, ni a las viejas instruidas que temen el eco de los ministerios.

Un sirviente recibió a la duquesa en el pórtico, y preciso es decir que la recibió bastante mal. Aquel hombre le significó, después de haber visto su cara, que ni aquella hora ni aquella edad eran a propósito para distraer de sus ocupaciones al señor Colbert.

Pero la señora de Chevreuse, sin inmutarse, escribió en una hoja de su libro de memorias su nombre, nombre ruidoso, que había resonado tantas veces desagradablemente en los oídos de Luis XIII y del gran cardenal.

Escribió, pues, su nombre con aquella letra gorda y desigual, digna de los elevados personajes de aquella época; dobló el papel de un modo peculiar suyo, y lo entregó al criado sin hablar palabra, pero con ademán tan imperioso, que el gran tuno, habituado a olfatear a la gente, olió a la princesa, y bajando la cabeza, corrió al despacho del señor Colbert.

No hay que decir que el ministro dejó escapar un pequeño grito al abrir el papel, y que aquel grito, informando suficientemente al criado del interés de la visita misteriosa, bastó para que éste volviese corriendo a buscar a la duquesa.

Subió, pues, con bastante lentitud al piso principal de la linda casa nueva, se detuvo en el descansillo para no entrar sofocada, y apareció luego ante el señor Colbert, que abría él mismo las hojas de la puerta.

La duquesa se detuvo en el umbral para mirar al hombre con quien tenía que haberse-las.

A primera vista, el conjunto de aquella cabeza redonda, pesada, maciza, las espesas cejas, la jeta desgraciada de aquella figura aplastada bajo un casquete semejante a un solideo, prometía a la duquesa pocas dificultades en las negociaciones, pero también poco interés en el debate de los artículos.

Porque no había la menor apariencia de que aquella naturaleza grosera fuera sensible a los encantos de una venganza refinada o de una ambición sedienta.

Pero, cuando la duquesa vio más de cerca los ojillos penetrantes, la arruga longitudinal de aquella frente protuberante, severa, la crispación imperceptible de aquellos labios, en los que pocas veces se revelaba la campechanía, la señora de Chevreuse mudó de parecer y pudo decir: "Hallé mi hombre".

-¿A qué debo el honor de vuestra visita, señora? -preguntó el intendente de Hacienda.

-A la necesidad que tengo de vos, señor -contestó la duquesa-, y a la que vos tenéis de mí.

-A dicha tengo, señora, la primera parte de vuestra frase; respecto a la segunda...

La señora de Chevreuse se sentó en un sillón que le aproximó Colbert. -Señor Colbert, ¿sois intendente de Hacienda?

-Sí, señora.

-¿Y aspiráis a ser superintendente?

-¡Señora!

-No lo neguéis; eso no haría más que alargar nuestra conversación: es inútil.

-Sin embargo, señora, por muy buena voluntad y cortesía que tenga hacia una señora de vuestro mérito, nada en el mundo me hará confesar que trate de suplantar a mi superior.

-Es que yo no he hablado de suplantar, señor Colbert. ¿He dicho eso, acaso?... Creo que no. La palabra reemplazar es menos agresiva y más conveniente gramaticalmente, como decía el señor de Voiture. Me parece, pues, que aspiráis a reemplazar al señor Fouquet.

-Señora, la fortuna del señor Fouquet es de aquellas que resisten. El señor superintendente hace en este siglo el papel del coloso de Rodas: los barcos pasan por debajo de él sin derribarle.

-Esa misma comparación habría ' usado yo. En efecto, el señor Fouquet hace el papel del coloso de Rodas: pero recuerdo haber oído con-

tar al señor Conrart... un académico, según creo... que, habiendo caído el coloso de Rodas, el comerciante que lo hizo derribar... un simple comerciante, señor Colbert... cargó cuatrocientos camellos con sus restos. Y, no obstante, un comerciante es mucho menos que un intendente de Hacienda.

-Señora, puedo aseguraros que nunca derribaré al señor Fouquet. -Bien, señor Colbert; puesto que os obstináis en haceros el sensible conmigo, como si ignoráseis que me llamo Chevreuse, y que soy vieja, es decir, que estáis hablando con una mujer hecha a la política del señor Richelieu, y que no tiene tiempo que perder; ya que cometéis esa imprudencia, voy a buscar a otras personas más inteligentes y más solícitas en hacer fortuna.

-¡Pero explicaos, señora!

-Me estáis dando una pobre idea de las negociaciones de hoy día. Os juro que si en mi tiempo hubiera ido una mujer en busca del señor de Cinq-Mara, que no era un

gran talento, y le hubiese dicho sobre el cardenal lo que yo acabo de deciros del señor Fouquet, el señor de Cinq-Mars se habría decidido al momento.

-Vamos, señora, un poco de indulgencia.

-Por tanto, ¿consentís en reemplazar al señor Fouquet?

-Si el rey lo despide, sí, ciertamente.

-Una palabra más; es evidentísimo que si aún no habéis logrado echar al señor Fouquet, es porque no habéis podido hacerlo. Así es que yo sena una necia pécora si, viniendo a vos, no os trajera lo que os falta.

-Ya estoy cansado de tanto insistir, señora -dijo Colbert después de un silencio que había permitido a la duquesa sondear toda la profundidad de su disimulo-; pero debo participaros que hace seis meses que se suceden denuncias sobre denuncias contra el señor Fouquet, sin que jamás haya sido desocupado el asiento del superintendente.

-Hay tiempo para todo, señor Colbert; los que han hecho esas denuncias no se llamaban Chevreuse, ni tenían pruebas equivalente a seis cartas del señor Mazarino probando el delito de, que se trata.

-¿El delito?

-El crimen, si os parece mejor.

-¡Un crimen! ¿Cometido por el señor Fouquet?

-Nada más que eso... Y es extraño, señor Colbert; vos, que tenéis el rostro frío y poco significativo, os veo ahora todo entusiasmado.

-¿Un crimen?

-Me encanta que eso os produzca algún efecto.

-¡Oh, es que esa palabra encierra tantas cosas, señora!

-Encierra un despacho de superintendente de Hacienda para vos, y una orden de destierro o de Bastilla para el señor Fouquet.

-Perdonadme, señora duquesa; es casi imposible que el señor Fouquet sea desterrado. ¡Preso, en desgracia, es demasiado!

-¡Oh! Yo sé lo que digo -repuso fríamente la señora de Chevreuse-. No vivo tan alejada de París que no sepa lo que sucede aquí. El rey no quiere al señor Fouquet, y lo perderá de buen grado si se le da la ocasión.

-Preciso es que la ocasión sea buena.

-Bastante buena; y por eso evaluó a ésta en quinientas mil libras.

-¿Cómo? -exclamó Colbert.

-Quiero decir que, teniendo esta ocasión en mis manos, no la dejaré pasar a las vuestras sino mediante el cambio de quinientas mil libras.

-Perfectamente, señora, comprendo; pero ya que acabáis de fijar un precio a la venta, veamos el valor vendido.

-¡Oh, no es cosa mayor! Seis cartas, ya os lo he dicho, del señor Mazarino; autógrafos que no serán demasiado caros, ciertamente, si

prueban de manera irrecusable que el señor Fouquet ha distraído grandes cantidades del Tesoro para apropiárselas.

-¡De manera irrecusable! -dijo Colbert con los ojos brillantes de alegría.

-¡Irrecusables! ¿Queréis leer las cartas?

-Con mucho gusto. Se entiende, la copia.

-La copia, sí.

La señora duquesa sacó de su seno un legajito aplastado por el corpiño de terciopelo.

-Leed -dijo.

Colbert devoró ávidamente todos los papeles.

-¡Magnífico! -dijo.

-Es bastante claro, ¿no es cierto?

-Sí, señora, sí, el señor Mazarino entregó dinero al señor Foubastó para que éste volviese corriendo a buscar a la duquesa.

Subió, pues, con bastante lentitud al piso principal de la linda casa nueva, se detuvo en el descansillo para no entrar sofocada, y

apareció luego ante el señor Colbert, que abría él mismo las hojas de la puerta.

La duquesa se detuvo en el umbral para mirar al hombre con quien tenía que haberse-las.

A primera vista, el, conjunto de aquella cabeza redonda, pesada, maciza, las espesas cejas, la jeta desgraciada de aquella figura aplastada bajo un casquete semejante a un solideo, prometía a la duquesa pocas dificultades en las negociaciones, pero también poco interés en el debate de los artículos.

Porque no había la menor apariencia de que aquella naturaleza grosera fuera sensible a los encantos de una venganza refinada o de una ambición sedienta.

Pero, cuando la duquesa vio más de cerca los ojillos penetrantes, la arruga longitudinal de aquella frente protuberante, severa, la crispación imperceptible de aquellos labios, en los que pocas veces se revelaba la campechanía,

la señora de Chevreuse mudó de parecer y pudo decir: "Hallé mi hombre".

-¿A qué debo el honor de vuestra visita, señora? -preguntó el intendente de Hacienda.

-A la necesidad que tengo de vos, señor -contestó la duquesa-, y a la que vos tenéis de mí.

-A dicha tengo, señora, la primera parte de vuestra frase; respecto a la segunda...

La señora de Chevreuse se sentó en un sillón que le aproximó Colbert.

-Señor Colbert, ¿sois intendente de Hacienda?

-Sí, señora.

-¿Y aspiráis a ser superintendente?

-¡Señora!

-No lo neguéis; eso no haría más que alargar nuestra conversación: es inútil.

-Sin embargo, señora, por muy buena voluntad y cortesía que tenga hacia una señora de vuestro mérito, nada en el mundo me hará confesar que trate de suplantar a mi superior.

-Es que yo no he hablado de suplantar, señor Colbert. ¿He dicho eso, acaso?... Creo que no. La palabra reemplazar es menos agresiva y más conveniente gramaticalmente, como decía el señor de Voiture. Me parece, pues, que aspiráis a reemplazar al señor Fouquet.

-Señora, la fortuna del señor Fouquet es de aquellas que resisten. El señor superintendente hace en este siglo el papel del coloso de Rodas: los barcos pasan por debajo de él sin derribarle.

-Esa misma comparación habría usado yo. En efecto, el señor Fouquet hace el papel del coloso de Rodas: pero recuerdo haber oído contar al señor Conrart... un académico, según creo ... que, habiendo caído el coloso de Rodas, el comerciante que lo hizo derribar... un simple comerciante, señor Colbert... cargó cuatrocientos camellos con sus restos. Y, no obstante, un comerciante es mucho menos que un intendente de Hacienda.

-Señora, puedo aseguraros que nunca derribaré al señor Fouquet.

-Bien, señor Colbert; puesto que os obstináis en haceros el sensible conmigo, como si ignoráseis que me llamo Chevreuse, y que soy vieja, es decir, que estáis hablando con una mujer hecha a la política del señor Richelieu, y que no tiene tiempo que perder; ya que cometéis esa imprudencia, voy a buscar a otras personas más inteligentes y más solícitas en hacer fortuna.

-¡Pero explicaos, señora!

-Me estáis dando una pobre idea de las negociaciones de hoy día. Os juro que si en mi tiempo hubiera ido una mujer en busca del señor de Cinq-Mars, que no era un gran talento, y le hubiese dicho sobre el cardinal lo que yo acabo de deciros del señor Fouquet, el señor de Cinq-Mars se habría decidido al momento.

-Vamos, señora, un poco de indulgencia.

-Por tanto, ¿consentís en reemplazar al señor Fouquet?

-Si el rey lo despide, sí, ciertamente.

-Una palabra más; es evidentísimo que sí aún no habéis logrado echar al señor Fouquet, es porque no habéis podido hacerlo. Así es que yo sena una necia pécora si, viniendo a vos, no os trajera lo que os falta.

-Ya estoy cansado de tanto insistir, señora -dijo Colbert después de un silencio que había permitido a la duquesa sondear toda la profundidad de su disimulo-; pero debo participaros que hace seis meses que se suceden denuncias sobre denuncias contra el señor Fouquet, sin que jamás haya sido desocupado el asiento del superintendente.

-Hay tiempo para todo, señor Colbert; los que han hecho esas denuncias no se llamaban Chevreuse, ni tenían pruebas equivalente a seis cartas del señor Mazarino probando el delito de que se trata.

-¿El delito?

-El crimen, si os parece mejor.

-¡Un crimen! ¿Cometido por el señor Fouquet?

-Nada más que eso ... Y es extraño, señor Colbert; vos, que tenéis el rostro frío y poco significativo, os veo ahora todo entusiasmado.

-¿Un crimen?

-Me encanta que eso os produzca algún efecto.

-¡Oh, es que esa palabra encierra tantas cosas, señora!

-Encierra un despacho de superintendente de Hacienda para vos, y una orden de destierro o de Bastilla para el señor Fouquet.

-Perdonadme, señora duquesa; es casi imposible que el señor Fouquet sea desterrado. ¡Preso, en desgracia, es demasiado!

-¡Oh! Yo sé lo que digo -repuso fríamente la señora de Chevreuse-. No vivo tan alejada de París que no sepa lo que sucede aquí. El rey no quiere al señor Fouquet, y lo perderá de buen grado si se le da la ocasión.

-Preciso es que la ocasión sea buena.

-Bastante buena; y por eso evaluó a ésta en quinientas mil libras.

-¿Cómo? -exclamó Colbert.

-Quiero decir que, teniendo esta ocasión en mis manos, no la dejaré pasar a las vuestras sino mediante el cambio de quinientas mil libras.

-Perfectamente, señora, comprendo; pero ya que acabáis de fijar un precio a la venta, veamos el valor vendido.

-¡Oh, no es cosa mayor! Seis cartas, ya os lo he dicho, del señor Mazarino; autógrafos que no serán demasiado caros, ciertamente, si prueban de manera irrecusable que el señor Fouquet ha distraído grandes cantidades del Tesoro para apropiárselas.

-¡De manera irrecusable! -dijo Colbert con los ojos brillantes de alegría.

-¡Irrecusables! ¿Queréis leer las cartas?

-Con mucho gusto. Se entiende, la copia.

-La copia, sí.

La señora duquesa sacó de su seno un legajito aplastado por el corpiño de terciopelo.

-Leed -dijo.

Colbert devoró ávidamente todos los papeles.

-¡Magnífico! -dijo.

-Es bastante claro, ¿no es cierto?

-Sí, señora, sí, el señor Mazarino entregó dinero al señor Fouquet, el cual se lo guardó; pero, ¿qué dinero?

-¡Oh! Si tratamos de eso, añadiré a esas seis cartas una séptima que os dará los últimos detalles. Colbert reflexionó.

-¿Y los originales de las cartas? -
Pregunta inútil. Es como si yo os preguntase: "Señor Colbert, los talegos que me daréis, ¿estarán llenos o vacíos?"

-Muy bien, señora.

-¿Concluido?

-No.

-¡Cómo!

-Hay una cosa en que ni uno ni otro hemos pensado.

-Decídmela.

-El señor Fouquet no puede ser perdido en esta ocasión sino por un proceso.

-Bien.

-Un escándalo público.

-Sí. ¿Y qué?

-Que no puede formársele ni un proceso ni un escándalo...

-¿Por qué?

-Porque es fiscal general en el Parlamento; porque todo, en Francia, administración, ejército, justicia, comercio, se liga a él por una cadena que se llama espíritu de cuerpo. Así es, señora, que nunca sufrirá el Parlamento que su jefe sea arrastrado ante un tribunal. Jamás será condenado, si es llevado a él por la autoridad del rey.

-A fe mía, señor Colbert, que eso no me concierne.

-Ya lo sé, señora; pero me concierne a mí, y disminuye el valor de lo que me traéis. ¿De qué puede aprovecharme una prueba de crimen sin posibilidad de condena?

-Sólo con la sospecha perderá el señor Fouquet su empleo de superintendente.

-He aquí una gran cosa -dijo Colbert, cuyas facciones sombrías brillaron de repente con expresión luminosa de odio y de venganza.

-¡Ah. señor Colbert! -exclamó la duquesa-. ¡Perdonadme; no sabía que fueseis tan impresionable:! ¡Muy bien, muy bien! Puesto que os hace falta más de lo que yo tengo, no hablemos más del asunto.

-Sí tal, señora, hablemos; mas ya que vuestros valores han bajada, rebajad también vuestras pretensiones.

-¿Regateáis?

-Es una necesidad para quien desea pagar lealmente.

-¿Cuánto me ofrecéis?

-Doscientas mil libras.

La duquesa se rió y repuso al instante:

-Esperad.

-¿Consentís?

-Aún no. Tengo otra combinación.

-Decidla.

-Me daréis trescientas mil libras.

-¡No, no!

-¡Oh! ¡Es cuestión de tornarlo o dejarlo!

... Además, no es esto todo.

-¿Todavía? Os hacéis imposible, señora duquesa.

-Menos de lo que creéis, pues no es dinero lo que os solicito.

-¿Pues qué?

-Un favor; sabéis que siempre he amado a la reina.

-¿Y qué?

-Que quiero tener una entrevista con Su Majestad.

-¿Con la reina?

-Sí, señor Colbert, con la reina, que ya no es amiga, verdad es, hace mucho tiempo,

pero que puede volver a serlo si se le da una ocasión.

-Su Majestad no recibe ya a nadie, señora. Sufre mucho. No ignoráis que los accesos de su enfermedad se repiten más a menudo.

-Cabalmente por eso deseo tener una entrevista con Su Majestad. Figuraos que en Flandes tenemos muchas de esas enfermedades.

-¿De cánceres? Enfermedad terrible, incurable.

-No creáis eso, señor Colbert.

El campesino flamenco es un hombre casi en estado de naturaleza; no tiene precisamente una mujer, sino una hembra.

-¿Y qué, señora?

-Que en tanto que él fuma su pipa, la mujer trabaja; saca agua de los pozos, carga la mula o el jumento, y hasta se carga a sí propia. No llevando cuidado, se da golpes en todas partes, y es azotada muchas veces. Un cáncer viene de una contusión.

-Verdad es.

-Pues las flamencas no se mueren por eso. Cuando padecen mucho van en busca del remedio. Las beguinas de Brujas son médicos notables para todas las enfermedades. Tienen aguas preciosas, tópicos, específicos; dan a la enferma un botecito y un cirio, benefician al cura y sirven a Dios explotando sus dos mercancías. Yo traeré a la reina agua del beaterio de Brujas. Curará Su Majestad y quemará tantos cirios como juzgue conveniente. Ya veis, señor Colbert, que impedirme ver a la reina es casi un crimen de regicidio.

-Señora duquesa, sois una mujer de mucho talento, me confundís; sin embargo, veo que esa grande caridad hacia la reina envuelve algún pequeño interés personal.

-¿Me tomo la molestia de ocultarlo, señor Colbert? Me parece que habéis dicho un pequeño interés personal. Pues sabed que es uno muy grande, y os lo probaré. Si me hacéis entrar en la habitación de Su Majestad, me con-

tento con las trescientas mil libras reclamadas; si no, guardo mis cartas, a menos que me deis en el acto quinientas mil libras.

Y, levantándose al pronunciar estas palabras decisivas, la vieja duquesa dejó al señor Colbert en una desagradable perplejidad.

Regatear todavía era ya imposible, y no regatear, perder infinitamente mucho.

-Señora -dijo-, voy a tener el gusto de contaros cien mil escudos.

-¡Oh! -dijo la duquesa.

-¿Pero cómo tendré las cartas verdaderas?

-De la manera más sencilla, mi querido señor Colbert. . . ¿De quién os fiáis?

El grave financiero se echó a reír silenciosamente, de suerte que sus enormes cejas negras bajaban y subían como las alas de un murciélago sobre la línea profunda de su amarilla frente.

-De nadie -dijo.

-¡Oh! Indudablemente haréis una excepción en favor vuestro, señor Colbert.

-¿Cómo es eso, señora duquesa?

-Quiero decir que si os tomáis el trabajo de venir conmigo al sitio donde se hallan las cartas, se os entregarán a vos mismo y entonces podréis confrontarlas y averiguar su verdad.

-Es cierto.

-Y vos iréis provisto de cien mil escudos, porque yo tampoco me fío de nadie.

El señor intendente Colbert ruborizóse hasta las cejas. Era, como todos los hombres superiores en el arte de los guarismos, de una probidad insolente y matemática.

-Llevaré la cantidad prometida en dos bonos pagaderos en mi Caja. ¿Os satisface?

-¡Que no sean dos millones vuestros bonos; señor intendente! ... Voy a tener el honor de indicaros el camino.

-Permitid que haga enganchar mis caballos.

-Tengo una carroza a la puerta, señor.

Colbert tosió como hombre irresoluto. Figuróse un momento que la proposición de la

duquesa era un lazo; que tal vez esperaban a la puerta, y que aquella cuyo secreto acababa de vender en cien mil escudos a Colbert, debía de haberlo propuesto a Fouquet por la misma cantidad.

Como vacilaba mucho, la duquesa lo miró fijamente y le dijo:

-¿Queréis mejor vuestra carroza?

-Confieso que sí.

-¿Suponéis que os conduzco a alguna trampa?

-Señora, tenéis un carácter alocado, y yo, revestido de uno bastante grave, puedo verme comprometido por una broma.

-En fin, si sentís miedo, tomad vuestra carroza y tantos lacayos como gustéis ... Pero reflexionad bien en ello ... Sólo nosotros dos sabemos lo que hacemos, y lo que vea un tercero lo sabrá todo el mundo. Después de todo, a mí nada me importa: mi carroza seguirá a la vuestra, y yo me daré por satisfecha con subir en la vuestra para ir a visitar a la reina.

-¿A la reina?

-¿Lo habíais ya olvidado?. ¡Qué! ¿Una cláusula de tal importancia para mí era tan poca cosa para vos? Si lo hubiese sabido hubiera pedido doble.

-He reflexionado en ello, señora duquesa; no os acompañaré.

-¡De veras!... ¿Por qué?

-Porque tengo en vos una confianza ilimitada.

-¡Me lisonjeáis!... Mas para tomar los cien mil escudos ...

-Aquí los tenéis.

El intendente garabateó unas palabras sobre un papel que entregó a la duquesa.

-Estáis pagada -dijo.

-La acción es hermosa, señor Colbert, y voy a recompensaros.

Y, diciendo estas palabras, se echó a reír.

La risa de la señora de Chevreuse era un murmullo siniestro; cualquier hombre que sien-

te la juventud, la fe, el amor, la vida latir en su corazón, prefiere el llanto a esa risa lamentable.

La duquesa abrió la parte superior de su casaca y extrajo del seno un enrojecido legajillo de papeles atados con cinta color de fuego. Los broches habían cedido a la presión brutal de sus nerviosas manos. La piel, arañada por la extracción y frotamiento de los papeles, aparecía sin pudor a los ojos del intendente, muy inquieto con estos preliminares raros.

La duquesa seguía riendo.

-Aquí están -dijo- las verdaderas cartas del señor Mazarino. Las tenéis, pues, y además, la duquesa de Chevreuse se ha medio desnudado ante vos, como si hubieseis sido ... No quiero deciros nombres que os darían orgullo o envidia. Ahora, señor Colbert -añadió, abrochando con rapidez el corpiño de su vestido-, vuestra fortuna está hecha; acompañadme a la habitación de la reina.

-No, señora. Si vais a incurrir de nuevo en la desgracia de Su Majestad, y se sabe en

Palacio que he sido vuestro introductor, la reina no me perdonaría jamás. Tengo personas adictas en Palacio, y os harán entrar sin comprometerme.

-Como queráis, con tal que yo entre.

-¿Cómo llamáis a las religiosas de Brujas que cuidan a las enfermas?

-Beguinias.

-Pues una beguina sois vos.

-Bien; pero será preciso que deje de serlo.

-Eso es cuenta vuestra.

-¡Perdón! No quiero exponerme a que me nieguen la entrada.

-También eso os concierne señora. Voy a ordenar al primer ayuda de cámara del gentil-hombre de servicio en el cuarto de Su Majestad, que deje entrar a una beguina que lleva un remedio eficaz para mitigar los dolores de Su Majestad. Vos lleváis mi carta, y os encargáis del remedio y de las explicaciones; así confieso a la beguina y niego a la señora de Chevreuse.

-Está bien.

-He aquí la carta de introducción, señora.

XLVIII

LA PIEL DE OSO

Dio Colbert la carta a la duquesa, y le retiró suavemente la silla, detrás de la cual se guarecía ella.

La señora de Chevreuse saludó muy ligeramente, y salió.

Colbert, que había reconocido la letra de Mazarino y contado las cartas, llamó a su secretario y le encargó fuese a buscar a su casa al señor Vanel, consejero del Parlamento. Contestó el secretario que, fiel a sus costumbres, el señor consejero acababa de entrar en la casa a fin de dar cuenta al intendente de los principales detalles del trabajo terminado aquel mismo día en la sesión del Parlamento.

Colbert se aproximó a las lámparas, volvió a leer las cartas del difunto cardenal, sonrióse varias veces reconociendo en ellas todo el valor de los documentos que acababa de entregarle la señora de Chevreuse, y, apoyando por espacio de bastantes minutos su enorme cabeza entre las manos, reflexionó profundamente.

Mientras tanto, un hombre grueso y alto, de semblante huesudo, ojos fijos y nariz acaballada, había pasado al gabinete de Colbert con modesta resolución, que denunciaba un carácter flexible y decidido; flexible para con el amo que podía abandonarle una presa, firme para con los perros que hubiesen podido disputársela. El señor Vanel llevaba bajo el brazo una voluminosa cartera, que dejó sobre el mismo pupitre en que los codos de Colbert sostenían su cabeza.

-Buenos días, señor Vanel -dijo saliendo de su meditación.

-Buenos días, monseñor -dijo naturalmente Vanel.

-Eso es lo que hace falta decir -replicó suavemente Colbert.

-Yo llamo monseñor a los ministros -dijo Vanel con sangre fría imperturbable-. Y si vos no lo sois todavía, no por eso dejáis de ser mi señor.

Colbert levantó la cabeza para leer en la fisonomía del consejero la sinceridad de su adhesión. Pero nada descubrió en el rostro de Vanel. Podía ser honrado. Colbert pensó que aquel inferior era para él superior, respecto a que tenía una mujer infiel.

En el momento en que se apiadaba de la suerte de aquel hombre, Vanel sacó fríamente de su bolsillo un billete perfumado, sellado con cera, y lo tendió a Colbert.

-¿Qué es esto, Vanel?

-Una carta de mi mujer, monseñor.

Colbert tosió. Cogió la carta, la abrió, la leyó y se la guardó en el bolsillo, mientras Va-

nel hojeaba impasiblemente su volumen de procedimientos.

-Vanel -dijo de repente el protector a su protegido-: ¿sois un hombre de trabajo?

-Sí, monseñor.

-¿No os asustan doce horas de estudio?

-Quince trabajo al día.

-¡Imposible! Un consejero no trabajaría jamás más de tres horas para el Parlamento.

-¡Oh! Yo hago -estados para un amigo que tengo en el Tribunal de Cuentas, y, como me sobra tiempo, estudio el hebreo.

-¿Sois muy considerado en el Parlamento, Vanel?

-Creo que sí, monseñor.

-Bueno sería no pudrirse en la silla de consejero.

-¿Qué hacer para eso?

-Comprar un empleo.

-¿Cuál?

-Algo grande. Las ambiciones pequeñas son las más difíciles de satisfacer.

-Y las bolsas pequeñas, monseñor, son las más difíciles de llenar.

-¿Pero veis algún empleo bueno? -dijo Colbert.

-Yo no veo ninguno, la verdad.

-Yo sí veo uno, aunque sería preciso ser el rey para comprarlo cómodamente; pero creo que el rey no tendrá la fantasía de comprar un cargo de fiscal general.

Al oír semejantes palabras, Vanel fijó en Colbert su mirada humilde y empañada a la vez.

Colbert se preguntó si había sido adivinado o únicamente encontrado por el pensamiento de aquel hombre.

-¿Me habláis, monseñor, del oficio de fiscal general en el Parlamento? -No conozco otro, como no sea el del señor Fouquet.

-Precisamente, mi querido consejero.

-No vais con rodeos, monseñor; mas, antes de comprar la mercancía, ¿no hace falta que se halle en venta?

-Es que yo creo que dentro de poco estará en venta ese cargo.

-¡En venta! ¿El empleo de fiscal del señor Fouquet?

-Eso se dice.

-¡El empleo que le hace inviolable, en venta ¡Oh!... ¡Oh!... Y Vanel se echó a reír.

-¿Tendríais miedo a ese empleo? -dijo seriamente Colbert.

-¡Miedo! No.

-¿Ni ganas?

-Monseñor se burla de mí -contestó Vanel-. ¿Cómo un consejero del Parlamento no ha de tener ganas de ser fiscal general?

-Entonces, señor Vanel. .. cuando yo os digo que el cargo se presenta en venta...

-Monseñor lo dice.

-Es el rumor que corre.

-Repito que eso es imposible; nunca tira un hombre el escudo detrás del cual ha salvado su honor, su fortuna y su vida.

-A veces vense locos que se creen por encima de todas las malas eventualidades, señor Vanel.

-Sí, monseñor; pero las locuras de esos locos no aprovechan a los pobres Vanel que hay en el mundo.

-¿Por qué no?

-Porque esos Vanel son pobres.

-Cierto es que el empleo del señor Fouquet puede costar caro. ¿Qué daríais por él?

-Todo lo que poseo, monseñor. -Lo cual quiere decir...

-Trescientas o cuatrocientas mil libras.

-¿Y cuánto vale el cargo?

-Millón y medio lo menos. Sé de personas que han ofrecido un millón setecientas mil libras, sin decidir al señor Fouquet. De modo que, si por casualidad quisiera el señor Fouquet venderlo, lo cual no creo yo, no obstante lo que me han dicho...

-¡Ah, os han dicho algo! ¿Quién?

-El señor de Gourville... Él señor Pellisson. . .

-Pues bien, si el señor Fouquet quisiese venderlo...

-No podría comprarlo, en atención a que el superintendente lo haría por tener dinero fresco, y no hay nadie que tenga millón y medio para poner sobre una mesa.

Colbert interrumpió en aquel punto al consejero con una pantomima imperiosa. Había vuelto a reflexionar.

Viendo la actitud grave del amo, y su perseverancia en llevar la conversación hacia aquel tema, Vanel esperaba una solución, sin atreverse a provocarla.

-Explicadme bien -dijo entonces Colbert- los privilegios del cargo de fiscal general.

-El derecho de acusar a todo súbdito francés que no sea príncipe de la sangre; el de destruir toda acusación dirigida contra todo francés que no sea rey o príncipe. Un fiscal general es el brazo derecho de Su Majestad para

herir al culpable, y también su brazo para apagar la antorcha de la justicia. Así es que el señor Fouquet se sostendrá contra el rey mismo, sublevando los parlamentos, y Su Majestad contemplará al señor Fouquet para que se registren sus edictos sin contestación. El fiscal general puede ser un instrumento muy útil o muy peligroso.

-¿Deseáis ser fiscal general, Vanel? -dijo de pronto Colbert, dulcificando su mirada y su voz.

-¿Yo? -exclamó éste-. Pero ya he tenido la honra de manifestaros que faltan para eso en mi caja más de un millón de libras.

-Tomaréis prestada esa suma de vuestros amigos.

-No tengo amigos más ricos que yo.

-¡Un hombre de bien!

-¡Si todo el mundo pensase como vos, monseñor!

-Pues yo lo pienso, y basta; y si es preciso, yo responderé por vos.

-Tened presente el proverbio, monseñor.

-¿Cuál?

-"Quien responde paga."

-¿Qué importa eso?

Vanel levantóse, conmovido por esta oferta tan súbita, hecha inopinadamente por un hombre a quien los más frívolos tomaban muy en serio.

-No os burléis de mí, monseñor -dijo.

Veamos, señor Vanel. Decís que el señor Gourville os ha hablado del cargo del señor Fouquet.

Y el señor Pellisson también.

-¿Oficial u oficiosamente?

-He aquí sus palabras: "Esas gentes del Parlamento son codiciosas y ricas; deberían hacer un escote para reunir dos o tres millones al señor Fouquet, su protector, su lumbrera."

-¿Y vos qué dijisteis?

-Dije que por mi parte daría diez mil libras si era preciso.

-¡Ah! ¿Conque estimáis al señor Fouquet? -murmuró Colbert con una mirada llena de odio. -No; pero el señor Fouquet es nuestro fiscal general, y como se llena de deudas, nosotros debemos salvar el honor del cuerpo.

-He ahí lo que me explica por qué el señor Fouquet será siempre sano y salvo mientras ocupe su empleo -replicó Colbert.

-Y después de esto -prosiguió Vanel-, dijo el señor Gourville: "Dar limosna al señor Fouquet es siempre un proceder humillante, al cual respondería con una negativa; que el Parlamento, pues, haga un escote a fin de comprar dignamente el empleo de fiscal general, y entonces todo se salva, el honor del cuerpo y el orgullo del señor Fouquet."

-Esa es una proposición.

-Así la he considerado yo, monseñor.

-Pues bien, Vanel, inmediatamente iréis en busca del señor Gourville o del señor Pellisson. ¿Conocéis algún otro amigo del señor Fouquet?

-Conozco bastante al señor de La Fontaine.

-¿La Fontaine el poetaastro?

-Justamente; hacía versos a mi mujer cuando el señor Fouquet era de nuestros amigos.

-Pues dirigíos a él para conseguir una entrevista con el señor superintendente.

-Con mucho gusto; ¿pero el dinero?...

-No os impacientéis por eso, señor Vanel; en el día y a la hora que se fijen estaréis provisto de la suma.

-¡Monseñor, qué munificencia!... ¡Aventajáis al rey, sobrepujáis al señor Fouquet! ...

-Un instante. . . no abuséis de las palabras. Yo no os doy ese millón y pico de libras, señor Vanel; tengo hijos.

-Pero me las prestáis, señor, y eso basta.

-Eso sí, os las presto.

-Pedid interés, garantía, lo que gustéis, monseñor, a todo estoy dispuesto, y, satisfechos vuestros deseos, seguiré repitiendo que sobre-

pujáis a los reyes y al señor Fouquet en munificencia. ¿Qué condiciones?

-El reembolso en ocho años.

-¡Oh! Muy bien.

-Hipoteca sobre el cargo mismo.

-Perfectamente; ¿es eso todo?

-Aguardad. Me reservo el derecho de compraros el empleo con ciento cincuenta mil libras de beneficio, si no seguís en su desempeño una línea de conducta conforme a los intereses del rey y a mis designios.

-¡Ah! ¡ah! -dijo Vanel algo emocionado.

-¿Contiene esto algo que, pueda chocaros, señor Vanel? -dijo fríamente Colbert.

-No, no -replicó Vanel vivamente.

-Pues bien, firmaremos este contrato cuando gustéis. Corred a casa de los amigos del señor Fouquet.

-Voy volando ...

-Y obtened del superintendente una entrevista.

-Sí, monseñor.

-Sed fácil en concesiones.

-Sí.

-¿Y una vez hechos los arreglos?

-Me apresuro a que se firmen.

-¡Guardaos de ellos!... No habléis jamás de firmas con el señor Fouquet, pues lo perderías todo, ¿entendéis?

-¿Pues qué he de hacer entonces, señor? Es muy difícil...

-Tratad solamente de que el señor Fouquet os dé la mano... ¡Corred!

XLIX

EN EL APOSENTO DE LA REINA MADRE

La reina madre permanecía en su dormitorio en el Palais-Royal con la señora de Motteville y la señora Molina. El rey, a quien se aguardó hasta la noche, no había parecido; la reina, impaciente, había enviado a preguntar con frecuencia por él.

El tiempo estaba de borrasca. Los cortesanos y las damas evitábanse en las antecámaras y los corredores para no hablarse de asuntos de compromiso.

Monsieur se había ido con el rey por la mañana a una partida de caza.

Madame permanecía en su cuarto, poniendo mal gesto a todo el mundo. Respecto a la reina madre, después de haber rezado sus oraciones en latín, hablaba de cosas de la casa con sus dos amigas en castellano puro.

La señora de Motteville, que comprendía admirablemente aquella lengua, respondía en francés.

Después que las tres damas agotaron todas las fórmulas del disimulo y de la política, para venir a decir que la conducta del rey hacía morir de pena a la reina, a la reina madre y a todos sus parientes, y después que fulminaron en términos decentes todas las imprecaciones posibles contra la señorita de La Vallière, terminó la reina madre las recriminaciones con las

siguientes palabras, propias de su pensamiento y de su carácter:

-¡Estos hijos! -exclamó dirigiéndose a Molina; expresión profunda en boca de una madre, y terrible en boca de una reina que, como Ana de Austria, ocultaba tan extraños secretos en su alma sombría.

-¡Sí -repuso Molina-, estos hijos, por quienes se sacrifican las madres!

-Por quienes -repuso la reina- una madre lo ha sacrificado todo...

Y no concluyó su frase. Parecióle, cuando levantó los ojos hacia el retrato de cuerpo entero del pálido Luis XIII, que los ojos de su esposo recobraban su brillo. El retrato animábase y amenazaba sin hablar. Profundo silencio sucedió a las últimas palabras de la reina madre. La Molina empezó a revolver las cintas y encajes de un gran cestillo. La señora de Motteville, sorprendida por aquel relámpago de inteligencia que iluminó simultáneamente la mirada de la confidente y la de su ama, bajó los ojos,

como mujer discreta, y, absteniéndose de ver, se hizo toda oídos; pero no sorprendió más que un ¡hum! expresivo de la dueña española, imagen de la circunspección, y un suspiro exhalado como un soplo del pecho de la reina.

Inmediatamente levantó la cabeza.

-¿Sufrís? -dijo.

-No, Motteville, no. ¿Por qué dices eso?

-Como Vuestra Majestad parecía quejarse.

-Tienes razón, sí, sufro un poco.

-El señor Valot está cerca de aquí; creo que se halla con Madame.

-¿Con Madame? ¿Y por qué?

-Los nervios.

-¡Valiente enfermedad! Hace mal el señor Valot en visitar a Madame, cuando otro doctor la curaría ...

La señora de Motteville volvió a, levantar sus ojos con sorpresa.

-¿Otro doctor que el señor Valot? -dijo-.

¿Cuál?

-El trabajo, Motteville, el trabajo. ¡Ay! Si alguien está enferma, es mi pobre hija.

-Y también Vuestra Majestad.

-Esta noche, no.

-¡No estéis tan confiada, señora!

Y, como para justificar esta amenaza de la señora de Motteville, sintió la reina un dolor fuerte en el corazón que le hizo palidecer y la derribó sobre el sillón, con todos los síntomas de un desmayo repentino.

-¡Las gotas! -murmuró.

-¡Voy, voy! -replicó la Molina, quien, sin apresurar el paso, fue a sacar de un armario dorado un enorme frasco de cristal de roca, y se lo presentó abierto a la reina. Esta respiró con frenesí repetidas veces, y exclamó:

-Por aquí es por donde el Señor me ha de matar. ¡Hágase su santa voluntad!

-No por estar mala se muere una -
repuso la Molina, volviendo a colocar el frasco en el armario.

-¿Está mejor Vuestra Majestad? - preguntó la señora de Motteville.

-Mejor.

Y la reina se puso un dedo en los labios, para encargar discreción a su favorita.

-¡Es extraño! -dijo la señora de Motteville después de un silencio.

-¿Qué es extraño? -preguntó la reina.

-¿Se acuerda Vuestra Majestad del día que se le presentó ese dolor por primera vez?

-Me acuerdo de que fue un día bien triste, Motteville.

-Ese día no había sido siempre triste para Vuestra Majestad.

-¿Por qué?

-Porque veintitrés años antes nació a la misma hora el rey reinante, vuestro glorioso hijo.

La reina dio un grito, inclinó la frente sobre sus manos, y permaneció abismada durante algunos segundos.

¿Era aquello recuerdo, meditación o efecto de dolor todavía?

La Molina fijó en la señora de Motteville una mirada casi furiosa, según lo que se asemejaba a una reconvención, y la digna mujer, no comprendiendo nada de aquello, iba a preguntar a fin de tranquilizar su conciencia, cuando levantándose de repente Ana de Austria:

-¡El 5 de septiembre! -exclamó-. Sí, el dolor se me presentó el 5 de septiembre. Inmensa alegría un día, y gran dolor otro. Gran dolor -añadió por lo bajo-; expiación de una alegría demasiado grande.

Y desde aquel instante, Ana de Austria, que parecía haber agotado toda su memoria y toda su razón, permaneció impenetrable, con los ojos tristes, vago el pensamiento y colgando las manos.

-Vamos a recogernos -dijo la Molina.

-Al momento, Molina.

-Dejemos a la reina -añadió la tenaz española.

La señora de Motteville se levantó; gruesas y brillantes lágrimas como las de un niño, corrían por las mejillas blancas de la reina.

Así que lo advirtió la Molina, clavó en Ana de Austria sus ojos negros y vigilantes.

-Sí, sí -prosiguió de pronto la reina-; dejadnos, Motteville; podéis iros.

La palabra dejadnos sonó muy mal a los oídos de la favorita francesa. Significaba que iba a seguir a su marcha un cambio de secretos o de recuerdos; significaba que había una persona de más en la conferencia, cuando estaba precisamente en la fase más interesante.

-Señora -preguntó la francesa-, ¿basta Molina para el servicio de Vuestra Majestad?

-Sí -respondió la española.

Y la señora de Motteville se inclinó.

De pronto, una anciana camarera, vestida como en la corte de España en 1620, abrió las cortinas, y sorprendió a la reina en medio de

sus lágrimas, a la señora de Motteville en su diestra retirada, y a la Molina en su diplomacia.

-¡El remedio, el remedio! -gritó gozosamente a la reina aproximándose al grupo sin ceremonia.

-¿Qué remedio, chica? -replicó Ana de Austria.

-Para el mal de Vuestra Majestad -contestó ésta.

-¿Quién lo trae? -preguntó con presteza la señora de Motteville-. ¿El señor Valot?

-No, una dama de Flandes.

-¿Una dama de Flandes? ¿Una española? -interrogó la reina. -No sé.

-¿Quién la envía?

-El señor Colbert.

-¿Nombre?

-No lo ha dicho.

-¿Condición?

-Ella la dirá.

-¿Su cara?

-Está enmascarada.

-¡Anda a ver, Molina! -exclamó la reina.

-Es inútil -respondió de pronto una voz firme y dulce a la vez, que salió del otro lado de las colgaduras, voz que hizo estremecer a las otras damas y sobresaltar a la reina.

Al mismo tiempo aparecía entre las cortinas una mujer enmascarada. Antes de que la reina hiciera ninguna pregunta:

-Soy una hermana del beaterio de Brujas -dijo la desconocida-, y traigo, en efecto, el remedio que debe curar a Vuestra Majestad.

Todos callaron. La beguina no dio un paso.

-Hablad -dijo la reina.

-Cuando estemos solas -añadió la beguina.

Ana de Austria dirigió una mirada a sus compañeras, y éstas se retiraron.

La beguina dio entonces tres pasos hacia la reina, y se inclinó cortésmente.

La reina miraba con desconfianza a aquella mujer, la cual la miraba también con

ojos brillantes a través de los agujeros de su antifaz.

-¿Tan grave está la reina de Francia -dijo Ana de Austria- que hasta en el beaterio de Brujas se ha sabido que necesita curarse?

-Vuestra Majestad, a Dios gracias, no se halla de tal modo enferma que no tenga remedio.

-¿Pero cómo sabéis que padezco?

-Vuestra Majestad tiene amigos en Flandes.

-¿Y esos amigos os han enviado?

-Sí, señora.

-Nombrádmelos.

-Es ya inútil, señora, puesto que el corazón de Vuestra Majestad no ha despertado su memoria.

Ana de Austria levantó la cabeza, intentando descubrir bajo la sombra de la careta y bajo el misterio de la palabra el nombre de la que se expresaba con tan familiar abandono.

Mas, cansada muy luego de una curiosidad que lastimaba todos sus hábitos de orgullo:

-Señora -dijo-: sin duda ignoráis que no se habla a las personas reales con la cara cubierta.

-Tened la bondad de disculparme, señora -contestó humildemente la beguina.

-No puedo disculparos; lo que puedo hacer es perdonaros si os quitáis la careta.

-Señora, es voto que tengo hecho de auxiliar á las personas afligidas o enfermas sin dejarles ver mi rostro. Había podido dar alivio a vuestro cuerpo y a vuestra alma; pero ya que Vuestra Majestad me lo prohíbe, me retiro. ¡Adiós, señora, adiós!

Estas palabras fueron pronunciadas con tal encanto de armonía y de respeto, que disiparon la ira y la desconfianza de la reina, sin disminuir su curiosidad.

-Tenéis razón -dijo-; no está bien que las personas que sufren desdeñen los consuelos

que el Cielo les envía. Hablad, señora, y ojalá que, como acabáis de decir, podáis dar alivio a mí cuerpo ... ¡Ay! Creo que Dios se prepara a probarme de una manera cruel.

-Hablemos algo del alma, si lo tenéis a bien -dijo la beata-; del alma, que estoy cierta que sufrirá también.

-¿Mi alma?. ..

-Hay cánceres devoradores, cuya pulsación es invisible. Estos cánceres, reina, dejan a la piel su blancura de marfil, y no ensucian la carne con sus azulados humores; el médico que examina el pecho del enfermo, no oye rechinar en los músculos, bajo las oleadas de sangre, el diente insaciable de esos monstruos; ni el hierro ni el fuego han podido matar ni desarmar la rabia de esos azotes mortales, que habitan en el pensamiento y lo corrompen, que crecen en el corazón y lo desgarran: ahí tenéis, señora, otros cánceres fatales a las reinas. ¿No sufrís de esa especie de males?

Ana levantó lentamente su brazo, brillante de blancura y puro de formas como en la época de su juventud.

-Esos males de que habláis -dijo-, son la condición de nuestra vida, para nosotros, los grandes de la tierra, a quienes encomienda Dios la cura de las almas. Cuando esos males son demasiado pesados, el Señor nos alivia de ellos en el tribunal de la penitencia. Allí, depositamos el peso que nos agobia y los secretos. Mas no olvidéis que ese mismo Señor soberano proporciona las pruebas a las fuerzas de sus criaturas, y mis fuerzas no son inferiores al peso que sustentan. Respecto a los secretos de otros, me basta la discreción de Dios; respecto de los míos propios, no me fío de mi confesor.

-Os veo animosa, como siempre, contra vuestros adversarios, y os considero desconfiada respecto de vuestros amigos.

-Las reinas no tenemos amigos. Si no tenéis otra cosa que decirme,

si os sentís inspirada de Dios, como una profetisa, retiraos, pues temo el porvenir.

-Pues hubiera creído -dijo resueltamente la beguina- que temieseis más todavía el pasado.

Apenas pronunció estas palabras, cuando la reina, levantándose:

-¡Hablad! -exclamó en tono breve e imperioso-. ¡Hablad! Explicaos claramente, vivamente, completamente; si no ...

-No amenacéis, reina -dijo la beguina con dulzura-; he venido a vos llena de respeto y compasión; y he venido en nombre de una amiga.

-¡Demostradlo! Consolad, en vez de irritar.

-Fácilmente; y Vuestra Majestad va a ver si es una amiga la que me envía.

-Veamos.

-¿Qué desgracia ha sucedido a Vuestra Majestad en estos últimos veintitrés años?

-Desgracias enormes ... ¿No he perdido al rey?

-No hablo de esa clase de desgracias. Lo que os pregunto es si desde... el nacimiento del rey... ha tenido Vuestra Majestad alguna pena grave a causa de una indiscreción de amiga.

-No os comprendo -contestó la reina apretando los dientes para ocultar su emoción.

-Me explicaré más claramente. Vuestra Majestad recordará que el rey nació el 5 de mayo de 1638, a las once y cuarto.

-Sí -balbució la reina.

-A las doce y media -prosiguió la beguina-, el delfín, después de bautizado con el agua de socorro por monseñor de Meaux a presencia del rey y vuestra, era reconocido heredero de la corona de Francia. El rey se dirigió a la capilla del antiguo palacio de Saint-Germain para asistir al Te Deum.

Todo eso es muy cierto -murmuró la reina.

-El alumbramiento de Vuestra Majestad se había verificado en presencia del difunto hermano de vuestro esposo, de los príncipes y de las damas de la Corte. El médico del rey, Bouvard, y el cirujano Honoré, se hallaban en la antecámara; Vuestra Majestad se durmió a eso de las tres hasta cerca de las siete, ¿no es así?

-Sin duda; pero me estáis diciendo lo que todo el mundo sabe tan bien como vos y como yo.

-Llego, señora, a lo que saben pocas personas; y digo pocas, debiendo decir dos solamente, pues en otro tiempo no eran más que cinco, y de algunos años a esta parte, el secreto se ha ido asegurando con la muerte de los principales partícipes. El rey señor nuestro duerme con sus antepasados; la matrona Peronne le siguió poco después, y Laporte está ya olvidado.

La reina abrió la boca para contestar; pero bajo su fría mano, con la cual se acariciaba

el rostro, se deslizaban las gotas de un sudor ardiente.

-Eran las ocho -prosiguió la beguina- el rey almorzaba con apetito y en torno suyo no había más que alegría, gritos y algazara; el pueblo gritaba bajo los balcones; los suizos, los mosqueteros y los guardias eran conducidos en triunfo por los ciudadanos, ebrios de júbilo. Aquellos formidables ruidos de alegría general hacían gemir dulcemente en los brazos de la señora de Hausac, su aya, al delfín, futuro rey de Francia, cuyos ojos, cuando se abriesen, debían ver dos coronas en el fondo de su cuna. De pronto, Vuestra Majestad lanzó un grito agudo y acudió a la cabecera de vuestra cama la matrona Peronne. Los médicos se hallaban almorzando en una pieza lejana. El palacio, desierto a fuerza de la mucha gente que lo invadía, no tenía consignas, ni guardias. La matrona, después de examinar el estado de Vuestra Majestad, lanzó una exclamación de sorpresa; y, cogiéndoos en brazos, desolada, loca de dolor, en-

vió a Laporte para avisar al rey que Su Majestad la reina quería verle en su cuarto. Laporte, como sabéis, era hombre de talento y serenidad. No se acercó al rey como servidor asustado que conoce su importancia y quiere asustar también. Además, no era una mala noticia lo que esperaba al rey. De todos modos, Laporte se presentó con la sonrisa en los labios, junto a la silla del rey, y le dijo:

- "Señor, la reina es dichosa, y lo sería más todavía si viese a Vuestra Majestad.

"Aquel día habría dado su corona a un pobre por un ¡Dios le bendiga! Alegre, ligero, vivo, el rey se levantó, diciendo, en el mismo tono que lo hubiera hecho Enrique IV.

"Señores, voy a ver a mi mujer. "Llegó, señora, a vuestro cuarto en el momento en que la matrona Peronne le mostraba un segundo príncipe, lindo y robusto como el primero, diciéndole:

- "Señor, el Cielo no quiere que el reino de Francia recaiga en hembras.

"El rey, en su primer impulso, abalanzóse al niño, gritando:

-¡Gracias, Dios mío!

La beguina se detuvo en este punto, advirtiéndolo mucho que sufría la reina. Ana de Austria, metida en su sillón, con la cabeza inclinada y los ojos fijos, escuchaba sin oír, y sus labios se agitaban convulsivamente como si formularan un ruego a Dios o una imprecación contra aquella mujer.

-¡Ah! No creáis que si no hay más que un delfín en Francia -dijo la beguina-, no creáis que si la reina ha dejado vegetar a ese niño lejos del trono, ha sido porque sea mala madre. ¡Oh! No... Hay personas que saben cuántas lágrimas ha vertido, que han podido contar los ardientes besos que daba a la infeliz criatura en cambio de aquella vida de miseria y de sombra a que la razón de Estado condenaba al hermano gemelo de Luis XIV.

-¡Dios mío, Dios mío! -murmuró débilmente la reina.

-Se sabe -continuó con viveza la beguina- que el rey, viéndose con dos hijos de una misma edad. y con iguales pretensiones, tembló por la salvación de Francia, por la tranquilidad de su Estado. Se sabe que el señor cardenal Richelieu llamado de intento por Luis XIII, estuvo reflexionando más de una hora en el despacho de Su Majestad, y pronunció esta sentencia: "Ha nacido un rey para suceder a Su Majestad. Dios ha enviado otro para suceder a ese primer rey; pero por ahora, no tenemos precisión más que del que nació primero; ocultemos el segundo a Francia, como Dios lo había ocultado a sus mismos padres. Un príncipe es para el Estado el orden y la seguridad; dos competidores, son la guerra y la anarquía."

La reina se levantó bruscamente, pálida y con los puños crispados.

-Sabéis demasiado -dijo con sorda voz-, puesto que os entrometéis en los secretos de Estado. En cuanto a los amigos que os han revelado ese secreto, son amigos falsos y deslea-

les. Sois su cómplice en el crimen que hoy se está cometiendo. Ahora, abajo la máscara u os mando arrestar por mi capitán de guardias. ¡Oh! ... ¡Ese secreto no me da miedo, y ya que lo habéis bebido, yo os lo haré devolver! Quedará ahogado en vuestro seno; ni ese secreto ni vuestra vida os pertenecen desde este instante.

Ana de Austria, uniendo la acción a la amenaza dio dos pasos hacia la beguina.

-Aprender -dijo ésta- a conocer la lealtad, el honor y la discreción de vuestros amigos abandonados.

-Y súbitamente se quitó la careta.

-¡La señora de Chevreuse! - dijo la reina.

-La única confidente del secreto con Vuestra Majestad.

-¡Ah! -murmuró Ana de Austria-. ¡Abrazadme, duquesa! ¡Ay! Es matar a los amigos jugar de ese modo con sus mortales sufrimientos.

Y la reina, apoyando la cabeza en el hombro de la vieja duquesa, dejó escapar de sus ojos un raudal de amargas lágrimas.

-¡Qué joven estáis todavía! -exclamó ésta con voz sorda-. ¡Lloráis!

L DOS AMIGAS

La reina miró orgullosamente a la señora de Chevreuse.

-Creo -dijo- que habéis pronunciado la palabra feliz hablando de mí. Hasta ahora, duquesa, había creído imposible que una criatura humana pudiera ser menos feliz que la reina de Francia.

-Señora, habéis sido, efectivamente, una dolorosa; pero al lado de esas miserias ilustres de que hablábamos hace poco como antiguas amigas, separadas por la perversidad de los hombres; al lado, digo, de esos regios infortu-

nios, tenéis alegrías poco sensibles, es cierto, pero muy envidiadas de este mundo.

-¿Cuáles? -dijo tristemente Ana de Austria-. ¿Cómo podéis pronunciar la palabra alegría, duquesa, vos, que ahora mismo reconocíais la precisión que tengo de remedios para mi cuerpo y para mi alma?

La señora de Chevreuse se recogió un momento.

-¡Qué lejos están los reyes de los otros hombres! -murmuró.

-¿Qué queréis decir?

-Quiero decir que de tal suerte están alejados de lo vulgar, que olvidan todas las necesidades de la vida en los otros. Como el habitante de la montaña africana que, desde sus vertientes de esmeralda, bañadas por los riachuelos que forma el deshielo, no comprende que el habitante de la llanura muera de sed y de hambre en las tierras calcinadas por el sol.

La reina se sonrojó ligeramente; acababa de comprender.

-¿Sabéis -dijo que ha sido mal hecho haberos abandonado?

-¡Oh! Señora, se dice que el rey ha heredado el odio que me profesaba su padre. Me despediría . si supiese que estaba en Palacio.

-No digo que Su Majestad esté bien dispuesto en vuestro favor, duquesa -contestó la reina-, pero yo ... podría ... secretamente. . .

La duquesa dejó escapar una sonrisa desdeñosa, que inquietó a su interlocutora.

-Por lo demás -añadió la reina-, habéis hecho muy bien en venir aquí.

-¡Gracias, señora!

-Aunque no sea más que para darnos la satisfacción de desmentir el rumor de vuestra muerte.

-¿Llegó a decirse, efectivamente, que había muerto?

-Por todas partes.

-No obstante, mis hijos no llevaban luto.

-¡Ah! Bien sabéis, duquesa, que la Corte viaja con frecuencia; vemos poco a los señores de Albert y de Luynes, y no pocas cosas escapan a las preocupaciones en medio de las cuales vivimos constantemente.

-Vuestra Majestad no debió creer en el rumor de mi muerte.

-¿Por qué no? ¡Ay! Somos mortales. ¿No veis cómo yo, vuestra hermana segunda, según decíamos en otro tiempo, me inclino ya hacia la sepultura?

-Si Vuestra Majestad creía en mi muerte, debió sorprenderse entonces de no haber recibido noticias mías.

-La muerte sorprende a veces muy pronto, duquesa.

-¡Oh señora! Las almas cargadas de secretos, como aquel de que hablábamos hace poco, siempre tienen una necesidad de expansión que es necesario satisfacer de antemano. En el número de los descansos preparados para

la eternidad, se cuenta el de poner en orden sus papeles. La reina se estremeció.

-Vuestra Majestad -dijo la duquesa- sabrá ciertamente el día de mi muerte.

-¿Cómo?

-Porque Vuestra Majestad recibirá al día siguiente, bajo cuádruple sobre, todo lo que se ha salvado de nuestras pequeñas correspondencias tan misteriosas de otro tiempo.

-¡No lo habéis quemado! -exclamó Ana con terror.

-¡Oh amada reina! -replicó la duquesa-. Sólo los traidores queman una correspondencia regia.

-¿Los traidores?

-Sin duda; o más bien, simulando que la queman, la guardan o la venden.

-¡Dios mío!

-Los fieles, por el contrario, sepultan preciosamente tales tesoros; luego, un día, llegan en busca de su reina, y le dicen: "Señora, me siento vieja y enferma; hay peligro de muer-

te para mí, peligro de revelación para el secreto de Vuestra Majestad; así, por tanto, tomad ese papel peligroso, y quemadlo vos misma."

-¡Un papel peligroso! ¿Cuál?

-En cuanto a mí, es indudable que no tengo más que uno; -pero es muy peligroso.

-¡Oh, duquesa, decid cuál, decid!

-Este billete... fechado el 2 de agosto de 1644, en el que me recomendábais que fuese a Noisy-le-Sec para ver aquel amado y desgraciado hijo. Señora, de vuestra mano está escrito: "Querido y desgraciado hijo."

Hubo entonces un momento de silencio profundo; la reina sondeaba el abismo; la señora de Chevreuse tendía su lazo.

-¡Sí, desgraciado, muy desgraciado! -murmuró Ana de Austria-. ¡Qué triste existencia ha llevado ese pobre niño para llegar a un fin tan cruel!

-¿Ha muerto? -exclamó vivamente la duquesa con curiosidad, de cuyo acento sincero se apoderó con avidez la reina.

-Muerto de consunción, muerto olvidado, marchito, muerto como esas flores dadas por un amante y que la amada deja expirar en el cajón por ocultarlas a todo el mundo.

-¡Muerto! -repitió la duquesa con un tono de desaliento que hubiérase regocijado mucho a la reina, a no ir templado por una mezcla de duda-. ¿Muerto en Noisy-le-Sec?

-Sí, en brazos de su ayo, honrado servidor que no ha sobrevivido largo tiempo.

-Eso se concibe; ¡es tan pesado de llevar un luto y un secreto semejantes!

La reina no se tomó el trabajo de observar la ironía de esta reflexión, y la señora de Chevreuse continuó:

-Pues bien, señora, hace algunos años que me informé en el mismo Noisy-le-Sec de la suerte de ese niño, y me dijeron que no pasaba por muerto; por eso no me afligí desde el principio con Vuestra Majestad. ¡Oh! Si yo lo hubiera sabido, nunca una alusión mía a este deplo-

rable suceso hubiera venido a despertar los muy legítimos dolores de Vuestra Majestad.

-¿Afirmáis que el niño no pasaba por muerto en Noisy?

-No, señora.

-¿Pues qué se decía de él?

-Decíase... pero sin duda se equivocaban.

-Continuad.

-Decíase que una tarde, hacia 1645, una bella y majestuosa dama, lo cual se notó no obstante la máscara y el manto que la cubrían, una dama de calidad, de alta calidad sin duda, había llegado en una carroza a la salida del camino, el mismo en que yo aguardaba noticias del joven príncipe cuando Vuestra Majestad se dignaba enviarme allí.

-¿Y qué?

-Y que el ayo había entregado el niño a la dama.

-¿Qué más? .

-Al siguiente día, ayo y niño habían abandonado el país.

-¡Ya lo veis! Algo de cierto hay en eso, puesto que, en efecto, el pobre niño murió herido de uno de esos rayos que, según el decir de los médicos, amenazan la vida de los niños hasta los siete años.

-¡Oh! Lo que me dice Vuestra Majestad es lo cierto, pues nadie lo sabe mejor, ni nadie lo cree más que yo. ¡Pero admirad lo raro!.. .

“¿Qué más habrá?”, pensó la reina.

-La persona que me llevó esos detalles, que había ido a informarse de la salud del niño, esa persona ...

-¿Confiásteis tal cuidado a otro? ¡Oh, duquesa!

-Otro que era mudo como vos, señora, como yo misma; pongamos que fui yo mismo; señora; ese otro digo, pasando algunos meses después por Turena...

-¿Por Turena?

-Reconoció al ayo y al niño. ¡Perdón! Creyó reconocerlos. Vivían los dos, alegres y felices y floreciendo ambos, el uno en verde vejez, el otro en su lozana juventud. Juzgad, según esto, lo que son los rumores; tened fe en lo que pasa en este mundo. Pero observo que canso a Vuestra Majestad. ¡Oh! No es ésa mi intención, y pediré permiso para retirarme después de haberle renovado la seguridad de mi respetuosa adhesión.

-Deteneos, duquesa; hablemos algo de vos.

-¿De mí? ¡Oh señora! No bajéis hasta ahí vuestras miradas.

-¿Por qué? ¿No sois vos mi más antigua amiga? ¿Me queréis mal, duquesa?

-¡Yo, Dios mío! ¿Por qué motivo? ¿Hubiera venido a ver a Vuestra Majestad si tuviese causa para quererla mal?

-Duquesa, los años cargan sobre nosotras, y es necesario unirnos contra la muerte que nos amenaza.

-Señora, me abrumáis con esas dulces palabras.

-Nadie me ha servido ni amado jamás como vos, duquesa.

-¿Se acuerda de ello Vuestra Majestad?

-Siempre. .. Duquesa, una prueba de amistad.

-¡Ah, señora! Todo mi ser pertenece a Vuestra Majestad...

-Pues esa prueba...

-¿Qué prueba?

-Pedidme algo.

-¿Pedir?

-¡Oh! Ya sé que tenéis el alma más desinteresada, la más grande, la más regia.

-No me elogiéis demasiado, señora -dijo la duquesa inquieta.

-Jamás os elogiaré tanto como merecéis.

-¡Con la edad, con las desgracias, se cambia mucho, señora!

-¡Dios os oye, duquesa!

-¿Cómo?

-Sí; la duquesa de otra época, la bella, la orgullosa, la adorada Chevreuse, me hubiera respondido ingratamente: "No quiero nada de vos." Benditas sean, pues, las desgracias, si han venido, puesto que os habrán cambiado, y quizá me contestéis: "Acepto."

La duquesa dulcificó su mirada y su sonrisa; estaba bajo un encanto y no lo ocultaba.

-Hablad, duquesa -dijo la reina-; ¿qué queréis?

-Luego es preciso explicarse...

-Sin vacilar.

-Pues bien, Vuestra Majestad puede proporcionarme una alegría indecible, incomparable.

-Vamos a ver -dijo la reina un poco más fría por la inquietud-. Pero ante todo, mi buena Chevreuse, acordaos que estoy en poder de un hijo, como estaba en otro tiempo en poder de un marido.

-Lo tendré en cuenta, señora. -
Llamadme Ana, como en otro tiempo; será un dulce eco de la hermosa juventud.

-Pues bien, mi venerada dueña, Ana querida ...

-¿Sabes aún el español?

-Sí.

-Pues pídemelo en español. -Hacedme el favor de venir a pasar unos días en Dampierre.

-¿Eso es todo? -murmuró la reina, estupefacta.

-Sí.

-¿Nada más que eso?

-¡Santo Dios! ¿Tendríais la idea de que no os pido en esto el más enorme beneficio? Si es así, no me conocéis. ¿Aceptáis?

-Sí, de todo corazón.

-¡Oh! Gracias.

-Y seré muy feliz -continuó la reina con desconfianza- si mi presencia puede seros útil en alguna cosa.

-¿Útil? -exclamó la duquesa riendo.
¡Oh! No, no, agradable, grata, deliciosa, sí, mil veces deliciosa. ¿Queda, pues, prometido?

-Jurado.

La duquesa se abalanzó a la mano tan bella de la reina y la cubrió de besos.

"Es una buena mujer en el fondo... -dijo para sí la reina-. Y... de espíritu generoso."

-¿Consentiría Vuestra Majestad en darme quince días? -repuso la duquesa.

-Indudablemente; ¿por qué?

-Porque sabiendo que estoy en desgracia, nadie quema prestarme los cien mil escudos que necesito para reparar la posesión de Dampierre; mas cuando se sepa que son para recibir en ella a Vuestra Majestad, todos los fondos de París afluirán a mi casa.

-¡Ah!. . . -contestó la reina moviendo dulcemente la cabeza con inteligencia.
¡Cien mil escudos! ¿Se necesitan cien mil escudos para las reparaciones de Dampierre?

-Por lo menos.

-¿Y nadie quiere prestároslos?

-Nadie.

-Pues yo os los prestaré si lo deseáis, duquesa.

-¡Oh! No me atrevería ...

-Pues haríais mal.

-¿De veras?

-A fe de reina... Cien mil escudos no es realmente mucho.

-¿Verdad que no?

-No. ¡Oh! Bien sé que jamás habéis hecho pagar vuestra discreción en lo que vale. Duquesa, aproximadme aquel velador para que os extienda el bono contra el señor Colbert; no, para el señor Fouquet, , que es hombre mucho más galante.

-¿Paga?

-Si él no paga, pagaré yo; pero será la primera vez que se niegue a mi firma.

La reina escribió, dio la cédula a la duquesa, y la despidió después de haberla abrazado alegremente.

LI DE COMO JUAN DE LA FONTAINE COM- PUSO SU PRIMER CUENTO

Semejantes intrigas ya agotadas, el espíritu humano, tan múltiple en sus exhibiciones, ha podido desenvolverse a sus anchas en los tres cuadros que nuestro relato le ha proporcionado.

Quizá se trate aún de política y de intrigas en el que ahora preparamos, pero los resortes están de tal modo ocultos, que no se verán más que las flores y las pinturas, absolutamente como en los teatros de feria en cuya escena aparece un coloso que anda movido por las pierrecitas y los brazos raquíuticos de un niño oculto en su armazón.

Volvamos a Saint-Mandé, donde el superintendente recibe, como de costumbre, su escogida sociedad de epicúreos.

De algún tiempo a esta parte, el dueño ha sufrido duras pruebas. Todos se resienten de la angustia del ministro. Ya no hay aquellas magnas y locas reuniones. La Hacienda ha sido un pretexto para el señor Fouquet, y, como dice espiritualmente Gourville, jamás ha habido un pretexto más falaz.

El señor Vatel ingéniese por sostener la reputación de la casa. Sin embargo, los jardineros se quejan de una tardanza ruinosa; los expedicionarios de vino de España envían con frecuencia remesas que nadie paga, y los pescadores que el superintendente tiene a salario en las costas de Normandía, esperan ser reembolsados para retirarse a su tierra. La marea que, más tarde, ha de hacer morir a Vatel, no llega del todo.

Sin embargo, para ser un día de recepción ordinaria, los amigos de Fouquet se presentan más numerosos que de costumbre. Gourville y el abate Fouquet hablan de cuestiones financieras, o sea, que el abate toma presta-

dos de Gourville algunos doblones. Pellisson, sentado con las piernas cruzadas, termina la peroración de un discurso, con el que debe abrir Fouquet el Parlamento.

Y este discurso es una obra maestra, pues Pellisson lo hace para su amigo, es decir, que mete en él todo lo que ciertamente no iría a buscar para sí propio. Y estando disputando sobre las más fáciles rimas, llegaron del fondo del jardín Loret y La Fontaine.

Los pintores y los músicos se dirigen a su vez al comedor, y cuando den las ocho cenarán.

Jamás hace aguardar el superintendente.

Son las siete y media; el apetito se anuncia con bastante fuerza. Cuando todos los invitados están reunidos, Gourville se va derecho a Pellisson, le saca de su sueño, -y lo lleva en medio de un salón, cuyas puertas ha cerrado.

-¿Qué hay de nuevo? -dice.

Levantando Pellisson su cabeza inteligente:

-Mi tía me ha prestado veinticinco mil libras. Aquí están en bonos de la Caja.

-Bien -contestó Gourville-, ya no faltan más que ciento noventa y cinco mil libras para el primer pago.

-¿El pago de qué? -dijo La Fontaine, con el mismo tono que usaba para decir: "¿Habéis leído a Baruch?"

-Otra vez aquí el que me distrae de todo -dijo Gourville-. ¡Cómo! ¿Vos, el que nos hizo saber que la tierra de Corbeil iba a ser vendida por un acreedor del señor Fouquet; vos, el que nos propuso el escote entre todos los amigos de Epicuro; vos, el que dijo que vendería un rincón de su casa de Château-Tierry, para dar su contingente; vos venís a decir hoy: "El pago de qué"?

Una risa universal acogió esta salida, e hizo ruborizar a La Fontaine.

-Perdón -dijo-, es verdad; no lo había olvidado... Solamente que...

-Solamente que ya no te acordabas - replicó Loret.

-Esa es la verdad. El hecho es que tiene razón. Entre olvidar y no acordarse hay una gran diferencia.

-Entonces -añadió Pellisson-, ¿traéis ese óbolo, precio del rincón de tierra vendido?

-¿Vendido?

-No.

-¿No habéis vendido vuestra tierra? - preguntó Gourville sorprendido, porque conocía el desinterés del poeta.

-Mi mujer no ha querido - contestó éste. Nuevas risas.

-Sin embargo, habéis ido a Château-Tierry para eso -le repusieron.

-Ciertamente, y a caballo.

-¡Pobre Juan!

-Ocho caballos distintos; estaba molido.

-¡Excelente amigo! ... ¿Y habéis descansado allí?

-¿Descansado? ¡Ah, sí! Buen descanso he tenido.

-¿Cómo es eso?

-Mi esposa había hecho coqueterías con aquel a quien yo quería vender la tierra; este hombre se desdijo, y yo lo desafié.

-¡Muy bien! ¿Y os habéis batido?

-Parece que no.

-¿No sabéis nada vos?

-No; mi mujer y sus parientes se han mezclado en el asunto. He tenido la espada en la mano un cuarto de hora, pero no he sido herido.

-¿Y el adversario?

-El enemigo tampoco; no pareció en el terreno.

-¡Es admirable! -exclamaron de todas partes-. Debisteis encolerizaros.

-Furiosamente, porque me resfrié; volví a casa, y mi mujer me riñó.

-¡Sin más ni más!

-Sin mas ni más me tiró a la cabeza un pan enorme.

-¿Y vos?

-Yo le volqué toda la mesa sobre el cuerpo y sobre el cuerpo de sus convidados; luego monté- a caballo, y aquí estoy.

Nadie pudo guardar seriedad al oír esta exposición cómico-heroica. Cuando el huracán de risas se calmó un poco, dijeron a La Fontaine:

-¿Y eso es todo lo que habéis traído?

-¡Oh, no! Tengo una idea excelente.

-¡Decidla!

-¿Habéis observado que se hacen en Francia muchas poesías jocosas?

-¡Claro que sí! -contestó la asamblea.

-¿Y que -continuó La Fontaine- se imprimen muy pocas?

-Las leyes son duras, es verdad.

-Pues bien, mercancía rara es mercancía cara, he pensado yo; y por eso me he puesto a

componer un poemita extremadamente licencioso...

-¡Oh querido poeta! -Extremadamente picaresco.

-¡Oh!

-Extremadamente cínico.

-¡Diablo, diablo!

-Y he puesto en él -continuó fríamente el poeta- todas las palabras lúbricas que he podido encontrar.

Todos agitábanse de risa, mientras que el buen poeta ponía de este modo la muestra a su mercancía.

-Y me he aplicado -continuó a sobrepujar todo lo que Boccaccio, Aretino y otros maestros han hecho en este género.

-¡Buen Dios! -exclamó Pellisson-. ¡Eso será condenado!

-¿Suponéis? -dijo cándidamente La Fontaine-. Os juro que no he hecho eso por mí, sino únicamente por el señor Fouquet.

Esta admirable conclusión colmó la satisfacción de los concurrentes. -Y he vendido el opúsculo en ochocientas libras la primera edición -añadió La Fontaine restregándose las manos-. Los libros piadosos se compran en menos de la mitad.

-Pues más hubiese valido -dijo Gourville riendo- haber hecho dos libros piadosos.

-Eso es demasiado largo y no tan divertido -replicó La Fontaine-; mis ochocientas libras están en este saquillo y las ofrezco. -Y, en efecto, puso su ofrenda en manos del tesorero de los epicúreos.

Después correspondió el turno a Loret, que dio ciento cincuenta libras; los otros hicieron lo mismo, y, hecha la cuenta, resultaron cuarenta mil libras en la escarcela.

Jamás resonó más generoso dinero en las balanzas divinas, donde la caridad pesa los buenos corazones e intenciones contra las monedas falsas de los devotos hipócritas.

Todavía resonaban los escudos cuando el superintendente entró, o más bien, se deslizó en la sala. Todo lo había oído.

Se vio a este hombre que había removido tantos millones; a este rico, que había agotado todos los placeres y todos los honores; a este corazón inmenso y cerebro profundo, que había devorado la substancia material y moral del primer reino del mundo; vióse a Fouquet, decimos, pasar el umbral con los ojos llenos de lágrimas y meter sus dedos blancos y finos entre el oro y la plata.

-¡Pobre limosna! -exclamó con voz tierna y conmovida-. Tú desaparecerás en el más pequeño pliegue de mi bolsa vacía; pero han llenado hasta el borde lo que nadie agotará jamás: mi corazón. ¡Gracias, amigos queridos, gracias!

Y, como no podía abrazar a todos los que allí se encontraban, y que también lloraban un poco, por más filósofos que fueran, abrazó a La Fontaine, diciéndole:

-¡Pobre mozo que se ha hecho pegar por su mujer a causa mía, y condenar por su confesor!

-¡Bien! Eso no es nada -respondió el poeta-; que vuestros acreedores esperen dos años y habré hecho otros cien cuentos que, a dos ediciones cada uno, satisfarán la deuda.

LII

LA FONTAINE NEGOCIANTE

Fouquet estrechó la mano a La Fontaine con efusión.

-Mi amado poeta -le dijo-, hacednos otros cien cuentos, no sólo por los ochenta doblones que cada uno os producirán, sino para enriquecer también nuestra lengua con cien obras maestras.

-¡Oh! -dijo La Fontaine, contoneándose-. No se crea que he traído sólo esa idea y esos ochenta ! doblones al señor superintendente.

-¡Ea -exclamaron de todos lados-, hoy está en fondos el señor La Fontaine!

-Bendita sea la idea, si me trae uno o dos millones -dijo alegremente Fouquet.

-Precisamente -contestó La Fontaine.

-¡Pronto, pronto! -exclamó la asamblea.

-¡Cuidado! -dijo Pellisson al oído de La Fontaine-. Hasta ahora habéis conseguido un gran triunfo. No vayáis a arrojar la flecha más allá del blanco.

-Necuácuam, señor Pellisson, y vos, que sois hombre de buen gusto, seréis el primero en aplaudir.

-¿Se trata de millones? -dijo Gourville.

-Tengo aquí un millón quinientas mil libras, señor Gourville. Y se golpeó el pecho.

-¡Al diablo el gascón de Château-Tierry! -exclamó Loret.

-No es el bolsillo lo que hay que golpear -dijo Fouquet-, sino el cerebro.

-Veamos -añadió La Fontaine-; señor superintendente, vos no sois un fiscal general,

sino un poeta. -¡Eso es verdad! -exclamaron ; Loret, Conrart y todos los literatos que allí había.

-Sois, digo, un poeta, un pintor, un escultor, un amigo de las artes y de las ciencias, pero confesad vos mismo que no sois curial.

-Lo confieso -replicó sonriendo el señor Fouquet.

-Aun cuando os nombrasen académico lo rehusaríais, ¿no es verdad?

-Creo que sí, mal que les pese a los académicos.

-Bien; y ¿por qué, no queriendo formar parte de la Academia, consentís en formarla del Parlamento?

-¡Hola! -exclamó Pellison-. Parece que entramos en política.

-Pregunto -prosiguió La Fontaine- si la toga sienta o no sienta bien al señor Fouquet.

-No se trata aquí de togas -dijo Pellison, contrariado por la risa de la asamblea.

-Al contrario -dijo Loret-, de la toga es de lo que se trata.

-Quítese la toga el fiscal general -dijo Conrart-, y tenemos al señor Fouquet, de lo cual no nos quejamos; pero, como hay fiscal general sin toga, declaremos, de conformidad con lo expuesto por el señor de La Fontaine, que seguramente la toga es un espantajo.

-Fugiunt risus leporesque -dijo Loret.

-Las risas y las gracias -añadió un filósofo.

-Yo -prosiguió Pellisson con gravedad- no es así como traduzco lepores.

-¿Pues cómo lo traducís? -preguntó La Fontaine.

-Así: "Las liebres huyen al ver al señor Fouquet".

El auditorio prorrumpió en risas, de que también participó el superintendente.

-¿Y por qué las liebres? -arguyó Conrart, picado.

-Porque será liebre el que no se alegre de ver al señor Fouquet con los atributos de su fuerza parlamentaria.

-¡Oh, oh! -exclamaron los poetas.

-Quo non ascendant -dijo Conrart-, me parece imposible con toga de fiscal.

-Y a mí sin toga -dijo el obstinado Pellisson-. ¿Qué os parece, Gourville?

-Me parece que la toga es buena -replicó éste-; pero opino también que millón y medio valdría más que la toga.

-Y yo soy del parecer de Gourville -dijo Fouquet cortando la discusión con su dictamen, que debía dominar por necesidad a todos los otros.

-¡Millón y medio! -suspiró Pellisson-. ¡Diantre! Sé una fábula india . . .

-Contádmela -dijo La Fontaine-; yo también debo saberla. -¡Contadla, contadla!

-La tortuga tenía una concha -dijo Pellisson, en la que se ocultaba cuando se veía amenazada por sus enemigos. Un día le dijo

uno: "Mucho calor debéis tener en el verano en esa casa, que hasta os impide poder mostrar vuestras gracias. Ahí tenéis la culebra, que os pagará por ella millón y medio."

-¡Bien! -dijo riendo el superintendente.

-¿Y qué más? -preguntó La Fontaine, teniendo más interés por el apólogo que por la moraleja.

-La tortuga vendió su concha y se quedó desnuda. Acertó a verla un buitre que tenía hambre, y, de un picotazo en los lomos, la devoró.

-¿O mithos deloi?... -dijo Conrart.

-Que el señor Fouquet hará bien en conservar su toga.

La Fontaine tomó en serio el sentido moral de la fábula.

-Olvidáis a Esquilo -dijo a su adversario.

-¿A quién decís?

-A Esquilo el Calvo.

-¿Y qué?

-A Esquilo, cuyo cráneo un buitre, bastante aficionado a tortugas, que sería probablemente el vuestro, tomó por una piedra y arrojó sobre él una tortuga muy envuelta en su concha.

-La Fontaine tiene razón -replicó Fouquet pensativo-. Todo buitre, cuando tiene hambre de tortugas, sabe muy bien romperles gratis la concha. ¡Felices las tortugas que encuentran una culebra que se la compre en millón y medio! Que me den una culebra generosa, como la de vuestra fábula, Pellisson, y le doy mi concha.

-Rara avis in terris! -murmuró Conrart.

-Y parecida a un cisne negro, ¿no es verdad? -añadió La Fontaine-. Pues bien, esa ave rara y negra la he encontrado yo.

-¿Habéis encontrado quien quiera tomar mi cargo de fiscal? -preguntó Fouquet.

-Sí, señor.

-Pero el señor superintendente no ha dicho nunca que quisiera venderlo -repuso Pellisson.

-Perdonad; vos mismo habéis hablado de ello -dijo Conrart.

-Yo soy testigo -dijo Gourville.

-Se apasiona mucho con los excelentes sermones que me predica -dijo riendo Fouquet.

-Y vamos a ver, La Fontaine, ¿quién es el comprador?

-Un pájaro negro, un consejero del Parlamento; una excelente persona.

-¿Que se llama?

-Vanel.

-¡Vanel! -exclamó Fouquet-. ¡Vanel! ¿El marido de...?

-El mismo, su marido; sí, señor.

-¡Pobre hombre! -dijo Fouquet con interés-. ¿Y quiere ser fiscal general?

-Quiere ser todo lo que sois -dijo Gourville-, y hacer lo mismo que habéis hecho.

-¡Oh. qué divertido! ¡Contadnos eso, La Fontaine!

-Es sencillísimo. Como suelo encontrarle de vez en cuando, le vi el otro día paseando por la plaza de la Bastilla, en el momento precisamente en que iba yo a tomar el carruaje de Saint-Mandé.

-Estaría acechando a su mujer, de seguro -interrumpió Loret.

-¡No, pardiez! -dijo sencillamente Fouquet-. No es celoso.

-Me detuvo, pues, me abrazó, me llevó a la taberna de la Image Saint-Fiacre, y me comunicó sus penas.

-¿Tiene penas?

-Sí; su mujer le inspira ambición.

-¿Y os dijo...?

-Que le habían hablado de un cargo en el Parlamento; que había sido pronunciado el nombre del señor Fouquet, y que, desde entonces, la señora Vanel sueña con llamarse señora

fiscala general, y que se parece todas las noches soñando con eso.

-¡Diantre!

-¡Pobre mujer! -dijo Fouquet.

-Esperad. Conrart me está diciendo continuamente que no sé manejar los asuntos: ahora veréis cómo me he conducido en éste.

-Veamos.

-¿Sabéis, le dije a Vanel, que vale caro un cargo como el del señor Fouquet?

-¿Sobre cuánto, aproximadamente?, me preguntó.

-El señor Fouquet ha rehusado ya un millón setecientas mil libras.

-Mi mujer, replicó Vanel, había calculado dar alrededor de un millón cuatrocientas mil.

-¿Al contado?, le hice observar.

-Sí; ha vendido una posesión en Guinea, y tiene dinero."

-Es un bonito premio para recibirlo de una vez -dijo sentenciosamente el abate Fouquet, que aún no había hablado.

-¡Vaya con la pobre señora Vanel! -exclamó Fouquet.

Pellisson se encogió de hombros.

-¡Es el demonio! -dijo por lo bajo a Fouquet.

-¡Precisamente! . . . Sería delicioso reparar con el dinero de ese demonio el mal que por mí se ha causado un ángel.

Pellisson miró con aire de sorpresa a Fouquet, cuyas ideas se fijaron desde entonces en un nuevo objeto.

-¿Qué tal mi negociación? - preguntó La Fontaine.

-¡Admirable, querido poeta!

-Sí -dijo Gourville-; pero no hay cosa más frecuente que oír hablar de comprar caballo a quien no tiene ni con qué pagar la brida.

-Vanel se desdeciría si le cogiesen la palabra -continuó el abate Fouquet.

-No lo creo -dijo La Fontaine.

-¡Qué sabéis!

-Es que aún ignoráis el desenlace de mi historia.

-¡Ah! Pues si hay ya desenlace, ¿a qué andar con rodeos?

-Semper ad adventum. ¿No es cierto? -dijo Fouquet en el tono de un gran señor que se engolfa en barbarismos.

Los latinistas aplaudieron.

-Mi desenlace -dijo La Fontaine-, es que Vanel, ese temible pájaro negro, sabiendo que venía yo a Saint-Mandé, me suplicó que le permitiese acompañarme.

-¡Hola, hola!

-Y le presentase, si era posible, a monseñor.

-¿Y qué?

-De modo que está ahí en la cespедера de Bel-Air.

-Como un escarabajo.

-Sin duda, decís eso por las antenas, ¿no es así Gourville, chistoso, desgraciado? ¿Y qué se hace, señor Fouquet?

-No es justo que el esposo de la señora Vanel se resfríe fuera de mi casa; id a buscarle, La Fontaine, puesto que sabéis dónde está. - Ahora mismo voy.

-Yo os acompañaré -dijo Gourville-, y traeré los sacos.

-Nada de chocarrerías -dijo gravemente Fouquet-. Tratemos el negocio con seriedad, si es que hay negocio. Ante todo, seamos hospitalarios.

-Disculpádmelo, La Fontaine, con ese buen hombre, y decidle que siento en el alma haberle hecho esperar, pero que ignoraba que estuviese ahí.

La Fontaine había salido ya, y no fue poca fortuna que Gourville le acompañase, pues el poeta, absorto del todo en sus números, equivocaba ya el camino y corría hacia Saint-Maur.

Un cuarto de hora después fue introducido el señor Vanel en el despacho del señor superintendente, aquel mismo despacho cuya descripción y comunicaciones dimos al principio de esta historia.

Al verle pasar Fouquet, llamó a Pellisson y le habló unas palabras al oído.

-Retened bien lo que os voy a encargar -le dijo-: que toda la plata, vajilla y alhajas sean empaquetadas en el carruaje. Tomad los caballos negros, y que os acompañe el platero; retrasad la comida hasta que llegue la señora de Bellière.

-Habrá que avisarle -dijo Pellisson.

-Es inútil; yo me encargo de eso.

-Está bien.

-Id, amigo mío.

Pellisson partió, augurando mal, pero confiando, como todos los amigos verdaderos, en la voluntad que lo dominaba. En esto está la fuerza de las almas grandes; la desconfianza es propia sólo de las naturalezas inferiores.

Vanel se inclinó, pues, en presencia del superintendente. Iba a comenzar su arenga.

-Sentáros, señor -le dijo cortésmente Fouquet-. Tengo entendido que deseáis obtener mi cargo.

-Monseñor . . .

-¿Cuánto podéis dar por él?

-A vos toca fijar la suma, monseñor. Sé que os han hecho ya ofrecimientos.

-Me han dicho que la señora Vanel lo aprecia en un millón cuatrocientas mil libras.

-Es todo cuanto poseemos.

-¿Podéis darme la suma inmediatamente?

-No la traigo aquí -contestó ingenuamente Vanel, asustado de aquella naturalidad, de aquella grandeza, cuando esperaba entrar en luchas y regateos de traficante.

-¿Cuándo los tendréis?

-Cuando quiera, monseñor.

Y temblaba de que Fouquet se burlara de él.

-Si no fuese por la molestia de tener que volver a París, os diría que ahora mismo.

-¡Oh monseñor! ...

-Pero -interrumpió el superintendente-, fijemos el pago y la firma para mañana por la mañana.

-Sea -replicó Vanel, atónito de lo que oía.

-¿A las seis? -dijo Fouquet.

-A las seis -dijo Vanel. -¡Adiós, señor Vanel! Decid a la señora que soy su humilde servidor.

Y Fouquet se levantó. Entonces Vanel, a quien le aflucía la sangre a los ojos y principiaba a perder la cabeza:

-¡Monseñor, monseñor! -dijo con seriedad-, ¿me dais vuestra palabra?

Fouquet volvió la cabeza.

-¡Pardiez! -dijo-. ¿Y vos? Vanel vaciló, tembló, concluyó por alargar tímidamente su mano. Fouquet abrió y adelantó noblemente la suya. Aquella mano leal se impregnó por un

segundo en el sudor de una mano hipócrita. Vanel apretó los dedos de Fouquet para persuadirse mejor.

El superintendente retiró dulcemente la suya.

-¡Adiós! -dijo.

Vanel retrocedió de espaldas hacia la puerta, precipitóse por las antesalas, y escapó.

LIII

LA VAJILLA Y LOS DIAMANTES DE LA SEÑORA DE BELLIPRE

Cuando hubo Fouquet despedido a Vanel, reflexionó un momento, y se dijo:

"Nunca se podría hacer demasiado por la mujer a quien se amó. Margarita desea ser fiscal, ¿por qué no satisfacerle ese gusto? Ahora que la conciencia más escrupulosa no podría echarme nada en cara, pensemos únicamente en la mujer que me ama. La señora de Bellière debe estar ahí."

Y mostraba con el dedo la puerta secreta.

Abrió el corredor subterráneo, y se dirigió rápidamente hacia la comunicación establecida entre la casa de Vincennes y la suya.

Había olvidado advertir a su amiga con la campanilla, bien seguro de que ella nunca faltaba a la cita.

Efectivamente, la marquesa había llegado y esperaba.

El ruido que hizo el superintendente la advirtió, y corrió para recibir por debajo de la puerta el billete que pasó.

"Venid, marquesa; os esperan para comer."

Feliz y activa, la señora de Bellière se metió en su carroza en la avenida de Vincennes y llegó a tender su mano en la escalinata a Gourville, que, a fin de agradar más a su amo, acechaba su llegada en el patio.

La dama no había visto entrar, humeantes y llenos de espuma, a los caballos negros de

Fouquet que traían a Saint-Mandé a Pellisson y al mismo platero a quien ella vendió su vajilla y sus joyas.

Pellisson introdujo a este hombre en el despacho de que aún no había salido Fouquet.

El superintendente dio las gracias al platero por haberse dignado guardarle como un depósito aquella riqueza que tenía derecho a vender, y echó una ojeada sobre el total de las cuentas, que ascendían a un millón trescientas mil libras.

Sentándose después en su bufete, escribió un bono de un millón cuatrocientas mil libras, pagadero a la vista en su Caja antes de las doce del día siguiente.

-¡Cien mil libras de beneficio! -murmuró el platero-. ¡Ah, monseñor, qué generosidad.

-No, no, señor -dijo Fouquet dándole un golpecito en el hombro-, hay atenciones que no se pagan nunca. El beneficio es poco más o menos el mismo que hubiérais podido sacar de

otro modo; pero queda el interés de vuestro dinero.

Y, pronunciando estas palabras, desprendió de su manga un botón de brillantes, que el mismo platero había apreciado muchas veces en tres mil doblones.

-Tomad esto como recuerdo mío -dijo al platero-, y adiós; sois un hombre honrado.

-Y vos -respondió el platero profundamente conmovido-, sois un gran señor.

Fouquet hizo pasar al honrado platero por una puerta excusada; luego, fue a recibir a la señora de Bellière, a quién ya rodeaban todos los convidados.

La marquesa estaba siempre hermosa; pero aquella vez resplandecía.

-¿No encontráis, señores -dijo Fouquet-, que la señora tiene esta tarde una hermosura incomparable? ¿Sabéis por qué?

-Porque la señora es la más bella de las mujeres -dijo uno.

-No, sino porque es la mejor de todas ellas. Sin embargo...

-¿Sin embargo?... -dijo la marquesa sonriendo.

-Sin embargo, todas las joyas que trae la señora esta tarde son piedras falsas.

La dama ruborizóse.

-¡Oh, oh! -exclamaron' todos los convidados-. Eso puede decirse sin temor de una mujer que tiene los más hermosos diamantes de París.

-¿Qué tal? -dijo por lo bajo Fouquet a Pellisson.

-Sí, he comprendido ya -repuso éste-, y habéis hecho bien.

-¡Qué satisfacción siente uno! -dijo sonriendo el superintendente.

-Monseñor está servido -exclamó majestuosamente Vatel.

El tropel de convidados precipitóse menos lentamente de lo que se acostumbraba en

las fiestas ministeriales hacia el comedor, donde les aguardaba un espectáculo magnífico.

Sobre los armarios, sobre los aparadores, sobre la mesa, en medio de las flores y de las luces, brillaba hasta ofuscar la vista la vajilla de oro y plata más soberbia que pudiera verse; era un resto de aquellas antiguas magnificencias que los artistas florentinos, llevados por los Médicis, habían esculpido y fundido para los aparadores de los señores, cuando había oro en Francia; estas maravillas ocultas, sepultadas durante las guerras civiles, habían reaparecido tímidamente en las intermitencias de esa guerra de buen gusto, que se llamaba la Fronda, cuando los señores, batiéndose contra los señores, se mataban, pero no cometían pillaje. Toda aquella vajilla estaba marcada con las armas de la señora de Bellière.

-¡Cómo! -exclamó La Fontaine-, una P y una B.

Pero lo que había de más curioso, era el cubierto de la marquesa, en el sitio que le había

designado Fouquet: junto a él, se elevaba una pirámide de diamantes, de zafiros, de esmeraldas, de camafeos antiguos: la sardónica grabada por los antiguos griegos del Asia Menor con sus monturas de oro de Misian, los curiosos mosaicos de la antigua Alejandría montados en plata, y los brazaletes macizos del Egipto de Cleopatra, llenaban un ancho plato de Palissy, sostenido por un trípode de bronce dorado, esculpido por Benvenuto.

La marquesa palideció al ver lo que no creía volver a ver jamás. Un profundo silencio, precursor de vivas emociones, ocupaba a la impaciente concurrencia.

Fouquet no hizo ni una seña para alejar a todos los sirvientes llenos de bordados, que corrían como solícitas abejas en rededor de los vastos aparadores y mesas de servicio.

-Señores -dijo-, esta vajilla que veis pertenecía a la señora de Bellière, que cierto día, viendo apurado a uno de sus amigos, envió todo este oro y toda esta plata a casa del orfe-

bre, con toda esa masa de joyas agrupadas delante de ella. Esta hermosa acción de una amiga debe ser comprendida por amigos tales como vosotros. ¡Feliz el hombre que así se ve amado! Bebamos a la salud de la señora de Bellière.

Una inmensa aclamación cubrió estas palabras e hizo caer sobre su asiento, muda y pasmada, a la pobre mujer, que acababa de perder el sentido, semejante a los pájaros de Grecia, que atraviesan el cielo por encima de la arena de Olimpia.

-Y ya que toda virtud conmueve, y toda belleza encanta -añadió Pellisson-, bebamos también un poco por aquel que inspiró la hermosa acción de la señora, pues semejante hombre debe ser digno de ser amado.

La marquesa se levantó entonces, pálida y risueña, y alargó un vaso con desfallecida mano, cuyos dedos trémulos rozaron los de Fouquet, en tanto que sus ojos lánguidos buscaban todo el amor que ardía en aquel corazón generoso.

Comenzada de esta manera heroica, pronto convirtiéndose la comida en una fiesta, y nadie se ocupó ya de tener ingenio, pues a nadie le faltaba.

La Fontaine olvidó su vino de Gorgoy, y permitió a Vatel que lo reconciliara con los vinos del Ródano y de España.

El abate Fouquet se hizo tan bueno, que Gourville le dijo: -Cuidado, señor abate, que si os hacéis tan tierno, os comerán. Las horas transcurrieron así gozosas y derramando rosas sobre los convidados. Contra su costumbre, el señor superintendente no se levantó de la mesa antes de los últimos postres.

Sonreía a la mayor parte de sus amigos, alegre como se está cuando se ha embriagado el corazón antes que la cabeza, y por vez primera miró entonces el reloj.

De pronto rodó un carruaje en el patio, y ¡cosa extraña!, se le oyó en medio del ruido y de las canciones.

Fouquet aplicó el oído, y después dirigió la vista hacia la antesala.

Parecióle que un paso resonaba allí, y que este paso, en vez de hollar en el suelo, pesaba sobre su corazón.

Instintivamente retiró su pie del de la señora de Bellière que apoyaba contra el suyo hacía dos horas.

-El señor de Herblay, obispo de Vannes -exclamó el ujier.

Y el rostro sombrío y pensativo de Aramis apareció en el umbral, entre los restos de dos guirnaldas, cuyos hilos acababa de romper la llama de una bujía.

LIV

EL RESGUARDO DEL SEÑOR MAZARINO

Fouquet habría exhalado un grito de alegría al divisar a un nuevo amigo, si el aire

glacial y la mirada distraída de Aramis no le hubieran hecho recobrar toda su reserva.

-Venís a ayudarnos a tomar los postres - preguntó, sin embargo-. ¿No os asustaréis de todo este ruido que armamos con nuestras locuras?

-Monseñor -replicó respetuosamente Aramis-, principio por pedirnos me disculpéis de haber venido a turbar vuestra alegre reunión, y os suplicaré que, después de los placeres, me concedáis una breve audiencia para tratar de negocios.

Como la palabra negocios hiciera aguzar el oído a algunos epicúreos, se levantó Fouquet.

-Los negocios ante todo, señor de Herblay -le dijo-; felices nosotros cuando los negocios llegan sólo al fin de la comida.

Y, diciendo esto, tomó de la mano a la señora de Bellière, que le miraba con una especie de inquietud, y la condujo al salón inmedia-

to, donde la dejó confiada a los más razonables de la reunión.

Después, cogiendo a Aramis del brazo, entraron ambos en el despacho.

Aramis, olvidando allí el respeto y la etiqueta, se sentó.

-A ver si acertáis -dijo- a quién he visto esta tarde.

-Mi querido caballero, siempre que empezáis de ese modo, estoy seguro de oír alguna cosa desagradable.

-Pues por esta vez tampoco os equivocáis, mi querido amigo -replicó Aramis.

-No me hagáis languidecer - añadió flemáticamente Fouquet.

-Pues he visto a la señora de Chevreuse.

-¿La vieja duquesa?

-Sí.

-O su sombra.

-No; una vieja loba.

-¿Sin dientes?

-Es posible, pero no sin garras.

-¿Y por qué me ha de querer mal? No soy avaro con las mujeres que no se la echan de mojigatas, y ésta es una cualidad que estiman hasta las que no se atreven ya a provocaros el amor.

-Demasiado sabe la señora de Chevreuse que no sois avaro, supuesto que quiere sacaros dinero.

-¡Hola! ¿Bajo que pretexto?

-¡Oh! Jamás le faltan pretextos. Veréis lo que dice.

-Ya escucho.

-Parece que la duquesa posee muchas cartas del señor Mazarino. -No me extraña; el prelado era galante.

-Sí; pero esas cartas nada tienen que ver, según dice, con los amores del prelado. Tratan de asuntos de Hacienda.

-Entonces es menor su interés.

-¿No sospecháis algo de lo que quiere decir?

-Ni lo más mínimo.

-¿No habéis oído hablar jamás de una acusación de malversación de fondos?

-Mil veces, querido Herblay: desde que estoy mezclado en los negocios no he oído hablar de otra cosa. Pasa lo mismo que con vos, que, cuando obispo, os echan en cara vuestra impiedad; cuando mosquetero, vuestra cobardía; lo que se imputa siempre a un ministro de Hacienda es que roba las rentas.

-Bien, pero precisemos el hecho, porque el señor Mazarino lo precisa, como dice la duquesa.

-Vamos a ver qué precisa.

-Algo así como una cantidad de trece millones, cuya inversión no os sería fácil probar.

-¡Trece millones! -dijo el superintendente estirándose en su sillón a fin de levantar mejor la cabeza hacia el techo-. ¡Trece millones! ... Ya veis que los ando buscando entre todos los que me acusan de haberlos robado.

-No os riáis, mi querido señor, que el asunto es grave. Es positivo que la duquesa tiene cartas, y que esas cartas deben de ser buenas en atención a que quería venderlas en quinientas mil libras.

-¡Menuda calumnia puede conseguirse por ese precio!...-respondió Fouquet-. ¡Ay! Ya sé lo que queréis decir.

Fouquet se echó a reír de buena gana.

-¡Tanto mejor! -dijo Aramis algo tranquilizado.

-Ahora recuerdo esa historia de los trece millones...

-Me alegro infinito, veamos.

-Figuraos, amigo, que el signor Mazari-
no, que en paz descansa, dio un día ese beneficio de trece millones sobre una concesión de tierras que se litigaban en la Valtelina; los anuló en el registro de ingresos, me los envió, e hizo que se los diese para gastos de guerra.

-Entonces está justificada su inversión.

-No; el cardenal los hizo colocar a mi nombre, y me envió el descargo.

-¿Y la conserváis?

-Ya lo creo -dijo Fouquet levantándose para acercarse a los cajones de su vasta mesa de ébano, incrustada de nácar y oro.

-Lo que más me asombra en vos -dijo Aramis encantado-, es, en primer lugar, vuestra memoria, luego vuestra sangre fría, y por último, el orden perfecto que reina en vuestra administración, siendo, como sois, verdaderamente el poeta por excelencia.

-Sí -dijo Fouquet-; tengo orden por efecto de la misma pereza, por ahorrarme de buscar. Así, pongo por caso, sé que el recibo de Mazarino está en el tercer cajón, letra M, y no tengo más que abrirlo para poner la mano sobre el papel que necesito. A oscuras podría encontrarlo.

Y tocó con mano segura el legajo de papeles amontonados en el cajón abierto.

-Hay más -prosiguió-, y es que me acuerdo de ese papel como si lo estuviera viendo; es fuerte, un poco arrugado y dorado por el canto. Mazarino había echado un borrón en el número de la fecha... ¡Vaya! -continuó-; parece que el papel ha conocido que se ocupan de él y le necesitan, según lo que se oculta y se rebela.

Y el superintendente miró dentro del cajón.

Aramis habíase levantado.

-¡Es extraño! -dijo Fouquet.

-Sin duda no es fiel vuestra memoria, señor Fouquet; buscad en otro legajo.

Fouquet tomó el legajo y lo recorrió otra vez; luego, palideció.

-No os obstinéis en registrar ese legajo; buscad otro.

-Inútil, inútil; jamás me he equivocado, y nadie sino yo arregla esta clase de papeles ni abre este cajón, al que, como veis, he hecho poner además un secreto que sólo yo conozco.

-¿Y qué deducís de eso? -preguntó alarmado Aramis.

-Que me han robado el recibo de Mazarino. Razón tenía la señora de Chevreuse, caballero; he malgastado los fondos públicos; he robado trece millones a las arcas del Estado; soy un ladrón, señor de Herblay.

-No os incomodéis, señor Fouquet, no os exaltéis.

-¿Por qué no exaltarme, caballero? El motivo bien vale la pena. Un proceso, una buena sentencia, y vuestro amigo, el señor superintendente, puede seguir a su colega Engherrando de Maligny y a su predecesor Samblancay.

-¡Oh! -repuso sonriendo Aramis-. No tan aprisa.

-¿Cómo no tan aprisa? ¿Qué os parece que habrá hecho la señora de Chevreuse de esas cartas? Porque las habréis rehusado, ¿no es verdad?

-¡Oh! Sí que las he rehusado y categóricamente. Supongo que habrá ido a venderlas al señor Colbert.

-Pues bien, ya lo veis.

-He dicho que lo suponía, y debía haber dicho que estaba seguro de ello, pues hice seguir a la señora de Chevreuse, y, al separarse de mí volvió a su casa, salió después por una puerta trasera y se fue a casa del señor intendente, calle de Croix-des-Petit-Champs.

-Entonces, habrá proceso, escándalo, deshonra, que caerá como el rayo, ciega y brutalmente.

Aramis se aproximó a Fouquet, que estaba trémulo en su sillón, al lado de los cajones, y, poniéndole la mano sobre el hombro, le dijo en tono afectuoso:

-No olvidéis jamás que la posición del señor Fouquet no puede compararse a la de Samblancay o Marigny.

-¿Y por qué no?

-Porque el proceso contra esos ministros se instruyó completamente, y la sentencia fue ejecutada, mientras que respecto de vos no puede eso tener lugar.

-¿Y por qué, vuelvo a repetir: en todo tiempo, un concusionario es un criminal.

-Los criminales que saben hallar un lugar de asilo, no están nunca en peligro.

-¿Y qué queréis, que huya? -No os hablo de tal cosa; indudablemente olvidáis que esa clase de procesos son evocados por el Parlamento, e instruidos por el fiscal general, y que vos sois fiscal general. Ya veis que a menos que os queráis condenar a vos mismo...

-¡Oh! -exclamó de pronto Fouquet, pegando con el puño en la mesa.

-¿Qué hay? ¿Qué es eso?

-Que no soy ya fiscal general. Aramis, a su vez, palideció hasta ponerse lívido, apretó con fuerza los puños, y con un mirar extraño, que aterró a Fouquet:

-¿No sois ya fiscal general? -exclamó acentuando cada sílaba.

-No.

-¿Desde cuándo?

-Desde hace unas cinco horas.

-Mirad lo que decís -interrumpió con frialdad Aramis-, que creo que no estáis en el pleno uso de vuestra razón, querido; reponeos.

-No hay más -replicó Fouquet-, sino que hace poco vino uno a ofrecerme de parte de un amigo un millón cuatrocientas mil libras por mi cargo y lo he vendido.

Aramis se quedó aturdido; su fisonomía inteligente y burlona tomó una expresión de sombrío espanto que causó más efecto en el superintendente que todos los gritos y todos los discursos del mundo.

-¿Tanta era la precisión que teníais de dinero? -dijo al fin.

-Sí, para pagar una deuda de honor.

Y contó en pocas palabras a Aramis la generosidad de la señora de Bellière y el modo

como había creído corresponder a esa generosidad.

-¡Bellísima acción! -exclamó Aramis-. ¿Y cuánto os cuesta?

-Exactamente el millón cuatro. cientos mil libras de mi cargo.

-¿Que habréis recibido en el acto, sin reflexionar? Indiscreto amigo.

-No las he recibido todavía, pero las recibiré mañana.

-¡Ah! ¿No está hecha la venta aún?

-Es lo mismo porque he dado al orfebre para las doce del día una libranza sobre mi Caja, donde deberá entrar el dinero del comprador esta tarde de seis a siete.

-¡Alabado sea Dios! -exclamó Aramis dando una palmada-. Nada hay concluido, puesto que no os han pagado.

-¿Pero y el orfebre?

-Yo pondré en vuestras manos el millón. cuatrocientas mil libras a las doce menos cuarto.

-Es que no sabéis aún una cosa; que he de firmar esta mañana a las seis.

-¡Oh! Yo os aseguro que no firmaréis.

-He dado mi palabra, caballero. -Si la habéis dado, la recogeréis, y se acabó.

-¿Qué decís? -exclamó Fouquet con aire de profunda lealtad-. ¡Recoger Fouquet una palabra dada!

Aramis respondió a la mirada casi severa del ministro con otra preñada de enojo.

-Señor -le dijo-, creo haber merecido el dictado de hombre honrado, ¿no es cierto? Bajo la casaca del soldado he arriesgado quinientas veces mi vida; bajo el traje de eclesiástico he prestado todavía mayores servicios a Dios, al Estado o a mis amigos. Una palabra vale lo que el hombre que la da. Cuando la cumple, es oro puro; cuando no quiere cumplirla, un cortante acero. Entonces defiéndese con esa palabra como con una arma de honor, en atención a que, cuando ese hombre de honor no la cumple, es porque está amenazado de muerte, pues corre

más riesgos que beneficios puede reponer su adversario. Entonces, caballero, apela uno a Dios y a su derecho.

Fouquet bajó la cabeza.

-Soy -dijo-, un pobre bretón, tenaz y humilde; mi entendimiento admira y teme el vuestro. No diré que cumpla mis palabras por virtud; las cumplo, si así lo queréis, por rutina; pero, como quiera que sea, los hombres vulgares son demasiado simples para admirar esa rutina. Esta es quizá mi única virtud; dejadme conservarla intacta.

-¿Según eso, firmaréis mañana la venta de ese cargo, que os defendía contra todos vuestros adversarios?

-Firmaré.

-¿Y os entregaréis atado de pies y manos por un falso punto de honor, que desdeñaría el casuista más escrupuloso?

-Firmaré.

Aramis exhaló un profundo suspiro, y miró a su alrededor con la impaciencia del hombre que quisiera romper algo.

-Aun nos queda un medio, y espero que no os negaréis a emplearlo.

-No me negaré si es leal... como todo lo que proponéis, querido amigo.

-No hay cosa más leal que una renuncia de parte del comprador. ¿Es amigo vuestro?

-Sí... Pero...

-Pues si me permitís manejar el negocio, no desespero aún.

-¡Oh! Sois enteramente dueño de hacerlo.

-¿Con quién habéis hecho el trato? ¿Qué clase de persona es?

-No sé si conocéis a los individuos del Parlamento.

-Conozco a muchos. ¿Es uno de los presidentes?

-No, un simple consejero.

-¡Ah! ¡Ah!

-Que se llama Vanel.

Aramis se puso encendido como la grana.

-¡Vanel! -exclamó levantándose-. ¡Vanel!
¿El marido de Margarita Vanel?

-Precisamente.

-¿De vuestra antigua querida?

-Sí, amigo mío, ha deseado ser fiscal general, y bien le debo eso al pobre Vanel. Todavía salgo ganando, pues hago en ello un obsequio a su mujer.

Aramis se aproximó a Fouquet, y le cogió la mano.

-¿Sabéis -dijo con aparente sangre fría- el nombre del nuevo amante de la señora Vanel?

-¡Ah! ¿Tiene un nuevo amante?... Pues no lo sabía, y por consiguiente ignoro su nombre.

-Pues se llama Juan Bautista Colbert; es intendente de Hacienda; y habita en la calle de Croix-des-Petits-Champs, adonde ha ido la se-

ñora de Chevreuse a llevar las cartas de Mazarino que quiere vender.

-¡Dios mío! -exclamó Fouquet limpiándose su frente bañada en sudor-. ¡Dios mío!

-Principiáis ya a comprender, ¿no es verdad?

-Que estoy perdido, sí.

-¿Y os parece que eso valga la pena de ser menos escrupuloso que Régulo en el cumplimiento de la palabra?

-No -contestó Fouquet.

-Estas gentes obstinadas -murmuró Aramis-, siempre hacen de modo que no se pueda por menos de admirarlas.

Fouquet le tendió la mano.

En aquel momento un rico reloj de concha, con figuras de oro, colocado sobre una consola frente a la chimenea, dio las seis de la mañana.

En el vestíbulo rechinó una puerta.

-El señor Vanel -dijo Gourville aproximándose a la puerta del despacho- pregunta si monseñor puede recibirle.

Fouquet apartó sus ojos de los de Aramis, y contestó:

-Haced pasar al señor Vanel.

LV

LA MINUTA DEL SEÑOR COLBERT

La entrada de Vanel en aquel instante, no fue otra cosa para Aramis y Fouquet que el punto que termina una frase.

Mas para Vanel, que llegaba, la presencia de Aramis en el despacho de Fouquet debía tener otra significación muy distinta.

Así fue que el comprador, al primer paso que dio en la habitación, fijó en aquella fisonomía, a la vez tan fina y enérgica del obispo de Vannes, una mirada de sorpresa, que muy pronto fue escrutadora. Respecto a Fou-

quet, verdadero hombre político, o lo que es lo mismo, dueño de sí mismo, había hecho ya desaparecer de su rostro, por la fuerza de su voluntad, las huellas de la emoción producida por la revelación de Ararais.

No era ya el hombre abatido por la desgracia y reducido a buscar expedientes. Antes bien, con la cabeza levantada, tendió una mano hacia Vanel para invitarle a entrar.

Era el primer ministro, y se hallaba en su casa.

Aramis conocía al superintendente. Toda la delicadeza de su corazón, toda su presencia de espíritu nada tenían que pudiera extrañarle. Limitóse, por tanto, momentáneamente, salvo el tomar después una parte muy activa en la conversación, al papel difícil del hombre que observa y escucha para saber y comprender.

Vanel estaba notablemente conmovido. Adelantándose hasta el medio del despacho saludando a todo y a todos:

-Vengo... -dijo.

Fouquet hizo cierta inclinación de cabeza.

-Sois exacto, señor Vanel ---dijo.

-En los negocios, monseñor -replicó Vanel-, creo que la exactitud es una virtud.

-Sí, señor.

-Perdonad -interrumpió Aramis mostrando con el dedo a Vanel, y dirigiéndose a Fouquet-: perdonad; este caballero es el que se presenta a comprar vuestro cargo, ¿no es así?

-Yo soy -contestó Vanel, sorprendido del tono de suprema altivez con que Aramis había hecho la pregunta-. Pero, ¿cómo deberé llamarle al que me hace el honor...?

-Llamadme monseñor -respondió con sequedad Aramis.

Vanel se inclinó.

-Vamos, señores -dijo Fouquet-; basta de ceremonias; vengamos al hecho.

-Ya ve monseñor -dijo Vanel-, que estoy esperando sus órdenes.

-Yo era, por el contrario, el que esperaba - replicó Fouquet.

-¿Y qué esperaba monseñor? -Pensaba que tal vez tendríais que decirme algo.

"¡Oh, oh! -pensó-. El señor Fouquet ha reflexionado; estoy perdido."

Pero, cobrando ánimo:

-Nada, señor -dijo-, nada absolutamente, más que lo que os dije ayer, y estoy pronto a repetiros.

-Vamos, hablad francamente, señor Vanel: ¿no es el trato algo pesado para vos? Decid.

-Cierto, monseñor; un millón quinientos mil libras es una cantidad considerable.

-Tan considerable -dijo Fouquet-, que yo había reflexionado...

-¿Habéis reflexionado, monseñor? - exclamó con viveza Vanel.

-Sí; que quizá no estaríais todavía en disposición de comprar.

-¡Oh, monseñor! -Tranquilizaos, señor Vanel, nunca os echaré en cara una falta de palabra, hija sólo de vuestra imposibilidad.

-Sí tal, monseñor, me la echaríais en cara, y con razón -dijo Vanel-; porque es propio de un imprudente o de un loco meterse en compromisos que no puede cumplir, y yo he considerado siempre una cosa pactada como cosa hecha.

Fouquet se sonrojó. Aramis dejó escapar un hum de impaciencia.

-Preciso es, sin embargo, no exageraros esas ideas, señor -dijo el superintendente-, porque el espíritu del hombre es variable y está lleno de caprichitos muy excusables, muy respetables a veces; y quien ayer deseó una cosa, mañana se arrepiente de ello.

Vanel sintió correrle un sudor frío por la frente y las mejillas.

-¡Monseñor! -balbució.

En cuanto a Aramis, gozoso de ver al superintendente situarse con

tanta claridad en el debate, se acodó en el mármol de una consola, y comenzó a jugar con un cuchillito de oro con mango de malaquita.

Fouquet recapacitó por breve rato; y en seguida:

-Venid, mi querido señor Vanel -dijo-; voy a explicar la situación.

Vanel se estremeció.

-Sois hombre galante -prosiguió Fouquet- y, como yo, comprenderéis.

Vanel titubeó.

-Ayer quería vender. -Monseñor hizo más que querer -interrumpió Vanel-; monseñor vendió.

-Bien, sea así; pero hoy os pido como un obsequio que me devolváis la palabra que os di ayer.

-Esa palabra me la disteis' ya -dijo Vanel como inflexible eco.

-Lo sé, y por eso, señor Vanel, os ruego ... ¿lo oís? os ruego que me la devolváis ...

Fouquet se detuvo. La frase os ruego, cuyo efecto inmediato no veía, acababa de desgarrarle la garganta a su paso.

Aramis, jugando siempre con su cuchillo, fijaba en Vanel unas miradas que parecían penetrar hasta el fondo de su alma.

Vanel se inclinó.

-Monseñor -dijo-, mucho me conmueve el honor que me hacéis de consultarme sobre un hecho consumado; pero...

-No añadáis pero alguno, mi estimado señor Vanel.

-¡Ay! Monseñor, reflexionad que traigo el dinero, es decir, la cantidad.

Y abrió una gran cartera. -Mirad. monseñor: aquí tenéis el contrato de la venta que acabo de hacer de unas tierras de mi mujer. La libranza está autorizada y revestida de todas las firmas precisas para ser pagada a la vista: es dinero contante; el negocio está hecho en una palabra.

-Mi estimado señor Vanel, no hay negocio en el mundo, por importante que sea, que no pueda deshacerse... en obsequio...

-Ya lo sé -dijo con mal gesto Vanel.

-En obsequio de un hombre que será así amigo vuestro -continuó Fouquet.

-Lo sé, monseñor...

-Con tanto más motivo, señor Vanel, cuanto más considerable sea el servicio. Conque vamos, caballero, ¿qué resolvéis?

Vanel guardó silencio.

Mientras tanto, Aramis había resumido sus observaciones.

El rostro enjuto de Vanel, sus órbitas hundidas, sus cejas redondas como arcos, habían revelado a Aramis un tipo de avaro y ambicioso. Batir en brecha una pasión por medio de otra, tal era el método de Aramis; vio a Fouquet vencido, desmoralizado, y se arrojó en la lucha con armas nuevas.

-Perdonad, monseñor -dijo-, habéis olvidado hacer comprender al señor Vanel que

sus intereses están en abierta oposición con la renuncia de la venta.

Vanel miró al prelado con sorpresa, no esperando hallar en él un auxiliar. Fouquet se detuvo también para escuchar al obispo.

-Tenemos -prosiguió Aramis-, que el señor Vanel, para comprar vuestro cargo, monseñor, ha vendido unas tierras de su señora esposa. Está bien: ¡esto es un negocio! Y no se reúnen, como lo ha hecho, un millón quinientas mil libras sin notables pérdidas ni graves apuros.

-Así es -dijo Vanel, a quien Aramis, con sus miradas, arrancaba la verdad de lo íntimo de su corazón.

-Los apuros -prosiguió Aramis-, se resuelven en gastos, y cuando se hace un gasto de dinero, los gastos de dinero colócanse en el número uno entre las cargas.

-Sí, sí -dijo Fouquet, que empezaba a comprender las intenciones de Aramis.

Vanel quedó mudo, había comprendido también.

Aramis advirtió aquella frialdad y aquella reserva.

"Bueno: mal gesto -dijo entre sí-; te haces el discreto hasta que conozcas la cantidad; pero no temas, que voy a echarte tal carretada de escudos, que no podrás menos de capitular."

-Ofrezco, por consiguiente, en el acto, al señor Vanel, cien mil escudos -dijo Fouquet, arrastrado por su generosidad.

La cantidad era bellísima. Hasta un príncipe se habría contentado con semejante indemnización. Cien mil escudos en aquella época constituían el dote de una hija de rey. Vanel no pestañeó siquiera.

"Es un pillo -pensó el obispo-; quiere las quinientas mil libras redondas."

E hizo una seña a Fouquet.

-Parece que habéis gastado más que eso, querido señor Vanel -dijo el superintendente-.

¡Oh! El dinero es lo de menos; sí, habréis hecho un sacrificio vendiendo esas tierras. ¿Dónde tendría yo la cabeza? Voy a firmaros una libranza por quinientas mil libras, y aún os quedaré sumamente agradecido.

Vanel no dejó entrever ningún vislumbre de alegría o de deseo. Su fisonomía permaneció impassible, y no movió ni siquiera un solo músculo de su rostro.

Aramis envió a Fouquet una mirada de desesperación, y luego, acercándose a Vanel, lo cogió por lo alto de la ropilla con el gesto familiar a los hombres de gran importancia.

-Señor Vanel -díjole-, no es la incomodidad ni el empleo del dinero, ni la venta de vuestras tierras lo que os ocupa; es otra idea más importante. Lo comprendo. Notad bien lo que os digo.

-Sí, monseñor.

Y el desventurado empezó a temblar, devorado por el fuego de los ojos del prelado.

-Os ofrezco, por tanto, yo, en nombre del superintendente, no trescientas mil libras, no quinientas mil libras, sino un millón. Un millón, ¿oís?

Y le sacudió nerviosamente. -¡Un millón! -repitió Vanel palideciendo.

-Un millón, o lo que es lo mismo, en los tiempos que corren, sesenta y seis mil libras de renta.

-Vamos, señor -dijo Fouquet-; eso no se rehúsa. Responded, pues, ¿aceptáis?

-Imposible... -murmuró Vanel.

Aramis se mordió los labios, y algo como una nube blanca pasó por su fisonomía.

Detrás de aquella nube adivinábase el rayo. Aramis no soltaba a Vanel.

-Habéis comprado el cargo en un millón quinientas mil libras, ¿no es verdad? Pues bien, se os darán ese millón y quinientas mil libras, y habréis ganado millón y medio con venir a ver al señor Fouquet y apretarle la mano. Honra y provecho a la vez, señor Vanel.

-No puedo -respondió Vanel sordamente.

-¡Bien! -respondió Aramis, que tenía de tal suerte apretada la ropilla, que en el momento de soltarla, tuvo Vanel que dar unos cuantos pasos hacia atrás, empujado por la conmoción-. Claramente vemos ya lo que habéis venido a hacer aquí.

-Sí, claro está que se ve --dijo Fouquet.

-Pero... -dijo Vanel, tratando de superponerse a la debilidad de aquellos dos hombres pundonorosos.

-¡Parece que el tunante levanta la voz! -dijo Aramis en tono de emperador.

-¿El tunante? -replicó Vanel.

-Miserable, quise decir -añadió Aramis recobrando su sangre fría-. Vamos, sacad pronto vuestra escritura de venta, caballero; debéis traerla preparada en cualquier bolsillo, como el asesino oculta su pistola o su puñal bajo la capa. Vanel refunfuñó.

-¡Basta! -gritó Fouquet-. ¡Veamos la escritura!

Vanel registró temblequeando en su bolsillo; sacó de él su cartera, y de la cartera se desprendió un papel, mientras que Vanel presentaba el otro a Fouquet.

Aramis se echó encima del papel caído, cuya letra había reconocido.

-Perdonad, es la minuta de la escritura -dijo Vanel.

-Bien lo veo -replicó Aramis con sonrisa más terrible, que si hubiese sido un latigazo-; y lo que más me sorprende es que esa minuta esté escrita de puño y letra del señor Colbert. Mirad, monseñor, mirad.

Y entregó la minuta a Fouquet, quien se convenció de la verdad del hecho. Aquel escrito, lleno de tachones, de palabras adicionadas con las márgenes ennegrecidas, aquel escrito, testimonio contundente de la trama de Colbert, acababa de revelarlo todo a la víctima.

-¿Y qué hacemos? -murmuró Fouquet.

Vanel, aterrado, parecía buscar un agujero para sumirse en él.

-Si no os llamaseis Fouquet -dijo Aramis-, y si vuestro enemigo no se llamase Colbert; si no tuvieseis que habéros las más que con este infame ladrón, os diría: negad... una prueba tal destruye toda palabra; pero esas gentes creerían que teníais miedo, y os temerían menos. Tomad, monseñor.

Y le presentó la pluma. Fouquet apretó la mano a Aramis, mas, en vez de la escritura que le presentaban, cogió la minuta.

-No; ese papel no -dijo vivamente Aramis-: éste. El otro es demasiado precioso para que no le guardéis.

-¡Oh! No -dijo Fouquet-; firmaré en la minuta misma del señor Colbert, y escribiré: "aprobada la escritura".

Luego firmó.

-Tomad, señor Vanel -dijo. Vanel cogió el documento, dio su dinero, y trató de escapar.

-¡Un momento! -dijo Aramis-. ¿Estás bien cierto de que viene todo el dinero? Eso se cuenta; sobre todo cuando es dinero que el señor Colbert da a las mujeres. ¡oh, no es tan bondadoso como el señor Fouquet, el digno señor Colbert.

Y Aramis, deletreando cada sílaba de la libranza, destiló toda su cólera y todo su desprecio gota a gota sobre el miserable, que sufrió medio cuarto de hora de suplicio. Luego le despidió, no con palabras, sino con un gesto, como se despide a un palurdo o se echa a un lacayo.

Luego que partió Vanel, el ministro y el prelado, mirándose fijamente uno a otro, permanecieron en silencio por un momento.

-Vamos -dijo Aramis, rompiendo el silencio- ¿a qué puede compararse un hombre que teniendo que combatir a un enemigo pertrechado, armado y furioso, se entrega desnudo, arroja sus armas y envía graciosas sonrisas a su enemigo? La buena fe, señor Fouquet, es

un arma de que se sirven con frecuencia los malvados contra los hombres honrados, y con muy buen éxito. Los hombres honrados deberían servirse igualmente de la mala fe contra los bribones. Ya veríais cómo entonces serían fuertes sin dejar de ser honrados.

-Diríase que sus actos eran acciones de pillos -replicó Fouquet.

-No lo creáis; se llamaría a eso la coquetería de la probidad; en fin, supuesto que ya habéis terminado con ese Vanel; puesto que os habéis privado del placer de con fundirle negándole vuestra palabra; puesto que habéis dado contra vos mismo la única arma que puede perderos...

-¡Ay, amigo mío -exclamó Fouquet con tristeza-; hacéis ni más ni menos lo que el preceptor filósofo de que nos hablaba La Fontaine el otro día, el cual se hallaba viendo a un niño que se ahogaba, y le dirigió un discurso en tres puntos.

Aramis sonrió.

-Sabio preceptor, niño que se ahoga, todo eso está bien; pero niño que se salvará, ya lo veréis. Vamos ahora a hablar de negocios.

Fouquet miróle con aire de sorpresa.

-¿No me hablasteis hace días de cierto proyecto de dar una fiesta en Vaux?

-¡Ay! -dijo Fouquet-. Eso era en mejores tiempos.

-¿Una fiesta a la que creo se había convidado el rey a sí mismo?

-No, mi amado prelado, una fiesta a la que el señor Colbert aconsejó al rey que se convidara.

-¡Ah, sí! Contando con que la fiesta sería demasiado costosa para que quedarais arruinado.

-Así es. En mejores tiempos, como os decía, poco ha, tenía el orgullo de mostrar a mis enemigos la fecundidad de mis recursos, de asustarlos creando millones donde ellos no veían más que bancarrotas posibles. Mas, hoy, cuento con el Estado, con el rey, conmigo mis-

mo; hoy voy a ser ya el hombre de la tacañería; verá el mundo que manejo las rentas del Estado como si fueran sacos de doblones, y, desde mañana, mis trenes serán vendidos, mis casas embargadas, mis gastos reducidos. . .

-Desde mañana -interrumpió Aramis tranquilamente-, vais, querido, a ocuparos sin descanso de esa hermosa fiesta de Vaux, que habrá de ser citada algún día entre las heroicas magnificencias de vuestros buenos tiempos.

-Estáis loco, caballero de Herblay.

-¿Yo? No hay tal cosa.

-¿Pero sabéis lo que puede costar una fiesta, por humilde que sea, en Vaux? ... De cuatro a cinco millones.

-No os hablo de una fiesta sencilla, mi querido superintendente.

-Dándose la fiesta al rey -repuso Fouquet, que no comprendía el pensamiento de Aramis-, no puede ser sencilla.

-Así es; por eso tiene que ser de la mayor grandeza.

-Entonces me costará de diez a doce millones.

-Aun cuando os cueste veinte, si es necesario -dijo Aramis con la mayor calma.

-¿Y de dónde los he de sacar? -exclamó Fouquet.

-Eso es cuenta mía, señor superintendente, y no tengáis el menor recelo. Tendréis el dinero a vuestra disposición antes de que hayáis arreglado el plan de vuestra fiesta.

-¡Caballero, caballero! -exclamó Fouquet como poseído de un vértigo-. ¿Adónde queréis llevarme?

-Al otro lado del abismo en que íbais a caer -replicó el prelado de Vannes-. Agarraos a mi capa, y no tengáis miedo.

-¿Por qué no me habéis dicho eso antes, Aramis? Hubo un día en que con un millón me habríais salvado.

-Mientras que hoy... Mientras que hoy tendré que dar veinte -dijo el prelado-. ¡Pues

bien, sea! ... Pero la razón es clara, amigo mío: el día de que me habláis no tenía yo a mi disposición el millón que se necesitaba, y hoy puedo proporcionar fácilmente los veinte millones que hacen falta.

-¡El Cielo os oiga y me salve! Aramis se sonrió de la manera particular que acostumbraba.

-El Cielo me oye siempre -dijo-, y quizá depende de que le suelo hablar muy alto.

-Me entrego a vos sin reserva -balbuceó Fouquet.

-Al contrario, yo sí que soy vuestro sin reserva. Por eso vos, que tenéis tanta elegancia, ingenio y delicadeza, arreglaréis la fiesta hasta en sus menores detalles... únicamente...

-¿Qué? -dijo Fouquet como hombre diestro en conocer el valor de los paréntesis.

-Al dejaros toda la invención de los pormenores, me reservo la inspección de la ejecución.

-Explicaos.

-Quiero decir que ese día haréis de mí un mayordomo, un intendente superior; una especie de factótum que participe de capitán de guardias y de la economía; haré andar a la gente y guardaré las llaves de las puertas; vos daréis vuestras órdenes, sí, pero las daréis a mí; pasarán por mi boca para llegar a su destino. ¿Comprendéis?

-No, no comprendo nada.

-Pero, ¿aceptáis?

-¡Diantre! Sí, amigo mío.

-Es cuanto se necesita. Gracias, pues, y extended vuestra lista de convidados.

-¿Y a quién invitar?

-¡A todo el mundo!

LVI

DONDE CREE EL AUTOR QUE YA ES
HORA DE HABLAR NUEVAMENTE
DEL VIZCONDE DE BRAGELONNE

El lector ha visto desarrollarse paralelamente en esta historia las aventuras de la generación nueva y las de la generación pasada. Para éstos el reflejo de la gloria de otra época, la experiencia de las cosas dolorosas de este mundo. Para éstos también la paz que se apodera del corazón, y permite a la sangre adormecerse alrededor de las cicatrices que fueron terribles heridas.

Para aquéllos los combates de propia estimación y de amor; los pesares amargos y los goces inefables: la vida en vez de la memoria. Si en los episodios de este relato ha encontrado el lector alguna variedad, la causa debe atribuirse a los fecundos matices que brotan de esa doble paleta, donde se hallan pareados y mezclados dos cuadros armonizando el tono severo y el tono risueño.

La quietud de las emociones del uno se encuentra en el seno de las emociones del otro. Después de razonar con los viejos, gusta delirar con los jóvenes.

Así es que, aunque los hilos de esta historia no anudaran muy fuertemente el capítulo que escribimos al que acabamos de escribir, no nos dan a más cuidado que el que le daba a Ruisdael el pintar un celaje de otoño después de terminar otro de primavera.

Invitamos al lector a que haga otro tanto y a seguir a Raúl de Bragelonne en el punto que le hemos dejado.

Asustado, o mejor, falto de razón y de voluntad, sin tomar partido alguno, huyó después de la escena cuyo final había presenciado en la habitación de La Vallière. El rey, Montalais, Luisa, aquel cuarto, aquella rara conclusión, aquel dolor de Luisa, aquel espanto de Montalais, aquella cólera del rey, todo le presagiaba una desgracia. ¿Pero cuál?

De regreso de Londres porque le anunciaban un peligro, hallaba al primer golpe la apariencia de ese peligro. ¿No es eso ya demasiado para un amante? Lo era, pero no para un

corazón noble, orgulloso de hacer gala de una rectitud igual a la suya.

Raúl no intentó buscar explicaciones adonde van a buscarla siempre los amantes celosos o menos tímidos. No fue a decir a su amada: "Luisa, ¿ya no me amáis? Luisa, ¿amáis a otro?" Raúl, lleno de valor y de amistad, como lo estaba de amor; escrupuloso observador de su palabra, y creyendo en la palabra de otro, pensó: "Guiche me ha escrito para avisarme; Guiche sabe algo; voy a preguntar a Guiche lo que sepa, y a referirle lo que he visto."

El trayecto no era largo. Trasladado Guiche hacía dos días desde Fontainebleau a París, principiaba a reponerse de su herida, y daba algunos paseos por su cuarto.

El conde exhaló un grito de júbilo al ver entrar a Raúl con su fuego de amistad.

Raúl dejó escapar un grito de dolor al ver a Guiche tan flaco y triste. Dos palabras y el ademán que hizo el herido para apartar el bra-

zo de Raúl, bastaron a éste para adivinar la verdad.

-Ahí tenéis -dijo Raúl poniéndose al lado de su amigo-; amar es morir.

-No -replicó Guiche-; no es morir, puesto que estoy en pie y os estrecho en mis brazos.

-¡Oh, yo me entiendo!

-Y yo también os entiendo. ¿Creéis que soy desgraciado, Raúl?

-¡Ay!

-No; soy el más dichoso de los hombres. Mi cuerpo, es verdad que sufre, pero no mi corazón ni mi alma. ¡Si supieseis! ... ¡Oh! ¡Soy el más feliz de los hombres!

-¡Oh, tanto mejor! -contestó Raúl-. Tanto mejor, con tal que eso dure.

-Eso acabó; tengo ya para toda mi vida, Raúl.

-Vos, lo creo; mas ella... -Escuchad, querido, la amo ... porque... Pero no me escucháis.

-Perdón.

-¿Estáis preocupado?

-Sí. Por vuestra salud, primero.

-No es eso.

-Querido, no creo que tengáis necesidad de interrogarme vos.

Y acentuó aquel vos de modo que pudiese ilustrar a su amigo sobre la naturaleza del mal y la dificultad del remedio.

-¿Me decís eso por lo que os he escrito?

-Sí; ¿deseáis que hablemos de ello después que hayáis terminado de manifestarme vuestras satisfacciones y vuestras penas?

-Querido amigo, ahora mismo, antes que todo.

-Gracias ... Tengo una impaciencia que me consume,... He llegado en menos tiempo que el que emplean los correos ordinariamente. Decidme, ¿qué queríais?

-Nada más que haceros venir, amigo.

-Pues ya estoy aquí.

-Está bien, entonces.

-Supongo que habrá algo más.

-No, a fe mía.

-¡Guiche!

-¡Por mi honor!

-No me habríais arrancado violentamente a la esperanza; no me habríais expuesto a la desgracia del rey con este regreso, que es una infracción de sus órdenes; no habríais infiltrado los celos en mi alma, si no hubieseis tenido que decirme algo más que: "Está bien, dormid tranquilo tilo."

-Yo no os digo: "dormid tranquilo", Raúl; pero, comprendedme bien, no quiero ni puedo deciros otra cosa.

-¡Oh amigo mío! ¿Por quién me tomáis?

-¿Cómo?

-Si sabéis algo, ¿por qué me lo ocultáis? Y si nada sabéis, ¿por qué me habéis avisado?

-Es verdad, hice mal. ¡Oh, bien me pesa, Raúl! Poco cuesta escribir a un amigo: venid. Mas tener a ese amigo enfrente, verle estremerse con la esperanza de una palabra que no se atreve uno a pronunciar...

-¡Pronunciadla! ¡Tengo corazón, si a vos os falta! -exclamó Raúl desesperado.

-¡Cuán injusto sois, y cómo olvidáis que estáis hablando con un pobre herido, que es la mitad de . vuestro corazón! Tranquilizaos. Yo os he dicho: "Venid." Vos habéis venido, y ahora os ruego que no preguntéis más a vuestro desventurado Guiche.

-Me habéis dicho que venga con la esperanza de que yo vería por mi mismo, ¿no es cierto?

-Pero...

-¡No titubeéis! ... He visto.

-¡Ah! -murmuró. Guiche.

-O a lo menos, he creído.. .

-Ya veis que abrigáis dudas. Y si vos dudáis, mi buen amigo, ¿qué me queda que hacer?

-He visto a La Vallière turbada... a Montalais asustada ... al rey...

-¿Al rey?

-Sí... Volvéis la cabeza... Ahí está el peligro, el mal: el rey es, ¿no es así?

-Nada digo.

-¡Oh! ¡Decís mil y mil veces más! ¡Hechos, por favor, por caridad, hechos! ¡Amigo mío, mi único amigo, hablad! Tengo el corazón traspasado, vertiendo sangre, y la desesperación me mata.

-Si así es, amigo Raúl -replicó Guiche-, me animáis a hablar, en la persuasión de que os diré cosas consoladoras en comparación de la desesperación que veo pintada en vuestro rostro.

-¡Ya os escucho!

-Pues bien -repuso el conde de Guiche-; puedo deciros lo que oiríais a cualquiera a quien preguntárais.

-¡A cualquiera! -exclamó Raúl-. ¿Pues qué, tanto se habla?

-Antes de decir eso, amigo mío, procurad saber primero de lo que pueden hablar. Os

juro que no se trata de cosa alguna que en el fondo no sea muy inocente: quizá un paseo

-¡Ah! ¿Un paseo con el rey?

-Sí, con el rey; pero me parece que el rey ha paseado ya muchas veces con damas, sin que por eso...

-Repito que no me hubiérais escrito si ese paseo no hubiese tenido algo extraño.

-Conozco que durante la tempestad habría sido mejor para el rey buscar un abrigo que permanecer de pie con la cabeza descubierta en presencia de La Vallière... pero...

-¿Pero qué?

-¡El rey es tan cortés!

-¡Oh! ¡Guiche, Guiche, me estáis matando!

-Pues callaré.

-No, continuad. ¿Ha habido otros paseos después de ése?

-No... es decir, sí; la aventura de la encina. . . pero no sé a punto fijo lo que ocurrió.

Raúl se levantó, y Guiche trató de hacer lo mismo, a pesar de su debilidad.

-Ya lo veis -dijo-; no añadiré ni una palabra más; quizá haya dicho demasiado, o demasiado poco. Otros os informarán, si pueden y quieren: mi deber era avisaros, y lo he hecho. Ahora, cuidado de vuestros negocios vos mismo.

-¿Preguntar? ¡Ay! no sois amigo mío cuando me habláis de ese: modo -dijo el joven, desolado. El primero a quien pregunte será tal vez un malvado o un necio; si lo primero, me mentirá para atormentarme; si lo segundo, peor aún.. ¡Ay, Guiche! Antes de dos horas habré tropezado con diez mentiras y diez duelos. ¡Salvadme! ¿No es mejor que sepa uno su mal?

-¡Pero si no sé nada, os digo? Yo estaba herido, con fiebre, sin conocimiento, y no tengo más que una idea vaga de todo eso. ¿Pera a qué andamos titubeando cuando tenemos ahí al hombre que necesitáis? ¿No sois amigo del señor de Artagnan?

-¡Oh! ¡Es verdad, es verdad!

-Pues avistaos con él. Sabrá daros luz, y no buscará el herir vuestros ojos.

Un lacayo entró.

-¿Qué hay? -preguntó Guiche.

-Una persona aguarda al señor conde en el gabinete de las Porcelanas.

-Bien. Con vuestro permiso, querido Raúl. ¡Desde que ando, me siento tan animoso!

-Os ofrecería mi brazo, Guiche, si no adivinara que la persona es una mujer.

-Creo que sí -replicó Guiche sonriendo.

Y separóse de Raúl.

Este permaneció inmóvil, absorto, abrumado, como el minero sobre quien se desploma una bóveda, el cual, viéndose herido y vertiendo sangre, siente interrumpírsele el pensamiento e intenta recobrase y salvar su vida con su razón. Algunos minutos bastaron a Raúl para disipar el deslumbramiento de aquellas dos revelaciones. Había ya reanudado el hilo de sus ideas, cuando, súbitamente, a través de la

puerta, creyó reconocer la voz de Montalais en el gabinete de las Porcelanas.

-¡Ella! -exclamó-. Sí, es su voz. Esa mujer podrá decirme la verdad; pero, ¿la interrogaré aquí? Procura recatarse de mí; sin duda viene de parte de Madame. La veré en su habitación. Ella me explicará su espanto, su huida, los torpes manejos con que me han suplantado; ella me dirá todo eso... Luego que el señor de Artagnan, que lo sabe todo, me haya fortalecido el corazón. Madame... una coqueta... Sí, pero coqueta que ama en sus buenos momentos; coqueta que, como la muerte o la vida, tiene sus caprichos, pero que hace declarar a Guiche que es el más feliz de los hombres. Este, a lo menos, camina sobre rosas. ¡Vamos! Marchóse el joven de casa del conde, y fue a la de Artagnan, echándose en cara por el camino el no haber hablado a Guiche más que de sí propio.

BRAGELONNE CONTINUA SUS INTERROGACIONES

El capitán se hallaba de servicio; cumplía su semana, hundido en el sillón de cuero, la espuela hincada en el entarimado, la espada entre las piernas, leyendo una porción de cartas y retorciéndose el bigote.

Artagnan lanzó un gruñido de alegría al ver al hijo de su amigo.

-¡Raúl, hijo querido! -le dijo-. ¿Por qué casualidad te ha llamado el rey?

Estas palabras sonaron mal al oído del joven, que, sentándose, replicó:

-A fe que no lo sé. Lo que sé es que he venido.

-¡Hum! -dijo Artagnan doblando las cartas con una mirada llena de intención dirigida a su interlocutor-. ¿Qué estás diciendo, muchacho? ¿Que el rey no te ha llamado, y, sin embargo, has vuelto? No entiendo bien eso.

Raúl palideció, y no hacía más que dar vueltas a su sombrero con aire cortado.

-¿Qué diablo de rostro es ése que pones y a qué viene la conversación fúnebre que traes? -exclamó el capitán-. ¿Es que en Inglaterra se adquieren esas maneras? ¡Diantre! También he estado yo allí, y he vuelto alegre como un pinzón. ¿Hablarás?

-Tengo mucho que decir.

-Vamos, bien. ¿Cómo se halla tu padre?

-Perdonad, querido amigo; eso mismo os iba a preguntar. Artagnan aumentó la intención de su mirada, a la que ningún secreto resistía.

-¿Tienes penas? -dijo. -¡Caramba! Bien lo sabéis, señor de Artagnan.

-¿Yo?

-Sí, por cierto; no os hagáis de nuevas.

-No me hago de nuevas, amigo.

-Querido capitán, sé muy bien que me vencéis, tanto en talento como en fuerza. En este momento, ya lo veis, soy un tonto, nada.

No tengo entendimiento ni brazo; no me despreciéis, ayudadme. En fin, soy el más miserable de los seres vivientes.

-¡Oh, oh! ¿Y por qué? -preguntó Artagnan desabrochándose el cinturón y dulcificando su sonrisa.

-Porque la señorita de La Vallière me engaña.

Artagnan no cambió de fisonomía.

-¡Te engaña!... ¡Esas son palabras mayores! ¿Quién te las ha dicho?

-Todo el mundo.

-¡Ah! Si todo el mundo lo ha dicho, necesario es que haya algo de verdad. Pero yo creo en el fuego cuando veo el humo. Esto es ridículo, pero así es.

-¡Según eso creéis! -exclamó vivamente Bragelonne.

-¡Ah! Si me coges por tu cuenta...

-De eso trato.

-Yo jamás me mezclo en esos asuntos; ya lo sabes.

-¡Cómo! ¡Con un amigo, con un hijo!

-Precisamente por eso; si fueses un extraño, te diría... no te diría nada

- ¿Cómo se halla Porthos, lo sabes?

-¡Señor -exclamó Raúl, estrechando la mano de Artagnan-, en nombre de la amistad que profesáis a mi padre! . . .

-¡Diablo! Estáis muy enfermo... de curiosidad.

-No de curiosidad, sino de amor.

-¡Bueno! Otra gran frase. Si estuvieses realmente enamorado, mi querido Raúl, sería ya otra cosa.

-¿Qué queréis decir?

-Digo, que si estuviereis poseído de un amor tan serio que me hiciese creer que podía dirigirme a tu corazón... Mas no es posible.

-Os digo que amo desatinadamente a Luisa.

Artagnan leyó con sus ojos en el fondo del corazón d de Raúl.

-Imposible, repito... Tú eres como todos los jóvenes, y no estás enamorado, sino loco.

-Bien; y aun cuando eso fuese...

-Nunca hombre cuerdo ha logrado volver el juicio a un cerebro que lo haya perdido. En mil ocasiones de mi vida he visto estrellarse mis esfuerzos ante tal empresa. Me escucharías, y no me oirías; me oirías, y no me entenderías; me entenderías, y no me obedecerías.

-¡Oh! Probad a ver.

-Todavía digo más: si fuese bastante desventurado para saber alguna cosa, y bastante necio para comunicártela... ¿Dices que eres mi amigo, no es cierto?

-¡Oh, sí!

-Pues bien, me malquistaría contigo, porque no me perdonarías el haber destruido tu ilusión, según se dice en amor.

-¡Señor de Artagnan, todo lo sabéis, y me dejáis en la ansiedad, en la desesperación, en la muerte! ¡Eso es horrible!

-¡Hola!

-Bien sabéis que nunca acostumbro a gritar. Pero como mi padre y Dios no me perdonarían jamás que me saltase la tapa de los sesos de un pistoletazo, voy a hacerme contar por el primero a quien encuentre a mano lo que os negáis a decirme: 1e daré un mentís.

-Y le matarás. ¡Buen negocio!

-¡Tanto mejor! ¿A mí qué se me importa? Anda, hijo; mata, si encuentras placer en ello. Lo mismo me sucede contigo que con los que sufren dolor de muelas. Cuando éstos me dicen: "¡Cuánto sufro; de buena gana mordería hierro!", yo les contesto: "Pues mordered, amigos, mordered, que el diente allí quedará."

-Es que no mataré, señor -replicó Raul; con aire sombrío.

-¡Oh, sí! Ahora está en moda ese estribillo: te harás matar, ¿no es cierto? ¡Vaya una linda salida! ¡Y por cierto que te echaré mucho de menos! Es bien seguro que no dejaré de decir en todo el día: ¡Buen necio era el joven Bragelonne! ¡Bestia por los cuatro costados! Des-

pués de haberme esforzado en enseñarle a llevar convenientemente una espada, ese necio ha ido a dejarse ensartar como un ave." Anda; Raúl, ve a hacerte matar, amigo mío. No sé quién te habrá enseñado la lógica; pero, ¡Dios me perdone! (como dicen los ingleses), sea quien sea, no ha hecho más que robar el dinero a tu padre.

Raúl, silencioso, dejó caer la cabeza entre las manos, y murmuró:

-¡No hay amigos, no!

-¡Bah! -dijo Artagnan.

No hay más que burlones o indiferentes.

-¡Chilindrinas! No soy burlón, por muy gascón que sea. En cuanto a indiferente, si lo fuese, hace ya un cuarto de hora que te habría enviado a todos los diablos; porque eres capaz de poner triste al hombre más jovial del mundo, y de matar al triste. ¿Pues qué, joven, quieres que vaya ahora a malquistarte con tu adorado tormento, y a execrar a las mujeres, que son el honor y la dicha de la vida humana?

-¡Señor, hablad, hablad, y os bendeciré!

-Pero, amigo, ¿crees que haya ido a meterme en la cabeza todas esas aventuras del carpintero y del pintor, de la escalera y del retrato, y cien mil cuentos más capaces de hacer dormir a un hombre de pie?

-¡Un carpintero! ¿Qué significa ese carpintero?

-No lo sé, a fe mía; he oído que ha habido de por medio un carpintero que ha taladrado un suelo.

-En el cuarta de La Vallière?

-No sé dónde.

-¿En el del rey?

-¡Bueno! Si fuese en la habitación del rey, ahora te lo iba a decir, ¿no es verdad?

-¿En el cuarto de quién, entonces?

-Llevo una hora repitiéndote que lo ignoro.

-Pero, entonces, el pintor... y ese retrato .

..

-Parece que el rey ha mandado hacer el retrato de una dama de la Corte.

-¿De La Vallière?

-¡Siempre con el mismo nombre en la boca! ¿Quién te habla de La Vallière?

-Pues si no es ella, ¿cómo queréis que eso tenga para mí importancia alguna?

-Yo no afirmo que tenga o no importancia para ti. Pero me preguntas, y yo te respondo. Quieres saber la crónica escandalosa, y te doy cuenta de ella. Ahora, aprovéchate.

Raúl dióse una palmada de desesperación en la frente.

-¡Esto es para morir! -dijo.

-Ya lo has dicho.

-Sí, es verdad.

Y dio un paso para alejarse.

-¿Adónde vas? -dijo Artagnan. -A buscar a alguien que me diga la verdad.

-¿A quién?

-A una mujer.

-A la misma señorita de La Vallière, ¿no es así? -dijo Artagnan con una sonrisa-. ¡Famosa idea es ésa! Buscabas quien te consolase, y vas a serlo inmediatamente. Lo que es ella, no te hablará mal de sí propia: anda.

-Os engañáis, señor -replicó Raúl-; la mujer a quien pienso dirigirme me dirá mucho malo.

-Apuesto a que es Montalais.

-Sí, Montalais.

-¡Ah, su amiga! ¡Una mujer que, por esa misma razón, exagerará con pasión el bien o el mal! No hables a Montalais, mi buen Raúl.

-No es ésa la razón que os mueve a alejarme de Montalais.

-Pues bien, lo confieso. Y, en verdad, ¿por qué he de jugar contigo como el gato con un ratón? Me das pena, de veras. Si deseo que, en este momento, no hables a Montalais, es porque vas a entregar tu secreto y abusarán de él. Espera, si puedes.

-No puedo.

-¡Tanto peor! Mira, Raúl, si se me ocurriese alguna idea . . . Mas el caso es que no se me ocurre . . .

-Prometeme tener compasión, amigo mío, y eso me basta; por lo demás, dejadme salir del paso por mí solo.

-¡Ah, bien! ¿Que te deje en el pantano? Corriente; siéntate a esa mesa, y coge la pluma.

-¿Para qué?

-Para escribir a Montalais, y solicitarle una entrevista.

-¡Ah! -dijo Raúl abalanzándose a la pluma que le alargaba el capitán.

En aquel instante se abrió la puerta, y acercándose un mosquetero a Artagnan:

-Mi capitán -le dijo-, ahí está la señorita de Montalais, que desea hablaros.

-¿A mí? -murmuró Artagnan-. Que entre, y veré si es a mí a quien desea hablar.

El astuto capitán olfateaba con acierto.

Montalais, al entrar, vio a Raúl, y exclamó:

-¡Señor! Señor... Perdón, señor de Artagnan.

-Estáis perdonada, señorita -dijo el capitán-; sé que a mi edad, los que me buscan tienen necesidad de mí.

-Buscaba al señor de Bragelonne -dijo Montalais.

-¡Cómo! También yo os buscaba. Raúl, ¿no queríais ir con la señorita?

-Lo deseaba ardientemente.

-Pues andad.

Y empujó dulcemente a Raúl fuera del gabinete. Luego, tomando la mano a Montalais:

-Sed buena -le dijo en voz baja-: mirad por él y por ella.

-¡Ay! replicó la joven con el mismo tono-. No soy yo quien le ha de hablar.

-¿Pues cómo?

-Es Madame quien le hace buscar.

-¡Ah, bien! -exclamó Artagnan-. ¡Es Madame! . . . Antes de una hora, el pobre mozo quedará curado.

-¡O muerto! -repuso Montalais con compasión-. ¡Adiós, señor de Artagnan!

Y corrió a reunirse con Raúl, que la esperaba lejos de la puerta, muy inquieto e intrigado por aquel diálogo que nada bueno presagiaba.

LVIII

DOS QUE SIENTEN CELOS

Los amantes son tiernos para todo lo que concierne a la bien amada. Apenas vio Raúl cerca de sí a Montalais, se apresuró a besarle la mano con ardor.

-¡Ay! -dijo tristemente la joven-. Colocáis muy al aire vuestros besos, mi amado caballero Raúl; os garantizo que no os producirán interés.

-¿Qué queréis decir?... ¿Me lo explicaréis, querida Aura?

-Madame os lo explicará todo. Tengo encargo de conducirlos a su habitación.

-¡Pues qué! ...

-Silencio, y no echéis esas miradas. Aquí las ventanas ven, y las paredes oyen. Hacedme el obsequio de no mirarme y de hablarme en voz alta de la lluvia, del buen tiempo y de las diversiones de Inglaterra.

-Pero ...

-¡Ah! ... Os aviso que en alguna parte, no sé dónde, debe estar Madame con los ojos abiertos y el oído alerta. Ya comprenderéis que no es cosa de querer yo que me despidan o me recluyan en la Bastilla. Hablemos, pues, o mejor, no hablemos.

Raúl apretó los puños, aceleró el paso, y tomó el aire de un hombre de valor, pero que marcha al suplicio.

Montalais, ojo alerta, ligero el paso y volviendo la cabeza en todas direcciones, le precedía.

Raúl fue introducido inmediatamente en el gabinete de Madame. "¡Vamos! -pensó-. Al fin se pasará el día de hoy sin llegar a saber nada. Guiche ha tenido demasiada compasión conmigo; se ha puesto de acuerdo con Madame, y los dos, por medio de una conspiración amistosa, alejarán la solución del problema. ¡Que falta me hace aquí un buen enemigo! ... Esa serpiente de Wardes, por ejemplo. Cierto es que mordería, pero al menos saldría yo de dudas... Dudar. . . dudar... ¡Más vale morir!"

Raúl estaba delante de Madame. Enriqueta, más encantadora que nunca, se hallaba medio recostada en un sillón, con sus lindos pies en un almohadón de terciopelo bordado; jugueteaba con un gatito de fino pelo, que le mordía los dedos y le arañaba las blondas de su cuello.

Madame meditaba; meditaba profundamente; de suerte que fue preciso la voz de Montalais y la de Raúl para sacarla de su ensimismamiento.

-¿Vuestra Alteza me ha hecho llamar? -
repetía de nuevo Raúl. Madame sacudió la cabeza, como si despertara.

-Buenos días, señor de Bragelonne -dijo;
sí, os he hecho llamar.

-Conque ¿habéis llegado de Inglaterra?

-Para servir a Vuestra Alteza Real.

-¡Gracias! Déjanos, Montalais. Montalais
salió.

-Podréis concederme algunos minutos,
¿no es cierto, señor de Bragelonne?

-Toda mi vida pertenece a Vuestra Alteza Real -replicó cortésmente Raúl, que adivinaba algo sombrío a través de toda aquella cortesía de Madame, y encontraba cierto atractivo en ello, persuadido de que había alguna afinidad entre los sentimientos de Madame y los propios.

En efecto, todas las personas inteligentes de la Corte conocían el extraño carácter de la princesa, su caprichosa voluntad y su fantástico despotismo.

Madame se había visto en extremo lisonjeada con los homenajes del rey; Madame había hecho hablar de sí propia e inspirado a la reina esos celos terribles que son el gusano roedor de todas las felicidades femeninas; Madame, en una palabra, a fin de curar su orgullo herido, había abierto su corazón al amor.

Sabemos ya lo que Madame había hecho para que regresase Raúl, alejado por Luis XIV. Raúl no tenía noticia de su carta a Carlos II, pero Artagnan la había adivinado.

¿Quién podría explicar esa incomprendible mezcla de amor y vanidad, esas ternezas inauditas, esas perfidias enormes? Nadie, ni siquiera el ángel malo que enciende la coquetería en el corazón de las mujeres.

-Señor de Bragelonne -dijo la princesa después de una pausa-, ¿habéis vuelto contento?

Bragelonne miró a madame Enriqueta, y, viéndola pálida por lo que ocultaba, por lo que omitía, por lo que ardía en decir:

-¿Contento? -exclamó-. ¿Y de qué queréis que esté contento o descontento, señora?

-¿De qué puede estarlo un hombre de vuestra edad y presencia? "¡De prisa camina! -dijo para sí asustado Raúl-. ¿Qué irá a inspirar en mi corazón?"

Temiendo al propio tiempo lo que iba a saber, y con la idea de retrasar el instante tan deseado como terrible en que, llegara a saberlo todo:

-Señora -dijo-, había dejado a un amigo muy querido en completa salud, y le he encontrado a mi vuelta en mal estado.

-¿Habláis del señor de Guiche? -preguntó madame Henriqueta con tranquilidad imperturbable-: dicen que es amigo a quien queréis mucho.

-Sí, señora.

-Pues bien, ha sido herido; pero ya se encuentra mejor. ¡Oh, el señor de Guiche no es digno de lástima! -dijo la princesa con precipitación.

Pero, recobrándose al punto:

-¿Creéis que sea digno de lástima? -añadió-. ¿Se queja acaso? ¿Tiene algún pesar que no sepamos?

-Sólo hablo de su herida, señora.

-Eso es otra cosa, pues en cuanto a lo demás, el señor de Guiche parece ser muy dichoso, a juzgar al menos por su buen humor. Estoy cierta, señor de Bragelonne, de que preferiríais, como él, una herida en el cuerpo... Porque al fin, ¿qué es una herida en el cuerpo?

Raúl se estremeció.

"Ya vuelve al asunto -pensó-. ¡Ay de mí!"

Y no replicó nada.

-¿Qué decís?

-Nada tengo que decir, señora.

-¿Conque, según eso, no opináis como yo? ¿Os sentís satisfecho? Raúl se acercó un poco más.

-Señora -dijo-, Vuestra Alteza Real desea decirme algo y su generosidad natural le im-

pulsa a dar ciertos rodeos. Dígnese Vuestra Alteza hablar con franqueza. Soy fuerte y escucho.

-¡Ah! -replicó Enriqueta-. ¿Qué habéis comprendido?

-Lo que Vuestra Alteza desea hacerme comprender.

Y Raúl tembló, a pesar suyo, al pronunciar estas palabras.

-En efecto -murmuró la princesa-, es cruel, pero ya que he principiado...

-Sí, señora; ya que Vuestra Alteza se ha dignado principiar, dígnese concluir.

Enriqueta levantóse precipitadamente, y dio algunos pasos por la habitación.

-¿Qué os ha dicho el señor de Guiche? -preguntó súbitamente.

-¡Nada, señora!

-¡Nada! ¿Nada os ha dicho?... ¡Oh, le conozco en eso!

-Sin duda no ha querido lastimarme.

-¡He ahí lo que los amigos llaman amistad! Pero el señor de Artagnan, de quien os acabáis de separar, os habrá dicho algo.

-Lo mismo que el señor de Guiche, señora.

-Por lo menos -dijo la princesa-, sabréis lo que sabe toda la Corte.

-Nada sé, señora.

-¿Ni la escena de la tempestad?

-Ni la escena de la tempestad.

-¿Ni las conferencias en el bosque?

-Ni las conferencias en el bosque.

-¿Ni la escapada de Chaillot?

Raúl, que se doblaba como la flor tronchada por la hoz, hizo un poderoso esfuerzo sobre sí mismo para 'sonreír, y respondió con dulzura:

-Ya he tenido el honor de decir a Vuestra Alteza Real que no sé absolutamente nada. Soy un pobre olvidado que llega de Inglaterra; entre la gente de aquí y yo había olas tan atornadoras, que no ha podido llegar a mis oídos el

rumor de todas esas cosas de que me habla Vuestra Alteza.

Enriqueta se impresionó al ver aquella palidez, aquella mansedumbre, aquel dolor.

El sentimiento dominante de su corazón, en aquel instante, era un vivo deseo de oír en el pobre amante el recuerdo de la que así le hacía sufrir.

-Señor de Bragelonne -dijo-, lo que vuestros amigos no os han querido decir, yo voy a decíroslo, porque os estimo y aprecio. Quiero danos una prueba de que soy vuestra amiga. Hasta ahora, podéis llevar muy alta vuestra frente, como hombre honrado, y no quiero que la tengáis que bajar ante el ridículo, y antes de ocho días ante el desprecio.

-¡Ah! -dijo Raúl palideciendo-. ¿En ese caso estamos?

-Si nada sabéis -dijo la princesa-, veo que adivináis. Erais el novio de la señorita de La Vallière, ¿no es verdad?

-Sí, señora.

-En tal concepto, debo daros un aviso. Como de un día a otro quiero despedir de mi casa a la señorita de La Vallière...

-¡Despedir a La Vallière! -exclamó Bragelonne.

-Sí, ciertamente. ¿Creéis que he de tener siempre miramiento a las lágrimas y a las jere-miadas del rey? No, no; mi casa no servirá mucho más tiempo de lugar apropiado para semejantes usos... Mas, ¿qué es eso? ¡Se os va la cabeza!

-No, señora; perdonad -dijo Bragelonne haciendo un esfuerzo-. Creí que iba a morir, nada más... Vuestra Alteza me hacía el honor de decir que el rey había llorado y suplicado.

-Sí, pero inútilmente.

Y en seguida refirió a Raúl la escena de Chaillet y la desesperación del rey a su regreso; habló de la indulgencia que ella había mostrado, y manifestó la horrible frase con que la princesa ultrajada, la coqueta humillada, había desafiado la cólera real.

Raúl bajó la cabeza.

-¿Qué pensáis de todo eso? - dijo ella.

-¡El rey la ama! -respondió Raúl.

-Pero casi dais a entender que ella no le ama.

-¡Ay! Pienso todavía en el tiempo en que me amó a mí. Enriqueta admiró por un momento aquella incredulidad sublime; luego, encogiéndose de hombros:

-¿No me creéis? -dijo-. ¡Oh! ¡Cuánto la amáis, y cómo dudáis que ella ame al rey!

-Hasta que tenga alguna prueba, perdonad. Tengo su palabra, y ella es noble.

-¿Una prueba?... ¡Pues bien, venid!

LIX

VISITA DOMICILIARIA

La princesa, precediendo a Raúl, lo condujo a través del patio hacia el cuerpo del edificio en que habitaba La Vallière, y, tomando la

escalera que había subido Raúl en aquella misma mañana, se detuvo a la puerta de la habitación donde el joven, a su regreso, había sido tan extrañamente recibido por Montalais.

La ocasión no podía ser más propicia para el proyecto concebido por madame Enriqueta: el palacio

estaba sin gente; el rey, los cortesanos y las damas habían marchado a Saint-Germain; madame Enriqueta, única persona que sabía el regreso de Bragelonne, que veía el partido que de él podía sacar, pretextando una indisposición, se había quedado.

Estaba, por tanto, segura Madame de encontrar sin gente el cuarto de la señorita de La Vallière y el de Saint-Aignan. Sacó una doble llave, y abrió la puerta de su camarista.

Bragelonne lanzó su mirada a aquella habitación, que reconoció al punto, y la impresión que le causó fue uno de los primeros tormentos que le aguardaban.

La princesa le miró, y sus ojos experimentados comprendieron lo que pasaba en el corazón del joven.

-Me habéis pedido pruebas -díjole-, y de consiguiente no debéis extrañar que os las dé. Ahora, si no os creéis con fuerzas suficientes para soportarlas, aún estamos a tiempo de retirarnos.

-Gracias, señora -dijo Bragelonne-; he venido aquí para convencerme, y ya que os habéis dignado prometerme ese convencimiento, tratad de convencerme.

-Pues entrad -dijo Madame-, y cerrad la puerta.

Bragelonne obedeció, y se volvió hacia la princesa, interrogándola con su mirada.

-¿Sabéis dónde os halláis? -preguntó madame Enriqueta. Todo me hace creer, señora, que estoy en la habitación de la señorita de La Vallière.

-Así es, efectivamente.

-Pero, me permitiréis observar que esta habitación es una habitación, no una prueba.

-Esperad.

La princesa se dirigió al pie de la cama, dobló el biombo, e inclinándose hacia el suelo:

-Ea -dijo-; bajaos vos mismo y levantad esa trampa.

-¿Qué trampa? preguntó Raúl sorprendido, porque principiaba a recordar las palabras de Artagnan, y se le figuraba que Artagnan había pronunciado también aquella palabra.

Y Raúl buscó, aunque inútilmente, una hendidura que pudiese indicar la existencia de alguna abertura, o algún anillo que le ayudase a levantar una parte cualquiera del suelo.

-¡Ah! Es cierto -dijo riendo madame Enriqueta-. Me olvidaba del resorte oculto; hay que apretar en la cuarta tabla, en el lugar en que la madera forma un nudo. Esas son las señas: apretad vos mismo, vizconde... así.

Raúl, pálido como la muerte, apoyó el dedo pulgar en el lugar indicado, oprimió el resorte, y la trampa se levantó por sí sola.

-¡Una escalera! -murmuró Raúl.

-Sí, y muy elegante -dijo madame Enriqueta-. Mirad, vizconde, y la escalera tiene un pasamanos destinado a preservar de una caída a las personas delicadas que se atreven a bajarla, lo cual hace que tampoco tenga yo miedo de bajar. Vamos; seguidme, vizconde, seguidme.

-Mas antes de seguiros, señora, ¿adónde conduce esta escalera?

-¡Ah, es verdad! Se me olvidaba decíroslo.

-Ya os escucho, señora -dijo Raúl respirando difícilmente.

-Quizá sabréis que el señor de Saint-Aignan vivía antes pared casi por medio, con el rey.

-Sí, señora; lo sé; así era antes de marcharme, y no pocas veces tuve el honor de visitarle en su antigua habitación.

-Pues bien, obtuvo del rey permiso para cambiar el hermoso cuarto que ya conocéis, por las dos piecitas a que conduce esta escalera, Y que forman una habitación la mitad más pequeña, y diez veces más distante de la del rey, cuya proximidad no suelen desdeñar en general los señores de la Corte.

-Muy bien, señora -replicó Raúl-; pero os suplico que continuéis, porque todavía no comprendo.

-Pues bien, da la casualidad prosiguió la princesa-, de que esta habitación del señor de Saint-Aignan está situada debajo de las de mis doncellas, y, especialmente, debajo de la de La Vallière.

-Pero, ¿qué objeto tienen esta trampa y la escalera?

-¡Qué sé yo! ¿Queréis que bajemos al cuarto del señor de SaintAignan? Tal vez hallaremos allí la explicación del enigma.

Y Madame dio el ejemplo bajando ella misma.

Raúl la siguió suspirando.

Cada escalón que rechinaba bajo los pies de Bragelonne, le hacía avanzar un paso en aquel cuarto misterioso, que encerraba aún los suspiros de La Vallière y los más suaves perfumes de su cuerpo.

Bragelonne reconoció, absorbiendo el aire con sus angustiosas aspiraciones, que la joven había pasado por allí.

Después, tras de aquellas emanaciones, pruebas invisibles, pero ciertas, vinieron las flores que ella amaba, los libros que prefería. Si a Raúl le hubiese quedado la menor duda, la habría visto disipada en aquella secreta armonía de los gustos e inclinaciones del ánimo con el uso de los objetos que acompañan la vida. Bragelonne veía a La Vallière en los muebles, en la elección de las telas, en los reflejos mismos del suelo.

Mudo y anonadado, nada más le quedaba que saber, y no seguía a su implacable

conductora más que como el reo sigue al verdugo.

Madame, cruel como una mujer delicada y nerviosa, no le perdonaba el más mínimo detalle.

Pero, preciso es decirlo, a pesar de la especie de apatía en que Raúl hallábase sumido, ninguno de aquellos detalles se le habría escapado, aunque hubiese estado solo. La dicha de la mujer a quien ama un celoso, cuando esa felicidad proviene de un rival, es para aquél un suplicio. Pero, para un celoso como Raúl, para aquel corazón que por vez primera albergaba hiel, la felicidad de Luisa era una muerte ignominiosa, la muerte del cuerpo y del alma.

Todo lo comprendió: las manos que se habían estrechado, los rostros que se habían mirado juntos a los espejos, especie de juramento tan dulce para los amantes que se ven dos veces para grabar mejor su imagen en sus recuerdos.

Adivinó el beso encubierto por las cortinas de la puerta, y convirtió en febriles dolores la elocuencia de los muebles de descanso, sepultados en su sombra.

Aquel lujo, aquel refinamiento lleno de embriaguez, aquel cuidado minucioso en evitar todo disgusto al objeto amado, o en procurarle una agradable sorpresa; aquel poder del amor aumentado por el poderío regio, hirió a Raúl mortalmente. ¡Ay! Si algo puede templar los punzantes tormentos de los celos, es la inferioridad del hombre preferido, cuando, por el contrario, si puede haber otro infierno en el infierno, otro tormento sin nombre en el idioma, es el poder de un dios, puesto a disposición de un rival con la juventud, la belleza y la gracia. En estos instantes, hasta parece que Dios mismo se conjura contra el amante desdeñado.

Todavía quedaba un último dolor para el infeliz Raúl: madame Enriqueta levantó una cortina de seda, y descubrió el retrato de La Vallière.

No sólo el retrato de La Vallière, sino de La Vallière joven, bella, radiante, aspirando la vida por todos sus poros, por que, a los dieciocho años la vida es el amor.

-¡Luisa! -murmuró Bragelonne-. ¡Luisa! ¿Conque es cierto?... ¡Ay! ¡Jamás me has amado, porque nunca me has mirado así!

Y parecióle que el corazón se le desgarraba en el pecho.

Madame Enriqueta le miraba, envidiando casi aquel dolor, a pesar de que sabía que nada tenía que envidiar, y que era amada por Guiche como La Vallière por Bragelonne.

Raúl sorprendió aquella mirada de madame Enriqueta.

-¡Oh! ¡Perdón! ¡perdón! -dijo-. Conozco que debía ser más dueño de mí en presencia de vos, señora; pero, haga el Cielo que jamás os veáis herida con el golpe que recibo en este momento. Porque sois mujer, e indudablemente no podríais soportar tan cruel dolor. Perdonadme, porque yo no soy más que un desgra-

ciado joven, al paso que vos pertenecéis a la clase de esos afortunados, de esos omnipotentes, de esos elegidos.

-Señor de Bragelonne -contestó Enrique-: un corazón como el vuestro merece los miramientos de un corazón de reina. Soy amiga vuestra, y por eso no he querido que toda vuestra vida esté emponzoñada por la perfidia y mancillada por el ridículo. Yo he sido quien con más valor que todos vuestros supuestos amigos, a excepción del señor de Guiche, os he hecho venir de Londres; yo soy quien os suministro las pruebas dolorosas, pero necesarias, que serán vuestro remedio, si sois amante animoso y no un Amadis llorón. No me deis las gracias; compadecedme a mí misma, y no dejéis por eso de servir bien al rey.

Raúl sonrió con amargura.

-.¡Ah, es verdad! -dijo-. Olvidaba que el rey es mi amo.

-Están interesados en ello vuestra libertad y vuestra vida.

Una mirada clara y penetrante de Raúl dio a conocer a madame Enriqueta que se engañaba, y que su último argumento no era de los que pudiesen conmovier al joven.

-Pensad lo que hacéis, señor de Bragelonne -dijo la princesa-; porque si no meditáis bien vuestras acciones, vais a irritar a un príncipe que en sus arrebatos no conoce los límites de la razón, y a sumergir a vuestros íntimos y a vuestra familia en el más profundo dolor; conformaos, pues: haceos superior a vos mismo, y tratad de curaros.

-Gracias, señora -dijo el joven-; agradezco el consejo que me dais y procuraré seguirlo; pero antes dignaos decirme una cosa.

-Decid.

-¿Sería una indiscreción preguntar cómo habéis descubierto el secreto de esa escalera, esa trampa y ese retrato?

-Del modo más sencillo: para mejor vigilancia, tengo en mi poder otra llave de las habitaciones de mis doncellas. Extrañé mucho que

La Vallière se encerrara con tanta frecuencia; que el señor de Saint-Aignan mudase de habitación; que el rey viniese a ver tan a menudo a Saint-Aignan, aun antes de que éste llegase a poseer toda su amistad; que se hubiesen hecho tantas cosas mientras duró vuestra ausencia; que se hubiesen cambiado, en fin, de una manera tan completa, los hábitos de la Corte. Yo no quiero que el rey se burle de mí, ni servir de capa a sus amores: porque, tras de La Vallière que llora; vendrá Montalais, que ríe, y Tonnay-Charente que canta: semejante papel no es digno de mí. Arranqué, por tanto, los escrúpulos de mi amistad y descubrí el secreto ... Conozco que os estoy lastimando de nuevo; perdonadme. pero tenía que cumplir un deber; lo he cumplido ya avisándoos; de modo que ahora podéis ya ver venir la tempestad, y guareceros.

-Algún objeto debéis proponeros, no obstante -repuso con firmeza Bragelonne-: porque no supondréis que vaya a aceptar, sin des-

pegar mis labios, la vergüenza que han hecho sobre mí, y la traición de que soy víctima.

-Tomaréis en ese punto el partido que mejor os parezca, caballero Raúl. Lo único que os pido es que no descubráis el conducto por donde habéis sabido la verdad. Es el único precio que pongo al servicio que os he prestado.

-Nada temáis, señora -dijo Bragelonne con triste sonrisa.

-Yo he ganado al cerrajero en quien los amantes han tenido que depositar parte de su confianza, y es claro que vos podéis hacer otro tanto, ¿no es verdad?

-Sí, señora. De modo que Vuestra Alteza Real no me da consejo alguno, ni me impone otra reserva que la de no comprometerla.

-Ninguna más.

-Entonces, voy a rogar a Vuestra Alteza que me conceda permanecer aquí un minuto.

-¿Sin mí?

-¡Oh, no señora! Lo que voy a hacer puedo hacerlo en vuestra presencia. Sólo os

pido un minuto para escribir algunas letras a una persona.

-Mirad que es aventurado, señor de Bragelonne.

-Nadie puede saber que Vuestra Alteza me haya conducido aquí, y además firmaré el billete.

-Haced lo que gustéis, señor. Raúl había sacado ya su libro de memorias, y trazado con rapidez estas palabras en una hoja blanca: "Señor conde: No os sorprenda encontrar aquí este papel firmado por mí, antes que un amigo, a quien enviaré muy luego a veros en mi nombre, haya tenido el honor de explicaros el objeto de mi visita. "VIZCONDE RAÚL DE BRAGELONNE." Raúl arrolló el papel, lo metió en la cerradura de la puerta que comunicaba con la habitación de los dos amantes, y, bien seguro de que Saint-Aignan no podía menos de ver el papel al entrar, fue a reunirse con la princesa que estaba ya en lo alto de la escalera.

En seguida se separaron los dos: Raúl aparentando dar las gracias a Su Alteza y Enriqueta compadeciendo o aparentando compadecer de todo corazón al desventurado a quien acababa de condenar a tan terrible tormento.

"¡Oh! -se dijo, viéndole alejarse, pálido y con los ojos inyectados en sangre-. ¡Oh! Si lo hubiera sabido, habría ocultado la verdad a ese desgraciado joven."

LX

EL SISTEMA DE PORTHOS

La multiplicidad de personajes introducidos en esta larga historia hace que cada cual sólo aparezca a su vez y según lo exijan las circunstancias de la narración. De ahí resulta que nuestros lectores no hayan tenido ocasión de volver a encontrarse con nuestro amigos Porthos desde su regreso de Fontainebleau.

Los honores que recibiera del rey no habían cambiado el carácter plácido y afectuoso

del respetable barón; únicamente se advertía que desde que recibió el favor de comer a la mesa del rey, levantaba más la cabeza y ostentaba en su persona ciertos humos de majestad. El comedor de Su Majestad había producido cierto efecto a Porthos. El señor de Bracieux y de Pierrefonds recordaba con placer que, mientras duró aquella memorable comida, los innumerables servidores daban cierto aire de suntuosidad al acto.

Porthos hizo propósito de conferir al señor Mosquetón una dignidad cualquiera, de establecer una jerarquía en el resto de sus sirvientes, y de crearse una cava militar, cosa que no era insólita entre los grandes capitanes, pues ya en el siglo anterior vióse ese loa en Tréville, Schomberg de la Vieuville, sin hablar de los señores de Richelieu, Condé, y Bouillon-Turenne.

¿Por qué causa Porthos, siendo amigo del rey y del señor Fouquet, barón, ingeniero, etc., no había gozado de todas las preeminen-

cias que acompaña a la fortuna y a los altos merecimientos?

Abandonado Porthos en cierto modo de Aramis, que, según sabemos, se ocupaba mucho del señor Fouquet, un tanto descuidado por Artagnan a causa de su servicio, y un si es no es fastidiado de Trüchen y Planchet, nuestro batrón se puso meditabundo; sin saber la causa, pues si cualquiera le hubiera dicho: "¿Echáis de menos alguna cosa, Porthos?". de seguro había respondido: "Sí."

Después de una de esas comidas en que Porthos procuraba acordarse de todos los detalles del real convite, medio alegre a causa del buen vino, y medio triste a causa de las ideas de ambición, íbase dejando sorprender por un grato sueño, cuando su ayuda de cámara vino a anunciarle que el señor de Bragelonne quería hablarle.

Porthos pasó a la pieza próxima y halló a su joven amigo en las disposiciones que ya conocemos.

Raúl se adelantó a estrechar la mano a Porthos, quien, sorprendido de la gravedad de aquél, le ofreció una silla.

-Querido señor Du-Vallon -dijo Raúl-, tengo que suplicaros un favor.

-A tiempo venís, querido -replicó Porthos-. Esta mañana he recibido ocho mil libras de Pierrefonds, y si es dinero lo que necesitáis ...

-No, no es dinero; gracias, mi buen amigo.

-¡Tanto peor! Siempre he oído decir que es servicio que rara vez se hace; pero el más fácil de hacer. Este dicho me ha llamado la atención, y me gusta citar los dichos que me chocan.

-Tenéis un corazón tan bondadoso como sano es vuestro juicio.

-Es favor que me hacéis... Presumo que comeréis bien.

-¡Oh! No tengo apetito.

-¡Eh! ¿Cómo es eso? ¡Qué horrible tierra es Inglaterra!

-No mucho; pero...

-Si no fuese por el sabroso pescado y la exquisita carne que allí hay, sería cosa de no poder vivir. -Sí; venía a deciros...

-Ya os escucho; mas antes permitid que me refresque... En París todo se come salado... ¡Puah!

Y Porthos se hizo traer una botella de vino de Champaña. Después, llenando el vaso de Raúl antes que el suyo, se echó un buen trago, y, sintiéndose satisfecho, continuó:

-Necesitaba esto para oíros sin distraerme. Ahora soy todo vuestro. ¿En qué os puedo servir, amigo Raúl? ¿Qué deseáis?

-Decidme vuestra opinión sobre las discordias, querido amigo.

-¿Mi opinión? Hacedme el obsequio de explicar un poco vuestra idea -replicó Porthos rascándose la frente.

-Quiero decir si sois de buen natural cuando existen altercados entre nuestros amigos y personas extrañas.

-¡Oh! De un natural excelente, como siempre.

-Corriente: ¿pero qué hacéis en ese caso?

-Cuando mis amigos tienen contiendas, sigo un principio.

-¿Cuál?

-Que el tiempo perdido es irreparable, que jamás se arregla mejor un negocio que cuando dura todavía el calor de la disputa.

-¡Ah! ¿De modo que es ése vuestro principio?

-Ni más ni menos. Así es que cuando está trabada la contienda, pongo a las partes en presencia una de otra.

-¡Cómo!

-Ya comprenderéis que así es imposible que no se arregle un negocio.

-Antes creía yo, por el contrario, que un negocio conducido de tal modo no podría...

-No lo creáis. Figuraos que en lo que llevo de vida, habré tenido unos ciento ochenta a ciento noventa duelos en regla, sin contar los encuentros fortuitos.

-No es mal número -dijo Raúl sonriendo a pesar suyo.

-¡Oh, eso no es nada! ¡Es tan dulce mi carácter! Artagnan cuenta los duelos por centenares: cierto que es duro y quisquilloso, cosa que le he dicho muchas veces.

-¿De modo que arregláis así ordinariamente los asuntos que vuestros amigos os confían?

-No hay ejemplo de que haya dejado uno por arreglar -contestó Porthos con manse-dumbre y una confianza tal, que hicieron saltar a Raúl.

-¿Pero los arreglos -preguntó-, supongo que serán honrosos?

-¡Oh! De eso yo respondo; y, con este motivo, voy a explicares mi otro principio. Luego que mi amigo ha puesto su contienda en

mis manos, veréis cómo procedo. Sin perder tiempo, voy a buscar a su adversario, y me presento a él con la cortesanía y la sangre fría que en semejantes casos son de rigor.

-A eso -dijo Raúl tristemente-, es a lo que debéis el arreglar tan bien y con tanta seguridad los negocios.

-Lo creo. Voy, pues, a buscar al enemigo, y le digo: "Señor, es imposible que no conozcáis hasta qué punto habéis ultrajado a mi amigo."

Raúl frunció el ceño.

-A veces, tal vez muchas, mi amigo no ha sido ofendido, o tal vez ha sido el que ofendió primero; pero, de todos modos, ya conoceréis la habilidad de mi modo de plantear la cuestión.

Y Porthos prorrumpió en una carcajada.

"Decididamente -pensó Raúl mientras resonaba el formidable trueno de aquella hilaridad-, decididamente estoy en desgracia. Gui-che se muestra frío, Artagnan se burla de mí,

Porthos es blando: nadie quiere arreglar este asunto a mi manera. ¡Y yo que me había dirigido a Porthos para hallar una espada en vez de un razonamiento! ¡Ah! ¡Que mala suerte!

Porthos se tranquilizó algún tanto, y continuó:

-De ese modo, con una sola palabra hago recaer la culpa en el adversario.

-Eso, según -replicó distraídamente Raúl.

-No, seguro. Hago recaer en él la culpa, y entonces es cuando despliego toda mi cortesía para dar feliz término a mi proyecto. Me adelanto, pues, con rostro afable, y tomándole la mano al adversario...

-¡Oh! -exclamó Raúl, impaciente.

-"Señor -le digo-, ya que estáis convencido de la ofensa, nos creemos seguros de la reparación. Entre mi amigo y vos sólo debe mediar ya un cambio recíproco de acciones de caballero. Por tanto, estoy encargado de traeros la medida de la espada de mi amigo."

-¡Basta! -dijo Raúl. -¡Aguardad!. . . "La medida de la espada de mi amigo. Tengo abajo un caballo; mi amigo está en tal punto, donde aguarda con impaciencia que os dignéis acudir; tomaremos de paso a vuestro padrino, y asunto arreglado..."

-¿Reconciliáis a los dos adversarios sobre el campo? -preguntó Raúl pálido de despecho.

-¡Reconciliar! -dijo Porthos-: ¿y a santo de qué?

-Como decís asunto arreglado...

-Y he dicho bien, puesto que espera mi amigo.

-Bien; pero si vuestro amigo espera...

-Si espera, es por desentumecerse las piernas. El adversario llega, por el contrario, fatigado del caballo: pónense frente a frente, y mi amigo mata a su adversario. Se acabó.

-¡Ah! ¿Le mata? -exclamó Raúl.

-¡Pardiez! -dijo Porthos-. ¿Es que tengo por amigos personas que se dejan matar? Cuen-

to ciento y un amigos, al frente de los cuales se hallan vuestro padre, Aramis y Artagnan, personas todas que gozan de muy buena salud.

-¡Ay, mi querido barón! -murmuró Raúl en un acceso de alegría. Y abrazó a Porthos.

-¿Aprobáis mi sistema? -preguntó el gigante.

-Tanto lo apruebo, que desde este mismo instante quiero ponerme en vuestras manos. Sois el hombre que buscaba.

-¡Bueno! Pues aquí estoy. ¿Queréis batiros?

-Decididamente.

-Es muy natural... ¿Con quién?

-Con el señor de Saint-Aignan.

-Le conozco ... un apuesto mozo, que estuvo muy cortés conmigo el día que tuve el honor de comer con el rey. Sabré corresponder a su urbanidad, aun cuando no fuese esa mi costumbre. ¿Conque os ha ofendido?

-¡Mortalmente!

-¡Diablo! ¿Podré decirle mortalmente?

-Más aún, si queréis.

-Eso es muy cómodo.

-Está el negocio arreglado, ¿no es así? -
dijo Raúl sonriendo.

-Marcha por sí solo ...¿Dónde le aguardáis?

-Perdonad, que el asunto es delicado. El señor de Saint-Aignan es muy amigo del rey.

-Así -he oído decir.

-Y si le mato...

-Le mataréis, sin duda. A vos os toca tomar las precauciones convenientes. Ahora esas cosas no ofrecen gran dificultad. Si hubieseis vivido en nuestros tiempos, sería otra cosa.

-Querido amigo, no me habéis comprendido. Quiero decir que, siendo el señor de Saint-Aignan, muy amigo del rey, no podrá empeñarse el negocio tan fácilmente, en atención a que el rey sabrá de antemano...

-No; ya conocéis mi sistema: "Señor, habéis ofendido a mi amigo, y..."

-Sí, lo sé.

-Y luego: "Señor, el caballo está abajo."
De consiguiente, me lo llevo antes de que pueda hablar con nadie.

-¿Y se dejará llevar así como así?

-¡Diantre! ¡Quisiera ver lo contrario! Sería el primero. Verdad es que los jóvenes de hoy día... ¡Bah! Si se resiste me lo llevo en brazos.

Y, uniendo Porthos la acción a la palabra, levantó a Raúl con silla y todo.

-Muy bien -dijo el joven riendo-. No nos queda más remedio que proponer la cuestión a Saint-Aignan.

-¿Qué cuestión? -La de la ofensa.

-Pues eso ya está hecho, me parece.

-No, mi querido señor Du-Vallon; la costumbre entre nosotros, los jóvenes de hoy día, como nos llamáis, pide que se expliquen las causas de la ofensa.

-Por vuestro nuevo sistema ya lo veo. Pues vamos, ponedme al tanto del asunto.

-Es que...

-¡Ah, caramba! ¡He ahí lo enojoso! Antiguamente, no teníamos necesidad de explicar nada. Se batía uno porque se batía. No encuentro una razón mejor.

-Estáis en lo cierto, amigo mío.

-Escucho vuestros motivos. -Mucho os podría decir; pero, como hay que precisar...

-¡Sí, sí, diantre! Por vuestro nuevo sistema.

-Como hay que precisar, digo; como, por otra parte, el asunto está erizado de dificultades y exige un secreto absoluto ...

-¡Oh, oh!

-Me haréis el obsequio de decir solamente al señor de Saint-Aignan, y ya lo entenderá, que me ha ofendido: primero, mudándose.

-¿Mudándose? Bien -dijo Porthos poniéndose a recapitular con los dedos-. ¿Y luego?

-Luego, haciendo construir una trampa en su nueva habitación.

-Comprendo -dijo Porthos-; una trampa. ¡Pardiez! ¡Es grave! ¿Cómo no habéis de estar furioso con eso? ¡Permitirse mandar hacer trampas sin haberos consultado! ... ¡Diantre! Yo no las tengo sino en mi calabozo de Bracieux.

-Añadiréis -dijo Raúl-, que mi último motivo de queja es el retrato que sabe el señor de Saint-Aignan.

-¡Eh! ¿También un retrato?... ¡Casi nada! ¡Una mudanza, una trampa y un retrato! Díros, amigo mío -añadió Porthos-, que cualquiera de esos motivos es más que suficiente para que se exterminase entre sí toda la nobleza de Francia y de España, lo cual no es poco decir.

-Así, querido, ¿os consideraréis suficientemente pertrechado?

-Llevaré un segundo caballo. Elegid el punto de cita, y, mientras esperáis, ejercitaos en dar tajos y mandobles, que es el medio mejor de adquirir una gran elasticidad.

-Gracias; aguardaré en el bosque de Vincennes, junto a los Mínimos.

-Perfectamente. ¿Dónde podré hallar al señor de Saint-Aignan.

-En el Palais-Royal.

Porthos agitó su campanilla. Su criado apareció.

-Mi traje de ceremonia -dijo-, mi caballo y un caballo de mano.

El sirviente se inclinó, y salió.

-¿Sabe esto vuestro padre? -dijo Porthos.

-No; voy a escribirle.

-¿Y Artagnan?

-Tampoco. Es prudente y me habría disuadido.

-Sin embargo, Artagnan es hombre que sabe aconsejar -dijo Porthos, admirado en su leal modestia de que hubiesen pensado en él cuando había un Artagnan en el mundo.

-Querido señor Du-Vallon -replicó Raúl-, os suplico que no me hagáis más preguntas. He dicho ya todo cuanto tenía que decir. aguardo el acto y lo aguardo rudo y decisivo,

tal como lo soléis vos preparar. Por eso os he elegido.

-Quedaréis satisfecho de mí - replicó Porthos.

-Y tened presente, querido amigo, que, fuera de nosotros, todo el mundo debe ignorar este encuentro.

-Siempre se adivinan esas cosas cuando se halla un cadáver en los bosques. Ahora bien, amigo mío, todo os lo prometo menos ocultad el cadáver, pues es inevitable que quede allí. Tengo por principio no enterrar. Eso huele a asesinato. A riesgo de riesgo, como dice el normando.

-¡Bravo y querido amigo, manos a la obra! -dijo Raúl.

-Descansad en mí -contestó el gigante apurando la botella, mientras su criado extendía sobre un mueble el suntuoso traje y los encajes.

En cuanto a Raúl, salió pensando con secreta alegría:

"¡Oh rey pérfido! ¡Rey traidor! ¡No puedo herirte... ni quiero... ¡Los reyes son personas sagradas; pero tu cómplice, tu alcahuete, el que te presenta, ese miserable pagará tu crimen! ¡Le mataré en tu nombre, y, después, pensaremos en Luisa.

LXI

LA MUDANZA, LA TRAMPA Y EL RETRATO

Encargado Porthos con gran contento suyo de aquella comisión que le recordaba sus años juveniles, economizó media hora del tiempo que solía gastar ordinariamente en vestirse de ceremonia.

Como hombre que no ignora los usos del mundo, empezó por enviar a su lacayo a informarse de si el señor de Saint-Aignan estaba en casa.

Contestáronle que el conde de Saint-Aignan había tenido el honor de acompañar al rey a Saint-Germain, así como toda la Corte, pero que el señor conde acababa de volver.

Al oír esta respuesta, se dio prisa Portos y llegó a la habitación de Saint-Aignan al tiempo que éste se hacía quitar las botas.

El paseo había sido magnífico. El rey, cada día más enamorado, y cada día más dichoso, mostraba el mejor humor a todo el mundo; dispensaba bondades a ninguna otra parecidas, como decían los poetas de la época.

El señor Saint-Aignan, como se recordará, era poeta, y pensaba haberlo probado en bastantes circunstancias memorables, para que nadie le disputase ese título.

Como un infatigable devorador de consonantes, había, durante todo el camino, salpimentado de cuartetas, de sextillas y de madrigales, primero al rey, y luego a La Vallière.

Por su parte, el rey estaba de vena, y había compuesto un dístico. En cuanto a La

Valliére, como las mujeres que aman, había compuesto dos sonetos.

Como se ve, la jornada no había sido mala para Apolo. Saint-Aignan, que sabía de antemano que sus versos correrían de boca en boca, en cuanto regresó a París se ocupó en limar sus composiciones algo más que durante el paseo.

Por tanto, cual un tierno padre de familia que se dispone a presentar a sus hijos en el mundo, se preguntaba a sí mismo si el público hallaba fáciles, correctos, e ingeniosos aquellos hijos de su imaginación.

Así, pues, Saint-Aignan, a fin de aquietar sus escrúpulos, recitábase a sí propio el siguiente madrigal que había dicho de memoria al rey, prometiendo escribírselo luego que volviese:

No siempre dicen tus malignos ojos,
cuanto tu mente al corazón se atreve a confiar:
¿por qué mi pecho debe amar ojos que dan tales enojos?

Este madrigal, por ingenioso que fuese, no le parecía perfecto a Saint-Aignan, desde el momento en que lo pasaba de la tradición oral a la poesía manuscrita. Muchos lo habían encontrado hermoso, y su autor el primero: pero, al examinarlo algo más detenidamente, no fueron ya las mismas ilusiones. Así fue que, Saint-Aignan, sentado delante de su mesa, con una pierna sobre la otra, repetía arañándose la sien:

-No siempre dicen tus malignos ojos...

-¡Oh! ¡En cuanto a este verso -murmuró Saint-Aignan-, nada hay que pedir! ¡Hasta me parece que tiene cierto sabor a Ronsard o Malherbe, cosa que me complace. Por desgracia, no sucede así con el segundo. Bien dicen que el verso más fácil de hacer es el primero.

Y prosiguió.

- cuanto tu mente al corazón se atreve a confiar...

-Aquí tenemos que la mente confía al corazón. ¿Por qué el corazón no había de ser el que confiase a la mente? Confieso que por mi

parte no encuentro en ello la menor dificultad. ¿Dónde diablo estaba yo para asociar esos dos hemistiquios? Vamos con el tercer verso:

-a confiar, ¿por qué mi pecho debe...

A pesar de que el consonante no es muy exacto (atreve y debe), hay muchos ejemplos en autores célebres de haber empleado una rima semejante. Conque pasen el atreve y debe... Lo peor es que el verso lo encuentro impertinente, y recuerdo ahora que el rey se mordió las uñas al llegar a este punto. En efecto, el sentido viene a ser como si el rey dijese a la señorita de La Vallière: "¿De dónde diantres proviene que me tengáis hechizado?" Mejor sería decir:

-... Loado quien me mueve a amar ojos que dan tales enojos. No está así mal, porque aunque el decir loado quien me mueve sea una idea floja, no debe en conciencia exigirse más de una cuarteta... A amar ojos... ¿Amar a quién y el qué?... Esto está obscuro, pero la obscuridad es lo de menos, porque habiéndolo comprendido el rey y La Vallière, también lo com-

prenderán los demás. Lo más triste es el último hemistiquio: que dan tales enojos. No había más remedio que poner enojos para que concierte con ojos. ¡El plural obligado por el consonante! ¡Y luego, llamar enojo al pudor de La Vallière! . . . ¡No es idea muy feliz! . . . Voy a pasar por boca de todos los emborradores de papel cofrades míos. Llamarán a mis poesías versos de gran señor; y, si el rey oye decir que soy un mal poeta, puede que llegue a creerlo.

Y, mientras el conde confiaba estas palabras a su corazón, y su corazón a su entendimiento, concluía de desnudarse. Acabábase de quitar la casaca para ponerse en bata, cuando le anunciaron la visita del barón Du-Vallon de Bracieux de Pierrefonds.

-¡Cómo! -dijo-. ¿Qué racimo de nombres es ése? No conozco ninguno.

-Es -contestó un lacayo- un gentilhomme que tuvo el honor de comer con el señor conde, a la mesa del rey, durante la permanencia de Su Majestad en Fontainebleau.

-¿A la mesa del rey en Fontainebleau?
¡Pues que entre, que pase! El lacayo se apresuró a obedecer. Porthos entró.

El señor de Saint-Aignan tenía memoria de cortesano; a primera vista reconoció al señor de provincia, de extraña .reputación, a quien el rey había recibido tan bien en Fontainebleau, a pesar de algunas sonrisas de los oficiales presentes. Adelantóse, pues, con todas las señales de una benevolencia que Porthos halló muy natural, puesto que él mismo, al entrar en casa de un adversario, enarbolaba la bandera de la más refinada cortesanía.

Saint-Aignan mandó aproximar una silla al lacayo que había anunciado a Porthos. Este, que no veía exageración ninguna en aquellos cumplimientos, se sentó y tosió. Cambiaron ambos caballeros las frases usuales, y, después, como el conde era quien recibía la visita:

-Señor barón -dijo-, ¿a qué dichosa circunstancia debo el favor de vuestra visita?

-Eso es precisamente lo que voy a tener el honor de explicar, señor conde -contestó Porthos-; pero, perdonad...

-¿Qué os sucede, señor? -preguntó Saint-Aignan.

-Noto que rompo vuestra silla.

-No, caballero, no -dijo Saint-Aignan.

-Sí tal, señor conde; la silla se desquicia de tal suerte, que si permanezca sentado en ella más tiempo, me voy a caer, posición nada decorosa para la gravedad del paso que aquí me trae.

Porthos se levantó. Ya era hora, porque la silla estaba casi desvencijada. Saint-Aignan se puso a buscar un recipiente más sólido para su huésped.

-Los muebles modernos -dijo Porthos en tanto que Saint-Aignan buscaba-, los muebles modernos son de una ligereza ridícula. En mi juventud, época en que me sentaba con mucha más energía que ahora, no me acuerdo de haber

roto nunca ninguna silla, sino en las posadas con mis brazos.

Saint-Aignan sonrió agradablemente de aquella chanza.

-Pero -continuó Porthos instalándose en un confidente que rechinó, pero resistió su peso-, no es de eso por desgracia de lo que se trata.

-¿Cómo, por desgracia? ¿Seríais por ventura portador de un mensaje de mal agüero, señor barón?

-¿De mal agüera para un gentilhombre? ¡Oh! No, señor conde -respondió Porthos con dignidad-: Vengo a anunciaros solamente que habéis ofendido de un modo muy cruel a un amigo mío.

-¡Yo, señor! -murmuró Saint-Aignan-. ¿Yo he ofendido a un amigo vuestro? ¿Y a quién. si tenéis la bondad de decírmelo?

-Al caballero Raúl de Bragelonne.

-¿Yo he ofendido al señor de Bragelonne? -dijo Saint-Aignan-. ¡Ah! En verdad, señor,

eso no es posible; porque el señor de Bragelonne, a quien apenas conozca, está en Inglaterra: no habiéndole visto hace mucho tiempo, no creo que pueda haberle ofendido.

-El señor de Bragelonne está en París, señor conde -dijo impasible Porthos-; y, en cuanto a que le habéis ofendido, respondo de que es cierto, porque él mismo me lo ha dicho. Sí, conde; le habéis ofendido cruel, mortalmente: es su misma expresión.

-Imposible, señor barón, os juro que es imposible.

-Además -repuso Porthos-, no podéis ignorar esta circunstancia, puesto que el señor de Bragelonne me ha manifestado haberos prevenido por medio de un billete.

-No he recibido billete ninguno; os lo aseguro bajo palabra de honor.

-¡Pues es extraño! -replicó Porthos-. Y lo que dice Raúl...

-Voy a convencerlos de que no he recibido nada -replicó Saint-Aignan.

Y llamó.

-Basque -dijo al criado que se presentó-
¿cuántas cartas billetes han venido durante mi
ausencia? -Tres, señor conde. -Que son...

-El billete del señor de Fiesque, el de La
Ferté, y la carta del señor de Las Fuentes.

-¿Ninguna más?

-Ninguna, señor conde.

-Di la verdad delante de este señor;
¿oyes? Di la verdad, porque respondo de ti.

-Señor, también había un billete de...

-¿De quién?... Pronto.

-De la señorita de La Val...

-Basta -interrumpió discretamente Port-
hos-. Muy bien; os creo, señor conde.

Saint-Aignan despidió al criado, y fue a
cerrar por sí mismo la puerta; pero al tiempo de
volver vio casualmente que por la cerradura de
la pieza próxima asomaba el famoso papel que
Bragelonne había deslizado al marcharse. .

-¿Qué es eso? -dijo.

Porthos que se hallaba de espaldas hacia la pieza contigua, se volvió.

-¡Oh, oh! -exclamó Porthos. -¡Un billete en esta cerradura! -exclamó Saint-Aignan.

-Bien podría ser el nuestro, señor conde -dijo Porthos-. Mirad a ver.

Saint-Aignan cogió el papel.

-¡Un billete del señor de Bragelonne! -murmuró.

-Bien veis que tenía razón. ¡Oh, cuando yo digo una cosa! . . .

-¡Traído aquí por el mismo caballero de Bragelonne -exclamó el conde perdiendo el color-. ¡Esto es una indignidad! ¿Cómo ha podido penetrar hasta aquí? Saint-Aignan volvió a llamar. Basque reapareció.

-¿Quién ha venido mientras he acompañado al rey a paseo? Nadie, señor.

-¡Es imposible! Necesariamente ha de haber venido alguien.

-Señor, nadie ha podido entrar, puesto que tenía las llaves en mi bolsillo.

-No obstante, este billete estaba en la cerradura. Alguien lo ha puesto allí; no habrá venido sólo.

Basque abrió los brazos en señal de completa ignorancia.

-Probablemente será el señor de Bragelonne quien lo ha puesto -dijo Porthos.

-Entonces ¿ha entrado aquí?

-Sin duda, señor.

-Pero si yo tenía la llave en el bolsillo -replicó Basque con perseverancia.

Saint-Aignan estrujó el billete después de haberlo leído.

-Algún misterio existe en esto -murmuró absorto el conde.

Porthos le dejó por un momento entregado a sus reflexiones, y luego volvió a su mensaje.

-¿Me permitís que os hable de nuestro asunto? -preguntó dirigiéndose a Saint-Aignan, luego que se marchó el criado.

-Me parece comprenderlo ya por este billete que recibo de un modo tan extraño. El señor de Bragelonne me anuncia un amigo...

-Yo soy amigo suyo; por consiguiente, a mí es a quien anuncia.

-¿Para dirigirme una. provocación?

-Precisamente.

-¿Y se queja de que yo le he ofendido?

-¡Terriblemente, mortalmente!

-¿De qué modo, si queréis decírmelo? Porque el paso que da es bastante misterioso para que yo encuentre en él algún sentido.

-Señor -contestó Porthos-, mi amigo debe tener razón; y en cuanto al paso que da, si es misterioso, no echéis la culpa a nadie mas que a vos.

Porthos dijo estas palabras con tal convicción, que para un hombre poco acostumbrado a sus maneras, debían revelar una multitud de sentidos.

-Bueno: veamos el misterio - dijo Saint-Aignan.

Pero Porthos se inclinó.

-Espero -dijo- que aprobéis que no pene-
tre en el fondo del asunto, señor; y por motivos
muy poderosos.

-Que comprendo perfectamente. Pues
bien, en ese caso no hagamos más que tocarlo
por encima. Hablad, que yo escucho.

-Hay, en primer lugar, caballero -dijo
Porthos-, el haberos mudado.

-Eso es cierto, me he mudado -dijo
Saint-Aignan.

-¿Lo confesáis? -dijo Porthos con aspec-
to de visible satisfacción.

-¿Si lo confieso?... ¡Pues ya lo creo! ¿Por
qué no lo he de confesar?

-Habéis confesado. Bien -observó Port-
hos levantando en el aire un solo dedo.

Pero, caballero, ¿en qué ha podido pro-
ducir perjuicio mi mudanza al señor de Brage-
lonne? Responded, porque no entiendo una
sola palabra de lo que me decís.

Porthos le detuvo.

-Señor -dijo gravemente-, ese es el primer agravio que el señor de Bragelonne articula contra vos, y cuando lo articula, está claro que es porque se ha sentido lastimado.

Saint-Aignan golpeó el suelo con el pie.

Eso equivale a una contienda de mala ley -dijo.

-No puede haber contienda de mala ley con un caballero tan cumplido como el vizconde de Bragelonne -repuso Porthos-. Conque ello es que nada tenéis que añadir al punto de la mudanza, ¿no es así?

-Nada. ¿Qué más?

-Después... Pero, tened presente, señor, que va ya articulado un agravio abominable, al cual no contestáis, es decir, contestáis mal. Os mudáis, ofendéis con ello al señor de Bragelonne, y no os excusáis. ¡Muy bien!

-¡Cómo! -murmuró Saint-Aignan, irritado con la cachaza de aquel personaje-. ¿Es que tengo obligación de consultar al señor de Bra-

gelonne sobre si me he de mudar o no? ¡Vaya, caballero!

-Tenéis obligación, sí, señor. Con todo, ya veréis que eso no es nada en comparación del segundo agravio.

Porthos tomó un aire de gravedad.

-¿Y la trampa, señor -dijo-, y la trampa?

Saint-Aignan se puso intensamente pálido. Empujó hacia atrás su silla tan bruscamente, que Porthos, a pesar de que nada sabía, conoció que el golpe había ido derecho al blanco.

-¿La trampa? -murmuró Saint-Aignan.

-Sí, señor; explicadla, si podéis -dijo Porthos moviendo la cabeza. Saint-Aignan inclinó la frente.

-¡Oh, me han vendido! --murmuró. ¡Todo se sabe!

-Todo se sabe al fin -repuso Porthos, que nada sabía.

-¡Me habéis anonadado -prosiguió Saint-Aignan-, y anonadado hasta el extremo de perder el juicio!

-¡Conciencia culpable, señor. ¡Oh! Vuestra causa no es buena.

-¡Señor!

-Y cuando el público lo sepa y juzgue...

-¡Oh señor! -exclamó vivamente el conde-. Un secreto como éste debe ser ignorado hasta del confesor.

-Ya lo procuraremos -contestó Porthos-, y no se divulgará el secreto.

-Pero, señor -dijo Saint-Aignan-, al penetrar el señor de Bragelonne ese secreto, ¿conoce bien el peligro a que se expone y expone a otros?

-El señor de Bragelonne no corre peligro alguno ni lo teme, y muy pronto lo experimentaréis, con la ayuda de Dios.

"Este hombre está demente -dijo entre sí Saint-Aignan-. ¿Qué desea?"

Y luego, repuso en voz alta: -Vamos, señor, echemos tierra al asunto.

-¡Es que olvidáis el retrato! - exclamó Porthos con voz de trueno que heló la sangre del conde.

Como el retrato era de La Vallière, y no había en ello lugar a equivocación, quedó para Saint-Aignan absolutamente descornado el velo del misterio.

-¡Ah! -exclamó-. ¡Ah, señor, ahora recuerdo que el señor de Bragelonne era novio suyo.

Porthos tomó aire imponente, la majestad de la ignorancia.

-Nada me importa – dijo - ni a vos tampoco, que mi amigo sea o no el novio de quien me decís. Hasta me sorprende que hayáis pronunciado esa palabra indiscreta. Pudiera muy bien perjudicar vuestra causa.

-Señor, sois el talento, la delicadeza y la lealtad personificados. Veo ya de lo que se trata.

-¡Me alegro infinito! -dijo Porthos.

-Y me lo habéis hecho entender - continuó Saint-Aignan-, de la manera más ingeniosa y delicada. Gracias, señor, gracias.

Porthos se contoneó lleno de satisfacción.

-Ahora, ya que todo lo sé, permitidme que os explique... Porthos meneó la cabeza como hombre que no quiere oír; pero Saint-Aignan continuó:

Ya veis que no puede ser más profundo mi sentimiento en todo lo que pasa por el pobre señor de Bragelonne; pero, ¿qué habríais hecho en mi lugar? Aquí, para ínter nos, decidme lo que hubiérais hecho.

Porthos levantó la cabeza. No se trata ahora de lo que yo hubiera hecho, joven; ello es que ya tenéis noticia de los tres agravios, ¿no es cierto?

-Respecto al primero, el de la mudanza (y aquí me dirijo al hombre de talento y de honor), cuando una voluntad augusta me invitaba a mudarme, ¿podía ni debía desobedecer?

Porthos hizo cierto movimiento, que Saint-Aignan no le dio tiempo para concluir.

-¡Ah! Mi franqueza os conmueve -dijo interpretando el movimiento a su manera-, y conocéis que tengo razón.

Porthos no replicó.

-Paso a ocuparme de esa malhadada trampa -continuó Saint-Aignan, apoyándose en el brazo de Porthos-, de esa trampa, causa y medio del mal, de esa trampa, construida para lo que ya sabéis. ¿Y podréis suponer de buena fe que haya sido yo quien por mi gusto haya mandado abrir en semejante sitio una trampa destinada. ..? ¡Oh! Indudablemente, no lo creéis, y en esto conoceréis, adivinaréis y comprenderéis una voluntad superior a la mía. Sin duda, os haréis cargo de lo que es un arrebató ... Y no hablo del amor, esa locura irresistible... ¡Dios mío!... Por fortuna, me oye un hombre dotado de corazón y de sensibilidad, sin lo cual ¡cuánta desgracia y escándalo recaería sobre la

infeliz niña... ¡y sobre quien... no quiero nombrar!

Aturdido y abrumado Porthos con la elocuencia y, los ademanes de Saint-Aignan, hacía grandes esfuerzos para recibir aquel torrente de palabras, de las cuales no entendía ni la más mínima expresión, derecho e inmóvil en su asiento.

Lanzado Saint-Aignan en su peroración, prosiguió dando un impulsa nuevo a su voz, y una vehemencia creciente a su ademán.

-En cuanto al retrato, pues comprendo que el retrato es el agravio principal, en cuanto al retrato, ¿se podrá afirmar que sea yo el culpable? ¿Quién deseó tener su retrato? ¿He sido yo? ¿Quién la ama? ¿Soy yo? ¿Quién la codicia? ¿Soy yo? ¿Quién la ha seducido? ¿He sido yo?... ¡No, mil veces no! Conozco que el señor de Bragelonne deberá estar desesperado; que su dolor será enorme... También yo sufro; pero no hay resistencia posible. ¿Se empeñará en luchar? Se le reirán. Con sólo que se obstine, se

pierde. Me objetaréis que la desesperación es una locura; pero vos, sois razonable, vos me habéis comprendido. Veo en vuestro aire grave, reflexivo y hasta turbado, que os hace fuerza la importancia de la situación. Volved, pues, al lado del señor de Bragelonne; dadle las gracias, como se las doy yo, por haber elegido de intermediario a un hombre de vuestro mérito. No dudéis de que, por mi parte, conservaré eterno agradecimiento al que con tanto ingenio, con tanta inteligencia, ha sabido arreglar nuestro desavenencia. Y ya que la desgracia ha hecho que este secreto, que puede hacer la fortuna del más codicioso, sea sabido por cuatro personas en vez de tres, me alegro en lo íntimo del alma de que seáis vos el partícipe, señor. Por lo tanto, disponed desde ahora de mí, pues me pongo enteramente a vuestras órdenes. ¿Qué queréis que haga por vos? Hablad, señor, hablad.

Y, según la costumbre, familiarmente amistosa de los cortesanos de aquella época,

Saint-Aignan se aproximó a Porthos y le estrechó entre sus brazos.

Porthos dejó hacer con manifiesta flema.

-Hablad -respondió Saint-Aignan-. ¿Qué pedís?

-Señor -dijo Porthos-, abajo tengo un caballo: hacedme el favor de montar en él; es excelente y no os hará ninguna mala pasada.

-¡Montar a caballo! ¿Para qué? -preguntó Saint-Aignan con curiosidad.

-Para que vengáis conmigo donde nos espera el señor de Bragelonne.

-¡Ah! ¿Quiere hablarme? Lo concibo. ¡Ah! ¡El asunto es muy delicado! Pero en este momento no puedo ir, el rey me espera.

-El rey esperará -dijo Porthos. -Pero, ¿dónde me espera el señor de Bragelonne?

-En los Mínimos, en Vincennes.

-¡Vaya, señor! ¿Es cosa de chanceamos?

-Creo que no; al menos por mi parte.

-Pero los Mínimos es punto de cita para un duelo.

-¿Y qué?

-¿Qué he de hacer yo en los Mínimos?

Porthos desenvainó su espada.

-Aquí tenéis la medida de la espada de mi amigo -dijo.

-¡Vive Dios! ¡Este hombre está loco! - exclamó Saint-Aignan.

Porthos enrojeció hasta las orejas.

-Señor -dijo-, si no tuviera el honor de estar en vuestra casa, y de servir los intereses del señor de Bragelonne, os habría arrojado ya por la ventana. Pero quedará aplazada la cuestión, y no perderéis nada en aguardar. ¿Venís, pues, a los Mínimos, señor?

-¿Eh?

-¿Venís de buen grado?

-Pero...

-Mirad que si no venís os llevo yo.

-¡Basque! -exclamó Saint-Aignan.

Basque entró.

-El rey llama al señor conde -dijo Basque.

-Eso es otra cosa -dijo Porthos-; el servicio del rey es antes que todo. Esperaremos allá hasta la noche, señor.

Y, saludando a Saint-Aignan con su cortesía habitual, salió enteramente satisfecho de haber arreglado tan bien este negocio.

Saint-Aignan le miró al salir y vistiéndose otra vez a toda prisa, corrió arreglándose el desorden de su traje, y gritando:

-¡A los Mínimos!... ¡A los Mínimos! ... Veremos cómo toma el rey ese cartel de desafío. Porque para él es, ¡pardiez!

LXII

ADVERSARIOS POLITICOS

El rey, terminado aquel paseo tan fértil para Apolo, y en el que cada cual había pagado su tributo a las musas, como decían los poetas de la época, encontró en su cuarto al señor Fouquet, que le aguardaba.

Detrás del rey venía el señor Colbert, que le había alcanzado en un corredor como si le hubiera estado acechando, y que lo seguía como su sombra, celosa y vigilante; el señor Colbert, con su cabeza cuadrada y su grosero lujo de vestimenta desaliñada, que le hacía asemejarse algún tanto a un señor flamenco después de beber cerveza.

Cuando vio Fouquet a su enemigo, permaneció sereno, procurando tomar en toda la escena que iba a seguir la actitud difícil del hombre superior en cuyo corazón rebosa el desprecio; pero que no quiere manifestarlo por temor de hacer demasiado honor a su adversario.

Colbert no ocultaba una alegría insultante. Para él, lo de Fouquet era una partida mal jugada y perdida irremisiblemente, aunque no estuviese todavía terminada. Colbert pertenecía a esa escuela de hombres políticos que sólo admiran la habilidad, y no estimaban más que el triunfo.

Por otra parte, Colbert, que no sólo era envidioso y celoso, sino que tomaba además a pechos los intereses del rey, pues estaba dotado en el fondo de la suprema probidad de los números, podía lisonjearse so pretexto, tan oportuno cuando se aborrece, de obrar, odiando y hundiendo a Fouquet, en interés del Estado y de la dignidad real.

Ninguno de estos detalles escapó a Fouquet. A través de las espesas cejas de su adversario, y a pesar del continuo movimiento de sus párpados, leía con los ojos hasta en el fondo del corazón de Colbert, y vio todo lo que había en aquel corazón: aborrecimiento y triunfo.

Sólo que, como, al paso que quería profundizar, deseaba permanecer impenetrable, presentó una fisonomía tranquila, sonrió con la sonrisa simpática que le era peculiar, y, dando a su saludo la elasticidad más noble y flexible a la vez:

-Majestad -dijo-, veo en vuestro rostro gozoso que el paseo os ha complacido.

-Así es, efectivamente, señor superintendente; y habéis hecho mal en no venir con nosotros, como os había invitado.

-Majestad -respondió el superintendente- trabajaba.

Fouquet no tuvo necesidad siquiera de volver la cabeza; no miraba hacia el lado del señor Colbert.

-¡Ah, el campo, señor Fouquet! -exclamó el rey-. ¡Cuánto daría por vivir siempre en el campo, al aire libre, bajo los árboles!

-Supongo -dijo Fouquet-, que Vuestra Majestad no estará todavía cansado del trono.

-No, pero son muy gratos los tronos de hierba.

-En verdad, Vuestra Majestad colma todos mis deseos al expresarse de ese modo. Cabalmente venía a presentaros una petición.

-¿De parte de quién, señor superintendente?

-De parte de las ninfas de Vaux.

-¡Ah, ah! -exclamó Luis XIV.

-Vuestra Majestad se dignó hacerme una promesa -dijo Fouquet.

-Sí, la recuerdo.

-La famosa fiesta de Vaux, ¿no es verdad, señor? -dijo Colbert mezclándose en la conversación para tantear el crédito que gozaba.

Fouquet, con profundo desprecio, no recogió la expresión, y continuó como si Colbert no hubiese pensado ni hablado.

-Vuestra Majestad sabe -dijo-, que destino mi posesión de Vaux a recibir al más amable de los príncipes, al más poderoso de los reyes.

-He prometido, señor -dijo Luis XIV sonriendo-, y un rey sólo tiene una palabra.

-Y yo vengo a decir a Vuestra Majestad que estoy a sus órdenes.

-¿Me prometéis muchas maravillas, señor superintendente?

Y Luis XIV miró a Colbert.

-¿Maravillas? ¡Oh, no, Majestad! No me comprometo a tanto. Lo único que me atrevo a

prometer a Vuestra Majestad es un poco de placer, y tal vez algunos momentos de olvido.

-No, no, señor Fouquet -dijo el rey-; insisto en la palabra maravillas. ¡Oh! Sabemos que sois mágico; conocemos vuestro poder, y tendríais maña para sacar oro hasta de donde no lo hubiese. Así es que el pueblo dice que lo fabricáis.

Fouquet conoció que el golpe partía de una doble aljaba, y que Luis le disparaba a la vez una saeta de su arco y otra del arco de Colbert. Y se echó a reír.

-¡Oh! -dijo-. El pueblo sabe muy bien la mina de donde saco ese oro. Quizá lo sabe demasiado; pero lo que puedo asegurar a Vuestra Majestad -añadió con orgullo-, es que el oro destinado a costear las fiestas de Vaux no hará derramar sangre ni lágrimas. Sudores tal vez. Pero se pagarán.

Luis quedó cortado. Quiso mirar a Colbert y Colbert quiso también replicar; mas una mirada de águila, una mirada leal y hasta regia,

fulminada por Fouquet, detuvo la palabra en sus labios.

El rey se recobró entretanto, y, volviéndose a Fouquet, le dijo:

-¿Conque formuláis vuestra invitación?

-Sí, Majestad, si os place.

-¿Para qué día?

Para el que gustéis, Majestad.

-Eso es hablar como encantador que improvisa, señor Fouquet. No me atrevería a decir yo otro tanto.

-Vuestra Majestad hará cuanto quiera, todo lo que un soberano puede y debe hacer. El rey de Francia tiene servidores capaces todo por servirle y proporcionarle placeres.

Colbert trató de mirar al superintendente a fin de ver si aquella frase revelaba un cambio a sentimientos menos hostiles; pero Fouquet ni aun había mirado siquiera a su enemigo. Colbert no existía para él.

-Entonces, para dentro de ocho días, ¿os parece bien? -preguntó el rey.

-Para dentro de ocho días, Majestad.

-Estamos a martes; ¿queréis dejarlo hasta el domingo que viene? La dilación que Vuestra majestad se digne concederme, contribuirá poderosamente al mejor éxito de las obras que mis arquitectos van a emprender a fin de agradecer al rey y a sus amigos.

-Y a propósito de mis amigos -replicó Luis-, ¿cómo pensáis tratarlos?

-El rey es amo en todas partes, Majestad; el rey forma su lista y da sus órdenes. Todas las personas a quienes se digne invitar, serán para mí huéspedes muy respetados.

-¡Gracias! -replicó el rey, encantado de aquel noble pensamiento, manifestado con noble acento.

Fouquet se despidió entonces de Luis XIV, después de consagrar algunas palabras a varios asuntos.

Conoció que Colbert se quedaba sólo con el rey, y que ambos hablarían de él sin la menor compasión. La satisfacción de dar un úl-

timo golpe, un golpe terrible a su enemigo, le pareció una compensación suficiente de todo lo que iban a hacerle sufrir.

Volvió, pues, así que llegó a la puerta, y, dirigiéndose al rey:

-Perdón, Majestad -dijo-, perdón.

-¿Perdón de qué? -preguntó Luis con agrado.

-De una falta grave que cometía involuntariamente.

-¿Una falta vos?. . . ¡Ah, señor Fouquet, preciso será que os perdone! ¿Contra qué, o contra quién habéis pecado?

-Contra lo que exige el bien parecer. Olvidaba participar a Vuestra Majestad una circunstancia importante.

-¿Cuál?

Colbert estremeciéndose, temiendo una denuncia. Su conducta había sido descubierta. Una palabra de Fouquet, una prueba articulada, y, ante la juvenil lealtad de Luis XIV podía desvanecerse todo el favor de Colbert. Colbert

temió, pues, que un golpe tan atrevido viniese a echar por tierra todos sus manejos, y, en realidad, el golpe era tan oportuno, que el diestro Aramis no le hubiese dejado pasar por alto.

-Majestad -dijo Fouquet con desembarazo-, puesto que tenéis la bondad de perdonarme, seré breve en mi confesión. Esta mañana he vendido uno de mis cargos.

-¡Uno de vuestros cargos! -repitió el rey-. ¿Y cuál?

Colbert se puso lívido.

-El que me daba una ropa talar y un aire severo, Majestad; el de fiscal general.

El rey exhaló un grito involuntario, y miró a Colbert.

Este, con la frente bañada en sudor, se sintió a punto de desfallecer.

-¿A quién habéis vendido ese cargo, señor Fouquet? -dijo el rey. Colbert se apoyó en el jambaje de la chimenea.

-A cierto consejero del Parlamento, señor, que se llama Vanel.

-¿Vanel?

-Un amigo del señor intendente Colbert continuó Fouquet dejando caer estas palabras con indiferencia inimitable, con una expresión de olvido y de ignorancia, que el pintor, el actor y el poeta deben renunciar a reproducir con el pincel, el gesto o la pluma.

El superintendente, luego que terminó, dejando confundido a Colbert bajo el peso de aquella superioridad, saludó de nuevo al rey y marchóse, medio vengado por el pudor del príncipe y la humillación del favorito,

-¿Es posible? -exclamó el rey luego que desapareció Fouquet-, ¿ha vendido ese cargo?

-Sí, Majestad -contestó Colbert con intención.

-¡Está loco! -aventuró el rey. Colbert no replicó esta vez; creyó entrever el pensamiento del amo. Ese pensamiento le vengaba también. A su odio venía a unirse la envidia; a su plan de ruina venía a aliarse una amenaza de desgracia. Colbert conoció que, en lo sucesivo, entre Luis

XIV y él no encontrarían obstáculos las ideas hostiles, y que la primera falta de Fouquet que pudiera servir de pretexto, apresuraría el castigo.

Fouquet había dejado caer su arma. El odio y la envidia acababan de recogerla.

Colbert fue invitado por el rey a la fiesta de Vaux, y saludó como hombre pagado de sí mismo, que cree hacer un servicio con aceptar.

Hallábase el rey en el nombre de Saint-Aignan de la lista de los invitados, cuando el ujier anunció al conde.

Colbert se retiró discretamente al llegar el Mercurio real.

LXIII

RIVALES EN AMORES

Hacía apenas dos horas que Saint-Aignan se había separado de Luis XIV; pero, en aquella primera efervescencia de su amor,

cuando Luis no veía a La Vallière, necesitaba hablar de ella. Ahora bien, la única persona con quien podía hablar a su gusto era Saint-Aignan; Saint-Aignan había llegado a serle indispensable.

-¡Ah! ¿Eres tú, conde -exclamó al divisarle, doblemente satisfecho de ver a Saint-Aignan y ¿e no ver a Colbert, cuyo sobrecejo le entristecía siempre-. Mucho me alegro. Presumo que serás de la partida.

-¿De la partida, Majestad? -preguntó Saint-Aignan-. ¿Y de qué partida?

-Del viaje que vamos a hacer para gozar de la fiesta que nos prepara en Vaux el señor superintendente. ¡Ah! Saint-Aignan, ras a ver una fiesta en comparación de la cual nuestras diversiones de Fontainebleau son juegos de botarates.

-¡En Vaux! ¿El superintendente da una fiesta a Vuestra Majestad, y en Vaux, nada más?

-¡Nada más! ¡Te encuentro encantador haciendo de desdeñoso! ¿Sabes, tú que te haces el desdeñoso, que cuando se sepa que el señor Fouquet me recibe en Vaux del domingo en ocho días, se despepitará todo el mundo por ser convidado a dicha fiesta? Te repito, Saint-Aignan, que serás de la partid.

-Sí, con tal que de aquí a entonces no haya hecho otro viaje más largo y menos grato.

-¿Adónde?

-A la Estigia, Majestad.

-¡Quita allá! -dijo Luis XIV riendo.

-No, seriamente, Majestad. Estoy invitado a él, y de tal modo, que no sé, en verdad, cómo me he de componer para evitarlo.

-No te comprendo, querido. Sé que estas en vena poética, pero procura no caer de Apolo en Febo.

-Pues bien, si Vuestra Majestad tiene a bien escucharme, dejaré de poner en prensa su entendimiento.

-Habla.

-¿Conoce Vuestra Majestad al barón Du-Vallon?

-¡Sí, pardiez! ¡Un buen servidor del rey mi padre, y un excelente convidado, a fe mía! ¿No es de aquel que comió con nosotros en Fontainebleau de quien hablas?

-El mismo. Pero Vuestra Majestad ha olvidado añadir a sus cualidades, la de un afa-ble matador de personas.

-¡Pues qué! ¿Quiere matarte el señor Du-Vallon?

-O hacerme matar, que viene a ser lo mismo.

-¡Vaya una ocurrencia!

-No os riáis, Majestad, que lo que estoy diciendo es la pura verdad.

-¿Y dices que quiere hacerte matar?

-Esta es la idea que tiene, por ahora, ese digno hidalgo.

-Pierde cuidado, que yo te defenderé si no tiene razón.

-¡Ah! Me prestáis vuestra ayuda condicionalmente.

-Sin duda. Veamos; respóndeme como si se tratase de otra persona, mi pobre Saint-Aignan: ¿tiene razón o no?

-Vuestra Majestad juzgará.

-¿Qué le has hecho?

-¡Oh! A él nada; pero parece que he ofendido a un amigo suyo.

-Lo mismo da. Y su amigo, ¿es alguno de los cuatro famosos?

-No; es hijo de uno de esos cuatro famosos.

-¿Y qué has hecho a ese hijo? Veamos.

-¡Casi nada! Ayudar a otro para birlarle la amada.

-¡Y confiesas eso!

-Necesario es que lo confiese, puesto que es verdad.

-Entonces, has obrado mal.

-¡Ah! ¿He obrado mal?

-Sí; y a fe mía que si te mata...

-¿Qué?

-Tendrá razón.

-¿Y es así como juzgáis, Majestad?

-¿Acaso es malo el método?

-Lo encuentro expeditivo.

-Justicia buena y pronto, decía mi abuelo Enrique IV.

-Entonces, dígnese Vuestra Majestad firmar inmediatamente el perdón de mi adversario, que me está esperando en los Mínimos para enviarme al otro mundo.

-Su nombre y un pergamino.

-Majestad, ahí tenéis un pergamino en la mesa, y en cuanto a su nombre...

-En cuanto a su nombre ...

-Es el vizconde de Bragelonne, Majestad.

-¿El vizconde de Bragelonne? -exclamó el rey, pasando de la risa al más profundo estupor.

Luego, tras de un momento de silencio, durante el cual enjugóse el sudor que le corría por la frente:

-¡Bragelonne! -murmuró.

-Ni más ni menos, Majestad -dijo Saint-Aignan.

-Bragelonne, el novio de...

-¡Oh Dios santo! Sí; Bragelonne, el novio de.. .

-¡Sin embargo, estaba en Londres!

-Sí; pero puedo aseguraros que no está ya allí, Majestad.

-¿Está en París?

-En los Mínimos, donde me espera, como he tenido el honor de decir a Vuestra Majestad.

-¿Enterado de todo?

-¡Y de otras muchas cosas! ¿Si el rey quiere ver el billete que me ha hecho llegar...

Y Saint-Aignan sacó del bolsillo el billete que ya conocemos.

-Cuando Vuestra Majestad haya leído el billete -dijo-, tendré el honor de referirle cómo ha llegado a mi poder.

El rey leyó con agitación, y en seguida:

-¿Qué? -preguntó.

-¿Recuerda Vuestra Majestad una cerradura cincelada que cierra una puerta de ébano, que separa cierto aposento de cierto santuario azul y blanco.

-Sí, el gabinete de Luisa.

-Bien, Majestad; pues en el agujero de esa cerradura he encontrado ese billete. ¿Quién lo ha puesto allí? ¿El señor de Bragelonne o el diablo? Como el billete huele a ámbar y no a azufre, deduzco que no habrá sido el diablo, sino el señor vizconde.

Luis inclinó la cabeza y pareció quedarse absorto tristemente. Quizá en aquel momento cruzaba por su corazón algo parecido al remordimiento.

-¡Descubierto el secreto! -murmuró.

-Señor, voy a hacer cuanto esté de mi parte para que ese secreto muera en el pecho que lo encierra -dijo Saint-Aignan en un tono de bravura muy bien simulado.

E hizo un movimiento hacia la puerta; pero el rey le detuvo.

-¿Adónde vas? -preguntó. -Adonde me esperan, Majestad. -¿Para qué?

-Para batirme.

-¿Batirte? -exclamó Luis-. ¡Un momento, conde!

Saint-Aignan movió la cabeza, como un niño que se rebela cuando le quieren impedir que se tire a un pozo o que juegue con un cuchillo.

-Con todo, Majestad... -dijo.

-En primer lugar -dijo el rey-, no estoy aún bien informado.

-¡Oh! En cuanto a eso, pregunte Vuestra Majestad, que yo le contestaré.

-¿Quién te ha dicho que el señor de Bragelonne haya penetrado en el aposento en cuestión?

-El billete que hallé en la cerradura, como he tenido el honor de decir a Vuestra Majestad.

-¿Y quién te ha dicho que haya sido él quien lo ha puesto?

-¿Pues quién se habría atrevido a encargarse de semejante comisión? Tienes razón. ¿Cómo ha entrado en tu aposento?

-¡Oh! Eso es algo más grave, en atención a que estaban cerradas todas las puertas, y mi lacayo, Basque, tenía las llaves en el bolsillo.

-Entonces habrán ganado a tu lacayo.

-Imposible, Majestad.

-¿Por qué?

-Porque si lo hubiesen ganado, no habrían perdido al pobre muchacho, de quien podían tener necesidad más adelante, manifestando de un modo tan claro que se habían servido de él.

-Es cierto; no nos queda, pues, otro remedio que apelar a una conjetura.

-Veamos, Majestad, si esa conjetura es la misma que a mí se me ha ocurrido.

-Que se habrán introducido por la escalera.

-Ah, Majestad! Eso me parece más que probable.

-Preciso es, entonces, que alguien haya vendido el secreto de la trampa.

-Vendido o dado.

-¿Por qué tal distinción? -Porque ciertas personas, Majestad, que se hallan fuera del caso de aceptar el precio de una traición, facilitan y no venden.

-¿Qué quieres significar con eso?

-¡Oh Majestad! Sois demasiado perspicaz para no evitarme, adivinando, el disgusto de citar nombres.

-Es verdad: ¡Madame!

-¡Ah! -exclamó Saint-Aignan.

-Madame, que receló de la mudanza.

Madame, que dispone de las llaves de las habitaciones de sus doncellas, y que es bastante poderosa para descubrir lo que nadie, excepto Vuestra Majestad y ella, podría descubrir.

-¿Y tú crees que mi hermana haya hecho alianza con Bragelonne?

-¡Eh, eh! Majestad.

-¿Hasta el punto de informarle de todos esos pormenores?

-Tal vez más, todavía.

-¿Cómo más?. .. Acaba.

-Quizá hasta el punto de acompañarle.

-¿Adónde? ¿Abajo, a tu cuarto?

-Majestad, ¿tan difícil os parece?

-¡Oh!

-Escuchad. El rey sabe lo aficionada que es Madame a los perfumes.

-Sí, es costumbre que ha tomado de mi madre.

-Al de verbena sobre todo.

-Es su favorito.

-Pues bien, mi habitación está embalsamada de verbena.

El rey quedó pensativo.

-Pero, ¿por qué -replicó después de un momento de silencio-, por qué ha de abrazar Madame el partido de Bragelonne en contra mía?

Y al pronunciar estas palabras, a las que Saint-Aignan podía haber contestado fácilmente con estas palabras: "¡Celos de mujer!", el rey sondeaba a su amigo hasta el fondo de su corazón, para indagar si había penetrado el secreto de su galantería con su cuñada. Mas Saint-Aignan no era un cortesano vulgar para arriesgarse a la ligera en el descubrimiento de los secretos de familia; era demasiado amigo de las musas para no pensar con frecuencia en aquel pobre Ovidio Nasón, cuyos ojos derramaron tantas lágrimas para expiar el crimen de haber visto ciertas cosas en casa de Augusto. Por tanto, dejó a un lado con destreza el secreto de Madame. Pero, como había dado pruebas de

sagacidad, indicando que Madame había acompañado a su cuarto a Bragelonne, no había más remedio que satisfacer la usura de ese amor propio y contestar categóricamente a esta pregunta: "¿Por qué ha de abrazar Madame en contra mía el partido de Bragelonne?"

-¿Por qué? -dijo Saint-Aignan-: ¿Olvida acaso Vuestra Majestad que el conde de Guiche es amigo íntimo del vizconde de Bragelonne?

-No veo la relación -respondió el rey.

-Perdonad, Majestad -repuso Saint-Aignan-; yo creía que el conde de Guiche era muy amigo de Madame.

-Es verdad -replicó el rey-; no hay que averiguar más; el golpe ha venido de ahí.

-¿Y no cree Vuestra Majestad que para pararlo sea preciso dar otro?

-Ciertamente, pero no de la clase de los que se dan en el bosque de Vincennes.

-Vuestra Majestad olvida -dijo Saint-Aignan- que soy hidalgo, y que me han provocado.

-Este asunto nada tiene que ver contigo.

-Pero a mí es a quien están aguardando en los Mínimos, Majestad, hace más de una hora; a mí, que estoy citado, y quedaré deshonrado si no voy a la cita.

-El principal honor de un gentilhombre, es la obediencia al rey.

-Majestad...

-¡Ordeno que te quedes! -Majestad. . .

-Obedece.

-Como Vuestra Majestad guste. -

Además, quiero averiguar todo este asunto; quiero saber quién se ha burlado de mí con bastante audacia para penetrar en el santuario de mis predilecciones. A los que de este modo me han ultrajado, no eres tú, Saint-Aignan, quien debe castigarlos, pues no es tu honor el que han lastimado, sino el mío.

-Suplico a Vuestra Majestad no descargue su cólera sobre el señor de Bragelonne, el cual, en todo este asunto, podrá haber andado falto de prudencia, pero no de lealtad.

-¡Basta! Sabré separar lo justo de lo injusto, aun en medio de mi ira. Sobre todo, ni una palabra de esto a Madame.

-Mas, ¿qué debe hacerse respecto del señor de Bragelonne? Me buscará, y..

-Yo le hablaré, o haré que le hablen esta misma tarde.

-Todavía, Majestad, os ruego que uséis indulgencia.

-Bastante indulgente he sido por mucho tiempo, conde -dijo el rey frunciendo el ceño-; ya es hora de que se enseñe a ciertas personas que soy el amo en mi casa. Apenas acababa Luis de pronunciar estas palabras, que anunciaban que al nuevo resentimiento se asociaba el recuerdo de otro antiguo, cuando se presentó el ujier a la puerta del gabinete.

-¿Qué sucede? -preguntó el rey-. ¿Quién se atreve a penetrar aquí cuando no llamo?

-Vuestra Majestad me ha mandado, de una vez para siempre -dijo el ujier-, permita

pasar al señor conde de la Fére siempre que desee hablar a Vuestra Majestad.

-¿Y qué?

-El señor conde de la Fére aguarda ahí fuera.

El rey y Saint-Aignan cambiaron a estas palabras una mirada, en que había más alarma que sorpresa. Luis vaciló un momento. Pero, casi al punto, tomando una resolución:

-Anda -dijo a Saint-Aignan-, ve a buscar a Luisa, y entérala de lo que se trama contra nosotros, trata de hacerle entender que Madame vuelve a sus persecuciones, y que ha hecho poner en campaña a personas que habrían hecho mejor en mostrarse neutrales.

-Majestad ...

-Si Luisa se asusta, tranquilízala -continuó el rey-, y dile que el amor del rey es un escudo impenetrable. Si, contra mis deseos, lo supiese ya todo, o hubiese sufrido alguna molestia, dile positivamente -continuó el rey poseído de nerviosa cólera-, dile positivamente

que, esta vez, en lugar de defenderla, la vengaré, y con tal severidad, que nadie en lo sucesivo se atreverá a levantar los ojos hasta ella.

-¿Tenéis algo más que mandar, Majestad?

-No; anda pronto, y permanece fiel, tú, que vives en medio de ese infierno, sin tener como yo, la esperanza del paraíso.

Saint-Aignan deshízose en protestas de adhesión, y salió radiante de alegría después de besar la mano del rey.

LXIV

EL REY Y LA NOBLEZA

Luis púsose inmediatamente sobre sí para recibir con buen semblante al señor de la Fére. Preveía que el conde no llegaba por casualidad. Comprendía vagamente la importancia de aquella visita; pero, a un hombre del mérito de Athos, a un alma tan elevada, no debía ofre-

cer el primer aspecto nada que fuera desagradable o mal ordenado.

Apenas el joven rey se aseguró de que presentaba un aire tranquilo, dio orden a los ujieres de introducir al conde.

Pocos minutos más tarde, Athos, en traje de ceremonia, ostentando las insignias que él sólo tenía derecho a llevar en la Corte de Francia, se presentó con aire tan grave y solemne, que el rey pudo juzgar, al primer vistazo, si se había equivocado o no en sus presentimientos.

Luis dio un paso hacia el conde y le tendió risueño una mano, sobre la cual se inclinó Athos respetuosamente.

-Señor conde de la Fére -dijo el rey apresuradamente-. Vendéis tan cara vuestra presencia en mi casa, que tengo a fortuna el veros. Athos se inclinó y respondió:

-Quisiera tener la dicha de estar siempre al lado de Vuestra Majestad.

Semejante respuesta, dada en aquel tono, significaba manifiestamente: "Quisiera poder ser uno de los consejeros del rey para ahorrarle errores."

Luis lo conoció, y, resuelto a conservar ante aquel hombre la ventaja de la calma con la de la dignidad:

-Veo -repuso- que tenéis algo que decirme.

-A no ser por eso, no me habría permitido presentarme a Vuestra Majestad.

-Explicaos pronto, señor, porque deseo con ansia satisfaceros. El rey se sentó.

-Estoy persuadido -dijo Athos en tono ligeramente conmovido-, de que Vuestra Majestad me dará plena satisfacción.

-¡Ah! -dijo Luis con cierta altivez-. ¿Es una queja la que venís a formular aquí?

-No sería una queja -replicó Athos-, a menos que Vuestra Majestad... Pero, perdonadme, Majestad, que tome las cosas desde el principio.

-Espero.

-Vuestra Majestad d recordará que, por la época en que se marchó el señor de Buckingham, tuve el honor de (recibir una audiencia vuestra.

-Por esa época, poco más o menos... Sí, me acuerdo. Pero el objeto de la audiencia, . . lo he olvidado.

Athos tembló.

-Tendré el honor de recordarlo al rey -dijo-. Tratábase de un permiso que vine a solicitar a Vuestra Majestad, tocante al matrimonio que quería contraer el señor de Bragelonne con la señorita de La Vallière.

-Me acuerdo -dijo el rey en voz alta, mientras pensaba: "Henos ya en el fondo de la cuestión."

-En aquella época -continuó Athos-, fue el rey tan bueno y generoso conmigo y con el señor de Bragelonne, que ni una sola de las palabras pronunciadas por Vuestra Majestad se me ha borrado de la memoria.

-¿Y qué? -replicó el rey.

-El rey, a quien pedí la mano de la señorita de La Vallière para el señor de Bragelonne, me la negó.

-Es verdad -dijo Luis con sequedad.

-Alegando -se apresuró a añadir Athos-, que la novia no tenía posición en la sociedad.

Luis se violentó para escuchar con paciencia.

-Que. . . -añadió Athos-, estaba escasa de bienes de fortuna. El rey se hundió en su sillón.
-No muy buena cuna.

Nueva impaciencia del rey.

-Y poca belleza -dijo inflexible Athos.

Este último dardo, clavado en el corazón del amante, acabó de apurar su paciencia.

-Señor -dijo-, ¡tenéis una memoria admirable!

-Siempre me sucede lo mismo cuando me cabe el alto honor de ser recibido en audiencia por el rey -replicó el conde sin alterarse.

-Bien; todo eso he dicho: ¿y qué?

-Y di las más expresivas gracias a Vuestra Majestad, porque esas palabras manifestaban un interés que hacía mucho honor al señor de Bragelonne.

-También recordaréis -dijo el rey recalcando sus palabras-, que manifestasteis gran repugnancia por ese casamiento.

-Verdad es, Majestad.

-Y que hicisteis la solicitud contra vuestro gusto.

-Sí, Majestad.

-Por último, recuerdo también, pues tengo una memoria casi tan buena como la vuestra, que pronunciásteis estas palabras: "No creo en el amor de la señorita de La Vallière por el señor de Bragelonne." ¿Es verdad?

Athos sintió el golpe, pero no retrocedió.

-Majestad -dijo- ya os he pedido perdón, mas hay ciertas cosas, en aquella entrevista, que sólo serán inteligibles en el desenlace.

-Veamos, entonces, el desenlace.

-Vuestra Majestad dijo que difería el matrimonio por el bien mismo del señor de Bragelonne.

El rey calló.

-Hoy el vizconde de Bragelonne es tan desgraciado, que no puede diferir por más tiempo el pedir una resolución a Vuestra Majestad.

El rey palideció. Athos le miró fijamente.

-¿Y qué... solicita... el señor de Bragelonne? -preguntó titubeando el rey.

-Lo mismo que vine a pedir al rey en mi anterior audiencia: el consentimiento de Vuestra Majestad para su matrimonio.

El rey calló.

-Las cuestiones relativas a los obstáculos se han allanado para nosotros -continuó Athos-. La señorita Luisa de La Vallière, sin bienes de fortuna, sin ilustre nacimiento y sin belleza, no deja de ser el mejor y único partido para el señor de Bragelonne, puesto que éste la ama.

El rey apretó sus manos una con otra.

-¿Vacila el rey? -preguntó el conde sin perder su firmeza ni su política.

-No vacilo... rehúso -contestó el rey.

Athos se recogió un momento.

-Ya he tenido el honor -dijo dulcemente-, de hacer presente al rey que ningún obstáculo haría cambiar los sentimientos del señor de Bragelonne, y que su determinación parecía irrevocable.

-¡Hay de por medio mi voluntad, y presumo que eso sea un obstáculo!

-Es el más serio de todos -replicó Athos.

-¡Ah!

-Ahora, séanos concedido preguntar humildemente a Vuestra Majestad la razón de esa negativa.

-¿La razón?... ¿Una pregunta? -exclamó el rey.

-Una petición, Majestad.

El rey, apoyándose en la mesa con los dos puños:

-Habéis olvidado los usos de la Corte, señor conde -dijo con voz concentrada-. En la Corte no se dirigen preguntas al rey.

-Verdad es, Majestad; pero si no se pregunta, se hacen suposiciones.

-¿Suposiciones?... ¿Y qué queréis decir con eso?

-Ordinariamente, Majestad, la suposición del súbdito implica la franqueza del rey...

-¡Señor!

-Y la falta de confianza en el súbdito -continuó Athos con intrepidez.

-Paréceme que estáis en un error dijo el monarca dejándose llevar a pesar suyo de la cólera.

-Me veo precisado a buscar en otra parte lo que creía hallar en Vuestra Majestad. En vez de obtener una respuesta, me veo en el caso de tener que dármela a mí mismo.

El rey se levantó.

-Señor conde -dijo-, os he consagrado todo el tiempo de que podía disponer.

Eso era despedirle.

-No he tenido tiempo para decir a Vuestra Majestad todo lo que tenía que manifestarle -contestó el conde-, y veo tan pocas veces al rey, que es necesario aprovechar la ocasión.

-Estabais en las suposiciones, e íbais a pasar a las ofensas.

-¡Oh Majestad! ¿Ofender yo al rey? ¡Jamás! Toda mi vida he sostenido que los reyes están por encima de los demás hombres, no sólo por su posición y su poder, sino por la nobleza del corazón y la superioridad del alma. Jamás me harán creer que mi rey, cuando me ha dicho una palabra, oculta bajo esa palabra una segunda intención.

-¿Qué queréis decir? ¿De qué segunda intención habláis?

-Me explicaré -dijo fríamente Athos-. Si al rehusar la mano de la señorita de La Vallière al señor de Bragelonne, llevara Vuestra Majestad otro objeto que la felicidad del vizconde...

-Bien veis, señor, que me estáis ofendiendo.

-Si, al exigir una dilatación al vizconde, Vuestra Majestad hubiese querido únicamente alejar al novio de la señorita de La Vallière...

-¡Señor! ¡Señor!

-Es que eso he oído en todas partes. Todos hablan del amor de Vuestra Majestad por la señorita de La Vallière.

El rey desgarró sus guantes, que, por continencia, mordisqueaba hacía unos minutos.

-Desgraciados de aquellos que se mezclan en mis asuntos! -exclamó-. He tomado ya mi partido: romperé todos los obstáculos.

-¿Qué obstáculos? -preguntó Athos.

El rey se detuvo cortado, como el caballo que en su furiosa carrera siente lacerado el paladar por el bocado.

-Amo a la señorita de La Vallière -dijo de pronto con tanta nobleza como resolución.

-Pero -interrumpió Athos-, eso no impide a Vuestra Majestad casar al vizconde con la

señorita de La Vallière. El sacrificio es digno de un rey, y merecido por el señor de Bragelonne, que ha prestado ya servicios y puede pasar por un bravo hombre. Así, pues, renunciando el rey a su amor, dará una prueba a la vez de generosidad, de reconocimiento y de buena política.

-La señorita de La Vallière -dijo sordamente el rey-, no ama al señor de Bragelonne.

-¿Lo sabe el rey? -dijo Athos con mirada profunda.

-Lo sé.

-Será de poco tiempo a esta parte, pues si el rey lo hubiese sabido cuando vine a solicitar el permiso la primera vez, Vuestra Majestad me habría hecho el honor de decírmelo.

-Desde hace poco.

Athos guardó silencio un momento.

-Entonces, no comprendo -dijo- que el rey haya enviado al vizconde de Bragelonne a Londres. Semejante destierro no puede menos de sorprender a los que aman el honor del rey.

-¿Quién habla del honor del rey, señor conde de la Fére?

-El honor del rey, Majestad, se compone del honor de toda su nobleza, y cuando el rey ofende a uno de sus nobles, es decir, cuando le roba una parte de su honor, es al mismo rey a quien se roba esa parte de honor.

-¡Señor de la Fére!

Irritado el rey, principalmente porque se sentía dominado, trató de despedir a Athos con un ademán.

-Majestad, os lo diré todo -replicó el conde-, y no saldré de aquí sino después de quedar satisfecho, bien por vos o bien por mí mismo. Satisfecho, si me demostráis que la razón está de vuestra parte; satisfecho, si os demuestro que no habéis procedido debidamente. ¡Oh, ya me escucharéis, Majestad! Soy viejo, y estoy muy apegado a todo lo que hay de verdaderamente grande y fuerte en el reino. Soy un gentilhombre que ha vertido su sangre por vuestro padre y por vos, sin haber pedido ja-

más ni a vos ni a vuestro padre. A nadie he ofendido en este mundo, y me he hecho acreedor al agradecimiento de los reyes. ¡Vos me escucharéis! Vengo a pedir os cuenta del honor de uno de vuestros servidores, a quien habéis engañado con una mentira o vendido por una debilidad. Sé que estas palabras irritan a Vuestra Majestad; pero los hechos nos matan a nosotros. Sé que estáis buscando el castigo que habéis de dar a mi franqueza; más también sé el castigo que he de pedir a Dios que os imponga, cuando le refiera vuestro perjurio y la desgracia de mi hijo.

El rey se paseaba a grandes pasos, con la mano en el pecho, la cabeza levantada y los ojos echando llamas.

-¡Señor! -exclamó de pronto-. Si fuese para vos el rey, ya estaríais castigado, pero no soy más que un hombre, y tengo el derecho de amar en la tierra a los que me aman. ¡Dicha bien rara!

-No tenéis ese derecho como rey más que como hombre; o si quería Vuestra Majestad tomárselo lealmente, era preciso avisar al señor de Bragelonne en lugar de desterrarle.

-Paréceme que esto es entrar en discusiones -interrumpió Luis XIV con aquella majestad que sólo él sabía hallar hasta un punto tan notable en la mirada y en la voz.

-Esperaba que me respondiéseris -dijo el conde.

-¡Sabréis mi contestación, señor! -Sabéis mi pensamiento -replicó el señor de la Fére.

-Habéis olvidado que habláis al rey, señor, eso es un crimen.

-Habéis olvidado que desgarrábais la vida de dos hombres. ¡Eso es un pecado mortal, Majestad! -¡Ahora, salid!

-No antes de haber dicho: ¡Hijo de Luis XIII, mal empezáis vuestro reinado, pues lo inauguráis con el rapto y la deslealtad! Mi descendencia y yo nos consideramos libres hacia vos de todo el afecto y todo el respeto que hice

jurar a mi hijo en las bóvedas de San Dionisio, delante de los restos de vuestros nobles antepasados. Os habéis hecho enemigo nuestro, Majestad, y en lo sucesivo sólo tendremos a Dios por juez, nuestro único amo. ¡Reflexionadlo bien!

-¿Amenazáis?

-¡Oh, no! -dijo Athos tristemente-. No hay más baladronadas que temor en ¡ni alma. Dios, de quien os hablo, me oye hablar, y sabe que, por la integridad y el honor de vuestra corona, derramaría aún en estos instantes toda la sangre que me han dejado veinte años de guerras civiles y extranjeras. Puedo aseguraros, por lo tanto, que no amenazo al rey; como no amenazo al hombre; mas sí os digo: Perdéis dos servidores por haber matado la fe en el corazón del padre y el amor en el corazón del hijo. El uno no cree ya en la regia palabra, el otro no cree ya en la fidelidad de los hombres ni en la pureza de las mujeres. El uno ha muerto para el respeto, el otro para la obediencia. ¡Adiós!

Y, diciendo esto, rompió Athos su acero contra su rodilla; puso lentamente los dos pedazos en el suelo, y, saludando al rey, a quien ahogaban la cólera y la vergüenza, salió del gabinete.

El rey, abismado sobre su mesa, pasó algunos minutos en reponerse y, levantándose de repente, llamó con violencia.

-¡Que llamen al señor de Artagnan! -dijo a los ujieres asustados.

LXV

CONTINÚA LA TEMPESTAD

Seguramente se habrán preguntado ya nuestros lectores cómo Athos se había hallado tan a punto en el cuarto del rey, cuando no habían oído hablar de él en tanto tiempo. Siendo nuestro deber, como novelistas, encadenar los acontecimientos los unos a los otros con una

lógica casi fatal, nos hallamos dispuestos a responder, y respondemos a esa pregunta.

Porthos, fiel a su papel de arreglador de asuntos al salir del palacio real había ido a reunirse con Raúl en los Mínimos del bosque de Vincennes, contándole en sus menores detalles su conferencia con Saint-Aignan; luego, había terminado diciendo que el mensaje del rey a su favorito no ocasionaría, probablemente, más que un retraso breve, y que así que Saint-Aignan se separase del rey, se apresuraría a acudir a la cita que le había dado Raúl.

Mas Raúl, menos crédulo que su viejo amigo, dedujo del relato de Porthos, que, si Saint-Aignan fue a ver al rey, se lo contaría todo, y que, contándoselo todo, el rey prohibiría a Saint-Aignan ir al terreno. A consecuencia de esta reflexión, dejó a Porthos que guardase el puesto, para el caso, poco probable, de que Saint-Aignan llegase a ir, y le exigió al mismo tiempo que no estuviese en el sitio más que una ora u hora y media. Porthos se negó ó a ello

formalmente, instalándose, por el contrario, en los Mínimos, como si quisiera echar allí raíces, haciendo prometer a Raúl que volvería desde casa de su padre a la suya, a fin de que el lacayo de Porthos supiese dónde hallarle, en el caso de que el señor de Saint-Aignan acudiese a la cita.

El vizconde dejó a Vincennes y se encaminó directamente a casa de Athos, que se hallaba en París hacía dos días.

El conde había sido ya avisado por una carta de Artagnan.

Raúl, pues, llegó a casa de su padre, quien, después de haberle tendido la mano y haberle abrazado, le hizo seña de que se sentara.

-Sé que venís a mí, como se acude a un amigo cuando se llora y se sufre; decidme el motivo que os trae.

El joven inclinóse y dio principio a su relato. Más de una vez, en el curso de él, cortaron las lágrimas su voz, y un sollozo estrangulo-

lado en la garganta suspendió la narración. No obstante, la pudo terminar.

Athos sabía ya probablemente a qué atenerse, pues, como hemos dicho, Artagnan le había escrito; pero, resuelto a conservar hasta el fin aquella calma que formaba el lado casi sobrehumano de su carácter, replicó

-Raúl, no creo nada de lo que se dice; no creo nada de lo que teméis, y no porque no me hayan hablado ya de semejante aventura personas dignas de fe, sino porque en mi alma y mi conciencia creo imposible que el rey haya ultrajado a un noble. Fío, por lo tanto, en el rey, y voy a traerlos la prueba de lo que os digo.

Raúl, como un hombre ebrio, vacilante entre lo que había visto con sus propios ojos y la imperturbable fe que tenía en un hombre que nunca había mentado, se inclinó y se contentó con responder:

-Id, pues, señor conde; esperaré. Y se sentó, ocultando la cabeza entre sus manos; Athos se vistió y salió. En su entrevista con el

rey hizo lo que ya saben nuestros lectores, que le han visto entrar en la cámara del rey y salir de ella.

Cuando regresó a su casa, Raúl, pálido y sombrío, no había abandonado aún su posición desesperada. No obstante, al ruido de las puertas que se abrían y al ruido de los pasos de su padre que se acercaba, levantó el joven la cabeza.

Athos entró pálido, grave y descubierta la cabeza: entregó al lacayo su capa y el sombrero, despidiéndole con un gesto, y se sentó junto a Raúl.

-Y bien, señor -preguntó el joven moviendo la cabeza de arriba abajo-, ¿estáis ya convencido?

-Lo estoy, . Raúl; el rey ama a la señorita de La Vallière.

- ¿Y lo confiesa? -exclamó Raúl.

-Plenamente -dijo Athos.

-¿Y ella?

-No la he visto.

-No; pero el rey os habrá hablado de ella. ¿Qué dice de ella? Dice que ella le ama.

-¡Oh! ¿Lo veis? ¿Lo veis, señor?

Y el joven hizo un gesto de desesperación.

-Raúl -prosiguió el conde-, he dicho al rey, y podéis creerme, todo cuanto hubierais podido decirle vos mismo, y creo habérselo dicho en términos convenientes, pero enérgicos.

-¿Y qué le habéis dicho, señor?

-Que todo había concluido entre él y nosotros, que no contase ya con vuestro servicio, y que hasta yo mismo me mantendré apartado. Sólo me queda saber una cosa.

-¿Cuál, señor?

-Si habéis tomado vuestro partido.

-¡Mi partido! ¿Sobre qué?

-Sobre el amor y...

-Acabad, señor.

-La venganza; porque temo que penséis en vengaros.

-¡Oh señor! El amor... tal vez algún día... más adelante, logre arrancarlo de mi corazón, pues para ello cuento con la ayuda de los y el auxilio de vuestras prudentes exhortaciones. Respecto a la venganza, sólo he pensado en ella bajo el imperio de un mal pensamiento; porque no es del verdadero culpable de quien yo podría vengarme; por lo tanto, renuncio a la venganza.

-¿De suerte que no trataréis de buscar pendencia al señor de Saint-Aignan?

-No, señor. Ya ha mediado un desafío; si el señor de Saint-Aignan lo acepta, lo sostendré; pero, en el caso contrario, me desentenderé de él.

-¿Y de La Vallière?

-No creo que podáis suponer seriamente que piense en vengarme de una mujer - respondió Raúl con sonrisa tan triste que hizo asomar las lágrimas a los ojos de aquel hombre que tantas veces se había inclinado sobre sus dolores y los dolores ajenos.

Tendió su mano a Raúl, y Raúl la cogió vivamente.

-Así, señor conde, ¿estáis bien seguro de que el mal no tiene remedio? -preguntó el joven.

Athos movió a su vez la cabeza.

-¡Pobre hijo! -murmuró. -Pensáis que todavía tengo esperanzas -dijo Raúl-, y me compadecéis. ¡Ay, es que me cuesta terriblemente despreciar como debo a la que he amado tanto! Si al menos tuviese que acusarme de algún agravio hacia ella, me tendría por feliz y la perdonaría.

Athos miró tristemente a su hijo. Las pocas palabras que acababa de pronunciar Raúl parecían arrancadas de su propio corazón.

En aquel instante el lacayo anunció al señor de Artagnan. Este nombre resonó, de manera bien diferente en los oídos de Athos y de Raúl. El mosquetero anunciado hizo su entrada con una vaga sonrisa en los labios. Raúl se detuvo; Athos marchó hacia su amigo con

una expresión de rostro que no escapó a Bragelonne. Artagnan respondió a Athos con un simple parpadeo; luego, acercándose a Raúl y tomándole la mano:

-¡Vamos -exclamó hablando a la vez al padre y al hijo-, a lo que parece consolamos al mozo!

-Y vos, tan bueno como siempre, venís a auxiliarme en tarea tan difícil.

Y, al pronunciar Athos estas palabras, estrechó entre sus manos la mano de Artagnan. Raúl creyó advertir que aquella presión tenía un sentido particular, diferente del de las palabras.

-Sí -contestó el mosquetero atusándose el bigote con la mano que Athos le dejaba libre-; sí, también yo vengo.

-Bien venido seáis, señor caballero -dijo Raúl-, no por el consuelo que traéis, sino por vos mismo. Estoy consolado.

Y esbozó una sonrisa más triste que ninguna de las lágrimas que Artagnan había visto derramar jamás.

-¡Enhorabuena! -dijo Artagnan.

-Habéis llegado, cabalmente -prosiguió Raúl-, cuando el señor conde iba a referirme las circunstancias de su entrevista con el rey. Sin duda llevaréis a bien que el señor conde continúe, ¿no es así?

Y los ojos del joven parecían querer leer hasta el fondo del corazón del mosquetero.

-¿Su entrevista con el rey? -dijo Artagnan en un tono tan natural que no había medio de dudar de su extrañeza-. ¿Habéis visto al rey, Athos?

Athos sonrió.

-Sí -dijo-, le he visto. -¡Ah! ¿De veras ignoráis que el conde haya visto al rey? -preguntó Raúl algo más tranquilo.

-¡A fe que sí! Completamente -respondió Artagnan.

-Entonces, estoy más tranquilo -dijo Raúl.

-¡Tranquilo! ¿Y sobre qué? - preguntó Athos.

-Señor -dijo Raúl-, perdonad; pero, conociendo el cariño que me profesáis, temía que hubieseis expresado con demasiada viveza al rey mi dolor y vuestra indignación, y que entonces el rey...

-¿Qué? -interrumpió Artagnan-. Vamos, acabad, Raúl. -Perdonadme, señor de Artagnan -dijo Raúl-. Por un instante temblé, lo confieso, que no hubieseis venido como el señor de Artagnan, sino como capitán de mosqueteros.

-¡Estáis loco, mi pobre Raúl! -exclamó Artagnan con una carcajada, en la que un buen observador habría deseado tal vez mayor franqueza.

-¡Tanto mejor! -contestó Raúl. -Sí, loco; ¿y sabéis lo que os aconsejo?

-Decídmelo, señor; viniendo de vos, el consejo será bueno.

-Pues bien, os aconsejo que, terminado vuestro viaje, después de vuestras visitas al señor de Guiche, a Madame y a Porthos; después de vuestro viaje a Vincennes, toméis algún

descanso; acostaos, dormid doce horas seguidas, y cuando despertéis, fatigadme un buen caballo.

Y, atrayéndole hacia sí, le abrazó como hubiera hecho con su propio hijo. Athos hizo lo mismo; sólo que era evidente que el beso era más tierno y el abrazo más apretado en el padre que en el amigo.

El joven miró una vez todavía a aquellos dos hombres, empleando para adivinarlos todas las fuerzas de su inteligencia. Pero su mirada embotóse en la fisonomía risueña del mosquetero y, en el semblante tranquilo y dulce del conde de la Fére.

-¿Y adónde vais, Raúl? -dijo este último, viendo que Bragelonne se disponía a salir.

-A mi casa, señor -contestó el joven con su acento dulce y melancólico.

-¿Es allí donde os encontrarán, vizconde, si hay que deciros algo?

-Sí señor. ¿Es que prevéis tener algo que decirme?

-¡Qué sé yo! -dijo Athos.

-Sí; nuevos consuelos -dijo Artagnan empujando levemente a Raúl hacia la misma puerta.

Viendo Raúl una serenidad tan grande en cada gesto de los dos amigos, salió de casa del conde, no llevando consigo otro sentimiento que el de su dolor particular.

-¡Alabado sea Dios! -dijo-. Al fin sólo tengo que pensar en mí. Y, embozándose en su capa, para ocultar a los transeúntes su rostro entristecido, se dirigió a su casa, como lo había prometido a Porthos. Ambos amigos habían visto alejarse al joven con igual sentimiento de conmiseración.

No había más sino que cada cual lo expresó de un modo distinto.

-¡Pobre Raúl! -dijo Athos, dejando escapar un suspiro.

-¡Pobre Raúl! -murmuró Artagnan encogiéndose de hombros.

FIN PRIMERA PARTE TOMO II